

Ricardo de la Cierva
Catedrático de Historia

CARRILLO MIENTE

**156 documentos
contra 103 falsedades**



Carrillo (1936)



Stalin



Carrillo (1977)



156 documentos contra 103 falsedades. La otra vida de Santiago Carrillo.

No es un libro para la venganza sino una serena y documentada respuesta desde la Historia a las memorias provocativas y mendaces publicadas por Santiago Carrillo hace un año.

Capítulos del índice: «El discípulo de Lenin». «El submarino comunista». «La sombra de Stalin». «El responsable de Paracuellos». «Carrillo reniega de su padre por amor a Stalin». «El agente de la

Comintern». «“Un camino jalonado de cadáveres” (Jorge Semprún)». «El secretario totalitario: la hoz y la cruz». «El amigo del Rey». «Las dos muertes de Santiago Carrillo».

Ricardo de la Cierva, 1994

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Mercedes 53

«MENTIR:

- 1.—Decir o manifestar lo contrario de lo que se cree o piensa.
- 2.—Inducir a error
- 3.—Fingir, aparentar».

*(Diccionario de la RAE,
1992, ad vocem).*

Santiago Carrillo mantiene en esta etapa final de su vida, al decir de quienes le conocen bien, una excelente memoria. Por eso cuando decimos que miente podríamos utilizar el primer

significado académico de «mentir», y algunos de esos testigos lo hace, como veremos profusamente en este libro.

Pero no me creo con autoridad para interpretar la conciencia de nadie, ni siquiera la de Carrillo y por eso cuando en este libro digo que miente utilizo el significado de mentira que explico a continuación y la segunda interpretación de la Academia: de hecho, ante datos objetivos que juzgo históricamente irrefutables, Carrillo induce a error, pretendiéndolo o no. El caso de los periodistas Joaquín Bardavío y Pilar Urbano, que son personas serias y decentes, y se han tragado vivas las enormidades de Carrillo sobre

Paracuellos, me parece sintomático, como veremos. Así como el incomprensible silencio evasivo del capitán general Gutiérrez Mellado, como también veremos.

Me parece probable, ante testimonios irrefutables, que Carrillo, en sus conversaciones, en sus escritos y especialmente en sus memorias, cuyo análisis histórico es objeto de este libro, miente en los tres sentidos que indica la Academia. Pero como éste es un libro de Historia y no de venganza, empleo en él el término «mentira» como sinónimo de falsedad, es decir de expresión desacorde con la realidad histórica que puede ser objetivamente establecida.

Desde la primera a la última página de este libro no pretendo insultar a Carrillo, aunque él me haya insultado a mí, como voy a probar; aunque tengo terribles razones para insultarle. No lo haré. Cuando digo que miente me limito a indicar que profiere falsedades, afirmaciones falsas por enunciado o por omisión. El esquema mental que le lleva a ello no es asunto mío; ni por todo el oro del mundo me apetece asomarme a la mente y a la conciencia de Carrillo.

Pero voy a analizar descarnadamente sus palabras y sus hechos, con los instrumentos del análisis histórico. Ahora mismo explico por qué.

Los políticos —y Carrillo lo es en

grado sumo— se pasan la vida acusándose unos a otros de mentir. A los Gobiernos y a sus Presidentes, sobre todo al actual, se les acusa continuamente de mentirosos. Tengo un catálogo de más de mil «mentises» en el Parlamento y en los medios de comunicación.

Carrillo miente. Voy a exponer una por una, al hilo de su vida, sus falsedades contrastadas por los documentos y testimonios que las rebaten. Todo bien ordenado y numerado, con las citas pertinentes.

La memoria histórica de España frente a la memoria mendaz de Carrillo. La mala memoria, que dice una de las

víctimas de Carrillo, Cayetano Luca de Tena.

Y los lectores, que ansían este libro, que me lo han pedido mil veces, juzgarán.

PÓRTICO

DOCUMENTO 1

«En nuestro país, cuando te cuelgan un sambenito, es para toda la vida. De nada vale clamar inocencia. Nosotros, los españoles, siempre hemos preferido los culpables a los inocentes. Tú, tú serás el «marqués rojo» hasta que te mueras, y yo seré por toda la eternidad el «asesino de Paracuellos del Jarama».

(Santiago Carrillo a José L. de Vilallonga, en el libro de éste, «El Rey», Barcelona, Plaza y Janés, 1993, p. 130).

A Carrillo le fallan, a la vez, la Historia y el subconsciente. Vilallonga era, en efecto, el marqués rojo aunque ahora, en un raptó de su nobleza de sangre, haya devuelto, según parece, el carnet rojo del PSOE corrupto. La primera significación del sambenito no era de culpabilidad sino de reconciliación; ver Diccionario. Carrillo parece aludir a la tercera significación del término: «Descrédito que queda de una acción». En este libro se demostrará que su sambenito es justicia histórica.

DOCUMENTO 2

«Estas anécdotas personales no son nada en comparación con las mentiras que relata en sus memorias. En este sentido su libro se merece el Nobel, el Cervantes y el Nadal de la mentira. Yo creo que nadie ha sido capaz como él de escribir tres mentiras por línea impresa»

(Carlos Semprún Maura, antiguo comunista, «Con la mentira en ristre», ABC 9.4.94 p. 72)

DOCUMENTO 3

«Stalin no sólo asesinaba a un adversario político peligroso. Asesinaba también a la memoria de la

revolución. A lo largo de su vida mortífera, Stalin ha ido eliminando siempre a los testigos posibles, a los que tal vez no estuvieran dispuestos a desmemorizar. Friedo podía ser uno de ellos, sin duda.»

«Pero en ese aspecto, Stalin no es una excepción. Es el prototipo de todos los dirigentes comunistas. Todos ellos odian la memoria verídica. Basta para convencerse de ello con leer sus memorias. Las del francés Duclos y las de la española Pasionaria, pongamos por caso. Basta con leer «Mañana España» de Santiago Carrillo, en cuanto aborda problemas históricos o biográficos. Hay una diferencia, sin

embargo, entre Stalin y estos otros dirigentes. Reside en que los últimos no disponen ni han dispuesto nunca del absoluto poder de Stalin. No están en condiciones de aniquilar a todos los testigos, de destruir totalmente la memoria que permitirá reconstruir la verdad histórica».

(Jorge Semprún Maura, antiguo comunista, «Autobiografía de Federico Sánchez», Barcelona, Planeta, 1977, p. 196s.)

DOCUMENTO 4

«Hasta las conversaciones con Uribe en 1961 yo consideraba a

Carrillo un comunista. Un comunista con muchos defectos, pero un comunista. A partir de esa fecha comencé a observarlo de forma diferente, a observar sus actitudes y sus acciones de forma más crítica. Comencé a ligar unos hechos con otros, unas épocas con otras y ante mí fue apareciendo un Carrillo completamente extraño a toda idea, principio y práctica comunistas. Aparecía el arribista sin escrúpulos, un ser completamente deshumanizado, capaz de mandar a la muerte o destruir política y moralmente a personas a las que antes había jurado la más completa amistad. Le he visto

mentir de la manera más cínica al informar sobre las entrevistas y los hechos relacionados con otros partidos o personas».

(Enrique Lister, comunista antes de Carrillo, comunista tras la expulsión de Carrillo del PCE, coronel del Ejército Popular y general soviético, en «¡Basta!» editado en Francia en 1971 y reeditado en Madrid por G. del Toro en 1978, con añadidos pero sin supresiones) p. 152 ed. frsa.)

FALSEDAD 1

«Lo que pasa es que hay algún historiador fascista, como el señor De

la Cierva, que no ha podido aportar ningún documento demostrando mi responsabilidad (en Paracuellos). Está convencido de que yo soy responsable porque cree que soy una de las personas que no deberían vivir.»

(Santiago Carrillo entrevista en «El Semanal» de «El Diario Montañés», 21.11.93)

Como Carrillo dice que no lee los libros en que se le denuncia, aunque los lee con avidez, parece que olvida mi serie de EPOCA publicada con motivo del cincuentenario de la guerra civil, cuyo capítulo sobre la represión saltó a la portada de la revista bajo el título

«Carrillo es culpable». En el texto se aducían varios documentos probatorios de esa responsabilidad, entre ellos uno del propio Carrillo ante la Junta de Defensa de Madrid el 11 de noviembre de 1936. En el presente libro, que tampoco leerá (aunque se lo beberá hasta la última línea) tiene una ampliación de aquel relato.

Me llama historiador fascista. Mi actuación política ha consistido en ganar las elecciones de 1977 al Senado y las de 1979 al Congreso; en haber sido Ministro de la democracia española y vicepresidente de la Comisión Constitucional del Senado en 1978. Todos ellos cargos fascistas, como

puede verse, aunque tal acusación me honra viniendo de un stalinista convicto y confeso.

No deseo su muerte, sobre todo hasta que lea este libro que no va a leer.

Carrillo no responde más que agrediéndome a la pregunta que le hace el entrevistador, en la que cita a otros historiadores. Personaliza la polémica contra mí. Pues bien, acepto el reto; y confieso que esa entrevista mendaz, sobre la que volveré, ha sido una de las razones que me han movido a escribir este libro. Donde voy a responder a su insulto con documentos y razones históricas.

Porque llamar stalinista a Carrillo

no es un insulto para quien se declaró a sí mismo en 1939 no sólo stalinista sino poseído de amor a Stalin, como demostraré en su momento.

En cuanto a su acusación (falsa, como acabo de mostrar) sobre mi carencia de documentos, Carrillo me atribuye una de sus propias características principales. En sus memorias no presenta un solo documento, no concreta una sola cita, ni una sola fuente. Por eso voy a ofrecer al lector, en este libro, los documentos, las citas y las fuentes que Carrillo elude. Cuando el lector las tenga delante comprenderá fácilmente por qué Carrillo huye de las fuentes y de los

documentos. Todos se vuelven y se revuelven contra él.

QUÉ ES Y POR QUÉ SE ESCRIBE ESTE LIBRO

El 7 de noviembre de 1936, a las tres y media de la tarde, un joven y ya prestigioso abogado que aún no había cumplido cuarenta años, Ricardo de la Cierva Codornú, mi padre, bajaba con otros cientos de compañeros de unos autobuses municipales y se encaminaba, a culatazos, hacia una enorme fosa previamente cavada cerca de la ribera del río, al pie de la escarpada cuesta donde se alza el caserío de Paracuellos del Jarama, a unos quince kilómetros de Madrid y a la izquierda de la carretera

de Barcelona. Iban con las manos atadas a la espalda por un bramante que les hacía sangrar, no habían sido sometidos a juicio alguno y cuando se alinearon al borde de la fosa empezaron a caer acribillados por los fusiles y armas automáticas de los milicianos que, encuadrados por el gobierno de la República y entreverados por fuerzas de orden público, les exterminaron sin piedad. Varios testigos presenciaron ésta y las demás matanzas de aquel noviembre trágico y luego lo contaron con todo detalle. Mi padre había sido capturado en Barajas por la delación de un colaborador, cuando trataba de huir a Francia para encontrarse con su mujer y

sus seis hijos pequeños; la menor aún no había nacido. Un testigo recuerda su desesperación por nuestro alejamiento y nuestro incierto destino. Tuvo que llegar a la fosa de Paracuellos con la muerte en el alma.

 Mi padre ejerció siempre una intensa actividad profesional, con algunas incursiones en la política. Hermano de Juan de la Cierva Codornú, inventor del autogiro, hijo de Juan de la Cierva Peñafiel, varias veces ministro de Alfonso XIII de quien trató inútilmente de evitar el abandono y la huída el 14 de abril de 1931, mi padre había sido diputado a las últimas Cortes de la Monarquía Constitucional y

participó durante la República en las actividades del partido monárquico Renovación Española. Su apellido y sus ideas eran, por lo visto, delito mortal para aquella República democrática cuyos sayones le empujaban a la muerte en Paracuellos.

Como historiador y profesor de Historia he estudiado muchas veces el problema de la represión en una y otra zona de la guerra civil. Supe la muerte de mi padre, misteriosamente, sin que nadie me lo dijera, en San Sebastián dos días después de la tragedia, justo al cumplir los diez años. Durante los cincuenta siguientes una terrible losa de dolor y de impotencia me ha impedido

profundizar hasta el fin en esa tragedia. Ante las omisiones y las estupideces sectarias y antihistóricas de historiadores comunistas o extremistas como Tuñón de Lara, Julio Aróstegui o Reig Tapia he optado generalmente por el silencio y la conmiseración. Seguramente no hubiera decidido escribir este libro a no ser porque en noviembre de 1993 Santiago Carrillo Solares se atrevió a publicar un libro de memorias en la editorial de la que yo, por otros motivos, acababa de separarme; muchas gentes del centro y la derecha española compraron ese libro y algunas, según vi en ciertas cartas a los periódicos y en ciertos comentarios de

los medios de comunicación, creyeron a Carrillo.

Leí detenidamente el libro de Carrillo, el joven submarino socialista que ingresó en el partido comunista a la misma hora en que el partido comunista decidía la muerte de mi padre el 6 de noviembre de 1936; y que, según testimonios irrefutables que aparecerán en este libro, actuaba ya como responsable del orden público en Madrid desde la madrugada del 7 de noviembre, horas antes de que empezaran las grandes sacas —palabra terrible— en dos de las cinco cárceles madrileñas abarrotadas. La negación tajante, absoluta, de cualquier

responsabilidad en las matanzas de noviembre es una de las grandes mentiras que han jalonado la vida de Carrillo. Pero desde mi punto de vista no se trata sólo de una tremenda mentira; todo el libro de Carrillo, y especialmente sus alusiones a Paracuellos, me parecieron, al leerlo con estupor, una provocación insufrible. Para colmo Carrillo me dedicó luego un insulto mendaz y una descalificación ridícula en una entrevista de prensa que acabo de citar en el pórtico, con lo que terminó de afirmar mi decisión para escribir estas antimemorias razonadas y documentadas del personaje.

La metodología de este libro es muy

sencilla. Voy a seguir el hilo cronológico de las memorias de Carrillo^[1] subrayando sus falsedades, que catalogaré numéricamente, y aduciendo bajo cada falsedad, por acción u omisión, los testimonios y documentos que desnuden las mentiras. Muchas veces tomo esas pruebas de fuentes comunistas, de personas que conocieron y trataron a Carrillo durante años, y alguna vez del propio Carrillo que afecta olvidar con facilidad increíble sus propias palabras, no digamos sus propios hechos. Veremos si, después de este libro, se atreve a repetir contra mí que nunca he aducido un solo documento sobre sus responsabilidades

históricas.

Porque este es un libro para la Historia, no para la venganza. Contribuí en los comienzos de la transición, a promover la ley de amnistía que España necesitaba entonces para fundamentar su nueva democracia. Pero Santiago Carrillo estaba ya amnistiado por sus responsabilidades derivadas de la guerra civil; y no fue el Rey de España sino, aunque Carrillo no lo ha reconocido nunca, el propio Franco quien le amnistió, en marzo de 1969, para desbrozar el camino histórico del Príncipe, como ha recordado oportunamente Alfonso Osorio.^[2]

No trato por tanto de formular

acusación alguna en el plano jurídico. Es cierto que los vencidos de Nurenberg fueron condenados por crímenes contra la Humanidad, una figura de delito imprescriptible que se creó para juzgarles y después de los hechos que se les imputaban. Es cierto que en la primavera de este mismo año el antiguo representante de la Milicia Francesa de Lyon, Paul Touvier, de 79 años, ha sido condenado a cadena perpetua por crímenes contra la Humanidad,^[3] acusado del fusilamiento de siete judíos hace cincuenta años. Es cierto que uno de los grandes testigos del Madrid rojo, el encargado de Negocios de Noruega Félix Schlager, que habló con Carrillo el

mismo día 7 de noviembre de 1936 y no se dejó engañar por él, recuerda que su colega británico calificó una de las primeras matanzas colectivas de Madrid, ante el propio gobierno de la República, como crimen por el que protestaba «en nombre de la Humanidad», nueve años antes de que terminase la segunda guerra mundial; y las matanzas de Paracuellos resultaron, a las pocas semanas, mucho más graves y sangrientas.^[4] Pero yo no deseo plantear la crítica a Carrillo en el plano jurídico sino en el plano histórico, fuera del alcance de sus omisiones y sus mentiras. Insisto en que este es un libro para la Historia y no para la venganza.

Cuando volvíamos a Madrid en abril de 1939 con la esperanza imposible de encontrar vivo a mi padre, mi madre supo con certeza el nombre del conocido nuestro que le había denunciado. Nunca nos lo reveló, ni tampoco a familiares nuestros que ocupaban entonces importantes puestos políticos y militares, y que con una palabra hubieran podido terminar con aquel resentido. Cuyo nombre desconozco aún, pero sé que vivió muchos años en España sin que le molestase nadie. La venganza no ha sido nunca norma de mi familia. Pero no puedo callar ante la provocación.

Santiago Carrillo ha logrado

enmascararse, en la España de los años noventa, como una especie de venerable estadista «senior» que se presenta como reina madre del guerrismo, Dios los cría y ellos se juntan; Carrillo es la falsificación del pasado y el guerrismo es la falsificación del futuro. Participa en tertulias radiofónicas y televisivas junto a destacados y desmemoriados personajes de la derecha española, que tal vez buscan absurdamente con ese contacto una cobarde legitimación por parte de la extrema izquierda. Se atreve a escribir artículos para adoctrinar al PSOE sobre los caminos para salir de la crisis insondable que afecta al partido de las corrupción y para rehacer la

unidad de la izquierda. Seguramente no se inmuta, tras reiterar sus «explicaciones» sobre Paracuellos, cuando lee en la prensa que, a propuesta del Partido Popular, «El Congreso aprueba que se tipifique como delito la apología del genocidio»;^[5] claro, los ingenuos legisladores del Partido Popular se refieren a los excesos del nazismo, no a los crímenes de Stalin y sus epígonos, que eran, como se sabe, fervientes progresistas. Lo malo es que alguna vez alguien con mejor memoria que Carrillo le ve sentado tranquilamente en una terraza de la Gran Vía y le propina un guantazo, que provoca en Carrillo otro de sus insultos

clásicos; su agresor, hijo de una víctima de Paracuellos, es «un facha que se ve que está entusiasmado con los resultados de las elecciones».^[6]

En fin, un ex comunista, Carlos Semprún Maura, remata con estas tremendas palabras su artículo de «ABC» que ya hemos citado, «Con la mentira en ristre»:

«Y en 1993, cuando termina su libro, sigue tan orgulloso de su sendero luminoso de asesinatos, mentiras y traiciones. ¿Por qué no, ya que su libro es un éxito editorial y hasta Raffaella le invita a jugar con ella en televisión? Si en política la moral y la verdad hay que buscarlas con lupa y aun así no se

encuentran, casos como el de Santiago Carrillo, su vida y su obra, constituyen una vergüenza nacional». [7]

El veterano historiador comunista Gregorio Morán, autor de un libro esencial al que voy a referirme muchas veces, critica así al anterior ensayo autobiográfico de Carrillo, superlativamente incrementado con nuevas distorsiones en el libro que ahora juzgamos:

«Y «Mañana España» será un texto jugoso, vibrante, un peculiar ajuste de cuentas con el pasado, con su pasado, no para adecentarlo, sino para convertirlo en todo lo contrario de lo que había sido. Tomando como testaferrros a

Debray y a Gallo hará de su vida un guante; sólo con darle la vuelta la misma piel tendrá un aspecto diferente. Todo adquirirá visos de verdad, incluso todo está asentado sobre hechos reales y sin embargo nada, absolutamente nada, es exactamente como él lo cuenta a sus secretarios egregios de la inteligencia gala». [8]

Nadie puede mejorar las críticas y las acusaciones que sus compañeros comunistas arrojan al rostro pétreo de Santiago Carrillo. Pero a mí lo único que me interesa es sofocar la provocación de sus malas memorias, como homenaje filial a Ricardo de la Cierva Codornú, mi padre, y como

testimonio para toda España, y singularmente para la juventud española tan desorientada en la Universidad actual por los profesores comunistas y sus desinformados compañeros de viaje.

Se me dirá, desde el campo de la Historia roja (la Historia no debería tener adjetivos, pero los tiene) que en la zona nacional hubo también crímenes. Carrillo se recrea en recordarlo y exagerarlo. Pero es verdad, aunque las víctimas de la represión en la zona nacional fueron mucho menos numerosas (menos de la mitad) que en la zona roja, y jamás se produjo en la zona nacional una serie de matanzas comparables por su número, su crueldad y su sadismo, a

las de la provincia de Madrid dominada por la República. Pero en este libro no estoy tratando ese problema. Me refiero exclusivamente a las falsedades de Santiago Carrillo, entre las que destaca trágicamente su versión acerca de las represiones en Madrid durante la guerra civil. No se me puede acusar de no referirme a lo que no constituye el objeto de este libro, aunque he hablado de la represión de la zona nacional y de las falsedades de la zona nacional en otros libros, y he de volver sobre el problema.

Este libro, en fin, es un nuevo grito contra la censura. He sufrido la censura del general Franco que cortó

personalmente una serie histórica mía en Televisión Española porque reproduce imágenes verídicas del 14 de abril, aunque luego no tocó una sola línea de mi biografía sobre él; pero su comprensión la ha estropeado tenazmente la llamada, no sé por qué. Fundación Francisco Franco, enquistamiento histórico del «bunker». Me censuró el almirante Carrero por mi decidida defensa de las librerías españolas contra los ataques de la extrema derecha; aunque también me distinguió con su afecto y pienso defenderle de quienes le atacan sin conocerle. Me censuró don Carlos Arias Navarro al oponerse a que yo presentara

un libro en que se le mencionaba y no con desdoro. Me censuró el primer gobierno de UCD por mis artículos en «El País» y luego el muy democrático diario «El País» tomó el relevo de la censura haciéndome el honor de dos editoriales absurdos y sectarios. Me han censurado otros periódicos de los que no quiero acordarme. Me ha censurado, no faltaba más, la llamada dictadura silenciosa, está en su papel. Recientemente me han censurado la Iglesia y el Estado, en sus varios estamentos; la Compañía de Jesús y el Opus Dei, por decir lo que creo la verdad sobre ellos; varias personas e instituciones me han censurado de frente

y por la espalda. Me ha censurado, como él sabe hacerlo —a través de insultos— el vicelíder del PSOE y el anterior líder del PP que me llamó «historiador a sueldo» por el delito de haberle barrido en unas elecciones murcianas. Me ha censurado, a veces de manera muy alevosa, alguna que otra Editorial.

Algún día detallaré estos alardes impotentes de una censura a la que creí haber dado un golpe de muerte entre 1973 y 1974; luego ha rebrotado con peores artes y a veces amparándose en la Constitución. He creado la Editorial Fénix para decir a pleno pulmón lo que no puede decir en otras partes; lo que

otros no se atreven a decir.

Este libro demostrará una vez más que me sigo ciscando en la censura.

Madridejos (Toledo) octubre de 1994.

CAPÍTULO I

EL DISCÍPULO DE LENIN 1915-1933

LOS GRANDES MAESTROS Y LOS GRANDES AMIGOS DE CARRILLO

Santiago Carrillo Solares nació en la industriosa ciudad portuaria de Gijón, que comparte con Oviedo la primacía urbana del Principado de Asturias, el 18 de enero de 1915 en el seno de una familia obrera desde varias generaciones. Su padre, Wenceslao Carrillo, llegó a ser un importante dirigente regional, y luego nacional, del partido socialista y del sindicato socialista UGT; uno y otro se debaten, cuando se escriben estas líneas, en la

peor crisis de su historia debido a continuos escándalos de corrupción contra el Estado y la sociedad pero en aquella época, bajo la dirección del fundador Pablo Iglesias, merecían confianza por su «honradez y firmeza», que los nietos políticos de Pablo Iglesias han enfangado desde muy poco después de lanzar ese lema para el centenario del partido. Santiago Carrillo nació, pues, en un ambiente familiar socialista y muy politizado; cuando tenía dos años estalló en Rusia la revolución bolchevique bajo la inspiración y la dirección de Lenin a quien el joven Carrillo tomaría por maestro supremo cuando inició, casi en la adolescencia,

su andadura política y revolucionaria. El primer maestro de Carrillo fue su padre Wenceslao, que le enseñó socialismo, odio de clase y anticlericalismo, según se desprende claramente de las memorias que analizamos. El segundo fue Lenin, hasta el punto que Santiago Carrillo se consideraba leninista incluso cuando aún era un joven socialista; y bajo el signo de Lenin efectuó su transición personal al comunismo a partir de 1933/1934. Su maestro supremo fue, sin embargo, José Stalin, de quien se declaró hijo en 1939 tras repudiar a su padre Wenceslao. Luego afectaría repudiar a Stalin aunque nunca abandonó el stalinismo; la prueba es que

sus dos amigos más importantes y decisivos fueron los dos stalinistas más importantes de la era poststaliniana, Nicolae Ceaucescu de Rumanía y Kim Il Sung, el Gran Líder de Corea del Norte. Estos cinco maestros de Santiago Carrillo fueron adictos a la represión indiscriminada; incluso Wenceslao, su primer padre, aunque muchos lectores se asombrarán por esta revelación histórica que demostraré documentalmente en el capítulo tercero de este libro. Claro que Wenceslao no era más que modesto aprendiz de represor al lado de los dos grandes maestros y los dos grandes amigos de Santiago Carrillo, que han pasado a los nichos más siniestros de la

Historia como ejemplos de tiranía bestial y como «justicieros» paranoicos dignos de figurar en el cortejo de Gengis Kan.

Sobre Stalin, Ceaucescu y el primate norcoreano nadie se extrañará lo más mínimo. Pero la mitificación de Lenin nos obliga a mostrar un poco esta faceta de Lenin al frente de este primer capítulo en que el propio Carrillo se encarga de presentarse como alumno ferviente de Lenin.

LA REVELACIÓN DE LOS CRÍMENES DE LENIN

Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, prestó su efigie para que presidiera los estertores de la Unión Soviética después de Stalin y su momia para que sirviera como centro de peregrinaciones de millones de borregos comunistas ansiosos de adorarle en la Plaza Roja. La monstruosidad de los crímenes de Stalin parecía disimular la terrible culpa de Lenin por desencadenar una revolución utópica que ha sumido a Rusia y a medio mundo en el retraso y la catástrofe, que ha provocado el hambre, la penuria y la muerte de por lo menos cincuenta millones de personas. Pero esta barbarie se interpretaba como «necesidad histórica» o todo lo más,

después de 1989, como «equivocación política» mientras muchos leninistas más o menos encubiertos trataban de continuar al culto de Lenin. Pues bien, las nuevas investigaciones sobre los archivos abiertos de la URSS han situado recientemente a Lenin entre los grandes criminales de la Historia. El general e historiador Dimitri A. Volkogonov acaba de ofrecernos por fin el auténtico retrato de Lenin. Aferrado a su lunática utopía comunista se movía por el odio a Rusia y por el desprecio hacia sus compatriotas. Cultivó asiduamente el terrorismo de Estado, la mentira y el secuestro. Ordenaba ejecuciones en masa «para que el pueblo

lo vea, tiemble y se estremezca ante ello». Decidió la destrucción de más de setenta mil iglesias ortodoxas en la URSS. Es responsable directo de la ejecución de trece millones de personas sobre cuyos cadáveres se asentó el triunfo revolucionario. La única prioridad de Lenin era conseguir y mantener el poder, a cualquier precio, aunque ese precio fuera la pérdida de la mitad de la Rusia europea en la primera guerra mundial o la eliminación de millones de personas, casi siempre sin juicio alguno. Instauró el por él llamado «terror rojo» tras el atentado que sufrió en agosto de 1917.^[9] Este era el primer gran maestro del joven Santiago

Carrillo, que también llamó, con carácter positivo «terror rojo» a la represión de la zona republicana y en el Madrid de 1936. Y que sigue encadenado en sus memorias a la utopía leninista que marcó su juventud y su madurez.

NO SE ARREPIENTE DE NADA

Al principio de su libro Santiago Carrillo nos revela algunos rasgos de su personalidad que se traslucen en su metodología. «Soy —dice— uno de los

supervivientes, por lo que personalmente no me puedo quejar de mi suerte».^[10] Y puntualiza: «Estas memorias se refieren a mi vida pública; no hay en ellas referencias a mi vida privada».^[11] Testigos próximos a Carrillo nos han revelado algunos datos, no precisamente agradables, de esa vida privada; pero tampoco voy a cebarme en ellos en estas antimemorias. Porque las personas poseídas por su vocación y su utopía política prácticamente sólo viven su vida pública; su vida privada parece irrelevante y seguramente lo es. Lo que sí parece claro es que no tiene abuela, porque desde el principio aduce, entre rendidos elogios a sí mismo, su gran

coartada: «He sido una de las personalidades más relevantes de la transición democrática». (La solapa del libro dice «ha sido» pero Planeta encarga los textos de solapa a los autores, que se esconden impudicamente en la tercera persona). Tiene razón; pero por lo contrario que él cree. No negaré, al final de este libro, la contribución de Carrillo a nuestra transición. Pero su hazaña más importante, como le recordó Felipe González, ha sido lograr en cinco años lo que Franco no pudo en cuarenta: destruir al Partido Comunista de España. Por ello merece, sin duda, nuestra más rendida gratitud.

Nos revela Carrillo, también al

principio, su metodología. Con una donosa confesión para abrir boca: «La objetividad, en estos temas, no existe».

[12] Pues sí existe; la objetividad depende de una aproximación documental y testimonial sin prejuicios, sin condicionamientos de secta como los que exhiben los historiadores comunistas y sus compañeros de viaje; el hecho de que Carrillo reconozca que la objetividad no existe me parece una oportunísima confesión que no catalogo entre sus mentiras porque, al referirse a sí mismo, dice la verdad. Por eso, como no existe la objetividad, puede permitirse el lujo de abandonar los contextos: «Muchos hechos acaecidos en

ese período quedarán fuera del texto».

[13]

Quedarán fuera del texto de Carrillo pero dentro del mío; entre ellos muchos hechos del propio Carrillo de los cuales huye como de la peste.

Como para Carrillo la objetividad no existe y no tiene en cuenta los contextos, que son la trama de la Historia auténtica, Carrillo se cura, desde el principio, en salud. Una y otra vez se deja dominar por su obsesión ante las víctimas. Por ejemplo cuando advierte: «El progreso humano, a lo largo de los siglos, ha costado infinidad de víctimas».

[14]

Es una justificación no pedida, pero

de razón manifiesta, contra esos grandes progresistas de la Historia humana a que nos hemos referido: Gengis Kan, Lenin, Stalin, Ceaucescu, Kim Il Sung. La obsesión por las víctimas, aunque sus adoradores Aróstegui y Martínez recomienden, al hablar de noviembre de 1936, que no enarbolemos los victimarios. Se comprende.

Desde el principio trata también de justificar lo inconfesable. Con expresiones tan cínicas que merecen pasar al catálogo de falsedades:

FALSEDAD 2

«Y cuando hago balance de mi

trayectoria lo hago convencido de haber mantenido en lo fundamental una coherencia clara».^[15]

Clarísima. Primero socialista, luego comunista, luego vuelto a la querencia del PSOE; primero repudia a su padre Wenceslao y adopta como mentor a Stalin, luego repudia a Stalin pero sin abandonar el stalinismo; primero insulta a don Juan Carlos y luego cultiva su amistad; primero aborrece la democracia y luego se erige en campeón de la transición democrática; primero ensalza a Largo Caballero hasta el cielo rojo de Lenin y luego le traiciona. La coherencia en lo fundamental es patente, como demostrará este libro.

FALSEDAD 3

«No tengo por qué arrepentirme de nada».^[16]

Sostenella y no enmendalla, hasta el final. Recuerde el lector las acusaciones que sus antiguos compañeros comunistas hacen contra Santiago Carrillo. Pero según Carrillo se equivocan; él es inocente de todo, sus detractores unos falsarios y unos resentidos. Innumerables documentos de este libro van a demostrar la falsedad ridícula de ese empecinamiento.

La obstinación de Carrillo en sus exculpaciones resulta tan absurda y tan hiriente que trata de desviar la cuestión

según uno de sus métodos habituales, en busca de otro culpable. Ese gran culpable es nada menos que la religión católica:

FALSEDAD 4

«Algunos periodistas me preguntan a veces cuando se interesan por mi vida: «¿De qué se arrepiente usted?» La pregunta me sorprende siempre y veo en ella un producto de la cultura católica que ha dominado en nuestro país».^[17]

Es decir que el sentimiento de culpabilidad no es inherente al alma humana ni a la conciencia sometida a la

ley natural, sino un «producto de la cultura católica». La enormidad es tan notoria como la estupidez. Carrillo está fuera de la cultura católica y por lo tanto no conoce la culpabilidad ni el arrepentimiento. Su actitud es evidentemente un producto de la cultura marxista-leninista-stalinista. Y una fría confesión de que no existen barreras entre el bien y el mal. Esta es una de las falsedades más profundas y más reveladoras del alma de Carrillo.

Es decir que Carrillo no cree. Perdió la fe en su infancia, como él mismo confiesa, por el influjo de su padre descreído. Se muestra marxista cabal en una nueva confesión

antireligiosa:

«Por eso existen ideologías que proclaman la superioridad de unas razas sobre otras y hasta como último recurso, una vida ultraterrena donde todos seremos iguales y felices».^[18]

Fuera de toda fe y de todo sentido moral —como acaba de confesarnos— puede recalcar la limpieza de su vida:

FALSEDAD 5

«Yo estoy convencido de haber procedido siempre honestamente».^[19]

Siempre. Hasta cuando «enviaba hombres a la muerte» como le dice, en nuestro pórtico, quien conoció de cerca

sus métodos, Jorge Semprún. Pero de algunos de esos hombres habla con lágrimas de cocodrilo:

«Cuántos valores humanos destruidos, cuántos amigos desaparecidos, cuánto heroísmo, cuánta generosidad».^[20]

Cuánto, cuán insondable cinismo.

CARRILLO NO PUEDE SER INGENIERO

Durante su infancia, en Avilés, Santiago Carrillo cursó la educación primaria, primero con enseñanza

religiosa y luego en un centro laico. Por su padre conoció en aquella época a los líderes socialistas de la región, como Ramón González Peña y el sindicalista Manuel Llaneza. Wenceslao Carrillo intervino activamente en la huelga revolucionaria de 1917, el mismo año de la revolución soviética en Rusia que pronto suscitaría un vivísimo interés entre la izquierda obrera de España. Dos militares que luego desempeñarían un papel muy importante en la vida de Santiago Carrillo —que entonces sólo tenía dos años— actuaron a las órdenes del gobierno en la pacificación de Asturias después de la huelga; don José Miaja Menant, que profirió duras

invektivas contra los huelguistas y el comandante Francisco Franco, que recorrió sin incidentes las cuencas mineras y, aunque Carrillo no lo reconoce, sintió en esos contactos el nacimiento de su interés por los problemas sociales.^[21] Setenta y seis años después de la huelga revolucionaria de 1917 Carrillo tergiversa radicalmente la realidad:

FALSEDAD 6

«Los objetivos del movimiento eran estrictamente democráticos».^[22]

No es verdad. Uno de los elementos de ese movimiento —la Asamblea de

Parlamentarios— era subversivo pero también democrático. La huelga obrera era revolucionaria, no pretendía objetivo democrático alguno sino que se montó bajo la inspiración del programa máximo vigente en el PSOE de entonces (y que hoy se ratifica en cada Congreso) que era rabiosamente antidemocrático y marxista, como puede comprobar Carrillo en cualquier manual solvente de Historia.^[23] La hostilidad de Carrillo al sistema liberal y su apego fanático al marxismo persisten hoy, como lo prueba este final del prólogo a sus memorias:

DOCUMENTO 5

«En conclusión, debo añadir —a riesgo que me lo tomen como pecado — que sigo siendo un decidido partidario del Socialismo. Para mí eso significa que un sistema económico-social basado en la prioridad del beneficio privado y no en el interés de la colectividad y en principios de solidaridad e igualdad, como éste en que vivimos, si los pueblos no son capaces de transformarlo, sólo puede llevar a la humanidad a ruina y catástrofe».^[24]

La ruina y la catástrofe la ha provocado en medio mundo el socialismo real que Carrillo sigue adorando. Los cascotes del muro de

Berlín siguen depositados en su corazón fanático.

En septiembre de 1923, cuando se proclamaba la dictadura de Primo de Rivera, Wenceslao Carrillo se instala en Madrid con su familia. Santiago no ha cumplido aún nueve años. No se ha enterado aún, setenta años después, de que el régimen del general Primo de Rivera solucionó los grandes problemas de España, marcó una imagen de progreso y bienestar y consiguió la cooperación de algunos líderes socialistas importantes como el asturiano Manuel Llaneza y el demagogo Francisco Largo Caballero, que fue Consejero de Estado con el general. A

propósito de la primera dictadura profiere Carrillo uno de sus dislates históricos:

FALSEDAD 7

«El fin del estancamiento que representó la dictadura del general Primo de Rivera».^[25]

No cabe término más desafortunado. El general Primo de Rivera elevó la renta *per capita* de los españoles a su máximo nivel histórico hasta entonces; el estancamiento se produjo cuando él cayó, y ese nivel no se pudo recuperar hasta veinte años después; está también en cualquier manual. Pero en fin,

Carrillo niño tiene la suerte de seguir sus estudios en el Grupo Escolar Cervantes de Cuatro Caminos, la popular glorieta de Madrid. Se trataba de una excelente escuela pública informada por los principios de la Institución Libre de Enseñanza. Visitaron el centro los dirigentes de la Institución, señores Giner de los Ríos y Manuel B. Cossío. Carrillo deseaba prepararse para estudios superiores de ingeniería pero su padre, con siete hijos, no podía costeárselos y el joven tuvo que buscar trabajo, que encontró en la imprenta y luego en la redacción de «El Socialista». Esta imposibilidad suscitó en él un resentimiento social que me

parece desgraciadamente justificado. La inteligencia de Carrillo, su ansia de aprender, su tenacidad en el trabajo de estudiante le hubieran llevado sin duda al triunfo en la ingeniería. La injusta sociedad española de aquella época no se lo permitió y le arrojó, cuando tenía catorce años, a un trabajo precoz que le arrastrará inevitablemente a la política partidista y revolucionaria. Un Santiago Carrillo ingeniero hubiera ahorrado seguramente a España muchas tragedias. Años antes la joven y ferviente católica de Bilbao, Dolores Ibárruri, se había desviado a la incredulidad y al odio de clase por motivos parecidos. Experiencia semejante afectó a Pablo

Iglesias, a Francisco Largo Caballero, a Indalecio Prieto, todos ellos dotados, como Carrillo e Ibárruri, de cualidades relevantes que no pudieron desarrollarse por los cauces que merecían. En España los líderes de la izquierda revolucionaria no han surgido nunca, como en Rusia, de la aristocracia (la excepción de Nicolás Sartorius confirma la regla) ni de las clases acomodadas. Han brotado de medios marginales, de ambientes desesperados, a veces hasta del desprecio social y la bastardía. Este es un hecho social sobre el que nunca, que yo sepa, se ha reflexionado seriamente.

NACE LA VOCACIÓN POLÍTICA DE CARRILLO

Ahora conviene fijar algunos rasgos muy importantes que modelaron la actitud de Carrillo durante los años de su insuficiente formación y luego alcanzaron gran importancia política en su comportamiento contra los intelectuales como se reveló en su choque brutal y desproporcionado primero con Jorge Semprún y Fernando Claudín, luego con Ramón Tamames y otros brillantes jóvenes de la transición. El lamentable fracaso de Carrillo al no poder emprender estudios superiores,

que ya hemos relatado, se describe así por Fernando Claudín:

DOCUMENTO 6

«Esta experiencia directa, sufrida en la propia piel, de la escandalosa desigualdad social existente en aquella España, no podía por menos de estimular en el adolescente la inclinación a seguir el camino de lucha ejemplarizada en su padre. Pronto la fulgurante promoción política de Santiago Carrillo relegaría al subconsciente aquella gran frustración de la adolescencia, pero tal vez no debe perderse de vista al intentar

comprender algunos de sus comportamientos ulteriores. En particular su actitud ante los intelectuales —sobre todo ante los intelectuales con responsabilidad en el partido— mezcla de un complejo de inferioridad y de un sentimiento compensatorio de dominación, basado en la convicción de su superioridad en el saber político y en la conciencia de clase, de clase oprimida, frente a los poseedores de otros saberes».^[26]

La precaria formación de Carrillo explica sus fallos insondables en la Historia universal y la española. Se trata de mi contenido de cátedra y no pretendo en modo alguno humillar a

Carrillo ni acosarle, aunque mi propia formación histórica se debe por encima de todo a mi esfuerzo personal, con largos estudios emprendidos mientras debía trabajar para sobrevivir; nadie me regaló mis estudios superiores, aunque me los facilitó sobremanera la categoría y la ciencia de mis grandes maestros. Acabo de expresar mi comprensión ante las dificultades que impidieron a Carrillo proseguir su formación en 1929. Pero también debo añadir que Carrillo no tuvo la voluntad ni la energía suficiente que muchos hemos encontrado para robar horas y horas al sueño durante décadas. A él le parecerá un sarcasmo pero ha vivido siempre,

después de su infancia, mucho mejor que yo. Y yo he tenido que luchar a brazo partido con la vida tanto o más que él, desde los diez años, cuando perdí a mi padre. Por tanto no me dolerán prendas a la hora de exponer y subrayar unas falsedades históricas de las que le alcanza no pequeña parte de responsabilidad personal.

FALSEDAD 8

«En los siglos XVI y XVII la monarquía absoluta subordinó los intereses de España a la persecución de sus designios hegemónicos en Europa y en el mundo».^[27]

¿Por qué dictamina Carrillo sobre lo que ignora? El designio al que la Monarquía española de los siglos de Oro —que por algo se llaman así— subordinó casi todo no fue la hegemonía, que no era un designio sino un derecho y una herencia histórica; sino la defensa quijotesca de la Religión y el gran proyecto de expansión universal en las Indias y en el Pacífico. La monarquía absoluta hizo la grandeza universal de España, como la de Francia y la de Inglaterra. ¿Qué rayos tiene que ver ese inmenso hecho histórico con un planteamiento político para la segunda mitad del siglo xx en la España desgarrada por siglo y medio de guerras

civiles? ¿Qué enemigo de España ha sugerido a Carrillo tan absurda interpretación de la gran Historia de España?

FALSEDAD 9

«El predominio de la iniciativa privada nos haría perder el tren de la segunda revolución industrial».^[28]

No hace falta aducir en refutación de este disparate documento alguno. Esa tesis de Carrillo contra la iniciativa privada ya se había hundido antes de la caída del Muro de Berlín pero después resulta un monstruoso anacronismo. Fracasado con estrépito el sistema de

economía estatal, que ha sumido a Rusia y a media Europa en la catástrofe, sólo la iniciativa privada puede ser motor del cambio, del progreso y del empleo. Esto es algo que reconocen hoy hasta los socialistas ante cuyos portones acampa mendicante el antiguo joven socialista, abrumado bajo las ruinas del comunismo, aunque no se arrepiente de nada. La metáfora del tren es particularmente desgraciada. Los ferrocarriles, nervadura del progreso, surgieron de la iniciativa privada. En España el pecado de la iniciativa privada no fue frenar el desarrollo sino no haber sido lo suficientemente intensa como para acelerarlo. Suspenso en

historia, suspenso en economía elemental.

FALSEDAD 10

Carrillo nacía a la conciencia política durante el apogeo que por desgracia coincidía también con el estertor de la dictadura de Primo de Rivera. Nacía en el corazón del PSOE, en la sede de su diario, en contacto con sus líderes. Parece mentira cómo puede explicar la disensión profunda del PSOE en la dictadura exactamente al revés de como fue:

«De esta manera la pasividad ante la dictadura se presentó en el PSOE

como predominio de una «posición de clase» frente a las «desviaciones burguesas» de hombres cual Prieto, criticado en aquellos tiempos en los medios del PSOE y la UGT por sus relaciones con burgueses y sus aficiones de *bon vivant*». [29]

DOCUMENTO 7

He resumido las principales fuentes socialistas, que cito en el texto, y el luminoso estudio del profesor Velarde, «Política económica de la Dictadura» para exponer lo que realmente fueron las disensiones socialistas a propósito de la dictadura de Primo de Rivera. Esas

fuentes contradicen de lleno a la simplificación falsa de Carrillo:

«Tempranamente, el 22 de septiembre de 1923 el PSOE permitió a sus concejales y diputados provinciales que colaborasen en las nuevas corporaciones locales de la dictadura. La entrevista de Primo de Rivera con el líder sindical asturiano Manuel Llaneza (UGT) inicia las disensiones internas. Largo Caballero, Besteiro, (cuya futura enemistad con el líder obrerista no surgirá hasta mucho después) y Saborit, apoyados por el doliente fundador Iglesias, imponen el colaboracionismo y arrastran a la inmensa mayoría del

PSOE y la UGT contra el parecer de la minoría intransigente dirigida por Prieto y Teodomiro Menéndez. El tirón laborista confirma a Besteiro en su posición y también influye poderosamente en Largo Caballero quien en su libro de 1925 «Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores» apunta claramente a una orientación laborista de modelo británico para el PSOE y la UGT más coordinados aún que hasta entonces. Wenceslao Carrillo y Manuel Cordero son los vocales socialistas que participan en el Consejo Interventor de Cuentas del Estado y el propio Caballero, con Núñez Tomás, Lucio

Martínez y Santiago Pérez Infante quienes se incorporan por Real Orden al nuevo Consejo Superior de Trabajo que sustituye al Instituto de Reformas Sociales. Precisamente en virtud de designación de este Consejo (según el método indirecto que los socialistas escogen para evitar las acusaciones de nombramiento a dedo) entra Largo Caballero en el Consejo de Estado según nombramiento publicado en la Gaceta del 14 de octubre de 1924; no juró sino que prometió y no mencionó al Rey aunque sí a la Constitución (que incluía al régimen monárquico) al tomar posesión de su alto cargo».^[30]

Por lo tanto no solamente Largo

Caballero sino el propio Wenceslao Carrillo, padre de Santiago, colaboró activamente con la dictadura de Primo de Rivera en un cargo oficial, hecho que su hijo olvida cuidadosamente.

FALSEDAD 11

Las equivocaciones de Carrillo sobre la época de la dictadura son continuas. Uno de los acontecimientos más importantes de ese período fue el vuelo del «Plus Ultra» en 1926, que alcanzó resonancia mundial. Así lo describe Carrillo:

«Ramón Franco, en el avión *Plus Ultra*, acompañado por Ruiz de Alda,

Gallarza y Rada, había realizado lo que entonces era una proeza, volar desde España a Buenos Aires cruzando el Atlántico».^[31]

DOCUMENTO 8

Fue, en efecto, una proeza. Pero el tramo esencial, heroico, del vuelo transcurrió entre Las Palmas y la isla de la Sal, de donde el hidroavión saltó a Recife y a Montevideo antes de rendir viaje junto a Buenos Aires.

«Han participado en el vuelo el comandante Ramón Franco, piloto; capitán Ruiz de Alda, observador; alférez de navío Durán, agregado y el

mecánico Pablo Rada».^[32] «En esa misma fuente puede comprobar Carrillo que el capitán González Gallarza no participó en ese vuelo sino en otro, también importantísimo, que tuvo lugar pocos meses después, desde Madrid a Manila».

En aquella época de transición entre la dictadura y la República, 1929-1931, la familia de Wenceslao Carrillo y la de Francisco Largo Caballero intiman y se reúnen los domingos por la tarde en un merendero de la Dehesa de la Villa. Carrillo recuerda la relación con su padre, que diez años después interrumpiría abyectamente al servicio de Stalin: «Mi padre, que me trató desde

muy joven como un amigo».^[33] Fue Andrés Saborit, el concejal de Madrid de quien se decía que hacía votar hasta a los muertos, quien sacó pronto al joven Carrillo —entre 1929 y 1930— de la imprenta de «El Socialista» para incorporarle como ayudante a la redacción; donde coincide con el futuro historiador Antonio Ramos Oliveira. En 1930 Saborit le designa además informador municipal donde conoce a varios colegas como el monárquico y católico Pedro Gómez Aparicio; y a varios concejales romanonistas, a quienes tilda de corruptos.

Al ser recibido en «El Socialista» ingresa también, a los catorce años, en

las Juventudes Socialistas de Madrid que pronto le eligen para su comité local. Desde aquel momento su carrera política es fulgurante. Vive ya, hasta su batacazo de 1982 e incluso después, exclusivamente para la política. Será político antes que socialista, antes que comunista; a su carrera política lo sacrificará todo. Es un animal político en estado puro, sin que los avatares de su vida privada tengan nada que ver con su actividad política. En enero de 1930 entra en el Comité Juvenil Antimonárquico formado por jóvenes de todas las tendencias políticas republicanas y revolucionarias, primer ensayo de los movimientos de Carrillo

dentro de medios de pluralismo político. Nadie podría predecirle entonces que andando las décadas se convertiría en partidario del nieto de Alfonso XIII (después de haber criticado tan copiosamente al abuelo y al nieto) y en amigo de un Rey.

Además de sus incipientes trabajos políticos Carrillo se encarga, primero provisional y luego definitivamente, de la publicación juvenil socialista «Renovación» donde, según una costumbre trágica, coincide con una figura pronto famosa en la historia del crimen, la mujer perfecta, Hildegart Rodríguez.^[34] Con ella acude en 1929 ante el juez de menores quien les

aconseja que no escriban sobre problemas de los mayores. Al año siguiente, después del pacto de San Sebastián en verano, se adscribe junto a su padre en el bando socialista partidario de la colaboración con los conspiradores republicanos, frente a los seguidores de Besteiro que se negaban a esa colaboración. De entonces precisamente data el interés de Carrillo por la figura de Lenin y sus primeras tentaciones de convertirse en bolchevique; aunque, dada su ferviente cooperación con los republicanos burgueses parece claro que aplicaba al revés su imitación de Lenin, quizás porque sólo le arrastraba tan decidido

nombre, pero sin conocer seriamente su trayectoria.^[35]

El 15 de diciembre de 1930 Carrillo intervino en su primera reyerta callejera, contra los congregantes marianos de los Luises que vendían ejemplares del diario católico «El Debate» porque se había negado a seguir las consignas de huelga de prensa contra la Monarquía. El primer combate de Carrillo se libró pues en favor de la «censura roja» como entonces se la llamaba y en contra de la libertad de expresión que muchos años después decía defender ardorosamente. Ese mismo día trató de ayudar, junto a la puerta del cuartel de Conde-Duque, a la rebelión que algunos oficiales y

suboficiales tramaban allí contra la Monarquía, aunque nada resultó del intento. Entre los revolucionarios que cooperaban con los jóvenes socialistas fuera del cuartel Carrillo nos revela un nombre siniestro que luego cometió tales crímenes en la guerra civil que fue descalificado por el gobierno de la República cuando se fugó con el botín de sus rapiñas y, capturado por Franco, fue ejecutado: Agapito García Atadell.

[36]

UNA HISTORIA MENDAZ DE LA REPÚBLICA

Cuando cae la Monarquía de don Alfonso XIII Santiago Carrillo tiene dieciséis años. En 1929/31 se fijan sus primeros recuerdos políticos personales. Ahora, para puntualizarlos y confirmarlos, podría haberse tomado la molestia de concretar algunas citas, de consultar algunas obras fundamentales. No lo ha hecho. Cita desde la memoria confusa o desde la rutina falaz. No por incapacidad; Carrillo es un autodidacta, pero había recibido en el colegio de Cuatro Caminos una excelente y rigurosa formación básica. Sus incursiones históricas, que son continuas en sus memorias, se trazan desde la pereza y la desidia. No concreta una cita aunque le

aspen. A veces cita una fuente, como el famoso libro de Miguel Maura sobre la caída de Alfonso XIII pero no se digna ofrecernos la página.^[37] A esta desidia cabe también atribuir los errores y deformaciones con que Carrillo trama su particular historia de la República.

FALSEDAD 12

«Santiago Carrillo cree que la República del 14 de abril nació de lo que llama “el veredicto de las urnas”».

^[38]

No hubo tal veredicto republicano. Creo haber demostrado con datos seguros en un libro reciente que las

elecciones del 12 de abril no se plantearon para decidir entre Monarquía y República sino para elegir a los concejales de los ayuntamientos españoles; que los concejales monárquicos superaron netamente a los republicanos, según datos que la República no publicó jamás oficialmente, pero que se incluyeron en el siguiente Anuario estadístico de España; que el Rey abandonó por la deserción de los monárquicos liberales y la depresión en que se hallaba sumido desde la muerte de su madre, la Reina María Cristina en 1929, que le dejó solo en medio de su matrimonio roto y sus terribles problemas familiares.^[39]

Cuando don Manuel Azaña quiso confirmar que los votos rurales en favor de la Monarquía habían nacido de una coacción caciquil convocó nuevas elecciones en los que llamó «burgos podridos» durante el año 1933 y en ellas volvieron a ganar netamente los monárquicos.

FALSEDAD 13

«El general Berenguer, que el 13 de abril declaró que España se había acostado monárquica y levantado republicana».^[40]

Como en tantas ocasiones, Carrillo debería ponerse de acuerdo consigo

mismo. En la página 50 ha atribuido correctamente la frasecita al almirante Aznar, desorientado jefe del último gobierno de la Monarquía. Ahora se la cuelga a Berenguer. Fue Aznar; así lo confirma el magistral relato del profesor Pabón.^[41]

FALSEDAD 14

«Entre los ministros había algunos —desde luego uno de ellos era La Cierva— que creía que solamente un baño de sangre podía salvar lo que entonces era insalvable».^[42]

DOCUMENTO 9

¿Por qué era insalvable? ¿Por qué sabe Carrillo que el firme ejercicio de la autoridad legal, que sólo dependía de la decisión del Rey, hubiera sumido a España en un baño de sangre? Lo que sabemos cierto es que el abandono de don Alfonso XIII provocó, cinco años después, ese baño de sangre del que tantas cosas sabe, aunque tan pocas dice Santiago Carrillo. Sólo dos ministros, mi abuelo Juan de la Cierva y el conde de Bugallal, se opusieron clarivamente al abandono. El actual Rey de España me suscitó aquel momento el 18 de enero de 1980, cuando yo juraba como Ministro y le acompañaba poco después a San

Lorenzo del Escorial para recibir los restos de don Alfonso XIII escoltados emocionadamente por el Conde de Barcelona. En aquella conversación inolvidable el Rey no se adhirió a la opinión de Carrillo sino a la mía: «El 14 de abril, que he estudiado a fondo, fue tu abuelo quien tuvo la razón, y no el mío. Nunca seguiré, en circunstancias parecidas que espero no se produzcan, el ejemplo de mi abuelo». Y el 23 de febrero del año siguiente demostró que su propósito era irrevocable.

Carrillo debería mostrar más prudencia al hablar de los baños de sangre que nunca existieron, ante el

recuerdo de los que provocó, sin pretenderlo don Alfonso, el abandono del 14 de abril. La palabra «sangre» es una de las que Carrillo debería borrar de su diccionario histórico. Y resulta curioso que haya señalado con su odio aberrante a tres generaciones de mi familia. Las dos anteriores no se pueden defender. Pero basta y sobra con la tercera.

Carrillo critica acerbamente a los comunistas de 1931 cuando irrumpieron, en pequeño grupo, por las calles de Madrid gritando una extraña frase leninista: «Todo el poder para los soviets».^[43] Nadie, en efecto, sabía aquí qué eran los tales soviets y nadie hizo el

menor caso del alarde. En cambio muestra su permanente odio a la Iglesia, después de haber dedicado muchos años a instrumentalizar al ala roja y cretina de la Iglesia, con una sarta de falsedades sobre la hostilidad de la República naciente y sectaria contra la Iglesia, que se manifestó en la trágica quema de conventos el 11 de mayo de 1931.

Los hechos son conocidos. Desde sus primeros balbuceos la República, presidida por un católico notorio y practicante, don Niceto Alcalá Zamora, perpetró una política gratuita, absurda y agresiva contra las instituciones medulares de la sociedad española, la Iglesia católica y las Fuerzas Armadas.

Un futuro compañero de Carrillo en el comité central del PCE, el jefe de la Aviación roja general Ignacio Hidalgo de Cisneros, criticaría después amargamente el anticlericalismo rabioso de la República naciente. Carrillo puede ver la cita en el libro de Hidalgo editado por Ed. du Globe —que ha publicado varias obras del propio Carrillo— en la pág. 17 del tomo 2.

Santiago Carrillo endosa la agresión de la República contra la Iglesia y anota en la p. 57 de sus memorias:

FALSEDAD 15

«El cardenal primado, monseñor

Segura, declara la guerra a la República. Segura ordenaba la venta de los bienes de la Iglesia para sacar su importe del país».

Las dos aseveraciones son rigurosamente falsas. La pastoral del primado, publicada el 1 de mayo en Toledo, dedicaba un recuerdo de gratitud a don Alfonso XIII pero acataba expresamente al nuevo régimen. He aquí un autorizado resumen:

DOCUMENTO 10

«El Boletín de aquel día publicaba una pastoral del cardenal primado don Pedro Segura con normas para indicar

el camino que debían seguir los católicos y evitar oscuridad y confusiones. Empezaba el documento con una mirada al pasado, cuando la Iglesia e instituciones hoy desaparecidas convivieron juntas, aunque sin confundirse ni absorberse y de su acción coordinada nacieron beneficios inmensos que la historia imparcial tiene escritos en sus páginas con letras de oro. Dedicaba un recuerdo al gran rey don Alfonso XIII, que durante su reinado supo conservar las antiguas tradiciones de la fe y piedad de sus mayores. Después de exponer la gravedad del momento, determinaba los deberes religiosos de

los católicos de intensificar la oración, y el deber político, de conformidad con las normas de la Santa Sede, de tributar a los Gobiernos constituidos de hecho, respeto y obediencia para el mantenimiento del orden y para el bien común. Exhortaba a todos los católicos, sin distinción de partidos políticos, a unirse en apretada falange para conseguir que sean elegidos para las Cortes Constituyentes candidatos que ofrezcan plenas garantías de defender los derechos de la Iglesia y del orden social».^[44]

Las tesis de la pastoral eran irreprochables. No contenía agresión alguna a la República sino que

recomendaba a los católicos que la acatasen según las normas de la Santa Sede. Pero la República puso al cardenal en su punto de mira y no paró hasta expulsarle de España; hasta lograr, mediante el chantaje al Vaticano, su dimisión como arzobispo primado.

DOCUMENTO 12

La segunda acusación de Carrillo contra el cardenal Segura —sus presuntas instrucciones para vender los bienes de la Iglesia amenazada y sacar de España el producto— son un eco trasnochado de las que formuló el ministro católico Miguel Maura, que se

cubrió de ignominia en los primeros meses de la República, para justificar la expulsión del cardenal y la casi simultánea del obispo de Vitoria, monseñor Mateo Múgica.

La acusación de Carrillo se refiere a determinados documentos que se ocuparon al vicario general de Vitoria y que se relacionaron con el cardenal primado.

«Sin especificar el carácter de tales documentos ni su contenido, la prensa gubernamental los calificó de gravísimos y los propios ministros con sus declaraciones dieron pábulo para suponer que, en efecto, se trataba de papeles con los planes de una

maniobra contra la seguridad del Estado. El señor Maura concretó que se trataba de circulares dirigidas a los obispos, que debía firmar el cardenal Segura, encaminadas a la venta de bienes de la Iglesia y modo de poner su producto en salvo, lo cual constituía delito de contrabando y defraudación».^[45]

Los documentos no se publicaron nunca. No contenían nada delictivo.

DOCUMENTO 13

«El Siglo Futuro, al parecer con expresa autorización del cardenal, aseguraba que el famoso documento

era una circular con párrafos numerados sobre diversas cuestiones: facultades extraordinarias concedidas a los señores obispos en cuanto a diferentes puntos disciplinarios; informes sobre seguridad de los bienes de la Iglesia en las presentes circunstancias; comunicación entre el Episcopado, nueva reunión de los Metropolitanos para la redacción de un documento colectivo...»^[46]

Insisto; el gobierno no publicó nunca tales documentos, porque nada delictivo ni agresivo contenían.

DOCUMENTO 14

La actuación del ministro católico Miguel Maura, que era un superficial, en la expulsión de los dos prelados Segura y Múgica fue, lógicamente, una botaratada.

Al referirse a los famosísimos e inocuos documentos cruzados entre Segura y Múgica (que por cierto se llevaron años después a matar entre sí y los dos con el general Franco) y a la expulsión de Múgica dice el historiador Garriga, hostil a Segura, que ha estudiado a fondo el caso:

«Miguel Maura, ministro de la Gobernación, lo puso en la frontera acusándolo de unas extrañas maquinaciones y complacencias

subversivas, todo ello a base de haber hallado la policía en poder de un familiar del obispo unos papeles dirigidos al cardenal Segura. Fue otro mal paso que dio Maura, impulsado por su temperamento colérico; además actuó por su cuenta, pues era domingo y se hallaba ausente de Madrid el jefe del gobierno, Alcalá Zamora. Este se enojó de tal manera, por entender que el ministro de la Gobernación no podía tomar semejante resolución sin consulta previa, que presentó su dimisión».^[47]

Carrillo repite pues, sin el menor asomo de documentación ni de crítica, las aberraciones de Miguel Maura;

podía haberse molestado en contrastarlas, pero ese gesto sería contrario a su omnisciencia. El resultado es otra botaratada con menos excusas todavía.

La pastoral legítima del cardenal Segura se publicó el 1 de mayo de 1931. Sirvió para calentar a las masas desmandadas que surgieron de los barrios bajos, de los bajos fondos de la República, y magnificaron una reproducción de la Marcha Real en el Círculo Monárquico recién abierto junto a la Puerta de Alcalá, para perpetrar el 11 de mayo hechos criminales y vandálicos primero en Madrid, y luego en varios puntos muy sensibles de

España, que han pasado a la Historia con el título de «la quema de conventos». Se trata de un episodio trágico perfectamente documentado hoy, sobre el que Carrillo desbarra con su mendacidad y su cinismo habitual. Y para cuya interpretación introduce ya un método que luego utilizará profusamente ante la tragedia de Paracuellos; atribuir la tragedia a responsables diversos, a veces absurdos y contradictorios.

¿Qué tenía que ver el asalto y la quema de edificios religiosos, algunos de inmenso valor artístico, histórico y social, con la reproducción privada, y de ninguna manera provocativa, de la Marcha Real en un club privado y legal?

La derecha española, y singularmente el director de ABC, Juan Ignacio Luca de Tena, fueron, al lado de la Iglesia agredida, las víctimas principales de aquella enormidad. Por eso las dos disparatadas acusaciones de Carrillo, ante las que tantos años después resulta difícil contener la indignación, se dirigen contra la derecha monárquica y contra la Iglesia.

La responsabilidad por la criminal quema de conventos del 11 de mayo de 1931 —la declaración de guerra de la República contra la Iglesia— está hoy perfectamente establecida, como luego comprobaremos. Pero Carrillo aplica por vez primera con este motivo un

método de interpretación que le llevará al paroxismo histórico cuando se atreva a hablar de Paracuellos: atribuir responsabilidades a varias personas o entidades para ocultar las culpabilidades obvias. Ahora, en un quiebro que parece un esperpento, dice que los culpables de la quema de conventos son sus dos principales víctimas: primero la propia Iglesia, nada menos; y luego la derecha monárquica. Citaré los párrafos de Carrillo porque el lector no se creerá, sin tal prueba, semejante alarde de cinismo:

FALSEDAD 16

«El anticlericalismo, el odio a los curas, era en la España de entonces la respuesta a una Iglesia identificada tradicionalmente con los poderes y las castas más reaccionarias».^[48]

De un plumazo ignora Santiago Carrillo la ejecutoria de la Iglesia española en favor de los pobres, sus siglos de asistencia y beneficencia al servicio de los pobres y los marginados. Para él no existen estos ejemplos tomados al azar:

DOCUMENTO 15

«Los Hermanos de la Escuelas Cristianas (lasalianos) tras un siglo de

actividad en España a partir de 1878, «han dedicado su generosidad a chicos normales, subnormales y delincuentes; a niños, jóvenes, universitarios y adultos (de uno y otro sexo) en cada nivel; a seises, monaguillos y seminaristas; a huérfanos, hijos de obreros, de clases medias o de ricos...

«Han dirigido escuelas primarias, secundarias, técnicas, agrícolas, comerciales, internados, reformatorios, escuelas de emigración, asilos, escuelas-hogar, escuelas normales, colegios mayores, escuelas universitarias, liceos estatales, institutos diocesanos o municipales, estudios de seminarios, escuelas

misioneras, un Instituto superior pontificio».^[49]

Y esta fecundísima labor, dirigida en gran parte a los pobres, estaba en plena floración en 1931, cuando la República se empeñó en truncarla. Y luego el 28 de julio de 1936 diez Hermanos de las Escuelas Cristianas fueron vilmente asesinados tras su captura en el colegio de Griñón, por el delito de haber servido a las clases humildes.^[50]

Si alguna Orden o congregación religiosa se ha distinguido por su trabajo heroico con los desechos de la sociedad, con las personas a quienes nadie quiere, porque muchas veces sólo conservan la apariencia humana, ese

conjunto de santos son los Hospitalarios de San Juan de Dios. Entre sus innumerables obras de asistencia en favor de los más humildes y marginados figura su trabajo con los dementes.

DOCUMENTO 16

(Resumen y cita textual) El 7 de agosto de 1936 la Comunidad del psiquiátrico (entonces se le llamaba manicomio) de Ciempozuelos, cincuenta y tres Hermanos Hospitalarios, fueron detenidos mientras dos facinerosos, el «Caramula» y el Satanás» se hicieron cargo del manicomio con un grupo de

obreros sin trabajo que carecían de toda idea asistencial y sembraron el caos entre los pobres enfermos. Los Hospitalarios fueron trasladados a la cárcel de San Antón y luego muchos de ellos sacrificados por odio a la fe en Paracuellos del Jarama; así lo ha reconocido la Iglesia al beatificarles cuando se empezaba a preparar este libro.^[51]

DOCUMENTO 17

(resumen y cita textual)

«Una de las Órdenes religiosas más admirables por su trabajo en favor de los pobres y marginados son

las Hijas de la Caridad, rama femenina de San Vicente de Paúl; la rama masculina, los padres Paúles, que rigen las célebres Conferencias dedicadas a la caridad y la ayuda al pueblo, sufrieron también persecución alevosa y luego sangrienta a manos de la República. Las comunidades madrileñas de Hijas de la Caridad dirigen en Madrid hospitales tan famosos como el de la Milagrosa y se dedican también a los enfermos que nadie quiere, como los afectados por el SIDA. En tiempos de la República eran conocidísimas por esta labor de gran abnegación y eficacia que se dirigía preferentemente a las clases

humildes. En el Madrid de 1936 «se ocultaron por centenares y sufrieron diez asesinatos; entre ellos hace a nuestro propósito probatorio «el sacrificio de sor Lorenza Palacios y sor Josefa Gironés, que servían a Dios y a los pobres, la primera en el Instituto Nacional de Reeducción de Inválidos y la segunda en el Hospital de San Carlos de Madrid».^[52]

Basten estos ejemplos, que podrían aumentarse a millares, para demostrar la monstruosa simplificación de Carrillo al describir a la Iglesia española de los años treinta como enfeudada a las clases pudientes y en tal condición como responsable ante la «justicia popular»

por la quema de conventos. La responsabilidad no fue de la Iglesia víctima sino de las masas enloquecidas por un odio atizado por la propaganda criminal de extrema izquierda, que ha estudiado y demostrado con datos concretos don Antonio Montero en su magistral obra citada.

FALSEDAD 17

Para Carrillo, pues, la primera responsabilidad por la quema de conventos debe atribuirse a la Iglesia. Ya hemos dado cuenta de este disparate. Vamos con el segundo responsable, la derecha monárquica.

«La derecha sacó un gran partido de estos sucesos, al extremo de que en aquellos días la creencia más extendida era que habían sido provocados deliberadamente para ello».^[53]

DOCUMENTO 18

Para demostrar la falsedad de Carrillo cuando señala a los dos grandes culpables de la quema de conventos lo mejor será acudir al testimonio de un ministro de la República a quien hace poco citaba Carrillo: me refiero a Miguel Maura, ministro de la Gobernación y responsable político de

la quema de conventos, que señala con toda claridad a los culpables, sin incurrir en el disparate de buscarlos en la Iglesia y en la derecha monárquica. Maura incurría frecuentemente en frivolidad pero no era un imbécil; éste era el momento más trágico de su vida personal y política y se enfrentó desnudamente con la verdad, como puede demostrarse con los dictámenes concurrentes de historiadores de la talla de Jesús Pabón y Carlos Seco, cuyos libros están al alcance de todos.

«Eran varios los síntomas que reflejaban que la zona de la izquierda avanzada de la opinión, o de la que hacía las veces de tal, empezaba a

sentir impaciencia por la marcha moderada de la obra del gobierno. Los elementos seudointelectuales del Ateneo y los que, azuzados por la prensa extremista, reclamaban una política auténticamente revolucionaria, se agitaban ya con ostensibles deseos de alterar el orden.

«Por su parte la Confederación Nacional del Trabajo o CNT, como se la denominaba, integrada por los elementos anarquistas y anarquizantes de la masa obrera, tampoco disimulaba su decepción por el tono moderado de la revolución que ellos habían previsto desbordar y rebasar apenas iniciada. Era muy

difícil, casi imposible, controlar y vigilar esa masa de descontentos. Los primeros, los intelectuales de menor cuantía del Ateneo, eran individuos sueltos sin organización aparente. Los segundos, los anarcosindicalistas, carecían de jefes conocidos, de cuadros de mando y de locales oficiales sobre los que pudiese recaer la vigilancia previsor de la autoridad gubernativa».

A los anarcosindicalistas se habían sumado varios militares tremendistas y rebeldes, como Ramón Franco, héroe del «Plus Ultra» que había participado en la revolución abortada de diciembre de 1930, dirigida en Jaca por los

capitanes Galán y García Hernández; y el mecánico del mismo vuelo histórico, Pablo Rada, que fue la cabeza visible de la quema de conventos en Madrid.

Sigue relatando Miguel Maura que a primera hora de la tarde del 10 de mayo de 1931 se había producido un motín frente al círculo monárquico en la calle de Alcalá. Reconoce que el círculo se acababa de abrir con permiso de la Dirección General de Seguridad pero que las gentes que bajaban de su paseo por el Retiro interpretaron como una provocación los compases de la Marcha Real que caían desde una ventana del tercer piso y que «los elementos de la extrema izquierda se preparaban para

pasar a la acción» que consistió de momento en asaltar el edificio del ABC. «La razón de este proyecto venía del hecho de ser Juan Ignacio Luca de Tena, director y propietario de ese diario, enemigo mortal de la República, el principal instigador de la provocación».

Luego volveremos sobre esta mentira de Maura, que continúa, con veracidad, su testimonio sobre los promotores del atentado al «ABC» y a la Iglesia. El gobierno se había reunido en el despacho de Maura, que daba a la Puerta del Sol, a donde acudieron para conferenciar con Azaña, presidente del Ateneo y ministro de la Guerra, ¡«unos mozalbetes del Ateneo»!

Irresponsablemente Azaña salió a un balcón y prometió a las masas vociferantes «que se iba a hacer justicia», con lo que empezó a acumular responsabilidades para la tragedia que se avecinaba.

Llegaron entonces noticias sobre el asalto de las turbas de extrema izquierda —Maura lo recalca— al ABC, frustrado por la Guardia Civil que al repeler la agresión por orden del ministro de la Gobernación causó dos muertos entre los asaltantes, la primera sangre de la República incruenta.^[54]

Pero al anochecer del 10 de mayo la situación parecía en calma.

DOCUMENTO 19

El testimonio siguiente es también de Maura y sigue rebatiendo la interpretación de Carrillo con mayor contundencia:

«A última hora de la tarde (del 10 de mayo) el capitán Arturo Menéndez, uno de los jóvenes militares de quien ya he hablado, vino a comunicarme en secreto que en el Ateneo los jóvenes que habían estado poco antes en el Ministerio preparaban para el día siguiente, lunes, la quema de los conventos de Madrid como protesta por la lenidad del gobierno en materia clerical. Mi informador aseguraba

haber oído a los que dirigían el intento dar las órdenes a unos cuantos mozalbetes a quienes repartían, con las listas de los conventos que habían de ser incendiados, la gasolina y los trapos necesarios para tan culta labor. El dirigente de esos gamberros era el mecánico Pablo Rada, que acompañó a Ramón Franco en el vuelo del “Plus Ultra”.

“Busqué una vez más a Azaña”. El cual le respondió:

“No crea usted en eso. Son tonterías. Pero si fuese verdad, sería una muestra de la Justicia inmanente”».

Queda clara la personalidad del jefe

de los desmanes; el nuevo acto de irresponsabilidad de Azaña; y el hecho de que la quema de conventos, producida al día siguiente del acto monárquico, nada tenía que ver con él sino que fue una explosión contra la Iglesia, con premeditación y alevosía.

Al día siguiente, 11 de mayo, el gobierno de la República se reunió a las nueve de la mañana en Gobernación. A los pocos minutos llegó la noticia de que ardía la Casa Profesa de los jesuitas en la calle de la Flor, a cinco minutos de allí. Algunos ministros lo tomaron a broma. Maura exigió sacar la fuerza pública a la calle. Azaña se opuso:

«Todos los conventos de Madrid no

valen la vida de un republicano». Tercera irresponsabilidad de Azaña.

Cada cuarto de hora —prosigue Maura— llegaban noticias de un nuevo incendio. Se puso a votación la necesidad de sacar las fuerzas y se perdió la votación. La irresponsabilidad del Gobierno era ya atroz. A las cuatro de la tarde, por fin, cuando ardían todos los edificios religiosos previstos y España era ya la vergüenza del mundo, el gobierno declaró el estado de guerra, sacó el Ejército a la calle y se terminaron fulminantemente las algaradas. Al día siguiente los incendios se extendieron a Sevilla, Valencia y otras ciudades;

en algún caso las propias autoridades civil y militar de la República presidieron la desmesura. Sólo en Málaga —que era esa ciudad— ardieron 22 iglesias y conventos».^[55]

Este testimonio directo estaba a disposición de Carrillo en el libro de Miguel Maura que él cita. Prefiere sin embargo aferrarse a la falsa leyenda extremista que reconocer los datos de la Historia. Y termina su fulgurante relato sobre la quema de conventos con una *boutade* de lo más divertido que jamás salió de su pluma. El mozo que había agredido a los Luises por vender diarios católicos en la calle contra la huelga roja de prensa trata de aparecer, sesenta

y dos años después, como el gran defensor de los conventos contra el asalto de las hordas anarquistas. «Los únicos que nos movilizamos infructuosamente para evitar los incendios fuimos los jóvenes socialistas y republicanos», dice en la p. 55 de sus malas memorias. Nadie les vio; nadie lo ha dicho en sesenta y dos años. No hay un testigo, ni una referencia. Pudo Carrillo incluir gesto tan heroico en «Renovación» o en «El Socialista». Nada de nada. Muchas veces sospecho que, al comprobar cómo un sector bobalicón y crédulo de la derecha española parece creer sus enormidades mayores, Carrillo se complace en reírse

de sus lectores de esa extracción con tomaduras de pelo que no son más que producto de su imaginación calenturienta.

Merece la pena resaltar el contraste de los disparates de Carrillo sobre la quema de conventos con el preciso y admirable relato de Torcuato Luca de Tena en «Papeles para la pequeña y la gran Historia» que publicó en Planeta en 1991. Como son las «Memorias de mi padre y mías» ese magnífico libro incluye el testimonio definitivo de Juan Ignacio Luca de Tena que reduce a polvo las acusaciones de Carrillo y de la historiografía republicana. No comparo, claro está, el estilo literario, excelso y

amenísimo, del gran escritor con los trompicones de morfología y de sintaxis que esmaltan las memorias de Carrillo, y contra los que no me he querido enseñar. Lo que me interesa es el contraste entre el testimonio y el amaño, entre la verdad y la falsedad, entre la reconstrucción y la rutina. Este libro mío puede considerarse también, hasta Paracuellos, como «memorias de mi padre y mías». Por eso, y por su insustituible valor histórico, me atraen tanto los «Papeles» de Torcuato Luca de Tena.

ESTA ES LA SEXTA ANTIBIOGRAFÍA DE CARRILLO

FALSEDAD 18

Carrillo, como su discípulo Alfonso Guerra, es amigo de exagerar sus méritos y sus títulos. Dos meses largos después de estos sucesos de mayo se reunieron las Cortes Constituyentes de la República tras unas elecciones legislativas marcadas por la coacción y el terror político. Ganaron con amplitud, naturalmente, los republicanos de toda laya ante la desorientación de las

derechas y el aventamiento de los partidos monárquicos. Carrillo nos ha relatado entretanto que pasó a la redacción de «El Socialista». Esta fue, según él, su primera misión:

«Tuve la suerte de ser encargado en la redacción del diario de hacer la información de tribuna de las Cortes».

[56]

Que yo sepa, cinco personas, que son además testigos muy directos y próximos a Carrillo, todos ellos antiguos comunistas durante muchos años, me han precedido en la ingrata tarea de escribir unas antimemorias de Carrillo. El primero fue el general Enrique Lister, en su libro de 1971

«¡Basta!» que ya he citado. El segundo publicó sus antimemorias en su tremenda «Autobiografía de Federico Sánchez»; se trata de Jorge Semprún y también he citado su libro. El tercero se llama Fernando Claudín, fue compañero del alma de Carrillo desde la creación de las Juventudes Socialistas Unificadas en 1936 (Claudín era comunista años antes que su amigo) y fue expulsado por Carrillo del PCE en 1964, luego ingresó como ideólogo del PSOE, que le empleó en una de sus fundaciones más sectariamente marxistas. En 1983 Claudín publicó su implacable libro «Santiago Carrillo, crónica de un secretario general»^[57] escrito con daga

florentina; utilizaré muy ampliamente este libro, del que tomo la cita que rebate la anterior falsedad. La cuarta antibiografía es la más importante de todas; fue publicada por el comunista Gregorio Morán, documentalista y analista notabilísimo, aunque a veces me dedica algún dardo resentido y ritual que no le tendré en cuenta porque su contribución al desmantelamiento de Carrillo y sus mentiras es decisiva.^[58] En fin el hermano de Jorge Semprún, Carlos, ha publicado recientemente una biografía de Carrillo condensada en una sola página de ABC, que ya he citado en el pórtico y que me parece certera y luminosa.

Pues bien, la refutación de la falsedad número 18 la tomo del citado libro de Claudín.

DOCUMENTO 20

«En sus conversaciones de 1974 con Régis Debray y Max Gallo y en otras declaraciones periodísticas Carrillo ha afirmado que él hizo la tribuna parlamentaria de «El Socialista» entre 1931 y 1933. He revisado la colección de ese período, comprobando que tal sección la hizo Margarita Nelken. Probablemente Carrillo se confunde con la información parlamentaria. Su firma

aparece sólo una o dos veces».^[59]

LA IRRESISTIBLE ATRACCIÓN DE LENIN

No mucho después de proclamada la República Santiago Carrillo se hizo cargo en funciones de dirigir «Renovación» con la colaboración principal de un aspirante a poeta llamado Segundo Serrano Poncela, joven socialista que sería su sombra durante los años siguientes, hasta los momentos más trágicos de la guerra civil. «Nos hicimos grandes amigos»

recuerda Carrillo, al evocar aquellos tiempos en que el órgano de las Juventudes Socialistas se transformaba, gracias a ellos, en un reducto contra el laborismo de Besteiro. Poco después, a principios de 1932, Carrillo asiste con otro joven socialista que representaría el ala masónica del PSOE, Juan-Simeón Vidarte, y nos dejaría una serie de memorias históricas mucho más fiables que las de Carrillo, al Congreso nacional de las Juventudes celebrado en la primavera de 1932 donde Carrillo fue nombrado en propiedad director de «Renovación» y entró en la ejecutiva juvenil junto con Vidarte, Serrano Poncela, Federico Melchor, José

Cazorla —un chófer con veleidades musicales— José Laín Entralgo, experto en cuestiones militares y hermano del quien pronto sería famoso profesor e intelectual primero del Movimiento y luego del neoliberalismo; Manuel Tagüeña Lacorte, Carlos Hernández Zancajo, Amaro del Rosal y el italiano Fernando de Rosa, joven oficial recomendado por Pietro Nenni. Reconoce Carrillo que todos simplificaban el régimen soviético, se convirtieron en asiduos lectores de Lenin y Trotski —una terrible culpa que Carrillo tuvo que lavar a duro precio ante Stalin— y también conocieron la ejecutoria y los escritos de Stalin. «La

concepción de la dictadura del proletariado formulada por Marx y desarrollada por Lenin nos atraía» recuerda Carrillo con nostalgia.^[60] Por eso «caímos fácilmente en el izquierdismo infantil». Un juego de niños que pronto se despeñaría en la tragedia del PSOE y de España.

Carrillo atribuye a exageraciones de la derecha el propósito de «triturar al Ejército» que expresó Azaña; no ha tenido tiempo de consultar el libro del general Mola, publicado en 1934 sin que protestara ni puntualizara Azaña «El pasado, Azaña y el porvenir». El 10 de agosto de 1932 participa Carrillo gloriosamente en su primera operación

militar. Se sube por las buenas a un autobús de militares que marcha a Sevilla para reprimir el pronunciamiento de Sanjurjo pero llega cuando el general ha abandonado ya la ciudad después del fracaso de su golpe en Madrid.^[61] Después del Diez de Agosto, en cuyo análisis no se digna entrar, Carrillo interviene en una serie de mítines con las Juventudes Socialistas por Albacete y Alicante; en algunos pueblos de esta provincia le corren a tiros.

En 1993 cita públicamente, entre sus modelos, a Stalin detrás de Lenin y Trotski; pero durante la República su modelo principal, su ídolo, era,

naturalmente, el gran demócrata Stalin, el más abominable y sanguinario tirano de la Historia después de Gengis Kan. Y la interpretación que ahora nos ofrece Carrillo sobre la crisis del desmedrado Partido Comunista al principio de la República es típicamente staliniana:

FALSEDAD 19

«En 1932 se concretó en el seno del Partido un movimiento contra el sectarismo».^[62]

DOCUMENTO 21

En el seno del desorientado y servil

Partido Comunista de 1932 no podría concretarse movimiento alguno. El PCE de entonces era la entidad más antidemocrática y dependiente de la Internacional Comunista, es decir del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) entre todos los partidos comunistas europeos. Los nuevos dirigentes que sustituyeron al que se llamó con expresión staliniana «grupo sectario» fueron el ex anarcosindicalista andaluz José Díaz y la arriscada revolucionaria de Bilbao, Dolores Ibárruri. Nadie como Fernando Claudín, comunista durante décadas, ha expresado el servilismo y el totalitarismo del PCE durante la

República:

«En realidad la verdadera razón residía en la total ausencia de hábitos democráticos —y hasta de la parodia de democracia interna existente en partidos comunistas de las democracias occidentales— en el grupo dirigente, formado en torno a José Díaz y Pasionaria. Este grupo fue enteramente fabricado por la Internacional Comunista, después de expulsar al núcleo principal de la dirección elegida por el IV Congreso y se había acostumbrado a no verse como emanación del partido ni responsable ante él».^[63] Esta «renovada» dirección del Partido

Comunista será la que reciba a Santiago Carrillo en 1936; el propio Carrillo se enseñará con los restos desarbolados del «grupo sectario» cuando llegue a la plataforma de poder del PCE desde 1944. Confirma esta intervención dictatorial de la Comintern^[64] el historiador Sergio Vilar.^[65]

Mientras observaba sin preocuparse demasiado la crisis de los comunistas en 1932 Santiago Carrillo pasa su primera temporada en la cárcel Modelo de Madrid para cumplir condena por un delito de imprenta después de haber violado el estado de alarma, una situación que comportaba la censura previa de la prensa y que prodigó la

República durante toda su época. Allí conoció a otro huésped mucho mejor tratado por los guardianes, que le concedieron dos celdas y un trato de privilegio; el financiero mallorquín don Juan March.^[66]

Desde las primeras semanas del año 1933 Adolfo Hitler completaba su marcha de aproximación al poder y el 30 de enero asumía la cancillería del Reich, dispuesto a conquistar el poder absoluto. Para ello se apoyaba en su Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores, abreviadamente nazi pero también en la ayuda táctica de las fuerzas armadas, ansiosas de tomarse la revancha por la guerra de 1914, donde

no se sentían derrotadas aunque sí vencidas; con la alianza de los grandes intereses financieros e industriales, que veían a los nazis como valladar contra el comunismo; y con la colaboración política del gran partido católico Zentrum, dirigido por Franz von Papen, que era un líder demócrata y cristiano (su partido es claro precursor de la actual CDU).

Desgraciadamente la rabiosa hostilidad de Hitler contra los judíos merecía el aplauso de buena parte de las clases medias alemanas, que temían la competencia profesional y comercial de un pueblo tan dotado y solidario.

En toda la obra de Santiago Carrillo,

en todas sus declaraciones que conozco (que son todas las importantes) no he encontrado jamás una definición del fascismo y el nazismo, un solo análisis serio de esos dos movimientos. Su posición ante ellos es una mezcla de ignorancia, pereza mental y sectarismo. Para Carrillo el fascismo es simplemente un insulto, no una descripción. Nunca nos ha dado muestras de saber lo que es el fascismo. Para mí éste es uno de los grandes fallos culturales del líder comunista. Tampoco ha dado muestras jamás de saber lo que son las derechas; por eso perpetra una y otra vez, al hablar de la República, el disparate de llamar «derechista» al

profesor Julián Besteiro, el sucesor de Pablo Iglesias.^[67] Semejante apelativo también es para Carrillo un insulto; porque Carrillo suple demasiadas veces con el insulto su ausencia de capacidad analítica y descriptiva. Su odio contra Besteiro, una figura respetable si las hay dentro del campo de la izquierda, nace de la humanitaria posición que adoptó Besteiro al apoyar a Casado en su golpe de marzo de 1939 para terminar de una vez la guerra civil e impedir el golpe de mano de los comunistas que, apoyándose en el doctor Negrín, pretendían tomar todo el poder en la zona roja agonizante.

Carrillo sufre uno de sus extraños ataques de amnesia y nada nos dice de

su decisiva actuación en la Escuela socialista de Verano que se celebró en Torrelodones el año 1933. Allí dirigió la ofensiva de las Juventudes que descalificaron a Prieto y a Besteiro y elevaron hasta las nubes a Francisco Largo Caballero, a quien aclamaron como «Lenin español» aunque parece que el calificativo se había acuñado algo antes; para los jóvenes socialistas, que ya empezaban a sentirse y pronto a llamarse «bolcheviques» ensalzar como Lenin español a un político doméstico constituía el más rendido elogio que imaginarse pudiera, aunque no pasaría mucho tiempo sin que le volvieran la espalda y le traicionaran en nombre no

ya de Lenin sino de Stalin.^[68]

La actuación bolchevique de Carrillo en Torrelodones le permitió a finales del año de Hitler «tomar las riendas de la Federación de Juventudes Socialistas» según sus propias palabras.

^[69] Desde ese momento Carrillo y sus compañeros «bolcheviques» de las Juventudes se orientan inexorablemente hacia el Partido Comunista; su evolución se verá facilitada por los enviados de la Internacional Comunista, es decir de Stalin, en España, que ven en ellos un refuerzo importante para las inoperantes y exiguas juventudes del PCE. Carrillo confiesa que su inclinación al PCE no se debe a la pobre apariencia de los

comunistas españoles sino a «los éxitos soviéticos» magnificados, eso no lo dice, por la magia y la propaganda de Stalin, que por entonces había montado ya un temible aparato de agitprop en los puntos más sensibles de Occidente.^[70]

Es muy importante otra confesión de Carrillo que describe su actitud antidemocrática en aquella época:

DOCUMENTO 22

«Los jóvenes socialistas de aquel tiempo llegamos a perder la confianza en la democracia burguesa».^[71]

Y no sólo los jóvenes; los socialistas mayores, una vez perdidas

las elecciones generales en noviembre de 1933, se lanzaron al despeñadero de la revolución proletaria en clara actitud antidemocrática que ya no abandonaron, como veremos que confiesa expresamente Largo Caballero y nada menos en carta a Stalin el 6 de enero de 1937. Carrillo y sus muchachos de las JS, a fuer de discípulos de Lenin, eran a fines de 1933 fervorosos totalitarios, cada vez más orientados al ejemplo y al seguimiento de Stalin. Lo reconoce una y otra vez Carrillo: «Las Juventudes Socialistas... cada vez más influidas por el leninismo».^[72] Cuando escribe en 1993, una vez desahuciado y maldito Stalin, dice solamente «leninismo». Si

dijera la verdad tendría que hablar también de stalinismo, y en sus textos de aquella época lo hará de forma muy convincente, según veremos.

Otros jóvenes de 1933 se entregaron al comunismo sin dar, como Carrillo y sus amigos, el rodeo por el socialismo. Uno de ellos, ya le conocemos, era Fernando Claudín. Otro un condiscípulo de Claudín que también hemos mencionado, Manuel Tagüeña Lacorte, que ingresó en las Juventudes Comunistas en el curso 1932-1933 y se incorporó a los grupos de choque del PCE, las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) en 1933. Tagüeña cursaba Ciencias físico-

químicas; otro joven estudiante, Manuel Tuñón de Lara, prefería entonces el Derecho y se incorporó al comunismo, donde descubriría años después una tardía vocación por la Historia, que resultaría muy útil al Partido, aunque no tanto a la Historia.^[73] Pronto se agruparían todos para la lucha final.

Dedicado Carrillo a la conquista del poder entre las juventudes mediante la profesión de bolchevismo no tenía tiempo para analizar la esencia de los partidos vencedores en las elecciones de 1933 como no fuese a través del insulto, según su costumbre. En aquellas elecciones había surgido como partido más votado por los españoles la

Confederación Española de Derechas Autónomas coordinada y dirigida por el joven catedrático de Salamanca José María Gil Robles. La CEDA era la derecha católica; y en su breve andadura se revelaría como el partido más democrático en aquella España surcada por los totalitarismos de extrema derecha y extrema izquierda. Para Carrillo resulta, cómodo, incluso hoy, saltar por encima de los diversos estudios importantes dedicados a la CEDA y caricaturizarla de esta forma:

FALSEDAD 20

«Gil Robles en aquel tiempo era el

caudillo de un partido de corte clerical fascista».^[74]

DOCUMENTOS 23 Y 24

(resumen de fuentes) La CEDA estaba próxima a la Iglesia, era un partido católico; pero de ninguna manera un partido clerical; si Carrillo se hubiera molestado en leer las Memorias de Gil Robles o el estudio más importante sobre la CEDA lo advertiría inmediatamente, aunque no hay peor ciego que quien no quiere ver.^[75] Uno y otro libro dejan bien clara la autonomía de la CEDA como partido respecto de la Iglesia. ¿Cree

Carrillo que los obispos o el Nuncio daban órdenes a Gil Robles? Ni su amigo Ángel Herrera se atrevía.

En cuanto a la identificación de la CEDA como partido fascista, Carrillo se deja impresionar tal vez por la acusación de Ramiro Ledesma Ramos que la considera como «fascistizada», aunque nunca ha demostrado Carrillo haber leído libro alguno, como va descubriendo el lector de éste.

Es verdad que las Juventudes de Acción Popular asumieron algunas actitudes de Falange, lo que sacaba fuera de sí a José Antonio Primo de Rivera. Pero la CEDA nunca fue un partido fascista, como lo demuestra la

hostilidad de Falange con la CEDA durante la guerra civil; no paró hasta descartarla del juego político. La CEDA creía en las instituciones democráticas durante la República. Se dejó arrebatarse al menos dos veces, a fines de 1934 y a fines de 1935, por el tirón totalitario de la época pero en breve tiempo regresó a su línea de comportamiento habitual; nunca tramó nada parecido a la rebelión antidemocrática del PSOE, el PCE, la izquierda catalanista y los partidos republicanos en octubre de 1934.

Remacha Carrillo sobre el agujón:
«Los partidos fascistas (en 1933) no lograban la mayoría necesaria para

gobernar». Incorre en una variación sobre la misma falsedad; claro que lograron esa mayoría, gracias a la alianza del centro-derecha (la CEDA) y el centro-izquierda (el partido radical) que dejó fuera a la extrema derecha y la extrema izquierda, en la que militaba Carrillo dentro del bolchevismo socialista, que había renegado expresamente, como acabamos de ver, de la democracia. Por supuesto que para explicar la base de masas de la CEDA y luego del Movimiento Carrillo tiene que reconocer «la base popular del fascismo».^[76] Vuelve a confundirse. Una de las singularidades del fascismo español es que no tuvo base de masas

antes del 18 de julio, o mejor antes del 16 de febrero de 1936. Pero explicarle eso a Carrillo sería obligarle a un penoso ejercicio dialéctico que no sé si podría resistir por su enquistamiento en la indocumentación y la falsedad histórica.

Dejémosle pues con sus ensueños bolcheviques a fines de 1933, antes de saltar al primer año rojo de la España contemporáneo, 1934.

CAPÍTULO 2

EL SUBMARINO COMUNISTA

(enero 1934 a octubre 1936)

EL RETRATO DE STALIN SOBRE SU MESA DE TRABAJO

1934 fue un año rojo en Europa: y el primer año rojo en España. A primeros de febrero la insurrección de socialistas y comunistas en Viena, aplastada por las fuerzas de la derecha católica y los partidarios de la anexión a la Gran Alemania, inspiró a los jóvenes socialistas españoles^[77] y provocó en toda la izquierda una erupción de pánico simplificador; identificaron a Gil Robles con el canciller católico de Austria, Dollfuss y a la CEDA con el

fascismo y el nazismo que exterminaban a socialistas y comunistas en Austria y Alemania.

Carrillo no habla del choque violento e inmediato de la extrema izquierda y la extrema derecha francesa en la Plaza de la Concordia de París pero ese choque añadió más leña al pánico de la izquierda española. La propaganda soviética inundó a Europa (sin olvidar a España) con el folleto de propaganda unilateral y burda «Las épicas luchas de Viena» porque a Stalin le convenía extender el pánico de la izquierda para provocar su unidad urgente, bajo la dirección de los partidos comunistas occidentales.

1934, el primer año rojo de España. El PSOE había perdido las elecciones en noviembre de 1933, gobernaba una mayoría de centro derecha (la CEDA, partido más votado) y centro izquierda (el Partido Republicano Radical) pero el PSOE y los republicanos (aunque el Partido Radical era más republicano que nadie y la CEDA había acatado claramente la legalidad republicana) no podían aguantar su desplazamiento del poder dos años y medio después del 14 de abril y se dispusieron a derrocar a la mayoría gobernante mediante una revolución, es decir un gesto antidemocrático verdaderamente procaz. El pretexto vendría dado cuando la

CEDA, el partido más votado, decidiera hacer valer su clarísimo derecho y exigiera entrar en el gobierno. Después de la victoria electoral se quedó provisionalmente fuera por un exceso de prudencia y dejó el poder a los radicales apoyados por la minoría agraria, que era netamente de centro-derecha. Gil Robles y la CEDA no solamente podían gobernar sino que de acuerdo con la legalidad democrática les debía corresponder la jefatura del gobierno; eran, con gran diferencia, el partido más votado en las urnas. Esta realidad evidente no la quieren entender ni Carrillo, ni los epígonos de la izquierda; los mismos que se obstinan en

no aceptar que las elecciones del 12 de abril de 1931 no fueron en modo alguno una victoria de la República.

De acuerdo con tan antidemocrático criterio el Partido Socialista empuñó desde los primeros días de 1934 la antorcha revolucionaria y tituló con gran alarde: «Atención al disco rojo» primer aviso para la gran explosión.^[78]

Santiago Carrillo vivirá febrilmente, en pleno ascenso político dentro de las Juventudes Socialistas, esta locura revolucionaria y antidemocrática de su partido, el PSOE. Pero como vamos a ver inmediatamente, en 1934 empieza ya a actuar como un submarino comunista dentro del sector más sensible del

PSOE, sus Juventudes. Ya se sentía bolchevique, leninista y stalinista en 1933, como acabamos de ver. Demostrará en 1934 algunos pujos de independencia pero se dejará envolver y cazar por los comunistas; irá cayendo en la vorágine comunista durante el año 1935 y navegará ya casi abiertamente como un submarino comunista a lo largo de 1936. Ingresará formal y secretamente en el PCE a media tarde del 6 de noviembre de este último año pero no se lo revelará a su presunto jefe Largo Caballero hasta ya entrado el año 1937.

Naturalmente esta calificación política de submarino o infiltrado

comunista le molesta —porque es verdad— y trata de sacudírsela con una falsedad:

FALSEDAD 21

«Ante todo, no me ha gustado nunca ser un infiltrado».^[79]

DOCUMENTO 25

Pero como nos ha sucedido ya más de una vez, los textos del propio Carrillo resultan utilísimos para demostrar la falsedad anterior. Porque cuatro páginas antes se describe cabalmente como submarino:

«Digamos que (entonces) empecé a hacerme comunista. No ingresé inmediatamente en el Partido aunque comencé a colaborar con los comunistas e incluso participé como invitado en reuniones de su Comité Central. Pero todavía no me inscribí en el Partido, conservando siempre la esperanza de poder unificar el Partido Socialista y el Comunista».^[80]

Las Juventudes Socialistas eran un apetitoso bocado para el PCE, cuyas Juventudes eran diez veces menores en número. El órgano de las JS, el bolchevique *Renovación* llega en 1934 bajo la dirección de Carrillo a los cuarenta mil ejemplares.^[81] En febrero

de ese año Carrillo sufre otro breve encarcelamiento por los desórdenes provocados en un mitin que se celebra en la población manchega de Campo de Criptana. En cambio, llevado por su odio —posterior— a Prieto, incurre en una nueva falsedad al decir que entonces ignoró el programa revolucionario redactado por Prieto, que tuvo una resonancia enorme en los medios políticos y la prensa de entonces:

FALSEDAD 22

«Yo no recuerdo haber tenido en mis manos nunca el programa redactado por Prieto».^[82]

DOCUMENTO 26

Esta afirmación no puede provenir de un fallo de memoria en Santiago Carrillo. El programa revolucionario para 1934 fue proclamado a bombo y platillo por Prieto a poco de incorporarse a la conspiración revolucionaria del PSOE, decisión que como luego reconoció noblemente en el exilio, constituye el hecho del que más se arrepintió en su vida; frente a Santiago Carrillo, que no se arrepiente de nada, Prieto es de los hombres cabales que se arrepiente de sus errores. A los pocos días, ya en febrero, Prieto formula en pleno

Congreso la declaración de guerra socialista a la democracia republicana. ¿Es que no leía Carrillo la prensa de entonces?^[83]

DOCUMENTO 27

Pero lo más curioso es que el programa revolucionario de Prieto, que el propio Prieto presentó a Besteiro como mediador entre Besteiro y Caballero, fue muy probablemente entregado por Carrillo —en funciones de submarino— a los comunistas; después fue publicado en 1935 en el periódico de Prieto, *El Liberal* de Bilbao, en la primavera de 1935, según

nos informa J. Arrarás en el tomo segundo de su citada obra; y con absoluta y comprobable seguridad fue editado en 1966 por el Partido Comunista en su historia oficial, cuando el PCE estaba ya a las órdenes absolutas de Santiago Carrillo. Es decir que Santiago Carrillo, que dice no haber tenido en sus manos el programa de Prieto para la Revolución de Octubre, necesariamente lo tuvo que tener en un libro editado por él mismo veintisiete años antes de que profiriese tamaña falsedad. En la nota correspondiente a este documento daré la ficha exacta de esa fuente. Pero ahora voy a transcribir el programa de Prieto —que la

Ejecutiva del PSOE hizo suyo— y que a Carrillo tal vez le convenga olvidar porque se trata de una enormidad inconcebible en una democracia del siglo XX.

El programa consta de diez puntos seguidos por otros cinco como vías de acción. Y dice así, según la transcripción resumida de Arrarás publicada en 1964, es decir casi treinta años antes de que Carrillo publicase su insólito desconocimiento. Pero hay algo más grave: Arrarás toma el programa de Prieto de una «Historia de España» muy acreditada entre la izquierda del exilio, la de Antonio Ramos Oliveira, compañero de Santiago Carrillo en «El

Socialista» que la publicó en 1952, es decir cuarenta y un años antes de que Carrillo expresara tan donosamente su ignorancia sobre el famoso programa. Abrumado por las fechas, el historiador no sabe ya qué pensar pero en todo caso transcribo ya el programa de don Inda:

«1.—Todas las tierras de España se declararán propiedad del Estado.

2.—Ahorro nacional canalizado a las grandes obras hidráulicas. (Evidente huella de Prieto en este punto).

3.—Reforma radical de la enseñanza.

4.—Disolución de todas las órdenes religiosas.

5.—Disolución previa y reorganización posterior del Ejército.

6.—Disolución de la Guardia Civil y reorganización de los institutos armados a base de una milicia proletaria.

7.—Reforma drástica del funcionariado. 8.—Aplazamiento de la socialización de la industria.

9.—Reforma del sistema tributario a base de la contribución sobre la renta y el mayor gravamen sobre las transmisiones hereditarias.

10.—Legislación por decreto hasta conseguir la estabilidad revolucionaria. El «plan de acción» se desarrollaba en estos puntos:

1.—Organización de un movimiento francamente revolucionario con toda la intensidad posible y utilizando los medios de que se pueda disponer.

2.—Declaración de ese movimiento en el instante que se juzgue adecuado incluso antes de que el enemigo, cuyos preparativos son evidentes, tome precauciones defensivas o ventajosas.

3.—Poner al Partido y la Unión General, evitando confusionismos, en relación con los elementos que se comprometan a cooperar al movimiento.

4.—Hacerse cargo del poder

político el Partido Socialista y la Unión General, si la revolución triunfa, con participación en el gobierno, si a ello hubiese lugar, de representaciones de elementos que hubiesen cooperado de modo directo a la revolución.

5.—Desarrollar desde el Poder sin dilaciones el programa mínimo reflejado en el proyecto de bases».^[84]

Hemos repetido ya que el confesado bolchevismo de Carrillo a partir de 1933 constituye la clave de su evolución y su despeñamiento hacia el comunismo. Conviene insistir en los siguientes testimonios sobre este asunto capital:

DOCUMENTO 28

«Antes de considerarnos, llamarnos comunistas, habíamos empezado por considerarnos bolcheviques es decir, seguidores de Lenin».^[85]

Fernando Claudín, miembro entonces de las Juventudes Comunistas, confirma que la evolución y la vida política de Carrillo desde 1934 era la bolchevización del PSOE hacia el «partido único del proletariado» según las directrices de la Internacional Comunista:

DOCUMENTO 29

«Esta concepción del Partido — prosigue Claudín— será el vector invariable de todo su trabajo político».

[86]

DOCUMENTO 30

En aquellos meses cruciales de 1934 Carrillo, que para la época inmediatamente anterior ya se nos ha confesado al margen de la democracia, ratifica su convicción antidemocrática. No puedo imaginarme cómo puede acusar a Gil Robles de fascista quien se presenta tan orgullosamente como marxista-leninista:

«En definitiva, lo que veíamos en

España y en Europa nos llevaba a los jóvenes socialistas y a no pocos adultos a adoptar, ante los fallos de la democracia, las posiciones de fondo del marxismo-leninismo, incluso extremadas por la intransigencia propia del neófito.

«El frente único de los trabajadores aparecía como el único medio para parar los pies al avance fascista, y la lucha armada como la solución frente a la ineficacia del sufragio universal para defender la democracia».^[87]

Observará el lector que para este año 1934 seguimos citando falsedades de Carrillo, pero varias veces

enmarcamos sus palabras como documentos. Porque estamos completamente de acuerdo con lo genuino de su testimonio cuando se nos revela como antidemócrata, hostil a la democracia y empeñado en defenderla pero no sin destruirla previamente. No cabe testigo más idóneo que el propio protagonista de estas antimemorias.

La Internacional Comunista dio instrucciones para captar a Carrillo en vista de que el discípulo de Lenin ofrecía tan excelentes disposiciones. Parece que el primer contacto fue una antipática delegada de la Internacional Comunista Juvenil o KIM que usaba el seudónimo de «Carmen» y que resultó

repelente al joven político.^[88] Las Juventudes Comunistas, empujadas por la III Internacional, solicitaron a las socialistas conversaciones para llegar a la unidad. Ahora el principal interlocutor de los comunistas era Santiago Carrillo, a quien la Federación de Juventudes Socialistas eligió «secretario general» en su congreso celebrado en abril de 1934, donde «la victoria de las posiciones de izquierda fue total» según el propio Carrillo.^[89] Las Juventudes socialistas abandonan la Segunda Internacional (Socialista) pero de momento no se adhieren a la Tercera, la Comintern. Sin embargo están en camino; Carrillo recuerda que por

entonces el descrédito del término «socialdemócrata» era completo, mientras el de «bolchevique» adquiría un gran prestigio. Por eso resulta una venganza de la Historia que cuando Carrillo inició en los años sesenta su aparente despegue de las directrices soviéticas, los comunistas prosoviéticos, como veremos, se hartaron de insultarle como «socialdemócrata». En el Congreso de abril de 1934 llegó al Comité Nacional —ocupado por Carrillo y sus amigos— un joven flautista de Jaén llamado Ignacio Gallego. Claudín rebaja un poco la gloria de Carrillo al recordar que el máximo cargo de las Juventudes, para el

que resultó elegido, no era el de «secretario general» sino el de «secretario» parece que con la exageración Carrillo estaba ya predeterminando lo que hemos considerado como su manía guerrista *avant la lettre*. El mismo Claudín nos brinda una puntualización mucho más importante, sobre la que Carrillo no dice una palabra. En su despacho de líder juvenil no campeaba el retrato de Largo Caballero, ídolo del PSOE, ni siquiera el de Lenin, de quien Carrillo y sus jóvenes bolcheviques se declaraban discípulos. El retrato era de José Stalin, auténtico ídolo y modelo de Carrillo entonces, y durante los treinta años

siguientes, aunque en 1993 convenga disimular tan sospechoso patronazgo.^[90]

ACTAS PRO FRENTE UNICO

He tenido la suerte de hacerme con un documento de gran importancia, al que Carrillo no hace en su libro alusión alguna y que revela claramente su pensamiento revolucionario en la primavera de 1934, a poco de tomar posesión como secretario de las Juventudes Socialistas. Me refiero a las actas de las reuniones entre las

Juventudes Socialistas y las Comunistas que se celebraron en Madrid durante la última semana de julio de 1934.^[91]

Las Actas, impresas, no están fechadas pero todo parece indicar que se imprimieron en 1936 poco antes de la guerra civil e incluso poco antes de la unificación oficial de las Juventudes y creación de las JSU, que analizaremos. Las Juventudes Socialistas estaban ya virtualmente captadas, aunque no en su totalidad, por el PCE: de ahí el título de «Frente Único» que responde a la pura terminología comunista.

Hemos visto cómo Carrillo lo ha utilizado alguna vez refiriéndose a los sucesos de 1934 pero da la impresión de

que en su relato muy posterior ha anticipado la fórmula.

La unidad revolucionaria que defendía el PSOE (y sus Juventudes) en 1934 era un invento de Largo Caballero, las Alianzas Obreras, como instrumento para la revolución de Octubre bajo hegemonía socialista. En cambio los comunistas proponían desde ese mismo año el Frente Único, con vistas a llegar al Partido Único del Proletariado bajo hegemonía comunista.

La llegada de Hitler al poder a comienzos de 1933 y su inmediato acoso sangriento a comunistas y socialistas alarmó a la Internacional Comunista; pero la alarma fue mucho mayor al

advertir Stalin que el Führer Adolfo Hitler estaba decidido a emprender una política expansiva que, por motivos ideológicos (su odio al comunismo) y estratégicos (la busca del espacio vital de la Gran Alemania en Polonia, otros países de Europa central y oriental y Ucrania) podría volverse contra la Unión Soviética. Como la Comintern era un simple instrumento de la estrategia soviética Stalin le ordenó que fomentase la solidaridad de la izquierda europea con la izquierda alemana amenazada de extinción. Por eso el Pleno XIII del comité ejecutivo de la Comintern emitió en diciembre de 1933 unas largas instrucciones contra el fascismo y la

guerra en las que señalaba como tareas de los partidos comunistas la lucha contra el fascismo, la lucha contra la fascistización de los gobiernos burgueses y la lucha contra la socialdemocracia y en favor de un «frente unido por la base», es decir la captación de las masas obreras de otros partidos y sindicatos no comunistas por el partido comunista de cada nación.^[92]

En España la expresión «frente unido» se tradujo —mal— como «frente único». Las reuniones entre las Juventudes Socialistas y Comunistas en julio de 1934 constituyen el primer intento de «frente unido por la base» y como indica este nombre tienen como

objetivo captar a las Juventudes Socialistas por el Partido y la Internacional Comunista.

DOCUMENTO 31

«Acta de la primera sesión. (26 de julio de 1934). Asisten como delegados los camaradas siguientes: Jesús Rozado Díez, Fernando Claudín y Trifón Medrano, por el Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas; y Santiago Carrillo, Segundo Serrano Poncela y José Laín Entralgo por la Comisión Ejecutiva de la Federación de Juventudes Socialistas.»

El comunista Rozado reconoce que la propuesta ha sido comunista. «Nosotros os hemos hecho una proposición determinada de unidad de acción». Explica lo que es el Frente Único y dice que el objetivo de las luchas inmediatas será «el poder soviético». Cree que la reciente huelga campesina en Andalucía y Extremadura es un prólogo de la Revolución. Con los comités de campesinos se hubiera logrado «crear los órganos del doble poder, los Soviets». Los comunistas quieren ampliar el Frente Único a las organizaciones juveniles republicanas; los socialistas no. Proponen «la

organización en común de las milicias antifascistas obreras y campesinas». Y «luchar contra las concentraciones regionales de la JAP (Juventud de Acción Popular).

Santiago Carrillo expone el criterio de la delegación juvenil socialista. No acepta el terreno de debate propuesto por los comunistas. Piensa que «el proletariado se ha unido ya, animado por un deseo concreto, su liberación definitiva. Sólo falta que se unan los directores del movimiento obrero». No cree que la huelga general sirva para nada sin «la organización insurreccional» (En los años cincuenta y sesenta olvidará esta

luminosa enseñanza). Para conseguir la unidad que pretenden los comunistas es preciso que el PCE y sus Juventudes ingresen en las Alianzas Obreras. Reconoce su hostilidad contra la gran concentración de las juventudes de Acción Popular en El Escorial.»

Es decir que Carrillo sólo tiene como objetivo el poder. Desea el poder para las Alianzas Obreras en la revolución; y el poder para él mismo en las juventudes unificadas. Por eso se opone ahora tácticamente a los jóvenes comunistas; porque les parece que sus respuestas llevan a la agitación pero no al poder efectivo. En

cuestiones de poder él quiere jugar sobre seguro.

Algo parecido sucede en la segunda reunión, el 30 de julio. Rozado se obstina en plantear una lucha por el poder soviético y Carrillo replica que no hay tiempo para eso. Responde con razón que los soviets son una institución de Rusia, no una pieza del marxismo. Su intención se ve muy clara: «Nosotros no queremos pactar unidades para que vosotros, exclusivamente, las dirijáis». «Vosotros os suponéis ante un 1905 ruso; nosotros afirmamos estar ante un Octubre rojo». La posición de los comunistas le parece «reformista». En

cambio «nosotros, el Partido y la Juventud Socialista, nos colocamos abiertamente en el terreno de la insurrección y de la dictadura proletaria».

Cuando repasaron estas actas los delegados de Stalin en España decidieron intensificar sus esfuerzos de aproximación a Carrillo. El joven bolchevique deseaba, más que nada, el poder; le darían el poder. Unificarían las Juventudes con Carrillo al frente. Confiaban así arrastrar además al propio Partido Socialista, dada la creciente influencia de Carrillo en algunos líderes como Largo Caballero. La apuesta no les salió mal.

CARRILLO, PRECURSOR DE TEJERO

Elegido secretario de las Juventudes e identificado con la estrategia caballerista de las Alianzas Obreras, Santiago Carrillo fue designado miembro del comité nacional para la preparación del movimiento subversivo y antidemocrático que debería estallar en la ocasión que fijase el enemigo: es decir en el momento en que Gil Robles exigiera al presidente de la República la entrada de ministros de la CEDA en el gobierno. Después de la huelga revolucionaria en el campo, sofocada

enérgicamente por el ministro republicano don Rafael Salazar Alonso, y del desafío plantado por la Generalidad de Cataluña (regida por Esquerra Republicana y presidida por don Luis Companys) al presentar una y otra vez una ley anticonstitucional de Contratos de Cultivo, todo hacía pensar que la caída del gobierno presidido por el político radical don Ricardo Samper no se produciría mucho después de acabar el verano de 1934. Así fue. Poco antes Santiago Carrillo incendió a las Juventudes en un «mitin monstruo» como se decía entonces, celebrado en el Stadium Metropolitano de Madrid donde confraternizaron visiblemente las

Juventudes socialistas y las comunistas.

[93]

Indalecio Prieto, que coincidió con Carrillo en la preparación revolucionaria de 1934 llegó a considerar después esa equivocación como el momento más bochornoso de su vida. Carrillo no. Carrillo no se equivoca nunca y cincuenta y nueve años después sigue en sus trece: «Nunca he dudado de la necesidad del movimiento revolucionario de octubre de 1934».[94]

Nunca lo ha dudado. Aunque hoy tenga pruebas de sobra acerca del carácter sangriento y antidemocrático de ese movimiento, que fue un antecedente para la guerra civil.

¿Qué dice Carrillo sobre su participación en la revolución de Octubre? De momento una verdad tan trucada que conviene registrar como falsedad:

FALSEDAD 23

«En el Comité supimos que se estaba preparando una falsa compañía de guardias civiles y otra de guardias de asalto que, con los verdaderos que estaban comprometidos, deberían tomar entre otros objetivos el Ministerio de la Gobernación».^[95]

En el Comité «supimos». No sólo lo sabían; lo organizaban. «Que se estaba

preparando». Por generación espontánea, sin duda. No es verdad; ellos, y especialmente Carrillo, estaban preparando la trama de choque. Tal vez Carrillo, tan aficionado a no leer libros que no le convienen, afecte desconocer el importantísimo que ha publicado uno de sus compañeros de Comité revolucionario, que se quedó unos días después nada menos que como secretario general del PSOE. Se llamaba Juan-Simeón Vidarte, era grado 33 de la Masonería y resulta un memorialista infinitamente más fiable que Carrillo, a quien recuerda muy bien cuando escribió su testimonio.

DOCUMENTO 32

«Largo Caballero había dimitido la presidencia de nuestra minoría —le sustituyó Juan Negrín—... Como presidente del Partido y secretario general de la UGT, dedicaba todo su tiempo a organizar la insurrección; sobre todo desde que fue reelegido presidente del Comité creado a este fin por ambas ejecutivas. Con él fuimos elegidos Enrique de Francisco y yo, representantes del Partido y encargados de llevar conjuntamente la secretaría del Comité; Carlos Hernández Zancajo y Felipe Pretel, de la UGT, y Santiago Carrillo, de las

Juventudes Socialistas. Al margen del Comité, en contacto exclusivo con Caballero, Prieto llevaba las relaciones con los militares revolucionarios y yo el enlace con el Partido Comunista».

«Nos reuníamos semanalmente, para exponer nuestro trabajo y discutir iniciativas. Hernández y Prieto se encargaron de programar las instrucciones para los sindicatos que declararían la huelga general en el momento preciso:

CARRILLO, SECRETARIO DE LAS JUVENTUDES, DE ESTRUCTURAR LOS CUADROS

DE CHOQUE, CON JEFES ADECUADOS Y SELECCIONAR JÓVENES QUE SIRVIESEN DE ENLACE Y EN MISIONES ESPECIALES; y nosotros, los representantes del Partido, de preparar los mandos que dirigirían la insurrección en las provincias.»

Este testimonio es importantísimo: Carrillo es el jefe de los mandos y las fuerzas de choque; es simplemente falso que «supiera que se preparaba» una fuerza de choque para determinados objetivos. Era él mismo quien la estaba preparando. Su falsedad es importante como antecedente de sus intentos para enmascarar la responsabilidad directa

de la represión en Madrid, donde también habría otros Vidartes que le iban a desenmascarar.

Uno de los jefes de choque que, a las órdenes superiores de Carrillo, como acabamos de ver, estaba encargado de una especialísima misión insurreccional, era el oficial italiano Fernando de Rosa, doblemente subordinado a Carrillo; porque además Carrillo era su jefe en las Juventudes Socialistas, a las que pertenecía de Rosa, quien al principio de la guerra civil fue designado jefe del batallón de las Juventudes «Octubre» cerca del cual Carrillo libró, según veremos, una de sus heroicas batallas campales (que nadie recuerda, por

supuesto). El propio Caballero refirió a Vidarte la misión de Fernando de Rosa, a las órdenes de Carrillo, en la insurrección de 1934:

«Fernando de Rosa es para mí muy importante. Es el encargado de llevar a cabo la detención del presidente de la República.

»Debí poner una gran cara de asombro pues Caballero continuó:

»Claro está que no actuará solo. Irá con guardias civiles, que no serán guardias civiles, sino gente de nuestra más absoluta confianza. Si las cosas no cambian, tendremos ayudas importantes en la propia guardia presidencial. Un militar republicano,

también de absoluta confianza, efectuará la detención; pero a Fernando de Rosa lo he hecho personalmente responsable de la vida de don Niceto y él me ha dicho que responde de ella con la suya. Será un putsch a lo Dollfuss. Otros militares se encargarán de la detención del presidente de las Cortes (constitucionalmente, Santiago Alba debería sustituir al presidente de la República). Otros más ocuparán telégrafos, teléfonos, la radio, el Ministerio de la Gobernación y el de la Guerra. Y confiamos plenamente en la actuación de todos ellos».

Los grupos de choque a las órdenes

superiores de Carrillo deberían por tanto capturar a los titulares de las más altas instituciones republicanas. Carrillo es un claro precursor de Tejero, según el testimonio de Vidarte.

Se acercaba el momento, el «disco rojo» que marcaría la señal para la insurrección. De Francisco, Pretel, Zancajo y Carrillo establecieron su puesto de mando en el estudio del pintor Quintanilla. Antes de quitarse de en medio por si fracasaba el movimiento, ocasión en que asumiría la secretaria general del PSOE, Vidarte recibe de Largo Caballero la lista de colaboradores de Carrillo en las Juventudes Socialistas que nutrían los

grupos de choque:

«Aquella mañana él (Caballero) buscaba un confidente y se expansionó conmigo. Me habló de los diferentes golpes de audacia preparados en Madrid y de los jefes de Asalto, instructores de nuestras milicias, Moreno, Castillo, Faraudo, más algunos jóvenes jefes de la Guardia Civil, como Fernando Condés, que se encargarían de realizarlos. En unión de milicianos socialistas, uniformados de guardias civiles y de Asalto, ocuparían el Parque móvil de la Presidencia. Repasó luego los nombres de los jefes de milicias que iban a tener un papel predominante en la

insurrección: Fernando de Rosa, Enrique Puente, Amaro del Rosal, José Laín Entralgo y Victoriano Marcos Alonso, todos ellos socialistas.»

Aquí estaban los principales colaboradores de Santiago Carrillo en las Juventudes. Algunos de ellos — Condes, Moreno— formarían parte el 13 de julio de 1936 del comando asesino que terminó con la vida de Calvo Sotelo y desencadenó la guerra civil.^[96]

Al comenzar el mes de octubre de 1934 José María Gil Robles, jefe del partido con más escaños en el Congreso, retira momentáneamente la confianza a la mayoría de la que formaba parte y con

ello fuerza la caída del débil gobierno Samper. Se enciende con ello el famoso «disco rojo» aunque de momento sólo parpadea en espera de que se conozca la lista del nuevo gobierno, en el que todos daban por descontada la inclusión de ministros de la CEDA.

El 4 de octubre por la tarde vuela por todas partes la lista. Gil Robles no ha podido comportarse con mayor prudencia para su selección de tres ministros, cupo que impone al presidente Alcalá Zamora. Son los señores Oriol Anguera de Sojo, tan acrisoladamente republicano que había sido fiscal general de la República en el bienio Azaña. El segundo era el navarro

don Rafael Aizpún, jurista acreditado que había participado en la discusión del Estatuto vasco, aceptaba la legalidad de la República y nadie podría considerarle un ultra; Manuel Giménez Fernández, catedrático sevillano, actuaba dentro de la CEDA como especialista en problemas sociales con un talante mucho más avanzado que muchos miembros de su partido. Sublevarse contra la República porque estos tres políticos notables y honrados entraban en el gobierno era una doble aberración. Pero Carrillo, en varias ocasiones posteriores, comete un disparate inconcebible; califica de fascistas, pura y simplemente, a estos

tres hombres de bien, que estaban a infinita distancia de Falange y que no merecían el calificativo de fascistas ni por una sombra de duda:

FALSEDAD 24

«La entrada de los fascistas en el gobierno se hizo antes de lo que pensábamos».^[97]

«La llegada de fuerzas fascistas al poder por vía parlamentaria».^[98]

DOCUMENTO 33

La CEDA no era fascista; los tres ministros de la CEDA incorporados al

gobierno Lerroux el 4 de octubre de 1934 se habían escogido por Gil Robles entre los más inequívocamente democráticos y menos hostiles a la República que tenía la CEDA. Hasta los socialistas bien informados y sensatos lo veían claro:

«Indalecio Prieto, que había bajado de su apartamento para comentar con nosotros la noticia, le decía a Caballero que si se daba un lugar en el gabinete a Anguera de Sojo nuestra posición al declarar la huelga general estaba poco justificada, pues éste había sido fiscal general de la República y gobernador de Barcelona en 1931, durante los

gobiernos de colaboración republicano-socialista y desde entonces se hizo amigo de Azaña y Casares. No podíamos alegar su falta de republicanismo...»^[99] Y no se olvide que el autor de este testimonio era vicesecretario general, y muy pronto secretario general del PSOE. ¿A quién creemos, a Vidarte o al stalinista Santiago Carrillo?

Largo Caballero, despeñado en un izquierdismo infantil y ciego, hizo caso a Carrillo y no a Vidarte. La prensa del 5 de octubre publicaba unos absurdos comunicados de los partidos republicanos e izquierdistas en los que se descalificaba al nuevo gobierno

Lerroux por haber incluido ministros de la CEDA, el partido más votado de la cámara, a quien correspondía no ya una corta presencia ministerial sino la presidencia y la mayoría del gobierno. Pero los enemigos de Lerroux y Gil Robles pretendían invalidar el claro veredicto de las urnas y ponían a sus odios y resentimientos por encima de la voluntad de los electores. Entre esos enemigos destacaban los comunistas y el sector caballerista del PSOE, incluidas las Juventudes con Carrillo, el demócrata leninista y staliniano, a la cabeza. Es increíble cómo casi sesenta años después persiste todavía en aquel error, en aquella agresión.

La fuerza de choque de la Revolución, sobre todo en Madrid, estaba integrada mayoritariamente por las Juventudes Socialistas de Carrillo. Por si hiciera falta nos lo vuelve a recordar:

DOCUMENTO 34

La organización de las milicias juveniles estaba en marcha. En Madrid había organizados en cinco sectores varios millares de jóvenes. Al mando de cada uno de dichos sectores figuraban José Laín Entralgo, Fernando de Rosa, Victoriano Marcos, Menoyo y Francisco Coello. Dos

oficiales del Ejército participaban en su instrucción: los tenientes Castillo, del cuerpo de Asalto y Gabriel Vidal, de Artillería...

»Como dirigente de la Juventud yo tenía un estrecho contacto con las milicias y sus jefes, que eran amigos, y seguía su preparación de cerca».^[100]

A continuación Carrillo pretende convencernos —con una falsedad crasa— de que él nada tenía que ver con la actuación de estos grupos de choque, para desmarcarse de su estrepitoso fracaso. Pero no necesitamos repetir el testimonio, ya transcrito, de Vidarte, que atribuye a Carrillo la misión específica de organizar y dirigir a los grupos de

choque como vocal del comité revolucionario. Comprendo que no le agrade pasar a la Historia como precursor de Tejero pero la cuestión está ya zanjada.

Al anochecer del 5 de octubre, fecha de las declaraciones subversivas de los partidos republicanos y de izquierda, el ejército minero de Asturias, encuadrado por los socialistas, dio con una tremenda traca la señal para emprender la revolución en el Principado, cuyo primer objetivo fue el asalto a las iglesias y a las casas cuartel de la Guardia Civil; en unas y otros se cometieron numerosos asesinatos. Un día después, al anochecer del 6 de

octubre, se sublevaba la Generalidad de Cataluña cuyo presidente, don Luis Companys, declaraba el Estat Catalá de la República Federal española, gesto anticonstitucional si los hay, desde el balcón de la plaza de San Jorge de Barcelona. La rebelión de la Generalidad duró toda una noche tragicómica y fue sofocada a cañonazos por una columna del Ejército. La revolución de Asturias rugió hasta pasada la mitad de octubre; y se saldó con el terrible resultado de mil quinientos muertos. El ejército socialista minero, con pequeñas colaboraciones de los comunistas y los anarquistas, se apoderó de las cuencas carboníferas

pero no consiguió tomar la ciudad de Oviedo, heroicamente defendida, no la ciudad portuaria de Gijón. Desde el 6 de octubre el ministro de la Guerra, don Diego Hidalgo, designó al general Francisco Franco, comandante general de Baleares que estaba de permiso en Madrid como jefe de Estado Mayor en funciones para enfrentarse con la rebelión catalanista y con la asturiana, que degeneraba en guerra civil regional. Franco ordenó el transporte urgente de varias unidades del Ejército de África —legionarios y regulares— a Gijón a bordo de la Escuadra así como el avance de dos columnas militares, una desde León, a las órdenes del general

Eduardo López Ochoa y otra desde Galicia. Franco no se movió de Madrid y su dispositivo funcionó, López Ochoa liberó la plaza de Oviedo y las unidades de África limpiaron de enemigos los accesos a la ciudad y recorrieron sin resistencia las cuencas mineras.^[101]

Las fuerzas de choque preparadas por Carrillo cuajaron en Madrid una actuación muy desigual. La ofensiva de los falsos guardias civiles debería partir de los círculos socialistas de la Prosperidad y Cuatro Caminos, que fueron asaltados por fuerzas de Orden Público leales al gobierno. Algunos grupos, sin embargo, lograron ponerse en marcha pero fracasaron.

DOCUMENTO 35

«En la madrugada del 6 de octubre, segundo día de la huelga general, grupos de jóvenes socialistas, confiados en algunas complicidades dentro y fuera del edificio, intentaron apoderarse del Ministerio de la Gobernación. A pesar de que muchos guardias de Asalto del cercano cuartel de Pontejos estaban comprometidos no se decidieron a entablar combate con la Guardia Civil acuartelada en Gobernación. En este frustrado asalto cayeron heroicamente algunos de nuestros jóvenes».^[102]

Entre ellos no estaba Santiago

Carrillo, cómodamente escondido en casa del pintor Quintanilla mientras sus subordinados luchaban en las calles. Fernando de Rosa, Largo Caballero y Santiago Carrillo fueron detenidos casi inmediatamente.^[103] Quizás por eso no pudo enterarse Carrillo convenientemente de la auténtica actuación del general Franco al coordinar militarmente la lucha del gobierno contra la doble rebelión de Octubre en Cataluña y en Asturias. Y tampoco se ha dignado echar un vistazo a los numerosos relatos donde se dibuja correctamente esa misión de Franco. Llevado por el odio se permite proferir a este propósito la sarta de falsedades

siguiente:

FALSEDAD 25

«La represión en Asturias fue feroz y la llevó a cabo el general Franco, al frente de tropas mercenarias marroquíes»

«Incluso antes de la sublevación ya considerábamos que el peligro era Franco. Los diputados comunistas de la cámara lo habían denunciado como jefe del golpe de Estado que se preparaba».^[104]

Carrillo habla de la represión pero no cita un solo dato de la represión y ni siquiera alude a la salvaje agresión

revolucionaria, que fue previa y antidemocrática, y de la cual he dado todos los datos —como los de la represión— en la fuente citada en nota 98. El general Franco no estuvo en Asturias durante la revolución; la falsedad de Carrillo es tan notoria que hasta sus interlocutores franceses Debray y Gallo, miembros de la izquierda divina y cabales ignorantes de la historia de la República española tienen que recordarle que Franco «no estaba en primera línea». Ni en primera ni en segunda; estaba en el Estado Mayor Central en Madrid. Se estaba hablando, pues, de la revolución de Octubre de 1934 cuando nadie

consideraba a Franco como jefe de sublevación alguna; estaba defendiendo al gobierno y cuando al mes siguiente, con motivo de la crisis de los indultos, Gil Robles (vea Carrillo sus memorias) sondea a Franco para comprobar si se decide a encabezar un golpe, recibe de Franco una seca negativa; y la misma escena se repetirá en diciembre de 1935. Parece mentira cómo Carrillo puede acumular tantas ineptias sobre la actuación de Franco, rigurosamente gubernamental y democrática, ante la muy antidemocrática Revolución de octubre de 1934.

CARRILLO PASA QUINCE MESES EN LA CARCEL MODELO

«Fui preso el 7 de octubre de 1934 y salí en libertad el 17 de febrero de 1936» dice Carrillo, y dice la verdad.

[105] Quince meses en la cárcel Modelo de Madrid —donde tendría encerrados y a su merced a miles de enemigos en el mismo año de su salida— mientras en España seguía gobernando el centro-derecha (los «fascistas» que dice absurdamente Carrillo) no terminaba nunca de liquidarse la Revolución de Octubre, que llegó pudriéndose hasta el

alzamiento de julio 1936— se creaba el Frente Popular y las masas salían a la calle abierta para enfrentarse en una dialéctica cada vez más próxima a la guerra civil.

Los quince meses de cárcel fueron la mejor escuela para Carrillo. Nos dice que los presos por la revolución de Octubre fueron treinta mil pero la cifra se estabilizó pronto en unos quince mil; un número altísimo, que provocó en todo el campo de la izquierda la gran reivindicación de la amnistía, verdadero cemento para la coalición del Frente Popular, en el que terminarían entrando virtualmente —y ya declarada la guerra civil, también formalmente— los

anarcosindicalistas que se habían abstenido en las anteriores elecciones de 1933. En la cárcel tuvo Carrillo maestros importantes. Primero su padre Wenceslao, de quien hace en sus memorias elogios rendidos, que no tuvo en cuenta cuatro años más tarde cuando renegó de él en favor de su amado jefe Stalin. En la cárcel conoció y trató por algún tiempo, hasta que fueron trasladados, a Luis Companys y los demás miembros del Consejo rebelde de la Generalidad. Sin embargo el maestro más cualificado fue Francisco Largo Caballero, que durante sus largos meses de prisión se inclinó cada vez más decididamente al socialismo

bolchevique y se mostró muy permeable a los ardores revolucionarios de Carrillo, a quien veíamos ya en las conversaciones con los comunistas, durante el verano de 1934, más adicto a la insurrección total contra la democracia republicana que los propios comunistas. En la cárcel Modelo Largo Caballero, frustrado por su fracaso en Octubre, se transformó en promotor decidido de la guerra civil montada sobre la lucha de clases y predeterminada por el programa revolucionario del Frente Popular.

En la cárcel, en fin, Largo Caballero, el antiguo estuquista iletrado, encontró tiempo para leer a los clásicos

del marxismo-leninismo que hasta entonces desconocía flagrantemente. Carrillo piensa que Caballero — colaborador de la dictadura de Primo de Rivera y ministro relativamente moderado de Trabajo en el bienio Azaña — era, en cuanto a horizonte teórico, un «pragmático reformista» hasta que cayó en prisión. Según Carrillo el «Lenin español» se dedicó entonces seriamente a la lectura de Marx, de Lenin ¡y de Platón! gracias al periodista Luis Araquistáin, que según dijo luego un contemporáneo, actuó ante Caballero, junto con el criptostaliniano Julio Álvarez del Vayo, como una especie de «capellán laico» en cuanto a

adoctrinamiento marxista. Carrillo piensa que Caballero, en 1934-1936, asume posiciones bolcheviques, por lo cual «se identifica con él lo más avanzado del país».^[106] Naturalmente entre lo más avanzado del país se contaban Carrillo y sus huestes juveniles stalinianas, pero lo más curioso es que Carrillo, al escribir sus memorias en 1993, cuando teóricamente había repudiado a Stalin, seguía creyendo que el stalinismo, es decir la negación absoluta y totalitaria de la democracia, era «lo más avanzado». A Carrillo le traiciona continuamente su subconsciente rojo, su historia auténtica anclada en el stalinismo. Desde su

coincidencia en la cárcel se establece una corriente de afecto y amistad entre Largo Caballero y Santiago Carrillo; cree éste que en aquella época influía mucho en el viejo demagogo socialista.

Mi opinión personal es que Caballero, hombre de cierto sentido y seria experiencia política pero horro de toda cultura y formación, debió de comprender muy poco de los abstrusos textos de Marx y de Lenin. ¿Y Carrillo?

Con su fatuidad característica, tan semejante a las profundizaciones sobre termodinámica relacionada con los semáforos de que alardea otro genio de la cultura, Alfonso Guerra, Carrillo nos revela que leyó en la cárcel «El capital»

de Carlos Marx y varias obras menores de Lenin. Concreta algunos títulos; de Marx, además de «El Capital» se atrevió con «El manifiesto comunista», «El 18 de brumario de Luis Bonaparte» además de la biografía de Marx por Fritz Mehring.

De Lenin dice haber conocido «Dos tácticas de la socialdemocracia», «¿Qué hacer?» y «El extremismo, enfermedad infantil del comunismo». Casi todos estos libros, según nos dice él mismo, los pudo leer en las traducciones de la misteriosa editorial Cenit, cuyo director literario era nada menos que el profesor Pedro Sainz Rodríguez, acreditado monárquico que ha tratado de

explicarnos cómo y por qué colaboró en aquel gran esfuerzo de cultura revolucionaria; pero la explicación resulta muy poco convincente y creo que Franco se apoyaba en tan turbio asunto para acusar a don Pedro de masón. Dejo ahora este problema sin resolver porque no veo la solución por parte alguna.^[107]

Fernando Claudín que ya era entonces un teórico marxista notable nos revela que Carrillo intentó en la cárcel adentrarse en «El Capital» pero no pudo. No me extraña. Recuerdo que don José Larraz me contaba que «El Capital» que tenía en su casa de Madrid profusamente anotado, le salvó la vida; porque cuando los milicianos vieron el

libro le comentaron que sus jefes hablaban mucho de Marx pero ninguno había leído su obra fundamental. Que yo sepa sólo Larraz y el pésimo traductor de Marx, el profesor comunista Wenceslao Roces, habían sido capaces aquí de empezar y terminar «El Capital». Carrillo y Caballero estaban incapacitados para entender un solo párrafo de la sección cuarta del tomo primero, «La producción de la plusvalía relativa» y no digamos la sección séptima «El proceso de acumulación del capital». Carrillo pudo comprender sin duda los brillantes y falsísimos cuadros históricos de «El Manifiesto» que era un texto escrito para los obreros de 1848 y

la pesada, pero no complicada, biografía de Mehring, que era una especie de texto canónico entonces. Con dificultades, por su exiguo conocimiento del XIX francés podría comprender los dictérios antibonapartistas del «Brumario» pero no sus causas profundas. Los folletos de Lenin estaban más a su alcance, pero su desconocimiento total de la historia comparada de España y Rusia le haría imposible su transposición. Puede, sin embargo, que Carrillo consiguiese de sus trabajosas lecturas un pequeño arsenal de citas que luego esgrimiría a lo largo de su vida.

Pero si Carrillo no estaba muy

preparado para leer a los aburridos clásicos del marxismo, sí se sentía capaz de animar a sus subordinados de las Juventudes Socialistas a que lanzasen su incendiario texto «Octubre, segunda etapa» como consecuencia de la revolución fracasada. Carrillo habla de este folleto pero no expone su contenido en sus memorias.

Es muy posible que Carrillo participara de alguna forma en la inspiración y la redacción del folleto pero su autor material fue Carlos Hernández Zancajo, a quien Carrillo no cita porque luego se negó a pasarse al PCE. Tampoco cita Carrillo la fecha del folleto, que corresponde a fines de abril

de 1935, como respuesta a la postura moderada de Prieto que ya estaba arrepintiéndose de la Revolución.^[108] El alegato de las Juventudes se enfrenta abiertamente con Besteiro y Prieto. Las Juventudes repudian toda alianza con los republicanos (que como veremos ya habían concertado Prieto y Azaña) y recomiendan que los socialistas rompan francamente con la Segunda Internacional y se aproximen críticamente a la Tercera, la Comintern. Recaban el apoyo de la Unión Soviética a la revolución española. Exigen «la bolchevización del Partido Socialista». Y «La unificación política del proletariado español en el PSOE».

Reclaman «la propaganda antimilitarista y la penetración en los cuerpos armados del Estado... para minar las bases del Ejército». Enarbolan como bandera «la dictadura proletaria». Invocan a la Revolución rusa para la reconstrucción del movimiento obrero internacional.
[109]

En la cárcel Santiago Carrillo mantiene sus primeras conversaciones con un miembro de la dirección del PCE, Vicente Uribe, a quien andando los años se encargaría de expulsar de esa dirección.^[110] Alguien le dice, y se lo traga sin mayores críticas hasta hoy, que los masones fueron causa importante para el fracaso de la Revolución de

Octubre;^[111] ¿será que aún no se ha enterado de que el vicesecretario general del PSOE y miembro del Comité Revolucionario, Vidarte, era un distinguido masón y de que Lerroux, jefe del gobierno contrarrevolucionario, era un masón durmiente? Incurre en una falsedad gravísima al atribuir al Partido Comunista y a la Comintern la trama del Frente Popular.

FALSEDAD 26

«Así fue cómo, a partir de 1932, el PC comenzó a recobrase. Luego tuvo lugar la política unitaria con los socialistas y la política de Frente

Popular, facilitada por el VII Congreso de la Internacional Comunista, que marca el comienzo de una evolución capital para el movimiento comunista al elaborar las grandes líneas de esta política de Frente Popular. Dimitrov representó el papel decisivo a este respecto...»^[112]

La tesis de Santiago Carrillo sobre la inspiración de la Comintern y la primacía comunista en el movimiento del Frente Popular es una falsedad histórica que no se tiene de pie. Tengo serias razones para opinar sobre ese problema porque en 1965, cuando yo acababa de entrar por oposición en el cuerpo de técnicos de Información y

Turismo, el ministro, que era Fraga, me indicó que Franco estaba preocupado por un discurso de la Pasionaria en que proponía esa misma tesis. Franco coincidía con ella y pensaba que los comunistas crearon el Frente Popular en España, pero deseaba que alguien estudiase el asunto con seriedad. Fraga me encargó tal estudio y de ahí nació mi dedicación a la Historia. Pedí seis meses para profundizar en el problema y al transcurrir ese plazo presenté a Fraga un análisis sobre la creación del Frente Popular que pronto se convirtió en el primero de mis libros históricos, sobre antecedentes de la guerra civil, que ya he citado más de una vez aquí. Fraga me

acompañó a visitar a Franco quien me pidió que le explicase con detalle mi tesis y se mostró de acuerdo con ella.

DOCUMENTO 36

Por eso me atrevo a presentar como documento el resumen del capítulo «La génesis del Frente Popular» que constituye el capítulo crucial de ese libro y que desarrolla la tesis que ha sido después generalmente aceptada por los historiadores más solventes. Carrillo dice en sus memorias que el Frente Popular no ha sido estudiado seriamente en España. Se refiere, sin

duda, a sí mismo; otros sí lo hemos hecho.

El Frente Popular no fue una alianza política de gobierno sino una coalición electoral para concurrir contra el centro-derecha en cuanto se convocaran elecciones generales en España, lo que ocurrió en el mes de enero de 1936. Básicamente el Frente Popular se crea por el contacto del líder republicano Manuel Azaña y el líder socialista Indalecio Prieto en una correspondencia que se inicia el día de Navidad de 1934, dos meses después del fracaso de la Revolución de Octubre.^[113] Por supuesto que los comunistas ni se enteraron de esta

aproximación; tanto Prieto como Azaña eran fervientes anticomunistas.

El siguiente paso fue conseguir la unión de los dispersos partidos republicanos, que se reagruparon en dos formaciones; Izquierda Republicana dirigida por Azaña y Unión Republicana a las órdenes de Diego Martínez Barrio, escindido de su antiguo correligionario Alejandro Lerroux. El jefe y guía de todos los republicanos era Azaña, que había ingresado en la Masonería por razones políticas en 1932. Prieto no tuvo dificultades para orientar a los socialistas hacia la coalición del Frente Popular mientras Largo Caballero

estuvo en la cárcel, durante gran parte del año 1935.

El VII Congreso de la Internacional Comunista tiene lugar en Moscú a partir del 25 de julio de 1935 e impone la creación de Frentes Populares —alianza general de las izquierdas— tal como después se realizaron en Francia y en España. Pero con una importante matización. Lo que exige la Comintern es realmente el Frente Único con los demás partidos de izquierda; y la incorporación de las bases de los partidos antifascistas burgueses —la Concentración Popular por la base— sin expresa alianza con las

organizaciones. Lo que estaban gestando Azaña y Prieto en España no tenía mucho que ver con las supremas directrices comunistas. Se habían adelantado esas consignas por el secretario general del PCE, José Díaz, en un discurso pronunciado en Madrid el 2 de junio de 1935 que se publicó después bajo el título «Nuestra bandera del Frente Popular» mediante una manipulación; Díaz no habló de Frente, sino de Bloque Popular. Ni el discurso de Díaz ni las consignas del VII Congreso de la III Internacional influyeron para nada en el desarrollo del Frente Popular español, que discurría enteramente al margen de

los comunistas.

El mejor propagandista del Frente Popular fue Manuel Azaña que reunía a cientos de miles de personas en sus «discursos en campo abierto»; Gil Robles le respondía con otros grandes discursos de audiencia semejante. Las dos Españas se lanzaban a la calle y la vida política anticipaba ya las tormentas de la guerra civil.

En esto salió de la cárcel, a fines de 1935, el líder bolchevique del PSOE Francisco Largo Caballero. Su prestigio ante las masas enfebrecidas llegaba al máximo y él fue quien impuso la entrada de los comunistas en el Frente Popular. Prieto en el campo

socialista, y los republicanos Gordón Ordás y Felipe Sánchez Román se opusieron inútilmente. Azaña tuvo que rendirse y los comunistas, además de subirse al tren del Frente Popular en marcha, consiguieron un compromiso de escaños seguros muy superior a la fuerza real de su militancia que no rebasaba las veinte mil fichas en toda España. Es cierto que gracias a la influencia de Prieto los caballeristas perdieron una votación interna para los órganos superiores del PSOE a finales de 1935 pero el clamor de las masas extremistas del Frente Popular se impondría bien pronto a la democracia interna del PSOE y el

Lenin español se convirtió, a raíz de la victoria electoral del Frente Popular el 16 de febrero de 1936, en el auténtico árbitro de España. Este es un resumen de la historia documentada del Frente Popular español, muy lejos de las aberraciones de Carrillo y la Pasionaria. Por supuesto que Carrillo no hace la menor alusión a la aproximación de Azaña y Prieto desde finales de 1934 como clave para el Frente Popular. Nunca menciona la verdad que no le conviene.

PRIMER VIAJE DE CARRILLO A MOSCÚ: LA HOZ Y LA CRUZ, LA UNIFICACIÓN DE LAS JUVENTUDES

Santiago Carrillo salió de prisión al día siguiente de la victoria electoral del Frente Popular, el 17 de enero de 1936. Se dispuso a quemar etapas para recuperar los largos meses perdidos. Por supuesto que no nos dice una palabra sobre el pucherazo de las izquierdas en las urnas; por él lograron transformar una mayoría clara de

primera vuelta en una mayoría aplastante; ni sobre la cobardía del jefe del gobierno, don Manuel Portela Valladares, miembro de la masonería, que cedió el poder a Azaña antes de terminar el proceso electoral, es decir ilegalmente; ni sobre las contradicciones del pacto para el Frente Popular, al que llamó Gil Robles mercedamente «acta de desacuerdos» porque los partidos republicanos decían una cosa y los partidos obreros la contraria; ni sobre el desbordamiento revolucionario que impuso el caos a toda España entre mediados de febrero y mediados de julio de 1936; ni sobre el sistema de doble poder que se implantó de hecho

después de la victoria del Frente, con el gobierno republicano impotente ante los excesos revolucionarios de las masas que seguían al ídolo Largo Caballero, como ha atestiguado definitivamente para la Historia Salvador de Madariaga. No solamente omite Carrillo toda mención de estos hechos comprobados sino que acumula las falsedades cuando relata este período trágico, las vísperas de la guerra civil.

FALSEDAD 27

«Por muchos que fuesen los chanchullos del bloque de derechas, la mayoría de izquierdas se impondría».

DOCUMENTO 37

Este disparate forma parte de la metodología histórica de Carrillo; atribuir la responsabilidad de un hecho a las víctimas y no a los culpables. Es lo que hizo al hablar de la quema de conventos, que cargó a la Iglesia y a la derecha monárquica; lo que hará al volver sobre Paracuellos. Quienes manipularon los resultados electorales en febrero de 1936 fueron las izquierdas y no las derechas. Queda probado fehacientemente en el «Dictamen de la comisión sobre

ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936» y en su apéndice I.^[115] con documentos abrumadores correspondientes a los resultados electorales de varias provincias.

El análisis electoral y político sobre aquel período se adorna con esta perla:

FALSEDAD 28

«Toda la derecha era entonces extrema derecha».^[116]

Esta enormidad no merece siquiera discutirse. ¿Incluye Carrillo a la derecha republicana de Alcalá Zamora y a la de Sánchez-Román? El que Carrillo perteneciera pronto de hecho a un

partido que amenazaba de muerte a los diputados contrarios en el Congreso no le da derecho a confundir a la CEDA, fiel hasta el fin a la legalidad y a las formas democráticas con los grupos mínimos de extrema derecha que prácticamente carecían de representación en las últimas Cortes de la República. De ahí al insulto — llamarles a todos fascistas— no media más que un paso.

FALSEDAD 29

«España era una pieza importante en la estrategia del eje».^[117]

Carrillo está refiriéndose claramente

a la España anterior a la guerra civil. Su deslíz es monumental. Por eso lo rebato con un documento elemental:

DOCUMENTO 38

«Eje Roma-Berlín. Denominación dada por Mussolini al acuerdo diplomático de 23 de octubre de 1936 entre Alemania e Italia, en el que se fijaron las bases de cooperación de ambos países en el orden internacional».^[118]

El Eje Roma-Berlín se formó, en buena medida, para concertar una política común de Italia y Alemania ante la guerra civil española. Antes del

estallido de esa guerra civil difícilmente podría ser España una pieza importante en la estrategia de un Eje que no existía. Tal vez por eso Carrillo, contra la general costumbre, lo escribe con minúscula.

DOCUMENTO 39

Las cuatro grandes opciones políticas que se ofrecían a cualquier persona en 1936 eran la democracia, el fascismo, el socialismo y el comunismo. En España, por nuestro atraso secular, existía también con extensa implantación de masas una quinta opción anacrónica que era el anarcosindicalismo.

Para Santiago Carrillo no había más opciones que el comunismo o el fascismo lo cual es simplemente falso. Sin embargo incluyo su confesión como documento y no como falsedad porque explica cabalmente su manía por la simplificación, su reduccionismo político poco creíble:

«A estas alturas de mi vida, recién cumplidos los 21 años, mi opción ideológica en lo fundamental estaba hecha. Entre los dos grandes movimientos de masas de la época, fascismo y comunismo, yo me alineaba con éste, considerándolo un desarrollo lógico de mis orígenes socialistas».^[119]

Como Carrillo se apresura a

recordar, en la misma línea, que se está refiriendo a su actitud el 17 de febrero de 1936, esta declaración equivale a confesar que, por haber hecho ya su «opción ideológica en lo fundamental» a favor del comunismo, era realmente un submarino comunista en el seno del PSOE. Es muy de agradecer su sinceridad.

De acuerdo con esa confesión Carrillo, al salir de la cárcel, empieza a reunirse regularmente con el delegado principal de la Comintern en España, Vittorio Codovilla, «Medina» quien ya le había visitado en la cárcel en unión del líder comunista francés Jacques Duclos. Codovilla adquirió una gran

importancia histórica durante los meses siguientes y todo hace pensar que fue él quien transmitió a Carrillo la invitación de la Comintern para que el neófito comunista recibiera en Moscú sus primeras órdenes. Carrillo nos cuenta cómo acudió a Moscú en marzo de 1936 al frente de una delegación de las Juventudes Socialistas para enlazar con la sede suprema de la Internacional Comunista; le acompañaban Federico Melchor y dos delegados de las Juventudes Comunistas. Dice que aceptó la idea soviética para unificar las dos Juventudes en una entidad, las Juventudes Socialistas Unificadas o JSU, concebida públicamente como una

federación de clubs «dotados de mucha autonomía»; toda la autonomía que podía permitir, sin duda, el centralismo democrático staliniano.^[120] Le enseñan en Rusia la superficie y el oropel del paraíso soviético y consiguen fascinarle; no en vano obsequiaron a los jóvenes españoles con interminables banquetes de caviar, mientras empezaban las grandes purgas de Stalin y morían de miseria y opresión centenares de millares de felices habitantes del paraíso y sus gulags.

Pero Carrillo y sus amigos no fueron a Moscú solamente para comer y holgar. Recibieron instrucciones expresas y detalladas de Manuilski, que con

Dimitrov oficiaba como «lugarteniente máximo» de Stalin en la Comintern; Manuilski grabó a fuego en la mente de Carrillo una consigna que pasó por alto en la guerra civil pero que andando los años se convertiría en factor determinante para la estrategia del PCE: «Ir hacia el socialismo con la hoz en una mano y la cruz en la otra». Cuando Carrillo alcanzó un terrible poder en la zona republicana pocos meses después miles de católicos, numerosos sacerdotes, religiosos y monjas marcharon a la muerte bajo su jurisdicción represora; pero cuando se puso de nuevo en el camino del poder buscó la colaboración de los católicos y

no le faltaron adhesiones increíbles, como veremos.^[121] El propio Carrillo reconoció en la prensa socialista, a poco de volver de Moscú, que Manuilski le había dado órdenes muy concretas: «Como nos decía Manuilski, el viejo bolchevique... lo importante ahora para el movimiento de unidad y para todo el curso de la revolución española es que la tendencia que encarna Largo Caballero triunfe en el seno del Partido Socialista».^[122]

El 4 de abril de 1936 Santiago Carrillo cumplió las primeras órdenes recibidas en Moscú. Lo seguiría haciendo sin rechistar durante los treinta años siguientes; y durante el aparente

distanciamiento que vino después tampoco se sacudió la tutela, por más que alardee de ello. Pero el joven leninista que trabajaba bajo un gran retrato de Stalin mantuvo sus posiciones stalinistas, que provenían más o menos de 1933, durante treinta años más, incluso cuando en la propia URSS se decretaba la destalinización. El 4 de abril de 1936 se producía en un gran mitin celebrado en la plaza madrileña de las Ventas el acto de unificación formal de las Juventudes Socialistas y las Juventudes Comunistas mediante la creación de las Juventudes Socialistas Unificadas, JSU, según las orientaciones de Moscú y bajo la hegemonía, no por

discreta menos férrea, del PCE y la Internacional Comunista. Las Juventudes Socialistas, muy numerosas, próximas quizás a los cuarenta mil miembros, se fusionaban con las exiguas Juventudes Comunistas que no pasarían de cinco mil. El pobre Largo Caballero, que no sospechó el rapto, lo elogió y confirmó con entusiasmo; un año después se enteraría de lo ocurrido cuando ya era tarde y los comunistas estaban a punto de aniquilar su carrera política y apartarle para siempre del poder. Santiago Carrillo ya era comunista de corazón y de obediencia aunque sin romper aún con el PSOE hasta noviembre de 1936. A comienzos del

año 1937, cuando todo el mundo conocía ya el paso de Carrillo al comunismo —menos Largo Caballero— y en el mismo período en que Carrillo entraba en el Comité Central del PCE, tiene un rasgo de cara dura que incluso en él resulta excepcional y dice «Consideramos un deber de lealtad ir a ver a Largo Caballero y explicárselo». Menos mal que reconoce que tan leal proceder ocurre «cuando ya todo el mundo estaba al corriente».^[123] La indignación del frustrado «Lenin español», que ya había dejado de serlo, puede comprenderse fácilmente.

Unificadas las Juventudes Carrillo recorre España con la nueva plana

mayor del movimiento para hacer propaganda de esta primera realización del «Frente Único»; pero Juan-Simeón Vidarte recuerda las fuertes reticencias que provocó la unificación en muchos jóvenes socialistas y el indignado rechazo que el proyecto siguiente —la unificación de los dos partidos, PSOE y PCE— causó en la mayoría de los socialistas. Estos sucesos consiguieron que el PSOE entrase en la guerra civil desmantelado y desmoralizado; y que guardase en su memoria histórica un amargo recuerdo de la prepotencia comunista absorbente, que se convirtió en hostilidad clara durante el exilio y luego durante la transición planteada a

la muerte de Franco. Tras su golpe de mano unificador Carrillo conoció a Dolores Ibárruri —que le impresionó mucho— y a otros líderes comunistas como Checa. Mije y Antón que le consideraron como niño prodigio de la política y mimado de los comunistas veteranos.

De momento Carrillo se identifica con el Partido Comunista, el Partido por antonomasia, con el mismo ardor que lo hacían durante la era staliniana los jóvenes que ingresaban en él. Daba todos los signos de estar poseído por la mística del Partido, tan profundamente descrita por Jorge Semprún que también la sintió: «Se verá que el Partido —así,

con mayúscula, como lo escribe Castro — de la codificación staliniana de un cierto leninismo ha terminado convirtiéndose en fin supremo del movimiento comunista. Se ha producido una total inversión de valores y objetivos históricos. Ya no parece que el fin supremo de todo revolucionario — por alejado y difícil que resulte— consista en hacer la revolución, sino en mantener el Partido... El Partido se ha convertido en un fin en sí, en un ente devorador y metafísico, cuya principal vocación consiste en perseverar en su propio ser. Y ello explica que los elementos de adhesión acrítica, religiosa o religante predominen sobre elementos

racionales».^[124] Hablando de la época staliniana Carrillo ha comparado también al Partido con una iglesia, «La Iglesia de Moscú». La pequeña diferencia es que cualquier iglesia se funda, al menos teóricamente, sobre el amor, y el Partido se funda teóricamente sobre el odio. La lucha de clases es una expresión del odio, como la dictadura del proletariado y demás zarandajas anacrónicas del marxismo «científico».

Carrillo, al asumir más o menos secretamente la militancia comunista en 1936 no tuvo que stalinizarse porque ya era un stalinista desde 1933. Y la principal enseñanza que extrajo del impar magisterio de Stalin, el gran

demócrata, fue el aferramiento al poder por todos los medios. Carrillo se identificó, sí, con el Partido: pero desde algún momento de los años cuarenta empezó a pensar que el Partido era él y que todo el que se oponía a él se oponía al Partido. Esta es la clave de su stalinismo teórico y práctico, la clave de su comportamiento político.

Santiago Carrillo estaba fuera de España, en uno de sus viajes de instrucción internacionalista, cuando una parte de las fuerzas armadas españolas se sublevó desde media tarde del 17 de julio de 1936 y con ello se inició la guerra civil española.

LA HEROICA CAMPAÑA MILITAR DEL TENIENTE CORONEL CARRILLO

Para estudiar la trayectoria de Carrillo en los primeros meses de la guerra civil española —hasta primeros de noviembre de 1936— cambio de epígrafe pero no de capítulo; porque para Carrillo la guerra civil española no fue un cataclismo de orden cósmico sino una plataforma política sobre la que navegó a favor de corriente y prosiguió, con actuaciones políticas terroríficas, la carrera política que había iniciado tan brillantemente en el Partido Socialista

primero y luego en el Partido Comunista desde el viaje de órdenes a Moscú y la unificación de las Juventudes en abril de 1936

«En el terrible crisol de la trágica contienda —dice Fernando Claudín, ya comunista antes de 1936, colaborador de Carrillo en la represión y luego en el exilio— neófitos y veteranos del PCE adquirieron o reforzaron (reforzamos) el *modo de ser* staliniano, propio de comunistas de aquella época».^[125] Los dirigentes de la JSU, Claudín y Carrillo entre ellos, terminaron durante la guerra civil su proceso de stalinización, mientras su ídolo el tirano soviético ejecutaba implacablemente en la URSS

la serie de sus grandes purgas. Santiago Carrillo se reunió —por última vez en Madrid— con dirigentes socialistas después del asesinato de José Calvo Sotelo, jefe de la oposición monárquica en el Congreso, que tuvo lugar en la madrugada del 13 de julio de 1936 por una banda de agentes de fuerzas del gobierno, al mando del capitán socialista de la Guardia Civil Fernando Condés. Fue también un asesinato «unificado» porque participaron en él socialistas y comunistas. Carrillo asistió a la reunión del PSOE en su condición de submarino y aceptó la sugerencia de Prieto para traer a Madrid un tren de mineros asturianos (que en efecto salió

de Asturias) y luego formó parte de una comisión que trata de animar al jefe del gobierno, el inepto republicano Casares Quiroga, a tomar medidas para atajar el alzamiento que ya se daba por inevitable. No tuvieron éxito.^[126]

Entonces Santiago Carrillo decidió viajar a París al frente de una delegación de las JSU para negociar con la Internacional Juvenil Comunista (KIM). Allí le sorprende la noticia de la sublevación militar en España y cuando adquiere información segura de que la frontera de Irún sigue en manos de la República se presenta allí sin excesivas prisas y llega a San Sebastián.

FALSEDAD 31

«Y llega a tiempo de participar en el combate».^[127]

DOCUMENTO 40

El testimonio de Carrillo sobre este primer y glorioso combate en que interviene —para la toma del Hotel María Cristina de San Sebastián, un reducto rebelde— no figura en otra fuente alguna, ni en ninguna crónica del alzamiento en Guipúzcoa. Enrique Lister, a quien se le pueden negar bastantes cosas, pero no experiencia militar en la guerra de España, rechaza

simplemente la pretensión de Carrillo:

«En toda la historia mencionada en *Mañana España* lo único cierto es que la sublevación franquista le cogió en París. Todo lo demás es pura invención. La realidad es que Carrillo permaneció en Francia más de un mes, observando cómo iban las cosas en España y únicamente cuando vio que se plantaba carea a la sublevación regresó a Madrid».^[128]

DOCUMENTO 41

Pero no necesitamos el testimonio de Líster para demostrar la falsedad de Carrillo que quiere sin duda en

«Mañana España» transformar el Hotel Cristina en su Palacio de Invierno. El propio Carrillo, en sus Memorias, se encarga de desmentirse a sí mismo:

«El tren no pasó de Hendaya y de aquí tomamos un taxi hasta Irún, donde estaba interrumpido el tráfico ferroviario con Madrid. En Irún supimos que en ese momento se luchaba en San Sebastián en torno a un hotel donde se había refugiado un grupo de facciosos. En otro taxi nos trasladamos a San Sebastián llegando cuando éstos acababan de ser reducidos».^[129]

No consiguió pues nada en San Sebastián pese a haber llegado al lugar

de la acción en taxis, como las tropas de socorro francesas en la batalla del Mame. Pudo entonces dirigirse al frente navarro, donde las columnas de Mola avanzaban ya sobre Guipúzcoa pero le pareció estratégicamente más importante el frente de Santander y se marchó con algunos compañeros a Torrelavega para incorporarse a una columna motorizada que iba a tomar Aguilar de Campóo. Cuando descendían hacia esa población observaron con horror que los balazos de la defensa penetraban por las tablas de los camiones y ante semejante contratiempo optaron por regresar a su base. Fue la primera retirada estratégica en que participó Santiago Carrillo, quien

pronto empezó a preguntarse si los dioses le llevaban por los caminos de Mercurio más bien que por los de Marte; pero necesitó otras dos gloriosas batallas para decidirlo.

La siguiente fue un ataque republicano contra Vitoria, por el sector de Ochandiano, pero no contaban con el juego sucio del enemigo que empleó la aviación, nada menos. «En Bilbao — dice su compañero Claudín, confidente de Carrillo en aquella época— asistió a la desbandada republicana en el frente de Ochandiano».^[130] Nótese el sarcasmo; asistió a la desbandada; porque a las desbandadas del campo propio sólo se asiste corriendo. Aquello

le resultó ya insufrible por lo que decidió atender una llamada, por lo visto apremiante, que le reclamaba en Madrid. Cruzó nuevamente la frontera antes de que las columnas del general Mola la cortasen y por el sur de Francia se dirigió vía Barcelona a la capital de España, donde llegó en el mes de agosto, sin muchas precisiones.

Lo suyo era, sin embargo, la política y lo primero que hace es librarse de la pesadísima representante de la Internacional Juvenil Comunista, «Carmen», a la que pasaporta lejos de los centros de poder.^[131] Es cierto el testimonio de Carrillo sobre la ayuda de la Internacional Comunista para la

creación del Ejército Popular de la República, mediante el cual el PCE se convierte en el partido clave para la política militar y la política exterior de la zona republicana; aunque no conviene atribuir en exclusiva la creación del Ejército Popular al PCE, porque intervinieron otras fuerzas políticas y militares de la República, como ha demostrado el general Ramón Salas Larrazábal en su incomparable «Historia del Ejército Popular». También es cierto que el Partido Comunista había organizado en Madrid desde los primeros días de la guerra un gran centro de reclutamiento, instrucción militar, encuadramiento y adiestramiento

político de las milicias llamado «Quinto Regimiento» cuyo primer comandante en jefe fue el futuro arrepentido Enrique Castro Delgado y cuyo primer comisario fue el «comandante Carlos», es decir Carlos Contreras cuyo verdadero nombre era Vittorio Vidali. El propio Castro ha contado la génesis del Quinto Regimiento en un testimonio esencial.

[132] Otro recurso clave para lograr el control del Ejército Popular fue el Comisariado, con su red de comisarios de grandes y pequeñas unidades (de Ejército hasta compañía) que estuvo desde el principio bajo inspiración y mando comunista, aunque no exclusivamente. Tiene razón Carrillo en

advertir que muchos militares (como los generales Miaja y Rojo) se hicieron comunistas por la disciplina férrea que el PCE exigía en las filas militares y en las milicias frente al desorden de otras organizaciones.

Las JSU habían organizado en julio y agosto de 1936 dos batallones de milicias, entre ellos el famoso «Octubre» a las órdenes de Fernando de Rosa que guarnecía el frente de Peguerinos, entre El Escorial y el Alto del León. Otros dos se denominaron «Pasionaria» y «Aida Lafuente» y se empezaba a organizar un quinto, el «Largo Caballero», en el que Carrillo se enroló en calidad de comisario poco

después de llegar a Madrid.^[133] Según nos dice él mismo el gobierno de Largo Caballero le nombró en septiembre de 1936 agregado al Estado Mayor con categoría asimilada a la de teniente coronel y mención de esta nueva situación en la Gaceta». Su batallón se incorporó a la celeberrima columna Mangada que trató de tomar la ciudad de Ávila aunque según dijo la leyenda (de la que Carrillo no habla) les detuvo una anciana que se parecía muchísimo a Santa Teresa junto a la ermita de Sonsoles; Carrillo podría informarnos porque tomó el mando de una compañía en la marcha sobre Ávila pero sea por lo que fuese la columna decidió

retroceder y estabilizar el frente junto a Navalperal de Pinares. Sus obligaciones militares concedían algún tiempo libre a Carrillo que acudió a Toledo para observar el asedio del Alcázar sin mayores consecuencias. Se estaba aburriendo en el frente de Naval-peral tanto que decidió emprender otra hazaña heroica —sería la cuarta después de San Sebastián, Aguilar de Campóo y Ochandiano, antes de volver a retaguardia para dedicarse a la política que era lo suyo.

FALSEDAD 32

Durante un ataque enemigo a las

trincheras del batallón «Largo Caballero» quedaron algunos muertos del ejército de África en tierra de nadie. «El relevo se hizo de noche —dice Carrillo— y delante de nuestras trincheras se descomponían los cuerpos de un oficial y de varios soldados atacantes; por primera vez sentí el olor sucio de la guerra».^[134] Por lo visto en sus tres grandes batallas anteriores la guerra olía a rosas; otra contraprueba de que tales batallas fueron más bien fruto de la imaginación.

Esta cuarta batalla no. Ahora el teniente coronel asimilado Carrillo se había dignado aceptar un mando de capitán para lanzarse contra el Ejército

de África en una operación de envergadura. La relata así, con tonos épicos:

«Al amanecer del día siguiente el comandante Marcos, de acuerdo con la orden de Mangada, organizó una descubierta. Avanzamos desplegados unos seis kilómetros y constatamos que el enemigo se había retirado a sus bases, dejando tras de sí una docena de rezagados. Eran todos rifeños, unos tíos largos como espingardas que nos llevaban medio metro de altura a cada uno de los españolitos y que pertenecían a unidades moras bien entrenadas. Algunos habían intentado defenderse cuando los localizamos en

el avance, otros se habían entregado sin intentar ninguna resistencia. Cuando volvimos a nuestras líneas con los prisioneros, Marcos me pidió que asegurásemos su llegada a la comandancia en buen estado».^[135]

DOCUMENTO 42

Quien se había comportado como Santiago Matamoros en el glorioso combate de Navalperal consiguió humanitariamente, según nos cuenta, conducir sanos y salvos a los moros gigantes hasta el cuartel general de Mangada, porque le repugnaba la eliminación de los prisioneros;

interesante antecedente para lo que sucedería en el Madrid de Noviembre.

«¿Por qué —se pregunta Enrique Líster— no cita (Carrillo) el lugar y la fecha de esa famosa batalla con gigantes marroquíes? Además, si se toma la colección de periódicos y revistas de aquella época se encuentran fotos y reseñas de la actividad militar de toda una serie de dirigentes de la Juventud Socialista Unificada, pero no de su secretario general».^[136]

Por su parte el investigador Carlos Fernández, que aduce la anterior cita de Líster, ha concluido la imposibilidad de la heroica victoria de Carrillo en

Navalperal tras estudiar la composición de las columnas del Ejército nacional que avanzaban en cuarto de círculo sobre Madrid por aquellas fechas. «Lo que sí es un camelo manifiesto — concluye— es que Carrillo y sus huestes les derrotasen, pues el combate de Navalperal acabó el 9 de octubre con la victoria de las columnas nacionales que, tras entrar en el pueblo, cogieron un cuantioso botín de armas y bastantes prisioneros».^[137]

Y aquí terminó la gloriosa campaña militar del teniente coronel Carrillo en los frentes de combate de España. Alguna vez se acercó a ellos luego en misiones políticas o de propaganda,

pero jamás volvió a combatir, si es que alguna vez lo había hecho. Su campaña se saldaba con una batalla que él mismo desmintió (la de San Sebastián) y tres desbandadas en Aguilar de Campóo, Ochandiano y Navalperal. No llevaba el bastón de mariscal en la mochila, precisamente. En cambio su amigo Fernando de Rosa había muerto en combate cerca de Peguerinos y le sustituía otro joven comunista unificado, Manuel Tagüeña, en el mando del batallón «Octubre».

FALSEDAD 33

Sin embargo Carrillo, cuando vuelve

sobre su vida y milagros, se obstina en presentarse como un heroico combatiente de la guerra civil. En 1975 convence a la infeliz y tremendona periodista Oliana Fallaci, que más de una vez se desayunaba con doble ración de ruedas de molino, para que escriba muy seria lo siguiente:

«Sabe usar las armas. Las ha usado durante tres años en la guerra y después durante nueve más. Los años en que creía que matar servía para algo».

»Yo la guerra civil la he hecho de verdad —confirma Carrillo, embalado—. Durante tres años, disparando, matando... y no sé si soy un buen

tirador, pero sé que apuntaba con cuidado para matar y he matado».^[138]

Esto no es una simple falsedad, es una mentira flagrante que profirió Carrillo para asustar a los españoles en vísperas de la muerte de Franco. Pero es importante notar el encono con que insiste en haber apuntado para matar y haber matado. Dice que durante tres años y le cuenta a la infeliz Fallaci que siguió disparando otros nueve. No dice cómo, ni dónde, ni contra quién. Confiesa que ha matado, que ha apuntado para matar y se gloria de ello. No da más detalles.

DOCUMENTO 43

Desde luego no pudo ser en el frente de combate, donde acabamos de ver lo que hizo, ni en las guerrillas del «maquis» en las que jamás participó. Enrique Líster, coronel del Ejército Popular en España y general del ejército soviético, completa sus anteriores afirmaciones con nuevos datos sobre la auténtica actividad militar de Carrillo en la guerra civil:

«Carrillo tiene la osadía de afirmar que no sólo guerreó en el Norte y en Madrid sino que lo hizo también en las filas del V Cuerpo de Ejército. ¿Dónde? ¿En qué fechas?»

¿Con qué grado? Todo ello queda en la sombra; misterio completo por su parte.

»Sin embargo yo voy a ayudar a corregir sus olvidos. Entre las muchas cosas malas que hizo Prieto a su paso por el Ministerio de Defensa hay una que a los que estábamos en los frentes de batalla nos alegró. Prieto publicó un decreto ordenando que todos los que estuviesen en edad militar debían incorporarse inmediatamente al frente. Era claro que a Prieto le importaba tres pitos que hubiese más o menos combatientes. Lo que él perseguía era dar un golpe a tanto dirigente en edad militar, al

emboscado en la retaguardia y a tanto hijo de papá, es decir, de ministros, altos funcionarios y queridas de los mismos. La faena correspondió bien a la mala leche de Prieto pero a todos los que estábamos en el frente — repito— la medida nos alegró. A los que no sólo no alegro sino que les llenó de pánico la medida de Prieto, fue a los emboscados y entre ellos muchos de esos héroes de pacotilla de hoy; parte de ellos, padres de la patria en las Cortes y dirigentes de la JSU en aquella época torearon el decreto de Prieto consiguiendo una decisión de la dirección del partido de que los enchufáramos en los Estados Mayores

de ciertas unidades militares. Claudín fue enviado a Cartón, a mi me enviaron a Azcárate y Vidal. Modesto tuvo que justificar a Carrillo. Otros jefes militares recibieron la orden de justificar a Gallego, a Tomás García y a López Raimundo y a otros. Y digo justificar pues ninguno de ellos asomó la gaita por el frente ni una sola vez».

[139]

Como Carrillo no asomó por los frentes dispuso sin duda de abundante tiempo para reflexionar sobre el momento histórico que vivía España en 1936. Sin embargo sus conclusiones nada tienen que ver con la realidad histórica. En primer lugar cuando se

refiere con una sarta de disparates a los orígenes y esencia del alzamiento de julio y su consecuencia, la revolución:

FALSEDAD 34

«El triunfo del Frente Popular fue el triunfo de una formación política que se proponía cambiar aquel sistema oligárquico y establecer una verdadera democracia en España. Las clases poseedoras de aquella época, dueñas del aparato del Estado, aunque no del gobierno, prepararon el levantamiento para impedir aquella política de reforma de estructuras. Para nosotros, comunistas, la cuestión

estaba en poner en marcha una política que nos hubiese llevado hacia una auténtica democracia. Así, cuando los fascistas desencadenaron el levantamiento, en cuyo origen se hallaban conjugados los intereses del eje Hitler-Mussolini y los de las fuerzas reaccionarias de España, lo que realmente estaba en juego era todo el sistema político y social. Por eso la guerra de España, llevada a cabo por el Frente Popular, fue desde el principio una revolución... En España, en aquella época, se realizó, pues la primera revolución democrática popular de Europa».^[140]

No se pueden acumular más

falsedades en menos palabras. La síntesis de todas estas falsedades es que la zona roja era una auténtica democracia. Pero el 28 de diciembre de 1936 el jefe auténtico de Carrillo, José Stalin, exigió al jefe teórico de Carrillo, Largo Caballero, que guardase las formas democráticas en la España roja para evitar el rechazo de las democracias occidentales. Y Largo Caballero se encargó, en su desabrida respuesta fechada el 6 de enero de 1937, de desmentir las pretensiones democráticas de Carrillo con estas palabras contundentes:

DOCUMENTO 44

«Pero, contestando a su alusión, conviene señalar que cualquiera que sea la suerte que lo porvenir reserva a la institución parlamentaria, ésta no goza entre nosotros, ni aun entre los republicanos, de defensores entusiastas».^[141]

DOCUMENTOS 45 Y 46

Carrillo explica como clave del alzamiento de julio de 1936 la conjunción entre los intereses del eje Hitler Mussolini y los intereses reaccionarios de las oligarquías poseedoras. Puro dislate. Ya hemos

demostrado antes que el Eje Roma-Berlín no se creó hasta octubre de 1936. Y reducir lo que llamaron los obispos de España en su Carta colectiva de 1 de julio de 1937 «movimiento cívico-militar» a una erupción de intereses oligárquicos es una simple memez. Vea Carrillo cómo pronosticó el alzamiento en pleno Congreso de la República el jefe de la oposición, José María Gil Robles, el 15 de abril de 1936:

«Una masa considerable de opinión, que es, por lo menos, la mitad de la nación, no se resigna implacablemente a morir, os lo aseguro. Si no puede defenderse por un camino se defenderá por otro.

Frente a la violencia que desde aquí se propugna, surgirá la violencia por otro lado y el poder público tendrá el triste papel de mero espectador de una contienda ciudadana en la que se va a arruinar, material y espiritualmente, la nación».^[142]

FALSEDAD 35

En la misma entrevista autobiográfica de 1974 los portavoces franceses de la izquierda divina preguntan a Carrillo: «¿Calificarías de doble poder al régimen que se instituyó en 1936? ¿Una República burguesa por un lado y un poder popular por otro?»

Carrillo, de espaldas a la Historia, lo niega:

«Había el poder fascista por un lado y el poder popular republicano por otro. El poder republicano era el poder democrático y popular. El presidente Azaña, aunque fuese el jefe de un partido pequeño-burgués, se encontró del día a la mañana en la cumbre de un Estado popular. En realidad no poseía ningún poder verdadero; el poder se encontraba en manos del pueblo y las fuerzas obreras desarrollaban un papel determinante».

[143]

Carrillo no quiere enterarse de la pregunta y contesta con una descripción

ridícula del poder en la zona nacional. Bajo la égida del general Mola, que nada tenía de fascista, se instaura en Burgos una Junta de Defensa según el modelo del Directorio militar de don Miguel Primo de Rivera pero tan escasamente fascista como el primer gobierno de don Miguel. Carrillo prefiere llenar sus vacíos históricos con insultos, como tantas veces.

Y niega el doble poder de la zona republicana, que fue un hecho notorio en los primeros meses de la guerra civil; luego reducirían ese doble poder Largo Caballero y sobre todo el doctor Negrín. En vez de citar a Azaña fuera del tiesto, Carrillo debería citar de manera

fidedigna la descripción autorizada de Azaña sobre el doble poder de la zona republicana, que Carrillo niega:

DOCUMENTO 47

«¿Dónde está la solidaridad nacional? No se ha visto por parte alguna. La casa comenzó a arder por el tejado y los vecinos, en lugar de acudir todos a apagar el fuego, se han dejado saquear los unos a los otros y a llevarse cada cual lo que podía. Una de las cosas más miserables de estos sucesos ha sido la disociación general, el asalto al Estado y la disputa por sus despojos. Clase contra clase, partido

contra partido, región contra región, regiones contra el Estado. El cabilismo racial de los hispanos ha estallado con más fuerza que la rebelión misma, con tanta fuerza que, durante muchos meses, no los ha dejado tener miedo de los rebeldes y se ha empleado en saciar ansias reprimidas. Un instinto de rapacidad egoísta se ha sublevado agarrando lo que tenía más a mano, si representaba o prometía algún valor, económico o político o simplemente de ostentación y aparato. Las patrullas que abren un piso y se llevan los muebles no son de distinta calaña que los secuestradores de empresas o incautadores de teatros y cines o

usurpadores de funciones del Estado. **Apetito voraz, guarnecido a veces de la irritante petulancia de creerse en posesión de mejores luces, de mayor pericia o de méritos hasta ahora desconocidos. Cada cual ha querido llevarse la mayor parte del queso, de un queso que tiene entre sus dientes el zorro enemigo. Cuando empezó la guerra, cada ciudad, cada provincia quiso hacer su guerra particular. Barcelona quiso conquistar las Baleares y Aragón, para formar con la gloria de la conquista, como si operase sobre territorio extranjero, la gran Cataluña. Vasconia quería conquistar Navarra, Oviedo, León. Málaga y**

Almería quisieron conquistar Granada. Valencia, Teruel; Cartagena, Córdoba. Y así otros. Los diputados iban al Ministerio de la Guerra a pedir un avión para su distrito, «que estaba muy abandonado» como antes pedían una estafeta o una escuela. ¡Y a veces se lo daban! En el fondo, provincianismo fatuo, ignorancia, frivolidad de la mente española, sin excluir en algunos casos doblez, codicia, deslealtad, cobarde altanería delante del Estado inerme, inconsciencia, traición. La Generalidad se ha alzado con todo. El improvisado gobierno vasco hace política internacional. En Valencia,

comistrajos y enjuagues de todos conocidos partearon un gobiernito. En Aragón surge otro y en Santander, con ministro de Asuntos exteriores y todo... ¡Pues si es en el ejército! Nadie quería rehacerlo, excepto unas cuantas personas, que no fueron oídas. Cada partido, cada provincia, cada sindical ha querido tener su ejército...

[144]

Aquí tiene Carrillo una descripción del doble poder en zona roja y una serie de ejemplos sobre la realidad de la ejemplar democracia popular de la República. El autor no es un enemigo sino el propio presidente de esa República.

El 27 de septiembre de 1936, cuando el Ejército de África liberaba el Alcázar de Toledo y empezaba a cernirse sobre Madrid un gravísimo peligro, «El Socialista» acuñaba una frase famosa: «Madrid es y debe ser la tumba del fascismo». No podía ni imaginar Santiago Carrillo que antes de cuarenta años Madrid iba a ser la tumba del comunismo en España, y la tumba política del joven dirigente de la JSU que, tras sus frustrantes experiencias de guerrero, volvía ya a lo suyo, la actividad política de retaguardia. Pero como en los meses y años venideros se iba a estrechar íntimamente la relación entre Santiago Carrillo y José Stalin

hemos de intercalar en el presente estudio un análisis sobre quién era realmente Stalin, por cuyo amor, así lo escribió, Carrillo repudió a su padre natural en la primavera de 1939.

CAPÍTULO 3

LA SOMBRA DE STALIN

EL MÁXIMO CRIMINAL DE LA HISTORIA MODERNA

Hemos dejado a Santiago Carrillo ante su nuevo destino en Madrid, cuando abandona las armas, si alguna vez las empuñó, en octubre de 1936. En aquel momento la lejana y sangrienta sombra de Stalin se cernía ya sobre la España roja; porque una España dominada por la sombra de Stalin no puede describirse pudorosamente como «republicana». No habían transcurrido aún tres años desde aquellos momentos cuando Santiago Carrillo, desde la derrota y el exilio, se declaró públicamente —insisto,

públicamente, como veremos con detalle — amor de Stalin inmediatamente después de repudiar a su padre Wenceslao. Por tanto para entender la trayectoria de Carrillo, que es el objeto de este libro, no tenemos más remedio que presentar en este capítulo la figura de Stalin, a cuyo culto dedicó Carrillo veinte años, y tal vez por lo menos treinta, de su vida pública.

José Vissarionovich Djugashvili, llamado en su edad adulta «Stalin», el hombre de acero, sucedió a Vladimir Ilich Ulianov, «Lenin» al frente del Partido Comunista y del Estado soviético (en la práctica; ya concretaré en su momento los títulos reales) a partir

de la muerte de Lenin en enero de 1924. Ya hemos visto que Lenin se había ganado hasta su muerte la poco envidiable distinción de ser hasta entonces el primer asesino de la historia moderna. Pero no arrojó a la muerte más que a unos trece millones de hombres, mujeres y niños, según las últimas investigaciones serias, por lo que su discípulo Stalin le superó por los cuatro costados ya que los resultados de su terror bárbaro rebasaron, seguramente mucho, los veinte millones de víctimas, sin contar, por supuesto, las que llevó a la muerte por la guerra, el hambre y la miseria que duplicarán fácilmente tan espantosa cifra.^[145]

Por tanto Stalin es el mayor criminal de la Historia moderna. Uno de los analistas políticos más penetrantes de nuestro tiempo, Giorgio Bocca, cree que la característica fundamental del zar rojo es «el desprecio por la vida humana».^[146] En este sentido sus compañeros revolucionarios, que cada vez le temían más, le describían como «asiático» aunque era georgiano. El mismo Bocca afirma que lo que llamamos stalinismo —la tiranía absoluta fundada sobre el dominio de la burocracia— empezó a cuajar durante los últimos años de Lenin, que trató de reaccionar ya demasiado tarde contra el imparable auge de Stalin.

Es también de Giorgio Bocca la observación de que Stalin utilizaba un doble aparato de la Internacional para extender su poder a todos los partidos comunistas del mundo. «Junto a la Internacional de los delegados establece otra suya, la organización de una sección especial, dependiente de su secretaría, para seguir los asuntos de la Comintern, con delegados enviados a los diferentes partidos, que sólo le pasaban a él los informes. De esta forma el secretario de Stalin se convirtió en un doble ruso de la Internacional, con poderes, por supuesto, superiores, que dependía directamente del jefe y de él recibía instrucciones».^[147] Dos delegados de

esta clase, dos hombres de Stalin en España, serán muy importantes para Carrillo: Vittorio Codovilla «Medina» y el periodista Mikhail Koltsov.

Apoyándose en testimonios de quienes le trataron, Jean-Jacques Marie le retrata así cuando ya había atrapado firmemente el poder: «Este hombre pequeño y cetrino, de piernas cortas, cuello ancho y hombros caídos, poseía, según L. Fischer, un aspecto común; de su rostro no emanaba ninguna fuerza espiritual, nada que revele los sufrimientos por los que ha atravesado. Ni el menor reflejo de una vida interior rica, ni la menor inspiración, ni irradiación.

«Brillaban sus ojos amarillentos, caía irregularmente su bigote negro, se reía siniestramente, caminaba con pesadez; todo le daba la apariencia de un oso cuya pesadez disimulaba una fuerza y una capacidad infinita de mentira. Engañados por sus retratos oficiales que le engrandecían e idealizaban sus rasgos, Tito y Djilas quedaron estupefactos ante ese plantígrado torpe que tenían delante con uniforme de mariscal».^[148] Carrillo tuvo delante al mismo personaje; no encontró tiempo para describirle, se limitó a extasiarse.

Lo peor no es el éxtasis de Carrillo ante el mayor criminal de la Historia

moderna sino que trata de justificar, globalmente, el stalinismo justo en su época de mayor inhumanidad, la de las grandes purgas. El texto es sencillamente repugnante:

FALSEDAD 36

«Los Partidos Comunistas hemos podido subordinar este tipo de problemas en otra época a UNA NECESIDAD URGENTE E IMPOSTERGABLE que hacía que nuestro interés supremo nacional e internacional fuera defender a la Unión Soviética, único Estado socialista, contra la jauría de Estados

imperialistas que la cercaba... En la práctica, este lema equivalía al apoyo incondicional a las iniciativas de la dirección soviética. Sin ánimo de excusar errores ni atrocidades que hemos conocido más tarde, aquella etapa de defensa incondicional y de identificación con la política exterior soviética fue, a mi juicio, una necesidad histórica, sin la cual hoy no existirían ni la URSS ni catorce Estados socialistas ni movimiento comunista y antiimperialista mundial».

[149]

Esta justificación del stalinismo ¡en 1970/71! como «necesidad histórica» me parece monstruosa. Los veinte o

treinta millones de muertos por el terror de Stalin son una necesidad histórica. Para obtener bienes tan excelsos y permanentes como la URSS. los catorce Estados socialistas y el movimiento comunista mundial; pero hoy no existen ninguna de esas tres gloriosas y fecundas realidades. Esta es una de las páginas más negras jamás escritas por Carrillo.

Esbozado este retrato a grandes rasgos personales e históricos de Stalin podemos ahora entrar con cierta orientación en el análisis de sus principales etapas biográficas.

LA CARRERA DE UN REVOLUCIONARIO PROFESIONAL

José Visarionovich Djughashvili nació en el poblachón georgiano de Gori, no lejos de la capital Tiflis el 9 de diciembre de 1879 según el calendario juliano (retrasado doce días entonces respecto del gregoriano, usado en el resto del mundo, hasta 1900 cuando el retraso se acrecentó en un día más hasta febrero de 1918 en que se produjo la equiparación de los dos calendarios.) Habían muerto niños sus tres hermanos mayores. El padre, Visarión (Besarión)

era zapatero y la madre, hija de siervos, poseía un carácter dulce y sumiso. La familia era pobre en aquella región caucásica que acababa de poner en explotación su riqueza petrolífera y sus comunicaciones ferroviarias. Un mosaico de antiguas naciones sometidas por el imperio de los Zares que las asimilaban con una intensa presión rusificadora. «Soso» como se le llamaba en georgiano, trabajó en el taller de su padre y aprendió primeras letras en el seminario menor. Cantaba como solista en el coro y actuaba como jefe de su grupo de amigos. En medio de una fuerte agitación nacionalista y antirrusa ingresó a los quince años en el seminario mayor

de Tiflis. No era mal estudiante pero pronto dio señales de rebeldía. Leía a Tolstoi, Dostoievski, Shakespeare, Schiller y Víctor Hugo; que alternaba con los clásicos del socialismo, empezando por las obras de Carlos Marx. A los dieciocho años se adhirió al «Tercer Grupo» una organización revolucionaria de signo marxista.

Recibió en el seminario mayor el sobrenombre de «Koba» que conservó muchos años. Observó con interés creciente la industrialización y la construcción de ferrocarriles en Georgia. En 1898 intervino en los alborotos obreros de Tiflis, ya como miembro del Partido Social demócrata,

la gran organización marxista de Rusia. Al año siguiente abandonó el seminario para dedicarse a la revolución. Desde seis años antes Lenin publicaba sus primeros opúsculos de teoría revolucionaria. El Partido Obrero Social Demócrata de Rusia (POSD) había sido fundado por Plejánov en 1898. El propio Plejánov, en el exilio, dirigía el órgano del partido, «Iskra» (La chispa) en que colaboraban Lenin y un revolucionario judío, Bronstein, que se hacía llamar Trotski, evadido ya de Siberia. Nadezda Krupskaia, que sería compañera de Lenin, reclutó a Koba como distribuidor de «Iskra» en el Cáucaso y Lenin le empezó a denominar

«milagroso georgiano». Para tirar la edición caucásica Koba robó una imprenta, lo que admiró mucho a Lenin. Por supuesto que antes de abandonar el seminario Koba había perdido ya la fe cristiana de su niñez y su adolescencia. Desde entonces no vivía más que para la revolución y dentro de ella para el poder. No conoció en el resto de su vida otro norte.

El 1 de mayo de 1901 Koba organizó una manifestación revolucionaria en Tiflis; actúa en Batum contra las refinerías de la Casa Rothschild. Corre la sangre y sufre su primer encarcelamiento pero se evade y se hace presente en todo el Cáucaso

durante diez años, interrumpidos por nuevos encarcelamientos y evasiones. En 1903, durante el II Congreso del POSDR en Londres se produce la célebre escisión entre bolcheviques (la mayoría) y mencheviques. Estos no aceptan la abolición del capitalismo ni la dictadura del proletariado; los bolcheviques, guiados por Lenin, siguen la doctrina del llamamiento leninista reciente en «¿Qué hacer?» y diseñan un partido restringido de revolucionarios profesionales. Ganan por estrecho margen (22/18) los bolcheviques, que pronto perderán la mayoría pero seguirán llamándose «mayoritarios».

Koba estaba deportado cerca de

Irkutsk en Siberia pero pronto se escapa y vuelve a la actividad revolucionaria. Acomplejado por los mencheviques de Georgia, profesionales liberales y brillantes, se suma a los bolcheviques y se casa con Catalina Svanidze, piadosa y dedicada a su marido. La hermosa Catalina, a la que Koba amó realmente, le dio un hijo que murió de tuberculosis.

La guerra de Extremo Oriente entre los imperios de Rusia (que la declaró el 9 de febrero de 1904) y Japón, que había logrado salir en dos generaciones de la Edad Media y se había transformado en una potencia moderna con vocación hegemónica, estaba destinada a cambiar los rumbos del

mundo. El 2 de enero de 1905 las fuerzas del Japón consiguen la rendición de la base naval rusa de Port Arthur. El 22 de enero siguiente una procesión dirigida por el pope Gapón, agente provocador del gobierno, camina hacia el Palacio de Invierno para solicitar humildemente reformas al Zar pero la guardia dispara a matar y caen para siempre al menos un millar de manifestantes. En marzo el ejército ruso de tierra queda aplastado por los japoneses junto a Mukden en Manchuria y el 27 de mayo la flota rusa del Báltico se hunde en la batalla de Tsushima frente a los navíos del Japón. Se amotina en Sebastopol el acorazado «Potemkin» y

el 19 de agosto el Zar promete elecciones para un Parlamento restringido, la Duma. La paz con el Japón se firma a fines de septiembre de 1905 pero el prestigio del Imperio y de la Corona rusa ha caído por los suelos. Poco después los obreros de San Petersburgo eligen un consejo revolucionario o soviét cuyo vicepresidente es León Trotski. Koba ha intentado aprovechar las derrotas en la guerra para agitaciones revolucionarias en el Cáucaso pero con escaso éxito; no resultará elegido para el III Congreso bolchevique que se celebrará en Londres en abril de 1905.

Pero a fines de ese año crucial Koba

asiste ya como delegado a la conferencia bolchevique de Tannenfors (Finlandia) convocada por Lenin. Cuando el líder bolchevique propone participar en las elecciones a la Duma Koba, que utiliza el seudónimo «Ivanovich» se opone y Lenin, que entonces practicaba la democracia interna le da la razón y en el viaje de vuelta le otorga el acerado sobrenombre de Stalin con que en adelante se le conocerá. En el IV congreso del POSDR celebrado en Estocolmo (1907) asiste Stalin; se aprueba la fusión, de mencheviques y bolcheviques. Ese mismo año muere la mujer de Stalin a poco de dar a luz y su esposo se dedica,

para consolarse, al terrorismo en el Cáucaso. Stalin conoce a Trotski en el V Congreso (Londres 1907) y se establece entre los dos, que pugnaban por el favor de Lenin, una corriente de antipatía irresistible. A Trotski Stalin le parecía un asiático zafio; Stalin adivinó en Trotski el mayor obstáculo para su marcha hacia el poder absoluto.

La dura represión del enérgico primer ministro Stolipyn arroja a Stalin a la cárcel y la deportación y obliga a Lenin a exiliarse. Para el profeta de la nueva Rusia, Soljenitsin, Stolipyn pudo ser el cirujano de hierro que extirpase el cáncer revolucionario y situase a Rusia en vías de modernidad definitiva;

aceleró la industrialización, mejoró la agricultura y las comunicaciones, aseguró el orden y estuvo a punto de conseguir ese sueño. Soljenitsin tiene razón. Pero acechaba en la sombra y el exilio Vladimir Ilich Ulianov, esa mente diabólica, decidido a cabalgar sobre la miseria y la postración de la Rusia que se despertaba y aherrojarla para siempre con sus teorías absurdas, utópicas, inhumanas. El 10 de septiembre de 1911 Stolipyn fue vilmente asesinado y Rusia tuvo que esperar ochenta y ocho años para sacudirse las ruinas del caos leninista, que Stalin y sus sucesores se encargarían de enfangar con sangre y terror unas cuantas décadas más.

Stalin va y viene de la cárcel, de Siberia. Vuelve al Cáucaso, sobre todo a su base revolucionaria de Baku; luego se presenta en San Petersburgo, el gran balcón ruso a Occidente, donde jamás se encuentra cómodo. No pertenece aún al comité central del bolchevismo pero sí a una comisión organizadora que trata de consolidar un aparato clandestino relativamente independiente de los grandes exiliados. Ese es su camino, dominar los hilos y los cruces de la burocracia subversiva. En la primavera de 1912 se sabe con certeza que el zarevitch es víctima de una extraña enfermedad, la hemofilia, importada por su madre británica, la zarina Alejandra.

Un Zar débil se entrega, por exigencias de su esposa, en manos del aventurero lúbrico y visionario Rasputín, que consigue calmar las dolencias del heredero. El Trono naufraga; las tres Dumas sucesivas son cada vez más inoperantes. La Masonería se va apoderando de todos los resortes para fomentar la creación de un futuro gobierno liberal.

Stalin, muy en su papel de burócrata dominante, prepara la conferencia de Praga que estructura el partido bolchevique, el cual rompe definitivamente con los mencheviques. Lenin le incorpora al Comité Central, otro peldaño decisivo. Pero Stalin no ha

podido asistir; ha caído de nuevo en manos de la policía secreta y continúa su serie de deportaciones y evasiones. Después de una de éstas preparó el nacimiento del diario bolchevique, «Pravda» que apareció el 5 de mayo de 1912. Tras nueva detención y nueva evasión huye a Polonia donde pasa seis meses junto a Lenin y se convierte a su sombra en especialista en el problema de las nacionalidades que bordean a Rusia; allí escribe «El marxismo y la cuestión nacional» para disimular su férreo centralismo moscovita. En 1913 coincide con Trotski en Viena y se reproduce la irresistible repulsión mutua. Cuando vuelve a Rusia se

disfrazada de señora para asistir a un concierto en San Petersburgo pero le detienen y le envían a Siberia donde, dentro del círculo polar, permanece hasta marzo de 1917, el año de la gran revolución. Antes de la detención se casa por segunda vez (otros afirman que la boda fue en 1919) con Nadezda Alliluieva, hija de la familia que le protegía y albergaba y madre de su hija Svetlana.

El 28 de junio de 1914 un activista serbio asesina al archiduque heredero de Austria, Francisco Fernando y a su esposa en Sarajevo. La agresión serbia, respaldada por el Imperio ruso, era un caso especialmente virulento en medio

de los tirones nacionalistas que amenazaban al Imperio danubiano de Austria, que un mes después del atentado mortal declaraba la guerra a Serbia. Los Imperios centrales, Austria y Alemania, se iban a enfrentar en la Gran Guerra con Francia, Inglaterra y los Estados Unidos en el frente occidental y con Rusia en el oriental. Italia apoyaba a los aliados, como Japón; el decadente imperio turco era aliado de Alemania.

Los ejércitos del Zar consiguieron al principio algunas victorias contra los alemanes, que luego les atraparon y aplastaron en Prusia Oriental. Las divisiones rusas, que habían penetrado

en Galitzia, debieron retirarse ante el empuje de los austríacos. Cuando se cumple un año de guerra los Imperios centrales se han apoderado de toda Polonia y Rusia ha perdido ya tres millones de combatientes. Paris se ha salvado de la gran ofensiva alemana. Ya en la primavera de 1916 los rusos se rehacen y avanzan otra vez en Polonia pero los franceses defienden heroicamente la plaza de Verdun, llave de todo el frente occidental. Al iniciarse el año 1917 el esfuerzo de guerra y las graves derrotas, aunque todavía no decisivas, minan la moral de resistencia en los frentes y la retaguardia. El Zar está con el ejército; la zarina preside

una corte esperpéntica; cunden los motines de soldados, las sordas rebeliones obreras, las protestas campesinas. La inoperante Duma vive desconectada de la realidad del inmenso país. Bolcheviques y mencheviques, como los demás partidos radicales y revolucionarios, atizan el descontento de aquella sociedad profundamente injusta y aquel ejército desabastecido y desmoralizado.

STALIN EN LA REVOLUCIÓN DE 1917

El papel de Stalin en la Gran Revolución de 1917 se ha magnificado después lo indecible por quienes manipularon la Historia al servicio del tirano. Stalin no figuró entre los protagonistas de la Revolución pero la aprovechó para tejer sus tramas burocráticas que enlazaban los centros de decisión en el partido de los bolcheviques y avanzó gradualmente hacia su objetivo de poder. Para enmarcar los principales acontecimientos de 1917 me atengo al detallado análisis de Albert Menarókov y no a las explosiones líricas de otros estudiosos y testigos.^[150]

Sabido es que la Revolución de

1917 se vive en dos tiempos; Febrero, con el derrocamiento del zar y el establecimiento de un gobierno liberal-masónico, bajo el que se instaura el doble poder de la democracia liberal débil y los soviets en ascenso; Octubre —nuestro Noviembre— cuando los bolcheviques acaban con aquella farsa contradictoria, controlan los soviets, eliminan al gobierno liberal y a la Duma y se alzan con el poder absoluto en lo que dejaba de ser el imperio ruso.

En febrero de 1917 Lenin está desterrado en Zurich, Trotski huído en América, Stalin en su deportación siberiana. El 23 de febrero una gran manifestación de mujeres sólo pide pan.

La huelga general se desencadena a las pocas horas en San Petersburgo donde los soviets —consejos de obreros y soldados— se muestran cada vez más activos y canalizan la protesta. El 2 de marzo el Zar, apremiado por los jefes del ejército, decide abdicar pero la monarquía no puede salvarse. La Duma designa un gobierno provisional presidido por el príncipe Lvov; la figura política principal es Kerenski y la gran mayoría de los ministros liberales son masones como ha establecido en admirable estudio Nina Berberova.^[151] Lenin, desde Suiza, rechazó la instauración de la nueva república y se mostró completamente contrario a la

prosecución de la guerra. Stalin regresa del exilio siberiano y se hace con el control del diario bolchevique «Pravda» desde el que respalda con reticencias al gobierno provisional, lo que desata las iras de Lenin que le desautoriza. Pero Stalin se atreve a censurar y mutilar las cartas reprobatorias de Lenin.

A principios de abril Lenin llega a San Petersburgo después de atravesar Alemania en un vagón precintado; su hostilidad declarada a la guerra convenía a los alemanes. Lenin, en un discurso incendiario, propone la revolución inmediata y total. Las Tesis de Abril proclamadas por Lenin se ven rechazadas por la dirección del partido

bolchevique (Stalin entre ellos) que se opone a la ruptura con los mencheviques y con el gobierno provisional, pero Lenin sintoniza directamente con la opinión revolucionaria y las impone. Desde mediados de junio el ejército expedicionario de los Estados Unidos interviene ya en el frente occidental dentro del campo aliado. A partir de agosto Stalin, que hasta entonces había asumido una actitud reticente, se alinea abiertamente en favor de Lenin. Actúa desde entonces como organizador en la sombra, como mediador en los conflictos internos, como conciliador entre las tendencias del bolchevismo. Contribuye también a la bolchevización

de los soviets, esa red de órganos populares que había encauzado buena parte de las energías revolucionarias.

A fines de octubre Lenin regresa de su escondite en Finlandia y propone la toma inmediata del poder por los bolcheviques. Zinoviev y Kaménev se oponen; Trotski y Stalin le apoyan. Como premio a su lealtad, Lenin eleva a Stalin al máximo órgano decisorio del Partido, el Buró político. El 24 de octubre, 6 de noviembre en el calendario occidental, se desencadena la segunda y decisiva fase de la Revolución de 1917. El doble poder de los meses regidos por el gobierno provisional que ahora preside Kerenski

va a ceder paso al poder bolchevique. En el Instituto Smolny se reúne el Soviet de Petrogrado para el II Congreso panruso. Lenin cuenta con una clara mayoría de bolcheviques en el Soviet, que decide la inmediata insurrección armada. Diez mil «guardias rojos», milicias armadas bolcheviques, controlan la ciudad tras tomar todos los puntos vitales. A medianoche, cuando va a entrar el 25 de octubre —nuestro 7 de noviembre— Lenin se presenta en el Smolny y se encierra con Stalin. De allí partirá el gran impulso revolucionario que emana de Lenin, pero Stalin aprovechará bien la escena para compartir la gloria. Kerenski huye de

madrugada al amparo de la bandera de los Estados Unidos. El crucero «Aurora» dispara una salva contra el Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional. Lenin ha sido el gran inspirador; Trotski el organizador y jefe de los guardias rojos. Uno y otro son los artífices de la Revolución a cuyo carro se quiere subir desesperadamente Stalin.

Tras apoderarse del Palacio de Invierno y poner en fuga al gobierno liberal, los bolcheviques toman el poder. Lenin crea un Consejo de Comisarios del Pueblo del que forma parte Stalin en cuanto comisario para las nacionalidades. El nuevo gobierno implanta el régimen marxista, decreta la

nacionalización de la tierra y de la industria, impone la dictadura del proletariado (que es realmente la del Partido), sustituye a la autocracia del Zar por la autocracia del Partido bolchevique, «vanguardia del pueblo y de la Revolución». El 8 de diciembre los bolcheviques sufren una derrota en las elecciones para la Asamblea Constituyente pero no dejan el poder; prescinden del resultado electoral. El 22 de diciembre, a costa de terribles amputaciones territoriales, consiguen que el enemigo germánico les conceda el armisticio en el frente oriental y después la paz.

LENIN PRETENDE ELIMINAR A STALIN

Ya hemos adelantado cómo, según las últimas investigaciones, Lenin desplegó su autoridad tiránica y criminal para acomodar la realidad de Rusia a la ensoñación utópica conocida como «marxismo-leninismo», la doctrina que siguió dócil y acríticamente Santiago Carrillo incluso cuando pretendió liberarse de la etiqueta stalinista.

Lenin sólo dispuso de cinco años largos para consolidar la victoria de la Revolución y asentar firmemente el régimen que quiso llamar soviético, es

decir marxista-ruso. Tuvo que enfrentarse inmediatamente con la transformación absoluta del Estado y la sociedad del Imperio ruso, con la liquidación de una guerra exterior desastrosa y con el estallido de una terrible guerra civil cuyos promotores, los jefes zaristas, contaban con importantes apoyos en las potencias occidentales. Su principal recurso para mantener el poder en circunstancias tan críticas fue el terror, según las enseñanzas de la Revolución francesa acosada también desde dentro y desde fuera a partir de 1791. El terror se centralizaba e imponía desde una institución de siniestro nombre, la

Cheka, que significaba «Comisión Extraordinaria contra el fraude, la especulación y el sabotaje». Stalin formó desde el principio parte de la Cheka, donde se convirtió en el gran especialista del terror.

Trotsky y Stalin, cuya pugna por la sucesión de Lenin era cada vez más un secreto a voces, intervinieron en los frentes de la guerra civil. Trotsky cambió en 1918 su comisaría del pueblo para Asuntos Exteriores por la de Guerra. El creador y jefe de los Guardias Rojos fue también el creador del Ejército Rojo y a él debe atribuirse la victoria en la guerra civil. En este terreno batió francamente a Stalin que no actuó como

guerrero (pese a posteriores manipulaciones de la Historia) sino como político de la guerra. Había redactado bajo la mirada de Lenin una declaración sobre los derechos de los pueblos de Rusia, altisonante en teoría pero nula en la práctica; los derechos de las nacionalidades del antiguo imperio se reducían a cederlo todo ante las imposiciones centralistas del nuevo poder. En marzo de 1918 el Partido Obrero Socialista de Rusia se transformó en Partido Comunista y Stalin se dedicó a controlar sus mecanismos. Stalin dirigió el esfuerzo de guerra en el sur (región del Volga en Tsaritsin, la futura Stalingrado) y en el

Cáucaso; luego pasó al norte pero en todas partes encontró motivos de roce y enfrentamiento con Trotski y ejerció el terror indiscriminado.

Y es que desde la primavera de 1918 la situación de la Rusia roja parecía desesperada. Los japoneses desembarcaban en el extremo siberiano, los alemanes avanzaban en Ucrania y el Cáucaso, los británicos abrían un frente a orillas del Ártico, los franceses decidían defender con las armas a Polonia. Los ejércitos blancos se lanzaron a la ofensiva contra los bolcheviques desde fines de mayo. Sin embargo en el verano de 1918 se derrumbaba el frente occidental de

Alemania, que abandonaba la lucha; y la torpe actitud política de los blancos no calaba en el pueblo ruso, nada inclinado a la restauración de la autocracia. La insurrección comunista-espartaquista que trató de aprovechar la derrota de Alemania para repetir la experiencia de los bolcheviques rusos fracasó por completo y los dirigentes comunistas de Rusia tuvieron que aplazar *sine die* sus proyectos de revolución universal para contentarse con la implantación del «socialismo en un solo país». Lenin no renunciaba sin embargo a la revolución universal y por eso creó en 1919 la Internacional Comunista o Comintern que mantuviese viva la llama

revolucionaria en todo el mundo. Pero Stalin no se fiaba demasiado de la utopía leninista y consideró siempre a la Comintern como un brazo ejecutor auxiliar de la política exterior soviética.

En marzo de 1919, cuando fundaba la Tercera Internacional, Lenin designó a Stalin (que conservaría su comisariado para las nacionalidades) comisario de pueblo para el control del Estado, una especie de ministro de la presidencia (Rabkin). Era un puesto clave para el control de la administración y del Partido Comunista que desde 1922, al crearse la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas o URSS, se denominaría Partido Comunista de la

Unión Soviética o PCUS. Stalin seguía, sin embargo, ocupándose del frente meridional y en 1921 lanzaba al Ejército Rojo contra Georgia, su patria, donde aplastó todos los rescoldos de independentismo y ejerció el terror rojo con especial saña.

Empiezan a crearse en 1921 los partidos comunistas en varias naciones, adheridos a la Comintern. Al comprobar el fracaso sangriento de la economía comunista Lenin vira a la derecha e impone la Nueva Política Económica, con adopción de un insuficiente neoliberalismo y una nueva burguesía roja que a su vez naufraga en la inoperancia y en la corrupción. Termina

por fin en 1921 la guerra civil; toda Rusia está en ruinas, surcada por un hambre espantosa. Trotski propone la planificación económica radical; Stalin se opone pero luego adoptará el sistema. Es una característica de su método, que como tantas otras imitará Santiago Carrillo.

En 1922 la salud de Lenin, minada por el tremendo esfuerzo de la Revolución, empieza a flaquear. Quizás por ello consiente en que Stalin sea nombrado en el XI Congreso del Partido secretario del Comité Central, un nuevo puesto decisivo de poder político y burocrático.

Lenin yace postrado fuera de Moscú

y Stalin se siente lo suficientemente fuerte como para reprender por teléfono con dureza a la compañera del enfermo, Krupskaia, por molestarle con información política que los médicos le han prohibido. Stalin controla cualquier aproximación a Lenin, porque sabe que el enfermo ha manifestado su arrepentimiento por haber fomentado la carrera de Stalin hacia el poder. Pero Lenin saca fuerzas de su estado preagónico y envía a «Pravda» una dura crítica contra la gestión administrativa de Stalin, que no pudo evitar la publicación. A poco Lenin sufre un segundo ataque.

Poco antes, el 22 de octubre de

1922, Mussolini emprende con sus camisas negras la marcha sobre Roma, aunque gran parte del camino lo hacen ocultamente en tren. Stalin concierta una alianza en troika con Zinoviev y Kaménev para impedir que Trotski se haga con el poder cuando Lenin desaparezca. Abocado ya a la fase terminal de su enfermedad Lenin se inclina decididamente en favor de Trotski pero Stalin impide toda comunicación pública de esa tendencia. La secretaria de Lenin advierte a Trotski que Lenin «prepara una bomba» contra Stalin, cuyo poder burocrático le aterraba.

Trotski afirmó, poco antes de ser

asesinado en México por un esbirro de Stalin en 1940, que Stalin había envenenado lentamente a Lenin. El líder de la Revolución bolchevique murió el 21 de enero de 1924 en Nijni-Novgorod y le sucedió, de momento, la troika formada por Zinoviev, Kaménev y Stalin quien contaba con mayoría en las instituciones fundamentales del poder comunista.

LA ELIMINACIÓN POLÍTICA DE TROTSKI

Como Stalin había leído a

Shakespeare es posible que para erigirse en testamentario de Lenin ante el cadáver de Lenin hubiera elegido el papel de Marco Antonio ante las dóciles masas de Roma. Completamente privado del carisma y la magia de Lenin, el implacable burócrata georgiano disponía de dos grandes recursos para heredar, e incluso acrecentar, el poder de Lenin: su dominio de los mecanismos y conexiones del PCUS y de la Administración, conseguido tras largos años de trabajo constante; y su capacidad para manejar las redes del terror rojo. Todo ello al servicio de su inextinguible sed de poder supremo y absoluto, que guiaba sus pasos desde las

jornadas de la Revolución. Pero un rival formidable se oponía a sus designios: León Trotski. El primer objetivo de Stalin consistiría en eliminar a Trotski políticamente; luego llevaría su odio y su miedo hasta conseguir asesinarle.

Trotski era mucho más brillante, mucho más inteligente, mucho más culto, más eficaz, mejor preparado que Stalin. Había sido el segundo de Lenin en la Revolución, el creador del Ejército Rojo, el vencedor de la guerra civil. Poseía un sentido universal de la Revolución. Pero carecía de la capacidad para maniobrar en la sombra y del maquiavelismo tramposo del georgiano, que dominó el VIII Congreso

bolchevique (mayo de 1924) consiguió evitar la lectura pública del «testamento de Lenin» donde se le descartaba y acorraló a un Trotski ausente, porque ni se atrevió a asistir. Stalin se aferró pragmáticamente al «socialismo en un solo país» —que contradecía flagrantemente a la doctrina marxista— y luego recabó la herencia de Lenin en su obra «Los principios del leninismo». Stalin favoreció al general Chiang Kai Chek contra los revolucionarios de China y le permitió establecer el control sobre el antiguo Imperio del Cielo. En 1925 Zinoviev y Kaménev advierten su error por haber colaborado con Stalin frente a Trotski y rompen con Stalin

cuando ya es tarde. (Al año siguiente Zinoviev y Kaménev formarán la «oposición unificada» y reclamarán la planificación de la economía y la colectivización total de la tierra; Stalin se opuso pero cuando les derrotó adoptará sus tesis). En el mismo año 1925 el comisario de guerra Frunze, sucesor de Trotski en ese cargo, muere en la mesa de operaciones después de negarse a someterse a la operación que Stalin impuso.

A fines de 1925 Trotski, a quien se han unido ya Zinoviev y Kaménev, es condenado políticamente en el XII Congreso del PCUS Pronto deja entrever Stalin una de sus constantes de

política exterior; admira y teme a Alemania y en la primavera de 1926 impone un pacto germano-soviético de no agresión. Pero su obsesión primordial es la eliminación de Trotski. A fines de octubre de 1926 una conferencia del Partido decreta su expulsión. Al año siguiente le siguen Zinoviev y Kaménev, que tratan de capitular ante Stalin; Trotski elige el exilio, desde donde conspirará permanentemente contra Stalin. El 1 de octubre Stalin lanza el primero de sus planes quinquenales, magnificados por la propaganda comunista en todo el mundo. El I Plan se aplica hasta 1932 y su principal objetivo será la creación de

una gran industria pesada. A costa del sacrificio de los obreros, cuyo poder adquisitivo bajará sensiblemente, y de una brutal represión contra quienes se oponen a las directrices del Plan, éste fracasa económicamente en la colectivización de la tierra pero consigue una buena parte de sus objetivos en la gran industria, la energía y las comunicaciones; hasta el punto que la resistencia soviética contra la invasión alemana de 1941 se hace posible por la puesta en servicio de los recursos propios más aún que por las aportaciones de la ayuda exterior aliada. Los campesinos independientes o kulaks, de quienes dependía en buena

parte la producción de alimentos, sufren un golpe de muerte en favor de la nueva casta de dirigentes industriales, insaciables y corrompidos. La verdad es que la política agraria de la URSS, tan pésimamente orientada desde el I Plan, irá de mal en peor hasta el desplome definitivo de la economía soviética que se reveló en 1989 pero provenía de muchas décadas antes. El coste humano de la planificación resultó insufrible. El proceso se dio por terminado en la primavera de 1934; con un saldo atroz. Diez millones de campesinos medios y pobres (los kulaks no pasaban de dos millones) muertos o deportados; y el hambre espantosa que sufrió Rusia en el

invierno de 1932 a 1933.

Al lado de semejante tragedia parece baladí el control férreo que Stalin estableció sobre las manifestaciones culturales entre 1930 y 1932. El Gran Hermano sabía de todo, pretendía controlarlo todo; la literatura, el arte, la filología, las ciencias. Mediante las uniones profesionales se quiso imponer el famoso y ridículo realismo soviético. Simultáneamente una red de propaganda bien financiada conseguía numerosos adeptos en todo el mundo occidental entre borregos de la intelectualidad, la cultura, la enseñanza y el periodismo; esa red persiste, aunque parezca increíble, en los países

occidentales y señaladamente en España, sin que nadie se atreva a denunciarlo.

LA RED DEL TERROR ROJO; DE LA CHEKA A LA KGB

Las instituciones del terror rojo asimilaron cabalmente la experiencia de las que creó el zarismo, sobre todo la Okhrana, policía política secreta encargada de la lucha contra los revolucionarios, infiltrada por ellos pero capaz también de colocar agentes

en las direcciones de esos grupos. Sabemos ya que el primer organismo de represión creado por los bolcheviques a raíz de su victoria fue la Cheka, de la que formó parte Stalin; esta «Comisión Extraordinaria» ejecutó hasta el asentamiento de la Revolución a medio millón de personas, casi nunca con juicio previo.^[152] Su jefe se llamaba Félix Dzerhinsky. Contaba con treinta y un mil hombres encargados del contraespionaje, la vigilancia, la censura, la lucha contra la religión y el control de los campos de concentración, los terribles gulags.

En 1920, en plena guerra civil, nació la Inteligencia militar o GRU que

coexistió en paralelo con los organismos represores del gobierno y el partido. El 6 de febrero de 1922 la Cheka (aunque persistió el nombre, como sucede con los demás organismos, lo que provoca no pequeña confusión) fue sustituida por la GPU (Directorio de la Policía del Estado) que era una división subordinada al NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos). Al crearse la URSS en 1923 la GPU se denominará OGPU y se desvinculó del NKVD. El jefe de la Cheka siguió al frente de la OGPU hasta su muerte en 1936. Le sucedió Menzhinsky.

A fines de 1929 Stalin lanzó a la OGPU a la represión de los campesinos

que no aceptaban el Primer Plan. En 1934, año clave porque señala el comienzo de las grandes purgas políticas, Stalin, al morir Menzhinsky, reorganizó la OGPU como GUGB (Directorio Principal de Seguridad) y lo puso de nuevo bajo la dependencia del NKVD, por lo que la agencia del terror fue conocida generalmente como NKVD. En 1936 Stalin eliminó a Yagoda y nombró en su lugar al enano Iéjov, asesinado a su vez en 1938 para dar paso a Lavrenti Pavlovich Beria, bajo el cual la GUGB recibió el nuevo nombre de NKGB (Comisariado del pueblo para la Seguridad del Estado). La NKVD y la NKGB fueron elevadas a rango

ministerial como MGB (Ministerio para la Seguridad del Estado) y MVD (Ministerio para Asuntos Internos). Berta fue designado miembro del Politburó.

En 1947 Stalin, que había disuelto aparentemente la Comintern en 1943, creó la Kominform o KI, comité de información para enfrentarse a los problemas de la guerra fría. La KI absorbió al MGB y la GRU. A las órdenes directas de Stalin fue dirigido por Molótov, Zorin y Vichinsky pero en 1948 el Ejército Rojo recuperó el control del GRU. En 1951, a sugerencia de Beria, Stalin desmanteló la Kominform y rehízo el MGB. A la

muerte de Stalin en 1953 Beria reunió bajo su mando el MGB y el MVD que contaban en conjunto con una imponente fuerza de trescientos mil hombres para controlar la policía, los gulags, la vigilancia industrial, la censura. Pero Beria no sobrevivió a esta acumulación de poder. El 26 de junio de 1953 la troika Kruschef-Molótov-Malenkov le suicidó como espía extranjero, según la depurada técnica staliniana. Y el 13 de mayo de 1954 Kruschef creó la KGB, que sobrevivió hasta el final del régimen soviético y el desmantelamiento de la URSS.

LA EPOCA DE LAS GRANDES PURGAS: STALIN Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

En una de las afirmaciones más cínicas de sus malas memorias, Santiago Carrillo afirma y reitera que ni se enteró de una sola de las grandes purgas celebradas ritualmente por Stalin durante la época de la guerra civil española. Pero veremos también que sobre esas purgas existió una difundida información en la prensa mundial y expresamente en la prensa de la zona republicana, tanto la comunista

staliniana como la comunista disidente, por lo que deberíamos pensar que Carrillo, tan interesado por la prensa que en un momento crítico hasta se encargó de la censura de prensa, no leía los periódicos y no asistía a las grandes reuniones públicas del PCE. No era así, evidentemente; lo mostraremos con una documentación abrumadora. Pero dejemos ahora a Carrillo y veamos lo que hizo Stalin en aquellos años trágicos.

El 1 de diciembre de 1934 un comunista dirigido por la GPU, que se acababa de transformar en GUGB (más conocida por el organismo de quien dependía, la NKVD) a las órdenes del

sádico Yagoda, asesina en el histórico Instituto Smolny de Leningrado a Sergei Mironovich Kirov, secretario del comité de Leningrado y miembro del secretariado central del PCUS, un brillante revolucionario en quien muchos veían ya al delfín de Stalin. El impulsor del asesinato fue Stalin, sin duda alguna; se discrepa sobre los motivos, desde la simple envidia al aborrecimiento que siempre sintió Stalin por Leningrado, cuna de la Revolución. Pero lo verdaderamente importante es que Stalin utilizó el asesinato de Kirov para desencadenar su serie de grandes purgas que, entre 1936 y 1938, desmantelaron al grupo de bolcheviques

veteranos y amigos de Lenin, a los militares más prestigiosos del Ejército Rojo y a los enviados del propio Stalin a la guerra de España. Las grandes purgas políticas coincidieron con la salvaje represión contra los campesinos de la que ya hemos hablado. Pero lo más significativo y lo más absurdo del baño de sangre decidido por Stalin contra la flor y nata de la alta política comunista y el Ejército Rojo es que trató de conectar groseramente las purgas de la alta clase dirigente soviética con la «traición» de Trotski y el asesinato de Kirov, tramado por él mismo.

Los procesos de Moscú se han analizado con precisión en el citado

estudio de Conquest y —desde dentro de la NKVD— por uno de los altos jefes de la OGPU, cuyo nombre más conocido es el último, Alexander Orlov.^[153] Orlov, jefe de agentes secretos soviéticos en Europa occidental, intervino activa y siniestramente en la guerra civil española y desertó a Occidente en 1938 cuando tuvo la seguridad de que Stalin ordenó asesinarle. Su relato, confirmado por otras fuentes, es pavoroso y en general creíble.

El fiscal de los grandes procesos, el mendaz y servil Vichinsky, quedó en ridículo ante el mundo entero, con enorme indignación de Stalin, cuando uno de los acusados en el primero,

Holtzmann, declaró que en 1932 había visto al hijo de Trotski en el hotel Bristol de Copenhague; pero como luego divulgó la Comisión Dewey resulta que el hotel Bristol fue demolido en 1917, según se supo después de la ejecución de los encartados.^[154] El primer tribunal que juzgó en 1935 a Zinoviev y Kaménev como cómplices de Trotski para la trama que condujo al asesinato de Kirov no pudo encontrar pruebas serias y por eso se contentó con aplicar penas relativamente menores. Pero Stalin no soltó su presa. El 7 de abril de 1935 hizo promulgar una ley por la que extendía la responsabilidad penal plena a los niños a partir de los doce años; las

familias quedaban sometidas a responsabilidad por los «crímenes» de los acusados, por lo que muchos de ellos confesaron para evitar la venganza de Stalin contra los suyos.

La segunda fase del primer gran proceso de Moscú se abrió ya en 1936, año en que Stalin proclamaba la nueva Constitución soviética por la que definía a la URSS como «la gran democracia socialista»; la propaganda oficial iba más lejos y presentaba a la Constitución que amparaba a las grandes purgas como «la más democrática del mundo». Carrillo, en España, no protestaba; la gran demócrata a quien llamaban la Pasionaria no protestaba; el jesuita

Teilhard de Chardin, abanderado de la modernidad, conocía perfectamente los crímenes de Stalin pero se extasiaba poco después ante las muchedumbres de borregos ensangrentados que malvivían en las «democracias populares» satélites de Stalin y justificaba el sistema engolando la voz: «Sí, pero esas muchedumbres cósmicas».

El brutal Yagoda, jefe de la NKVD, impuso al fiscal la acusación contra Zinoviev, Kaménev y sus compañeros (los acusados finalmente fueron dieciséis) por conspiración con Trotski. Los verdugos lograron quebrar el ánimo de los acusados, utilizaron la hipnosis y el terror contra sus familias para

arrancarles las confesiones, ejercitaron bestialmente la tortura, les convirtieron en guiñapos humanos. De los dieciséis acusados cinco eran agentes infiltrados de la NKVD que sufrieron el mismo proceso y la misma suerte. Los acusados se insultaban a sí mismos, ensayaban las sesiones públicas dirigidos por el fiscal, seguían fielmente los guiones preestablecidos. Las sesiones se celebraron en agosto de 1936, recién iniciada la guerra de España. Los dieciséis fueron ejecutados.

Pero la sed de sangre del demoníaco Stalin no se calmó con dieciséis asesinatos legales. A poco de finalizar el primer proceso ordeno a la NKVD

que ejecutase en secreto y enterrase en grandes fosas comunes a cinco mil miembros de la antigua oposición institucional. En 1937, un año después, Stalin ordenó repetir la trágica escena con otros cinco mil presos políticos y Orlov nos revela que hubo otras ejecuciones en masa. La primera de estas matanzas coincidió prácticamente con la que los enviados de Stalin en España y los comunistas de Madrid perpetraron junto a las fosas de Paracuellos del Jarama. Carrillo nos dice que no se enteró de nada; ni de las purgas de Rusia ni de las matanzas de España. Lo examinaremos mucho más de cerca en su momento.

Cuando se preparaba ya el segundo proceso de Moscú el cínico fiscal Vichinsky advirtió para que no quedasen dudas: «en el caso de conspiración no se necesitan pruebas». Con motivo de la intervención soviética en la guerra civil española, a partir del verano de 1936, Stalin reorganizó sus redes secretas de información, agitación y propaganda en Europa occidental y concentró en la España roja un importante equipo de enviados y asesores del que vamos a ocuparnos enseguida. Además extenderá a España su vesánica persecución contra Trotski, con lo que los procesos de Moscú alcanzarán en 1937 una repercusión resonante en la zona roja.

En un pleno del Comité Central del PCUS Stalin reconoce que el II Plan quinquenal ha fracasado, pero atribuye el fracaso a los traidores internos. El segundo proceso de Moscú, dirigido también contra la vieja guardia bolchevique, se abre el 30 de enero de 1937 y se conoce como «el proceso de los trece». Sus víctimas principales fueron Yuri Piatakov, veterano de 1917 y coordinador del esfuerzo industrial; Serebriakov, Sokolnikov y Karl Radek, otro miembro de la antigua dirección bolchevique que se rindió al terror y a las amenazas. Poco después de la ejecución de los inculpados Stalin eliminó a numerosos miembros de la

NKVD que habían intervenido en los dos primeros procesos; no quiere testigos incómodos que un día puedan denunciar sus aberraciones sádicas.

Apenas ahogado en sangre el segundo proceso se abre el tercero, en la primavera de 1938. Esta vez los acusados de traición, y además al servicio de un Estado extranjero, son los mejores generales del Ejército Rojo, encabezados por el mariscal Tujachevski y varios generales del máximo rango. Muchos oficiales soviéticos provenían de familias campesinas y Stalin creyó observar en ellos una sorda protesta por la brutal represión contra los agricultores. Con su

desmochamiento del alto mando militar Stalin causó un tremendo perjuicio al Ejército Rojo que entraría en la segunda guerra mundial privado de una alta oficialidad muy competente. Estos tres procesos de Moscú fueron los más famosos y terribles pero de ninguna manera los únicos. Junto a los amigos de Lenin y los altos mandos militares cayeron diplomáticos, burgueses antiguos y nuevos, revolucionarios menores, chekistas y pueblo llano en las tremendas fosas para cinco mil víctimas que Stalin, como vimos, ordenaba abrir periódicamente. Muy pronto hizo notar su predilección criminal contra los enviados especiales que había destinado

como asesores a la España roja.

En el verano de 1936 Stalin decidió intervenir en la guerra civil española. La intervención se produjo en tres planos. Primero tomó en sus manos la dirección del Partido Comunista de España, formado tradicionalmente por marionetas y fantasmones movidos desde la Internacional Comunista. Dos fueron los principales representantes políticos de Stalin en España: Vittorio Codovilla «Medina» a quien hemos visto convenciendo a Santiago Carrillo en 1935, cuando el joven socialista estaba en la Modelo, para que se aproximara al PCE; y Palmiro Togliatti, que usaba el sobrenombre internacional

de «Ercoli», vino durante una temporada en el verano de 1936 y a partir del verano de 1937 actuó como jefe supremo y directo del PCE con el sobrenombre de «Alfredo» hasta el final de la guerra civil.^[155] Un tercer delegado de Stalin era el búlgaro Boris Stefanov, antiguo amigo de Lenin que se había ganado la plena confianza de Stalin.^[156]

El segundo plano de la intervención staliniana se encomendó a los consejeros soviéticos destacados en España desde fines del verano de 1936. El más espectacular de todos ellos fue el general Emilio Kleber, jefe de la XI Brigada Internacional, cuyo verdadero

nombre era Manfred Stern, natural de Bucovina, prisionero y luego miembro del Ejército Rojo, ciudadano soviético que saltó a la fama en Madrid durante el mes de noviembre de 1936 y luego se esfumó, volvió a Rusia y fue asesinado por Stalin. El consejero jefe soviético en la defensa de Madrid fue el general Vladimir Yefimovich Gorév, que controló las unidades especiales soviéticas, colaboró estrechamente con el Ejército Popular y luego fue también purgado por Stalin. A su lado el general Ian K. Berzin, que a veces se ha confundido con Gorév; se le considera como el más alto consejero militar soviético en España. Había actuado

durante quince años como jefe de información militar del Ejército Rojo y desapareció también en una prisión de Stalin tras regresar de España.

El tercer plano de la intervención soviética en España lo constituyeron los servicios secretos y de propaganda. Las actividades de propaganda soviética en Europa occidental se coordinaban en aquella época desde París gracias al tesón de Willi Muenzenberg, para el que trabajaban agentes de tanta categoría como Arthur Koestler, que luego se volvería contra los métodos criminales de Stalin y se convertiría en abanderado del anticomunismo. Uno de los recursos más socorridos de los hombres de Stalin

en Europa era la organización de congresos «culturales» que para más escarnio se denominaban «por la libertad de la cultura» orquestados por el periodista Ilya Ehrenburg, que desplegó mucha actividad en España, donde numerosos intelectuales-borregos participaron en semejantes alardes de la cultura staliniana; muchos de ellos se han arrepentido pero algunos epígonos siguen aferrados a la nostalgia de aquellos encuentros ramplones y serviles. La actuación de los servicios secretos soviéticos en Europa occidental y en España la conocemos muy bien gracias a que sus dos figuras más importantes, Walter Krivitsky y

Alexander Orlov, desertaron a tiempo para escapar de las purgas de Stalin y nos han relatado sus experiencias en libros bien documentados y sobrecogedores; ya hemos citado al de Orlov que huyó a los Estados Unidos después de haber sido cómplice de Stalin en las purgas de España contra los presuntos trotskistas del POUM, en las que colaboró abyectamente el PCE. En cuanto al general Krivitsky, rompió con Stalin a fines de 1937 al comprobar que estaba buscando ya la alianza con Hitler; y dedicó un tremendo capítulo de su libro «Yo, jefe del Servicio Secreto soviético»^[157] a «La mano de Stalin en España» donde demuestra que «el

propósito de Stalin en España era incluirla en la esfera de influencia del Kremlin». Pretendía Stalin ser «el amo del gobierno español» y jugar con España como una de sus bazas importantes para Europa. En cuanto a la misión de Orlov en España, Krivitsky nos confirma que consistía en organizar aquí las redes de la OGPU y convertir al PCE en instrumento de la venganza staliniana contra Trotski.

Un enviado especial de Stalin que transmitía las decisiones del tirano soviético al Partido Comunista de España, muy especialmente las que se referían a la represión, fue Mikhail Koltsov, que ya conocía España desde

el principio de la República y se presentó en Madrid durante el verano de 1936 con esa misión especial. Para el propósito de este libro es importantísimo el diario que Koltsov escribió en España y pronto publicó en Rusia tanto en versión periodística — sus artículos en «Novyi Mir» como luego en obra completa. Es más que posible una manipulación — por ejemplo ciertas supresiones de nombres propios — en la versión del diario de Koltsov que ha llegado hasta nosotros; y tal vez algún día pueda conocerse el original íntegro. Pero incluso el relato que conocemos (traducido de la edición rusa de 1957) posee un interés altísimo; se

editó en Rusia cuatro años después de morir Stalin y quince años después de que Stalin llamase a Koltsov a España para liquidarle.^[158] Burnett Bolloten, que ha seguido detalladamente la trayectoria de Koltsov en España le llama «agente personal de Stalin en España».^[159]

Koltsov volvió a España en pleno verano de 1936. Era director de «Pravda» y el primer periodista de la URSS. El corresponsal comunista británico Claud Cockburn le conoció en España y le denomina «confidente, portavoz y agente directo del propio Stalin». Estos antecedentes inmediatos de Koltsov resultan muy esclarecedores

para comprender su actitud en el Madrid de noviembre de 1936.

En mi síntesis sobre la guerra civil española publicada en «Epoca» en 1986 mostré mi coincidencia con Krivitsky sobre el viraje de Stalin hacia Alemania en 1938, con el consiguiente abandono de la aventura española. Mantuvo, sí, la intervención soviética en favor de la España roja y animó al PCE a extremar la resistencia después de la pérdida de Cataluña, porque le convenía disponer de su baza española como elemento de negociación europea. Pero el fracaso cobarde de las democracias occidentales frente al Eje Roma-Berlín en la conferencia de Múnich, cuando el

Ejército nacional estaba ya ganando la decisiva batalla del Ebro en el otoño de 1938, convenció a Stalin de que sus acuerdos con Francia no protegían a la URSS contra Hitler y entonces mostró cada vez más inclinación a pactar con Hitler; así contribuía además a que los occidentales y los totalitarios nazi-fascistas se enzarzaran entre ellos para mayor gloria y provecho de la URSS. Este viraje quedó ya muy claro al comenzar el año 1939 incluso en medidas manifestaciones públicas por parte de Stalin. Y cuando el 1 de abril de 1939 terminó con la victoria de Franco la guerra civil española Stalin facilitó el camino para llegar a la gran

sorpresa, el pacto germano-soviético firmado a fines de agosto de 1939, que dejaba a Hitler las manos libres para lanzarse contra Francia e Inglaterra.

STALIN EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El Partido Comunista de España se inclinó, silencioso y servilón, ante el pacto de Stalin con el gran enemigo, Adolfo Hitler. Toda la izquierda antifascista de Europa escupió a los comunistas en la cara pero ellos obedecían sin rechistar y callaban. Los

restos de la izquierda y de la República aislaban en las cárceles de Franco a los comunistas, como ha relatado vivamente Ángel María de Lera, pero los comunistas obedecían y callaban. Santiago Carrillo acababa de declararse hijo de Stalin y no sintió la menor tentación de repudiar a su segundo padre, aunque le había traicionado mucho más que el primero.

El 1 de septiembre de 1939 Adolfo Hitler desprecia las garantías franco-británicas a Polonia y lanza a sus ejércitos contra Polonia. Las divisiones de Stalin cruzan, por el Este, la frontera polaca el 17 de septiembre. Polonia sucumbe. Stalin vive su fiebre de sangre;

una vez clasificados los militares polacos prisioneros del Ejército Rojo, ordena su eliminación en masa, para lo que son transportados al interior de Rusia. En la colina de Katyn sobre el Dnieper los alemanes encontraron en abril de 1943 enormes fosas comunes que contenían unos ocho mil cadáveres, toda la oficialidad polaca que Stalin pudo capturar. Sin embargo la propaganda soviética, con la complicidad de la censura aliada de guerra, consiguió neutralizar esa terrible purga para no favorecer a la propaganda enemiga y aun hoy no faltan historiadores procomunistas que se atreven a negar el hecho.^[160]

Stalin aprovechó la cobertura del pacto germano-soviético para avasallar a sus vecinos. A fines de noviembre de 1939 denunció el pacto fino-soviético e invadió Finlandia que tras una resistencia heroica tuvo que capitular, mutilada, ante la URSS. El 9 de abril fuerzas alemanas bien entrenadas invadían Dinamarca y Noruega, que apenas pudieron resistir. Poco después en virtud de una cláusula secreta del pacto germano-soviético el Ejército Rojo amplía la fachada báltica de Rusia con la invasión de Estonia, Letonia y Lituania, donde una serie de elecciones trucadas proclaman sendas repúblicas soviéticas e incorporan sus territorios a

la URSS. Tras un ultimátum a Rumanía Stalin anexiona la Besarabia y la Bucovina a su nuevo imperio. Stalin presiona a Bulgaria que se acoge a la protección alemana; y firma un tratado de no agresión con Yugoslavia, olímpicamente ignorado por Hitler que al día siguiente, 5 de abril de 1941, lanza a su ejército contra la complicada nación balcánica y se apodera de ella sin resistencia significativa. Stalin colabora con Hitler; condena la «guerra imperialista» de los aliados occidentales y facilita abundantes materias primas a Alemania.

En el río revuelto de la guerra mundial Stalin prepara la venganza

personal con que lleva soñando desde 1917: la eliminación de Trotski. Tras una odisea por medio mundo el creador del Ejército Rojo se había refugiado en México, donde desplegaba una permanente actividad de propaganda y denuncia contra Stalin, que desde agosto de 1939 había conseguido situar cerca de su enemigo histórico a un comando asesino. Un comunista español, Ramón Mercader, había sido designado ejecutor de la venganza y la perpetró el 20 de agosto de 1940 con un piolet de alpinismo.

Por entonces Francia había sucumbido ya al asalto general de los ejércitos alemanes, junto con Bélgica y

Holanda. Hitler parecía el amo de Europa continental y una fuerte oposición aislacionista retrasaba la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Inglaterra parecía entrar en trance agónico pero soportaba flemáticamente los devastadores bombardeos de la Luftwaffe contra ciudades abiertas, sobre todo Londres y conseguía neutralizar a la aviación alemana durante la batalla de Inglaterra a la vuelta del verano de 1940. Hitler no consiguió convencer a Franco para que cooperase con él en el cierre del estrecho de Gibraltar y en vista de ello decidió acelerar los preparativos para una gran ofensiva de primavera contra la

URSS de Stalin.

Stalin vivía feliz bajo el pacto germano-soviético y se negaba a aceptar las informaciones cada vez más apremiantes que le iban llegando sobre los preparativos de la ofensiva alemana. Esta actitud de Stalin, que se mantuvo hasta semanas después de la invasión enemiga, constituye uno de los momentos de alienación y falta de realismo más ostensibles de toda su vida. El 18 de abril de 1941 concertó un pacto de no agresión con el otro enemigo histórico de Rusia, el Imperio japonés y el 5 de mayo se nombró presidente del Consejo de comisarios del pueblo, es decir jefe del gobierno,

en sustitución de Molótov. Pero a las tres y cuarto de la madrugada del 22 de junio de 1941 todas aquellas ensoñaciones se vinieron abajo. Alemania desencadenaba la «operación Barbarroja», flanqueada por Finlandia al norte y Rumanía al sur. Los ejércitos de Hitler avanzaban en tres flechas sobre Leningrado, Moscú y el Cáucaso. Aplicaban con sus grandes unidades de carros la táctica envolvente de las bolsas puesta a punto en la guerra de España y aniquilaron la resistencia de un Ejército Rojo impreparado y privado de sus mejores generales y oficiales por las enloquecidas purgas de Stalin. La artillería y la aviación soviética no

reaccionaban; el estupor y la inacción de Stalin, que había abandonado completamente sus responsabilidades, las mantenía paralizadas. La Wehrmacht penetró con escasa resistencia más de mil kilómetros hacia sus grandes objetivos y casi toda la Rusia europea parecía a su merced.

La llegada del «general invierno» salva a la URSS de la aniquilación. Las líneas alemanas de suministro resultaban desmesuradas. La guarnición y la población de Leningrado resisten más allá de toda posibilidad humana. Los alemanes se estancan en el Cáucaso y terminan por retirarse ante los enérgicos contraataques del Ejército Rojo cuando

ya parecían a punto de apoderarse de Moscú. Se repetía la historia de Napoleón; el frío y los enormes espacios abiertos frenaban al invasor. Y lo que tal vez era peor, desde el 7 de diciembre de 1941 los Estados Unidos, con su poder y sus reservas ilimitadas, entraban en la guerra contra el Pacto Tripartito, se disponían a defender la fortaleza británica y a socorrer al exhausto Ejército Rojo con suministros ininterrumpidos.

Stalin, al recuperarse de su sorpresa depresiva, se nombra comisario de guerra y jefe supremo de las fuerzas armadas. Acertó a disponer medidas políticas de gran alcance. La lucha

contra Hitler es «la gran guerra patria». Se aproxima a la Iglesia ortodoxa y hace coronar al patriarca de Moscú. Aprueba el restablecimiento del Santo Sínodo. Los tres metropolitanos le llaman «Padre de todos nosotros». Cultiva y fomenta el patriotismo tradicional. Disuelve en 1943 la Internacional Comunista para dar satisfacción a los aliados y presentarse como digno colaborador de las democracias. Suprime el cuerpo de comisarios políticos del Ejército, crea Ordenes militares bajo la advocación de tres grandes generales del Imperio: Suvarov, Kutuzov y Alejandro Nevsky. Restablece la etiqueta militar zarista.

(Muchas de estas medidas las había planeado ya Trotski pero en el ejecutado Trotski se trataba de traiciones).

Sin embargo el Pacto Tripartito distaba de considerarse derrotado. Después de eliminar a la flota norteamericana del Pacífico en Pearl Harbor los japoneses se extienden por el sudeste asiático y toman por asalto el baluarte británico de Singapur. Stalin, como líder de una gran democracia, se adhiere a la Carta del Atlántico, reclama con insistencia el segundo frente que descongestione la presión alemana contra Rusia. En septiembre de 1942 los ejércitos alemanes consiguen su penetración máxima; en Egipto preparan

junto al Alamein su asalto al canal de Suez; en el gran recodo del Volga dibujan su gran ofensiva sobre Stalingrado, la antigua Tsaritsin que Stalin había defendido en la guerra civil contra los ejércitos blancos. Churchill visita Moscú y sucumbe, al menos para la galería, a la magia del georgiano.

Pero Alemania ya no puede más. El mariscal Zukof, animado por la presencia del jefe supremo, maniobró con mayor habilidad que el mariscal alemán von Paulus y durante los meses del invierno 1942/43 aniquiló al ejército enemigo que ocupaba la ciudad. Cuando arreciaba la ofensiva soviética en el recodo del Volga el Octavo Ejército

británico ponía en retirada al Afrika Korps del mariscal Rommel. El repliegue de Alemania ya no se detendría más que efímeramente. Stalin había salvado la capacidad soviética de resistencia con su traslado de una parte de la gran industria más allá de los Urales. En ese mismo año 1943 dio la orden para iniciar la actividad tecnológica nuclear sin la que podría perder el futuro.

Los historiadores militares insisten sin embargo en que la victoria militar soviética se consiguió a pesar de Stalin y sus delirios de grandeza castrense, canalizados por una efficacísima propaganda mundial. En cambio sí que

logró imponerse políticamente desde la conferencia de Teherán (28 de noviembre a 3 de diciembre de 1943) a un Churchill que sólo representaba ya a una potencia de segundo orden y a un Roosevelt decadente, obnubilado por el izquierdismo y pronto por la traición de algunos de sus principales asesores.

Fracasaron todas las contraofensivas alemanas. El rodillo soviético parecía imparable, mientras la aviación anglo-norteamericana planchaba las ciudades y la gran industria de Alemania. En agosto de 1944 el ejército soviético había llegado a las puertas de Varsovia y la ciudad se sublevo contra los alemanes pero los «liberadores» soviéticos

permitieron que los soldados de Hitler reprimieran a sangre y fuego la rebelión sin dignarse intervenir; es otra de las traiciones históricas del zar rojo. Para entonces ya se había abierto por fin un segundo frente eficaz en Europa desde que los aliados desembarcaron en Normandía a partir del 6 de junio de 1944. El Ejército Rojo penetraba en Alemania y la sometía a una venganza espantosa, peor que la muerte.

El 4 de febrero de 1945 Stalin dominó —con la colaboración de los asesores rojos de Roosevelt— la conferencia de Yalta, donde pese a Churchill dictó su ley para el reparto de influencias en la Europa destrozada. El

25 de abril las vanguardias soviéticas se encuentran con las americanas sobre el río Elba. El Ejército Rojo se apodera de Berlín en ruinas y el 8 de mayo se rinde Alemania sin condiciones. Cuando se clausura la conferencia de los vencedores en Potsdam el 1 de agosto de 1945 el nuevo presidente norteamericano, Harry Truman, propone que la próxima se celebre en Washington. «Si Dios quiere» responde el antiguo seminarista de Tiflis, el mayor criminal de la Historia moderna. Su mejor discípulo español utilizaría la misma frase entre complacidas sonrisas de sus admiradores de la derecha católica, estúpidos.

Stalin, según lo prometido a sus aliados, entró en la guerra contra el Japón a última hora. Al rendirse Japón hablo por radio a sus súbditos: «Hemos esperado cuarenta años —desde 1905— este día».

EL IMPERIO ROJO Y LA TERRIBLE MUERTE DE STALIN

Dueño de extensos territorios anexionados a la URSS, Stalin consolidó en la postguerra, desde su gran victoria en 1945, un enorme

imperio que incluía a casi toda la Europa Oriental, donde una programada sucesión de golpes de Estado fue entregando el poder a regímenes comunistas que pronto se conocieron como «países satélites» por ejemplo en los pasaportes españoles, que se declaraban no válidos para tales satélites. El Imperio rojo de Stalin se aglutinaba bajo sus órdenes gracias al servilismo y al terror; uno de sus sucesores, Leónidas Breznev, llegó a acuñar cínicamente el principio de «soberanía limitada» para mantener unido y disciplinado a ese imperio. El 25 de mayo de 1946 quedaba abolida teóricamente la pena de muerte en la

URSS pero naturalmente las purgas no cesaron, se recrudecieron. En la primera gran purga de la postguerra fueron expulsados del PCUS un millón de militantes, que se quedaron en la calle o bien sufrieron destinos más trágicos.^[161]

La primera oleada represiva se cebó en los intelectuales. En verano de 1946 el Comité Central publicó tres decretos para la reglamentación de la literatura, el cine y la música. La finalidad del arte no era la diversión sino la incitación de las masas al trabajo. Un importante grupo de creadores fueron expulsados de sus asociaciones: entre ellos Boris Pasternak y el cineasta Eisenstein. El organismo de censura dictó normas a

compositores tan excelsos como Prokofief u Shostakovich. Luego Stalin se enzarzó contra los agricultores que no toleraron las medidas del gobierno y empezaron a sacrificar su ganado al no poder alimentarlo. Muerto de envidia por los grandes héroes de la guerra, Stalin degradó al mariscal Zukof, y persiguió a los prisioneros de guerra soviéticos librados de Alemania como posibles traidores contaminados de capitalismo. Insiste hasta desbordar todos los excesos del ridículo en el culto a la personalidad; estatuas gigantes en la mayor cumbre del Cáucaso, en el punto más visible del canal Volga-Don, creación de los premios Stalin. Instala

micrófonos ocultos en los despachos de sus principales colaboradores. Fusila en masa a los principales dirigentes comunistas de Leningrado.

Desencadena la guerra fría porque necesita de nuevo un gran enemigo, que ahora son sus aliados de la segunda guerra mundial. Consolida el bloque soviético transformando los países europeos liberados de Alemania en «democracias populares» esa horrible redundancia que no es ni lo uno ni lo otro. Crea la Kominform en septiembre de 1947 para sustituir el antiguo control de la Comintern sobre los partidos comunistas de Occidente y mientras él sigue al mando ninguno rebulle menos el

yugoslavo, que sufre la excomunión por herejía, abyectamente aceptada por los demás partidos y muy especialmente el PCE. Desencadena, gracias a la Kominform, las campañas pacifistas en todo el mundo, y vierte su dinero en ellas para alimentar la guerra fría. Asiste sin excesiva complacencia a la gran victoria de Mao Tse Tung en China desde que cruza el Yang Tse en la primavera de 1949 y pronto se apodera del enorme país; porque adivina en el déspota oriental un vigoroso competidor. Pese a la victoria de 1945 y a la explotación de los países satélites la economía soviética entran en picado; la agricultura no se recuperará nunca de

sus añejos traumas, la industria no puede competir con la de Occidente, los servicios encubren el parasitismo de una burocracia corrupta, los gastos militares, la carrera de armamentos y luego la del espacio resultan cada vez más insoportables. Eso sí, los intelectuales, poetas y cineastas occidentales ganados a la causa comunista tienen asegurado el éxito, la resonancia, la fama y el prestigio aunque produzcan versos tan repugnantes y ramplones como los del inefable Paul Eluard en 1950:

«Stalin para nosotros está presente para mañana

Stalin disipa hoy la desgracia

La confianza es el fruto de su
cerebro de amor

La adhesión razonable, tan perfecta
es;

Stalin recompensa a sus mejores
hombres;

Porque la vida y los hombres han
elegido a Stalin

Para representar en la tierra su
esperanza sin límites»

Y este bodigo pasaba como uno de
los grandes poetas de Francia cuando
incluyó esas perlas hediondas en sus
«Cuadernos del Comunismo» en enero
de 1950.

De 1946 a 1950 se desarrolló el IV Plan Quinquenal. El fracaso acarreó la eliminación de sus ejecutivos y por eso el V Plan arrancó con retraso en 1952. En su último alarde teórico Stalin desautorizó a Engels por haber predicho la desaparición del Estado tras la victoria de la Revolución; Engels no había tenido en cuenta el «cerco capitalista» contra el «socialismo en un solo país». En junio de 1950 el ejército de Corea del Norte, incitado por Stalin, invade Corea del Sur. Los datos se acumulan para sugerir que Stalin preparaba desde finales de 1951 la más terrible de sus purgas para impulsar el progreso soviético; no se olvide que

para Santiago Carrillo y otros discípulos de Stalin el zar rojo era un gran progresista. Pero esta vez los presuntos purgados, coordinados por el terrible director del MGB (Ministerio de la Seguridad del Estado) se adelantan, con toda probabilidad a los proyectos finales de Stalin que muere, el 4 de marzo de 1953, en circunstancias nunca aclaradas.

Vladimir Soloviov ha estudiado recientemente la muerte de Stalin y llega a la conclusión de que «todos sus colaboradores hubieran querido matarle pero ninguno se atrevió a hacerlo». Beria le había llenado la dacha de Kuntsevo y las demás que Stalin usaba,

de micrófonos ocultos. Beria sólo permitió que los doctores llegaran al día siguiente de que Stalin sufriera, un grave ataque que le hizo caer al suelo. Pero no eran los médicos del Kremlin, encarcelados poco antes por el propio Stalin. Vinieron los hijos de Stalin, Svetlana y Vassily, hijos de su segunda esposa que se suicidó, o fue asesinada por él en 1932. Los principales colaboradores de Stalin —Kruschef, Beria, Malenkov, Bulganin— conspiraban, durante la enfermedad del tirano, por el poder. Beria escupía a Stalin cuando agonizaba; cubría su mano de besos cuando parecía recuperarse. Por fin la fase terminal de la agonía se

presentó. Stalin sufría horriblemente, se le mudaban las facciones y el color. Se moría a chorros de hemorragia cerebral total. Su última mirada, según Svetlana, fue horrible; terror ante la muerte que él había llevado a millones de seres humanos. Levantó la mano izquierda, como amenazando a todos. Y murió.^[162]

Un padre Rivadeneyra de nuestros días hubiera sin duda dedicado a Stalin el epitafio que escribió para Solimán el Magnífico: «Murió Solimán, y su alma descendió a los profundísimos infiernos». Pero el padre Rivadeneyra era un reaccionario. Prefiero acudir aquí al epitafio que dedicó a Stalin, a las pocas horas de conocer su muerte, un

joven intelectual crítico y progresista español, progresista porque entonces era comunista, llamado Jorge Semprún Maura, quien para descargar su conciencia ha tenido al menos el gesto de transcribirlo para general conocimiento y asombro:

DOCUMENTO 48

**«La clase obrera es huérfana
son huérfanos.**

los cargadores de Bilbao,

los que trabajan en Eibar el acero,

los marinos de Ondárroa y de

Laredo,

los mineros de Mieres, de Langreo

**las mujeres de Murcia en el
mercado,**

**los pastores de Gredos, las
muchachas**

**que lavaban la ropa en el arroyo
y el albañil es huérfano y su duelo
brilla en la negra cal de los
andamios.**

**La clase obrera es huérfana en
Manresa**

**y en Sabadell. Por toda Barcelona
corre un rumor de llanto y de
promesa:**

**«¡Se nos ha muerto Stalin! ¡Su
bandera**

levantaremos hasta la victoria!»

Madrid se ha estremecido

No habla nadie

**en el camino triste hacia el
trabajo.**

Madrid calla y recuerda.

«¡Se nos ha muerto Stalin!». Su

Partido

proseguirá la ruta que él abriera!».

Los que sufren del hambre

los que venden

al Capital su fuerza de trabajo

los que no tienen nada que perder

y un mundo que ganar

los que veían

ese mundo ganado y defendido

**de Changai a Berlín
más feliz cada día, engrandecido
por la mano de Stalin
todos ellos son huérfanos.**

**Se nos ha muerto el padre, el
camarada**

**se nos ha muerto el Jefe y el
Maestro**

**Capitán de los pueblos, Arquitecto
del Comunismo en obras
gigantescas.**

**Se nos ha muerto. Ha muerto, No
hay palabras.**

**Redoblen los tambores del silencio.
Se nos ha muerto Stalin,**

camaradas.

Apretemos las filas en silencio.^[163]

Pues se lució el futuro y dieciseisavo Ministro de Cultura, honra y prez del progresismo europeo, apretemos las filas, versión comunista del «prietas las filas que cantaba Falange. Jorge Semprún, verdugo de la pobre Pilar Miró, vive Dios. De todos los disparates que escribió en 1953 el único que no le perdono es meter en su ristra a las señoras del mercado de Murcia; como él no ha participado en elección democrática alguna ignora que las señoras del mercado de Murcia me votaron a mí por dos veces. Menos mal

que Carrillo no ha sentido nunca la tentación poética, porque el devoto Semprún, al adoptar a Stalin como padre —«se nos ha muerto el padre»— al menos no renegó del suyo.

En cambio le agradezco vivamente que después de reproducir la ristra nos refiera que Carrillo le abroncó porque hurgar en las heridas de Stalin, en los crímenes de Stalin, era sólo «masoquismo pequeño-burgués», por lo que convenía enterrar cuanto antes «el expediente del stalinismo»; y Semprún le dijo que pensaba seguir hurgando. Gracias a Dios ni en sus peores momentos de progresismo ha desmentido Semprún por completo la

sangre de Maura.

Eso de enterrar expedientes —el stalinismo, Paracuellos— es una segunda naturaleza para Carrillo. Pero algunos no hemos muerto, y no le vamos a dejar.

CAPÍTULO 4

EL RESPONSABLE DE PARACUELLOS

ANÁLISIS DE FUENTES

Para estudiar históricamente la represión en Madrid durante el año 1936 y específicamente la que tuvo lugar mientras Santiago Carrillo fue el encargado y por tanto responsable máximo de esa represión durante su período como consejero de Orden Público en la Junta de Defensa era previamente necesario presentar la actuación y la obsesión represora de Stalin, como hemos hecho en el capítulo anterior. En ese año 1936 Stalin ordenaba la celebración del cruel y ridículo Primer Proceso de Moscú

acompañado por una matanza de cinco mil miembros de la oposición cuyos cadáveres colmaron las fosas de la venganza staliniana. Los años treinta y muy especialmente los que coincidieron con la guerra civil española fueron los más sádicos y arbitrarios en toda la historia criminal de un Stalin sediento de sangre. Pero la sombra trágica de Stalin se proyectaba sobre la España roja con más intensidad a medida que los suministros de material pesado de guerra y la afluencia de las brigadas internacionales, definidas por el historiador David T. Cattell simplemente como «una fuerza soviética en España» acudían al frente amenazado de Madrid

al acercarse el mes de noviembre de 1936. Stalin utilizaba al Partido Comunista de España como su plataforma de influencia en España y sus enviados especiales y personales tendían en España las redes del terror soviético —como han denunciado dos jefes de esas redes, Krivitsky y Orlov— y urgían al Partido Comunista, cada vez más influyente en el gobierno, en la Junta de Defensa de Madrid y en el Ejército Popular de la República— para que organizaran la represión contra la quinta columna del enemigo y contra los presuntos colaboradores de Trotski según las directrices y las experiencias criminales que Stalin había puesto en

práctica dentro de la URSS. Así las fosas de Paracuellos son la trágica traducción española de las fosas de Moscú y de las fosas de Katyn; llevan, como ellas, la marca de Stalin.

Respaldaré cada una de mis afirmaciones importantes con la cita expresa de la fuente o fuentes donde pueden probarse. Carrillo me ha acusado de no haber ofrecido nunca documento alguno que demuestre su responsabilidad en la represión de Madrid. Pues bien, ya aduje en anteriores ocasiones documentos de suma importancia y ahora voy a ampliar considerablemente las fuentes y a presentar todo el conjunto con los

documentos debidamente numerados y citados, de forma que cualquier lector pueda comprobarlos directamente. Y repito lo que dije en el p^ortico de este libro; Carrillo trata de endosarme una acusaci3n que bien podr^ía aplicarse a s^í mismo. Porque 3l es quien, en sus memorias, no presenta un solo documento, ni aduce una sola fuente, ni reproduce una sola cita con indicaci3n de procedencia.

Ya lo he dicho varias veces pero lo repito ahora, al llegar al cap^ítulo de m^áxima confrontaci3n con Carrillo. Este libro, y especialmente este cap^ítulo, no se escriben para la venganza, aunque yo tendr^ía razones sobradas para esa

venganza. No me interesa un enfoque jurídico del problema, ni un posible encuadramiento de la represión en el Madrid rojo —que fue la más indiscriminada y brutal de España— como crimen contra la Humanidad, aunque se han emprendido con éxito investigaciones para un fin semejante en otras partes de Europa, según ya hemos recordado. Acepto la amnistía promulgada por el gobierno de Franco en 1969, poco antes de la designación de don Juan Carlos como príncipe de España y que exoneraba de toda repercusión penal a quienes pudieran haber incurrido en ella por hechos cometidos hasta el final de la guerra

civil; cuando Carrillo fue detenido tras su regreso a España después de la muerte de Franco no se adujo en su contra nada relacionado con la guerra civil sino una posible asociación ilícita con tan débil convicción que fue pronto liberado sin cargos. La ley de amnistía promulgada además por un gobierno del Rey remachó la imposibilidad de replantear jurídicamente cualquier actuación de épocas anteriores, incluso muy recientes.

Lo que está en discusión, sin embargo, son determinados hechos históricos que no han quedado claros porque siguen sometidos a una polémica pródiga en errores y confusiones, por

una y otra parte. Lo que pretendo en este capítulo es aclarar en lo posible los hechos históricos que se refieren a la represión en el Madrid rojo durante el año 1936 a partir del 18 de julio y muy especialmente los acaecidos durante el mes de noviembre. Esos hechos están asentados firmemente en la memoria histórica de los españoles y en la conciencia nacional. Puede que esa memoria y esa conciencia no comprendan todos los detalles pero sí conservan, por tradición oral y convicción familiar —y no sólo en personas y familias que proceden del campo nacional de la guerra civil— lo más hiriente, lo más importante, lo

esencial.

El primer conjunto documental, cronológicamente hablando, lo constituyen las Actas de la Junta de Defensa de Madrid, que se conservan en varias colecciones y han sido recopiladas y estudiadas por los historiadores Julio Aróstegui y Jesús A. Martínez en 1984.^[164] Como aportación documental y crítica a la guerra civil española este trabajo me parece excelente. El estudio preliminar y los comentarios de los compiladores me parecen sectarios, lamentables y a veces intolerables. Demuestran un partidismo atroz, desmentido en ocasiones importantes por los propios documentos.

Los autores parecen comunistas aunque seguramente, de ser así, habrán recibido broncas homéricas por parte del PCE al dejar escapar vivas algunas acusaciones documentales que incriminan seriamente a personalidades comunistas. Enmascaran el auténtico papel del PCE en la guerra civil española. Tratan de quitar hierro a los implacables y documentados alegatos de B. Bolloten. Pasan por alto la filiación o la vinculación comunista de los generales Miaja y Rojo. Tratan la defensa de Madrid con técnicas de leyenda, no de Historia. Consideran el vital testimonio de Koltsov como una fantasía en sus momentos cruciales, porque no les

conviene. Ofrecen carencias alarmantes en el análisis militar de la defensa. El comentario a la humanitaria actuación del anarquista Melchor Rodríguez (p. 240s) es insuficiente y alevoso. Pero introducen además errores de hecho increíbles. Todo el mundo sabe que Franco montó el puente aéreo para llevar a Sevilla las tropas del ejército de África el mismo día de su llegada a Tetuán, 19 de julio de 1936; y que el 5 de agosto lo que cruzó fue el convoy naval. Pues no. Estos esclarecidos investigadores han descubierto que el puente aéreo se estableció el 5 de agosto y llevan su pasión republicana hasta incluir en el mapa para el primer reparto

de zonas a Córdoba y Granada en la roja. En fin, que el engendro resultaba tan poco satisfactorio que, según se me dijo en algunas librerías, no se puso a la venta; tuve que encontrarlo en grandes montones apilados en el almacén de la Diputación de Madrid. Mi opinión es que convendría mantener los textos documentales (después de revisarlos a fondo) y reescribir luego, con mejores fundamentos, las introducciones y los comentarios.

El «Dictamen de la Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936» y su Apéndice I,^[165] contienen testimonios importantes y fidedignos sobre la represión en

Madrid. Pero el conjunto documental más extenso y revelador lo constituye sin duda el fondo de la Causa General que se ha trasladado, con acierto, al Archivo Histórico Nacional en Madrid. La Causa General fue instruida por una Fiscalía especial dependiente del Ministerio de Justicia y reunió un inmenso archivo con datos y documentos ocupados al enemigo y con declaraciones que se tomaron a numerosos testigos sobre las actividades de represión en zona roja. Los autores que mejor han aprovechado los fondos de la Causa General son:

Ian Gibson en su libro «Paracuellos, cómo fue» Barcelona, Argos Vergara,

1983, demuestra un excelente conocimiento de la documentación de la Causa General en Madrid y la aprovecha a fondo. Gibson es un historiador irlandés irregular, hispanista cuyo interés por España le ha llevado a obtener la nacionalidad española. Algunos de sus libros como las investigaciones sobre Federico García Lorca y éste sobre Paracuellos son excelentes. Otros, como la biografía de José Antonio y la serie que escribió sobre España para la televisión británica me parecen una lástima y seguramente él lo reconoce. El segundo autor que ha investigado en el archivo de la Causa General es el general Rafael

Casas de la Vega cuyo libro sobre la represión en Madrid aparece en esta misma editorial justo a la vez que el mío. Pero no conozco su contenido ni lo leeré hasta que se publique; seguramente llegaremos a conclusiones parecidas.

La Causa General, además de un formidable archivo, es también un libro, titulado «La dominación roja en España, Causa General» publicado en dos ediciones idénticas en 1944 y 1961. Contiene muchos datos interesantes pero siempre dije que me parecía muy insuficiente e incompleto y desde luego no aprovecha más que en una mínima parte los copiosos y exhaustivos fondos del archivo. Esta opinión me causó

serios problemas en la época de Franco porque la Fiscalía de la Causa General, cuya existencia yo ignoraba (quizás porque se limitaba a conservar los documentos) se subió por las paredes y protestó ante el almirante Carrero, que sin embargo se limitó a amonestar al ministro de Información, de quien yo dependía, pero no me comunicó personalmente la bronca. El berrinche de los fiscales me trajo sin cuidado; yo tenía razón y ellos lo sabían.

Carlos Fernández, investigador original e inquieto, publicó a la vez que Gibson el libro «Paracuellos del Jarama ¿Carrillo culpable?». (Barcelona, Argos Vergara, 1983) cuyo mérito principal

consiste en el análisis, generalmente acertado, de las fuentes que se refieren a las ejecuciones de noviembre y diciembre en Madrid.

Presta mucha atención a la represión en Madrid, dentro del ámbito eclesiástico, monseñor Antonio Montero, hoy arzobispo de Badajoz, en su incomparable investigación (BAC 1961) «Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939» en la que se ha apoyado Juan Pablo II para beatificar a muchos mártires religiosos de aquella época. Es una fuente imprescindible.

Muchos historiadores de la España contemporánea se han asomado poco y

mal a la represión de 1936 en Madrid. La abstención del profesor Tuñón de Lara me parece poco explicable, a no ser por su militancia comunista de tantos años; no debe extrañar que de tal palo salgan astillas como el citado libro sobre la Junta de Defensa de Madrid, escrito por dos de sus discípulos. Los historiadores comunistas huyen del tema. Fernando Claudín, complicado en la Consejería de Orden Público a las órdenes de Carrillo trata de exculparle con torpeza moscovita. Gregorio Morán prefiere empezar su antibiografía de Carrillo tras la derrota en la guerra civil; de lo de antes no sabe, no contesta. Me parece explicable aunque

lo lamento.

Dos testimonios procedentes del interior del Madrid rojo alcanzan para nosotros un extraordinario valor. Al primer testigo le conocí personalmente siendo niño: don Félix Schlayer, vicecónsul de Noruega (aunque era ciudadano alemán) y luego encargado de negocios que luchó heroicamente por la salvación de numerosos españoles perseguidos en pleno terror rojo (entre ellos mi padre por quien se jugó la vida) y que luego publicó sus experiencias en un libro importantísimo, «Diplomat in roten Madrid» (Un diplomático en el Madrid rojo).^[166] La Asociación de Familiares de los Mártires ha traducido

este trascendental testimonio, que cito por las páginas manuscritas de la traducción.

El segundo testimonio proviene de Jesús de Galíndez, que entonces era miliciano del PNV en la delegación abierta por el gobierno de Euzkadi en Madrid. Su título es «Los vascos en el Madrid sitiado».^[167] Este testimonio es valiosísimo acerca de Carrillo y de su segundo, Serrano Poncela.

También me parece de la máxima importancia el testimonio de los dos «duendes». Adelardo Fernández Arias, «El duende de la Colegiata» consiguió huir de Madrid y publicó dos libros reveladores en la zona nacional. El

primero, «Madrid bajo el terror».^[168] El segundo, «La agonía de Madrid» por la misma editorial en 1938. Carlos Fernández los valora mucho y tiene razón.

El segundo duende es «El duende azul», Antonio Cobanela Caamaño, «Emocionario íntimo de un cautivo»^[169] muy valorado por Gibson, también con toda razón. Otro testimonio interior paralelo es el de Daniel España (seudónimo de D. Portes Alcalá) «Cárceles rojas».^[170] Fernández Arias estuvo refugiado en una embajada; el Duende Azul preso cuatro meses en la Modelo; Portes era funcionario de

prisiones pero adicto a la causa nacional.

En fin, para cubrir el vacío dejado por los historiadores comunistas o procomunistas otros grandes historiadores españoles han ilustrado con su habitual maestría el problema de la represión en Madrid. El general Ramón Salas Larrazábal, quien con Burnett Bolloten y monseñor Montero compone la triada de los mejores historiadores sobre la guerra civil, ha tratado con especial exactitud la estadística de las víctimas en Madrid dentro de su libro «Pérdidas de la guerra».^[171] Y su total no desmiente, como comprobarán los lectores, con el

deducido por el general Rafael Casas de la Vega en su gran estudio que se publica en esta Editorial a la vez que este libro. En el número 5 de la revista que yo dirigí, «Nueva Historia» (junio de 1977) el general Salas publicó un artículo tremendo, «Santiago Carrillo y la represión republicana en Madrid, 1936 ante el cual no me explico cómo Carrillo sigue empeñado en afirmar que nunca le hemos presentado un documento sobre sus responsabilidades; en este artículo tiene una colección.

Por último el problema de los asilos y canjes en la guerra civil, el milagro del asilo en las embajadas de Madrid ha sido estudiado con su habitual precisión

por el investigador y diplomático Javier Rubio en su libro «Asilos y canjes durante la guerra civil española».^[172]

Existen otras fuentes que en su momento serán citadas y valoradas. Estas son las fundamentales, necesarias, a mi modo de ver, y suficientes para nuestro estudio.

EL DOBLE PODER REPRESIVO: LAS CHECAS

Al frente de la Consejería de Orden Público en la Junta de Defensa de Madrid y a partir de la noche del 6 al 7

de noviembre de 1936, como probaremos, Santiago Carrillo dirigió, en circunstancias nuevas y más apremiantes, una nueva fase de la represión; porque la represión del gobierno republicano, del Frente Popular y de los grupos anárquicos — eran los tres centros de poder represivo — se había iniciado el mismo día 18 de julio de 1936. Como veremos, Santiago Carrillo y la Junta de Defensa aprovecharon el impulso represor y las principales estructuras represivas de la fase anterior, pero reorganizaron esas estructuras e impusieron nuevos métodos. Por eso resulta necesario estudiar el planteamiento y desarrollo de

la represión en Madrid desde julio a principios de noviembre de 1936.

FALSEDAD 37

«El Frente Popular había sido creado desde los primeros días de la lucha».^[173]

No es verdad. El Frente Popular, originado, según vimos, en la aproximación Azaña-Prieto desde finales del año 1934, se creó formalmente mediante el pacto electoral a mediados de enero de 1936. Al empezar la contienda los anarcosindicalistas, con toda su fuerza numérica y política, estaban fuera del

Frente Popular. Entraron en el segundo gobierno de Frente Popular presidido por Largo Caballero ya a principios de noviembre. Sí que participaron en lo que podríamos llamar el Frente Popular de la represión desde el comienzo de la lucha pero naturalmente Carrillo no quiere decir eso.

La represión de la zona roja en toda España y señaladamente en Madrid es un ejemplo sangriento y clarísimo de lo que hemos llamado el doble poder. Por una parte, desde muy pronto, las milicias de partido y sindicato ejercieron la represión por su cuenta; a veces asesinaban a sus prisioneros sin más trámite, a veces se los llevaban a sus

cárceles particulares que se conocieron inmediatamente en Madrid con el nombre de «checas» cuyo origen y significado soviético ya hemos citado. La Causa General nos ofrece una pavorosa lista de checas de Madrid, hasta un mínimo de 226.^[174] Dada la escasa fuerza y el corto número de los comunistas y su JSU en julio de 1936 resulta evidentemente desproporcionado el número de checas comunistas de Madrid, donde como demuestra la Causa General se extremaba la crueldad con los detenidos. Las checas socialistas eran también muy numerosas; entre ellas destacó la de Agapito García Atadell, célebre por sus rapiñas y la oficial de la

Agrupación Socialista Madrileña.^[175]

Sin embargo el otro polo del doble poder, es decir el gobierno de la República, rivalizó en arbitrariedad y en crueldad con las milicias de partido y sindicato para organizar sus propias checas. El Ministerio del que dependía el orden público y por tanto también la represión en Madrid hasta la creación de la Junta de Defensa el 6 de noviembre de 1936 era el Ministerio de la Gobernación, regido hasta primeros de septiembre por el General Sebastián Pozas Perea y desde entonces por Ángel Galarza Gago. En una de mis publicaciones llamé «siniestro» a Galarza, por la intervención directa que

había tenido en la muerte de mi padre y recibí una llamada telefónica de una señorita, no sé si hija o nieta de Galarza, que me pedía correctamente explicaciones por el adjetivo citado. Reconozco que eludí la respuesta; esta señorita nada tiene que ver con aquella sangre que Félix Schlayer, en su terrible libro de 1938, tras haber hablado con Galarza sobre mi padre, hace caer sobre el recuerdo de Galarza. Este personaje a quien llama Schlayer «hijo descarriado de una buena familia de militares»^[176] se había cubierto de ridículo al acusar como fiscal de la República a don Juan March; no cabe mayor apasionamiento en su alegato. Pasó de la obediencia

republicana a la militancia socialista y organizó la represión institucional mediante su implacable director general de Seguridad, el conocido masón Manuel Muñoz Martínez (diputado de Izquierda Republicana, el partido de Azaña) que luego, capturado por los vencedores, fue ejecutado en Madrid. El «Dictamen» de 1939 reproduce unas tremendas órdenes de Galarza para perseguir a un competidor político suyo en Zamora, el señor Calamita.^[177] Tras una orden autógrafa de Galarza y una orden de «traslado a Chinchilla» don Luis Calamita Ruy-Wamba fue asesinado.

La represión institucional fue

amplísima y pese a su origen gubernamental incidió en los mismos crímenes que la represión miliciana; ejecuciones sin juicio previo (como en el caso que acabo de citar) torturas a las víctimas... Treinta y cinco checas fueron creadas por las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, organización represiva encuadrada por policías y militantes comunistas, preferentemente, de cuya creación daremos cuenta.^[178]

Este hecho es importantísimo porque las Milicias de Vigilancia fueron creadas precisamente por el Gobierno de la República para evitar la represión incontrolada; ellas fueron las encargadas de custodiar y asesinar a los presos de

las grandes matanzas de Paracuellos y Torrejón, como veremos en las deposiciones coincidentes de varios testigos seguros.^[179] Entre las checas dedicadas a la represión institucional figuraba la de los Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra, la de Riscal 1, la Sección Técnica de la Dirección General de Seguridad y Escuadrilla del Amanecer, la dirigida por el subdirector general de Seguridad, Pero la checa institucional más temida de todas fue la instalada por el Comité Provincial de Investigación Pública, creado por Muñoz a primeros de agosto de 1936.

LAS CHECAS DE BELLAS ARTES Y FOMENTO

Manuel Muñoz constituyó esta checa institucional en el círculo de Bellas Artes (con cuyo nombre se conoció) durante una reunión celebrada en la época indicada, a la que asistieron dos testigos —Manuel Rascón Ramírez y el ingeniero Julio Diamante— que luego declararon la verdad.^[180] En la reunión se acordó la creación de «tribunales» en la checa, con capacidad para ordenar ejecuciones. La checa de Bellas Artes se trasladó después a la calla de Fomento 9, por lo que desde entonces se la

conoció como «checa de Fomento». Dependiente del Comité Provincial de Investigación Pública, era el centro más importante de la represión institucional en Madrid y perduró hasta que Santiago Carrillo la incorporó a los servicios represivos de su Consejería.

Los testigos dejaron claro que las sentencias de asesinato se disimulaban como de libertad, con una L a la que se añadía un punto como contraseña de la ejecución, de la que se encargaban unas brigadillas formadas por un «responsable» y cuatro forajidos. Todos los partidos y sindicatos estaban representados en los tribunales y brigadillas de la checa. Por denuncias

de familiares que obran en la Causa General consta de más de mil asesinatos perpetrados por orden de estos «tribunales». En los sótanos de esta checa «según se encuentra acreditado, el dirigente socialista Tomás Carbajo asesinó a tiros al duque de Hornachuelos, que se encontraba recluido en uno de los calabozos y que acababa de sufrir un ataque de enajenación mental».^[181]

Consta por la documentación de la Causa General que «Los tribunales de la checa funcionaban ininterrumpidamente, relevándose por turnos de ocho horas, siendo de mucha actividad las horas de la noche y las de la madrugada, elegidas

por los agentes de las diversas brigadillas para realizar las ejecuciones en las carreteras y cementerios de las afueras de la capital. En cada turno funcionaban simultáneamente tres «tribunales» encargados de juzgar a los detenidos.

Entre los crímenes que los interrogadores de la checa de Fomento-Bellas Artes trataban de arrancar a sus víctimas figuraba en lugar destacado la confesión religiosa. La Iglesia había sido declarada fuera de la ley a raíz del alzamiento de julio y contra ella se desató una persecución vesánica que no tiene igual en los tiempos modernos, que superó a los crímenes de la revolución

francesa y que nos obliga a remontarnos hasta los tiempos de Diocleciano para encontrar algo semejante. Monseñor Antonio Montero ha registrado, para la última decena de julio, 317 asesinatos entre el clero secular y 93 entre los religiosos; además miles de católicos fueron asesinados, por serlo, desde las primeras semanas de la guerra civil.

RAFAEL ALBERTI LLEGA A MADRID

A fines de marzo de 1993 se desencadenó una polémica relativa, ente

gratuita a propósito del libro «Franco sí, pero» con el que Torcuato Luca de Tena acababa de ganar el premio Espejo de España. En la polémica intervino don Francisco Pérez Martínez, nombre verdadero del escritor más bien conocido como «Francisco Umbral»; y el autor de este libro, que defendió a Luca de Tena en virtud de una amistad ya secular entre nuestras dos familias; y el escritor don Gonzalo Santonja que discrepó de mis razones pero correctamente. Intervino a mi favor mi amigo don Juan Antonio de Ybarra, que me amparó con su broquel de caballero del Hospital; y en contra mía, de forma soez, el citado Pérez Martínez, quien se

ganó con ello un análisis preciso de sus alardes literarios en el primer libro publicado por esta Editorial. El diario ABC me permitió la defensa en sus páginas, loable gesto si se tiene en cuenta la extraña inclinación actual del periódico en favor de don Rafael Alberti; y el diario «El País» trato de terciar en la polémica con un editorial tan ramplón y esquinado que su retorcido autor no necesitaba ni firmarlo. No responderé al espejo convexo y rajado del diario masónico, pero sí aprovecharé la revisión del caso para citar algunos puntos muy interesantes sobre la represión en el Madrid rojo.

Rafael Alberti, en discrepancia con Luca de Tena, envió una carta a ABC (18.3.93 p. 55) en la que afirmaba que «es bien sabido que mis actividades durante la guerra se desarrollaron siempre en el ámbito cívico-cultural». Y el 20 de marzo conseguí descifrar el insoportable estilo, que el cree literario, del profesor Javier Tusell quien el 20 de marzo descalificaba en un artículo a Torcuato Luca de Tena por narrar «cosas que ni ha vivido ni conoce, a través de fuentes de segunda o tercera mano».

No me costó excesivo esfuerzo la réplica a Tusell. Comprendo su fijación contra el premio Espejo de España desde que fue expulsado de su Jurado,

junto a don Enrique Múgica, tras huir de él después de su actuación antidemocrática e intolerante con motivo de la edición 1989 del premio, donde por cierto se permitió negar la validez y autenticidad de documentos primarios conservados en archivos públicos. Si un historiador no puede narrar cosas que no ha vivido habrá que borrar de un plumazo el noventa por ciento de los libros de historia. Pero además acusar al señor Luca de Tena de no haber vivido los años 1939-1954 equivale a no haber leído su libro; Luca de Tena vivió esos años íntimamente unido a su padre que fue, hasta su muerte, uno de los grandes testigos de la historia de este siglo. Las

fuentes del libro son, muchas veces, no ya de primera sino de primerísima mano. Y no sé qué autoridad puede alegar el señor Tusell para criticar errores históricos cuando en su reciente libro «Franco en la guerra civil» y sólo en su página 19 se permite atribuir a Franco que «la mayoría de españoles eran republicanos» frase que jamás dijo; afirma que «le rebasaron a general de división» en el primer bienio de la República cuando no fue general de división hasta el segundo; y en el primero no le rebajaron de grado sino que le cambiaron de lugar en la escalilla de los brigadieres. La jefatura del Estado Mayor (que se llamaba entonces

Estado Mayor Central) no le vino a Franco del ministro Hidalgo, como dice Tusell, porque Hidalgo sólo le nombró asesor; le vino, contra lo que afirma expresamente Tusell, de un ministro de la Guerra de la CEDA y concretamente de Gil Robles. Luego describe a Franco actuando contra la revolución de Asturias cuando ya ostentaba esa jefatura. Cinco errores de bulto en la primera mitad de la página 19; ése es el rigor de Tusell.

Pero vayamos al problema principal. Es explicable que al señor Alberti le falle la memoria, por su edad; voy a refrescársela. En la segunda parte de «La arboleda perdida»^[182] el señor

Alberti nos cuenta que la guerra civil le sorprendió en Ibiza, dominada primero por los nacionales hasta que el 8 de agosto pudo salir de la isla cuando fue conquistada por la escuadra republicana del capitán Bayo. Entonces, dice, fue a Valencia y a Madrid, que fue su base hasta el final de la guerra. Pero nada nos añade sobre sus actividades en Madrid hasta 1937.

Nos lo dicen, en cambio, dos jóvenes y documentados historiadores, Matilde Vázquez y Javier Valero, en su libro, «La guerra civil en Madrid»,^[183] bajo el epígrafe «Las depuraciones estatales». (Ni los autores ni la editorial son franquistas). ¿Qué significaba

«depurar» en los primeros meses de la guerra civil? Lo explicó entonces la diputada socialista Margarita Nelken: «Liquidar a los enemigos que ocupan cargos en los ministerios». Pero la propia diputada añade que eso no basta. Por eso se crearon en los diversos organismos de todas clases comités de depuración por el Frente Popular. Uno de ellos se formó en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, a la que se acusaba de blanda porque no había actuado «contra los miembros de la Academia de la Lengua en su mayoría derechistas». Entonces fue cuando se creó el comité de depuración en el seno de la Alianza; para corregir esa

blandura.

«El 23 (de agosto) se celebró una asamblea —dicen esos autores sobre datos de prensa— en la Alianza donde fue constituido el comité de depuración formado por Maroto, Luengo, Abril y Alberti. A pesar de las iniciadas depuraciones la prensa continuó sus ataques contra la A.I.A. hasta el 31, en que la asociación publicó un manifiesto de adhesión a la República con una larga lista de firmantes. Los decretos gubernamentales de depuración venían casi siempre a sancionar las decisiones tomadas por los órganos populares».

Por tanto el señor Alberti tuvo al menos una actividad fuera del «ámbito

cívico cultural» al que ahora quiere circunscribirse. Depurar es liquidar, según la diputada Nelken

LOS CONTEXTOS DE LA DEPURACIÓN

Ni el señor Tusell ni don Rafael Alberti expresaron la menor objeción a las anteriores precisiones. Sí lo hizo, dos días después de que fueran parcialmente publicadas en ABC, don Francisco Pérez Martínez, más conocido como Francisco Umbral, en una hedionda columna de «El Mundo» en la

que denominó «fichas sangrientas» a mis datos históricos, y me acusó de acudir a la polémica «con la puntualidad de los ladrones, con la formalidad de los buenos asesinos» y de ahí para abajo. Pensé en demandarle, como hizo poco después Torcuato Luca de Tena que cuando escribo estas líneas ha conseguido ya una sentencia condenatoria contra el deslenguado; pero preferí —de momento— analizar sus méritos para la Real Academia Española en un ensayo que sacudió muchas indolencias y escachifolló algunos pactos no muy limpios. Mucho más me preocupó una carta al ABC de don Gonzalo Santonja en que me

acusaba de no emplear el verbo «depurar» de acuerdo con el Diccionario de la Academia y de utilizar una frase «descontextualizada» de Margarita Nelken. Esto me llevó a investigar las actividades de Margarita Nelken con resultados sorprendentes como verá el lector.

¿De qué diccionario sacó el señor Santonja eso de «descontextualizado?» le repliqué en ABC a vuelta de correo. Voy a citar varios testimonios y documentos en un contexto preciso para cerrar por mi parte el caso. Creo que las interpretaciones de los términos usados en la represión son de tipo histórico y no filológico; de lo contrario «pasear»

significaría en aquellas circunstancias «ir andando, por distracción o por higiene». Señor Santonja, por favor.

1.—En su artículo-imprecación «Las garantías indispensables» la diputada socialista Margarita Nelken escribía: «No, no basta para darnos garantías con liquidar a los enemigos que ocupan cargos en los ministerios. Para tener esas garantías indispensables, para que nuestros combatientes del frente sientan las espaldas protegidas, para que no tengan el temor de que les apuñalen por detrás, es preciso ir al fondo del asunto.

[184]

2.—Titular en bandera: «Esperemos un discurso que diga: No hay un traidor

en los servicios públicos». [185]

3.—«La CNT y la UGT han constituido los consejos de obreros y soldados» (Traducción del término «soviet»). [186]

4.—Un miembro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas reclama en su artículo «Cuidado con los naufragos»: «La Alianza de Escritores Antifascistas debería decidirse de una vez a la acción revolucionaria. Sería un buen principio tomar alguna medida, renovadora o aniquiladora, con la llamada Academia Española, institución propia de una época, el siglo XVIII, en que se tenía un concepto antipopular de la cultura». [187]

5.—No consta que Rafael Alberti estuviera antes en Madrid. F. Carmona, socio de la Alianza, ataca al día siguiente al presidente de la Alianza, Bergamín, «por flojo» (luego justificaría Bergamín como justicia popular el asesinato de obispos y sacerdotes); llama a Unamuno «bellaco» y se declara autor del artículo anterior.^[188]

6.—Pero el día 20 de agosto Rafael Alberti ya está en Madrid. Porque el día 21 publica, junto con Bergamín, una carta de réplica al artículo que he señalado con el número 5, en protesta total; afirman que la actuación de la Alianza es «clarísima», rechazan la acusación de blandura, afirman que la

actitud del Comité Ejecutivo es «de rígida vigilancia» y que «en la Alianza lejos de entorpecer toda actuación o iniciativa, se espera y se solicita constantemente de quienes la forman». Firma Bergamín como presidente y Rafael Alberti en funciones de secretario político (Insisto, secretario político, que no parece una actividad «cívico-cultural» como ahora alega el interesado, quien además pertenecería, como hemos dicho y volvemos ahora mismo a ver, a un comité de depuración.

[189]

7.—La carta señalada con el número 7 no debió de parecer suficientemente dura a los que exigían más energía en la

depuración; porque «el 23 se celebró una asamblea en la Alianza donde fue constituido el comité de depuración, formado por Maroto, Luengo, Abril y Alberti. A pesar de las iniciadas depuraciones la prensa continuó sus ataques hasta el 31».^[190]

8.—Los verdugos, como hemos visto en el punto 1, identificaban «depurar» como «liquidar» o algo peor. ¿Consultaban los comités de depuración el Diccionario de la Academia, institución que algunos proponían aniquilar, a la hora de hacer lo que hacían cuando depuraban? No opinaba así uno de los más insignes intelectuales españoles de este siglo, el profesor

Manuel García Morente, que logró escapar a duras penas de la depuración y la explica así en una carta desde París el 23 de octubre de 1936:

«Recluido en mi domicilio aguardaba con impaciencia el término de la dramática contienda, cuando empezaron a desatarse contra mi persona y mi familia las iras y las hostilidades del llamado gobierno de Madrid y de las hordas marxistas. Primeramente un decreto de Instrucción Pública me destituyó del cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, lo que considero nulo, no solamente porque no reconozco a ese gobierno que lo

dictó sino porque el referido decanato lo recibí legítimamente en 1932 por elección unánime del claustro de la Facultad. Más tarde, el 28 de agosto, fue villana y cobardemente asesinado mi vecino (y yerno) don Emilio Bonelli, ingeniero geógrafo, violentamente arrancado a su familia. A poco supe confidencialmente que se había constituido... una comisión de depuración (tal era la palabra usada) al profesorado de Universidad. Esa comisión propuso la cesantía de varios catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras. La lista iba encabezada con mi nombre. Los comisionados consideraban urgente el sacrificio de mi persona... En

virtud de la comisión llamada depuradora mi nombre iba a ser publicado como cesante y mi persona entregada a las ruines pasiones de los asesinos; hube de pensar en la necesidad de abandonar Madrid». [191]

En resolución, creo que está claro lo que significaba «depurar» en el Madrid de agosto de 1936. Creo probado que cuando el señor Alberti afirmaba en ABC y otros medios que «Mis actividades durante la guerra se desarrollaron siempre en el ámbito cívico-cultural» sufría un atroz fallo de memoria. Y que cuando los editorialistas del diario oficioso y masónico me incluyeron en la caverna es

porque seguramente ignoran que según Platón las ideas eternas y universales sólo pueden comprenderse por el hombre cuando se reflejan sobre el fondo de la caverna. Aunque dado el conocido nivel cultural de los editorialistas oficiosos, que asumen dogmáticamente el desmentido del señor Alberti, tal vez crean que Platón es el nombre de una película sobre Vietnam.

En plena polémica sobre Alberti recibí un estremecedor dossier sobre el poeta. La documentación era importante pero más aún la firma: el ingeniero don Miguel Fernández Suárez, yerno de Alberti y padre de las dos únicas nietas del vate. No incluiré aquí esa interesante

información porque no estoy escribiendo la antibiografía de Alberti sino la de Carrillo. Sí debo expresar, a la vista de estos documentos, mi asombro acrecentado —ya era inmenso— por la obsesión albertiana de ABC, que ha elevado al estrellato a la última mujer de Alberti, por motivos que no se derivan de los insondables méritos literarios de la consorte. Creo que esa información encajará mejor en mi proyectado estudio sobre los intelectuales españoles de nuestro tiempo, ya veremos.

Tampoco he cerrado el caso del señor Pérez Martínez más conocido como Umbral. El asunto está durmiente,

pero vivísimo y listo para un nuevo «round» que hará gozar a mis lectores más de lo que esperan. Como enanos.

A Margarita Nelken, de la que he averiguado muchas más cosas con motivo de mi investigación sobre las andanzas de Alberti por la zona roja, nos la volveremos a encontrar muy pronto, el 6 de noviembre de 1936 en Madrid.

Y por fin el incidente Alberti/Nelken me ha conducido a un hallazgo de primordial importancia sobre la amplitud y tragedia de la depuración en zona roja; con tal abundancia de documentos que merecerá un estudio monográfico en su momento.

LOS ASESINATOS EN MASA DE LA CÁRCEL MODELO EN AGOSTO

A los tres días de que Rafael Alberti se presentara en Madrid —y sin que el acontecimiento que vamos a referir ahora tenga que ver con su llegada— se producía un hecho espantoso que descalificó, ya para siempre, a la República ante la opinión mundial, hirió en lo más profundo al presidente Manuel Azaña y convenció a amigos y enemigos de que la guerra era a muerte y sin cuartel. Estoy hablando de los asesinatos en masa que tuvieron lugar en

la cárcel Modelo.

En la Causa General se consagra un capítulo a esta matanza, famosa por la categoría de algunas de las personas asesinadas, entre ellas varios ex ministros liberales de la República, el diputado a Cortes y jefe de un partido derechista de choque, doctor Albiñana, el hermano de José Antonio Primo de Rivera, Fernando, uno de los héroes del «Plus Ultra», Julio Ruiz de Alda, los conocidos generales Capaz, Villegas y marqués de Casa Davalillos, el abnegado preso de Abd el Krim en Monte Arruit; el jefe del partido Reformista, Melquiades Álvarez, que había sido durante muchos años amigo y

jefe político de don Manuel Azaña; el comisario de policía Santiago Martín Báguenas y otros. Entre los testigos que salvaron la vida estaban allí el cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer; el secretario de Falange y futuro ministro Raimundo Fernández Cuesta; el futuro capitán general Agustín Muñoz Grandes, los falangistas Sancho Dávila y Manuel Valdés. El relato más completo y documentado es el de Carlos Fernández; le seguiremos.^[192] Se basa sobre todo en el preciso relato de Serrano Suñer.

Los días 8 y 12 de agosto los diarios «Política» y «Claridad» publicaron notas sobre los presos de la Modelo, que constituían auténticas incitaciones al

asesinato. El 21 de agosto algunos milicianos prometieron la libertad a los presos comunes si se sumaban al Frente Popular; muchos lo hicieron. El día 22 algunos comunes, de acuerdo con los milicianos guardianes, prendieron fuego a los colchones. Pero se sofocó el incendio y sobre las nueve de la noche un grupo de milicianos de la FAI irrumpió en la prisión y amenazó a los presos. Entró luego un grupo de UGT. Pasada la media noche sacaron al primer grupo de seleccionados hasta el patio y los acribillaron. Iban cayendo luego algunos militares, como el general Capaz y el teniente coronel Noreña, que se había negado a sumarse al ejército

republicano. Cayeron también los políticos, ex ministros y personalidades citadas, entre otras muchas víctimas. El presidente Azaña repetía enloquecido el nombre de Melquiades Álvarez y se refiere con reprobación a esta salvajada en «La velada en Benicarló». La prensa republicana atribuyó la matanza a un incendio provocado «por los presos fascistas». El número de asesinados llegó aproximadamente a los doscientos. Ni Azaña, ni el gobierno, que se lamentaron en privado, expresaron su horror ni su reprobación en público ante esta brutal manifestación del doble poder. El mismo día de las matanzas se establecieron, empezando por la

Modelo, los Tribunales Populares, auténticas ferias sangrientas de la muerte.^[193]

FALSEDAD 38

«(A propósito de las matanzas de la Modelo). Las responsabilidades de estos sucesos no llegaron a esclarecerse nunca».^[194]

DOCUMENTO 49

«Al comenzar el incendio los funcionarios de la prisión dieron aviso de lo que ocurría a las autoridades y al parque de bomberos acudiendo el

director general de Seguridad y el de Prisiones y más tarde el general Sebastián Pozas, observando todos ellos una actitud pasiva, sin adoptar medida alguna para evitar los sucesos que se avecinaban». La llegada de las autoridades fue, por tanto al anochecer del 22 de agosto, antes de que empezara la matanza; ellas fueron las responsables de los asesinatos por su inacción. Prosigue el testimonio del funcionario de prisiones señor Sánchez Losada, que con todos los demás fue obligado a abandonar la cárcel por el responsable socialista Enrique Puente, que dispuso luego los asesinatos; éste es el culpable directo.

DOCUMENTO 50

Por si convence más a Carrillo que la Causa General, aduciré el testimonio de Azaña, Presidente de la República.

«Nosotros somos el Gobierno, la legitimidad, la República. Una conducta noble, sin otro rigor que el de la justicia, habría robustecido la autoridad de nuestra causa. Yo estaba en Madrid la terrible noche de agosto en que fue asaltada la cárcel y asesinadas por una turba furiosa algunas personas conocidas. Yo también hubiese querido morirme

aquella noche, o que me mataran. La desesperación no me enloqueció. ¡Ingrata fortaleza! El presidente del Consejo lloraba lágrimas de horror. Razón le sobraba. Este camino, recorrido después hasta el cabo, ¿forma parte del plan providencial, es un fuego de la chispa divina de la justicia?^[196]

La excusa de los asesinatos de la Modelo que como réplica a Garcés (Azaña) profiere Marón (Ossorio y Gallardo) es repugnante. Los muertos hubieran asesinado o patrocinado asesinatos; cayeron por la lógica de la Historia. Azaña replica que no se puede responder a un crimen pensado con un

crimen perpetrado. Lloró, como su jefe del gobierno Giral, pero no protestó en público. Y trató de cargar las culpas a los rebeldes, como Ossorio.

SE CREAN LAS MILICIAS DE VIGILANCIA

El tribunal popular instalado en la Modelo desde entonces se ensañó especialmente con los militares.^[197] Ya el 14 de septiembre según Krivitsky, o el 26 de agosto, (con mayor verosimilitud) según Orlov, tiene lugar en Moscú una reunión de alto nivel en la

que se designa a Orlov para organizar en España la red de la OGPU o NKVD (los protagonistas las designan así, indistintamente) es decir los servicios secretos de Stalin en la zona roja. La llegada de los asesores secretos se traduce en una intensificación de la represión comunista, «Ya en septiembre de 1936 —reconoce Herbert Matthews, corresponsal del «New York Times» en zona roja, pro republicano y pro comunista empedernido que un día sería responsable de crear una falsa aureola de demócrata católico para Fidel Castro — los comunistas, bajo la dirección del jefe de la NKVD, Alexander Orlov, empezaron a llenar las prisiones con

cientos de enemigos suyos torturando y asesinando a muchos de ellos».^[198] Para entonces el control comunista de la zona republicana había avanzado mucho. La baza de los consejeros soviéticos y los delegados de la Comintern era importantísima, aunque no habían llegado todos todavía. Largo Caballero había sustituido ya a Giral al frente del gobierno, tras la caída de Talavera en manos del Ejército de África el 3 de septiembre, y había incorporado por primera vez en la historia de España a dos ministros comunistas; Vicente Uribe en Agricultura y Jesús Hernández en Educación. El Quinto Regimiento había a los frentes unidades bien instruidas y

fuertemente politizadas en sentido comunista.

Desde que Largo Caballero asumió la presidencia del Consejo, a la que acumuló la cartera de Guerra, (con el también socialista Prieto, un organizador notable, en Marina y Aire) hizo sentir su propósito de terminar con el «doble poder» y unificar los efectivos humanos en un Ejército Popular único, cuya gestación encomendó a militares profesionales competentes. Una de sus disposiciones más trascendentales, para lo que hace a nuestro propósito, fue el decreto —publicado el 16 de septiembre de 1936 por el ministerio de la Gobernación— y la orden de 6 de

octubre en que se urgía de manera inflexible su cumplimiento. Ramón Salas ha publicado el decreto y la orden — trascendentales para comprender las matanzas de Paracuellos— y los ha resumido con exactitud de esta forma:

DOCUMENTO 51

«Cuando Largo Caballero alcanza la presidencia del gobierno se traza como objetivo primordial recuperar para el Estado todas las funciones que le son privativas y de las que se había visto privado, y su política está fijada por una serie de disposiciones y actos tendentes a conseguirlo.

«La táctica por él empleada fue la de legalizar los órganos revolucionarios, que de hecho ejercían el poder, y someterlos al Estado. Dentro de este sistema el 16 de septiembre apareció en la “Gaceta de la República” un decreto del Ministerio de la Gobernación, cargo que entonces ocupaba Ángel Galarza, en el que se disponía la creación, con carácter transitorio, de un nuevo cuerpo que se denominaría “Milicias de Vigilancia de la Retaguardia” que se encargarían de mantener el orden. El preámbulo del decreto decía, entre otras cosas, que esta labor se venía realizando en parte por grupos de

milicias que colaboraban con la policía y las fuerzas de seguridad con el fin indicado. Por ello el ministro de la Gobernación estimó indispensable recoger todas las iniciativas de los partidos políticos y sindicales, que se habían convertido en realidad, y fundirlas en una organización de carácter transitorio que garantizase el orden en la retaguardia, indispensable para la población civil. Añadía que hasta entonces había sido difícil «evitar la filtración de enemigos del régimen en esas milicias con el único propósito de perturbar su importante labor y desprestigiar a las organizaciones que venían

realizándola» e indicaba así el cómodo expediente de cargar las culpas de los excesos sobre elementos infiltrados e incontrolados. Sin embargo a nadie se daba de baja y no solamente no se hacía sino que las nuevas milicias habrían de nutrirse necesariamente de las que las precedían y serían considerados como facciosos los que sin pertenecer a ellas trataran de ejercer funciones peculiares de las mismas, a no ser el personal integrado en los cuerpos de Investigación y Vigilancia, Seguridad y Asalto, Guardia Nacional y Carabineros.

«Como era frecuente en aquella época, la disposición fue escasamente

obedecida y ello obligó al gobierno a dictar una orden ministerial que exigiera su cumplimiento. Llevaba fecha del 6 de octubre y en ella se otorgaba un plazo improrrogable de 48 horas para que todos los grupos que actuaban hasta entonces, cualquiera que fuese su denominación, se integraran en el servicio de investigación de las milicias que actuaban en la retaguardia. Para ello los jefes responsables entregarían una lista con sus nombres y los de los ciudadanos que actuaban a sus órdenes. Tan importante disposición venía precedida de una parte expositiva que aclaraba notablemente

el preámbulo del decreto. En ella se decía que «con el deseo de colaborar en la labor de retaguardia, uno de cuyos principales problemas es el de descubrir las personas desafectas al régimen, han surgido en Madrid y en provincias grupos de leales ciudadanos que llenos de entusiasmo colaboran en el indicado fin. Son indudables los eficaces servicios prestados a la causa republicana por la gran mayoría de estos grupos, pero también lo es que unas veces el exceso de celo y otros posibles errores han producido molestias».

«Después de estas medidas, los milicianos de grupo o facción

quedaban perfectamente controlados, no ya por sus organizaciones, aquellas que los promovieron, sino por los órganos del Estado y concretamente por la Dirección General de Seguridad. Pero aun así no le parecía suficiente al presidente del gobierno y ministro de la Guerra, quien días más tarde militarizaba las milicias, todas ellas, como paso previo a su integración en el Ejército o en las fuerzas de orden público. El 22 de octubre se dispuso la creación de la Comandancia General de Milicias que tendría, entre otras misiones, «la organización, administración y disciplina de las milicias voluntarias

armadas, de las milicias locales y de las de retaguardia». La organización de esta comandancia quedaría regulada por el ministro de la Guerra. Ahora bien, para todo lo referente a investigación, vigilancia y empleo de las milicias de retaguardia, se constituiría un organismo independiente, cuya misión y función correspondería orientar al ministro de la Gobernación de acuerdo con el Estado Mayor del de la Guerra y con los generales jefes de los ejércitos de operaciones». ^[199]

Ningún historiador serio discute la eficacia de las medidas de militarización de las milicias, que se

integraron en el sistema de Brigadas Mixtas en que se estructuró el Ejército Popular o bien en el conjunto de fuerzas de orden público. Ni un solo testigo ha negado la eficacia de las disposiciones que acabamos de transcribir, y que estaban en pleno vigor a mediados de octubre de 1935, tres semanas antes de que los servicios de Gobernación fueran traspasados en Madrid al nuevo consejero de Orden Público, Santiago Carrillo. Las torpes y contradictorias excusas de Carrillo que trata ahora de echar la culpa de las matanzas de noviembre a los «incontrolados» caen por su base; en noviembre ya no había incontrolados. Alega también Carrillo

que los presos de Madrid marcharon a la muerte «con escolta militar» pero calla que las milicias de vigilancia de la retaguardia, encargadas de esa escolta, estaban ya plenamente militarizadas. Santiago Carrillo recibió las estructuras represivas de Galarza-Muñoz y las adaptó, endureciéndolas según el modelo staliniano que sugerían insistentemente los enviados especiales de Stalin, para lo que luego llamaron los comunistas, pavoneándose por el éxito, «la limpieza de la retaguardia».

EL BALANCE TRÁGICO HASTA FINES DE OCTUBRE

Se han registrado en la Causa General numerosos testimonios sobre los asesinatos cometidos en Madrid y su provincia desde el 18 de julio a fines de octubre de 1936. Uno de los testigos más directos y fidedignos del terror rojo es Félix Schlayer, encargado de negocios de Noruega, que llevaba muchos años en España como representante de maquinaria agrícola y que logró del gobierno noruego status diplomático para facilitar sus gestiones

humanitarias. Schlayer vivía en Torrelodones, se llevaba muy bien con todo el mundo y durante sus viajes diarios a su oficina de Madrid encontraba numerosos cadáveres desde los primeros días de la guerra civil; además del odio político detecta como causa de los crímenes el resentimiento social, la venganza de los camareros, de los porteros, de los criados contra la clase alta e incluso la clase media. Convierte la legación de Noruega en Abascal 27 (hoy 47) y su edificio contiguo en un gran centro de refugiados donde llegó a albergar, y logró mantener milagrosamente, hasta a novecientas personas. El autor de este libro fue uno

de los muchos niños que estuvieron allí refugiados; recuerdo perfectamente a don Félix con su voz de trueno, su valor indomable, su gran estatura, sus blancos cabellos largos, que organizó con precisión y disciplina germánica la vida en aquel gran refugio y supo convertir en colaboradores eficaces a los números de la Guardia Nacional (ex Guardia Civil) asignados por el gobierno como custodia de la sede diplomática. Exige en las principales checas, para el Cuerpo diplomático y la Cruz Roja, estadísticas de detenciones y ejecuciones y calcula éstas entre cien y trescientas diarias. Su testimonio publicado, como dije, en 1938, coincide

con las investigaciones del general Ramón Salas sobre el recrudecimiento del terror rojo desde finales de septiembre, cuando el propio gobierno, después de las medidas a que he hecho referencia, se convirtió en responsable institucional de la represión. Se refiere, para la misma época al «número incontable de secuestros de muchachitas cuyo apresamiento negaban pero que retenían para fines inconfesables». [200]

Las diversas milicias, y sobre todo las milicias de Vigilancia de la Retaguardia a partir de su creación a mediados de septiembre de 1936, habían llenado las cárceles de Madrid donde se hacinaban los presos denominados

indiscriminadamente «fascistas». Numerosos comunistas se habían integrado en esas milicias, como da a entender el testimonio de Matthews que hemos citado. Estas cárceles eran cinco. En primer lugar la prisión celular de Madrid, la cárcel Modelo situada en el solar donde hoy se alza el cuartel general del Aire en la plaza de la Moncloa. Segundo, por orden de ocupación, la hasta entonces cárcel para mujeres en Ventas, hoy desaparecida bajo un bloque de pisos. Luego la del convento de San Antón, en la calle de Hortaleza, donde se bendecían (y se bendicen) los animales domésticos en la fiesta del Santo. La cárcel de Porlier se

habilitó en el colegio calasancio entre dicha calle y la de Torrijos. Se destinó a cárcel de mujeres «fascistas» —entre ellas varios títulos de Castilla por el delito de serlo— un edificio en la plaza del conde de Toreno. A finales del mes de septiembre de 1936 Félix Schlayer, ángel de las cárceles de Madrid, contaba cinco mil presos en la Modelo, mil en la de Ventas, dos mil entre San Antón y Porlier además de quinientas mujeres en conde de Toreno. La cifra de Schlayer coincide trágicamente con la de ocho mil fascistas prisioneros que proponía sádicamente eliminar el enviado personal de Stalin en España, Mikhail Koltsov, gran instigador de la

represión comunista.^[201]

Ya vimos cómo el gobierno Largo Caballero felicitaba a los «leales ciudadanos» que, al colaborar valientemente en los trabajos represivos de retaguardia, habían causado «molestias». Hasta finales de octubre esas molestias, afirma y prueba el general Salas, «habían ocasionado la muerte de seis mil personas».

DOCUMENTO 52

«Su actividad (del Frente Popular) se inició nada más se tuvo conocimiento de la sublevación de la guarnición melillense y se había

mantenido en un continuo crescendo de ritmo ascendente o descendente.

«La «octava de San Camilo» y la inmediatamente posterior resultó fatal para más de 700 madrileños, que vieron truncadas sus vidas por las suaves colinas de la Casa de Campo y el parque del Oeste, o en los desmontes de los suburbios madrileños.

«Agosto vio endurecerse la situación, en especial a partir de la conquista de Badajoz por las tropas de Franco. La aparición de ese peligro inesperado endureció el semblante de las gentes y fue acompañado de una oleada de terror que halló su

expresión en el asalto a la cárcel Modelo de Madrid, en el que perecieron, entre otros, Melquiades Álvarez, el jacobino asturiano; Martínez de Velasco, el general Capaz y tantas otras personas. Pero todavía quedó como un hecho aislado y de alcance reducido. En ese mes fueron cerca de 2000 las víctimas de la represión.

«Durante septiembre se mantuvo esa misma tónica y el número de muertes regulares e irregulares fue aproximadamente igual a la del mes anterior, poco más de dos mil. Pero octubre, con la materialización del peligro que asomó dos meses antes por

Extremadura, llenó de pavor a los milicianos. En la segunda mitad de este mes se acentúan los registros, paseos y detenciones, como contrapunto de una intensa actividad de los tribunales populares que en ese mes dictaron un elevado número de sentencias de muerte. El balance del mes excedió de 2500 muertos y ese promedio de más de ochenta homicidios diarios se sostuvo e incluso aumentó en los primeros días de noviembre, pero casi siempre se debió a estas justicias paralelas que venían actuando desde tiempo atrás; es entonces cuando van a cambiar las cosas».^[202]

PRIMEROS DÍAS DE NOVIEMBRE: LA OBSESIÓN CRIMINAL DE MIKHAIL KOLTSOV

El 27 de septiembre de 1936 el Ejército de África había conseguido su objetivo moral supremo, liberar a los defensores del Alcázar de Toledo, con enorme impacto en la opinión de todo el mundo; dos días después el general Franco, que había dirigido el avance desde Sevilla, era designado en el campo de Salamanca jefe de las fuerzas armadas y jefe del gobierno del Estado, es decir jefe del Estado; e incorporaba

al ejército de África, mandado por el general Varela, al ejército del Norte bajo las órdenes del general Mola, cuyo siguiente objetivo consistía en la toma de Madrid. El mismo día de la liberación del Alcázar el gobierno Largo Caballero creaba sobre el papel, bajo el mando del general Pozas, una primera Junta de Defensa de Madrid que resultó inoperante. Al empezar el mes de noviembre las columnas de Mola, abiertas en amplio arco desde San Martín de Valdeiglesias al valle bajo del Jarama, convergían sobre Madrid desde el oeste y el sur.

El día 1 de noviembre Mikhail Koltsov, director de «Pravda» y agente

personal de Stalin en Madrid, incluye en su diario la primera mención cronológica que conozco sobre la amenaza interior representada por la «quinta columna». Koltsov atribuye el término a una alocución radiada del general Varela.^[203] Casi todos los demás comentaristas creen que el inventor de la frase fue el general Mola pero ninguno de los biógrafos fiables de Mola hace mención del término. No he encontrado la fuente contrastada en parte alguna pero es muy probable que un general atacante alardease de que además de las cuatro columnas que avanzaban sobre Madrid a fines de octubre existía una quinta, formada por los partidarios de

Franco en el interior de Madrid, dispuesta a ayudar a sus hermanos cuando entrasen en la ciudad, como en efecto sucedió en marzo de 1939, cuando se derrumbó la resistencia del Ejército Popular. La expresión hizo fortuna, pasó a la literatura universal gracias a Hemingway y se ha integrado en el léxico internacional de las guerras posteriores. La quinta columna sirvió además de pretexto para la brutal represión indiscriminada que ejerció primero el gobierno de la República y luego la Junta de Defensa de Madrid desde su constitución. Pero Koltsov no se refería a la quinta columna formada por los partidarios de Franco que

estaban libres sino a los que estaban presos.

DOCUMENTO 53

«En las cárceles de Madrid hay ocho mil fascistas encerrados, de ellos tres mil oficiales de carrera y de la reserva. Si en la ciudad penetra el enemigo o se produce un motín, el enemigo tendrá ya preparada una columna excelente de oficiales. Es necesario sacar de la ciudad a esos cuadros inmediatamente, aunque sea a pie, por etapas. Pero nadie se ocupa de ello.

«De este problema se habló muy

duramente en la reunión del comisariado. Se subrayó que todos los partidos representados en el comisariado y en el gobierno cargan con la responsabilidad ante el pueblo por haber dejado en Madrid, en un momento peligrosísimo, a una columna fascista de ocho mil hombres, reunida y organizada, en realidad, aunque haya sido en la cárcel, por las propias autoridades de la República.

«Los comisarios se sobresaltaron. Del Vayo interrumpió la sesión y cruzando el rellano fue a ver al ministro. Volvió veinte minutos más tarde tranquilizado —Caballero reconoció la importancia del problema

y ha encargado de evacuar a los detenidos al ministro del Interior, Galarza». [204]

Carrillo utilizará después, en sus torpísimas exculpaciones, esta misma identificación de Koltsov para la quinta columna de Madrid; Koltsov ofrece la misma estadística de presos que Schlayer. Todo coincide. Hasta el procomunista Aróstegui reconoce que Koltsov era «algo más que un periodista». [205] Por su parte José Díaz, secretario general del PCE, opinaba así después sobre la eliminación de la quinta columna:

DOCUMENTO 54

«Ahora vemos que cada día, cada semana, un día en un sitio, otro día en otro, se descubre una nueva quinta columna. ¿Tan larga es la quinta columna en España que nunca se le ve el rabo? (Risas). De lo que se trata no es solamente de descubrir la quinta columna, sino de aplastarla definitivamente, para que no tengamos cada día o cada semana el problema de la quinta columna y desde la retaguardia no se pueda apuñalar a la República y al ejército del pueblo. ¿Cómo es posible terminar con esto? De una sola manera. No con una

política de tolerancia con los elementos directos o indirectos de la quinta columna. Para acabar con la quinta columna hay que tener mucha energía y muy pocas vacilaciones».^[206]

José Díaz hablaba por experiencia; según el trato que los comunistas habían dado a la quinta columna de Madrid en noviembre de 1936.

DOCUMENTO 55

Insisto; las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia ya no eran los «incontrolados» del doble poder. A partir de octubre de 1936 eran ya una institución militarizada del gobierno,

dependiente, como cuerpo militarizado, del ministerio de la Guerra y como servicio de orden público del ministerio de la Gobernación, algo así como la Guardia Civil de nuestro tiempo. Por tanto la responsabilidad por las ejecuciones de la segunda mitad de octubre y todas las de noviembre y diciembre, en las que el brazo ejecutor fueron prácticamente siempre las Milicias de Vigilancia (como sabemos ya en teoría y comprobaremos en los testimonios correspondientes) es ya responsabilidad del gobierno y en su caso de los órganos delegados del gobierno como fue la Junta de Defensa de Madrid que asumió por orden del

gobierno y en su representación las atribuciones militares y de orden público a partir del 6 de noviembre.

«La responsabilidad del gobierno, que era hasta entonces de omisión, pasa a ser de acción; lo que hasta entonces era simplemente permitido, tolerado, ahora pasa a ser ejercitado directamente por los órganos del poder. Ya no se podía decir que fueron los partidos, los sindicatos, los organismos locales quienes actuaron con independencia del gobierno y sin obedecerle, ahora va a ser el gobierno quien va a dar las órdenes de ejecución».^[207]

EL ASESINATO DE RAMIRO DE MAEZTU

El crítico Miguel García Posada es uno de los «intercambiables» entre las secciones culturales, igualmente sectarias, esotéricas y excluyentes, de los diarios *ABC* y *El País*. El señor García Posada, en uno y otro periódico, da la impresión de que el único hombre de cultura que fue asesinado en la guerra de España fue Federico García Lorca. Creo que el asesinato de García Lorca fue una tragedia. Creo también que el asesinato de Ramiro de Maeztu, uno de los primeros intelectuales del siglo XX

en España, no fue una tragedia menor y que yo sepa el señor García Posada no le ha dedicado uno solo de sus trenos.

Con el asesinato de Ramiro de Maeztu y el simultáneo de otro intelectual notabilísimo, Ramiro Ledesma Ramos, se inauguraron las «sacas» de noviembre de 1936, bajo la estricta responsabilidad del gobierno de Frente Popular, como acabamos de ver en el documento anterior. Uno y otro estaban recluidos en la cárcel de Ventas, de la que fueron arrancados individualmente varios presos, entre ellos nada menos que treinta del pueblo serrano de Colmenar Viejo.^[208] A primeros de octubre se constituyó en

Ventas un tribunal enviado allí por la checa de Fomento, desde la cual se remitió un oficio para la entrega de varios presos, oficiales de prisiones, que fueron asesinados a principios de octubre. A partir del 27 de octubre se preguntó a los detenidos militares en Ventas, así como a los que estaban en otras cárceles, si querían sumarse al ejército de la República. Entre los vocales del tribunal de la checa de Fomento que actuaba en Ventas figuraban dos testigos que luego actuaron ante la Causa General; Arturo García de la Rosa y Manuel Rascón Ramírez, que después pasaron al consejo de Orden Público instituido

por Santiago Carrillo. El 31 de octubre, vista la actuación del tribunal, el director general de Seguridad Manuel Muñoz dictó una orden, cuyo original conservamos, por el que treinta y dos de los presos debían entregarse a los servicios de la Dirección para su «traslado al penal de Chinchilla». Entre ellos figuraban los hermanos Enrique (marqués de Balboa) y Alfonso (marqués de Squilache) de Borbón y de León, hijos del segundo duque de Sevilla y por tanto nietos del infante don Enrique y parientes muy próximos del rey don Juan Carlos. [209]

A don Alfonso de Borbón le había gritado uno de sus verdugos: «Eres un

cabrón con la misma cara de tu tío». Ian Gibson da una admirable lección a los españoles idólatras en exclusiva de García Lorca cuando rinde tributo a la valía intelectual de Ramiro de Maeztu y Ramiro Ledesma Ramos, asesinados en esta primera saca de Ventas el 1 de noviembre de 1936, aunque generalmente se ha adelantado uno o dos días la fecha.

Ramiro Ledesma Ramos era un pensador profundo, colaborador de «Revista de Occidente» y muy admirado por Ortega. Sentó las bases intelectuales de Falange Española aunque luego se separó de José Antonio Primo de Rivera como aparece en su interesantísimo

libro de 1935 «¿Fascismo en España?» que es un análisis político consumado. Puede consultarse también la colección de escritos editados por su hermana Trinidad bajo el título «La conquista del Estado».^[210]

Sobre Ramiro de Maeztu, superviviente de la gloriosa generación de 1898, hombre de quien había dicho Ortega que era el más culto de España, escritor de amplia influencia en Inglaterra, nada puede decirse hoy sin leer a fondo la espléndida antología de sus obras publicada por V. Marrero en 1974.^[211] Había contribuido Maeztu a la configuración del pensamiento social en Inglaterra, donde colaboraba con los

primeros pensadores de las islas. Evolucionó hacia posiciones más conservadoras y seguramente por ello le asesinaron. Después de su espléndida «Defensa de la Hispanidad» preparaba en la cárcel las cuartillas para su «Defensa del espíritu». Algunos intelectuales de la conspiración contra la República le abandonaron en Madrid sin advertirle del terrible peligro que corría; había predicho su fusilamiento. Hombre bueno y profundo había fundado la revista «Acción Española» y combatía con las ideas, nunca con las armas o la insidia. Le eliminaron por esas ideas, por esa bondad. Cayó entre sus compañeros de la primera saca de

noviembre en el cementerio de Aravaca. Ramiro Ledesma no llegó allí vivo; se resistió al traslado y le asesinaron como a un perro en la misma cárcel de Ventas. Las fuerzas del gobierno, por órdenes del gobierno. Lo sabemos por testigos que entonces fueron verdugos y depusieron después ante la Causa General.^[212]

Una segunda expedición ordenada por Muñoz se libró, aunque no íntegramente, de la muerte; pero una tercera saca firmada por el director general de Seguridad el 2 de noviembre terminó con la vida de otros treinta y ocho presos de Ventas.

«HAY QUE FUSILAR EN MADRID A CIEN MIL FASCISTAS»

Estos primeros sacrificios no calmaron la sed de sangre del criminal agente de Stalin en Madrid, Mikhail Koltsov. Como su amo, Koltsov quería que se abrieran en España las grandes fosas que por entonces acababan de llenarse con los miles de cadáveres de la llamada oposición institucional soviética. Y en su diario del 2 de noviembre, sin dignarse restar de su cifra obsesiva las primeras sacas de Ventas, apunta, con notoria falsedad

sobre la actitud de los presos aterrorizados, lo siguiente:

DOCUMENTO 56

«Los ocho mil fascistas siguen permaneciendo en las cárceles de Madrid, como antes. Hablan abiertamente de su pronta liberación. El personal de prisiones comienza a hacerles zalamerías. Sin dificultad podrían ya ahora salir de las cárceles, pero lo consideran desventajoso —las calles, para ellos, son peligrosas...

«¿Qué medidas se tomarán con los detenidos? —preguntó Miguel—^[213] Galarza no ha hecho nada. Son ocho

mil hombres. Una gran columna fascista».

«Todo a su tiempo —respondió suavemente del Vayo».^[214]

Para el sádico Koltsov las dos sacas asesinas de Ventas, ordenadas por el director general de Seguridad de Galarza, eran «no hacer nada». Quería, evidentemente, las fosas de Paracuellos.

La inspiración de Koltsov y los comunistas llega al diario de Madrid «La Voz» que el 3 de noviembre publica la siguiente invitación a las matanzas:

DOCUMENTO 57

«Hay que fusilar en Madrid a más

de cien mil fascistas camuflados, unos en la retaguardia, otros en las cárceles. Que ni un «quinta columna» quede vivo para impedir que nos ataquen por la espalda. Hay que darles el tiro de gracia antes de que nos lo den ellos a nosotros».

El mismo 3 de noviembre se constituye un tribunal popular en la cárcel de Porlier, donde estaban encerrados muchos militares. Según el testimonio de uno de ellos, don Jesús Sánchez Posadas, prestó declaración ante el tribunal flanqueado por dos valerosos coroneles del Ejército; don Luis Pareja Aycuens y el legionario don Luis Valcázar Crespo. El coronel Pareja

había seguido en el ejército de África la carrera militar más brillante junto a la del general Franco; pero se había negado al viraje político que prefirió Franco ante Primo de Rivera y no había ascendido a general. El señor Sánchez Posadas ha transmitido a los hijos del coronel Pareja unas dramáticas memorias de la prisión, que por amabilidad de ellos he podido consultar. Ordenan salir a la calle a todos los militares presos y les conminan a incorporarse al ejército de la República; solamente cuatro atendieron a la invitación, para salvar la vida. En esa tarde del 4 de noviembre llegó la orden de «traslado a Chinchilla» de unos 100

presos, entre ellos 37 militares. Fueron fusilados en la madrugada siguiente — entre ellos los coroneles Pareja y Valcázar— pero no en Paracuellos, como parece creer Gibson sino junto al cementerio de Rivas-Vaciamadrid. Los hijos del coronel Pareja creen que la cifra de militares asesinados en esa madrugada del 5 de noviembre ascendió a unos 200. «La expedición salió en seis camiones militares escoltados por dos unidades y varios coches ligeros; allí iban los cerca de 200 jefes y oficiales del Ejército, la Marina y la Aviación. Esto se hizo bajo la dirección y control del Partido Comunista, a través del jefe de la checa de Fomento y utilizando

camiones militares.^[215]

El 5 de noviembre el comandante de milicias Enrique Castro Delgado, jefe del Quinto Regimiento comunista, que sustituía además al secretario general del PCE, José Díaz, postrado por la enfermedad, da una orden al grupo especial de su unidad, denominado ITA y dedicado a la lucha contra la quinta columna, para que destaque más de cien patrullas especiales para el control de todas las salidas y accesos a Madrid. Este es un importantísimo testimonio del propio Castro Delgado, que recibiría al día siguiente a Carrillo en el seno del PCE; y que contradice de frente las vagas alegaciones de Carrillo sobre la

falta de control de los accesos a Madrid por parte de la Junta de Defensa. Y contra la futura excusa de Carrillo que insistirá en que carecía de fuerzas para controlar la evacuación de los presos. Enrique Castro añade: «Las fuerzas fundamentales que debían defender Madrid estaban en las manos del Partido Comunista a través del Quinto Regimiento».^[216] Ese mismo día dos agentes de la Dirección General de Seguridad se presentan en la cárcel Modelo para reclamar con urgencia las listas de militares incluidos entre los presos. Según el testimonio de Portes Alcalá, funcionario de la prisión, había en la Modelo cinco mil presos, de ellos

una cuarta parte de militares. A la vista de la que se avecinaba el funcionario Portes se refugió ese mismo día en la embajada de Austria.^[217]

Por fin ese mismo 5 de noviembre se produjo la primera saca en la cárcel de San Antón. Previamente un tribunal popular había seleccionado a unos cuarenta militares más jóvenes allí detenidos que se negaron a servir al Frente Popular. En la madrugada del 5 se les fusiló cerca de Rivas-Vaciamadrid, como a los de Porlier.^[218]

CARRILLO ACORRALADO NIEGA Y SE CONTRADICE

Vamos a llegar ya a las jornadas más trágicas de noviembre, aunque la tragedia ya se había iniciado como acabamos de recordar y probar. Santiago Carrillo va a entrar en escena y tantos años después no se arrepiente de nada e incluso se atreve a negarlo todo, a buscar efugios y excusas contradictorias, a enfrentarse con la memoria vivísima de miles de españoles. No me extraña esa actitud; cuando en 1977 apareció el tremendo libro de Jorge Semprún, donde se le

desenmascara en cuanto a su política de postguerra (no sin alusiones atroces a los puntos negros de antes) Carrillo evitó toda respuesta y toda polémica gracias al sencillo recurso de negar que lo hubiera leído, con las consiguientes carcajadas de la opinión. No es eso lo peor. Lo realmente grave es que algunos españoles de bien —Pilar Urbano y Joaquín Bardavío a la cabeza— han secundado a Carrillo en sus evasivas, le han brindado el apoyo de las personas decentes, han aparentado tragarse sus sofismas. Creo que sé la razón de la sinrazón; pero no la revelaré aquí porque no hace mucho al caso.

Pero antes de entrar en el relato

trágico que se abre el 6 de noviembre debo catalogar algunas falsedades históricas de Carrillo. Ya he enumerado muchas y luego surgirán más porque la capacidad de enmascaramiento y fabulación del personaje son insondables. Pero vamos al catálogo.

FALSEDAD 39

Un señor Fernando Rayón entrevistó a Carrillo para «El Semanal» y publicó sus luminosas respuestas en «El Diario Montañés» el 21 de noviembre de 1993. Ya adelanté que el señor Rayón es un causante principal del presente libro, porque al ver su entrevista decidí no

aguantar ya más provocaciones. El señor Rayón, aficionado al cine, atribuyó a Carrillo en subtítulo nada menos que «La memoria jurásica». Menos experto en paleontología que en cine espectacular el señor Rayón pensó seguramente que hacía un gran favor a Carrillo llamándole dinosaurio, extraño cumplido si se advierte que tan desmesurados animales se distinguían por su exigua memoria; la relación entre el tamaño cerebral de los dinosaurios y su gigantesca envergadura era mínima, lo que explica entre otras cosas su incapacidad de evolución para sobrevivir.

«Pues en resumen —dice Carrillo

— creo que el ocho o nueve de noviembre las tropas de Franco llegan a doscientos metros de la cárcel Modelo, hay dos mil militares aproximadamente que se han negado a defender a la República o que han sido apresados con motivo de la sublevación del cuartel de la Montaña. La Junta decide su traslado a Valencia para impedir que caigan en manos de las tropas facciosas porque eso representa un nuevo cuerpo de ejército contra la República y se decide la salida. En el camino, gente incontrolada se apodera de uno... yo no sé si de todos o de una parte importante de ese convoy. Se veía que

la gente que los custodiaba no los defendió o era insuficiente para defenderlos y se produce el fusilamiento o asesinato de una parte de ellos. En ese momento yo no me entero de lo de Paracuellos».

Para Carrillo en 1993 los asesinos fueron «incontrolados» pero hemos visto por el documento 51 que desde mediados de Octubre ya no había incontrolados en los accesos a Madrid. Volveremos sobre esta excusa. Carrillo sitúa la primera oleada de represión «el ocho o nueve de noviembre». Nada dice del 7, fecha de las primeras sacas de la Modelo. Nada de los antecedentes de los días anteriores a partir del 1, con las

sacas decididas por el gobierno. Pero es importante su reconocimiento de que las sacas de la Modelo fueron ordenadas por la Junta, es decir por él, como consejero de Orden Público.

FALSEDAD 40

«Es a partir de mi elección como secretario general del Partido Comunista cuando empiezo a hacérseme responsable de Paracuellos. Hasta entonces nadie ha dicho nada».^[219]

Esta falsedad es fácilmente comprobable. Santiago Carrillo fue elegido para el secretariado general del

PCE por el VI Congreso en enero de 1960 como veremos con detalle. Pero la primera acusación formal contra Santiago Carrillo por las matanzas de Paracuellos se publicó dieciséis años antes, a principios de 1944, según el documento siguiente:

DOCUMENTO 56

«Disuelta, pues, la checa de Fomento, sus miembros se repartieron, con autorización del gobierno, parte de los fondos obtenidos en los saqueos, a razón de treinta mil pesetas cada «juez» de la checa. Estos mismos individuos

formaron inmediatamente un consejo de policía, presidido por los comunistas Santiago Carrillo y Segundo Serrano Poncela, a cuyo cargo quedó de modo exclusivo el orden público en la capital abandonada por el gobierno rojo. El referido consejo de Orden Público repartió a sus miembros entre las diversas cárceles de Madrid, y tras una brevísima selección, que ya había sido comenzada por el disuelto Comité de Investigación Pública, fueron extraídos de las prisiones, entonces abarrotadas, varios millares de presos de todas las edades, profesiones y condiciones sociales, que perecieron

asesinados por las Milicias de Vigilancia improvisadas por el gobierno rojo en Paracuellos del Jarama, Torrejón de Ardoz y otros lugares próximos a Madrid».^[220]

Insisto: esta acusación se contiene ya en la primera edición de la Causa General de 1944. Se reproduce exactamente en la segunda, de 1961, posterior a la elección de Carrillo. Pero a principios de 1944 Carrillo estaba fuera de Europa, era un perfecto desconocido para la opinión pública española. Alguna vez ha dicho Carrillo que en la Causa General no se le menciona a propósito de Paracuellos; es otra falsedad como acabamos de ver. La

acusación de la Causa General está respaldada por un imponente conjunto de documentos que han aprovechado muy bien Ian Gibson y el general Casas de la Vega. El hecho de que Carrillo fuera entonces un desconocido para los españoles avalora la veracidad de los testimonios que se acumularon contra él en la Causa General a partir de la creación del organismo a raíz de la victoria. Los testigos rojos, si querían mentir con provecho, hubieran incriminado a otros comunistas mucho más famosos como la Pasionaria, Mije o Antón. Nombraron al desconocido Carrillo porque era Carrillo a quien habían visto actuar al frente de la

represión en Madrid. El desconocimiento sobre Carrillo era tan grande que don Manuel Azaña no le nombra una sola vez en sus escritos, artículos y memorias de la guerra civil.

FALSEDADES 41 Y 42

«Digo la verdad: yo empecé a oír hablar de Paracuellos bastantes años más tarde. Esas «sacas», de presos, esos crímenes, esos fusilamientos masivos, empezaron mucho antes de que yo me hiciera cargo de la Consejería de Interior de la Junta y terminaron mucho después de que yo hubiera salido de ella...

(Repite la teoría de los traslados y continúa:)

«Quiero subrayar que la Junta de Defensa mandaba sólo en el perímetro de Madrid. Pero en los alrededores de la ciudad se habían concentrado cientos de miles de personas que venían huyendo de los ejércitos de Franco, atemorizados por las matanzas que habían visto en Extremadura, en Ciudad Real. ¿Es posible que esa gente fuese azuzada o utilizada por alguien y perpetrase aquella matanza? No lo sé. No puedo acusar a nadie. No tengo derecho a poner el dedo ni sobre la CNT ni sobre los rusos ni sobre la Dirección General

de Seguridad... Se han contado teorías para todos los gustos. Lo cierto es que intentamos que se hiciera ese traslado y pusimos hombres de escolta pero... fueron asesinados en el camino. Yo no soy el responsable de esa masacre...

«Me enteré mucho más tarde. Las primeras noticias me las dio, muy indignado, el embajador de Finlandia, que era nazi. Y yo no le creí. Curiosamente este hombre será después en un libro que escriba y publique en Berlín un testigo excepcional que pondrá por escrito: «Carrillo no estaba al tanto de aquellos horribles crímenes».^[221] **En**

resumen «Yo no soy responsable de las matanzas de Paracuellos».

Esto no es solamente una falsedad sino un conjunto de falsedades. Los fusilamientos masivos no empezaron «mucho antes» de que Carrillo se hiciera cargo de Orden Público sino cinco días antes. Y no terminaron «mucho después» sino cuando el gobierno, horrorizado por las sacas, impuso un delegado de Prisiones para Madrid, Melchor Rodríguez, en la primera semana de diciembre; el anarquista Rodríguez acabó con las sacas a cuerpo limpio y Carrillo, al quedarse sin función, se marchó. Los «cientos de miles de personas» que

venían huyendo de las tropas de Franco y se concentraron en los alrededores de Madrid no existieron jamás; gran parte de Extremadura y casi toda la provincia de Ciudad Real siguieron en poder de la República hasta el fin de la guerra; y Carrillo no detalla qué matanzas presenciaron. Dice que no acusa a los rusos ni a la CNT pero para entonces ya había acusado a los rusos y a la CNT. Después de señalar a tantos ejecutores ahora no sabe a quién denunciar. Vamos a comprobar inmediatamente a quién debería denunciar. Porque como veremos, en 1937, y por vía de jactancia, reconoció las matanzas y se denunció, por tanto, a sí mismo ante la

Historia. Carrillo, pues, se acusa a sí mismo; como sucede también en otro testimonio, que ya hemos citado para otros puntos, de un antiguo comunista que trató muy estrechamente a Carrillo durante años, Carlos Semprún Maura, y me parece de máxima importancia. En su artículo de ABC publicado el 9 de abril de 1994 como protesta por las memorias de Carrillo dice:

«Siendo consejero de Orden Público en la Junta de Defensa de Madrid fue él quien ordenó la matanza de Paracuellos, cosa que ha reconocido *off the record* y no como escribe *incontrolados* probablemente de la FAI».

La falsedad se agudiza cuando, sin el menor tino, habla de Félix Schlayer, el encargado de negocios de Noruega a quien convierte en «embajador de Finlandia». Y dice que se enteró de los fusilamientos de Paracuellos por boca de Schlayer «mucho después». En su testimonio, aceptado por todos los historiadores serios, Schlayer, que siempre es muy preciso, afirma que comunicó a Carrillo la primera saca de la Modelo, ocurrida el 7 de noviembre por la tarde, esa misma tarde del 7 de noviembre. Carrillo hace decir a Schlayer: «Carrillo no estaba al tanto de aquellos horribles crímenes». Pero en la página 84 de su libro Schlayer relata así

su entrevista con Carrillo al anochecer del 7 de noviembre:

«Él pretendía no saber nada de todo aquello, cosa que me parece inverosímil».

Es decir, todo lo contrario de lo que Carrillo hace decir a Schlayer.

Así colaboraba Pilar Urbano en 1993 al «marketing» de las memorias de Carrillo. La famosa periodista se ha distinguido en sus trabajos de investigación, como el que dedicó al pronunciamiento del 23 de febrero de 1981. En el caso de Carrillo no investigó; se tragó todas las falsedades, no creyó preciso dedicar unos días a estudiarlas a la luz de los documentos de

la Causa General, no repasó, evidentemente, los libros de Gibson ni de Carlos Fernández, ni el capítulo documentado que yo dediqué a Carrillo en la misma revista dentro de mi serie sobre la guerra civil publicada a partir de 1986.

La falsedad siguiente, debida a Joaquín Bardavío, me parece aún mucho más grave porque en ella se afirma que el periodista sí investigó el problema de Paracuellos.

«Lo mismo sucede con el resultado de algunas investigaciones, para muchos sorprendentes —como la total ausencia de pruebas contra Santiago Carrillo en la tragedia de Paracuellos

del Jarama— y que son conclusión de una profesionalidad ajena a prejuicios previos».^[222] Santiago Carrillo se agarra como un clavo ardiendo a esa tremenda falsedad de Bardavío y en su citada entrevista jurásica de 1993 en «El Diario Montañés» corrobora: «Bardavío ha investigado sobre la cuestión y no ha encontrado ningún documento que pruebe mi implicación».

En los epígrafes siguientes Carrillo, Bardavío y Pilar Urbano podrán comprobar —además de lo ya dicho— los documentos que demuestran la implicación de Carrillo; documentos que estaban a disposición de los tres en el mismo año en que los archivos de la

Causa General fueron depositados en el Archivo Histórico Nacional; precisamente durante el año en que yo fui ministro de Cultura, cuando también los fondos importantísimos de la guerra civil que yo había reunido desde 1965 en el Ministerio de Información y Turismo pasaron por orden mía a la Biblioteca Nacional.

FALSEDAD 43

José Luis de Vilallonga conoció a Carrillo en 1974, dentro de las conversaciones para la constitución de la Junta Democrática. En su libro de 1993 sobre el Rey, —que en mi opinión

causó un grave perjuicio al Rey— Vilallonga relata su encuentro con Carrillo, a quien dice que entre los dos se interpone la sombra de Paracuellos, donde varios parientes de Vilallonga habían sido asesinados. Carrillo le tranquiliza y a la vez le da su explicación de las ejecuciones:

«Si quieres puedo escribirte en dos o tres hojas la verdadera historia de Paracuellos del Jarama, donde los anarquistas jugaron un papel bastante más importante que el mío. Mantuvo su palabra. Cuarenta y ocho horas más tarde dejó en mi despacho unas cuantas hojas escritas a máquina. Lo que me convenció de la posible

inocencia de Carrillo en la masacre de Paracuellos».^[223]

Es una lástima que Vilallonga no reproduzca las tres hojas de Carrillo, de quien solamente nos transmite la acusación contra los anarquistas. Los mismos anarquistas a quienes no se atrevía a acusar en su entrevista jurásica. Pero la acusación es particularmente sádica: porque como veremos al hablar de diciembre de 1936 fueron precisamente los anarquistas quienes cortaron en seco las matanzas y quienes acusaron públicamente a Carrillo y a Cazorla de haber cometido los excesos de la represión; lo hicieron públicamente, en la prensa, después de

llevar el caso a la Junta de Defensa.

Pero al relatar en 1980 el mismo encuentro con Carrillo, Vilallonga era más explícito. Nos dijo entonces que en Paracuellos había perdido a diecisiete miembros de su familia, que la edad de Carrillo, según Carrillo, era entonces de veinte años (se quitaba uno) y que las cuartillas de exculpación eran solamente dos.

Aparte de estas minucias la acusación contra los anarquistas se concreta más:

«Los anarquistas se querían cargar a los presos de la cárcel Modelo y los comunistas se oponían, no por caridad cristiana sino porque

iba a dañar mucho a la causa marxista y además porque había muchos presos que eran canjeables contra presos de la República que estaban en las cárceles de Franco. Los comunistas serán lo que se quiera menos tontos. Ellos veían entre las paredes de la cárcel Modelo un instrumento de negociación para salvar vidas republicanas de las manos nacionalistas. Al ver que los anarquistas no atendían a razones, los comunistas organizaron la evacuación de los presos hacia Valencia y en el camino, en Paracuellos del Jarama, los anarquistas les atacaron y mataron a los presos nacionalistas y a varios

comunistas».^[224]

Carrillo riza en esta explicación el rizo de la falsedad. No solamente fueron culpables los anarquistas sino que algunos comunistas cayeron junto con los presos por defenderles. Esto es una enormidad que ya no repetirá Carrillo. No hubo una sola saca sino muchas entre el 7 de noviembre y el 3 de diciembre de 1936; ¿sucedió esto en todas? Los custodios y ejecutores fueron las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, que volvían a las cárceles después de consumado su crimen, como nos han contado los testigos.

FALSEDAD 44

«Santiago Carrillo se refiere en «El País» y «Cambio 16» a una situación más o menos incontrolada o incontrolable en la que no se podía ejercer ningún tipo de autoridad por las personas que la detentaban teóricamente. Para darle mayor viveza al ambiente dice textualmente: «que no poseíamos un ejército; que no teníamos más que milicias, que tapábamos los huecos del frente nada más que con un batallón de peluqueros, de albañiles, de jóvenes que nunca habían cogido un fusil». Decir esto a la altura de 1977 resulta

realmente grotesco y una falta de respeto al lector».^[225]

DOCUMENTO 57

«Todo el mundo sabe que el general Miaja, cuando fue investido con la jefatura de la Defensa de Madrid (6 de noviembre de 1936) contó inicialmente con cinco columnas completas de la fuerza del general Pozas en retirada, y que para reforzar aquellas tropas en derrota con otras totalmente nuevas dispuso desde el mismo día 6 de noviembre de la primera brigada mixta establecida en Vallecas, al mando de Líster, de la

tercera brigada mixta en Pozuelo, al mando de José María Galan, de la XI brigada internacional, desde el día 5 estacionada en Vicálvaro y tenía su puesto de mando en la fábrica de cementos Valderrivas y de las fuerzas de la guarnición de Madrid que constituían un importante núcleo de cuatro batallones que quedaron a disposición del teniente coronel don Pelayo Clairac Bautista. Si a esto se suma el batallón de la guardia presidencial y algunas otras fuerzas de mayor o menor importancia entre ellas las de Seguridad y Asalto, muy numerosas, puede asegurarse que en ningún caso Madrid estuvo defendido

por las tijeras y los peines de los peluqueros de los que era cliente Carrillo».^[226]

FALSEDAD 45

«(durante mi mando en la Junta de Defensa de Madrid) no tuve ninguna relación con los servicios de la Unión Soviética».^[227]

Como tantas veces, Carrillo rebate a Carrillo:

DOCUMENTO 58

«Siendo secretario de la Juventud Socialista mis primeros contactos con

el Partido fueron personalmente con Codovilla. Durante meses estuve reuniéndome con él, sin conocer personalmente a los titulares de la dirección. Llegué a pensar que el partido lo dirigía él y en cierto modo no me alejaba demasiado de la realidad»

«Al principio de la guerra conocí a otro de los delegados de la Internacional Comunista, Geroe “el Húngaro”».

»Después de Geroe conocí a Stefanov, al que llamábamos Moreno.

»Conocí por último a Togliatti al que llamábamos Alfredo».^[228]

Y además describe Carrillo de

primera mano, con familiaridad, al general Berzin, jefe de los servicios secretos del ejército soviético; al general Gorév y al agente de Stalin Koltsov.^[229] En la p. 213 de sus memorias se contradice en redondo cuando afirma:

«Estando en la Junta conocí a un personaje legendario en la Unión Soviética, Ian Berzin, que había sido el organizador principal de los servicios de inteligencia, el hombre que había promocionado a los Sorge y los Trepper que tan grandes servicios rindieron a la URSS... El encuentro tuvo lugar durante una comida en la casa del Comité Central del PCE.

Estaba también con él el general Stern, jefe de los consejeros militares soviéticos». Ian Berzin no sólo pertenecía a los «Servicios» sino que era el creador de uno importantísimo, el GRU. ¿Por qué negará Carrillo haberle conocido en Madrid?

Los delegados de la Comintern a quienes Carrillo declara haber conocido eran enviados personales de Stalin y por tanto vinculados íntimamente a los «Servicios» como llama Carrillo, con reflejo soviético, a la OGPU. Al contradecirse no sólo deja de leer libros esenciales como los de Orlov y Bolloten sino que se olvida de repasar sus propias memorias.

FALSEDAD 46

«Santiago Carrillo asegura que él no tuvo nunca idea de la existencia de esas Actas (las de la Junta de Defensa)».^[230]

Pero las Actas existían; las deliberaciones se tomaban por los secretarios en presencia de Carrillo; otros miembros de la Junta de Defensa las recuerdan perfectamente. Carrillo pasó por el Madrid de noviembre y diciembre de 1936 sin enterarse de nada, y ahora no quiere acordarse de nada.

ASOMBRO 1

He pasado largo rato para calificar la siguiente opinión sobre Carrillo. He decidido, por razones que comprenderá el lector, catalogarla como asombro. Porque quien la emite es nada menos que el hoy capitán general don Manuel Gutiérrez Mellado, a una pregunta del periodista Jesús Picatoste.

«Hay quienes identifican todavía la palabra «Carrillo» con la palabra «Paracuellos». ¿Cuál es su opinión?

«Todo lo que suena a nuestra guerra me duele y prefiero no recordarlo. ¡Se cometieron tantas atrocidades! Me considero incapaz de enjuiciar a una persona cuando carezco de los datos concretos».^[231]

El asombro proviene de un dilema. En ese mismo libro el general Gutiérrez Mellado confiesa, como un honor — porque lo fue— haber pertenecido a la quinta columna de Franco en Madrid. En mi libro de 1990 «Misterios de la Historia» amplié su información con datos que procedían de sus antiguos compañeros en tan arriesgadísima misión. El entonces teniente Gutiérrez Mellado no sólo perteneció a la quinta columna sino que fue uno de sus jefes jóvenes más destacados, que participó en misiones heroicas para ayudar a la evasión de personas amenazadas hasta la zona nacional. Fue, con uno de sus amigos, el no menos heroico Gustavo

Villapalos padre —ante quien Franco dudó si le daba la Laureada o le fusilaba, y optó por concederle la Medalla Militar— uno de los héroes indiscutibles de la quinta columna en Madrid.

Pues bien, Santiago Carrillo fue nombrado en noviembre de 1936 jefe de las fuerzas de represión cuyo objetivo consistía en aniquilar a la quinta columna. El teniente Gutiérrez Mellado, para sobrevivir en un medio tan hostil, puso en juego una gran capacidad de información. Tenía necesariamente que conocer de primera mano las actuaciones de Santiago Carrillo y los comunistas en la Junta de Defensa de

Madrid.

El dilema se plantea claramente. Si el general Gutiérrez Mellado no conoció las tramas del enemigo contra la quinta columna no hubiera sobrevivido. Tuvo, pues, necesariamente que conocerlas. Si por un imposible no las hubiera conocido en la guerra, leyó sin duda la Causa General en 1944 y en 1961; leyó el luminoso informe del entonces coronel Salas Larrazábal que yo le publiqué en «Nueva Historia» en 1977; leyó, porque es un militar muy culto, el definitivo libro de don Antonio Montero publicado en 1961 que contiene un capítulo estremecedor sobre Paracuellos con expresa mención de Carrillo y sus

responsabilidades.

Por lo tanto cuando en 1983, al publicar su libro de conversaciones con Picatoste no comprendo cómo puede «considerarse incapaz de enjuiciar cuando carece de los datos concretos». Tiene más que suficientes datos concretos.

Entonces al abstenerse o bien nos oculta su conocimiento de esos datos o prefiere no tenerlos en cuenta por altas razones políticas. El hoy capitán general Gutiérrez Mellado, además de un ilustre militar, es un hábil político. Puede que en 1983 considerase un alto deber político no pronunciarse sobre la responsabilidad de Carrillo en

Paracuellos cuando alguien le pregunta sobre ella.

Por eso no le acuso de falsedad pero sí debo expresar mi asombro. Ahora comprendo por qué siempre, aunque yo defendí su política militar en el gobierno Suárez, ha existido un fallo de comunicación entre el general Gutiérrez Mellado y yo. Ahora comprendo también cómo al menos dos de sus compañeros de la quinta columna —uno de ellos Gustavo Villapalos padre— recriminaron duramente al general Gutiérrez Mellado algunos de sus comportamientos posteriores.

Yo no me sumo a la recriminación. Simplemente expreso mi asombro desde

la Historia.

Ahora debo terminar este largo epígrafe con tres testimonios importantes, una falsedad y dos documentos.

FALSEDAD 47

«La furiosa marea represora del mes de agosto cesó enteramente bajo el mando de la Junta de Defensa de Madrid».^[232]

Esta enormidad, que figura en un libro firmado por el profesor Aróstegui, quedará pulverizada en los epígrafes que siguen. Me asombra tanta cerrazón, tanto sectarismo.

DOCUMENTO 59

«Carrillo sabe mucho más de lo que dice».^[233]

Resumen exacto de un historiador de izquierdas ganado por la Historia por encima de sus inclinaciones políticas.

DOCUMENTO 60

«Don Santiago Carrillo, secretario general del PCE, viajaba en avión en vuelo de Barcelona a Madrid. Cuando faltaban quince minutos para aterrizar, el pasajero dijo a una azafata: «¿Sería tan amable de pedirle al comandante que me dejara

entrar en la carlinga para ver Madrid desde el cielo?» La azafata aceptó el encargo y desapareció. Minutos más tarde, por los altavoces, se escuchó el siguiente mensaje: «Les habla el comandante. Dentro de breves minutos tomaremos tierra en el aeropuerto de Madrid-Barajas. Mientras tanto les invito a que observen por la parte derecha del avión el histórico lugar de Paracuellos del Jarama, donde fueron fusiladas durante nuestra guerra civil miles de personas inocentes. El responsable de la ejecución es uno de sus compañeros de vuelo, don Santiago Carrillo Solares, sentado en la butaca 27-B».

Y ahora, desbrozado el terreno de muchas falsedades de Carrillo (aunque aún habremos de desenmascarar otras que se refieren a 1936) vayamos a los hechos; expongamos el relato de lo que hicieron Carrillo y sus colaboradores desde el 6 de noviembre hasta fines de diciembre de 1936.

EL 6 DE NOVIEMBRE: CARRILLO INGRESA EN EL PCE Y EN LA JUNTA DE DEFENSA DE MADRID

El 6 de noviembre de 1936 cuatro columnas del general Mola se acercaban al foso del Manzanares (Castejón, Asensio, Barrón y Tella) con otras cuatro detrás y una novena en formación; algo más de doce mil hombres aguerridos, encuadrados en unidades que venían avanzando desde Sevilla a partir de los primeros días de agosto y que habían sufrido numerosas bajas además del natural cansancio de tan larga marcha a través de los valles del Guadiana y del Tajo. Sin embargo su moral era altísima. Hasta entonces ninguna posición enemiga, ninguna ciudad importante (Mérida, Badajoz, Talavera, Toledo) había resistido a sus

movimientos envolventes, frente a los cuales las tropas y milicias del enemigo habían optado siempre por la desbandada.

Ahora la situación era bien diferente. Las columnas de Mola avanzaban muy lejos de sus bases sobre una gran ciudad defendida por fuerzas que les triplicaban, más de cuarenta mil hombres, y que estaban encuadradas en un nuevo Ejército, llamado Ejército Popular de la República según el sistema de brigadas mixtas, que eran pequeñas divisiones móviles y autónomas, con cuatro batallones de infantería, uno de ametralladoras, artillería y servicios. Estaban formadas

por hombres competentes, soldados, carabineros y fuerzas de orden público, además de milicianos entrenados a veces en el Quinto Regimiento comunista. Eran comunistas varios de los mandos de brigada, como Enrique Líster y José María Galán; y se esperaba la inmediata entrada en fuego de dos brigadas internacionales —la XI y la XII— formadas por soldados europeos veteranos y voluntarios comunistas muy motivados. El armamento de todas estas fuerzas era de primera clase; estaban además protegidas por un número importante de piezas de artillería y por unidades de carros y aviones de combate tripulados por especialistas

soviéticos que habían entrado en fuego desde finales de octubre en el sector de Seseña/Esquivias. Todas estas fuerzas (que en su gran mayoría eran españolas) luchaban junto a sus mismas bases logísticas y apoyándose en una gran ciudad en la que los partidarios del enemigo, la quinta columna, estaban ya atenazados por el terror de las sacas importantes iniciadas el 1 de noviembre y que no habían terminado a la llegada de Santiago Carrillo al poder represivo el 6 de noviembre, como él repite ahora cínicamente, sino que iban a incrementarse terriblemente en el período en el que Carrillo dirigió el terror rojo en Madrid.^[235]

Se ha repetido incesantemente que la primera gran saca de noviembre tuvo lugar el día 6. Durante muchos años los familiares de muchos asesinados el día 7 en Paracuellos creímos que la fecha trágica fue el 6. Sin embargo después de la investigación cuidadosa de Ian Gibson, que coincide con el testimonio de Schlager —que ese día 6 visitó a sus amigos presos en la Modelo— y otras fuentes directas, podemos concluir que el 6 de noviembre no se produjeron sacas, aunque sí debemos confirmar las ya indicadas del día 1 y siguientes desde cárceles distintas de la Modelo. El acontecimiento principal del día 6 de noviembre es la huída del gobierno y la

toma del poder por la Junta de Defensa.

El presidente de la República, don Manuel Azaña, había huido ya a mediados de octubre a Barcelona (M. Bande). Largo Caballero, ante el peligro que se cernía sobre Madrid, acaba de formar su gobierno el 4 de noviembre, cuando las avanzadas de Mola llegaban ya a Carananchel. Mantuvo a Galarza y a los dos ministros comunistas Hernández y Uribe. Retuvo, como en el gobierno anterior, la cartera de Guerra y consiguió la colaboración de cuatro ministros anarquistas; Juan García Oliver en Justicia, Federica Montseny en Sanidad y Asuntos Sociales, Juan Peiró en Industria y el murciano Juan

López Sánchez, a quien conocí muchos años después en Madrid. (Con la señora Montseny hablé durante una emisión de radio). En la reunión del consejo de ministros que se convocó para las cuatro de la tarde del día 6, Largo Caballero iba a proponer lisa y llanamente la huida para no caer en manos de las tropas de Franco, como parecía más que probable.

Nadie ha citado, que yo sepa, el importantísimo testimonio del ministro (anarquista) de Justicia Juan García Oliver sobre esa jornada. Nos dice que los ministros de la CNT/FAI no querían irse de Madrid aunque al final accedieron. Y nos revela la reaparición de Margarita Nelken, diputada socialista

pero indistinta de los comunistas; a la que habíamos visto promover las «depuraciones» y las «liquidaciones» en el mes de agosto.

Margarita Nelken había aparecido también con luz siniestra en el testimonio de Schlayer. El encargado de negocios de Noruega se presentó en Toledo a mediados de septiembre, tras uno de los fallidos asaltos al Alcázar, para intentar sacar a las mujeres de la fortaleza y librarlas de los horrores de una posible captura. «Pero —dice Schlayer— se opone Margarita Nelken, que exigía a gritos eliminar a las mujeres e hijos de esos canallas del Alcázar sin sentimentalismo alguno.

Eran precisamente la nidada, el engendro, la semilla de esa canalla lo que había que desarraigar para siempre». [236] La Nelken, siempre empeñada en liquidar a medio mundo.

Pero el 6 de noviembre es el propio ministro de Justicia quien la acusa. En una conversación le dice su correligionario Val, que no era precisamente un angelito:

DOCUMENTO 61

«Yo también deseo ayudarte a ti. Quiero apercibirte de los manejos que se trae la comunista Margarita Nelken. Une al frente de un comité de

Juventudes Socialistas Unificadas es quien asume las funciones ejecutivas de la justicia en Madrid. Opera camuflada en una pequeña oficina del Ministerio de la Guerra. Ten cuidado con los que la rodean; la mayor parte son jóvenes guardias de Asalto vestidos de paisano».^[237]

Por tanto los jóvenes de Carrillo, que podían operar en la represión como guardias de Asalto, se dedicaban a seguir en la práctica las consignas de «liquidar» enemigos impartidas por la Nelken y bajo su dirección personal. No se olvide que quien nos transmite la información es el propio ministro de Justicia y con fecha 6 de noviembre.

Esa misma tarde García Oliver, con su escolta de anarquistas, se va al nido de la Nelken y le recrimina sus «andanzas nocturnas». Poco antes se le había presentado en el ministerio de Justicia Melchor Rodríguez para pedir al ministro la dirección general de Prisiones que por el momento no le concedió (op. cit. p. 308)

El consejo de ministros se celebró a las cuatro de la tarde del día 6 en el ministerio de la Guerra. Los ministros anarquistas se opusieron a la propuesta de huida y Caballero interrumpió el consejo por media hora. Aceptada la huida al reanudarse el consejo, se despidieron todos hasta Valencia.

Algunos llegaron bien; otros fueron detenidos por fuerzas anarquistas en Tarancón hasta que pudieron seguir viaje. Antes de escapar, el director general de Seguridad Muñoz, por medio de su subdirector general, envié una orden al director de la cárcel Modelo (que vio Schlayer y aparece en un testimonio publicado en 1939).

Este documento es importantísimo porque marca la transición entre las autoridades gubernativas que huyeron en la tarde del 6 de noviembre y las de Orden Público que asumieron sus funciones dentro de la Junta de Defensa, y bajo cuya responsabilidad se harían los días 7 y 8 de noviembre las primeras

sacas. En subdirector general de Seguridad quedó en Madrid a las órdenes de Carrillo.

DOCUMENTO 62

«Declaración ante el Presidente de la Audiencia de Cádiz por parte del Abogado Fiscal de la Sala Sexta del Tribunal Supremo sobre la orden del 6 de noviembre.

Influido el declarante por la nerviosidad en que se hallaban todos los parientes de presos, consiguió, utilizando el carnet y simulando una misión oficial, pasar el cordón de milicianos que rodeaba la cárcel y

llegar al despacho del director, Ramos, el cual, con ademanes que ignora si eran sinceros, de deplorar lo que estaba ocurriendo, le notificó, con palabras confusas, que estaban sacando los presos en camiones para matarlos (se refiere al 7 de noviembre) y le exhibió un oficio, que pudo leer íntegramente, concebido en los siguientes términos: Membrete de la Dirección General de Seguridad. «Sírvasse V. entregar a las milicias a los detenidos comprendidos en la adjunta relación, para su traslado al penal de San Miguel de los Reyes (Valencia). Madrid, 6 de noviembre de 1936. El subdirector. Firmado, Vicente

Giraute Linares. Señor director de la Prisión celular de Madrid». Al preguntar el declarante a Ramos por la relación de referencia y la suerte que había caído a su hermano, le respondió que no existía tal relación sino que se formaría después —es decir, que se daba carta blanca a las milicias para sacar a cuantos quisieran.^[238]

DOCUMENTO 63

Esta orden gubernativa del 6 de noviembre para las sacas de la Modelo, perpetradas el día o los días siguientes, alcanza tal importancia como transición

del Gobierno a la Junta, es decir de Galarza (bajo cuya responsabilidad se dictó) a Carrillo (bajo cuya responsabilidad se ejecutó) que debemos corroborarla con un segundo documento convergente, el testimonio de Schlayer, que conoció la orden del día 6 al día siguiente, 7:

«El director (de la Modelo), con el fin de justificarse ante mí, me enseñó un papel, en el que el subdirector de la Dirección General de Seguridad le ordenaba por escrito, con su firma, que entregase al portador del mismo los 970 presos que ésta le indicara, a efectos de su traslado a la prisión de San Miguel de los Reyes en Valencia.

Tuve conocimiento de que dicha orden se la había dado al subdirector, verbalmente, al director general de Seguridad en la noche del 6 al 7 de noviembre, antes de su huida, y que tal fue el precio que ese canalla de director general pagó a los comunistas que le vigilaban para conseguir que consintieran la huida. ... Los comunistas iban acompañados por policías estatales...».^[239]

Mientras la dirección de la cárcel Modelo recibía esta orden de entrega (que se cumplimentó al día siguiente) Santiago Carrillo celebraba la ceremonia de su iniciación en el Partido Comunista de España. «Durante los días

que precedieron al 7 de noviembre — recuerda, emocionado— se produjo un acercamiento mayor entre nosotros y la dirección del PCE. Sin ser miembro del Partido yo asistía a las frecuentes reuniones del Buró Político». No era miembro formal sino simple submarino en captación.^[240]

El 5 de noviembre vela sus armas. Se reúne con Melchor, Serrano Poncela, José Laín, Cazorla y Cuesta. Les dice que «mañana» pedirá el ingreso en el PCE. Los demás se muestran decididos a acompañarle en el paso. Miles de cuadros y de afiliados a la JSU, según Carrillo, reclaman el ingreso en el PCE. Y Caballero preparando su huida de

Madrid. El día 6 según Carrillo José Díaz oficiará en la iniciación. Pero hasta en cosa tan sencilla no puede reprimir la falsedad. Díaz escuchó la ceremonia pero tras una puerta y postrado en un catre. Fue el jefe del Quinto Regimiento, Enrique Castro Delgado, quien en nombre de Díaz recibió en el PCE a Carrillo y sus compañeros a primera hora de la tarde del 6 de noviembre. Para entrar en la Junta de Defensa se le exigía este acto de obediencia ciega, semejante al de don Manuel Azaña cuando ingresó en la Masonería en 1932 para conservar el poder; o al ingreso que muchos hicieron después en la Falange, o en el Opus Dei, o en los

Propagandistas, con la finalidad exclusiva de trepar. Alguien ha dicho con toda razón que en este país quien no se apunta a una secta no tiene nada que hacer. Algunos nos hemos alejado de todas las sectas, porque preferimos caminar en soledad aunque sea por el desierto, pero bajo una clara noche de estrellas limpias.

Carrillo elude citar a Castro Delgado porque luego perdió su fe comunista en Moscú; pero cuando escribe sus memorias Carrillo ya ha sido lanzado de la secretaría general de su partido. Castro tiene mejor memoria que la jurásica. Y confirma la fecha del 6 de noviembre para la recepción de

Carrillo y Cazorla. «Venimos —le dicen — a solicitar el ingreso en el Partido. Y a poner a vuestra disposición todas las unidades de la Juventud». Contesta Castro: «Ya estáis dentro del Partido». Castro entonces se va al Quinto Regimiento, llama al comisario «Carlos Contreras» y le da la orden tajante: «Comienza la masacre. Sin piedad, La quinta columna de que habló Mola debe ser destruida antes de que comience a moverse. ¡No te importe equivocarte! Hay veces en que uno se encuentra ante veinte gentes. Sabe que entre ellas está un traidor pero no sabe quién es. Entonces surge un problema de conciencia y un problema de partido.

¿Me entiendes?

Contreras, comunista duro, staliniano, le entiende.

«Ten en cuenta, camarada, que ese brote de la quinta columna sale hoy mucho para ti y para todos.

«¿Plena libertad?

«Esta es una de las libertades que el Partido, en momentos como éstos, no puede negar a nadie».

Castro termina: «Mañana es 7 de noviembre». Santiago Carrillo acababa de ingresar en el Partido de las Libertades.^[241] Y ya iniciado en el PCE, aunque todavía no lo proclamara, se fue para el Ministerio de la Guerra donde Largo Caballero, antes de huir de

Madrid, comunicaba al general Miaja que iba a recibir inmediatamente el nombramiento de jefe de la Junta de Defensa de Madrid.

Allí estaba también Mikhail Koltsov, el siniestro enviado personal y agente de Stalin. El profesor Aróstegui prefiere recortar mucho en 1984 el protagonismo de Koltsov y sigue al interesado testimonio de Santiago Carrillo en los años ochenta con preferencia al Diario que Koltsov publicó en la prensa soviética a raíz de los hechos y luego le editaron en forma de libro cuya traducción española se publicó en 1963; es uno de los rasgos de la curiosa y sesgada metodología del procomunista

señor Aróstegui, allá él. Koltsov, junto con los generales Gorév y Berzin ejercen una gran influencia en la formación y orientación de la Junta de Defensa; prefiero guiarme por la documentada autoridad de Bolloten, reconocida internacionalmente, que por las falsedades de Carrillo y los ingenuos voluntarismos de Aróstegui.

Los cuáles deberían meditar la siguiente y fundadísima tesis de Andrés Suárez, plenamente corroborada por Indalecio Prieto y que adquiere toda su resonancia trágica a partir del 6 de noviembre de 1936 en Madrid:

«El instrumento visible y activísimo de la intervención soviética fue, naturalmente, el Partido Comunista de España. Como señaló el historiador David T. Cattell esta organización se ocupó sobre todo de las manifestaciones públicas y de la propaganda, puesto que la verdadera dirección y el poder de decisión estaban en otras manos más sólidas, pero en realidad fue la mampara tras de la cual maniobraron los representantes directos de Moscú».

[\[242\]](#)

Los consejeros soviéticos y demás agentes de Stalin se pusieron

activamente en funcionamiento el día 6 de noviembre. El general Ian Berzin, consejero principal, fue quien gestionó el nombramiento del general Miaja para la jefatura de la Junta de Defensa, según Krivitsky.^[243] El general Gorév actuó como asesor decisivo en la defensa militar de Madrid junto a Miaja y Rojo. Mikhail Koltsov mantuvo en esos momentos cruciales su obsesión contra los presos. Se movía en los medios comunistas y gubernamentales de Madrid —Comisariado, Comité Central, Junta de Defensa— como Pedro por su casa. Gibson acepta de lleno su testimonio del 6 de noviembre.

Koltsov recorre los desmoralizados

centros políticos de Madrid durante el 6 de noviembre. En el Comité Central vuelve a exponer la necesidad de «evacuar» a los presos de la Modelo: no le basta con las sacas de Porlier y San Antón.

DOCUMENTO 65

«Miguel (el propio Koltsov probablemente) preguntó qué había de la evacuación de los fascistas detenidos. Respondió Checa que no se había hecho nada y que ya era tarde. Para ocho mil personas hace falta muchísimo transporte, escolta, una verdadera organización ¿Dónde

hacerse con todo ello en un momento semejante?

«No hay por qué evacuar a todos los ocho mil —insiste Koltsov— entre los que hay mucha gente inofensiva, morralla. Es necesario elegir a los elementos más peligrosos y mandarlos a la retaguardia a pie, en grupos pequeños de doscientos hombres... Y fila la cantidad: dos mil, mil quinientos.

«Checa reflexionó, meneó afirmativamente la cabeza. Destacó para ese trabajo a tres camaradas. Fueron a dos grandes cárceles...

«Hicieron salir al patio a los fascistas, los iban llamando por lista. Esto los desconcertó y les aterrorizó.

Creyeron que iban a fusilarlos. Los llevaron en dirección a Arganda; hacia allí fue, con el primer grupo, un inspector a organizar un punto de etapa provisional».^[244]

Esta es la versión Koltsov de la orden de saca dada el 6 de noviembre y de las primeras sacas —de dos grandes cárceles, en efecto— que salieron al día siguiente. No hasta un punto de etapa provisional, sino definitivo. Paracuellos del Jarama.

Gibson concluye muy correctamente de este relato: primero, «la autoridad de que disfrutaba Koltsov. En segundo lugar que «Koltsov tenía la obsesión de que se evacuasen los presos»... Sólo en

la madrugada del 7 se tomó la decisión de poner en marcha la evacuación. Según el ruso tal iniciativa corrió a cuenta del Partido Comunista». Más aun, «que los comunistas empezaron a organizar unas sacas de presos en la madrugada del 7 de noviembre de 1936 nos parece seguro, pues siendo el testimonio del soviético Koltsov nos parece de un peso indudable. Koltsov, claro está, aparenta no saber nada de lo que pasó realmente con los prisioneros supuestamente trasladados a Arganda, camino de Valencia. Pero forzosamente lo tiene que haber sabido.

Todavía no queremos entrar en la cuestión de las responsabilidades por lo

que ocurrió con aquellos presos, pero en este momento de nuestra investigación no se puede ocultar que la implicación comunista en la matanza parece fuera de duda». [245]

Sobre las seis de la tarde Carrillo y su inseparable Cazorla, recién admitidos en el PCE, acuden al ministerio de la Guerra, donde se acababa de celebrar el consejo de ministros de la huida y le dicen a Caballero que todo Madrid sabe que el gobierno se escapa. El viejo socialista se indigna pero lo tiene que reconocer. Entonces los dos neófitos comunistas se van al comité central del PCE y conferencian con Checa, Mije, Antón y Diéguez, que ya están en

contacto con el general Miaja. La decisión que toman todos es trascendental:

DOCUMENTO 66

«Estuvimos cambiando impresiones y concluimos que la Junta de Defensa debía comenzar a funcionar de hecho esa misma noche, aunque su constitución formal se hiciese al día siguiente como se ordenaba en la misiva del gobierno a Miaja. El partido había decidido designar a Mije como efectivo y a Diéguez como suplente para la Consejería de Guerra. Se convino que

la otra consejería fundamental era la de Orden Público, después que el general Mola hubiese anunciado por radio que tomarían Madrid con las cuatro columnas que comenzaban a rodear la ciudad y con la quinta columna que tenían organizada en el interior... En aquel momento acordamos proponer que esa consejería la ocuparía yo con José Cazorla como suplente». ^[246]

No hubo, pues, vacío de poder. La Junta de Defensa comenzó a funcionar en la misma noche del 6 al 7 de noviembre y durante esa noche Santiago Carrillo recibió toda la responsabilidad del orden público, con la expresa misión de

aniquilar a la quinta columna.

Según se deduce de las propias palabras de Carrillo que acabamos de transcribir, toda la responsabilidad de la represión, toda la responsabilidad de Paracuellos.

No todo el gobierno se marchó de Madrid. Quedó en la capital, sin función expresa, el subsecretario de Gobernación, Wenceslao Carrillo, y según nos explica ahora su hijo se quedó por la natural preocupación de observar cómo se desenvolvía su hijo en tan importante cargo. Se sabe poco sobre Wenceslao Carrillo. No se ha citado nunca una tremenda invectiva que le dedica el ministro de Justicia anarquista,

Juan García Oliver, sobre la actuación de Carrillo «senior» cuando recuperó después en Valencia el ejercicio de su cargo, una vez convencido de lo bien que funcionaba su hijo en la consejería de Madrid.

DOCUMENTO 67

«El grupo de alumnos de la ronda nocturna no tuvo que esperar muchos días. Dos noches después dieron el alto a una pequeña tropa de guardias de Asalto que llevaban a ejecutar a un paisano. Sorprendidos, los guardias de Asalto manifestaron estar en cumplimiento de un servicio ordenado

por Wenceslao Carrillo.

«Cuando lo supe telefoneé a Galarza, ministro de la Gobernación.

«¿Galarza? Se trata de tu subsecretario de Gobernación, el inefable señor Carrillo. ¿Puedes sujetarle de manera que por las noches no envíe a sus guardias a dar «paseos»?

«¿Qué me cuenta usted? ¿Está usted seguro de ello?

«Sí, Galarza, Fueron sorprendidos cuando iban a fusilar a un pobre sujeto detrás de la Escuela de Guerra de Paterna. Después de haber logrado poner fin a las actividades del «Tribunal de la sangre» ayúdeme a

frenar a Carrillo para no tener que pasar el asunto al fiscal de la República».^[247]

Carrillo hijo seguramente tampoco ha leído nunca el libro de García Oliver.

Sobre las ocho y media de la tarde del 6 de noviembre el general Asensio, subsecretario de Guerra, entregó al general Miaja un sobre de Presidencia por el que se le nombraba jefe de la Junta de Defensa de Madrid, cuyas vocalías deberían ser propuestas por los partidos y sindicatos del Frente Popular. Al general Pozas se le entregaba otro sobre nombrándole jefe del Teatro de Operaciones del Centro de España. Parece que los sobres se les dieron

cambiados a los dos generales con orden de no abrirlos hasta el día siguiente. No hicieron el menor caso, abrieron inmediatamente los sobres, los recambiaron y entraron esa misma noche en funciones.

LA NOCHE DEL 6 AL 7 DE NOVIEMBRE

Santiago Carrillo inicia su relato de la noche del 6 al 7 de noviembre con una falsedad gratuita sobre los bombardeos de la artillería y la aviación enemiga.

FALSEDAD 48

«Esa y las noches siguientes los atacantes hicieron un tremendo alarde para aterrorizar a la población, causando miles de víctimas en sus inacabables bombardeos».^[248]

DOCUMENTO 68

Esos miles de víctimas por bombardeos entre la población civil de Madrid son pura fantasía de Carrillo. Precisamente a primeros de noviembre el jefe de la aviación nacional, general Kindelán, había dado la orden a sus aviones de no

sobrepasar las líneas en vista de la clara superioridad aérea del enemigo.

[249] En su definitivo trabajo de «Nueva Historia» en 1977 (op. cit. p. 40) el general Salas concreta más: «Los datos oficiales de las Fuerzas de Defensa de Madrid indican que entre los días 1 y 6 de noviembre no se efectuó ninguna incursión aérea enemiga. En la del día 7 se produjo un muerto y 16 heridos; en la del día 8 once muertos y 126 heridos; en la del 9, 7 muertos y 52 heridos; en el día 10, 4 muertos y 48 heridos; y en la del día 11, 14 muertos e igual número de heridos. En total 37 bajas definitivas y 259 recuperables.». Los miles de

víctimas de Santiago Carrillo. Y en el estudio estadístico publicado por el mismo autor, que no ha sido superado (pese al pataleo de los ineficaces propagandistas de la historia) se fija el total de todos los muertos producidos entre la población civil de Madrid durante toda la guerra civil, por bombardeos aéreos y artilleros:

«Sigue a Oviedo, a poca distancia, Madrid, con 1442 defunciones, que dicen bien claro lo que supuso para la capital ser frente de combate durante casi toda la guerra».^[250] Nótese que esas 1442 bajas civiles se refieren a los casi tres años de guerra en Madrid. ¿Dónde están los «miles de víctimas»

por los bombardeos del 6 de noviembre y días siguientes?

Entre las diez de la noche del 6 de noviembre y las dos de la madrugada del 7 Carrillo estuvo muy ocupado en una trascendental reunión y no echando discursos por el Metro para animar a la población ante los miles de víctimas que sufría en el bombardeo, como dice con desfachatez en sus memorias.

FALSEDAD 49

«La noche (del 6 al 7) tuve que dedicarla junto con otros activistas del PCE y de la JSU a hacer discursos en las estaciones de metro para elevar la

moral de la población refugiada allí».

[251]

DOCUMENTO 69

En su conversación con Gibson para el libro que el hispanista preparaba sobre Paracuellos Carrillo se acerca mucho más a la verdad:

«Entonces Miaja nos reunió esa noche, no recuerdo exactamente a qué hora, pero quizás hacia las diez de la noche. Sé que la reunión termina a las dos de la madrugada. Y esa noche ya se reparten las funciones en la Junta de Defensa, y a mí me dan la Consejería de Orden Público, todavía

no sé muy bien por qué».

En el documento 66 Carrillo acaba de decirnos que sí sabía muy bien por qué; y que sus funciones iban a comenzar aquella misma noche. La larga reunión se celebró en el ministerio de la Guerra; las demás de la Junta de Defensa en los sótanos del ministerio de Hacienda, al principio de la calle de Alcalá junto a la Puerta del Sol.^[252]

En aquella reunión nocturna se estableció la Junta de Defensa de Madrid en la forma siguiente:

Presidente, general José Miaja, pronto afiliado al partido comunista, aunque a Aróstegui y Martínez se les

olvida este pequeño detalle.

Secretario, José Frade, socialista aparente y comunista real, aunque Aróstegui y Martínez parecen no haberse enterado.

Guerra, Antonio Mije, comunista

Orden Público, Santiago Carrillo, comunista

Industrias de guerra, Amor Nuño, CNT.

Pablo Yagüe, Abastos, UGT, comunista; hasta Aróstegui lo reconoce.

José Carreño, Izquierda Republicana, Comunicaciones y Transportes

Enrique Jiménez, Unión Republicana, finanzas

Francisco Caminero, evacuación
civil, sindicalista

Mariano García, Información y
enlace, Juventudes Libertarias^[253]

El general Miaja había servido con distinción y valor en las campañas de África, como reconoce en general Mola en sus recuerdos. Era de apariencia bonachona y contempORIZADORA; se hizo comunista por conveniencia pero según parece poseía también, con carácter más o menos honorífico, los carnets de otros partidos. Después de actuaciones poco satisfactorias como jefe de columna en los primeros meses de la guerra civil demostró una notable aptitud militar

para la defensa de Madrid, no temió rodearse de colaboradores militares brillantes y luchó a brazo partido para concentrar bajo su mando cuantiosos medios. Estaba encantado con su gran popularidad, a la que contribuyeron los comunistas creando el «mito Miaja» aunque luego, cuando Miaja respaldó la sublevación de Casado contra Negrín en marzo de 1939, se empeñaron, con el habitual sectarismo de su propaganda, en la demolición del mito. Parece que se había comprometido con la conspiración militar y su nombre figuraba en los archivos de la Unión Militar Española lo que no es extraño; Miaja se apuntaba a todo. [\[254\]](#)

Miaja eligió inmediatamente jefe de Estado Mayor de la defensa de Madrid a un militar de competencia reconocida, el teniente coronel Vicente Rojo, católico y conservador, afiliado también a la UME y que, seguramente para cubrir su pasado, se aproximó notablemente a los consejeros soviéticos y a los comunistas, aunque no consta que ingresara en el partido. La mano de Rojo se notó inmediatamente en el cambio de actitud mostrado por las fuerzas de la defensa de Madrid ante la inminencia del asalto enemigo.

Con la presidencia de la Junta, la secretaría, las dos consejerías fundamentales y otras dos consejerías en

sus manos, el influjo de los comunistas, y por tanto de los soviéticos, en la Junta de Defensa de Madrid estaba descontado. En lo que a nosotros nos interesa, tal influjo iba a hacerse patente en la reorganización e impulso de las actividades represivas. Burnett Bolloten y Ian Gibson han subrayado el decisivo peso de los comunistas en la Junta de Defensa, pero creo que nadie ha apuntado que, como acaba de verse, disponían en ella de seis puestos entre diez, es decir una holgada mayoría absoluta asegurada gracias a sus «submarinos». Inmediatamente el general Pozas, jefe del Teatro de Operaciones del Centro de España,

instaló su cuartel general en Alcalá de Henares; y para demostrar la inanidad de las excusas sobre el ámbito de jurisdicción de la Junta de Defensa de Madrid y sobre la acción de los incontrolados, los partes militares de la defensa señalan que le mismo día 7 de noviembre, al recibir la noticia de que algunas fuerzas que habían huido desordenadamente de los frentes se dedicaban a provocar desmanes en la zona de Villaverde y Vallecas, Miaja envía inmediatamente tres compañías de Asalto que les reducen y les incorporan a las tareas de defensa.^[255] Las fantasías de Carrillo sobre los incontrolados que asaltan camiones de presos son, como

tantas veces, una tomadura de pelo al lector. En el corredor Alcalá de Henares, carretera de Aragón-Ventas, por donde saldrían el 7 de noviembre los autobuses con las primeras sacas de la Modelo, pululaban las fuerzas organizadas y además de signo comunista; la XI Brigada Internacional desde el 5 de noviembre hasta el 8, la reserva de Valentín González «El Campesino» en Alcalá, los destacamentos enviados por Castro Delgado desde ese mismo día 5 para controlar los accesos a Madrid, como vimos. Este tramo de la carretera de Aragón, junto con el ferrocarril del Jalón, era ya el cordón umbilical de

Madrid con la retaguardia de Levante, una vez que la presencia de los nacionales en el Cerro de los Ángeles había cortado ya definitivamente la carretera y el ferrocarril de Andalucía. En aquella carretera, de donde sale pasado el Jarama el desvío de Paracuellos, no podría ocurrir nada fuera de control a partir del 6 de noviembre. Y no ocurrió.

El propio Carrillo se encarga de definir sus atribuciones como consejero de Orden Público: «Yo mismo era una especie de ministro de la Gobernación de Madrid, en la Junta de Defensa».^[256] Es una coincidencia muy sospechosa con lo que dice sobre

el mismo asunto la Causa General: el consejero de Orden público «es como un ministro de la Gobernación».^[257] **Y es que Carrillo no lee los libros que le acusan, los devora.**

Investido como consejero en la reunión nocturna del ministerio de la Guerra, Carrillo se pone en marcha inmediatamente. Hasta Aróstegui reconoce que la primera consejería que se estructura es la de Orden Público. Pero Carrillo adelanta la efectividad de esa constitución: «En la misma noche del 6 yo empecé a hacerme cargo de las responsabilidades con Mije y los compañeros citados que se incorporaron ya».^[258]

«Empecé a hacerme cargo de las responsabilidades» tremenda confesión de parte. Entre esas responsabilidades, como vemos en las Actas de la Junta de Defensa, figuraba también una implacable censura de prensa. Pero Carrillo se dedicó —desde esa misma noche— a su principal misión; acabar con la quinta columna.

Como vimos, el subdirector general de Seguridad había enviado el 6 de noviembre al director de la cárcel Modelo un oficio exigiéndole la entrega de cerca de un millar de presos a los portadores del oficio. Ya huidos de Madrid esa misma tarde el ministro de la Gobernación Galarza y el director

general de Seguridad Muñoz fueron las nuevas autoridades de Orden Público en la Junta de Defensa quienes se encargaron de verificar los traslados el 7 de noviembre.

Jesús de Galíndez, miliciano vasco que prestaba servicios en la delegación de Euzkadi en Madrid, nos ofrece un testimonio excepcional a este propósito:

DOCUMENTO 70

«El mismo día 6 de noviembre se decide la limpieza de esta quinta columna. Por las nuevas autoridades que controlaban el Orden Público». Es decir por Santiago Carrillo y sus

colaboradores. Y en la noche del 6 al 7.

«La trágica limpieza de noviembre —continúa Galíndez— fue desgraciadamente histórica; no caben paliativos a la verdad. En la noche del 6 de noviembre fueron minuciosamente revisadas las fichas de unos seiscientos presos de la cárcel Modelo y, comprobada su condición de fascistas, fueron ejecutados (el 7) en el pueblecito de Paracuellos del Jarama.

«Dos noches después otros cuatrocientos. Total 1020.

«En días sucesivos la limpieza siguió hasta el 4 de diciembre». Y

Galíndez concluye:

«Para mí la limpieza de noviembre es el borrón más grave de la defensa de Madrid, por ser dirigido por las autoridades encargadas del orden público».^[259]

DOCUMENTO 71

Las declaraciones del anarquista Manuel Rascón Ramírez y del comunista Ramón Torrecilla Guijarro, miembros del Consejo creado en la misma noche del 6 al 7 de noviembre en la Dirección General de Seguridad (el llamado «consejillo» son de primordial importancia y Gibson se la reconoce).

Rascón confirma de lleno la tesis de la Causa General, que ya hemos reproducido, sobre la continuidad entre la checa de Fomento (Comité Provincial de Investigación Pública) y el consejo de Orden Público, instituido por Santiago Carrillo. Esta es la declaración de Rascón:

«La disolución del Comité de Investigación Pública motivó protestas por parte de los que habían pertenecido al mismo y entonces quedaron sin destino alguno y por este motivo se hicieron unas relaciones para ingreso en las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia de aquellos que se estimó que no debían

conseguir nombramiento de agentes, aunque algunos de los que figuran en la relación la obtuvieron más tarde. Las listas, tanto de los que debían ingresar como agentes como de los que debían ingresar en las MVR fueron confeccionadas por las distintas organizaciones sindicales y partidos políticos»

Rascón atribuye al extinto Comité Provincial de Investigación Pública la designación de cinco miembros que se incorporaron al consejo de la Dirección General de Seguridad:

Manuel Rascón Ramírez (CNT)

Antonio Molina Martínez (PCE)

Manuel Ramos Martínez (FAI)

Félix Vega Sanz (UGT)

Arturo García de la Rosa (JSU).

Carrillo designó personalmente al presidente del consejo, su amigo íntimo Segundo Serrano Poncela (JSU pasado al PCE) y a tres consejeros comunistas más:

Juan Alcántara Cristóbal

Ramón Torrecilla Guijarro

Santiago Álvarez Santiago.^[260]

Rascón testifica también sobre el método de trabajo que seguía el consejo, estructurado en tres

comisiones: «una de interrogatorios y propuestas de libertad (Rascón, Félix Vega) otra de cárceles y presos (Serrano Poncela, Juan Alcántara) y la tercera de Personal (Santiago Álvarez, Ramón Torrecilla, Antonio Molina o Manuel Ramos).

«La primera comisión —explica Rascón— tenía como misión la de interrogar a todos los detenidos que eran llevados a la Dirección General de Seguridad y hacer propuestas de libertad de los que tenían por conveniente, preocupándose también de que se firmasen las órdenes de cumplimiento de dichas propuestas». Rascón y Vega — resume Gibson— interrogaban a los

presos y solicitaban un informe de la temible Sección Técnica de la DGS. Entonces se hacían las propuestas definitivas de concesión o denegación de libertad». Dichas propuestas — concluye Rascón— eran resueltas por el consejero de Orden Público, es decir por Santiago Carrillo, quien se encargaba de la resolución final.^[261]

La responsabilidad de Carrillo en las ejecuciones, admitida, no sé si dándose cuenta, en la confesión a que se refiere la nota 255, se delimita cada vez con mayor claridad gracias a las declaraciones de sus aliados, como Galíndez, o de sus propios subordinados. Que no están inculcando

al poderoso secretario general del PCE (no lo fue hasta 1960) sino al casi desconocido Carrillo de 1939 a 1945.

DOCUMENTO 72

El comunista Arturo García de la Rosa declaró a Gibson en 1982 «que él también cree recordar que el consejo empezó a funcionar en la madrugada del 7 de noviembre de 1936. Este hecho capital, ya superprobado, que va a arrojar sobre Santiago Carrillo la más alta responsabilidad por las sacas de la cárcel Modelo, desde la primera hasta la última, y que reduce a la nada sus torpísimas excusas posteriores, viene

una vez más corroborado por otra declaración importantísima, la del comunista y miembro también del consejo Ramón Torrecilla.

(En la noche del 6 al 7 de noviembre y) **«al mismo tiempo (que a los consejeros) se nombró delegado de Orden Público (equivalente a director general de Seguridad) al redactor del diario socialista «Claridad» Segundo Serrano Poncela. Todos aquellos ministros o consejeros de la Junta de Defensa instalaron sus despachos en el palacete de March, en la calle Núñez de Balboa. La Delegación de Orden Público se instaló en la calle de Serrano 37.**^[262]

«La noche del 6 al 7 de noviembre —dice Torrecilla— tuvo aviso el declarante de que iba a ser nombrado vocal del consejo de la dirección general de Seguridad (nuevo organismo que entonces se creaba) y aunque hasta el día 10 del mismo mes no recibieron él y los demás consejeros sus nombramientos escritos, expedidos por Santiago Carrillo, ya en la madrugada del 7 de noviembre celebró con otros consejeros una reunión y a partir de este momento empezó a funcionar aquel consejo de la Dirección General de Seguridad que estaba constituido por los siguientes individuos

(reproduce la relación ya dada por Rascón).

«Serrano Poncela (delegado de Orden Público) tenía que ir a despachar diariamente con el consejero de Orden Público en la Junta de Defensa, Santiago Carrillo, en la oficina de éste. Además Santiago Carrillo iba con frecuencia a la dirección de Seguridad a conferenciar con Serrano Poncela. Se llevaba en la Dirección general de Seguridad un libro registro de expediciones de presos para asesinarlos. Calcula el declarante que fueron alrededor de 20 ó 25 las efectuadas, de ellas cuatro de la cárcel Modelo, cuatro o cinco de la

de San Antón, seis a ocho de la de Porlier, seis a ocho de la de Ventas. Le parece que de la cárcel Modelo se extrajeron para matar alrededor de mil quinientos presos».^[263]

Resulta patética, si no fuera tan trágica, la actitud de Carrillo cuando, al acercarse la transición y sobre todo cuando regresó a España, se obstinaba en negarlo todo, confundirlo todo, arrojar la conciencia de su responsabilidad sobre unos y otros, subordinados o superiores, para presentarse limpio de toda culpa y ajeno a todo arrepentimiento. Ya vimos cómo dijo a Jorge Semprún que hurgar en los recuerdos del stalinismo sólo podía

nacer de un masoquismo pequeño-burgués; y que a fuer de no cristiano desconocía la noción del arrepentimiento. A Gibson, en su entrevista sobre la represión en Madrid (1982) le dijo que «la evacuación del de noviembre —la evacuación que se cortó en Paracuellos— fue decidida en conjunto por la Junta de Defensa».^[264] Tal decisión no figura en acta alguna de la Junta de Defensa; ningún miembro de la Junta ha reconocido esta decisión. Luego concreta un poco más y atribuye la culpa al general Miaja.^[265] La contradicción en que se debate Carrillo es patética, repugnante. Acaba de decirnos en su entrevista con Gibson (p.

202) que la evacuación «fue decidida en conjunto por la Junta de Defensa» y en la p. 207 que «fue una decisión de la Junta y bueno, las órdenes para eso las dio el general». Pero dos páginas más allá se olvida de la Junta de Defensa, niega la intervención de la Junta: «Eso de las 2000 personas debe ser esa evacuación, me imagino debe ser esa evacuación que —es curioso— en la Junta de Defensa no se trata nunca ese problema».^[266] Luego le dice a Vilallonga, como ya hemos recordado, que los asesinos fueron los anarquistas. Pero en la entrevista con Gibson, en otro momento, echa la culpa a Koltsov y a los consejeros soviéticos.^[267] Y en otro

lugar de la misma entrevista el culpable de los asesinatos es su compañero comunista Checa.^[268] Después justifica el «terror rojo» para que la culpa recaiga sobre toda la República:

«Yo pienso que puede entrar en la lógica de una situación de terror la idea del terror rojo, para entendernos, o del tenor republicano, eso puede entrar».

^[269] Se trata sin duda de una comprensión muy coherente en quien, como vimos, justificaba todos los excesos del stalinismo como una «necesidad histórica» en 1970.

La entrevista de Carrillo con Gibson es un desbordamiento de contradicciones. Ahora resulta que como

los convoyes de presos iban «con custodia militar» son responsables los jefes militares, es decir Miaja y Pozas.

[270] Gibson rebate con toda razón esta nueva excusa de Carrillo y hace suyo el mentís de Líster: «Si realmente hubiera habido interés en custodiar las expediciones del 7 y el 8 de noviembre, la Junta de Defensa habría podido asegurar sin problemas su protección».

[271] Otro de los acusados por Carrillo es su propio delegado de Orden Público y amigo de siempre, Segundo Serrano Poncela, sobre quien dice que «a los 15 o 20 días es destituido»; está cometiendo «injusticias» y tiene en su casa joyas robadas, producto de sus

rapiñas. Pero resulta que los veinte días del nombramiento de Poncela se cumplieron el 26 de noviembre y después de tal fecha el delegado siguió firmando sus famosas «órdenes de libertad» que en realidad eran de ejecución, y de las que existe una trágica colección en las ilustraciones de la Causa General. La presunta destitución de Poncela no se publicó jamás en el boletín de la Junta de Defensa, ni en la Gaceta.

Pero Serrano Poncela comunicó su testimonio a Jesús de Galíndez que lo publicó en su difundido libro; otro libro que Carrillo, según dijo a Gibson, nunca conoció. Este es el testimonio:

DOCUMENTO 73

«El deber de estricta objetividad que me he impuesto hace que dé cuenta de la versión escuchada de labios de Segundo Serrano Poncela, baja en el Partido Comunista antes de terminar la guerra, y exilado finalmente en la República Dominicana. Según sus palabras, él ignoró totalmente que el «traslado a Chinchilla» o las órdenes de libertad posteriores fueran una contraseña convenida para sacarlos de la prisión y matarlos en las afueras de Madrid; las órdenes le eran pasadas por el consejero de Orden Público Santiago

Carrillo y él se limitaba a firmarlas; y tan pronto como averiguó la trágica verdad a primeros de diciembre, dimitió de su cargo. El asunto es tan delicado y grave que no juzgo lícito opinar». ^[272] Al escuchar este testimonio de Galíndez Carrillo contestó que siempre se había llevado muy bien con Irujo; es un gran experto en el método Ollendorf. En cuanto a Poncela, es evidente que miente al querer echar las culpas de las matanzas exclusivamente sobre Carrillo. En la declaración de Torrecilla, por ejemplo, se cuenta que en el consejo del 10 de diciembre se informó detenidamente sobre las

ejecuciones.

LAS GRANDES SACAS DEL 7 DE NOVIEMBRE

El 7 de noviembre de 1936 amanece muy frío. Las columnas de Barron y Tella avanzan por Carabanchel pero tropiezan con una resistencia inesperada y durísima. Las columnas de Yagüe y Castejón entran en la Casa de Campo pero se ven frenadas por una enérgica resistencia de las brigadas mixtas, apoyadas por carros. Al anocheecer fuerzas de carabineros interceptan a un

carro atacante y encuentran sobre el cadáver de un oficial la orden de operaciones para el día siguiente, firmada por Varela, donde se fija la dirección del ataque principal precisamente en el sector de la Casa de Campo. Miaja y Rojo toman inmediatamente medidas para cortarlo y llaman a primera línea, para defender ese sector, a la XI brigada internacional. «Paralelamente —recuerda Santiago Carrillo— la función más específica que me correspondía en tanto que consejero de Orden Público era la lucha contra la quinta columna».^[273] La lucha contra unos hombres presos e inermes — porque ésa era en aquellos días la

interpretación principal de la quinta columna según el agente de Stalin Mikhail Koltsov— a los que la consejería de Orden Público iba a «trasladar» a la retaguardia.

Sabemos que, durante la noche o la madrugada anterior, los tres comunistas señalados por la dirección del partido a requerimiento de Koltsov, y que como muy atinadamente apunta Gibson no hubieran podido cumplir su misión sin contar con las nuevas autoridades de Orden Público, es decir con Santiago Carrillo, se habían presentado en dos grandes cárceles —tienen que ser la Modelo y San Antón— para organizar las primeras sacas masivas de presos,

después de la saca de militares que salieron de Porlier el 1 de noviembre.
[274]

Por eso tengo por seguro que la declaración de un miembro del consejo, el comunista Ramón Torrecilla, que ya hemos citado en parte, sobre su propia presencia en la cárcel Modelo para organizar sobre el terreno la primera gran saca se refiere a la del 7 de noviembre, primero porque ésta es la fecha que inicialmente proporciona Torrecilla y segundo porque todo el contexto de su declaración se refiere a una *primera saca* importante de esa prisión. Está claro que Torrecilla es uno de los tres comunistas enviados a dos de

las grandes cárceles, según informa Koltsov, en la madrugada del 7 de noviembre.

Llegó Torrecilla a la Modelo con una orden del «Pachuli», un seisdedos que ejercía como secretario de la Dirección General de Seguridad y acompañado por Rascón, Ramos Martínez, Agapito Sáinz, Andrés Urresola y Lino Delgado. Los dos primeros, al igual que Torrecilla, eran miembros del consejillo. La orden de la DGS era verbal pero se confirmó a la cárcel por teléfono. Entraron.

DOCUMENTO 74

«El dicente (Torrecilla) y sus cinco compañeros se encaminaron seguidamente al fichero de presos y pasaron varias horas apartando las fichas, según la profesión de los presos, en los cuatro grupos siguientes:

«1.—Militares

2.—Hombres de carreras y aristócratas

3.—Obreros

4.—Personas cuya profesión no constaba.

«Ya llevaban seleccionada más de la mitad del fichero cuando se presentó el Delegado de Orden Público o Director General de Seguridad Serrano Poncela y

ordenó que todos los seleccionados entre los grupos 1 y 2 (militares y burgueses) saliesen de las galerías a las naves exteriores porque los fascistas avanzaban y si los libertasen les serían un refuerzo formidable. Mandó prepararles, pues enseguida llegarían unos autobuses para trasladarlos y refirió que el ministro de la Gobernación (lo era Ángel Galarza) cuando marchó a Valencia la noche del 6 de noviembre había dado orden por teléfono desde Tarancón de que los trasladasen y añadió en tono malicioso que quien mandaba la expedición ya tenía instrucciones de lo que había de hacerse con los presos, que era una

«evacuación... definitiva».

«En cumplimiento de esta orden de Serrano Poncela suspendieron la selección de fichas el declarante y sus compañeros. Era entre las tres y las cuatro de la madrugada. Sacaban a los seleccionados a las naves y con cuerdas les ataban las manos a su espalda uno a uno y a veces por parejas. No puedo precisar el número de ellos pero sí que pasaban de los quinientos. La mayoría eran militares pero también había paisanos.

Alrededor de las nueve o diez de la mañana... llegaron a la cárcel Modelo siete o nueve autobuses de dos pisos de servicio público urbano y dos autobuses

grandes de turismo. En el interior de cada uno de esos coches de dos pisos metieron sesenta o más detenidos y en su plataforma delantera, digo trasera iban de ocho a doce milicianos armados. Partió la expedición y con ella marcharon algunos de los que habían hecho la selección de las víctimas en el fichero, entre ellos Agapito Sáinz y Lino Delgado y creo que también Urresola y Rascón. Aquella expedición la vio partir el declarante, que seguidamente marché de la cárcel». [\[275\]](#)

DOCUMENTO 75

La declaración del policía Álvaro

Marasa ante la Causa General (7 de noviembre de 1939, aniversario de la primera gran saca de la Modelo) resulta importantísima porque nos detalla que los ejecutores de las sacas pertenecían a las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia; nos describe cómo se realizaban los asesinatos y la premeditación con que se trasladaba a los presos, así como la intervención de las autoridades de Orden Público en la selección y en las órdenes de extracción.

Este testimonio confirma los de Torrecilla y Rascón y concuerda con los testigos presenciales supervivientes de las prisiones.

«Dice que a principios de octubre

de 1936 se estableció en la Comisaría General situada en la calle de Serrano número 35 una dependencia de personal que primeramente funcionó bajo la dirección de Ramón Torrecilla y después fue dirigida por Santiago Álvarez Santiago. Esta dependencia sólo se dedicó en sus principios a informar sobre la afección al régimen republicano de los agentes de vigilancia. Después, y ya dirigida por Santiago Álvarez, fue la que en delegación de del delegado de Orden Público Serrano Poncela intervino en las sacas de presos del mes de noviembre del citado año. Se componía de diez agentes cuyos

nombres son: Andrés Urresola Ochoa, Manuel Tellado, Lino Delgado Sáinz (últimamente en la brigada criminal de agente) Luis Colina, Ramón Torrecilla, Enrique Ortiz, Aroca, Agapito Sáinz, el dicente y el jefe Santiago Álvarez. Son todos los nombres que de componentes de esta dependencia de personal recuerda el dicente. Todos ellos a excepción de Ramón Torrecilla y Santiago Álvarez, que el dicente sepa, intervinieron directamente en las sacas de presos citadas.

«Supone el dicente que la selección de presos a ser fusilados se hacía entre el Delegado de Orden Público

de la Junta de Defensa Serrano Poncela y el consejo de la Dirección General de Seguridad, compuesto por representantes de los partidos políticos y organizaciones del Frente Popular. Entre los componentes de ese consejo recuerda a Manuel Rascón, un La Rosa, un Molina y otros cuyo nombre no recuerda y que no son pocos ya que todas las organizaciones del Frente Popular tenían representación en el consejo dicho. Cree el dicente que los comités de las cárceles que ya funcionaban hacía tiempo cuando llegó noviembre debían tener listas de presos muy propios para ser fusilados, por su relieve o

peligrosidad para el régimen republicano. Y cree que reunido el citado consejo con el delegado de Orden Público éste recibía de aquel apoyo para organizar las sacas de detenidos que habían de ser fusilados. Luego las dichas listas que debían obrar en poder de los comités de las cárceles serían la base de la selección de los que debían morir.

«Los agentes de la dependencia citada, para intervenir en las expediciones de presos, recibían orden de Serrano Poncela de realizar tal intervención; esta orden les venía por mediación del agente Lino Delgado, que con Serrano Poncela o con

persona de la confianza de éste se entendía directamente. La orden era escrita con el membrete de la Dirección General de Seguridad, sello del mismo organismo y firmada por Serrano Poncela. Estos agentes se limitaban a ser portadores de la orden escrita, que iba dirigida al director de la cárcel correspondiente y que decía poco más o menos: «Sírvese poner en libertad a los detenidos cuya relación se acompaña» o «cuyos nombres se reseñan al dorso». El director hacía que cumplía la orden y se los entregaba al agente portador de ella, el que dirigía la expedición y la conducía a donde Serrano Poncela

verbalmente, y por conducto de Luis Delgado, les había ordenado llevarla y donde los presos, en virtud de la misma orden verbal, serían fusilados. La única orden escrita que en estos casos figuraba era la dirigida al director de la prisión; las demás instrucciones, que constituían el fondo del caso, eran de palabra y por el citado conducto. Consumado el fusilamiento, el cumplimiento de lo ordenado se comunicaba al citado Lino Delgado, que daba cuenta a Serrano Poncela. A punto de salir de la cárcel los detenidos eran despojados por los milicianos que los habían de fusilar de todos los objetos de su pertenencia,

los que luego eran entregados a Santiago Álvarez Santiago. La ropa las conservaban hasta morir y al final debía caer en manos de la gente del pueblo próximo al lugar del fusilamiento. Serrano Poncela daba orden de facilitar un determinado número de coches al parque de la Dirección General de Seguridad y a los diversos puestos de las milicias de retaguardia de destinar milicianos a la ejecución, esta última orden era recibida por el teniente Federico Manzano, comandante general de Milicias de Retaguardia. La expedición, en orden a quien la dirigía, se componía de dos momentos:

entrega de presos, so pretexto de libertad, en que el agente mandado por Serrano Poncela se hacía cargo de ellos; fusilamiento de los mismos, en que el jefe de las milicias Federico Manzano o su delegado organizaban la matanza, la realizaban y cuidaban de que ningún detenido quedase con vida. El fusilamiento realizado, la misión de todos ellos había terminado y volvían a Madrid sin enterrar los cadáveres. El agente delegado, aparte de hacerse en el primer momento cargo de los presos, era el que en un coche ligero abría marcha y marcaba el camino a seguir por la expedición hasta el lugar donde todo era

consumado. Federico Manzano o su delegado ya sabían al llegar a la cárcel de lo que se trataba y eran los que cuidaban de custodiar a los detenidos hasta el final. Todo esto lo sabe el dicente porque como queda dicho acudió a ello como delegado de Serrano, lo que ocurrió tres veces; las tres en sacas de la cárcel de Ventas; cuando fueron sus compañeros su función fue la misma.

«En dos ocasiones intervino con la misma delegación en la evacuación de presos de la cárcel de Ventas que fueron trasladados con felicidad a la prisión de Alcalá de Henares. En estos dos casos recibió por conducto de Lino

Delgado una orden dirigida al director de la cárcel de Ventas en que a éste se ordenaba entregar al agente portador a los detenidos que se presentaban para su traslado a la citada cárcel. Cuyos traslados, como queda dicho, se efectuaron. En estos dos casos dieron custodia las citadas milicias de retaguardia y los coches fueron también facilitados por el parque de la Dirección General de Seguridad.

«Andrés Urresola Ochoa se encargó de las expediciones de la cárcel de General Porlier como delegado de Serrano Poncela y en una ocasión de una de la Modelo. Agapito Sáinz de las de la cárcel de San Antón

con el mismo carácter. Luis Colina intervino en una de la cárcel Modelo en unión de Urresola y Aroca. El dicente fue siempre acompañado de Manuel Tellado. Y el jefe de este grupo de agentes como antes se dijo era Santiago Álvarez Santiago».^[276]

Sabemos, por tanto que los custodios y ejecutores de los presos eran las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, bajo control comunista ejercido por el consejo de la Dirección de Seguridad, el delegado de Orden Público y su jefe, el consejero de Orden Público Santiago Carrillo, que despachaba continuamente con Serrano Poncela.

Ian Gibson recabó el testimonio del que era en 1982 alcalde comunista de Paracuellos, don Ricardo Areste Yebes, que recordaba vívidamente haber presenciado sobre las ocho de la mañana del 7 de noviembre un fusilamiento en masa de los presos que acababan de bajar de tres autobuses — tal ver unos doscientos— y conjetura que se trata de una saca desde la cárcel de San Antón. Es cierto; el testimonio está corroborado por el del marqués de Valdeiglesias, entonces preso en San Antón que pudo salir de la zona roja y publicar su testimonio en San Sebastián en el año 1937. Las milicias de vigilancia irrumpieron en la cárcel a las

cuatro de la mañana del 7 de noviembre, y se llevaron al grupo de militares, encabezado por el teniente general don Pío López Pozas. Les sacaron atados y sin zapatos —unos doscientos, calcula Valdeiglesias— entre ellos, además, el duque de S... y el conde de Orgaz. Fueron las primeras víctimas sacrificadas y enterradas en Paracuellos del Jarama.

Poco antes de la primera saca se presentó en la Modelo el intrépido encargado de Negocios de Noruega, Félix Schlayer, acompañado por el delegado de la Cruz Roja, doctor Henry. Schlayer iba en busca de mi padre, abogado, como dije, de la Legación,

capturado en el aeródromo de Barajas el 27 de septiembre cuando trataba de escapar de Madrid, detenido personalmente por el director general de Seguridad Muñoz y reclamado vanamente por Schlayer, que encontró comprensión en Negrín, Giner y Prieto, pero cerrazón absoluta en Largo Caballero y sobre todo en Angel Galarza. Schlayer observó los accesos a la cárcel protegidos por una fuerte guardia que se parapetaba tras barricadas de adoquines y vio en la plaza gran número de autobuses, enviados por Serrano Poncela para trasladar a los presos. Le dijeron en la cárcel que había orden de trasladar a

ciento veinte oficiales a Valencia para evitar que cayesen en manos del enemigo. Entonces se va a la Dirección de Seguridad donde le confirman la orden de traslado. Acude a la cárcel de mujeres. Vuelve a Seguridad, pregunta quién es ahora el responsable del orden público y algún despistado le contesta que Margarita Nelken. Por su propuesta el Cuerpo Diplomático envía un mensaje de alarma al general Miaja quien les tranquiliza: «Todo está en orden, mis manos están firmes».

Por la tarde Schlayer va al ministerio de la Guerra y comunica sus temores a Miaja que responde: «que a los presos no les tocarían ni un pelo».

Schlayer habla a Miaja de mi padre y el general le promete interesarse por él. Eran las cinco y media de la tarde. Anota Schlayer con desesperación algo de lo que se enteró después de ese día: «Hacía dos horas que le habían asesinado». Es decir que la primera gran saca de Paracuellos llegó a su desenlace trágico sobre las tres y media de la tarde del 7 de noviembre de 1936.^[277]

Monseñor Antonio Montero ha resumido con precisión los datos del 7 de noviembre en la Modelo, basándose en dos fuentes muy fiables, los dos Duendes; el de la Colegiata y el Azul. Las complementa con testimonios de varios eclesiásticos y por mi parte las

contrastaré con los vitales datos de Félix Schlayer. Montero cita en efecto al padre Vicuña, al funcionario de Prisiones Portes Alcalá, El médico de la Modelo daba en aquellos mismos días sólo para el 7 de noviembre la cifra de 1035 asesinados en las sacas de esa prisión.

Las sacas del 7 de noviembre desde la Modelo fueron dos. La primera, de unos ochocientos presos, que se consumó en Paracuellos hacia las tres y media de la tarde, según Schlayer; y una segunda, menos numerosa —unos doscientos— que fueron fusilados allí mismo ya anochecido bajo la luz de los faros. Los presos de la primera saca

fueron transportados lentamente en unos veinte autobuses de dos pisos de la empresa municipal. Iban atados con bramante de dos en dos, o bien con las manos a la espalda. Desde que se les había obligado a dejar sus pertenencias en la cárcel sabían que iban a la muerte y se dejaron llevar en silencio, pensando en sus familias.

«Ya en tierra —resume Montero a sus fuentes básicas— se les iba distribuyendo en grupos variables, entre diez y veinticinco y se les forzaba a caminar hacia las zanjas. Llegados al borde caía sobre ellos la descarga cerrada de un piquete compuesto por unos treinta o cuarenta

milicianos. Más de doscientos sepultureros esperaban de antemano para proceder, aplicado apenas el tiro de gracia y a veces sin este requisito, al enterramiento global de los centenares de fusilados.

«Los pobres sepultureros estaban reclutados entre los «fascistas» de los pueblos inmediatos, muchos de los cuales, después de acabar la guerra, han podido facilitar detalles sobre las estremecedoras escenas presenciadas. El que luego fue alcalde de Paracuellos, don Gregorio Muñoz Juan y su secretario, don Valentín Sanz, presenciaron prácticamente todas las ejecuciones y han

proporcionado datos a algunos cronistas sobre los acontecimientos.

«Hasta siete grandes fosas iban a ser rellenas con estos enterramientos gigantescos, sin precedentes ni repeticiones en lo que a cantidad se refiere, durante toda la guerra civil. La cabida de estas zanjas era verdaderamente descomunal. La cuarta mide 160 metros de longitud por cuatro de anchura. La quinta y la sexta tienen ocho metros de ancho contra 60 y 120 de longitud respectivamente.

«Los ejecutados del 7 de noviembre lo fueron cabe las zanjas que en la ordenación posterior son

llamadas primera y segunda».^[278]

Ya vimos cómo uno de los verdugos relataba la distribución de los asesinados por profesiones. Había muchos militares pero no lo eran todos. Monseñor Montero cita nada menos que 29 sacerdotes y religiosos en las sacas del 7 de noviembre. De ellos tres sacerdotes seculares, cinco agustinos, tres escolapios, dos franciscanos, dos paúles, un redentorista, un oblato, seis dominicos, dos salesianos, un jerónimo, un pasionista, un corazonista y un marista.

Los testigos presenciales de las primeras sacas oyeron después los alardes de las Milicias de Vigilancia y

no dudaron en apuntar que las ejecuciones se habían verificado junto a zanjas previamente abiertas; no hacen falta más pruebas de la premeditación pero así queda nuevamente corroborada. El ya citado policía Álvaro Marasa confirma el hecho de las zanjas previas en su declaración transcrita por Gibson.

[279] En la declaración del Abogado Fiscal de la Sala Sexta del Supremo se comunica el relato de un pastor de Torrejón de Ardoz que confirma los asesinatos sobre una gran zanja. [280]

Adelardo Fernández Arias registra otro testimonio sobre las zanjas abiertas en Torrejón el día 6 por orden de

milicianos venidos de Madrid.^[281] El mismo investigador C. Fernández cita el relato de Cabanellas sobre las zanjas previamente abiertas.^[282] El testimonio de un alcalde comunista de Paracuellos en 1982, que no habla de las zanjas previas, no me parece firme por razón de las circunstancias. Los presos de Madrid estaban y siguen estando completamente seguros de que las zanjas esperaban a sus víctimas, como ha relatado Cayetano Luca de Tena repetidamente. Ante tal acumulación de testimonios, procedentes de uno u otro bando, no me queda la menor duda sobre las zanjas.

Atardecía ya el 7 de noviembre

cuando el diplomático Schlayer, cada momento más alarmado, habla, después de ver a Miaja, con el nuevo consejero de Orden Público Santiago Carrillo «un camarada robusto, con un rostro de expresión más bien brutal» que cortésmente le da hora para las siete y media. Schlayer acude de nuevo a la Modelo a preguntar por su amigo Ricardo de la Cierva Codorníu. El director le confiesa: «Se lo han llevado con ellos» al penal valenciano de San Miguel de los Reyes. «Se los entregaron a un comunista, Ángel Rivera, que era quien traía la orden». Entonces Schlayer recoge al delegado de la Cruz Roja y acude a la cita con Carrillo.

DOCUMENTO 76

Muchos años después Carrillo se ha atrevido a manipular esta conversación y como dije pone en labios de don Félix todo lo contrario. Pero no le valdrá. «Tuvimos —dice de verdad Schlayer— una conversación muy larga, en la que ciertamente recibimos toda clase de promesas de buena voluntad y de intenciones humanitarias con respecto a la protección de los presos y al cese de la actividad asesina, pero con el resultado final de una impresión de inseguridad y de falta de sinceridad. Le dije lo que acababa de oír en la

Moncloa y le pedí explicaciones. Él pretendía no saber nada de todo aquello, cosa que me parece inverosímil.»

Es decir que en la misma tarde del 7 de noviembre de 1936 Carrillo inauguraba ante el gran amigo de mi padre su estrategia de falsedades inauditas que mantiene íntegramente en sus memorias de 1993.

Pero Schlayer continúa:

«A pesar de todas estas falsas promesas durante aquella noche y al siguiente día continuaron los transportes de presos que sacaban de las cárceles sin que Miaja ni Carrillo se creyeran obligados a intervenir. Y

entonces sí que no podían alegar desconocimiento ya que estaban informados por nosotros».^[283]

A las nueve de la noche Schlayer regresa a la Legación y recibe la noticia de que mi padre estaba en libertad. Vuelve inmediatamente a la Modelo y comprueba que se han llevado a otros presos en sacas nocturnas. Se entera también de que un amigo suyo comunista, responsable de una galería, había querido amparar en ella a mi padre, que se negó porque le habían encargado de la farmacia y en ella podía ayudar mejor a sus compañeros. Perdió la vida por servir a los demás, como había hecho siempre. Cuando Schlayer

salía penetraban en la cárcel para pernoctar algunas unidades de la XI brigada internacional que al día siguiente iban a entrar en combate.

Unos días más tarde y una vez comprobado que no había llegado expedición alguna a San Miguel de los Reyes, el heroico Félix Schlayer oyó rumores sobre unos recientes enterramientos en Torrejón. Un agricultor de por allí, antiguo conocido suyo, le informó sobre extraños movimientos en el vecino pueblo de Paracuellos. Cerca de la casa donde había sido muerto el anarquista Mateo Morral, tras atentar contra los reyes en 1906, llegó Schlayer con el encargado

de negocios de Argentina al castillo y finca de Aldovea, propiedad del duque de Tovar y encontró una zanja muy profunda recientemente ampliada llamada «el caz». Salía de la zanja, mal cubierta, un fuerte olor a putrefacción procedente de unos quinientos cadáveres asesinados el pasado día 8 de noviembre.

Schlager regresó por la carretera de Aragón unos días más tarde, en busca de Paracuellos. Allí descubrió las zanjas del día 7 de noviembre, averiguó que fueron «cavadas con anticipación». Y que la fosa de Torrejón correspondía a la matanza del día 8. Schlager había descubierto los dos terribles

cementerios de la represión madrileña.

[284]

8 DE NOVIEMBRE: LA SACA DE TORREJÓN

El 8 de noviembre el diario comunista «Mundo Obrero» que se tiraba en los talleres robados a la Editorial Católica, publicaba un manifiesto represivo:

DOCUMENTO 77

«A la quinta columna, de la que quedan rastros en Madrid, se debe

exterminar en un plazo de horas».^[285]

La Pasionaria y Carrillo intervenían en un mitin celebrado en el Monumental Cinema para elevar la moral de la resistencia de Madrid.^[286] El esfuerzo de propaganda se puede justificar en momentos críticos de una guerra civil pero se comprende menos en unas memorias que pretenden hacer historia. Por eso el entusiasmo pertinaz de Carrillo por la respuesta popular de Madrid ante el peligro enemigo es simplemente una falsedad:

FALSEDAD 50

«Los huecos abiertos en las

columnas por las largas semanas de combate en retirada desde Extremadura y Toledo, se llenaron sobradamente con las nuevas levadas en Madrid».^[287]

DOCUMENTO 78

Las nuevas levadas se levantaron poco. En las cifras avaladas por Vicente Rojo para las aportaciones madrileñas al frente entre los días 7 y 27 de noviembre de 1936 «no se aprecia por ningún lado el levantamiento popular de Madrid, sino más bien reflejan la tremenda inhibición de su población. Si

confrontamos estos datos con los que nos aportan las actas de la Junta de Defensa de Madrid en las que se pone de manifiesto que los madrileños recibían su ración de rancho en número de 120 000 en tanto a las trincheras sólo iban (desde antes del 7 y entre ellos muy pocos madrileños de Madrid) sólo 35 000 y a cavarlas sólo 6000 habremos de concluir que esta batalla no fue en modo alguno el enfrentamiento de un pueblo alzado en armas en defensa de sus libertades contra un agresor odiado».^[288]

El 8 de noviembre las columnas de Mola penetraron seriamente en la Casa de Campo y avanzaron hacia el foso del

Manzanares. Los legionarios de Delgado Serrano practicaron una brecha en la puerta del Batán e irrumpieron en la Casa de Campo. Otras columnas saltaron por el límite occidental del gran parque regio y al mando de Yagüe se apoderaron del cerro Garabitas desde el que se domina el foso del Manzanares. Han caído el Hospital de Carabanchel y la plaza de toros del barrio. Las brigadas mixtas del Ejército Popular mantienen la continuidad del frente defensivo y el avance de Mola resulta significativo pero lento; aún no se ha alcanzado la línea del Manzanares. Después de desfilas espectacularmente por la Gran Vía la XI brigada

internacional entra en fuego por el sector más amenazado de la Casa de Campo; se trata de soldados comunistas profesionales muy motivados que aportan un aire nuevo a la defensa pero el mando de la Defensa siente, por el avance enemigo, una creciente preocupación. Las brigadas internacionales eran, políticamente, una fuerza soviética en España, el ejército de la Comintern; pero se encuadraban en el sistema de brigadas mixtas como las españolas que combatían a su lado.

El desconocimiento de Carrillo sobre la situación militar de Madrid — lo hemos visto en su exageración sobre las levadas y en su fantasía

sobre los miles de víctimas causadas por los bombardeos— resulta pavoroso. Da la impresión de que ha querido alzar un muro en su memoria para no volver sobre aquellos sucesos, para rechazarlos y sacarlos fuera del tiempo, como decía Fernando VII. Ignora, por ejemplo, lo que fueron las brigadas mixtas, claves del nuevo Ejército Popular. Al hablar de las brigadas internacionales dice:

«Más tarde, pasados los primeros meses, esas brigadas se convirtieron en mixtas, con más españoles que extranjeros» Para Carrillo la «mixtura» se refería, por tanto, a la nacionalidad de quienes componían las unidades. Pues no. Las brigadas internacionales,

como las demás del Ejército Popular que defendían Madrid, eran todas brigadas mixtas desde el principio hasta el final. «Mixta» significa combinación de armas y servicios —infantería, ametralladoras, artillería, ingenieros y servicios varios— para conseguir unidades autónomas de gran movilidad y eficacia. En general el tratamiento que da Carrillo a la defensa de Madrid desde un punto de vista militar es tan lamentable como la descripción de sus gloriosas hazañas en Navalperal de Pinares.^[289]

Según las Actas de la Junta de Defensa de Madrid Santiago Carrillo calla en la reunión constitutiva que se

celebró en la tarde del 7, en medio de las sacas de la Modelo. A la reunión del día 8 ni siquiera asiste.

El domingo 8 de noviembre se organizó, de madrugada, una nueva saca en la Modelo. Gibson ha reunido los testimonios de cuatro testigos presenciales: «El preso 831», de la quinta galería; «El Duende Azul» de la segunda; Arsenio de Izaga, de la tercera, el padre Carlos Vicuña, testigo principal de monseñor Montero, de la segunda también. El médico de la cárcel asegura a un preso que «ayer se llevaron a 1039 y se los han cargado a todos». Se repite el trágico ritual del día 7: despojo de pertenencias, atadura con bramante.

Ya vimos cómo Schlayer descubrió unos días después el caz de Aldovea, con los cientos de cadáveres a medio enterrar. Ian Gibson, cuando preparaba su libro esencial, encontró a Pedro Díaz Currinche, que en noviembre de 1936 era pastor en Torrejón y tenía entonces dieciséis años. El domingo 8 de noviembre había sacado a sus ovejas para pastar a las afueras del pueblo y vio cómo llegaban tres autobuses de dos pisos de los que salieron muchos presos, que fueron inmediatamente fusilados junto a la zanja. Por la tarde volvieron los autobuses con otra carga de presos que fueron asesinados de igual forma. Eran los precedentes de las últimas

sacas de la Modelo y fueron exhumados en presencia del general Varela poco después de terminada la guerra civil. Se contaron los cadáveres; eran 414.^[290]

SANTIAGO CARRILLO RECABA TODA LA RESPONSABILIDAD DE LAS SACAS

Entre los días 9 y 17 de noviembre de 1936 se produjeron en Madrid asesinatos intermitentes y, como vamos a ver, especialmente odiosos; pero no grandes sacas.

La segunda oleada de asesinatos colectivos arrancó el 18 de noviembre y, no se detuvo hasta la heroica decisión de un hombre solo, Melchor Rodríguez, que frenó la vesania de los comunistas inspirados por los soviéticos. Melchor Rodríguez, el anarquista humanitario, el segundo ángel del Madrid rojo, que fue capaz de vencer a José Stalin y a Santiago Carrillo. Por eso los infiltrados comunistas de la Historia le siguen distinguiendo hoy con su rabia impotente, con sus invectivas y sus descalificaciones. Ellos solos, en atroz ridículo.

En la jornada del 9 de noviembre las columnas de Mola continuaban su

progresión en todo el frente que va desde Usera a la Casa de Campo, contra una resistencia enemiga cada vez más endurecida. Ante la evidente mejora de la capacidad militar enemiga Franco y sus colaboradores llegan a pensar que son los rusos quienes defienden Madrid; han capturado a algunos tanquistas y aviadores soviéticos y generalizan excesivamente una participación que era importante pero muy minoritaria. Por su parte el teniente coronel Vicente Rojo tratará de minimizar la contribución de las brigadas internacionales; en la batalla de Madrid participaron dos, la XI y la XII que, en efecto, aportaban efectivos inferiores en número a las

brigadas españolas, iguales por lo menos en calidad; pero contribuían a levantar la moral de los combatientes. El 12 de noviembre empezaron a llegar a Madrid las unidades de la columna dirigida por el fantasmón anarquista Durruti, con mucha fanfarria y grandes pretensiones de terminar con el enemigo.

El 13 de noviembre el general Miaja, animado por haber frenado al enemigo, dirigió una contraofensiva en toda la línea. Las columnas de Mola recuperan la iniciativa pero la cuarta brigada mixta resiste tenazmente en el Puente de los Franceses. Miaja intenta otra contraofensiva el 15 de noviembre con la columna Durruti como fuerza

principal pero el fracaso del fantoche rojinegro es absoluto y se produce la desbandada. La columna Asensio persigue a los anarquistas catalanes, consigue cruzar el Manzanares y sube por los edificios de la Ciudad Universitaria. En aquel momento la Junta de Defensa decide proceder a la evacuación total de los presos de la cárcel Modelo, tan próxima ya a las vanguardias del enemigo. Las columnas de Mola consolidan la cuña de la Ciudad Universitaria hasta el hospital Clínico pero no pueden penetrar en las calles de Madrid que están a un paso. Las brigadas mixtas tampoco conseguirán desalojar al enemigo de la

cuña. El 23 de noviembre Franco inspeccionó el frente y dio por terminada la batalla. Miaja y Rojo habían conseguido salvar a Madrid pero las líneas enemigas que ahogaban a la ciudad por el noroeste quedarían consolidadas hasta el final de la guerra. [291]

En este ambiente de asalto y defensa tendrá lugar la continuación de los asesinatos y la segunda oleada de sacas malas. Para nosotros la responsabilidad de Carrillo está más que probada en relación con la primera oleada es decir las sacas de los días 7 y 8 de noviembre; pero no me explico cómo alguien puede dudar un ápice sobre la

segunda oleada, cuando ya no puede invocarse la decisión previa del gobierno huido. Ian Gibson, que muestra una cierta tendencia a no extremar su condena de Carrillo reconoce netamente: «Por lo que toca a la segunda oleada de sacas «malas» ocurrida a finales de noviembre y principios de diciembre la complicidad del consejo de orden público si no del propio Carrillo nos parece fuera de toda duda e, insistimos, Carrillo tiene que haberse enterado enseguida de que muchos de los presos supuestamente liberados entonces habían sido asesinados».^[292]

Naturalmente. ¿Quién designó al director del consejo y a la parte

decisiva de sus miembros? Ya hemos visto que el propio Carrillo, que según testimonios del consejo, aquí reproducidos, despachaba a diario con Serrano Poncela y según Poncela enviaba al delegado de Orden Público las «órdenes de libertad» para que las firmase.

Pero luego volveremos sobre la responsabilidad de Carrillo. Ahora describamos los hechos de noviembre a partir del día 9.

Según Ramón y Jesús Salas ese día Melchor Rodríguez se presenta en Madrid con el nombramiento de director de prisiones pero los comunistas le ponen tales obstáculos que se ve

imposibilitado de ejercerlo. Este dato coincide más o menos con el testimonio de Schlayer; en todo caso Rodríguez tuvo que aguantarse hasta que logró regresar con plenos poderes. El 10 de noviembre celebró sesión el consejo de Orden Público y uno de sus miembros, Ramón Torrecilla, recuerda las deliberaciones:

DOCUMENTO 79

«En la reunión del consejo de la Dirección General de Seguridad que celebraron el día 10 del mismo mes se refirió que fueron asesinados en Torrejón de Ardoz los detenidos de

cinco autobuses de los grandes, y en Paracuellos del Jarama todos los restantes. Posteriormente supo que entre las 12 y las 14 de aquel día se llevaron otra expedición de presos para matarlos.

«En dicha reunión del consejo de la Dirección General de Seguridad celebrada el 10 de noviembre se acordaron las normas y procedimiento para llevar a cabo la selección de presos que debían ser matados y estableciendo el criterio que debía seguirse. Serrano Poncela, que asistió a la reunión, explicó que debían ser elegidos, primero, los militares con graduación superior a capitán.

Segundo, todos los falangistas. Tercero, todos los hombres que hubieran tenido actividades políticas francamente derechistas...

Se establecieron comisiones para encargarse de cada apartado y delegados del consejo para cada cárcel.^[293]

Pero en aquella madrugada diez monjas contemplativas Adoratrices fueron asesinadas en las tapias del cementerio del Este y diez días después siete religiosas de la Visitación en los desmontes de López de Hoyos, dos crímenes especialmente cobardes y repugnantes.^[294] Ese mismo día un humanitario miembro del gobierno, el

ministro Irujo, habla por teletipo con Matallana, colaborador militar de Miaja;

DOCUMENTO 80

«He tenido noticias de haberse producido en las cárceles, en los días pasados, hechos lamentables»

Matallana: «El general (Miaja) desconoce por completo los hechos que denuncia y procurará informarse». Tras esta mentira (Miaja estaba informado directamente por Schlayer desde la tarde del 7 de noviembre) Irujo habla por teletipo con su colega Galarza. Irujo está junto a Giral, muy

alarmado por las noticias de Madrid:

«Galarza. Los fusilamientos de las cárceles se han producido como consecuencia del traslado de los presos. Al cuarto traslado se organizó un verdadero lío y no se produjo como medida de seguridad, ya que comisiones de los familiares de las víctimas de los bombardeos aéreos facciosos y excitados por el fuego del cañón y los bombardeos formaron grupos que lograron entrar en la cárcel. Y añade: «Hubo algunos fusilamientos aunque en número muy inferior al que se ha hecho circular.». Más adelante puntualiza: «Lo menos que pudo ocurrir teniendo en cuenta el

número de víctimas producido por la aviación». A continuación eleva éstas a nada menos que 142 muertos y 608 heridos en el primer bombardeo y 32 nuevos muertos y 382 heridos en los siguientes. La represión la sitúa «en 700 u 800 muertos en la cárcel Modelo y se repitió en las restantes cárceles de Madrid»

El lector ya conoce las cifras reales de los muertos por bombardeos aéreos; ninguno del 1 al 6 de noviembre, un muerto en el del 7, etcétera. La capacidad de mentira que exhibe Galarza sólo se vería superada con la de su sucesor como «ministro de la Gobernación» en Madrid.^[295]

El 11 y el 12 de noviembre Santiago Carrillo tiene tres importantísimas intervenciones en Madrid, de ninguna de las cuales da cuenta en sus malas memorias. El día 11 dicta una orden de la Consejería sobre organización de los servicios de Investigación y Vigilancia:

DOCUMENTO 81

Reconoce en primer lugar «el irregular funcionamiento de los servicios de Vigilancia e Investigación, debido principalmente a la multitud de comités que existen constituidos, dentro o alrededor de estos Cuerpos, considero necesario, para llegar a la

unidad de acción que es imprescindible a la eficacia de estos servicios, disponer lo siguiente:

«a) Se organizarán los servicios de Investigación y Vigilancia.

b) Los servicios de Investigación estarán a cargo del Cuerpo de Policía. A tal efecto en la Dirección General de Seguridad funcionará un Consejo presidido por el delegado de esta Consejería en ese organismo y vicepresidido por el subdirector general de Seguridad. De él formarán parte los miembros que al final se relacionan,

c) La labor de este Consejo estará subordinada a los mandatos de esta

Consejería.

d) Entenderá asimismo en todo cuanto se refiere a personal.

e) Este Consejo que se nombra entenderá en todo cuanto se relacione con el mantenimiento de detenciones y libertades, así como también en el movimiento, traslado etc., de detenidos.

A continuación se establecen consejillos en las comisarías, se disuelven los anteriores comités.

«h) En cuanto a los servicios de Vigilancia se coordinarán por este Consejero el esfuerzo de las fuerzas de Seguridad, Asalto y Milicias de Retaguardia con el fin de obtener que

esta coordinación dé el máximo rendimiento. Por tanto no prestarán, en Madrid ni en sus accesos, otra vigilancia que la prestada por esas fuerzas.

«i) Aquellos comités o personas cualquiera que sea su carácter que contravengan esta disposición serán sancionadas con arreglo al fuero de guerra».^[296]

En esta importantísima disposición se da estado legal a la situación que ya venía funcionando desde la madrugada del 7 de noviembre; el consejo de la DGS y su delegado-presidente. El delegado de Orden Público, Serrano Ponce-la, era un simple «delegado de

esta consejería» por tanto de todo lo que hiciese era responsable Carrillo. El punto c) aclara que el consejo, que ejercía el derecho de vida y muerte, está subordinado a los mandatos de la Consejería, es decir a las órdenes directas de Carrillo. El consejo dependiente así de Carrillo entiende de cuanto se relacione con detenciones y libertades así como en el movimiento y traslado de los presos. Las fuerzas de Asalto y milicias de Vigilancia, responsables de la organización, custodia y ejecución de los presos, dependían del Consejero. El cual tenía jurisdicción sobre «Madrid y sus accesos» y las terribles

fosas de la muerte se habían abierto junto a esos accesos. A continuación Carrillo detalla los nombres de los miembros del consejo a quienes ya conocemos; y comunica —con fecha 8 de noviembre— la composición de su estado mayor comunista:

«Luis Rodríguez Cuesta, secretario de esta Consejería.

Segundo Serrano Poncela, delegado en la Dirección general de Seguridad.

Alfredo Cabello, delegado en la emisión radiofónica.

Federico Melchor, delegado para las fuerzas de Seguridad, Asalto y Guardia Nacional republicana».^[297]

Y Carrillo se excusó ante algún ingenuo periodista de hoy diciendo que la Consejera de Orden Público carecía de fuerzas que pudieran custodiar las sacas. Tenía a las Milicias de Vigilancia, a las tropas de Seguridad y Asalto, a la antigua Guardia Civil depurada ya de sus mejores hombres. No bajarían de cinco mil hombres armados los efectivos de este ejército del que Carrillo llamaría «el terror rojo» y muchos de ellos —las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, encuadradas por los sayones de la antigua checa de Fomento— estaban a su disposición desde las primeras sacas que se produjeron bajo su mandato, las

del 7 de noviembre. Hemos aducido ya los documentos y testimonios abrumadores que lo demuestran. Y este vital documento 81 no lleva la firma de un historiador o de un testigo contrario o de un antiguo colaborador aterrado por sus recuerdos. Lleva la firma de Santiago Carrillo.

DOCUMENTO 82

La segunda intervención de Carrillo el 11 de noviembre tiene lugar en la Junta de Defensa. Carrillo se quedó muy sorprendido cuando lo supo, porque según dijo a los autores que analizaron y comentaron las Actas, él no recordaba

que se hubieran redactado tales Actas. Nunca sabe nada, nunca recuerda nada que pueda comprometerle ante la Historia. Pero las Actas existen y este documento, también importantísimo, fue uno de los que yo transcribí en mi serie de «Epoca» en 1983 dentro de un artículo que saltó a la portada de la revista con foto de Carrillo y titular «Carrillo es culpable». Aun así en su entrevista jurásica con el infeliz periodista de «El Diario Montañés» comentó que yo no había publicado nunca documento alguno que probase su culpabilidad. Tampoco lo había leído, naturalmente, no conozco persona que lea menos.

El consejero Caminero pregunta en la Junta sobre la evacuación de los presos de la Modelo.

«Carrillo contesta detalladamente diciendo que tiene todas las medidas tomadas aunque no ha sido aún hecha la evacuación en consideración a determinadas razones que expone.

«Diéguez hace algunas declaraciones y propone que continúe haciéndose la evacuación por ser un problema grave el número de presos que existe.

«Carrillo insiste en sus anteriores razonamientos, argumentando con la actitud adoptada últimamente por el Cuerpo Diplomático y (la) atribuye al

hecho de haberse suspendido la evacuación.

«Enrique García propone que se trasladen los presos de la cárcel Modelo con más seguridad exterior.

«Se concede un voto de confianza al camarada Carrillo para que resuelva esta cuestión.

«Diéguez pide que se acabe con las anormalidades tales como la vigilancia ejercida por personas sin autoridad que exigen un control ajeno al de la Junta. Alude concretamente a la CNT.

«Caminero pregunta si se ha constituido ya la vigilancia en calles y carreteras.

«Carrillo contesta que el

problema, no resuelto aún totalmente, está próximo a serlo, habiéndose cambiado la situación en este aspecto de un modo notable. Se han sustituido los Milicianos por agentes de la autoridad. Anuncia que está dispuesto a proceder con toda energía para cortar abusos y arbitrariedades».^[298]

Es decir que Carrillo, de acuerdo con la orden que había dictado esa misma mañana (y con lo que venía haciendo desde la madrugada del 7 de noviembre) recaba para sí, ante la Junta de Defensa, toda la autoridad en los traslados de presos. Primero se atreve a decir que la evacuación aún no se había iniciado; se olvida de los días 7 y 8.

Luego, corregido por el comunista Diéguez, reconoce que la evacuación se ha suspendido, ante las protestas del Cuerpo Diplomático.

La tercera intervención de Carrillo fue una feroz alocución por Unión Radio al atardecer del 12 de noviembre. Varios diarios la reprodujeron al día siguiente, entre ellos ABC (del 13 nov. p. 13) de donde reproduzco el siguiente documento.

DOCUMENTO 83

En su discurso, Carrillo trata de defender malamente al gobierno por su salida de Madrid, ya que tenía que

cumplir otra misión. Apunta que la única resistencia a la que se enfrenta la Junta es la de los combatientes facciosos que están a las puertas de la ciudad, porque la quinta columna ya ha entrado en la agonía:

«Porque la resistencia que pudiera ofrecerse desde el interior está garantizado que no se producirá. Porque todas las medidas, absolutamente todas, están tomadas para que no pueda suceder en Madrid ningún conflicto ni ninguna alteración que pueda favorecer los planes que el enemigo tiene con respecto a nuestra ciudad. La «quinta columna» está en camino de ser aplastada y los restos

que de ella quedan en los entresijos de la vida madrileña están siendo perseguidos y acorralados con arreglo a la ley, con arreglo a todas las disposiciones de justicia precisas; pero sobre todo con la energía necesaria para que en ningún momento esa «quinta columna» pueda alterar los planes del gobierno legítimo y de la Junta de Defensa.

«La barbarie de los rebeldes, que no han vacilado en cañonear la ciudad, que no han vacilado en hacer que sus aviones bombardeen los barrios populares, no ha servido para hacer decaer el ánimo del heroico y esforzado pueblo de Madrid». Luego

se extiende en cantar las glorias del pueblo, del gobierno y de la junta y se atreve a hablar del «porvenir de nuestros hijos». No incluía a las mil quinientas familias que ya se habían destrozado bajo su mando, y a las muchas que iban a compartir tan trágica suerte en la segunda oleada de sacas masivas que ya preparaban los estrategas del terror rojo, dependientes de la consejera de Orden público, coordinados fehacientemente por ella. No había en toda la Europa de 1936, con excepción de Rusia, alguien menos capacitado que Carrillo para hablar de «barbarie» refiriéndose a acciones de guerra que hasta el momento habían

causado en la población civil de Madrid, y es muy lamentable, unos pocos muertos. Yacían ya más de mil quinientos en las fosas de Paracuellos y de Torrejón, desde que las nuevas autoridades de Orden Público empezaron la «limpieza», el «acorralamiento» y el «aplastamiento» de los presos enemigos, para utilizar los términos que acabamos de oír al propio Carrillo.

Muchos años más tarde Carrillo (parece poseído por la autocompasión) pregunta a sus crédulos interlocutores de la prensa cómo habría sido posible que se cargase sobre un joven de veintiún años la atroz responsabilidad de

disponer sobre la vida y la muerte en Madrid. Pero cuando tenía veintiún años no se extrañaba de «aplastar» «perseguir» «acorrallar» y «poner en agonía» a la quinta columna. La cual, según interpretación de Koltsov y los enviados de Stalin que inspiraban la represión de Madrid consistía en los miles de presos inermes hacinados en las cárceles que controlaba la Consejería de Orden Público. No se asustaba entonces de proclamar la aniquilación de la quinta columna y el acoso a sus restos. Se extraña ahora, más de medio siglo después, cuando se obstina en negar lo que dijo y lo que hizo en noviembre y diciembre de 1936.

LA SEGUNDA OLEADA DEL TERROR ROJO EN MADRID

Tal vez por la agresividad del discurso aniquilador de Carrillo redobló su alarma el Cuerpo Diplomático, animado siempre por la insistencia y las fidedignas informaciones de Félix Schlayer. La Junta de Defensa se sintió obligada a publicar en la prensa del 14 de noviembre una nota mendaz

FALSEDAD 51

«Saliendo al paso de una infamia.»

Ni los presos son víctimas de malos tratos, ni menos se debe temer por su vida. Todos serán juzgados dentro de la legalidad de cada caso. La Junta de Defensa no ha de tomar ninguna otra medida y no sólo no permitirá que nadie lo haga sino que, en este respecto, los que en ella intervienen y han intervenido lo ejecutarán dentro del orden y las normas establecidas».

[299] En efecto, cuatro días después de esta tranquilizadora declaración empezaba la segunda oleada de sacas colectivas en Madrid, bajo la plena responsabilidad —como la primera oleada— de la Junta de Defensa y muy especialmente de su consejero de Orden

Público, Santiago Carrillo.

El cual, naturalmente, no dice una palabra sobre esta segunda oleada; prefiere contarnos cómo dejó que saliera de Madrid y de España el doctor Gregorio Marañón, aun vislumbrando que no se marchaba precisamente para servir a la propaganda de la República en el exterior. Y se deleita con los delirios de la impar Margarita Nelken, frustrada en sus ansias de ser la primera mujer que llegaba a ministra, teorizante y practicante de la liquidación y empeñada ahora en convencer a Miaja para que diera un golpe de Estado apoyándose en la gloria del Madrid invencible, con la ayuda del Cuerpo de

Asalto que prodigaba sus favores a la activista; quería ser ministra aunque fuera con Miaja. La Nelken importunaba a Carrillo y a Miaja y pronto pediría el ingreso en el PCE. Carrillo conoció a Francisco Antón, uno de los emboscados más famosos de la zona, amante de la Pasionaria. También conoció al «miles gloriosus» Durruti antes de que alguien le asesinara por la espalda junto a la Facultad de Medicina; por una vez coincido con Carrillo que apunta a una bala roja o rojinegra.^[300] Mucho más importante que estos devaneos fue el traslado de todos los presos que quedaban en la Modelo y que tuvo lugar en la noche del 16 de noviembre, cuando

las columnas de Mola ya habían penetrado en la Ciudad Universitaria y amenazaban con irrumpir por la plaza de la Moncloa. Según información contenida en la Causa General mil quinientos presos de la Modelo fueron llevados a San Antón, dos mil quinientos a Porlier y unos mil a Ventas; una nueva prueba de que las sacas del 7 y el 8 de noviembre en la Modelo habían sobrepasado ampliamente el millar de víctimas.^[301] El hacinamiento en las tres cárceles fue tremendo. En el traslado no se registraron víctimas; pero muchos de los evacuados encontrarían la muerte en las nuevas sacas de la segunda oleada.

Los éxitos de Santiago Carrillo en la

represión de Madrid aumentaron su prestigio en la Junta de Defensa, tanto que formó parte de la comisión enviada por Miaja a Valencia el 17 de noviembre para arreglar las diferencias que habían surgido entre la Junta y el gobierno.^[302] El veterano socialista estaba ya muy curado de su enfebrecido bolchevismo del primer semestre de 1936 y se sabía ya blanco de las maniobras comunistas para derrocarlo. Pero aún no se había enterado de que el joven secretario de la JSU había pasado a la obediencia comunista y Carrillo se guardó muy bien de revelárselo para no espantarlo. El propio embajador soviético Rosenberg actuó como

mediador para suavizar las tensiones entre el gobierno y la Junta; por lo que la comisión de Miaja pudo regresar rápidamente a Madrid, donde acababa de comenzar la segunda oleada de sacas, que ya no se interrumpiría hasta el 4 de diciembre.

El archivo de la Causa General contiene el resumen de víctimas de las siete sacas efectuadas en Porlier desde el 18 de noviembre al 3 de diciembre. La relación, acompañada por las «órdenes de libertad» firmadas por el sádico Serrano Poncela, consta de 37 presos el 18 de noviembre, 253 el 24 de noviembre, 24 al día siguiente, 44 el día 26, 24 el 30, 19 el 1 de diciembre y 73

el 3 de diciembre, que motivó la última saca al día siguiente. Los presos fueron entregados a Andrés Unesola y Álvaro Marasa. Tres hermanos García Noblejas y un Satrústegui figuraban en una de las sacas del 4 de diciembre; que por fortuna llegó sin daño a Alcalá de Henares. La siguiente expedición de ese día acabó en las fosas de Paracuellos.

[303]

La primera «orden de libertad» que llegó a la cárcel de Ventas para esta segunda oleada lleva la fecha del 18 de noviembre, con la firma del subdirector general Vicente Giraute. Gibson ha contado nueve «oficios de libertad» llegados a Ventas, donde se

amontonaban, tras la evacuación de la Modelo, 2300 presos. Los agraciados con esa «libertad fueron 339, de los que muchos encontraron también la muerte en Paracuellos del Jarama. Se produjeron, según el testimonio de Arsenio de Izaga, diálogos dramáticos entre los milicianos de Vigilancia y los presos, que conocían perfectamente su destino una vez que les arrebataban hasta las carteras y las fotografías familiares. El policía Marasa se encargó de dirigir la custodia de varias sacas entre las que algunas llegaron sin novedad a Alcalá de Henares pero también intervino en otras «malas». Marasa da testimonio ante la Causa

General de que los fusilamientos de estos presos en Paracuellos se hacían ante las zanjas previamente abiertas y en presencia de los paisanos que tenían el encargo de enterrarles. Rascón, miembro del consejo, les daba algunas veces el tiro de gracia.^[304]

Para justificar de algún modo la segunda oleada de matanzas la Junta de Defensa, por medio de la Consejería de Orden Público, instituyó tribunales populares en las cárceles durante la segunda quincena de noviembre. Los presos de las sacas del 7 y el 8 de ese mes habían sido eliminados sin apariencia siquiera de juicio; la nota de la Junta de Defensa publicada el día 14

prometía justicia eficaz y legal. En realidad se trataba de una parodia, con tribunales formados por facinerosos que no engañaron a los presos, porque solían llamar simplemente «checas» a tales instituciones. Según el testimonio del marqués de Valdeiglesias que ya hemos citado los llamados juicios sumarísimos empezaron en la cárcel de San Antón el 21 de noviembre; sólo en tres días se celebraron mil ochocientos de tales «juicios». El día 25 tuvo lugar el del comediógrafo don Pedro Muñoz Seca, según recuerda también Valdeiglesias.

Las sacas de la segunda oleada dieron comienzo en San Antón después que en las otras dos cárceles, el 27 de

noviembre. Ese día salieron dos grupos de presos, uno por la mañana y otro al anochecer; y milagrosamente los dos llegaron sanos y salvos a Alcalá de Henares. En uno de los autobuses iban a la muerte —se lo oyeron a sus guardianes— los hermanos Rafael y Cayetano Luca de Tena; Cayetano, distinguido amigo del autor de este libro, ha expresado, como sabemos, su discrepancia con las memorias de Carrillo. El autobús de los hermanos Luca de Tena se perdió por el camino y en vez de aparecer en Paracuellos llegó ya de madrugada a Alcalá de Henares, donde los dos hermanos empezaron un nuevo capítulo de la odisea que sólo

terminó el día de la Victoria. En su valioso testimonio Rafael Luca de Tena nos informa de que los milicianos encargados de su custodia pertenecían a una unidad del partido comunista.^[305]

Entre las personas conocidas con quienes habían coincidido en San Antón recuerdan al periodista monárquico Julián Cortés Cavanillas, que pudo salvarse y a don Pedro Muñoz Seca, que fue incorporado a la saca siguiente y fusilado en Paracuellos.

Al día siguiente, 28 de noviembre, dos sacas importantes salieron de San Antón una vez recibidas, el día anterior, las correspondientes «órdenes de libertad» firmadas por Segundo Serrano

Poncela. Las dos expediciones están corroboradas por documentos originales y testimonios de primera mano. Componían la primera 113 presos que acabaron en las fosas de Paracuellos. Entre los apellidos más conocidos figuraban Angel Cos-Gayón, Diego MacCrohon, Gerardo, Javier y Ramón Osorio de Moscoso —parientes lejanos del autor— Álvaro y Guillermo Sainz de Baranda, Carlos Súnico y Pedro Muñoz Seca.

Don Pedro Muñoz Seca, uno de los más famosos y populares comediógrafos de España, uno de nuestros hombres de teatro más aplaudidos, es otro de los grandes escritores asesinados en la

represión de Madrid, aunque los idólatras de Federico García Lorca, que por supuesto merece todo mi respeto, se obstinen en que el insigne poeta granadino fue la única víctima de la guerra civil española. Preso en Barcelona se le trasladó a Madrid y le encerraron en San Antón desde primeros de agosto.

Se conservan numerosos testimonios sobre el valor, la simpatía y la popularidad de don Pedro en la cárcel, innumerables anécdotas. Levantaba con su humor inalterable la decaída moral de sus compañeros y hacía reír, riéndose de ellos, a sus verdugos. Que este hombre de bien, pródigo en sátiras amables, el

español que ha hecho reír a más compatriotas en el siglo XX, acabase destrozado en una fosa de Paracuellos el 28 de noviembre me parece una prueba suprema de que el Frente Popular merecía perder la guerra por su vacío absoluto de tolerancia y de sentido del humor.

En la otra saca del 28 de noviembre cayó fusilado un falangista de quince años, Ricardo Rambal Madueño, que tras recibir el tiro de gracia junto a la fosa de Paracuellos advirtió asombrado que la bala se le había quedado en la boca. A poco de recuperar el sentido consiguió escapar de la zanja, huyó de aquel infierno y después de esconderse

durante tres días se presentó, como una aparición, en casa de su madre donde fue atendido. [306]

En la saca del 29 de noviembre fue asesinado don Arturo Soria Hernández, hijo del famoso urbanista y creador de la Ciudad Lineal. El ayuntamiento de Madrid regido por el profesor Tierno Galván quiso rendirle un merecido homenaje mediante un folleto en el que deslizó una manipulación incalificable. No me extrañó. Don Enrique Tierno ha sido uno de los más nefastos alcaldes en toda la historia de Madrid pero ha pasado como un genio. Su entierro sólo fue superado en pompa ridícula por el de la Pasionaria, pero con muchos más

caballos empenachados y un titular en bandera del diario católico YA en honor al político que había incitado a los jóvenes de Madrid a «colocarse» y no precisamente en un empleo honorable; y dijo haber creado esa gigantesca y vacua horterada que se llamó «la movida». El titular decía «Un alcalde, un pueblo, un entierro» con evidentes resonancias del lema hitleriano: «Ein Volk, ein Reich, ein Führer».

Yo soy testigo de las soeces manipulaciones culturales con que el equipo Tierno trataba de coartar las grandes iniciativas culturales para las que se requería su colaboración. Pero doña Luisa Soria de Clavería, nieta del

gran urbanista, tembló de indignación cuando el Ayuntamiento del señor Tierno dijo esto de su padre:

«En 1936 Arturo Soria y Hernández, hijo del creador de la Ciudad Lineal, moría en extrañas circunstancias cuando se dirigía a Madrid para ocupar un alto cargo en la administración central».

Doña Luisa Soria de Clavería envió al diario gubernamental una carta en la que precisaba que su padre fue detenido en Madrid en septiembre de 1936; que fue recluido en la Modelo y luego trasladado a San Antón; y que fue sacado el 29 de noviembre de 1936 para ser asesinado en Paracuellos. Doña Luisa Soria solicitó del Ayuntamiento

manipulador una rectificación que no obtuvo y por eso acudió al diario del gobierno.

Ian Gibson tuvo el acierto de conversar con doña Luisa sobre el caso. Ella le dijo que hay personas que tienen miedo de confesar que tienen un familiar en Paracuellos; iba a empezar el régimen socialista, con su carga de miedos.

«Doña Luisa Soria de Clavería considera —dice Gibson— a Santiago Carrillo, director de Orden Público en Madrid en aquel momento, como culpable máximo de la muerte de su padre así como de muchas víctimas más. Tratar de sugerir ante ella la posible

inocencia de Carrillo resulta tarea azarosa e ingrata. Para ella, Carrillo no tuvo que mancharse personalmente las manos para ser un asesino. «Su padre, Wenceslao, un socialista de pro, ha llorado de haber engendrado a tal hijo, eso me consta» nos ha dicho». ^[307]

Ni que decir tiene que comprendo a doña Luisa Soria desde la memoria de mi padre enterrado junto al suyo. Y estoy de acuerdo en su aviso sobre el miedo. Porque éste es un libro de Historia que está por encima del miedo y del odio engendrado por el miedo según el inmortal análisis de Azaña sobre la causa profunda de la guerra civil.

La saca salida de San Antón el 30 de noviembre fue la última mala. Pronto iba a llegar Melchor Rodríguez a detener la hecatombe.

LA LLEGADA DE MELCHOR RODRIGUEZ

Entre los rincones más sórdidos del estudio firmado por Aróstegui y Martínez sobre la Junta de Defensa de Madrid figura tristemente su opinión negativa sobre Melchor Rodríguez; les parece muy mal que quienes salvaron gracias a él la vida se lo agradezcan

para siempre. No analizaré detenidamente tan deleznable opiniones, lastradas de partidismo político insostenible.

La fuente principal sobre la vida de Melchor Rodríguez —que está reclamando un estudio monográfico en profundidad— es el excelente libro de Juan Antonio Pérez Mateos «Entre el azar y la muerte»^[308] complementado con las alusiones originales que hacen sobre el carismático personaje tres autores citados: el general R. Salas, Félix Schlayer y Juan García Oliver.

Melchor Rodríguez era uno de esos hombres capaces de reconciliar con la condición humana al observador de la

tragedia de una guerra civil. Había nacido en Triana y en 1893. Trató de librarse de la miseria con un trabajo de calderero y luego intentó una carrera taurina que terminó en cornada. Vino a Madrid, se afilió a la CNT y tanto en la Dictadura como en la República conoció a fondo la dureza de las cárceles.

Schlager, que intuyó pronto la bondad congénita de Rodríguez, celebró con él el 10 de noviembre su nombramiento como director de Prisiones que no pudo hacerse efectivo, como dijimos, ante la prepotencia de los comunistas de Madrid. Fue a Valencia, tiró su nombramiento a la cara de García

Oliver quien pese a ello volvió a nombrarle «delegado general de prisiones en Madrid» el 4 de diciembre, ahora con plenos poderes del gobierno.

En la reorganización de la Junta de Defensa de Madrid que tuvo lugar el 1 de diciembre conservaron sus puestos Miaja y Carrillo pero se acentuó, en el título de la institución, el carácter de «delegada». Las últimas «sacas malas» de Porlier y Ventas tuvieron lugar, bajo la responsabilidad de Serrano Poncela, el 3 de diciembre; Melchor Rodríguez, designado el día 4, se presentó inmediatamente en Madrid y las matanzas cesaron como por ensalmo, gracias a la decisión heroica de un

hombre solo. Serrano Poncela ya no tenía nada que hacer, dejó de firmar «órdenes de libertad» y se hundió en las sentinas más sangrientas de la historia de España. Santiago Carrillo explicará muchos años después, con su habitual vacilación y torpeza, la «destitución» de Poncela, que no figura en documento alguno. En todo caso el nombramiento de Rodríguez no lo hicieron ni Carrillo ni Miaja; el nombramiento del humanitario anarquista fue una bofetada del gobierno a Santiago Carrillo y la consejería de Orden Público quedó virtualmente desmantelada. Poco a poco Carrillo se fue retirando de sus funciones y a fines de diciembre se

marchó de la Junta y dejó su puesto a otro personaje de inclinaciones semejantes, el chófer José Cazorla, que chocó una y otra vez con Melchor Rodríguez porque, privado de apoyos superiores, trató de hacer la guerra represiva por su cuenta y el delegado de prisiones no se lo consintió. Melchor Rodríguez se mantuvo en su puesto hasta el 1 de marzo de 1937.

DOCUMENTO 84

Un observador atento de la vida en Madrid, el miliciano vasco Jesús de Galíndez, describe así el relevo de Poncela por Melchor:

«Bien es verdad que a primeros de diciembre dejó Serrano Poncela la delegación de Orden Público y fue nombrado Melchor Rodríguez para la delegación de prisiones, momento desde el cual las matanzas cesaron».

[309]

Melchor Rodríguez, a su llegada, prohibió las sacas nocturnas o de madrugada Expulsó de las prisiones a los siniestros milicianos de Vigilancia de la Retaguardia y las encomendó al cuerpo de oficiales de Prisiones. Exigió que se prohibiese toda salida de la cárcel a no ser que la orden llevase su firma y su sello; la Causa General rebosa de testimonios sobre la

efectividad de estas medidas. No pudo impedir que tras un bombardeo de la aviación nacional sobre Guadalajara los energúmenos del Frente Popular asaltaran la cárcel de la ciudad y asesinasen a casi todos los 320 presos allí encerrados; pero cuando los aviones bombardearon Alcalá y la horda (¿por qué no llamarla lo que era?) trató de repetir la matanza, Melchor Rodríguez se plantó ante los milicianos, se encaró con ellos y los acalló. El Cuerpo Diplomático y el delegado de la Cruz Roja, doctor Henry, agradecieron vivamente su gesto a Rodríguez; por cierto que cuando Henry volaba a Suiza el 8 de diciembre con las pruebas de las

matanzas de Madrid fue atacado por un caza republicano que no consiguió acabar con él.

Al terminar la guerra Melchor Rodríguez era alcalde de Madrid e hizo entrega de la ciudad a los vencedores. Innumerables personas comparecieron ante los tribunales en su defensa. Aun así pasó algún tiempo en la cárcel de Porlier, luego vivió modestamente como empleado de seguros y murió en 1968 entre el agradecimiento y la admiración general de todos los ex cautivos de Madrid. Además de enfrentarse públicamente con Cazorla, el sucesor de Carrillo, tuvo el valor de denunciarle públicamente en la prensa anarquista —

a Cazorla y a Carrillo— por los desmanes que habían cometido en la consejería de Orden Público. Rodríguez acusaba a Cazorla de sacar ilegalmente a quienes deseaba de las cárceles del gobierno para terminar con ellos; y denunciaba que tanto Carrillo como Cazorla habían seguido en la Consejería de Orden Público una «funesta política» que «resucitaba los viejos métodos de los feroces Martínez Anido y Arlegui».

[310] Esta tremenda polémica, desatada cuando el PCE, al dictado de los esbirros de Stalin en España, vivía ya en plena persecución contra el POUM, provocó a poco la disolución de la Junta Delegada de Defensa de Madrid.

Al quedarse sin su función represiva y por tanto al abandonar a fines de diciembre la Consejería de Orden Público, Santiago Carrillo nos dice en 1993 que trató de crear una gran Alianza Nacional de la Juventud, basada en las ideas de Patria, de España y de entendimiento con los católicos.^[311] Recordaba de pronto, pues, la consigna de avanzar con la hoz en una mano y la cruz en la otra, según le había recomendado Manuiski en Moscú durante su visita de la primavera anterior. Como nunca supo nada de Paracuellos perdió la ocasión de ofrecer a los católicos, para ese entendimiento, la lista de los religiosos asesinados allí

sólo en noviembre anterior: 69 agustinos, 23 hermanos de San Juan de Dios, (hoy beatificados) 14 oblatos de María Inmaculada, 12 hermanos de las Escuelas Cristianas, ocho dominicos y seis escolapios.^[312] Tampoco pudo decir a los católicos que muchas de las víctimas de noviembre y diciembre habían muerto perdonando a sus enemigos y con el nombre de Cristo Rey en los labios. Pero trata de convencernos de que en el congreso de las JSU celebrado en Valencia entre el 15 y el 17 de enero de 1937 propuso y consiguió tan altos objetivos. Lo calladito que se lo tenía durante cincuenta y seis años.

LAS ESTADÍSTICAS DE LA MATANZA

Con esta primera estadística religiosa podemos apuntar las estadísticas del terror rojo en Madrid. Estoy seguro de que el general Casas de la Vega nos ofrecerá, en su libro que aparece junto a éste, cifras precisas. Trazaré mientras tanto el estado de la cuestión. En la relación alfabética de los caídos en la provincia de Madrid, que se conserva en el Santuario Nacional de la Gran Promesa en Valladolid y poseo en fotocopia existen nada menos que 15 180 nombres. La cifra es muy semejante

a la que atribuye el general Salas en su citado estudio sobre víctimas de la guerra a la represión roja en Madrid. Entre esas víctimas figuran unas 617 mujeres y un centenar de niños.^[313] En 1972 consulté las relaciones y testimonios de la Asociación de Familiares de los Mártires de Paracuellos y obtuve el resumen siguiente que hoy matizo:

«En Paracuellos del Jarama se efectuaron unos diez mil enterramientos. De ellos hay 2750 víctimas perfectamente identificadas que descansan allí en el mismo lugar en que fueron asesinadas por decisión de las autoridades de Orden Público ejecutada

por las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, entre los meses de septiembre y diciembre de 1936. La mayoría de estas víctimas corresponde al mes de noviembre de 1936...Se llevaron además a Paracuellos 5300 personas más, asesinadas en diversos puntos de Madrid y su provincia (entre ellas casi un centenar de mujeres) enterradas fuera de lugar sagrado y allí trasladadas al término de nuestra guerra. El resto hasta la cifra indicada de diez mil corresponde a personas no identificadas que perecieron de igual forma en las inmediaciones del campo de muerte en que hoy descansan». ^[314]

La opinión del general Salas

Larrazábal es la siguiente:

«De los ocho mil muertos de noviembre y diciembre aproximadamente, el 15 por ciento cayeron antes del 8 de noviembre, de ellos mil en números redondos el mismo día 7 y unos 400 entre el 1 y el 6. Quiere decir que durante el período de responsabilidad de Carrillo fueron muy cerca de siete mil los madrileños que cayeron sin juicio de ninguna clase ante las tapias de cualquier cementerio de los alrededores de Madrid y con predilección en Paracuellos del Jarama. Este es un hecho histórico que nadie podrá negar jamás».^[315]

Gibson se declara de acuerdo con

mis datos, confirmados por un estudio analítico de «El Alcázar». El general Casas de la Vega aportará nuevos datos.

LA RESPONSABILIDAD DE SANTIAGO CARRILLO

A estas alturas de nuestro libro creo que quedan muy claras ya dos cosas: la tremenda responsabilidad de Santiago Carrillo en la decisión y ejecución de las represiones contra la quinta columna en Madrid; y la menos que nula fiabilidad de su testimonio confuso, contradictorio, cínico y casi siempre

alienado. Sin embargo quisiera terminar este capítulo trágico, y para mí todavía muy amargo con más consideraciones documentadas sobre la responsabilidad de Carrillo en la represión de Madrid, pese a que la estimo ya más que probada.

Cuando Santiago Carrillo pierde a su equipo y a la estructura represiva de su Consejería de Orden Público a principios de diciembre de 1936, se queda sin misión de acorralamiento y aplastamiento —recordemos que así la definió él mismo— en la Junta de Defensa y a las pocas semanas se marcha. Sobre todo cuando el general Miaja, que había compartido en no

pequeña parte la responsabilidad de Carrillo en la represión, decide terminar con él.

El 23 de diciembre de 1936 resultó víctima de un atentado el consejero comunista de la JDM Pablo Yagüe. Los culpables fueron miembros de las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, el cuerpo represor por excelencia, que provenía de la checa de Fomento y había servido fielmente a Carrillo. Miaja dicta un bando contra los desmanes de las milicias el 24 de diciembre y en una disposición del día 27 remataba la liquidación de las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia; y dictaba estas

disposiciones como general en jefe por medio de su jefe de Estado Mayor, Vicente Rojo. Estas decisiones contradecían a toda la estructura y la política de Carrillo que se marchó de la Junta de Defensa. Las Milicias de Retaguardia se incorporaban a los servicios del frente y se unificaban los servicios de Seguridad. Aun así serían ejecutados mil madrileños hasta el final de la guerra, pero en los buenos tiempos de Carrillo ese era el balance de una sola jornada, por ejemplo la del 7 de noviembre.^[316] Es decir que si bien Carrillo dice que las grandes represiones empezaron antes de que él llegara y continuaron después de su

marcha miente con descaro; las grandes sacas empezaron cuando Carrillo empezó a controlar la represión y terminaron tajantemente cuando su estructura represiva se quedó sin contenido a la llegada de Melchor Rodríguez y sobre todo cuando Miaja expulsó prácticamente al aniquilador de la quinta columna entre el 24 y el 27 de diciembre.

El dictamen de los historiadores que han analizado la actuación de Carrillo en la represión de Madrid es concluyente, No incluyo desde luego a Aróstegui y Martínez, que no han analizado la actuación de Carrillo en la represión de Madrid sino que se limitan

a divagar sobre ella. Ian Gibson proporciona importantes elementos de juicio para fijar la responsabilidad de Carrillo, entre ellos algunos testimonios valiosísimos que se deben a colaboradores de Carrillo en el consejo de Orden Público. Gibson acusa a Carrillo en una larga entrevista, pone de manifiesto sus contradicciones y sus carencias. En su capítulo de responsabilidades Gibson concluye sin duda que los ejecutores de las sacas eran las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia —integradas en el aparato represivo de la Consejería de Orden Público, como vimos en un documento firmado por el propio Carrillo— y

expresamente dependientes, como todo ese aparato, de los «mandatos» del Consejero. «El peso de los muchos datos que poseemos sobre lo ocurrido en varias cárceles de Madrid —dice Gibson— procedentes de varias fuentes independientes, hace imposible no identificar a los comunistas como los principales instigadores de la matanza». Gibson fija en este sentido la responsabilidad de los asesores soviéticos, concretamente Koltsov y el jefe de los servicios secretos Orlov. Aun así, concluye, «la máxima responsabilidad por lo que ocurrió sigue pesando ...sobre el Partido Comunista español». «Resulta muy difícil creer —

dice Gibson, al recordar los testimonios contra Carrillo— que a través de Cazorla y Serrano Poncela, dos íntimos colaboradores suyos, Carrillo no estuviera perfectamente al tanto de las decisiones del consejo...». Por lo que toca a la segunda oleada de sacas malas, ocurrida a fines de noviembre y primeros de diciembre, la complicidad del consejo de Orden Público, si no del propio Carrillo, nos parece fuera de toda duda...».^[317]

El dictamen de Ian Gibson, importante y profundo especialista sobre la represión en Madrid, resulta, pues, claramente condenatorio.

El otro especialista en la represión

de Madrid, Carlos Fernández, recoge todas las inconcebibles excusas y evasivas de Carrillo y las contrapone a las inculpaciones contra él por parte de diversos historiadores, incluso comunistas. La conclusión de Fernández es clara:

«Si aquí hubiese habido un tribunal de Nürenberg, Santiago Carrillo —probablemente— hubiera acabado en la horca —si nos atenemos a que los hechos podrían ser considerados como un genocidio que no prescribe, pero no hubiese sido el único». [\[318\]](#)

Por su parte el primer historiador sobre la guerra civil española —junto con Burnett Bolloten— que es en mi

opinión el general Ramón Salas Larrazábal cierra su memorable artículo de 1977 en «Nueva Historia» con un dictamen sobre Carrillo —«La responsabilidad de Santiago Carrillo— que me parece un importante documento histórico:

DOCUMENTO 85

«Realmente no puede decirse que allí (en Madrid) no había elementos para ejercer la autoridad y precisamente el hecho de que se ejerciera fue lo que dio la victoria a las fuerzas defensivas. No, en Madrid no hubo ningún caos, en Madrid no

hubo ninguna situación incontrolada, en Madrid hubo un decidido propósito de exterminar a una posible, probable, presunta o real quinta columna y de ese propósito nació una decisión fríamente tomada y cuidadosamente ejecutada, de forma sumamente discreta y sigilosa. Nada de indignación callejera, nada de espontáneos movimientos de masas aterrorizadas por temor a los bombardeos, nada en absoluto de ninguna acción colectiva; sólo la fría acción de las milicias de vigilancia de la retaguardia que llevaban a las cárceles las órdenes para extraer de las mismas a los centenares de

personas que conducidos en silencio a los lugares de ejecución eran pasados por las armas y enterrados en fosas comunes. Esta es la única verdad y ésta es la verdad que hay que decir por muy doloroso que sea y por muy mal que le sienta al actual secretario general del Partido Comunista, y por muy sincero que sea su deseo de reconciliación, aunque mucho me hace dudar de él el que en sus declaraciones insista, repetida y tercamente, en airear en su propia defensa la leyenda del alcance de la represión que siguió al final de la guerra, situándola en cifras que ya nadie acepta y a las que he fijado en sus justos términos en

otro lugar y ocasión próxima.

«En ambos lados se mató, y siempre en demasía, pero aquí no se está hablando de esto; en otras ocasiones lo hemos hecho. Aquí se trata de si Carrillo pudo o no impedir las matanzas de Madrid cuando era consejero de Orden Público y todo hace suponer que en su mano estuvo que aquéllas no se produjeran, como demostró palpablemente al mes siguiente Melchor Rodríguez a partir del momento en que se hizo cargo del puesto de delegado especial de prisiones en el territorio de Madrid. La decisión audaz y valiente de Melchor puede que no sea exigible a

todos pero la de Carrillo no se le pareció en absoluto. En las páginas de «El País» a que venimos refiriéndonos se establece un paralelo entre lo que sucedió en Madrid y aquello que acaeció en Granada y dice que Lorca fue asesinado el 19 de agosto y el semicercos de la ciudad había sido roto por el general Varela justamente el día anterior. La diferencia es notable, ya que en Madrid no hubo ni siquiera semicercos y además a partir del 15 de noviembre la batalla hizo crisis y desde ese momento la superioridad pasó de forma manifiesta y permanente al lado de los de la defensa y así se mantuvo de manera

continuada hasta el final de la batalla de Guadalajara y en tablas hasta que se terminó la guerra. Realmente si queremos establecer la similitud habrá que aceptar que tan responsable de las matanzas granadinas fue la autoridad de aquella ciudad como la autoridad gubernativa de Madrid lo fue de las que en ella sucedieron. No creo que nadie exculpará a los hombres que regían Granada en 1936 de lo que allí pasó ni los elegiría como los más representativos para iniciar una labor de reconciliación nacional.

«En este punto no cabe la menor duda, los hombres que en aquellos tiempos tuvieron responsabilidades de

esta clase están absolutamente descalificados para establecer las bases de la convivencia y es deseable que desaparezcan de los puestos públicos.

«Dejemos a los muertos que entierren a sus muertos».^[319]

Cuando se publicaron las memorias de Carrillo en 1993 mi amigo Cayetano Luca de Tena publicó en ABC un artículo estremecedor —«La mala memoria»— en que recordaba sus terribles experiencias:

DOCUMENTO 86

«A Santiago Carrillo debe fallarle

la memoria con los años. (Se refiere a una entrevista de Carrillo con motivo de su libro y continua) Son varias y burdas las falsedades de esta declaración. Primero, en aquellas expediciones figuraban algunos militares pero la mayoría la compusieron sacerdotes, estudiantes, abogados, médicos, funcionarios e incluso labradores y operarios de pueblos próximos a Madrid. Segunda, si las ejecuciones fueron accidentales, espontáneas, imprevistas, ¿cómo es que estaban dispuestas en Paracuellos las zanjias que recibían a los cadáveres amarrados de dos en dos — a veces con alambre— y fusilados con

ametralladoras a la luz de los faros de coches y camiones? Tercera, si Carrillo y sus colaboradores lamentaron profundamente, como él asegura, aquel desgraciado suceso, ¿por qué permitieron que continuaran expediciones y matanzas durante todo el mes de noviembre y los comienzos de diciembre? Sólo terminó aquella orgía sangrienta cuando un anarquista íntegro y valiente, Melchor Rodríguez, consiguió extender a las prisiones de Madrid su autoridad de inspector general a la Junta de Defensa, que las gobernó hasta entonces y era responsable de las matanzas...

«Hubo expedición que se salvó — la mía— posiblemente porque las fosas estaban repletas y las que se disponían no estaban aún preparadas. Y hubo también algún afortunado que, herido de cierta importancia, cayó mezclado con los muertos y pudo escapar y sobrevivir cuando los asesinos, cumplida su tarea, se alejaban en busca de un descanso o de nuevas víctimas. Yo he conocido a uno de estos escasísimos resucitados. Tenía una enorme y mal formada cicatriz en la cabeza. Era un sacerdote.

«Es inútil que Santiago Carrillo trate de enmascarar aquellos

**crímenes con tan endeble
argumentos. Los que vivimos en las
prisiones rojas unas fechas terribles y
podemos recordarlas sabemos muy
bien quiénes fueron los culpables. El
que fue consejero de Orden Público
en la Junta de Defensa de Madrid lo
sabe también. Y mejor que nadie,
seguramente. Aunque sus fallos de
memoria confundan totalmente unos
hechos y unas víctimas que no pueden
esconderse. Y le permitan vivir en paz,
sin tener que arrepentirse de nada».**

[320]

Acusan, pues, a Carrillo, grandes
historiadores y especialistas españoles,
grandes historiadores y especialistas

extranjeros; le acusan las víctimas y los testigos —de uno y otro bando— que padecieron o ejecutaron la represión en Madrid. Aparte de algún periodista ajeno a la Historia y algún historiador procomunista sectario y desacreditado, Carrillo carece de defensores; nadie ha publicado a su favor un alegato como los que Salas, Fernández o Gibson han publicado en su contra. Nadie, absolutamente nadie.

Pero para rematar este catálogo de responsabilidades y cerrar ya este catálogo trágico aduciré unos sorprendentes textos de altos dirigentes comunistas que, al pretender elogiar a Carrillo por su actuación en la

Consejería de Orden Público trenzan realmente contra él un acta tremenda de acusación.

Así lo hace, por ejemplo, la propia historia oficial del PCE publicada, para más inri, cuando Carrillo era secretario general:

DOCUMENTO 87

«El consejero Santiago Carrillo y su adjunto Cazorla tomaron las medidas necesarias para mantener el orden en la retaguardia, lo cual no era menos importante que la lucha en el frente. En dos o tres días se asestó un serio golpe a los «pacos» y

«quintacolumnistas».^[321]

DOCUMENTO 88

Dolores Ibárruri, mascarón de proa del PCE durante la guerra civil elogió en Valencia a fines de 1936 el aniquilamiento de la quinta columna:

«Es necesario vigilar no ya a la quinta columna, que a la quinta columna se le dio en el Madrid heroico una soberana lección, sino a las reservas de la quinta columna, hay que terminar con toda esa plaga».^[322]

El diplomático Félix Schlayer hablaba con la Pasionaria en Valencia durante la primavera de 1937, cuando ya

estaba a punto de irse de España ante las brutales presiones del gobierno que no toleraba su valeroso comportamiento en favor de presos y refugiados. Propuso a la Pasionaria la futura reconciliación de los españoles. Ella se negó en redondo:

«¡Eso es simplemente imposible!, No cabe más solución que el exterminio de una mitad de España por la otra mitad». [\[323\]](#)

En Valencia se celebró, entre el 6 y el 8 de marzo de 1937, el Pleno Ampliado del Comité Central del PCE. Para sorpresa de muchos el joven Santiago Carrillo figuró entre los oradores junto a los mas altos dirigentes del Partido. Esta fue probablemente la

ocasión en que Carrillo visitó por fin a Largo Caballero, ya sentenciado a muerte política por los comunistas, para comunicarle oficialmente que se había pasado con otros dirigentes de las Juventudes Socialistas a la obediencia comunista, lo cual el viejo «Lenin Español», ya apeado de tan honorable pedestal, sintió como una puñalada por la espalda. En cierto sentido el Pleno Ampliado se convirtió en un homenaje al nuevo líder comunista por su espléndida actuación en la «limpieza» de la quinta columna en Madrid. Vistos desde nuestra perspectiva histórica tales alegatos remachan para siempre la responsabilidad de Carrillo en la

represión.

DOCUMENTO 89

José Díaz, en su discurso ante el Pleno Ampliado, dijo:

«Es preciso ayudar a esa juventud que cuenta con dirigentes de la personalidad del camarada Santiago Carrillo» (gran ovación).

Francisco Antón, amigo entonces de Carrillo (que con el tiempo le echó de la dirección del PCE) y amante de la Pasionaria (que con el tiempo le echó de su cama) elogió a Carrillo y a Cazorla por la «limpieza»:

«Es difícil asegurar que en Madrid

está aniquilada la quinta columna pero lo que sí es cierto es que allí se le han dado los golpes más fuertes... Y esto —hay que proclamarlo, muy alto— se debe a la preocupación del Partido y al trabajo abnegado, constante, de dos camaradas nuevos, pero tan queridos por nosotros como si fueran viejos militantes de nuestro Partido, el camarada Carrillo cuando fue consejero de Orden Público y el camarada Cazorla que lo es ahora. (Grandes aplausos)».

Jaleado —e históricamente acusado— por sus compañeros de la dirección comunista, Carrillo subió a la tribuna y exaltó «la gloria de que los

combatientes de la JSU luchan con la garantía de una retaguardia cubierta, de una retaguardia limpia y libre de traidores. No es un crimen, no es una maniobra sino un deber exigir una tal depuración».

Esta última frase es reveladora. Carrillo acusado por Carrillo. Reconoce la depuración, las matanzas. No las considera un crimen ni una maniobra, solamente un deber pero las reconoce. Cuánto tiene que aprender el Carrillo de 1974, el Carrillo de 1993, del Carrillo de 1937, el que consideraba la represión de Madrid como una gloria personal, como un éxito político. Y la reconocía, la

reconocía, la reconocía, la reconocía, la reconocía como propia, como propia.

Se jactaba luego de que el sesenta por ciento de los afiliados a la JSU lucha en los frentes. No se jactaba de que él, secretario general de la organización, pertenecía al cuarenta por ciento que vivía cómodamente en la retaguardia. ^[324]

Examinada, pues, detenidamente, la actuación de Carrillo en la consejería de Orden Público, estudiemos la segunda parte de su heroica participación en la guerra de España. Pero su éxito en el Pleno Ampliado de marzo de 1937 demuestra que el considerable avance

que acaba de dar en su carrera política comunista se cimentaba en lo que orgullosamente llamaba en ese Pleno «el deber de la depuración». Montar una gran carrera sobre una gran depuración iba a convertirse para Carrillo en un método político infalible. Lo vamos a ver con detalle, hasta que le echaron a patadas del Partido Comunista cuyos centros de poder se proponía ahora, después de su experiencia de Madrid, tomar por asalto en provecho propio.

Veo en pruebas el espléndido libro de general Casas, que identifica más de ocho mil víctimas. Su investigación queda abierta porque se refiere a mínimos, por los que no contradice las

cifras de Salas, las concreta. Mantengo,
pues, todo lo dicho.

CAPÍTULO 5

CARRILLO RENIEGA DE SU PADRE POR AMOR A STALIN

LA DEMOCRACIA DE STALIN Y DE CARRILLO

Al reincorporarse a la vida política nacional, como secretario de la JSU, después de su experiencia traumática en la Consejería de Orden Público, Santiago Carrillo convocó un congreso de la Juventud Unificada que se celebró en Valencia en enero de 1937. Ahora nos interesa extraer del discurso programático pronunciado allí por Carrillo una importante definición de la democracia como objetivo político de la causa roja en la guerra civil.

FALSEDAD 52

«Luchamos por la República democrática, no nos da ninguna vergüenza decirlo. Nosotros, frente al fascismo y a los invasores no luchamos ahora por la revolución socialista. Hay quien dice que nosotros en esta etapa debemos luchar por la revolución socialista y hay quien dice más, que cuando nosotros declaramos que defendemos la República democrática hacemos una maniobra para engañar, una maniobra para ocultar nuestra verdadera política. Pues bien, camaradas, luchamos por una República democrática y además

parlamentaria». [325]

DOCUMENTO 90

Cuando Carrillo proclamó en enero de 1937 su fe en la República Democrática y Parlamentaria el Parlamento no se había reunido mas que efímeramente y para efectos de propaganda; la oposición parlamentaria, que representaba a la mitad de la nación, estaba perseguida en la zona «democrática» y muchos diputados habían pagado con la vida los métodos democráticos de la República, por ejemplo los asesinados en la cárcel Modelo y en las sacas de

Porlier. Carrillo no veía contradicción entre el sistema democrático y el «acorralamiento» y la «aniquilación» a que, según sus propias palabras, había sometido a muchos ciudadanos en Madrid, Pero al proponer la República democrática y parlamentaria para España tenía un modelo, su maestro José Stalin, quien el día 21 de diciembre de 1936 había escrito al jefe del gobierno, Largo Caballero, una carta admirable:

«La revolución española se abre caminos que en muchos aspectos difieren del camino recorrido por Rusia. Lo determina así la diferencia de premisas de orden social, histórico

y geográfico, las exigencias de la situación internacional, distintas de las que tuvo ante sí la revolución rusa. Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España que lo fue en Rusia».^[326]

La credibilidad democrática de Stalin que escribía estos consejos parlamentarios entre la primera y la segunda de sus grandes purgas no parece excesiva. Sin embargo Carrillo capta la onda staliniana y la repite ante sus Juventudes en Valencia, éste es el sentido de su proclama.

DOCUMENTO 91

Pero tanto el jefe del gobierno, Largo Caballero, como el secretario general del PCE José Díaz se encargaron inmediatamente de ofrecer la interpretación auténtica de la democracia reclamada por Stalin.

Largo Caballero —ya lo vimos— le dice a Stalin que nada de nada. «Pero —dice— contestando a su alusión, conviene señalar que cualquiera que sea la suerte que lo porvenir reserva a la institución parlamentaria, ésta no goza entre nosotros, ni aun entre los republicanos, de defensores

entusiastas». ^[327]

Por su parte el jefe de Carrillo, José Díaz, en un extenso informe pronunciado ante el pleno del Comité Central del PCE (5-8 de marzo de 1937) en Valencia (donde tanto se aplaudió a Carrillo por su «limpieza» de Madrid) puntualizó lo que Stalin quería decir al recomendar la República democrática y parlamentaria a la que apostilló como «de nuevo tipo», como se apresuraron a repetir todos los papagayos comunistas durante el resto de la guerra civil, de la Pasionaria para abajo. Esa República era nada menos que lo que después de la guerra

mundial se denominó con horrible redundancia «democracia popular» y se implantó en los llamados países satélites. Así la explicaba Díaz:

«Luchamos por una República democrática, por una República democrática y parlamentaria de nuevo tipo, y de un profundo contenido social. La lucha que se desarrolla en España no tiene por objetivo el establecimiento de una República democrática como puede serlo la de Francia o de cualquier otro país capitalista...

«Necesitamos aniquilar a los grandes terratenientes... necesitamos llevar a cabo la nacionalización de sus

tierras, entregándoselas a los obreros agrícolas y a los campesinos...

«Necesitamos también destruir el poderío económico y político de la Iglesia que era un centro de conspiración contra los intereses de las masas populares y uno de los puntales más firmes de la España semifeudal, y para esto debemos ir a la confiscación y nacionalización de sus bienes».

«Necesitamos también ir a la liquidación del militarismo...

«Tenemos que desarticular asimismo las grandes oligarquías financieras, bancarias e industriales, íntimamente vinculadas a los grandes

terratenientes y a la Iglesia... [328]

DOCUMENTO 92

Muchos años después de sus delirios democráticos en plena guerra civil Carrillo vuelve a la realidad y revela a sus interlocutores franceses de 1974 que su famosa República democrática y parlamentaria era realmente una democracia popular, una república soviética:

«Nos opusimos a cualquier iniciativa que pudiese perjudicar al apoyo popular a la causa de la República de ese tipo de sectores; ya que errores como éste se traducen

inmediatamente en una desmovilización en el frente. En cambio todas las empresas importantes y los latifundios pasaron bajo el control de los trabajadores y no sólo establecimos consejos obreros sino que intentamos conseguir que los consejos obreros fuesen elegidos directamente por los obreros de la fábrica. Y en ese terreno de la democratización, como ya os he dicho, propusimos en plena guerra elegir una nueva asamblea nacional en la que los soldados tuviesen su representación, es decir que todas las acusaciones sobre la «dominación burocrática» que se han querido aplicar a la experiencia

española apenas tienen relación con ella, puesto que la burocracia era en realidad la de aquellos comités que no habían sido elegidos por nadie, sino que eran designados por los dirigentes sociales».^[329]

No conozco acusación alguna contra los comunistas por «dominación burocrática». Dominaban de otra forma, a través de la infiltración militar y el chantaje gubernamental. Los consejos de obreros y soldados que Carrillo dice que propuso el PCE en la guerra configuran no una República parlamentaria sino una república soviética, tal es la etimología histórica de esos consejos o soviets. La enorme

mentira de Carrillo en 1937 queda así de manifiesto por la declaración de Carrillo en 1974.

LA SEGUNDA E INÉDITA CAMPAÑA MILITAR DE CARRILLO

La sustitución de Carrillo por el chófer Cazorla como delegado de Orden Público en la Junta Delegada de Defensa de Madrid se publicó el 1 de enero de 1937. Como la experiencia del teniente coronel asimilado Santiago Carrillo en su gloriosa batalla de Navalperal contra

los moros gigantes estaba tan próxima, he buscado con afán en sus memorias algún rastro de su incorporación a los frentes de combate. Por desgracia no he podido encontrar nada. Salvo esta perla que deja en blanco todo el año 1937 y se refiere a 1938:

FALSEDAD 53

«Durante el período en que yo estuve en el V Cuerpo de Ejército, con el general Modesto y el comisario Delage».^[330]

«Yo viví los primeros días de la batalla (del Ebro) con las fuerzas del general Modesto».^[331]

DOCUMENTO 93

Carrillo no había disparado un solo tiro en el frente de Madrid durante la gran batalla de noviembre de 1936; estaba muy ocupado en otros menesteres. Ahora su decisiva presencia en la batalla del Ebro resultará, me temo, tan fantasmagórica como su combate contra la morisma en Navalperal de Pinares. Por lo pronto vivió la batalla del Ebro de forma tan insuficiente que no se enteró de que Modesto no era el jefe del V Cuerpo sino de todo el Ejército del Ebro a cuyas órdenes combatieron dos cuerpos de ejército,

comunistas los dos; el quinto, mandado por Líster; el decimoquinto, a las órdenes de Tagüeña. Lo puede ver Carrillo en cualquier manual de su bando, por ejemplo el de Líster o el de Rojo.^[332] Carrillo no pudo estar con el «general» Modesto entre otras razones porque Modesto era teniente coronel; no ascendió a general en toda la guerra de España.

El verdadero jefe del V Cuerpo, que era Enrique Líster según las citadas fuentes, se pregunta con asombro al leer los alardes bélicos de Carrillo en el Ebro: «¿Dónde? ¿En qué fechas? ¿Con qué grado?»^[333] El entonces teniente coronel Modesto,

jefe del Ejército del Ebro, en un libro prologado por Carrillo detalla a todos sus colaboradores militares y comisarios, pero no menciona para nada a Carrillo en el frente del Ebro, aunque dice haberle visto en la retaguardia, en la sede del Comité Central comunista.^[334] Y eso que en el prólogo Carrillo se desborda y dice haber estado con Modesto en Castralvo, en los combates de Teruel, frente a Gandesa,... supongo que con la imaginación.

El general Ramón Salas, que sí estuvo en la batalla del Ebro como oficial y la ha estudiado con especialísimo interés en los

documentos de uno y otro bando, nos informa sobre la verdadera actuación de Carrillo en los frentes de guerra. Su diagnóstico coincide de lleno con el que anteriormente hemos tomado de los recuerdos de Líster:

«Entonces eran muchos los milicianos que paseaban por la retaguardia fusiles que jamás habían disparado contra el enemigo; ahora eran aún más los que bajo mil pretextos rehuían el servicio activo. La campaña finalizó con un decreto de 25 de octubre (de Prieto, en el año 1937) que ordenaba la revisión de todas las exenciones de servicio concedidas, que alcanzaban incluso al

comisariado en el que los puestos superiores, de comisario de división en adelante, sólo podían ser desempeñados por personas pertenecientes a reemplazos no movilizados. Esta disposición (artículo 10 del decreto) motivó la baja en el comisariado de Antón, el comisario de Miaja y amante de la Pasionaria; Santiago Álvarez, comisario de Líster y la movilización de Santiago Carrillo, el dirigente juvenil que tampoco se había asomado aún por el frente. La medida fue mal recibida por el Partido Comunista, que creyó que se trataba de una acción de Prieto dirigida contra sus hombres, aunque en la época y

posteriormente hayan dicho y repetido hasta la saciedad que aceptaron la medida con alegría y disciplina; la demostración de que eso no es cierto está en que ni Antón se incorporó a la 49 brigada a la que fue destinado ni Santiago Carrillo se presentó en el CRIM correspondiente; Santiago Álvarez logró pronto la exención y volvió a la División después de una corta ausencia. Por supuesto, ni Antón ni Carrillo fueron procesados como desertores, aunque el primero causó baja en el comisariado».^[335]

Carrillo, pues, realizó en retaguardia su segunda campaña militar heroica de la guerra civil. Nos

queda la tercera, que corresponde a la penúltima fase del conflicto porque, como veremos, la batalla final prefirió presenciarse desde Francia.

PRIMERA ACTUACIÓN TOTALITARIA DE CARRILLO DESPUÉS DE MADRID

Santiago Carrillo, libre de la preocupación por los frentes, dedicó por tanto su guerra civil de retaguardia a hacer política que siempre ha sido lo suyo. Su primera actuación ya la hemos

apuntado al citar su profunda definición de la República democrática y parlamentaria, es decir soviética; en la conferencia nacional de Juventudes que convocó en Valencia para el mes de enero de 1937. Él mismo nos anticipaba que, probablemente en esta ocasión, fue cuando intentó el célebre acercamiento a los católicos según la consigna de la hoz y la cruz que había recibido el año anterior en Moscú; pero sin duda debe de tratarse de otra de sus fantasías porque en la documentación de que disponemos sobre esta conferencia no hay ni asomos de tal aproximación, que Carrillo sí intentaría cuando se revistió del espíritu conciliar. Lo malo es que

una parte significativa de los delegados a la conferencia, procedentes de las Juventudes Socialistas, se sintieron estafados políticamente al conocer la entrega de Carrillo y otros dirigentes de su equipo al PCE y protestaron por el sistema repentino y dictatorial con que fueron convocados, reunidos y adoctrinados. Con esos métodos totalitarios el demócrata Carrillo inauguraba su sistema que luego llevó a la dirección del Partido Comunista. El delegado de Alicante, Antonio Escribano, ha denunciado después este primer alarde totalitario de Carrillo. Sobre sus declaraciones ha expuesto Burnett Bolloten la entraña de aquella

conferencia:

DOCUMENTO 94

«Comoquiera que fuese, gracias al poder y la influencia de Vittorio Codovilla y a la ayuda de Santiago Carrillo y otros dirigentes de la juventud socialista que se unieron al Partido Comunista, la JSU pronto se convirtió en un importante instrumento de la Comintern. Poco después de su defección los comunistas acabaron de consumir su control sobre la organización. En vez de celebrar el proyectado congreso nacional de unificación que debía

decidir democráticamente los principios, el programa y la estructura definitiva de la organización unificada y elegir sus órganos directivos, en enero de 1937 Santiago Carrillo convocó en Valencia una conferencia nacional. Para asistir a ésta nombró delegados no sólo a los representantes de las secciones locales de la JSU, sino a un gran número de comunistas de los frentes y de las fábricas, estratagema que le permitió controlar la conferencia desde el principio y asegurar la elección de un Comité Nacional y una Ejecutiva repletos de comunistas designados por el partido. «En lugar de un congreso —escribe

Antonio Escribano— se celebra aquel camelo llamado Conferencia de Valencia. Los comunistas le dieron todo el valor de un congreso democrático de fusión. La realidad es todo lo contrario».^[336]

Insisto en la importancia de esta gran manipulación, con la que Carrillo iniciaba su carrera política en el seno del PCE después de su paso por la Junta de Defensa de Madrid. La Conferencia le salió redonda y ya no volvió a ejercitar la democracia interna una sola vez en su vida, hasta que otros la ejercitaron expulsándole del Partido Comunista. Ante esta nueva hazaña después de la «limpieza» de la quinta

columna la dirección comunista decidió ascenderle y en el pleno ampliado del Comité Central celebrado en Valencia en marzo de 1937, del que ya hemos citado los grandes elogios a Carrillo por la aniquilación de la quinta columna, se le cooptó como miembro efectivo del Comité Central y como miembro suplente del Buró Político.^[337] Presidieron ese Pleno enormes efigies de Lenin y de Stalin; y los comunistas de Valencia rindieron un homenaje político a la «histórica» reunión.^[338]

Fernando Claudín no critica en sus antimemorias de Carrillo la actuación de su jefe en la Junta de Defensa de Madrid. No es extraño; Claudín estuvo,

como sabemos, implicado en la estructura represiva de la Consejería, aunque en un puesto que me parece burocrático. Pero terminada tan horrenda etapa Claudín aguza su buidos recuerdos e inicia su demoledora crítica a Carrillo. Es importante notar esta circunstancia; las críticas más duras, a veces con expresiones e imputaciones terroríficas, que se han hecho y publicado contra Carrillo no han provenido generalmente de sus enemigos sino de sus antiguos compañeros. Fuera de algún jenízaro comunista de la Historia o del periodismo, que además suelen disimular inútilmente su condición de comunistas o de satélites,

nadie ha defendido a Carrillo; nadie, ahora sin excepción alguna, se ha atrevido a publicar una apología de Carrillo. La entrada de este personaje en la eternidad se va a producir, cuando sea llamado a ella, en la soledad más espantosa y sospecho que él lo sabe.

DOCUMENTO 95

Pues bien, Claudín, que provenía de las Juventudes Comunistas, coincide con el delegado de Alicante al Congreso de Valencia en observar la marejada que se levantó contra Carrillo por su comportamiento totalitario.

«Una serie de dirigentes provinciales o locales de la JSU, que seguían siendo miembros del partido socialista, por lo general dentro de la tendencia caballerista, levantaron la bandera de la rebelión contra la comunistización de las JSU. Concentraron el fuego contra Santiago Carrillo, acusándole de traición al PSOE y de máximo responsable de la entrega de la JSU al partido comunista. A nuestra vez les acusamos de escisionistas y de estar manipulados por los trotskistas o de serlo ellos mismos».^[339] Para Carrillo resultaba esencial mantenerse firme al timón de la JSU porque, si bien había

vido incorporado al Comité Central del PCE carecía aún de influencia en el Partido. Quienes mandaban en el Partido eran los delegados de la Comintern, los enviados de Stalin (venía a ser lo mismo) y el grupo Díaz —la Pasionaria— Checa, Jesús Hernández y Mije. «Carrillo —sigue Claudín— no figuraba en esos cenáculos y por consiguiente no desempeñaba papel importante en la dirección del PCE».^[340] Fomentó, sin embargo, el crecimiento de la Juventud unificada, que resultaba paralelo al del Partido. Antes de que estallara la guerra civil los comunistas no rebasaban los 25 000 afiliados y la

Juventud Comunista ni llegaría a la quinta parte de esa cifra. Pero el crecimiento del PCE se disparó de forma parecida a la Falange en la zona enemiga. En marzo de 1937 contaba ya casi con 250 000 afiliados y la JSU, que gracias a la aportación de las juventudes socialistas entró en la guerra civil con cuarenta mil, superaba los trescientos mil en abril de 1937.^[341] Por eso Carrillo era consciente de su fuerza ascendente en el PCE, aunque el presidente Azaña no le cite una sola vez en sus memorias de guerra; sí se refiere en ellas a Wenceslao Carrillo, con quien habla de don Niceto Alcalá Zamora y

le nombra entre el grupo de socialistas que, junto a Largo Caballero, critican a Negrín por fomentar el auge de los comunistas y los soviéticos.^[342] Esto significa que cuando ya mediaba la guerra civil los caminos de Carrillo padre, crítico del comunismo y Carrillo hijo, entregado en cuerpo y alma al comunismo, estaban ya muy separados.

LA ESTRATEGIA POLÍTICA DEL PCE EN LA GUERRA CIVIL

Carrillo colaboró arduamente a la estrategia del Partido Comunista para controlar el poder en la España roja. Las fuentes convergentes para comprender tal estrategia, de la cual hoy ya no puede dudar quien esté en su sano juicio, son, ante todo, el terrible informe de Indalecio Prieto presentado en 1939, tras la derrota, a la Ejecutiva del PSOE y publicado con el título «Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional: intrigas de los rusos en España».^[343] Alcanza también un extraordinario valor el ensayo «La verdad sobre el comunismo en España» escrito por Luis Araquistáin en 1939 y publicado recientemente en España.^[344]

Este ensayo tiene toda la fuerza de un testimonio; Araquistáin era, hasta la guerra civil, un socialista procomunista y prosoviético que se desengañó al comprobar el comportamiento del PCE como simple marioneta de Stalin durante el conflicto español. Araquistáin dibuja la estrategia comunista primero en el dominio de los demás partidos sobre todo el socialista y las Juventudes; segundo en el Ejército Popular y demás cuerpos armados; tercero en el conjunto de los organismos del Estado. Su diagnóstico es certero, profundo y digno de un observador de primerísima mano. La tercera fuente esencial para conocer la estrategia del PCE hacia el control de

la zona roja es el magistral y documentadísimo libro de Burnett Bolloten, corresponsal en esa zona, que tantas veces hemos citado.

No voy ahora ni siquiera a resumir el despliegue acusatorio de Prieto, Bolloten y Araquistáin ya que sus obras resultan fácilmente accesibles; ni el estudio sobre la penetración comunista en el Ejército Popular que ha trazado el general Salas con su habitual maestría en varias de sus obras, especialmente en su gran Historia del Ejército Popular. Obstinarse en negar o enmascarar ese proceso de infiltración y dominio no es, a estas alturas, más que un resabio comunistoide de la escuela de Tuñón de

Lara, la cual debía haber callado bajo todos los cascotes del Muro de Berlín y en gran parte lo ha hecho. El jefe de los servicios secretos soviéticos, Orlov, ya lo hemos visto y citado, detectaba la estrategia española de Stalin como vinculada al fin de hacerse con el poder en la España roja para poder jugar con ella en los complicados movimientos internacionales de los años 1936 a 1939. Su colega del GRU, el general Krivitsky, atribuye al enviado de Stalin Stashevsky el diseño y ejecución de los movimientos tácticos del PCE, respaldado siempre por los asesores soviéticos, para utilizar primero al ministro socialista Indalecio Prieto con

el fin de derribar a su aborrecido Largo Caballero en la crisis de mayo de 1937; y una vez instalado el gobierno del procomunista doctor Negrín, el segundo movimiento de la misma estrategia que consistiría en el acoso y derribo a Prieto que se logró en 1938.^[345] Santiago Carrillo desbarra y se sitúa en continuo fuera de juego a la hora de comentar en 1993 tal estrategia, que conoce perfectamente; los testimonios y los análisis en su contra son tan claros y están hoy tan aceptados que no merece la pena perder el tiempo en rebatir sus salidas de tono.

En lo que sí tiene razón Carrillo es en reconocer que Largo Caballero

empieza a mirar con recelo al Partido Comunista desde noviembre de 1936 por la preponderancia que estaba alcanzando en el Ejército Popular y en la política general gracias a la ayuda soviética, factor imprescindible en la defensa de la República. Carrillo revela la airada y justísima reacción de Caballero cuando los líderes de la JSU, encabezados por el propio Carrillo, le informaron al fin sobre su paso al PCE cuando ya lo sabía todo el mundo en la zona roja; y Carrillo, como tantas veces, incide en el sarcasmo cuando nos dice que decidieron contárselo a Caballero «por deber de lealtad».^[346]

En vista de que el ya repudiado

Lenin Español se mostraba poco manejable a las instituciones comunistas y a los consejos soviéticos (se había permitido echar al embajador de Stalin, Rosenberg, de su despacho) parece que los soviéticos confiaron al ministro comunista Jesús Hernández la ejecución de la maniobra diseñada por ellos para liquidar políticamente a Caballero, con la colaboración insensata de Prieto, y luego para terminar políticamente con Prieto con la colaboración de Negrín.

[347] Es importante que Carrillo reconozca el papel decisivo del PCE en la defenestración de Largo Caballero, motivada por las medidas hostiles del jefe del gobierno contra el PCE; más

aún, a Carrillo se le escapa que la crisis de mayo de 1937 se origina en el anticomunismo de Caballero, lo cual equivale a reconocer que estalló por una provocación del PCE. También tiene razón Carrillo cuando sugiere la intervención decisiva de Prieto y del sector prietista en la elevación del doctor Negrín a la jefatura del gobierno con motivo de esa crisis de mayo 1937.

[348]

MAYO DE 1937: LA PROVOCACIÓN COMUNISTA Y LA ANIQUILACIÓN DEL «TROTSKISMO ESPAÑOL»

Entre todos los acontecimientos de la guerra civil había dos que me parecían muy insuficientemente tratados; el tracto final de la guerra, desde la conferencia de Múnich y la batalla del Ebro hasta el 1 de abril de 1939; y antes, la gran crisis de la zona roja en mayo de 1937. Creo que investigué de manera más que suficiente el primero, en

mi libro «Agonía y Victoria»^[349] que no entendieron, naturalmente, los señores Tusell y Aróstegui, acostumbrados a despreciar cuanto ignoran. Sigo pensando en que la crisis de mayo, sobre la que hay aproximaciones valiosísimas (Gorkin, Salas, Bolloten) tiene todavía mucho que descifrar.

En el mes de enero de 1937 el presidente de México y constante valedor de la España roja, don Lázaro Cárdenas, había acogido a León Trotski, máximo enemigo de Stalin, en su último refugio. Para Stalin era todo un desafío; decidió montar la eliminación física de Trotski (lo que lograría tres años después) y mientras tanto ordenó a sus

esbirros en España que liquidasen a los trotskistas españoles, tarea a la que los servicios secretos soviéticos, dirigidos por Alexander Orlov y sus colaboradores del PCE se pusieron con todo ahínco.

¿Quiénes eran estos trotskistas españoles? Ellos han rechazado casi siempre el calificativo de trotskistas como una simplificación pero no le faltaban a Stalin razones para considerarlos así, aunque no para exterminarlos de forma tan sádica. Stalin consideraba como trotskistas a los grupos que muy poco antes de la guerra civil se habían unificado en el llamado Partido Obrero de Unificación Marxista

o POUM. Eran comunistas auténticos, pero disidentes de la disciplina staliniana y sus líderes —Joaquín Maurín, Andrés Nin y Julián Gómez «Gorkin» eran los más conocidos— habían tenido alguna relación con Trotski aunque no se les podía considerar tampoco como vinculados férreamente a la disciplina del creador del Ejército Rojo. Su fuerza era notable en Cataluña, donde habían formado unidades de combate que guarnecían sectores en el frente de Aragón. Su líder Joaquín Maurín estaba en una cárcel de la zona nacional de la que saldría ya después de la guerra. Andrés Nin, antiguo colaborador de la Internacional

Comunista y expulsado de la URSS por su espíritu crítico era la cabeza visible de la disidencia.

Debemos recordar que según vimos en el capítulo tercero de este libro los grandes procesos de Moscú —1936, 1937 y 1938— tuvieron como máximo pretexto la lucha contra Trotski. El que tuvo lugar a comienzos de 1937 se montó contra el llamado «centro antisoviético trotskista» que nada tenía que ver con Trotski porque sus principales acusados, como en el primer proceso, eran veteranos bolcheviques que habían conocido a Trotski y colaborado con él, como habían hecho Lenin y el propio Stalin. Pero en 1937 el

nombre de Trotski se había convertido en fetiche para la vesania persecutoria de Stalin y las relaciones, indudables, de Trotski con los líderes del actual POUM resultaban para Stalin pruebas más que suficientes para eliminarlos.

El recelo y la persecución se notaron ya antes de acabar el año 1936 pero se acentuaron a medida que avanzaban los meses de 1937. El POUM publicaba en Barcelona un periódico agresivo y muy bien informado, «La Batalla» donde se protestaba con energía y documentación muy fiable contra los procesos de Moscú y la manía persecutoria de Stalin. Santiago Carrillo colaboró servilmente, acriticamente, a la campaña contra el

POUM pero en 1974 y 1993 lo niega con su habitual cinismo:

FALSEDAD 54

«Después hubo el XX Congreso y el hecho de que en 1956 me fui de vacaciones por primera vez en mi vida. Estuve en Bulgaria con mi mujer y con mis hijos. London estaba allí, con los suyos, acababa de salir de la cárcel. Después del XX Congreso para mí estaba claro que era inocente. Y cuando volví a ver a London y me explicó cómo habían sucedido las cosas, juré que en adelante no creería más que lo que viera con mis propios

ojos. Desde luego existía el informe Kruschef, pero la explicación de London (más cruda que en sus libros) me conmovió profundamente. Me enteré de las persecuciones, de las acusaciones lanzadas contra los veteranos de las brigadas; supe que durante esos procesos se preparaban otros, que ciertas acusaciones se mantenían en reserva para futuros procesos.»

Sus interlocutores le preguntan cómo, al pasar seis meses en Moscú acabada la guerra civil, no se enteró de la suerte de Antonov-Ovséenko, ni de la suerte de Koltsov, ni del final airado de tantos consejeros soviéticos y veteranos

de las brigadas internacionales. Contesta Carrillo que el país era muy grande y no se enteró de nada. Por lo visto no habló con nadie en Moscú. No supo nada hasta después del XX Congreso en 1956. Casi veinte años después de aquellos crímenes de Stalin, Tres años después de la muerte de Stalin.^[350]

Pero nos dice algo peor. Nos dice:

«Debo confesar que en aquella época (la de los procesos) estaba convencido de que aquellas confesiones eran sinceras».^[351]

Que Carrillo tardase veinte años en conocer el verdadero sentido de los procesos de Moscú es absolutamente inverosímil. Fuera de su corto período

de 1939 en la URSS y de sus ocasionales visitas posteriores Carrillo vivía en centros muy bien informados del mundo libre: los Estados Unidos, México, Buenos Aires, Lisboa, París. No dominaba muchos idiomas pero tenía a su lado a excelentes traductores y las noticias y reseñas de prensa estaban a su disposición; como todos los políticos de cultura escasa Carrillo era siempre un asiduo lector de periódicos, tanto que se había dedicado a la censura de prensa en noviembre y diciembre de 1936.

La prensa de París dedicó extraordinaria atención al proceso contra el dirigente comunista checo Laszlo Rajk, voluntario en las brigadas

internacionales de España, calumniado luego por los servicios secretos soviéticos que le acusaban de haber colaborado con la Gestapo. Rajk fue condenado y ejecutado; y en París Jorge Semprún, que era simple militante comunista de base, se extrañó al ver que el historiador Tuñón de Lara, de quien sospecha una extraña relación con los servicios especiales soviéticos, aceptó la culpabilidad de Rajk. Lo mismo que Santiago Carrillo, cuando uno y otro tenían todos los datos a su disposición para comprobar que la acusación era falsa.^[352]

El propio Semprún supo en 1952 que la acusación, transcrita en

«L'Humanité» contra Rudolf Slansky, Josef Frank y Artur London, el amigo de Carrillo, era falsa. Pero Semprún calló. Y Carrillo, que conoció la misma falsedad en 1952, esperó a 1956, es decir a que pasara ampliamente la muerte de Stalin, para conmoverse con la tortura de London.^[353]

Arthur Koestler, testigo de las purgas de Stalin y escapado de ellas, publicó en 1941 su tremendo análisis de los métodos del terror staliniano en «El cero y el infinito» (Darkness at noon) obra difundidísima en toda Europa que Carrillo pudo leer si alguna vez le hubiera interesado la verdad. Como las obras de Orwell, otro gran marxista

desengañado en España, que fueron noticia en todo el mundo; el «Homenaje a Cataluña» en 1938, el «1984» en 1949, todo ello mucho antes del XX Congreso. Pero por lo visto Carrillo sólo dejó de adorar a Stalin cuando se lo ordenaron desde Moscú tres años después de la muerte de Stalin.

Sin embargo Carrillo no había necesitado salir de España para enterarse de lo que eran las purgas de Stalin, los criminales procesos de su maestro y guía. En el Pleno Ampliado que cooptó a Carrillo para el Comité Central del PCE, José Díaz interpreta servilmente el proceso de Moscú según las deformaciones de Stalin.^[354] ¿Había

abdicado Carrillo de todo sentido crítico, que tan brillantemente había desplegado en sus reuniones con las juventudes comunistas en julio de 1934? ¿Llevaba su servilismo hasta la abyección? Porque «La Batalla» del 24 de enero de 1937 informaba: «En Moscú se prepara un nuevo crimen. En la Rusia actual ha sido abolida la más elemental idea de democracia obrera, para caer en un régimen burocrático y de dictadura personal». Esta acusación, que era completamente cierta, está expresada en 1937 y en Barcelona casi con las mismas palabras que Carrillo aplicará contra Stalin en sus memorias de 1993. Con cincuenta y seis años de retraso.

DOCUMENTO 96

Porque en marzo de 1937, y en el mismo Pleno Ampliado de su exaltación, Carrillo pronunciaba uno de los párrafos más abyectos de su vida cuando se sumaba al anatema staliniano contra los trotskistas españoles.

«Santiago Carrillo —recuerda Claudín— rinde tributo en su intervención ante el Comité Central del PCE a esta guerra a muerte contra el trotskismo. Denuncia que «los agentes del fascismo en nuestra retaguardia, los elementos trotskistas» se están infiltrando en las juventudes libertarias para impedir su

unidad con la JSU y también dentro de esta última para romper su unidad y «levantar la bandera de la creación de la juventud del partido socialista... Pero ante el pleno del Comité Central, ante todo el Partido y ante las masas, declaramos... que esta forma de trabajo del trotskismo será desenmascarada también, que esa posibilidad de desunión de la Juventud será aplastada también». Todos estábamos convencidos, en efecto, de que los trotskistas eran los nuevos traidores de la revolución mundial y por consiguiente de la revolución española. Stalin acababa de exponer públicamente en su discurso sobre la

nueva Constitución soviética los mismos argumentos que Santiago Carrillo había escuchado de Dimitrov y Manuiski en su viaje a Moscú: todas las grandes revoluciones tienen sus grandes traidores».^[355]

Volvemos, por tanto a llegar al 3 de mayo de 1937, fecha en la que confluyen dos movimientos políticos, inspirados los dos por Stalin de forma directa. Uno interior, la ofensiva contra Largo Caballero que no se mostraba suficientemente maleable para los comunistas y sus amos soviéticos; otro, de alcance internacional, la persecución sangrienta de los presuntos trotskistas españoles como nuevo capítulo de la

lucha obsesiva de Stalin contra su gran enemigo Trotski. Los dos movimientos obtendrán el resultado que deseaba Stalin, cuya influencia en España ya se hace dominante, con un ligero obstáculo: la voluntad de vencer por parte del general Franco y la media España que le seguía, desde la cual todo el mundo estaba seguro de que el comunismo y su inspiradora, la URSS, eran los auténticos enemigos a derrotar. Desde una visión histórica actual que no se ancle en los prejuicios tuñonianos y recuerdo las vinculaciones de entonces entre Tuñón de Lara con ciertos Servicios, según acaba de revelarnos Semprún, la visión de la España

nacional sobre el verdadero enemigo estaba, en mayo de 1937, más que justificada.

El 3 de mayo de 1937 se produce un asalto de fuerzas dependientes de la Generalidad de Cataluña contra el edificio de la Telefónica en el centro de Barcelona, bastión de la CNT. La reacción de los anarcosindicalistas, apoyados inmediatamente por las milicias del POUM (que comprenden que la cosa va sobre todo contra ellos) es fulminante y la pequeña guerra civil de Barcelona, entre anarquistas y POUM por una parte y por otra las fuerzas de la Generalidad, del gobierno de Valencia y los comunistas se prolongará

sangrientamente hasta el día 7, cuando una columna de fuerzas de Orden Público enviada por el gobierno restablece el orden después de denotar a los anarcosindicalistas y a las tropas del POUM. El presidente Manuel Azaña, virtualmente preso en su palacio durante la refriega, ha prodigado sus mensajes patéticos al gobierno y ha pasado más miedo que en toda su vida.

El general Krivitsky, con muy buenas razones para saberlo, afirma que la provocación de los sucesos partió de la OGPU y los comunistas.^[356] Esto no debe extrañar a quienes recuerden que en abril anterior el diario «Pravda» anunciaba procesos contra el POUM en

España, según las pautas de los procesos soviéticos.^[357] Santiago Carrillo, como era de esperar, atacó al POUM de acuerdo con la inspiración staliniana.^[358]

El presidente de la República pasó tanto miedo que no tuvo tiempo para analizar serenamente lo ocurrido. Pensó y escribió sobre los sucesos; pero me temo que no se enteró de las tramas. Por eso no encontró mucha dificultad en acceder a la propuesta conjunta de Prieto, el sector anticaballerista del PSOE y los comunistas y designó al doctor Juan Negrín como nuevo jefe del gobierno el 15 de mayo. Julián Gorkin, testigo y víctima de excepción, cree que

el provocador directo de las revueltas fue el coronel comunista Antonio Ortega, ex sargento y ahora director general de Seguridad.^[359]

Una vez conseguido el primer objetivo —la caída de Largo Caballero, que de forma tan airada terminó su carrera política y quedó desde entonces reducido al silencio— los mismos inspiradores stalinianos se dispusieron a conseguir el segundo, es decir el «aniquilamiento» del POUM. No perdió mucho tiempo en anunciarlo el implacable secretario general comunista José Díaz: lo hizo el 9 de mayo en un discurso sañudo que pronunció en Valencia.^[360]

La suerte del POUM en España estaba sellada desde que los encartados en el segundo proceso de Moscú «confesaron» que los trotskistas españoles suponían un grave peligro para la URSS. Andrés Nin había mantenido alguna relación con Radek, que fue el procesado acusador, y nadie se extrañó en España cuando a principios de junio de 1937, instalado ya formalmente el gobierno pro comunista y pro soviético del doctor Negrín, el jefe del POUM desapareció súbitamente sin dejar rastro. El canto de cisne por parte de Nin había sido un ataque al comunista Cazorla, sucesor de Carrillo en la ya disuelta Junta de

Defensa de Madrid, amén de su participación contra los comunistas en los cruentos sucesos barceloneses de mayo.(Bonamusa).

Julián Gorkin atribuye la detención de Nin a dos coroneles-policías de la República que se encontraban en excelente relación con los servicios secretos soviéticos: Ortega, director general de Seguridad y Ricardo Burillo, ahora jefe de Orden Público en la Generalidad de Cataluña e implicado en julio de 1936 en el asesinato de Calvo Sotelo. Fue detenido Nin el 16 de junio y enviado primero a Valencia con escolta de policía y de la NKVD. Se le recluyó luego en una prisión o checa que

los servicios secretos soviéticos mantenían junto a Alcalá de Henares.

La complicidad de los comunistas españoles, según el testimonio de Gorkin, testigo de los hechos, es evidente. Pero Carrillo trata de exculpar al PCE y atribuir toda la culpa por la detención y posterior asesinato de Nin a los soviéticos.

(Esta fue también una de sus acusaciones por las matanzas de Madrid).

FALSEDAD 55

Había —dice Carrillo— «otro poder, ligado sin duda con los

Servicios^[361] soviéticos y sin ningún control de los órganos del partido español».^[362]

Claro que el PCE no controlaba a la OGPU sino ésta al PCE, vaya noticia. Pero la falta de control del PCE (y del gobierno) no excluye ni mucho menos la complicidad; dos coroneles comunistas eran ya los primeros cómplices. Y la complicidad de los comunistas con los Servicios continuó. En 25 de junio el órgano oficial del PCE, «Mundo Obrero» daba cuenta de una falsedad tremenda, «La fuga de Andrés Nin». El coronel Ortega dijo a su ministro de la Gobernación, Zugazagoitia que Nin había sido raptado por elementos de la

Gestapo disfrazados de combatientes de una brigada internacional. La mentira era tan repugnante que Negrín, jefe del gobierno, y Companys, presidente de la Generalidad, protestaron y el coronel Ortega tuvo que dimitir. Ni el ministro Zugazagoitia, que viajó a Madrid para enterarse, ni el propio presidente de la República, Manuel Azaña, consiguieron averiguar nada mientras Negrín acabó por plegarse al dictado de los soviéticos. Según el testimonio de dos comunistas que luego abandonaron la URSS y el PCE, Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado, el instigador del asesinato de Nin fue Orlov, que junto con Vittorio Vidali, «Carlos Contreras»

interrogó y torturó al desgraciado sin poder arrancarle una confesión. Nin fue asesinado probablemente en Alcalá de Henares o tal vez en El Pardo antes de terminar el mes de junio de 1937.^[363]

Con toda razón se pregunta Claudín: «¿Por qué el PCE, al independizarse del PCUS, no lo ha denunciado?»^[364] Está muy claro; para no denunciar su propia complicidad en uno de los asuntos más turbios de la guerra civil. Mikhail Koltsov, en la entrada de su Diario correspondiente al 25 de julio (probable fecha del asesinato de Nin) describe con detalles de servilismo que aun en él parece repugnante la purga general contra los trotskistas españoles; y en un

artículo para la prensa extranjera repite como un loro la versión acuñada por la OGPU sobre el asesinato de Nin «por la Gestapo».^[365] Ya le quedaban pocas mentiras que repetir al plumífero lacayo de Stalin en España. En el último año de las purgas fue llamado a capítulo y sin que nadie le explicase una palabra le encerraron en una prisión de la NKVD donde seguramente después de torturarlo, acabaron con su triste vida en 1942.^[366]

Además de la siniestra figura de Koltsov hay otro nombre que intervino en las matanzas de Paracuellos y en el secuestro de Andrés Nin. Porque, si bien no lo he visto citado por nadie, el caso

Nin está incluido en la Causa General con un tratamiento serio y objetivo gracias a dos declaraciones importantes. Una de ellas se debe a un policía que intervino en el traslado de Nin a Madrid (no menciona el paso por Valencia) donde se hizo cargo del preso, entre otros policías, nuestro ya conocido Andrés Urresola, muy activo en las sacas de noviembre en Madrid. En esta declaración aparece con toda claridad la intervención de los soviéticos y la colaboración de los policías comunistas españoles. La segunda declaración se debe al letrado don Gregorio Peces-Barba del Brío, a quien luego conocí en el Senado constituyente de 1978. Padre

del conocido político don Gregorio Peces-Barba, ex presidente del Congreso, rector de la Universidad Carlos III, destacado militante socialista y cristiano. El señor Peces-Barba del Brío se mostraba siempre con trato afable y espíritu de convivencia.

Había actuado como fiscal en el proceso del POUM que se abrió después del asesinato de Nin. Declaró ante la Causa General que había sufrido coacciones tremendas «para que no se surgiera la verdad» del proceso y del caso Nin. Recalcó que el PCE era en la guerra civil una simple dependencia de la Comintern cuyo cuartel general en Madrid radicaba en el Hotel Gaylord's

(alojamiento, añadamos, de los consejeros soviéticos). Cree el señor Peces-Barba que Nin no fue ejecutado en España.^[367]

Entre junio de 1937 y octubre de 1938 se celebró el proceso del POUM.^[368] La excelente edición de Víctor Alba y Marisa Ardévol nos exime de comentarlo aquí. Los encartados pudieron salvar la vida y evitar caer en manos de los vencedores de la guerra. Luego robaron importantes documentos de la oficina abierta en París por el doctor Negrín y colaboraron con libros esenciales como el de Jesús Hernández y el de Enrique Castro Delgado. Los supervivientes del POUM han dedicado

el resto de sus vidas a reivindicar históricamente su causa y me merecen, como testigos de la Historia, un gran respeto.

La maniobra que los soviéticos y el PCE habían rematado con éxito contra Largo Caballero en mayo de 1937 con la colaboración de Indalecio Prieto la repiten, dueños ya del gobierno Negrín, a lo largo del segundo semestre de 1937 y primer trimestre de 1938 contra Prieto, ministro de Defensa Nacional en el gobierno Negrín. Prieto ha descrito con todo lujo de detalles esa maniobra en su citado informe ante la ejecutiva del PSOE presentado después de la derrota en 1939 y Burnett Bolloten ha

corroborado documentalmente, de manera inapelable, la acusación de Prieto. El pataleo de Carrillo, los comunistas, algunos historiadores tuñonianos y algunos periodistas indocumentados contra la formidable conjunción reforzada y remachada por la incomparable «Historia del Ejército Popular de la República» del general Ramón Salas que publiqué en cuatro grandes tomos en la Editora Nacional cuando la dirigí en 1973, ha sido tan lamentable como ridículo. Por cierto que para publicar la Historia de Ramón Salas tuve que convencer a Franco, a quien algunos miembros del bunker habían pretendido engañar hablándole

mal del libro; cuando Franco pudo ver los cuatro tomos se alegró muchísimo de haber dado, tras un pequeño forcejeo, la autorización. Si en vez de Franco esa autorización hubiera dependido de la llamada Fundación Francisco Franco sin duda ese libro, esencial para la historia de nuestra guerra, no hubiese aparecido.

Carrillo ha negado cínicamente que el PCE ambicionara el poder. Entonces ¿por qué echó a Caballero y a Prieto? ¿Por qué se sublevó contra Casado y Besteiro en 1939? ¿Por qué pretendió en su último estertor de la guerra ocupar todos los mandos del Ejercido Popular y todos los resortes del Estado? Orlov nos dio la clave, como el lector recuerda;

Stalin necesitaba la gran baza de una República española en sus manos como plataforma estratégica para montar su política de alianzas en Europa. Y utilizaba para ello el poder comunista volcado a la conquista del poder de la República.

Por eso Stalin accedió a enviar a la República, con destino a la defensa de Cataluña, una inmensa aportación de material pesado de guerra que sólo en parte se pudo aprovechar ante la rapidez del avance final de Franco; fue el general comunista Ignacio Hidalgo de Cisneros el encargado de gestionar personalmente en Moscú este gran envío. ^[369]

SANTIAGO CARRILLO DEFIENDE HEROICAMENTE BARCELONA

La brillante actuación militar de Santiago Carrillo junto al general Modesto, que como vimos no era general, en el puesto de mando del V Cuerpo, que como vimos no era el V Cuerpo, pasó inadvertida para Modesto, que no la registra en un libro prologado nada menos que por Carrillo; peor aún, tampoco fue advertida por Franco que obligó al Ejército del Ebro a repasar el río después de machacarlo

sistemáticamente y se permitió ganar en noviembre de 1938, sin permiso de Carrillo, la batalla del Ebro. Todo el mundo esperaba entonces el siguiente golpe de Franco sobre el frente de Cataluña. Carrillo no. Carrillo nos revela que «la dirección del Partido Comunista decidió reforzar su presencia en la zona centro-sur. Pedro Checa y yo —no recuerdo si alguien más— nos trasladamos a Madrid».^[370] Reforzada así, gracias en gran parte a la presencia de Carrillo, la capacidad de resistencia roja en la zona principal, Carrillo empieza a preparar dialécticamente la atroz ruptura con su padre que tendrá lugar al terminar la guerra civil.

Carrillo se entera en Madrid de que parte del PSOE y de la CNT están muy desmoralizados y de que su propio padre Wenceslao estaba «implicado en algo que me parecía muy feo». Se trataba de conversaciones conspiratorias mantenidas por Carrillo «senior» en Extremadura contra el gobierno Negrín. «¿A quién ser leal —se pregunta el hijo— a mi padre o al gobierno de la República en guerra y al partido por el que había optado?» Tiene entonces una tormentosa entrevista con su padre, que despotrica contra Negrín y su gobierno.

FALSEDAD 56

«Desde la zona Centro-Sur seguíamos apasionadamente la lucha en Cataluña, la batalla que comenzó el 25 de julio».^[371]

Pero ¿no nos había dicho Carrillo en la falsedad 53 que pasó la primera parte de la batalla del Ebro en el cuartel general del general Modesto? La batalla que empezó el 25 de julio es la batalla del Ebro y ninguna otra. ¿Se pondrá Carrillo de acuerdo con Carrillo? Ahora nos da una versión mucho más verosímil, aunque contradictoria con la anterior; ahora nos dice que siguió la batalla del Ebro apasionadamente a quinientos kilómetros de distancia, en su

confortable sillón de Madrid. También siguió «emocionadamente» desde Madrid la retirada de las brigadas internacionales; esta vez a seiscientos y pico kilómetros. Resultaba Carrillo a tan gran distancia un observador muy emotivo. Pero se enteró de que Franco, en preparación de su gran ofensiva sobre Cataluña, «había dispuesto siete cuerpos de ejército mandados por sus mejores jefes militares: Muñoz Grandes, García Valiño, Moscardó, Yagüe y Gambaro el italiano». Siete cuerpos y cinco jefes. Me recuerda esta precisión aquel chiste de mi infancia: «Las cuatro partes del mundo son tres,

Europa y Asia».

La ofensiva de Franco comenzó en efecto en víspera de Nochebuena y «la dirección del partido consideró que algunos de los camaradas responsables, entre ellos yo, debíamos trasladarnos de Madrid a Cataluña para reforzar la acción política en el ejército y en la retaguardia». ^[372]

Carrillo no reforzó nada. El frente de Cataluña se fragmentó en mil pedazos por las preparaciones artilleras del coronel Carlos Martínez de Campos y los bombardeos de la aviación táctica. Los cuerpos del Ejército del Norte maniobraron con precisión, se entrecruzaban en busca de sus objetivos,

anulaban cualquier intento de resistencia organizada. Carrillo dedica media docena de páginas lastimosas a relatarnos sus ímprobos esfuerzos para que Barcelona no cayera sin lucha, para organizar en Barcelona una resistencia comparable a la de Madrid. No son páginas patéticas sino simplemente ridículas. El comunista descreído invoca una y otra vez al milagro, que no vino. Se reúne con los dirigentes del PCE y con los jóvenes militantes de la JSUC, recorre la ciudad amenazada de reunión en reunión, busca inútilmente tropas que la defiendan. Su compañero Tagüeña, jefe del XV Cuerpo de Ejército, le presta algunos soldados que se pierden

en aquel mar de desánimo. Carrillo se dirigió por radio a la juventud de Barcelona para animarles a la resistencia, sin el más mínimo resultado. Pero presenta sus movimientos en Barcelona como una gesta heroica en defensa de la ciudad; nadie los advirtió, nadie le hacía el menor caso. Una tras otra las unidades militares y los grupos políticos decidían la evacuación y se marchaban. Con Mije, Antón y Cabo Giorla, Carrillo intenta al menos una resistencia simbólica pero nadie le sigue. Su propio chófer le abandona y le deja de peatón. En el paseo de Gracia se encuentra con un espectáculo insólito:

«La quinta columna se había hecho

dueña de la calle. No se veía ni un miliciano ni un guardia». ^[373] La quinta columna a la que él había acorralado y aniquilado en Madrid resurgía ahora delante de sus propias narices en el centro de Barcelona, y tenía que esconderse para no caer en sus manos. Se extraña al verles a todos tan bien vestidos, «como en un día de fiesta». La corbata y el sombrero ya no eran peligro de muerte. En la plaza de Cataluña se repite el espectáculo, la terrible frustración de Carrillo. No podía hacer nada, el enemigo ya estaba dentro, la quinta columna había tomado la gran ciudad. «Toda Cataluña deseaba ya a Franco», dirá un jefe militar de la

República en su parte al general Rojo.

Todo el heroísmo que Carrillo derrocha para organizar la resistencia se resume en un hecho que no se atreve a disimular: ni él ni sus cada vez más escasos seguidores disparan un solo tiro en la heroica defensa de Barcelona. Se contenta con advertirnos de que él y dos acompañantes son «los últimos republicanos que abandonamos Barcelona el 26 de febrero». Y rubrica su heroísmo con los abrazos que reciben al ganar las líneas propias cuando sus compañeros comprueban que no habían muerto en su glorioso empeño de oponerse a las tropas de Franco. Las cuales, por supuesto, como las del Ebro,

tampoco se enteraron del genio militar que se había opuesto a su entrada.

Después de reconocer su escapatoria de Barcelona nos describe un nuevo gesto heroico: la defensa de Gerona, encomendada a la XI División, pero con Santiago Carrillo en calidad de comisario para la defensa de la ciudad. Si en Barcelona había intentado convertirse en otro Miaja, en Gerona iba a ser un segundo general Álvarez de Castro; este chiste no es mío sino del propio Carrillo que así se lo comunica a quienes le designaron para tan alta misión. Desgraciadamente no pudo ser. Cuando se acercaba Carrillo a toda velocidad para tomar posesión de su

puesto, se encontró de repente entre las tropas de Franco que ya se habían adueñado de la ciudad. Un compañero de la JSU le saca del apuro. Entonces se tropieza con Líster que está disparando contra la aviación enemiga (y nada recuerda del histórico encuentro) y comprueba, cuando intenta reanudar la huida, que su segundo chófer le ha dejado también en tierra; Carrillo no tiene mucha suerte con sus mecánicos. Entonces abandona la idea de organizar una nueva defensa heroica en Figueras, vuelve a encontrar un coche y huye con tanta decisión que ya no para hasta París. La guerra civil española duraría aún casi dos meses pero Santiago

Carrillo decidió no volver a la zona centro-sur.^[374]

Desgraciadamente los comunistas se despidieron de la guerra en Cataluña con un crimen horrendo e inútil. El 7 de febrero de 1939 una de sus últimas unidades militares, antes de huir por la frontera francesa, asesinó en el barranco de Can Tretze, por odio a la fe, al obispo que cayó prisionero en Teruel, fray Anselmo Polanco, y al vicario general de la diócesis, padre Felipe Ripoll. Las víctimas fueron 42 personas entre ellas el defensor de Teruel coronel Rey d'Harcourt. El 2 de junio de 1994 el Papa Juan Pablo II beatificó al obispo y al vicario, sin que los medios de

comunicación españoles se hicieran, por lo general, el más mínimo eco de la noticia.

CARRILLO DECIDE NO VOLVER A LA ZONA CENTRO-SUR

Acabo de indicar que Carrillo no regresó a la zona centro-sur. Pero él lo explica con un cinismo que supera lo habitual:

FALSEDAD 57

«Pero lo principal en aquel momento era volver a la zona centro-sur, donde había que continuar la resistencia y donde residía la que entonces era mi compañera, Chon, y mi hija de un año, Aurora, de las que no tenía noticias desde hacía meses.

«El regreso a Madrid no era fácil. Existía una línea comercial francesa de Toulouse a Casablanca que hacía escala en Alicante; era la única vía utilizable pues nuestro gobierno no poseía medios propios, Había que inscribirse en lista y utilizar las plazas que no ocuparan los pasajeros habituales...»^[375]

Carrillo ofrece una segunda

explicación:

«Salí de España con el Ejército después de unos meses muy duros. Tengo sarna, enfermedad muy extendida en esa época, cuando uno no tenía posibilidades de mudarse de ropa durante meses. Y me voy a París».^[376]

Unas líneas más arriba Carrillo aduce otra razón:

«Quería regresar a la zona centro-sur para participar en el combate al lado de mis camaradas del Partido y de la Juventud, pero el Partido retrasó mi marcha y desgraciadamente la lucha terminó».^[377]

Y en esta misma cita presenta Carrillo una cuarta «razón»:

«Me di cuenta de que si no me mandaban a Madrid era para que no me encontrara en el combate frente a mi padre».

DOCUMENTO 97

Esta última excusa es ridícula. Carrillo pasó la frontera el 5 ó 6 de febrero de 1939 según acaba de contarnos. El levantamiento de Casado, al que respaldaron Besteiro y su padre Wenceslao, no se produjo hasta el 5 de marzo. Carrillo dispuso de todo un mes para regresar y no lo hizo.

Enrique Lister y otros jefes

militares del Ejército Popular, entre ellos varios significados comunistas como el propio Líster, tenían menos miedo a la sarna. Por eso Líster puede rebatir a Carrillo con su habitual dureza en estos términos:

«Carrillo da, pues, diferentes versiones y busca causas distintas al hecho de no ir a la zona centro-sur: falta de medios, el Partido, la sarna... todo ello para ocultar la verdadera razón, su cobardía. Carrillo pasó a Francia el 8 de febrero (Líster retrasa algo la fecha) y la Junta dio el golpe el 5 de marzo. Tuvo casi un mes para decidirse a volver pero al final prefirió París a Madrid».

«En el avión en que salí de Toulouse (con Juan Modesto Guilloto, Etelvino Vega, Tagüeña, Luis Delage y un grupo de jefes y comisarios de división) para la zona centro-sur la noche del 13 al 14 de febrero, es decir tres días después de haber salido de Cataluña, íbamos trece pasajeros a pesar de tener el avión 33 plazas. Es decir que 20 iban vacías. La cuestión es que esos miembros del Buró Político y de la comisión ejecutiva de la JSU hacían lo mismo que Azaña y Martínez Barrio y daban la guerra por terminada al caer Cataluña».^[378]

DOCUMENTO 98

Existe otra razón política de gran peso para explicar la negativa de Santiago Carrillo a trasladarse a la zona centro-sur. La ha descubierto y explicado Burnett Bolloten:

«Pero fue en Madrid, el bastión de los socialistas de izquierda, donde surgió la mayor amenaza para la dirección de la JSU. A finales de 1938 se creó una «comisión de jóvenes socialistas» con Sócrates Gómez, hijo de José Gómez Ossorio, el gobernador civil de Madrid como presidente y Antonio Escribano como secretario. Santiago Carrillo, que

había trasladado el comité nacional de la JSU a Madrid en previsión del peligro, trató inútilmente de poner fin al movimiento. Quizá fue ésa la razón por la que, después de la caída de Cataluña, no volvió a la zona centro».

[379]

Es posible que mientras se curaba de la sarna en París y asistía allí mismo, apasionadamente, al desenlace de la guerra civil española, Santiago Carrillo tuviera algún tiempo para reflexionar sobre las causas de la guerra y la derrota. Hay una diferencia abismal entre las falsedades, ineptias y rutinas de las explicaciones que luego ha ido sembrando Carrillo por sus escritos y el

nobilísimo esfuerzo de análisis y de concordia histórica que por entonces meditaba y publicaba el presidente de la República, don Manuel Azaña, en sus luminosos artículos para la prensa argentina que figuran en el tomo tercero de sus obras completas editadas en México y que constituyen, con los diarios y «La Velada» una fuente imprescindible de interpretación, de la que puede disentirse en ocasiones pero siempre con un respeto imponente. Los análisis de Carrillo son, por el contrario, zafios, mugrientos, cutres. Yo le invitaría a que los repasara con libros serios delante como «Los datos exactos de la guerra civil» por el general Salas

Larrazábal.^[380] Así no podría seguir haciendo el oso con afirmaciones como «La superioridad aplastante de los fascistas» como clave de la derrota roja,^[381] cuando está demostrado el equilibrio casi total de aportaciones materiales a uno y otro bando desde el extranjero. Así no podría desbarrar sobre el doble poder de la zona roja como un reforzamiento de la unidad,^[382] cuando el presidente Azaña atribuye a ese doble poder, como vimos, la causa principal de la derrota. Así no podría quejarse del «bloqueo de la España republicana, por un lado la intervención alemana, de otro la no intervención»^[383]

con el ligero olvido de la intervención soviética masiva en favor de la España republicana.

Pero ese análisis serio y objetivo parecerá una minucia, un masoquismo pequeño-burgués, al hombre que como resultado del último episodio de la guerra civil española renegó de su padre por un desbordamiento de amor a Stalin.

CARRILLO RENIEGA PÚBLICAMENTE DE SU PADRE

En mi libro de 1989 «Agonía y

victoria» expliqué a fondo por primera vez los acontecimientos del tramo final de la guerra civil a partir de la conferencia de Múnich y el final de la batalla del Ebro, que se saldó con el aniquilamiento del Ejército Popular de Cataluña a mediados de noviembre de 1938. Carrillo no tenía entonces (ni parece que ahora) la menor idea de que con motivo de la cobardía de las democracias occidentales ante Hitler y Mussolini en Múnich el dictador soviético Stalin, «victorioso» en su serie de grandes purgas, tramaba ya la alianza con Hitler y por consiguiente el abandono de la República española.

Desde la caída completa de

Cataluña a fines de la primera decena de febrero de 1939 el general Franco disolvió al Ejercido del Norte e incorporó sus grandes unidades a la masa de maniobra que se preparaba para la llamada Ofensiva de la Victoria, contra la zona centro-sur de la España roja. El presidente de la República, Azaña y el de las Cortes, Martínez Barrio, así como el jefe del Estado Mayor Central, general Vicente Rojo, decidieron quedarse en Francia y no arriesgarse a presidir la catástrofe final de la República en España. La zona quedó a las órdenes del duro jefe del gobierno, doctor Juan Negrín, respaldado por su guardia pretoriana de

comunistas, con los cuales tramó un golpe de Estado que entregase a los comunistas los resortes del poder militar y político en los primeros días de marzo de 1939. En mi citado libro he probado ese propósito.

Sin embargo al golpe de Estado de Negrín y los comunistas se opuso, y se adelantó, otro golpe de Estado, dirigido por el coronel jefe del ejército del Centro y anticomunista conocido, don Segismundo Casado, a quien respaldaban una parte del partido socialista, dirigida por el profesor y ex presidente del PSOE don Julián Besteiro así como dirigentes de todos los demás partidos excluido el comunista. El

general Miaja, jefe supremo militar de la zona, se adhirió al golpe de Casado, entre cuyos partidarios se contaba Wenceslao Carrillo, el padre de Santiago; que para mayor escarnio de su hijo fue designado consejero de Orden Público en el Consejo de Defensa, el mismo cargo de su hijo en la Junta de 1936. Y un sector importante de la JSU, procedente de las antiguas Juventudes Socialistas que rechazaban la dictadura comunista impuesta con engaños a la organización por Santiago Carrillo.

La zona centro-sur contaba con unos ochocientos mil hombres bien armados y con un plan de repliegue gradual sobre el puerto militar de Cartagena donde la

Escuadra podría en último término salvar a las personas más comprometidas. La quinta columna de Madrid, y ésta es una de las revelaciones documentadas de mi citado libro, negociaba con el profesor Besteiro desde hacía varios meses y puso luego a Casado en contacto con Franco para negociar una paz lo más incruenta posible.

Cuando tuvo certeza de que el doctor Negrín y los jefes militares comunistas preparaban su golpe para los primeros días de marzo el coronel Casado impidió la publicación de los nombramientos ya decididos por Negrín y se sublevó contra el jefe del Gobierno

el 5 de marzo de 1939. La Escuadra de Cartagena se sumó al pronunciamiento y huyó al África del norte francesa pero luego la artillería de costa impidió el desembarco de una columna anfibia enviada por Franco para apoderarse de la ciudad. En su puesto de mando situado en una finca de Alicante el doctor Negrín decidió abandonar la lucha y huyó de España. Le acompañaron los principales líderes comunistas de la Pasiónaria para abajo. De tan poco elegante manera abandonó el partido comunista, previamente expulsado del Frente Popular, la guerra de España.

Los comunistas de Madrid, con

algunos jefes de división al frente pero sin mandos de primera fila se sublevaron a su vez contra Casado y desencadenaron durante varios días una pequeña guerra civil en la capital. Casado y Miaja les dominaron con la colaboración de los demás partidos y sobre todo de un miliciano excepcional, Cipriano Mera, anarquista y jefe del sector de Guadalajara, que tenía muchas cuentas pendientes con los comunistas. Las tropas de Franco no intervinieron en el tremendo conflicto de sus enemigos; siguieron preparando su ofensiva de la Victoria y aceptaron la negociación con los enviados del coronel Casado a quienes impusieron unas condiciones

equivalentes a la rendición total y el abandono de los frentes al producirse la ofensiva que iba a desencadenarse por varios puntos a la vez.

Así sucedieron, en efecto, las cosas. El 28 de diciembre se entregó Madrid sin disparar un tiro; y nuestro viejo amigo Melchor Rodríguez, designado por la Junta de Casado como alcalde de la capital, la traspasó a las autoridades de Franco sin el menor incidente. Como había sucedido en Barcelona, la quinta columna se adueñó de Madrid antes que entrasen las tropas, con lo que demostró que los propósitos aniquiladores de Carrillo y sus congéneres habían fracasado en toda la línea. Los

vencedores encontraban vacías y abandonadas las trincheras enemigas. La ofensiva de la Victoria cumplió sus objetivos al milímetro y al segundo. A primera hora de la mañana del 1 de abril de 1939 se rendían las fuerzas rojas que habían esperado inútilmente huir en barcos neutrales al extranjero y Franco pudo anunciar esa noche que la guerra había terminado. Si Santiago Carrillo se hubiera molestado en informarse de lo que sucedió realmente en el final de la guerra de España se hubiera ahorrado el catálogo de memeces y disparates que, entre cosas peores, acumuló en la carta a su padre que vamos a reproducir muy pronto.

El abatimiento de Santiago Carrillo por todos estos disgustos fue, necesariamente, terrorífico y resulta muy posible que la curación de la sarna se le retrasase en París. La quinta columna había resurgido de sus cenizas prácticamente delante de él, mientras vagaba por las calles de Barcelona. No había conseguido un solo recluta para su resistencia numantina en Cataluña. Las Juventudes, entregadas por él al comunismo tras una maniobra tan bien calculada, se le insubordinaban en Madrid y después del golpe de Casado repudiaban en buena parte a los comunistas. Carrillo se había apuntado al PCE para controlar al Frente Popular

y ahora el Frente Popular expulsaba al PCE formalmente. La Junta de Madrid —una Junta como la suya de noviembre del 36— derrotaba a los comunistas y les encerraba en las cárceles para que las tropas de Franco se hicieran cargo de ellos. Los dirigentes militares del PCE que habían regresado a la zona centro-sur señalaban con el dedo al joven miembro del Buró Político que había preferido seguir apasionadamente los últimos combates desde París.

Santiago Carrillo, cuando se consumaba tal sucesión de desastres, tenía que encontrar un chivo expiatorio. No tardó mucho. Y eligió a su padre, Wenceslao Carrillo.

DOCUMENTO 99

«El día 7 (de marzo, 1939) por la mañana acudí al local donde solíamos reunirnos en París los camaradas de la dirección del Partido. Allí Giorla me llevó aparte y me comunicó dos noticias terribles: mi madre, a la que cuando salí dejé paralizada y sin habla en la cama, había fallecido semanas antes; y se había producido un golpe de Estado encabezado por Casado y Besteiro —como ya temíamos— pero lo más duro para mí, Wenceslao Carrillo, mi padre, era uno de los componentes del consejo entronizado por el golpe.

«Y ¿qué pensarían de mí mis camaradas de la JSU y del partido que a esa hora estarían luchando con la junta en Madrid?...

«¿Cómo hacer saber a mis camaradas el fondo de mi pensamiento?...

«Me encerré en mi cuarto y me puse a escribir la carta abierta a mi padre que se hizo famosa. Yo era en esa época un personaje público en mi país y en el movimiento juvenil internacional de izquierda. No podía dirimir la cuestión en la intimidad familiar, tenía que hacerlo públicamente y con toda rotundidad.

«Si a aquella carta se le quitan

frases grandilocuentes propias de la parafernalia terminológica comunista de la época, yo no tacharía hoy ni una coma, considerándola un documento emblemático de la tragedia nacional y de las múltiples tragedias personales de entonces. Cuando se la entregue a mis camaradas de la dirección del partido para que se publicase, a ninguno se le ocurrió hacerme comentarios. Pero a la vez sentí que se les quitaba un peso de encima. En cuanto concernía a mis relaciones con ellos, esa carta hacía que no cambiase nada».^[384]

Parafernalia, emblemático... toda la cursilería hortera del habla progresista

de 1993 se le ha colado a Carrillo por sus recuerdos. Más aún, esa carta, nos dice, «fue un acto de catarsis que me devolvía la paz conmigo mismo». Qué entenderá Carrillo sobre el significado de catarsis. Pero ahorremos los comentarios y vayamos a la carta, con toda su parafernalia emblemática, es decir como la escribió Carrillo.

No sin indicar que el documento anterior, que se debe a Carrillo, hubiera encajado tal vez mejor como falsedad. La carta no se escribió el 7 de marzo sino el 15 de mayo, como vamos a ver, dos meses largos después. Me parece repulsivo, por no emplear otra palabra, que Carrillo cite la muerte de su madre

para dar más patetismo al relato; porque del contenido de la carta se deduce con toda claridad que fue enviada a Wenceslao a Londres, a donde no pudo llegar hasta abril, porque durante todo el mes de marzo estuvo en su puesto de Madrid. La carta da por terminada totalmente la guerra civil, lo que no sucede hasta el 1 de abril. Carrillo no escribió la carta a su padre a primeros de marzo; esa fecha encubre una falsedad redonda.

DOCUMENTO 100

Según las fuentes citadas por Carlos Fernández, que son fidedignas,

—insisto— la carta de Carrillo a su padre lleva la fecha de 15 de mayo y va dirigida a Londres; Claudín, que guarda copia en su archivo personal, confirma la fecha y la dirección. Desde el 7 de marzo que nos dice Carrillo en 1993 han pasado más de dos meses y la finalidad que apunta Carrillo — confortar a los combatientes comunistas de Madrid, cuya resistencia había cesado totalmente a mediados de marzo— es una de sus habituales falsedades. Además la carta del hijo responde a una carta del padre enviada desde Londres, lo que no pudo ocurrir, como he dicho, antes de abril. La falsedad de los pretextos

de Carrillo se demuestra una vez más documentalmente. Pero vamos a la carta:

«París 15 de mayo de 1939

Sr. D. Wenceslao Carrillo.

Londres.

(No hay encabezamiento)

He recibido la carta que me enviaste desde Londres. No pensaba contestarte. Pero luego he creído útil escribirte para que conozcas las razones por las cuales he decidido romper toda relación contigo. La traición de Casado, Besteiro, Miaja, Mera, Wenceslao Carrillo y Cía ha establecido una separación tan profunda entre, de un lado, la masa del

pueblo y las organizaciones y los hombres que le son fieles, y del otro los elementos que, en el transcurso de la guerra, preparaban la entrega a Franco, que ya nunca podrá haber nada de común entre unos y otros.

«Durante treinta y dos meses el pueblo español ha luchado con un heroísmo y coraje ejemplares. Los nombres de Guadarrama, Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro, la defensa de Madrid, evocan entre los antifascistas del mundo entero el recuerdo de los grandiosos combates por un pueblo dotado de la voluntad firme de defender la democracia y la independencia nacional.

contrarrevolucionario, vuestra traición por la espalda ha entregado al heroico pueblo español, atado de pies y manos, a Franco y a los destacamentos de la OVRA y de la GESTAPO. Y esto ha sucedido precisamente en un momento en que la solidaridad internacional para nuestro pueblo aumentaba, en que la presión de las masas laboriosas apretaba, animada por nuestro ejemplo, y obligaban a los gobiernos reaccionarios de Francia e Inglaterra a inclinarse cada vez más por una política de resistencia a los asesinos fascistas, en que nuestra lucha encorajinaba a los proletarios y

demócratas de todos los países y hacía retroceder a los capituladores.

«Vuestro golpe contrarrevolucionario ha sido un gran servicio, no solamente a Franco, sino también a la reacción y al fascismo internacional; gracias a vosotros ha caído en sus manos uno de los principales centros de resistencia de la democracia. Con él en las manos, el fascismo se sintió inmediatamente mucho más fuerte, se dedicó a ocupar la Bohemia, Moravia, Albania, Memel y amenaza provocar una guerra general, de la que España será víctima. Para poder consumir vuestra traición habéis engañado al pueblo

prometiéndole la paz; le habéis hecho creer que terminaríais la guerra, que no habría represalias, que quedarían a salvo la independencia nacional y las conquistas populares. Y en vez de esto, ¿qué habéis dado al pueblo?

«Ha terminado la guerra de trincheras para dar comienzo a una ola de persecuciones que causan en las filas de la clase obrera y del antifascismo, sin distinción de tendencias, muchas más bajas que si se hubiese continuado la resistencia; ha comenzado un período de represión en que falangistas, Guardia civil, la OVRA y la GESTAPO organizan la caza de los antifascistas y asesinan a

millares de ellos en todo el país. No hay hogar antifascista donde no se lamente la pérdida o la prisión del hijo, del padre o el hermano, que a estas horas vivirían y serían libres al no haber mediado vuestra infame traición.

«Las conquistas sociales de los obreros han desaparecido bajo las medidas draconianas de las autoridades fascistas, fieles servidoras de la patronal; la tierra, que el Frente Popular había entregado a los campesinos, liberándoles así, ha vuelto a caer en manos de los terratenientes.

«Italianos, alemanes y moros campan por sus respetos sobre nuestro

territorio que las potencias fascistas tratan de colonizar.

«Eso es lo que vosotros, el Consejo de la traición, habéis dado al pueblo español; eso es lo que se escondía bajo vuestras falsas promesas de paz. Centenares de miles de españoles comprueban ahora con horror cuánta falsedad y doblez se escondía en vuestras promesas y qué razón teníamos nosotros en alentarles contra vosotros.

«Toda vuestra cuadrilla sabía bien que, para realizar la entrega a Franco de un pueblo grande y heroico, como el pueblo español, era ante todo necesario desacreditar y desarmar a

los comunistas, porque los comunistas, que siempre hemos dicho la verdad al pueblo, que somos carne de la clase obrera, no íbamos a permitir que se consumara la traición.

«Y todos a una, Casado, Besteiro, Miaja, Mera y tú y la prensa redactada por cobardes capituladores y fascistas, comenzasteis a lanzar cieno sobre mi Partido y sus jefes más queridos, injuriásteis a (la) Pasionaria, la mujer a quien todos los españoles (*sic*) consideran como símbolo de la lucha por la libertad, la buscasteis como lobos para detenerla y entregarla a Franco; injuriasteis a Pepe Díaz, el jefe querido de los

comunistas y de los obreros españoles que los ha dirigido a través de las luchas difíciles de los últimos años, les dirige hoy, bajo la dominación extranjera, y les llevará en definitiva a la victoria; perseguisteis a Jesús Hernández y a Modesto, a Líster que queríais también fusilar.

«Habéis dejado en la cárcel, para que Franco no tenga la molestia de buscarles, a valerosos revolucionarios como Girón, Cazorla y Mesón; habéis asesinado a Conesa y Barceló y a decenas de luchadores y revolucionarios probados.

«Todos los enemigos del pueblo os habéis conjurado para ir contra mi

Partido y sus hombres. Oficiales de familia fascista, como Casado, agentes de la reacción internacional, como el profascista Besteiro, militares ambiciosos como Miaja, aventureros de la FAI, caballeristas-trotskistas. Y entre éstos tú, que a pesar de ser un obrero, no has vacilado en traicionar a tu clase de la manera más vil.

«¿Por qué os habéis unido todos vosotros contra mi Partido? Porque el Partido Comunista lucha por la victoria del pueblo y en todo caso por una paz verdaderamente honorable que evitara el terror y la matanza de millares y millares de antifascistas y revolucionarios, porque el Partido

Comunista hacía esfuerzos enormes por mantener la unidad sin la cual la paz era imposible, como se ha comprobado.

«A través de esta dolorosa experiencia, el pueblo español ha comprendido mejor que nunca, en su propia carne, que tras el lema de la lucha contra los comunistas se esconde la preparación de la dominación brutal del fascismo. El pueblo español ha podido ver quiénes son sus amigos defensores y sus enemigos disfrazados.

«Y los obreros socialistas que algún día creyeron en la sinceridad del sedicente izquierdismo del grupo

Largo Caballero —tu jefe e inspirador principal— han comprendido que el izquierdismo-trotskismo de Largo Caballero, Araquistáin, Baráibar, Zancajo y Cía, agentes del fascismo, lleva al mismo fin que el profascismo de Besteiro. Unos y otros jugáis el mismo papel triste de la traición al servicio de Hitler y de Mussolini. Unos y otros sentís el mismo odio al gran país del Socialismo, la Unión Soviética y al jefe de la clase obrera mundial, el gran Stalin, porque son la salvaguardia y el amigo fiel de todos los pueblos que luchan por la libertad; porque han ayudado constantemente al pueblo español y también porque han sabido

barrer con mano de hierro a vuestros hermanos gemelos, los traidores trotskistas, zinovievistas bujarinianos.

«Unos y otros, los caballeristas-trotskistas y los amigos de Besteiro, los faistas y demás comparsas, son enemigos de la unidad de la clase obrera y del Frente Popular. Durante los treinta y dos meses de lucha habéis hecho todos los esfuerzos posibles para escindir a la UGT y a la JSU, por romper la unidad popular y en el extranjero continuar entregados a la misma tarea y a la obra de descrédito del heroico pueblo español y de sus jefes más firmes.

«Pero no conseguiréis vuestros

propósitos. A la luz de las últimas experiencias aparece más claro para todos los obreros socialistas, traicionados por vosotros, la necesidad de la unión con el Partido Comunista; todos los jóvenes, todos los obreros comprenden la necesidad de mantener a todo precio la unidad de la UGT y de la JSU.

«Y las masas del pueblo, que han visto que era necesario romper el Frente Popular para realizar la traición, se dan cuenta, ahora mejor que nunca, de que el Frente Popular, libre del lastre de los traidores que le saboteaban, es el arma que nos permitirá hacer una resistencia de

masa que impida la consolidación del fascismo en España y que nos llevará a la victoria.

«La unidad popular sin traidores, para la lucha contra Franco y la invasión, es absolutamente necesaria, y el Partido Comunista, como siempre, lucha por ella a la cabeza del pueblo.

«Yo soy un militante del Partido Comunista de España y de la gloriosa Internacional Comunista. Quiero recordarte y decirte que cada día me siento más orgulloso de mi Partido que ha sabido dar el ejemplo de abnegación y de heroísmo en la lucha contra los invasores, el Partido que en las difíciles horas de la ilegalidad no

arría su bandera y por el contrario, mantiene la batalla contra el fascismo con decisión y coraje, el Partido sobre el que todos los españoles cuentan, y con razón, para su liberación de las garras fascistas.

«Cada día me siento más orgulloso de ser un soldado en las filas de la gran Internacional Comunista que tú y tus compañeros odiáis tanto y que ha sabido mantener en todo el mundo la bandera de la solidaridad con el pueblo español, mientras que tus amigos del extranjero, los dirigentes de la II Internacional, hacían cuanto podían para acogotarnos, trabajaban y siguen trabajando contra la unidad, contra la

URSS, utilizando el mismo lema que Hitler y Mussolini: «La lucha contra el comunismo».

«Cada día es mayor mi amor a la Unión Soviética y al gran Stalin, a los que vosotros odiáis y calumniáis precisamente porque han ayudado a España de una manera constante a través de toda nuestra lucha.

«El odio de vuestra cuadrilla caballerista-trotskista al Partido Comunista de España, a la Unión Soviética y al gran Stalin es una prueba más del formidable papel jugado por éstos en la lucha del pueblo español por su libertad.

«Cuando pides ponerte en

comunicación conmigo olvidas que yo soy un comunista y tú un hombre que ha traicionado a su clase, que ha vendido a su pueblo. Entre un comunista y un traidor no puede haber relaciones de ningún género. Tú has quedado ya del otro lado de las trincheras.

«No, Wenceslao Carrillo, entre tú y yo no puede haber relaciones, porque ya no tenemos nada en común, y yo me esforzaré toda mi vida, con la fidelidad a mi Partido, a mi clase y a la causa del socialismo, en demostrar que entre tú y yo, a pesar de llevar el mismo apellido, no hay nada en común.

«Por vuestra traición la República

española ha sido batida, pero la lucha no ha terminado. Por el esfuerzo del pueblo Franco caerá, los obreros y campesinos, unidos a todos los demócratas, con el Partido Comunista a la cabeza, restaurarán de nuevo la República popular, pero jamás ni bajo la dominación fascista ni después de nuestra victoria olvidarán vuestra infame traición.

«Santiago Carrillo».*[\[385\]](#)

Renuncio a enumerar y rebatir los innumerables disparates históricos que contiene esta carta, tan absurdos como sus profecías finales de las que no se ha cumplido ni una. Lo importante es que tal cata fuera escrita y publicada en la

primavera de 1939.

No es verdad que todos los dirigentes comunistas aceptaran sin críticas a Carrillo la carta su padre. Por el contrario, a todo el mundo le sentó muy mal. «Entre Carrillo y yo — recuerda Manuel Tagüeña, que había hecho de verdad la guerra de España en el frente— nunca hubo confianza ni menos amistad. Siempre le había considerado dispuesto a subordinarlo todo a sus ambiciones políticas. En aquel momento acababa de renegar públicamente de su padre, Wenceslao Carrillo, colaborador del Consejo de Defensa. Por mucho aire espartano que se quisiera dar al gesto, nadie dudaba

que lo había hecho para presentarse ante la dirección del Partido Comunista de España como militar íntegro, capaz de sacrificar a su familia en beneficio de la causa». [\[386\]](#)

Por su parte Fernando Claudín nos revela algo realmente inaudito. Cuando leyó la carta aberrante de su hijo, Wenceslao Carrillo no pudo creer que quien llevaba su sangre fuera el autor de semejante engendro y tuvo la ocurrencia de escribir a quien creía culpable, el «señor Stalin». El viejo socialista respiraba por la herida y se permitió echar a Stalin una bronca monumental con fecha 2 de julio de 1939. Atribuye el dictado de la carta, en nombre de

Stalin, a la Pasionaria o a Jesús Hernández. Claudín confirma la autenticidad; Carrillo había salido de la guerra civil como staliniano perfecto y sus escritos se acomodaban de tal forma al pensamiento de Stalin que podían pasar por emanados del gran criminal soviético.^[387]

DOCUMENTO 101

Sin embargo muchos años después un ex comunista que le tiene perfectamente tomada la medida a Carrillo, Carlos Semprún Maura, viene a coincidir curiosamente con las dudas de Wenceslao Carrillo:

«Pero vayamos —dice Semprún en 1994— a una de sus mentiras particularmente significativas, tanto desde el punto de vista de su catadura moral como de su significado histórico. En las páginas 299-300 de su libro (memorias) recuerda la «famosa» carta abierta que escribió a su padre, el líder socialista Wenceslao Carrillo (carta infame que no me atrevo a reproducir) acusándole de alta traición por participar en la Junta Casado que intentó, en marzo de 1939, poner término a nuestra guerra civil. Sin entrar en un análisis de la acción de dicha Junta lo que quiero resaltar primero es que Carrillo, que aún se

vanagloria de haber escrito dicha carta, no la escribió él. Un viejo amigo, ex «pecero» pero por aquel entonces dirigente de la JSU y presente en Madrid durante los hechos me asegura que quien la redactó fue Fernando Claudín... Bien sabido debería ser que por aquel entonces ningún dirigente de ningún PC escribía «cartas abiertas» políticas (incluso de repudio y condena a su padre) por voluntad propia sino siempre «por decisión de la dirección». Pero el meollo de la cuestión, lo que hace más repugnante aún a la carta de marras, la «ausencia» de Carrillo y la perpetua mentira de los PC en éstas y

otras ocasiones es que tiene la cara dura de acusar a los casadistas de alta traición cuando la Internacional Comunista —realidad oficial en 1939 e implícita hasta hace muy poco— ya había abandonado por orden de Stalin la «causa del pueblo español» y había iniciado la huida de España de sus principales dirigentes, entre los cuales estaba Carrillo que se hallaba en París».^[388]

La actitud cínica con que Claudín identifica a Carrillo con el pensamiento de Stalin en 1939 daría mucho que pensar en el sentido que sugieren el propio Wenceslao Carrillo y Carlos Semprún. Pero el caso es que Carrillo

hizo suya la farragosa y mentirosa carta a su padre, aunque luego trata de explicarnos cómo se reconcilió con el pobre Wenceslao innumerables años después, sin que para comprobarlo dispongamos de más testimonio que la palabra del hijo amantísimo. En todo caso tarde piache; lo que ahora nos importa es que con su repulsiva epístola como credencial Santiago Carrillo podía ya presentarse en ese mismo Moscú de Stalin donde las denuncias de los hijos contra sus padres se jaleaban como altísimos ejemplos de lealtad soviética. Iría allí para su noviciado como agente internacional de la Comintern, después de haberse ganado tantos méritos en la

guerra civil española.

CAPÍTULO 6

EL AGENTE DE LA COMINTERN

«SANTIAGO CARRILLO NUNCA DIRÁ NADA»

El Partido Comunista de España se había implicado ya durante la guerra civil en oscuros —aunque hoy más que aclarados— episodios de represión, de persecución y de sangre contra sus enemigos, a quienes simplificaba absurdamente como «fascistas» (costumbre ridícula que hasta hoy mismo sigue manteniendo Santiago Carrillo) y también contra sus aliados del Frente Popular, quienes poco antes de terminar la guerra decidían expulsar de la coalición al PCE. La trágica carta de

Carrillo a su padre refleja la soledad del Partido cuando empezaba el exilio de los vencidos; según Carrillo todos eran unos traidores, los socialistas, las Juventudes escindidas, los anarcosindicalistas. Pero al comenzar, con la derrota y el exilio, una nueva e imprevisible etapa en la historia del Partido Comunista de España la sordidez agresiva y represora de los comunistas, que ya no puede revolverse contra la quinta columna vencedora ni contra el Ejército y la España nacional que les ha desarmado y expulsado, sigue en pie contra esos nuevos traidores también exiliados, cuyos portavoces, encabezados por Indalecio Prieto, se

mostrarán tan enemigos del comunismo español y staliniano como el propio Franco, lo cual a la larga acarrearía la ruina política de Carrillo y el aniquilamiento del PCE. Y a propósito de «aniquilamiento», término tan querido para Carrillo cuando lo aplicaba a la quinta columna. ¿Qué autoridad moral asistía a Carrillo para quejarse de la dura represión de los vencedores contra los comunistas, después de la represión aniquiladora que Carrillo y los comunistas habían mantenido contra los franquistas en la retaguardia de la zona roja?

Sin embargo la historia de los comunistas y de Santiago Carrillo en el

exilio presenta una diferencia muy notable respecto de la guerra civil. Durante la guerra civil los comunistas habían utilizado métodos persecutorios y sangrientos contra sus aliados del Frente Popular; el POUM era uno de los partidos integrantes del Frente Popular y Stalin en persona había decretado su extinción en España. Los comunistas se habían enfrentado a muerte con el POUM y los anarcosindicalistas en los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona; y el jefe comunista Enrique Lister, con su 11 división, había arrasado al feudo anarcosindicalista de Aragón. Pero en el exilio los comunistas introducen un factor nuevo de represión, de odio y de

sangre; el acoso y eliminación de los propios comunistas.

DOCUMENTO 103

«Simón (Sánchez Montero) concluye su reflexión, en efecto, diciendo que el Partido ha tropezado repetidas veces con el subjetivismo, con grave daño para su actividad. (Podría precisarse que el «grave daño» ocasionado por el subjetivismo a nuestro Partido, desde 1939, para no remontarnos demasiado en el tiempo, es un daño que tiene su peso de sangre, su peso de muertes; el camino del subjetivismo del PCE está

jalonado de cadáveres).^[389] **Para éste y los capítulos que siguen la referencia a fuentes comunistas o ex comunistas, antiguos amigos, a veces íntimos, y compañeros de Santiago Carrillo, será obligada y luminosa.**

Pero Jorge Semprún no se queda en acusaciones teóricas. Y en 1977 profetiza que ni Carrillo ni los grandes testigos de la historia oscura del comunismo español hablarán jamás:

DOCUMENTO 104

«Algún día los investigadores analizarán a fondo este período sombrío de la historia del PCE. Pero

mucho me temo que a los más elaborados análisis les faltará ya siempre el sabor y el vigor terribles del testimonio directo. Mucho me temo que nunca hablen los testigos de aquel período. Jesús Monzón ha muerto. Joan Comorera también. Gabriel León Trilla ha sido asesinado por orden del grupo dirigente del PCE. Ya no hablará ninguno de ellos. Del otro lado, del lado de los ejecutantes autónomos e inventivos de la política de Stalin en el PCE, ¿puede razonablemente esperarse que alguno hable? Pasionaria (sic) sin duda morirá sin decir nada. No ha vuelto a España para hablar, para decir las verdades

sangrientas y miserables del pasado. Ha vuelto a España para morir. Morirá sin decir nada...

«¿Hablará Santiago Carrillo? ¿Nos explicará cómo se fraguó la campaña contra el «monzonismo» y el «comorerismo»? ¿Nos explicara por qué, sabiendo a ciencia cierta que era falso, sabiendo que ningún documento permitía afirmarlo, deshonró a Monzón y a Comorera, colgándoles el sambenito de «agentes del enemigo»? ¿No dirá, de una vez para siempre, en un súbito alarde de sinceridad, que él no necesitaba las revelaciones del XX Congreso para saber desde dentro lo que era el stalinismo, puesto que lo

había practicado, con todas sus consecuencias, incluida la sangre inocente, en el ámbito del PCE? Dejémonos de soñar. Santiago Carrillo nunca dirá nada acerca de este período de la historia del PCE, ni acerca de su personal responsabilidad a este respecto. Nunca jamás.^[390]

Acertó Semprún. Dieciséis años después de estas tremendas acusaciones, a las que Carrillo sólo replicó diciendo obsesivamente que no había leído el libro de Semprún, Carrillo ha publicado sus memorias en que no dice una palabra de verdad sobre Paracuellos ni sobre la historia sangrienta del PCE en el exilio. Sin embargo hay otros testigos, como el

propio Semprún, como el íntimo de Carrillo, Fernando Claudín, como el documentalista del PCE Gregorio Morán, como el espectacular y tremebundo Enrique Líster, como los antiguos líderes comunistas de la guerra de España, Castro Delgado y Jesús Hernández. Todos son autores de libros que seguramente Carrillo dirá no haber leído pero yo sí, y muy a fondo.

SANTIAGO CARRILLO EN MOSCÚ

Sin curarse bien de la sarna que le

había invadido durante sus gloriosas jornadas en el frente de Cataluña, Santiago Carrillo se empeña, una vez instalado en París, en una dura batalla política: evitar que la Internacional Juvenil Socialista expulse a la JSU por haberse entregado al comunismo. Stalin se estaba acercando a ojos vistas a Hitler; el pacto germano-soviético no fue una sorpresa para los más agudos observadores internacionales. Los jóvenes socialistas franceses difundieron, en las reuniones, la carta de Carrillo a su padre en la que, además de repudiarle por amor a Stalin, fustigaba a la Segunda Internacional más o menos como traidora al pueblo. Pese a los

esfuerzos dialécticos de Carrillo, que pretendía seguir jugando a dos barajas con la Segunda y la Tercera Internacional, la Internacional Juvenil Socialista expulsó airadamente a la JSU en ese mismo verano.^[391] Sin embargo Carrillo trató de compensar este descalabro con el adoctrinamiento de varias mujeres comunistas que actuaban como submarinos en un famoso centro universitario de alta sociedad en los Estados Unidos, el Vassar College, entre ellas la nuera del escritor Edgar Wallace.^[392]

La plana mayor del PCE se iba concentrando en Rusia, donde Stalin cerraba las puertas a los comunistas de

filas. En las reuniones de los líderes comunistas españoles con los jefes de la Internacional Comunista la Pasionaria y sus colegas quedaban abochornados ante el desprecio de la Comintern que les echaba la culpa de la derrota, como había explicado Wenceslao Carrillo al «señor Stalin». Los comunistas españoles se enzarzaban en discusiones interminables sobre las causas de la hecatombe pero la herida cerró en falso; cada uno trataba de eludir su responsabilidad y echársela a los demás. Al final los soviéticos señalaron a José Díaz, el secretario general, como máximo responsable y como además estaba muy enfermo quedó

prácticamente apartado de la vida política. Se abría el forcejeo para sucederle entre dos gallitos; la Pasionaria, a la que los soviéticos aceptaron como mujer-símbolo y Jesús Hernández, el frío ejecutor de la estrategia política de los enviados de Stalin en la defenestración primero de Largo Caballero y luego de Indalecio Prieto.^[393] Y en estos devaneos andaban los jefes del PCE en Moscú y Santiago Carrillo en París, con sus chicas progres y estúpidas del Vassar, cuando el 24 de agosto de 1939 estalló en las primeras planas de todo el mundo la noticia del pacto germano-soviético firmado la víspera.

Recuerdo un titular en bandera, creo que del «Arriba»: «La sorpresa, la tremenda sorpresa». Angel María de Lera recuerda también que los presos del Ejército Popular en las cárceles de España abuchearon y ridiculizaron a los comunistas por la traición de Stalin. Santiago Carrillo tuvo que tragarse la carta —por lo demás larguísima— a su padre en que llamaba traidores a todos menos a los comunistas, por amor a Stalin que ahora pactaba con Hitler. Pero los comunistas españoles cerraron filas, fraguaron sobre sus caras unas cargas más de hormigón y no se inmutaron. Creo que Carrillo no miente cuando dice: «Entre los comunistas

españoles que yo recuerde, nadie tuvo crisis de conciencia».^[394] Le creó porque para sentir esa crisis tendrían que tener conciencia, lo que no habían demostrado en la guerra civil. «Santiago Carrillo lo expresó años después en un memorable artículo: según el cual los comunistas españoles adoptaron ante el pacto el razonamiento sencillo y profundo de que si lo ha hecho Stalin, si lo ha hecho la Unión Soviética, bien hecho está».^[395] Y con actitud tan racional siguió haciendo méritos para recibir algún encargo importante del gran aliado de Hitler. Ya nos ha dicho Claudín, a propósito del libelo de repudio dado por Carrillo a su padre: en

1939 Carrillo era el staliniano perfecto, cabal, parecía, junto a los demás jóvenes comunistas, miembro de una serie clónica de Stalin como no la hubiera soñado Aldous Huxley. Mientras preparaba, según le había sugerido la Comintern, una gran excursión política a las Américas, colaboraba en la composición de las listas con nombres de comunistas selectísimos que pudieran ser acogidos, para su adoctrinamiento y adiestramiento, en Moscú. [396]

A principios de septiembre de 1939, cuando acababa de estallar la segunda guerra mundial una vez que Hitler con su acto sentía bien guardadas las espaldas, el PCE fue declarado ilegal en Francia

porque era un grupo servidor de Stalin, el aliado de Hitler. Los comunistas españoles tratan de quitarse de en medio pero un grupo se queda en la clandestinidad; el que dirige un misterioso personaje, Jesús Monzón, que se encarga en París de reorganizar al PCE en el interior de España.^[397] La Comintern, ya dentro del mes de diciembre, ordena a Carrillo que desista de su viaje a América y se incorpore a la plana mayor del exilio comunista en Moscú. Allí llega el 26 de diciembre de 1939. El delegado de la Comintern Codovilla —que de hecho dirigía al PCE de Francia desde Bruselas— había cambiado a última hora el destino de

Carrillo. Codovilla, según Morán, había enviado a América a Mije, Uribe, Claudín, Tagüeña y Checa. La decisión de reclamarle para Moscú vino desde Moscú, donde alguien seguramente se había conmovido con el repudio de Carrillo a su padre por amor a Stalin. La carta famosa empezaba a dar rendimientos. Carrillo conseguiría que viniera a Moscú su primera mujer, Chon, (Asunción Sánchez) con su hija. En una estancia posterior en Moscú Carrillo encontró a una nueva compañera, Carmen, con la que tendría tres hijos.

[398]

En Moscú Santiago Carrillo ingresa como miembro del secretariado de la

Internacional Juvenil Comunista o KIM con lo que empieza su entrenamiento como dirigente juvenil internacional. Ha cumplido 24 años pero ha vivido por lo menos tres vidas y sabe perfectamente cómo bandearse ante los gerifaltes de la Comintern, sin perder ojo a las intrigas, maniobras y navajazos de los comunistas españoles mayores. Trata a mucha gente pero ya nos ha dicho que nunca se le ocurrió preguntar por los numerosos soviéticos y combatientes internacionales llamados desde Moscú durante la guerra civil española o después de ella y que no habían dejado rastro en aquel país tan grande, aunque algunos se pudrían en las cárceles de la

NKVD mientras esperaban la tortura y la muerte. Por lo demás el espectáculo que ofrecían los comunistas españoles de la alta dirección proporcionaba a Carrillo suficientes elementos para divertirse. Al secretario general Pepe Díaz nadie le hacía el menor caso, hasta el punto que le encargaron supervisar los asuntos políticos de la India, subcontinente que no sabía localizar en el mapa. La Pasionaria se creía muy importante y a fuer de consumada actriz seguía interpretando su papel de mujer simbólica e imprescindible. Vivió desde el principio opíparamente mientras tantos comunistas españoles yacían en las cárceles de España o se arrastraban

por los campos de concentración de Francia. Alguna vez, en un libro de humor histórico-negro, habrá que desmitificar a esta mujerona que encandilaba a las masas analfabetas de los años treinta y que sintió los tirones del «démon de midi» sin el menor sentido del ridículo tanto en España como en la URSS.

Dos perros guardianes de Stalin en España, Togliatti y Stefanov, vigilaban los desvaríos de los dirigentes comunistas españoles, el grupo más aburrido de Moscú. Jesús Hernández, antiguo guardaespaldas del primer jefe comunista, Oscar Pérez Solís (que después se pasó a la derecha y a Franco)

mujeriego y pistolero, había sentido ciertas veleidades culturales que le llevaron a desempeñar el ministerio de Educación en la España roja e ineducada. Estudiaba ahora en la Escuela Lenin de Moscú y trataba de adelantarse a la Pasionaria en la pugna por suceder a José Díaz. En vista de su fracaso descubrió que la URSS era «el país de la gran mentira» —título, por lo demás verídico, de uno de sus libros— y consiguió evadirse a México antes de que le purgasen. Encontraron refugio en Rusia después de la derrota unos novecientos dirigentes políticos comunistas, que completaban esa cifra con sus familias; algo más de doscientos

aviadores y marinos que por lo general sufrieron un calvario; y además unos tres mil niños, en su mayoría forzados a emigrar durante la guerra civil. Veintiocho milicianos con aptitudes militares ingresaron en la Academia Frunze y unos ciento cincuenta camaradas en la Escuela Lenin para mandos políticos del PCUS.^[399] Francisco Antón, el amante de la Pasionaria, fue llamado a Moscú en 1940 («Que venga Romeo» dijo Stalin) y al pobre marido de la tremendona, Rubén Ruiz, se le confinó en los Urales para que no estorbase durante el nuevo capítulo del idilio.

FALSEDAD 58

«La llegada a Moscú fue la entrada en el reino de la libertad».^[400]

Entre las ya abrumadoras falsedades de las memorias de Carrillo esta es, además, la mayor tontería que ha escrito en su vida. De manera que la Rusia de Stalin, donde no existían elecciones libres, ni prensa libre, ni vida parlamentaria, era el reino de la libertad. Cuando las cuatro quintas partes de la población vivían aherrojadas y aterradas, sometidas al ojo omnipresente del Gran Hermano, aquello era el reino de la libertad. Cuando se necesitaba un pasaporte para

viajar dentro del país y la NKVD controlaba todos los movimientos de una población sospechosa, era el reino de la libertad. Cuando la clase política y el estamento militar malvivían bajo el terror de los tres grandes procesos y de las grandes fosas comunes de la venganza de Stalin, aquello era el reino de la libertad. ¿Es que Carrillo piensa que todos sus lectores son retrasados mentales? Había cruzado toda Alemania en tren porque la Alemania de Hitler era la gran aliada de Stalin. No pensaba lo mismo que Carrillo otro jefe comunista que había hecho de principio a fin la guerra de España, Valentín González «El Campesino» que desde agosto de 1939 a

enero de 1941 trata de comportarse con libertad en los cursos de la Academia Frunze después de sus experiencias en las batallas de Brunete y de Teruel, entre otras. Pero se empeñaba en decir la verdad y en soltar frescas a profesores y alumnos por lo que le expulsaron de la academia militar y le enviaron a picar túneles en el Metro de Moscú, donde superó el rendimiento previsto en un 200 por ciento. Luego le confinaron en el Turquestán, se fugó y atracó varios comercios para obtener fondos. Vuelve a Moscú donde ejecuta nuevos atracos después de robar el sello de un alto mando militar. Crea una banda de la que forman parte dos españoles y consigue

evadirse por la frontera de Irán pero la NKVD le detiene fuera de Rusia. Le encierran en la Lubianka, le torturan pero no le arrancan la mas mínima confesión. Después le encierran en un campo de trabajo dentro del círculo polar, junto con miles de esclavos y esclavas. Todo el libro salvaje donde relata estas experiencias anticipa y supera al «Archipiélago Gulag» de Soljenitsin. Describe con todo detalle los métodos del terror, el crimen y el genocidio permanente de Stalin. Analiza las cifras de los gulags región por región y obtiene la suma total de veintitrés millones de forzados. Pero el Campesino es hombre de infinitos

recursos. Conquista a la mujer del jefe de los campos polares y monta con ella una gran organización de mercado negro. En 1947 se escapa a Samarkanda pero le vuelven a capturar. Le condenan a otros dos años pero vuelve a escaparse aprovechando un terremoto. Por fin se escapa definitivamente de la URSS en 1949. Todo su libro es el mejor comentario a la libertad de Stalin con la que se extasiaba Santiago Carrillo a su llegada a Moscú cuando terminaba el año 1939.^[401]

Al llegar a Moscú Santiago Carrillo encuentra a José Díaz, la Pasionaria, los jefes milicianos Modesto y Líster y también a Valentín González; Carrillo,

pues, empezó a seguir la trayectoria del Campesino a través del terror soviético. Le recibe también uno de los líderes históricos de la Internacional Comunista, Manuiski, de quien ya había recibido instrucciones durante su primera visita a Moscú en la primavera de 1936. Y es ahora cuando Carrillo sitúa la consigna que le dio Manuiski: «Marchar hacia la victoria con la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra».^[402] Como Claudín, habitualmente tan documentado y preciso, dice que esta consigna la recibió Carrillo en 1936 puede que ahora, en 1939, la reiterase Manuiski (acompañado por Dimitrov) o que Claudín haya sufrido un lapsus, porque

resulta muy difícil imaginarse a los comunistas de la guerra civil, entre Paracuellos y el barranco de Can Tretze, «acorralando» y «aniquilando» a tantos eclesiásticos con el fusil en una mano y la cruz en la otra.

SANTIAGO CARRILLO HACE LAS AMÉRICAS

El 5 de junio de 1940 Santiago Carrillo, tras superar satisfactoriamente su noviciado como dirigente internacional juvenil, sale con su (primera) mujer para América

convertido, según sus orgullosas palabras de 1993, en «agente de la Comintern».^[403] Su primera hija queda en un hospital de Moscú, muy enferma; su padre nunca volverá a verla. Es un largo viaje por el Transiberiano con escala en Japón y desembarcó en Vancouver de donde atraviesa todo Canadá y se dirige a Nueva York para cumplir con su misión como agente de la Comintern. Ya había entrado el mes de julio de 1940 y desde este momento tanto Carrillo como Claudín se olvidan de las fechas hasta fines de ese año. Solamente reseñan uno y otro que Carrillo interrumpió su estancia en Nueva York para realizar un viaje a

México, donde toma contacto con los demás miembros de la dirección del Partido y la Juventud; Checa, Uribe, Mije, Melchor, Claudín, López Raimundo.^[404] Parece deducirse de las fechas dadas por Carrillo y Claudín la probabilidad de que la estancia de Carrillo, agente de la Comintern, en México comprendiera el mes de agosto de 1940 pero ni uno ni otro aluden para nada al 20 de agosto de 1940, día en que un comunista español, Ramón Mercader, consiguió asesinar en Coyoacán a León Trotski con un piolet de alpinismo después de haberse introducido en su intimidad hasta convertirse en secretario del desterrado.^[405] La eliminación de

Trotsky era el objetivo supremo de Stalin y por lo tanto de la Comintern. No estoy estableciendo causas; sólo señalando objetivamente coincidencias. En todo caso Carrillo no nos ha dicho una sola palabra sobre el asesinato de Trotsky.

Santiago Carrillo, sin que nos indique la fecha, regresó a los Estados Unidos para trabajar en colaboración con el jefe comunista de aquel país, Browder, en el establecimiento de un centro estable de la Internacional Comunista. Consiguieron situar varios submarinos comunistas en el mundo intelectual y cultural y en la alta administración norteamericana pero el

FBI les vigilaba cada vez con más atención y Carrillo se sintió muy incómodo. En diciembre de 1940 —vuelve la relación de fechas en las memorias de Carrillo— el joven agente de la Comintern se encontraba ya en La Habana y pasó entre Cuba y México los años 1941 y 1942, cuando Hitler ya había atacado a la URSS y penetrado profundamente en ella; cuando el Afrika Korps amenazaba al Canal de Suez y los japoneses se extendían como una plaga por las islas del Pacífico. Los dirigentes comunistas españoles trataban de ayudar a los partidos comunistas de Iberoamérica.

Inevitablemente la división de los

dos grupos dirigentes del PCE en Moscú y en México provocaba una continua falta de coordinación agravada por la situación interior de España donde resultaba virtualmente imposible cualquier trabajo clandestino organizado. En la URSS todos los esfuerzos se concentraban en la supervivencia frente a la penetración alemana y además la Internacional Comunista estaba en entredicho por el recelo de las democracias —ahora aliadas de Stalin— contra el centro de la revolución mundial. Algunos militares españoles como Enrique Lister y Juan Modesto recibieron altos honores soviéticos y se les ascendió a generales

honorarios aunque no consiguieron participar de forma destacada en las actividades bélicas. Dolores Ibárruri mejoraba por semanas su actuación teatral mediante todos los recursos del servilismo y llegó a justificar la invasión soviética de Polonia cuando ya Hitler había destrozado la resistencia militar polaca.^[406] Vicente Uribe, el ex ministro comunista de Largo Caballero, se había convertido, con base en México, en el máximo responsable de la dirección efectiva del PCE y se mantuvo en ese cometido entre 1939 y 1956^[407] Para ello se trasladaba durante temporadas a Cuba, donde, como dijimos, estaba también Santiago

Carrillo el cual, desde finales de ese año y por orden de Uribe, dejó su trabajo en la Internacional Comunista para concentrarse en la organización y coordinación del PCE. Mije permanecía en México; con Carrillo vivían en Cuba Uribe, Pedro Checa, Fernando Claudín y Julián Grimau, que se encargaba de reunir y valorar la información sobre el interior de España. Grimau era un comunista que había desempeñado puestos policíacos en la represión de la guerra civil tanto en Madrid como en Barcelona y que se hizo muy amigo de Carrillo, quien le consideraba como «muy resolutivo». Antes de la llegada de Carrillo a Cuba se había ordenado

viajar a España para organizar la actividad clandestina del Partido a militantes como Larrañaga y Diéguez que fueron capturados y fusilados.^[408]

Poco antes había entrado en la escena roja un misterioso personaje llamado Jesús Monzón. Desde 1940 y en vista del vacío de poder superior del PCE en Europa, aunque naturalmente con el visto bueno de la dirección, encargada entonces a Uribe —en aquella época resultaba impensable que un dirigente se atribuyera una misión importante por sí y ante sí— Monzón actuó como responsable de las actividades del PCE en Francia y por ende se encargó también de orientar la

acción clandestina del Partido en España. Nacido en Navarra en 1907 había ingresado en el Partido en 1931 y durante la guerra civil desempeñó los gobiernos civiles de Alicante y Cuenca. Me he ido encontrado con extraños rastros de Monzón en actividades culturales de gran envergadura que han florecido después de su desaparición; y he creído detectar en esos rastros algunos indicios de su pertenencia a la masonería, que desde la caída de Kerenski frente a Lenin ha sido siempre relativamente incompatible con el comunismo. El caso es que Monzón consiguió montar un pequeño aparato clandestino del PCE en Francia desde

1940 con la colaboración de una secretaria activista llamada Carmen de Pedro y con la aprobación de la Internacional Comunista.^[409]

Tras el hundimiento de la República en 1939 una mujer, Matilde Landa, había intentado formar un comité comunista clandestino que fue desarticulado a los pocos días; Matilde se suicidó en la cárcel el año 1942. Se sucedieron luego varios intentos más que acabaron de forma parecida hasta que en 1941 un agente ruso-polaco de la Comintern, Waysblum, logra introducir en España a otro agente de la Comintern, que con el seudónimo de «Heriberto Quiñones» llega a Madrid en abril de 1941, en

vísperas de que se produzca el ataque de Hitler a la URSS. Gregorio Morán, desde los archivos del PCE, ha revelado su personalidad. Quiñones era realmente un revolucionario profesional nacido en Besarabia pero que dominaba el español tras una larga estancia en Iberoamérica. Ciudadano soviético había combatido en la columna Bayo que fracasó en la conquista de Mallorca y luego en el XIV Cuerpo de Guerrilleros. Detenido al final de la guerra civil huyó a Valencia donde fue detenido y torturado; logró evadirse de nuevo y crear una dirección clandestina del PCE, a la que puso en comunicación con la dirección de México.

Pero la aventura de Quiñones acabó por sentar muy mal a la dirección de México. Detenido por la policía murió fusilado el 2 de octubre de 1942. «Despreciaba a Dolores Ibárruri por falsa y a Claudín y Alberti por cobardes» dice de él Gregorio Morán. Carrillo abomina de Quiñones y en la historia del Partido durante la República y la guerra civil se le calumnia, una vez que ya antes de su muerte se le había expulsado por «provocador». Toda esta hostilidad contra Quiñones nace sin duda de que había realizado en el interior de España algo a lo que no se atrevía ninguno de los cómodos dirigentes de México y de Moscú.^[410]

La actividad de Quiñones era un desafío a la dirección comunista de México; la oleada de calumnias en que se intentó sepultar su memoria, la falta total de investigación sobre el caso cuando constaba el valor de Quiñones ante la muerte, son ya una primera prueba de que la dirección de México y su estrella ascendente, Santiago Carrillo, no estaban dispuestos a tolerar la más mínima competencia en asuntos de poder.

El 19 de marzo de 1942 el doliente secretario general del PCE, José Díaz, atenazado por un cáncer de estómago, se suicida en una clínica del Cáucaso aunque el Campesino, que pasaba por

allí en una de sus increíbles aventuras, asegura que el suicidio no fue precisamente espontáneo.^[411] Poco después otro enfermo crónico de la dirección comunista muy vinculado a los Servicios secretos, Pedro Checa, fallece en México. La muerte de Díaz recrudece la pugna entre Dolores Ibárruri y Jesús Hernández para sucederle; como vence la Pasionaria con claridad, Hernández decide abandonar la Unión Soviética y logra escapar a México donde pronto se encuentra con otros comunista desertor, Enrique Castro Delgado. Desahogarán sus frustraciones enfrentándose con su pasado en varios libros —dos por cada uno de ellos— que se escribieron,

evidentemente, para la venganza pero no pueden descartarse como valiosa fuente de información histórica en cuanto a sus datos objetivos.^[412] Dolores Ibárruri tardará algún tiempo en asumir formalmente la secretaría general del PCE que ya venía desempeñando en funciones antes de la muerte de Díaz; mientras que Uribe, en México, promueve la carrera de Santiago Carrillo y le nombra secretario de organización del PCE. Ocupará también la plaza de Checa en el Buró Político donde sólo era, hasta entonces, suplente. Todas las fuentes coinciden en este ascenso. Carrillo concreta un poco más: «A partir de entonces fue responsable

del trabajo hacia el interior de España en la dirección del PCE».^[413] Fusilado Quiñones debía sin embargo Carrillo enfrentarse al pequeño aparato formado por Jesús Monzón en Francia con el mismo fin que ahora se le atribuía a él en México. La primera actividad de la dirección renovada del PCE en México es difundir una estupenda mentira: se inventan la existencia de un «movimiento guerrillero» en la España de 1942, donde nadie se movía de Pirineos abajo hasta que los aliados establecieran el segundo frente de verdad.^[414] Por el momento las guerrillas comunistas más espectaculares tenían lugar en la

confortable retaguardia mexicana del PCE. En el verano de 1943 es cuando Jesús Hernández se presenta ante la dirección del Partido en México acompañado nada menos que por Francisco Antón, a quien su amante Pasionaria ha impuesto un alejamiento por motivos políticos. Pero Antón mitiga su inconsolable destierro amoroso liándose con la mujer de Uribe, escabroso episodio que Hernández cuenta con todo detalle en una carta a la Pasionaria. La carta no le vale de nada a Hernández, a quien expulsaron del Partido en abril de 1944.^[415]

A principios de 1943 Santiago Carrillo se establece en Buenos Aires.

Allí le habían precedido Fernando Claudín y Luis Cabo Giorla, uno de los escasos seguidores de Carrillo en la heroica defensa de Barcelona. Otros dirigentes comunistas españoles se habían instalado en Uruguay y en Chile, para lo que parecía una operación comunista de gran envergadura en Iberoamérica pero no conseguirían apenas nada hasta que, diez o quince años después, cuajara en aquel continente (sin excluir ni mucho menos a los Estados Unidos) la estrategia de la hoz y la cruz conducida por activistas religiosos del marxismo, no por revolucionarios profesionales.^[416]

Por entonces publicó Carrillo en

«Nuestra bandera» un elogio sobrio y objetivo de Lenin en la fiesta litúrgica anual del genio: «La figura más grande de la Historia, gigante del pensamiento revolucionario, fundador del primer Estado socialista del mundo, jefe y maestro amado del proletariado mundial, gran libertador de pueblos, genio, águila de las montañas, el más grande realizador de la teoría de Marx y Engels...»^[417] Carrillo y Claudín se dedicaban, entre tales endechas, a menesteres mucho más entretenidos que a veces rozaban el vodevil. Se echaron unas amantes porteñas, comunistas y melosas, Ángela y Lidia, pero vino a aguarles la fiesta el omnipresente

Codovilla, ahora erigido en gran estrategia revolucionario para el cono sur y la esposa de Carrillo que llegó, dice públicamente Claudín, a «complicar» las cosas.^[418] Uno y otro acumularon en Buenos Aires méritos suficientes para que ahora la progresía española les proclame como adelantados de la libertad sexual, como se dice lo que antes se decía de otra manera.

Andaban los dos jóvenes revolucionarios en estas bromas cuando recibieron la noticia de que Stalin, cediendo a las presiones de sus aliados democráticos, había disuelto por decreto a la Comintern. No se llamaron a

engaño; todo el mundo comunista sabía que se trataba de una finta más de Stalin y la Comintern siguió funcionando con sus redes a punto sin airear mucho el nombre. Como la Comintern no era más que el brazo exterior del imperialismo soviético Santiago Carrillo, en sus artículos y discursos, siguió acusando al imperialismo alemán, al inglés y a cuantos se terciasen.^[419]

Mucho más que el ficticio plumazo de Stalin contra la Internacional Comunista preocupaban a Carrillo, encargado por la dirección de México de coordinar la acción del Partido en el interior de España, las pretensiones de Jesús Monzón y el centro por él creado

en Francia. Cuando se produjo en junio de 1941 el asalto de la Wehrmacht a la URSS el centro de Monzón lanzó inmediatamente la consigna y la política de Unión Nacional. Los nazis se convierten de nuevo en «imperialistas alemanes» y pronto empiezan las alabanzas a Churchill y al doctor Negrín y se abren los brazos a los socialistas, los republicanos e incluso los sectores de derecha que repudien a Franco.^[420]

En algunos estudios sobre la actuación de los comunistas en el exilio no se comprende bien esta «política de Unión Nacional» porque los propios comunistas han enturbiado el recuerdo histórico con sus controversias sobre la

dirección del Partido en Francia y en España durante la época de Monzón y de Quiñones.

En marzo de 1943, una vez consumado el fracaso y la tragedia de Heriberto Quiñones, Jesús Monzón decidió enviar a España a un comunista veterano, Gabriel León Trilla, que había pertenecido a la dirección del PCE hasta que la Comintern le echó de ella para dar paso a José Díaz y la Pasionaria. Trilla, profesor en Aix-en-Provence, cumple la orden y precede al propio Monzón que se presenta en España en el otoño de 1943. Constituye la llamada Junta Suprema de Unión Nacional y amplía sus contactos hasta el sector más

socialmente avanzado de la antigua CEDA, dirigido por el profesor Giménez Fernández. Ante el giro de la guerra mundial, cada vez más favorable a los aliados, se crean en México la Junta Española de Liberación y la Agrupación Nacional de Fuerzas Democráticas, simples pantallas del exilio político que nunca alcanzaron la más mínima efectividad. En cambio la Unión Nacional de Jesús Monzón había establecido vinculaciones con la dirección del PCE en México y con la Internacional Comunista que proseguía, camuflada, sus actividades dirigidas desde Moscú.^[421]

La fascinación que Stalin ejercía

sobre sus grandes aliados occidentales y el terrible esfuerzo de guerra que desplegaba el Ejército Rojo y el pueblo soviético llenaban de esperanza a los comunistas españoles quienes a fines de 1943 soñaban ya con una Europa continental dominada por la URSS. La dureza negociadora de Stalin frente a Churchill y Roosevelt en la conferencia de Teherán (diciembre de 1943) impidió el desembarco en Yugoslavia que pretendía Churchill para frenar al Ejército Rojo. A fines de enero de 1944 las tropas soviéticas levantaban el asedio de Leningrado y avanzaban por el Báltico; la suerte de Europa oriental y parte de la central, quizás la suerte de

toda Europa parecía en manos de Stalin.

SANTIAGO CARRILLO ORDENA LA RETIRADA DEL VALLE DE ARAN

Santiago Carrillo sintió mucha prisa para incorporarse al previsible escenario de la acción. Otros líderes de la Internacional Comunista se preparaban para instalarse como sátrapas de Stalin en los países «liberados» de Europa, como Dimitrov en Bulgaria, Rakosi en Hungría, Gottwald en Checoslovaquia. ¿Cómo

iba a consentir Santiago Carrillo que el oscuro Monzón se convirtiera en el gran libertador de España? Después de tocar todos los resortes posibles Carrillo recibió al fin la orden de regresar a Europa y a fines de mayo de 1944 zarpó de Montevideo con rumbo a Lisboa. Iba disfrazado de hombre de negocios uruguayo, muy introducido en la administración y la política de Uruguay. Durante la travesía oye por la radio el 6 de junio la gran noticia del desembarco en Normandía. Decide también, animado por algunas lecturas históricas, que la liberación de España debería plantearse a partir de un alzamiento interior del país contra Franco. A fines de junio está

en Lisboa.^[422] Carrillo se presenta hoy como completamente convencido de que en aquellos momentos, es decir durante el verano de 1944, existían las condiciones para hacer posible el levantamiento nacional.^[423] Su capacidad de análisis, que siempre se había apoyado y se iba a apoyar en fantasmagorías voluntaristas, le hizo confundir los deseos con la realidad. Se había creído las mentiras del exilio y sus propias mentiras. No poseía la más mínima información de España. No recordaba que la zona geográfica por donde iba a intentarse la invasión armada —el Pirineo navarro, aragonés y leridano— había sido en la guerra civil

un firme bastión de la España nacional (incluso el norte de la provincia de Lérida, por donde la población había facilitado numerosas evasiones de la zona roja) y sobre todo que Franco mantenía firmemente el poder en una España donde ni los vencidos deseaban hundirse en otra guerra civil. Carrillo ha sido toda su vida un estratega político equivocado. En cuanto a su capacidad para el análisis militar ya la conocemos de sobra.

En cambio sí tenía ya más que demostrada una fabulosa capacidad para el engaño y el disfraz. En Lisboa consiguió engañar al cónsul uruguayo fingiendo un repentino interés por las

conservas de pescado y no se dejó coger en renuncios sobre la vida política de aquella nación del Plata. Hasta que por fin recibe la orden y los medios para presentarse en Argelia, donde acude a toda su experiencia guerrera para organizar un glorioso desembarco subversivo en el cual no participó personalmente; los heroicos invasores apenas pudieron dar unos pasos en la orilla antes de caer prisioneros de la Guardia Civil, Menos mal que consiguió esconderse en un barco francés que le dejó en puerto de donde consiguió acudir rápidamente a París y trabar contacto con los comunistas franceses y los españoles de la capital.

Cuando Carrillo llega a París estaba en pleno curso la invasión de fuerzas comunistas a través de varios puntos del Pirineo. En España se conoció la intentona como «la entrada de los maquis». Los comunistas españoles dispersos por Francia habían participado en actividades de lo que luego se llamó la Resistencia desde 1943 pero sobre todo desde la invasión aliada del 6 de junio de 1944. Esa participación se había realizado sobre todo a través de las «Fuerzas Francesas del Interior» articuladas en gran medida por los comunistas franceses que soñaban con borrar aquella larga etapa de colaboración con Hitler durante la

vigencia del pacto germano-soviético.

El caso es que en la primera semana de octubre dos destacamentos «guerrilleros» o brigadas-cuadro, así llamadas porque sus hombres debían encuadrar a los miles de voluntarios que sin duda afluirían a sus filas, penetra por Roncesvalles y el valle del Roncal —la Navarra profunda— donde fueron inmediatamente aplastados por las fuerzas militares que les esperaban. No se arredran por este fracaso los comunistas de la principal fuerza invasora, que asaltan el valle de Arán el 18 de octubre de 1944 con unos tres mil hombres que arrollan a las pequeñas guarniciones y puestos de la Guardia

Civil en varios pueblos pero que se estrellan ante la absoluta indiferencia de la población y ante las grandes unidades que Franco ha dispuesto para cerrarles el paso. El 30 de octubre el general Moscardó proclama que el valle de Arán «ha quedado limpio de rojos» y la dirección comunista no sabe cómo liquidar cuanto antes la descabellada aventura.^[424]

¿Quién dio a las «fuerzas guerrilleras» la orden de invadir España? Santiago Carrillo, tan implicado en la liquidación del intento, afirma que la orden vino «de una Junta Suprema de Unión Nacional existente sólo en la imaginación de Monzón»^[425]

Gregorio Morán, desde el archivo del PCE, atribuye, con mucho más fundamento, la orden a la dirección del PCE en Francia (Carmen de Pedro, Manuel Azcárate) incitados por los informes de Monzón. Enrique Líster, cuya experiencia militar es mucho más importante que la nula de Carrillo y que estaba en aquellos momentos junto al gran centro de las decisiones, atribuye la orden suprema para la invasión al propio Stalin.^[426] El asunto parece muy claro: Monzón ofrece informes optimistas desde el interior, la dirección del PCE en París consulta con Moscú de donde viene la orden de ataque. Es inverosímil que una decisión de tal

envergadura se urdiese por dos dirigentes de segunda fila como eran Carmen de Pedro y Manuel Azcárate.

De la misma fuente soviética provino sin duda el encargo a Santiago Carrillo para que liquidase inmediatamente la intentona. Ya vimos que Carrillo se había acreditado durante la guerra civil, de principio a fin, como experto en desbandadas; ahora se encontraba en su elemento cuando, al comprobarse el completo fracaso de la invasión se presenta en el valle de Arán (sin apartarse demasiado de la frontera, cabe suponer) y ordena tajantemente la retirada (que ya estaba en marcha) al «general» de las fuerzas invasoras, un

señor Fernández y al llamado coronel Tovar, jefe directo de las «brigadas». Carrillo, un dirigente joven y desconocido, tuvo que exhibir muy altas credenciales para imponer esa orden, que se cumplió de manera inmediata.^[427] Aquello resultó una catástrofe militar pero se convirtió en un considerable éxito político para Franco (que vio consolidado su poder) y para Carrillo, que apareció desde aquel mismo momento como el principal dirigente del PCE en Francia, con jurisdicción sobre los comunistas españoles de Francia y del interior de España. «Su principal tarea —apostilla, certero, Gregorio Morán— va a ser desmantelar la red de

Monzón en el interior y crear otra propia». ^[428] En efecto, un congreso de Unión Nacional reunido en Toulouse durante el mes de noviembre, unos días después del fiasco invasor, disolvía prácticamente el organismo que Monzón había creado de acuerdo con la dirección del Partido y con la Internacional Comunista. La Pasionaria transmitía a Uribe en México y a Carrillo en Francia la orden de crear una nueva plataforma unitaria con resonancias de Frente Popular y bajo la égida del doctor Juan Negrín. Tampoco la nueva idea cosechó muchos éxitos porque las demás fuerzas políticas no se dejaron; pero al menos tiene razón Líster

cuando concluye su relato de estos sucesos: «Carrillo tenía todo en sus manos». [\[429\]](#)

CAPÍTULO 7

«UN CAMINO JALONADO DE CADÁVERES» (Jorge Semprún)

LA PASIONARIA Y SU EQUIPO EN PARÍS

Al seleccionar el título para este capítulo he decidido tomarlo del documento 103 donde se recoge el testimonio de Jorge Semprún, que vivió en el seno del PCE durante toda la época a que se refiere el capítulo. Y me ha venido a la memoria la acusación que formulaba contra mí Francisco Pérez Martínez, más conocido como Francisco Umbral, cuando para defender desde el absurdo la actuación de Rafael Alberti en la guerra civil se atrevió a decir que yo utilizaba, en mis escritos históricos,

fichas sangrientas. Ya he ajustado algunas cuentas con tan peregrino acusador y las que quedan. Ahora en este capítulo voy a valerme de fichas sangrientas para reconstruir una historia comunista tenebrosa. Pero si Pérez Martínez llegara a leer la autobiografía de Federico Sánchez podrá comprobar de quién era la sangre que jalonó el camino del comunismo español en este período y quiénes son los responsables de haberla vertido.

En 1993 Santiago Carrillo reconoce que durante los años cuarenta y cincuenta fue víctima de la paranoia staliniana. «Se desarrolló —dice— en los partidos comunistas una verdadera

paranoia... Entre los españoles esa sicosis nos llevó a extremar la condena contra Monzón y Quiñones y a tomar medidas de relegación, con unos y otros motivos, contra personas como Carmen de Pedro y Francisco Antón que no merecían ser tratadas así... En el 56 Kruschef nos curó de la paranoia; pero ésta había hecho estragos».^[430] Y con una docena de líneas cree zanjado no su «descargo de conciencia» porque ya nos ha dicho que el arrepentimiento es un masoquismo pequeño-burgués, sino su tremenda responsabilidad personal a lo largo de tantos años. Porque el principal responsable de lo que ahora llama «período siniestro» del comunismo

español fue, ante todo, la paranoia; ni en este momento de aparente sinceridad suprema tiene el valor de señalar a José Stalin de forma personal. En segundo lugar generaliza; habla en plural, extiende la culpa a todos los partidos comunistas y a toda la dirección dentro del PCE. Puede que algún historiador de partido o algún periodista indocumentado se dé por satisfecho con estos efugios. La Historia tiene menos prisa y menos piedad.

Al asumir virtualmente la dirección del PCE en Francia y España Santiago Carrillo se hace cargo de la escuela de guerrilleros abierta en Toulouse y envía a España a su segundo en ese centro,

Zoroa, para que desmonte el aparato clandestino de Jesús Monzón; por tanto no se limitó, como nos dice ahora, a «extremar la condena» sino que trabajó con eficacia para destruir su obra.^[431]

Estas venganzas políticas oscuras y trágicas pasaron completamente inadvertidas fuera del coto cerrado del PCE, cada vez más configurado como una secta; porque la victoria aliada, con la URSS como principal beneficiaria, ya se cantaba en todo el mundo desde los primeros días de 1945. En febrero Stalin domina la conferencia de los Tres Grandes en Yalta, Crimea, cuando se presenta frente a un Churchill a quien el «miedo rojo» de los británicos iba a

arrebatarse el poder en una convocatoria electoral de suprema ingratitud; y un Roosevelt enfermo, agotado, con su equipo asesor infiltrado por traidores comunistas de alto coturno, como reveló un arrepentido, Whittaker Chambers. En Yalta se decide el despedazamiento de Alemania en cuatro zonas de ocupación, el ataque de última hora a Japón por parte de la URSS que se anexionará las islas Kuriles y la mitad de Sajalin; la caída de Manchuria en la órbita soviética y la virtual entrega de Europa oriental y centro-oriental al dictador de Moscú, que cede en cambio a Churchill la influencia sobre Grecia y traiciona con ello fríamente al partido comunista

griego empeñado en cruenta guerra civil para alcanzar el poder. Beria y Kruschef forman parte del equipo asesor de Stalin que preguntaba con ironía cuántas divisiones poseía el Papa; sin poder imaginar, en su ebriedad victoriosa, que cincuenta y cuatro años después un Papa polaco sería el ariete capaz de derribar las murallas del nuevo imperio rojo.

El 30 de abril Adolfo Hitler se suicidó bajo las ruinas de la Cancillería del Reich y una semana después el mariscal Zukof aceptaba la rendición de los últimos defensores de Berlín. Alemania se rendía sin condiciones y el nuevo presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, preparaba ya un

devastador ataque atómico contra las ciudades del Japón. El 28 de julio de 1945 Stalin se encuentra en la conferencia de Potsdam con dos nuevos interlocutores occidentales; Truman y el mayor Clement Attlee, vencedor de Churchill en las elecciones y antiguo visitante de las brigadas internacionales en España. Después del arrasamiento atómico de Hiroshima y Nagasaki termina la segunda guerra mundial el 15 de agosto de 1945.

En la conferencia de Potsdam se había mencionado negativamente al régimen de Franco —el gran demócrata Stalin fue quien propuso la condena— por lo que todo el mundo estaba seguro

entonces de la inminente caída de Franco. El heredero dinástico de don Alfonso XIII, don Juan de Borbón, se había adelantado ya el 19 de marzo con su manifiesto de Lausana en el que se ofrecía a los españoles como una alternativa para evitar a España el caos de una nueva guerra civil. Los vencidos en la guerra civil no se preocuparon de trabajar por la sustitución de Franco sino de subirse cómodamente al carro de la victoria aliada; pero si dejamos aparte las declaraciones altisonantes y teóricas, lo último que deseaban los aliados era encontrarse con una posible República española dominada por los comunistas, como había sucedido en la

República española de la guerra civil. El caso es que los dirigentes comunistas españoles se contagiaron de la euforia general y el 24 de abril de 1945 la Pasionaria, seguida por su recuperado amante Francisco Antón, los generales soviéticos Modesto y Líster y los activistas Fernando Claudín e Ignacio Gallego plantó sus reales en París. Unos meses más tarde, ya en 1946, se incorporaron a la dirección del PCE en Francia Vicente Uribe y Antonio Mije. Dolores Ibárruri ya era secretaria general *de facto* con Uribe como su segundo. Modesto y Líster estudiaban la situación militar de España, con falta de información y sobra de voluntarismo;

pero Santiago Carrillo mantuvo sus funciones de encargado del PCE en el interior de España (desde el exterior, naturalmente) como ya venía haciendo desde su estancia en América y sobre todo desde su intervención en el cierre de las operaciones pirenaicas.^[432]

Claudín fue asignado a Santiago Carrillo en calidad de segundo. Y como venimos diciendo, el primer objetivo concreto de Santiago Carrillo en relación con el interior de España no consiste en la lucha directa contra el régimen en momento tan difícil para el régimen sino en la neutralización de Monzón y el colaborador de Monzón, Gabriel León Trilla.

LA ELIMINACIÓN DE MONZÓN Y TRILLA

Jorge Semprún pronosticaba en 1977 que Carrillo nunca hablaría sobre el caso Monzón. Y acertó, porque si bien se atreve a citar el asunto, como sobre ascuas, en sus memorias, hubiera sido mejor que callara sin intentar cubrirse bajo semejante sarta de falsedades.

FALSEDAD 59

Dice Carrillo que de acuerdo con la Pasionaria invitó a Monzón, Trilla y Pilar Soler (compañera de Monzón) a

que acudiesen a París para discutir la situación. Pilar Soler vino y siguió después trabajando por el Partido en Francia. Monzón y Trilla no se presentaron.

«Monzón pareció aceptar pero falló a las citas con el enlace que debía recogerle; días después, en julio del 45 la prensa publicaba la noticia de su detención. A su vez, Trilla se negó a venir...

«A partir del momento en que se negaban a discutir lo sucedido viniendo a Francia, Monzón y Trilla sabían que la organización clandestina del partido iba a considerarles un peligro, iba a pensar que eludían la

discusión porque tenían cosas inconfesables que ocultar. Se ha preguntado quién había dado la orden de eliminar a Trilla. Líster... nos ha acusado a Dolores y a mí de haber dado la orden de ejecución de Trilla. En aquel momento no había que dar esas órdenes; quien se enfrentaba con el Partido, residiendo en España, era tratado por la organización como un peligro. Ya he explicado que la dureza de la lucha no dejaba márgenes».^[433]

Por tanto nadie dio la orden de eliminar a Trilla; que fue abatido por eliminación espontánea. Carrillo no dice tampoco una palabra sobre cómo cayó Monzón en manos de la policía de

Franco. Aquí es cuando luego se duele de «extremar la condena contra Monzón». En qué quedamos.

«Contra todas las directivas del Comité Central, Monzón se erige en dirección del Partido para España y Francia. ¿Quién está detrás de Monzón? ¿Quién inspira su labor de falseamiento de la línea política del Partido, coincidente en el fondo con la de Quiñones, en situar a aquél a la zaga de las fuerzas revolucionarias y monárquicas y llegar a la disolución del Partido dentro de la Unión Nacional dirigida por los capitalistas y terratenientes monárquicos?»

«Detrás de Monzón están los

servicios de espionaje norteamericanos, están los agentes carlistas españoles.

«En el proceso de Budapest ha quedado desenmascarado como uno de los principales agentes de Allen Dulles, jefe del espionaje americano en Europa, un llamado Field, que en apariencia se dedicaba a la «filantrópica» función de representar en Francia primero, en Suiza más tarde, al Unitarian Service, organización encargada de camuflar al espionaje americano so capa de ayuda a los refugiados. ...

«Field en persona es el hombre que en Francia se mantiene en contacto

con Monzón durante más de dos años, el hombre que enlaza a Monzón con los servicios de espionaje americanos.

«Esto explica la enorme analogía de la «política» de Monzón y la de los bandidos titistas.

«Simultáneamente Monzón mantenía un contacto con los franquistas a través de los agentes que venían a visitarle desde España.

Santiago Carrillo».^[434]

DOCUMENTO 105

Al reproducir el artículo anterior — la falsedad anterior— Enrique Líster comenta:

«Como se ha demostrado, todas esas acusaciones eran falsas, de la primera a la última. Y Carrillo lo sabía, pues todas estaban fabricadas por él y su aparato. Pero ellas le sirvieron, en aquella ocasión, para conseguir su objetivo...

«Monzón había cometido dos «crímenes» que no podía perdonarle el Buró Político, porque constituían una acusación a la propia cobardía de éste: haberse quedado en Francia cumpliendo con su deber y haberse marchado luego a España para continuar cumpliéndolo. Monzón durante sus numerosos años de cárcel y a pesar de las infames acusaciones

de Carrillo continuó siendo el mismo militante honesto y fiel al Partido que había sido siempre».^[435]

DOCUMENTO 106

Jorge Semprún conoce perfectamente el caso Field y cita a Manuel Azcárate como el comunista que más le había tratado. Ante la gratuita falsedad de Carrillo contra Field como agente de enlace para Monzón no puede reprimirse:

«Manuel Azcárate ha sido el que ha tenido relaciones con Noel Field, que no era un agente de los servicios de espionaje norteamericanos sino un

ingenuo y puritano antifascista yanqui, manipulado por los servicios especiales de Stalin. Durante la guerra, desde su cargo en el Unitarian Service, organización benéfica de socorro a los apátridas y a los refugiados, Field ayudó a los cuadros de los diferentes partidos ilegales, desde Francia primero, luego desde Suiza. Después, en plena guerra fría, los servicios especiales de Stalin hicieron de Noel Field el siniestro «deus ex machina» invisible de todos los procesos políticos que se desarrollaban en las «democracias populares».^[436]

DOCUMENTO 107

Desde los archivos del PCE Gregorio Morán ha rastreado las huellas del caso Monzón-Trilla, con resultados escalofriantes para Santiago Carrillo.

Por lo pronto reproduce una «carta abierta» que fue «redactada íntegramente por Santiago Carrillo» y apareció en «Nuestra Bandera» con fecha de enero de 1945, en todo caso varios meses antes de que Monzón fuese llamado a capítulo ante Carrillo en París; cuando aún no había llegado la Pasionaria. La carta es un acta pública de acusación contra Monzón, y

naturalmente fue leída y subrayada por la policía de Franco. En la carta se denuncia con nombres y apellidos a ciertos contactos de Monzón en los campos republicano y socialista. Se dictamina que «los restos del quiñonismo deben ser extirpados a sangre y fuego», el mismo lenguaje de Carrillo contra la quinta columna. Poco después Carrillo da, según Morán «un paso más en la difamación» y comunica a Dolores lo que el documentalista califica como «sentencia» de Carrillo contra Monzón; y que para nosotros revela la conexión directa entre Carrillo como jefe y el aparato clandestino del

interior que se encargaba de las eliminaciones. «S. (el enviado de Carrillo) va para discutir con los camaradas e invitar a Monzón de (sic) que venga a Francia para discutir conmigo. Si se resiste o busca subterfugios le plantearé que eso significa enfrentarse con la dirección del Partido. En caso de que llegase a una posición extrema, los camaradas de allá romperán el contacto con él y le dejarán aislado del Partido. Espero que no habrá que llegar a esto. Pero no vacilaremos ante nada».^[437]

Estas son la carta abierta de Carrillo —una verdadera denuncia pública de Monzón— y la carta

cerrada con lo que llama Morán «la sentencia firmada». Carrillo ha enviado a Madrid en enero de 1945 a José Vitini; en abril a Cristino García, combatiente en la Resistencia francesa y ejecutor, en España, de las sentencias comunistas. Vitini cae en poder de la policía y es fusilado. Cristino García le sustituye y forma en Madrid un «grupo especial».

DOCUMENTO 108

El destino de Monzón y de Trilla queda, por tanto, sentenciado. Falta la ejecución.

«Monzón se ha decidido a marchar

a Francia pero teme dejar la vida en el tránsito —dice Morán delante de los documentos del Partido— porque sabe que otros adversarios políticos han sido liquidados en ese largo camino en el que se puede siempre disculpar un accidente o un enfrentamiento ficticio con la Guardia Civil.» En un paso de frontera ha muerto su delegado en Cataluña, Pere Canals. Monzón «sabe que el nuevo responsable de pasos por Cataluña es Josep Serradell «Román» a quien él y Canals separaron del Partido y que Carrillo ha vuelto a incorporar. Quiere llegar vivo a la reunión». Se dirige a Barcelona para preparar el cruce de la frontera. Allí

le detiene en julio de 1945 la policía. Monzón pasará diez años en las cárceles de España pero un aval de procedencia carlista le libra de la ejecución. «Antes de que empiece el verano del 45 no habrá un solo militante en activo que no esté bajo el control de Santiago desde Toulouse». Es la conclusión de Morán que añade: «Cuando se enteran de que Jesús Monzón ha sido detenido en Barcelona la dirección sospecha que se ha dejado detener para no comparecer ante la dirección del Partido». Carrillo someterá a Pilar Soler, la compañera de Monzón, a interrogatorios terribles para que declare la culpabilidad de

Monzón. No lo hace.

Carrillo nos dice ahora que la orden de liquidar a Trilla no la dio nadie. Pero los archivos del PCE le contradicen. «Trilla ha roto todos los contactos con el partido del interior cuando llega a Madrid el enviado de Toulouse, Antonio Núñez Balsera, con una orden perentoria que transmite a Cristino García: liquidar físicamente a quienes no estén dispuestos a marchar a Francia».

Una orden perentoria de Toulouse. Alguien dio la orden.

«A Gabriel León Trilla le localizará su secretaria, Esperanza Serrano, hija del abogado, autor

teatral y concejal madrileño por Izquierda Republicana Serrano Batanero, fusilado por Franco en 1940. Después de tenderle una celada en el Campo de las Calaveras hicieron honor al lugar y le apuñalaron. La operación la dirigió Olmedo, más conocido por «El Gitano» quien ideó lo de matarle con arma blanca, quitarle la documentación y todo lo que llevaba encima, para dar al crimen un aspecto de robo, lío de faldas o de maricones. Fue el 6 de septiembre de 1945.» Poco después la policía desarticuló la banda de Cristino García y detuvo a su jefe que fue fusilado. La campaña internacional de los comunistas para

salvarle provocó hasta un cierre de fronteras con España pero no impidió la ejecución.^[438] Como es natural, Carrillo no cita para nada a Núñez Balsera como portador de la orden de ejecución contra Trilla. Pero una vez que Lister ha publicado la confesión de Núñez Balsera, Carrillo trata de vengarse del testigo acusándole nebulosamente de sospechoso en la p. 477 de sus memorias. Sin asegurar nada, sin probar nada.

DOCUMENTO 109

«La decisión de matar a Trilla no fue de Cristino García sino de

Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri.

»En 1971 en Sofía (Bulgaria) Antonio Núñez Balseira me explicó cómo en junio de 1945 recibió en Toulouse, de boca de Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri, la orden que debió ser transmitida a Madrid, a Cristino García, de matar a Gabriel León Trilla. Dolores Ibárruri dijo a Núñez que Trilla era un viejo provocador. Me contó Núñez cómo había cumplido la misión y también la negativa de Cristino a ejecutarla él personalmente, como era la orden, diciendo que él era un revolucionario y no un asesino. Después de muchos forcejeos Cristino designó a dos

membros de su destacamento para llevar a cabo la ejecución».^[439]

Hubo pues orden de matar a Trilla, no se trató de una ejecución espontánea. Los testimonios me parecen convergentes y definitivos. ¿Qué autoridad de señor de horca y cuchillo poseía Carrillo para ordenar este tipo de operaciones? Nunca nos lo ha explicado porque nunca ha reconocido de quién partió la orden. Ni siquiera que hubo orden.

Los cadáveres de Canals y de Trilla, el cadáver político de Monzón no son los únicos actos de la represión comunista en esta época de hierro y de sangre. Líster cuenta en la edición

española de su libro la eliminación de Luis Montero, que omitió en la edición de París por presiones del Partido. Según relato de Vicente Uribe el camarada Montero fue ejecutado «en el sector de pasos dirigido por Eduardo García. Y éste fue uno de los «méritos»... por los que Carrillo le llevó a su Comité Central y luego a su Comité Ejecutivo y a la secretaría de Organización.»

Luis Montero había luchado en el frente norte de la guerra civil, en la resistencia de Francia y en el campo de exterminio de Mauthausen. Liberado al final de la guerra mundial, Carrillo le envió en arriesgadas misiones a

Asturias». Un buen día Santiago Carrillo anunció a sus compañeros de secretariado que Montero había capitulado ante la Guardia Civil. Lo mandó a buscar y unos kilómetros antes de la frontera fue el tiro en la nuca... Carrillo no podía perdonar a Luis Montero... que no hubiese muerto en los campos de exterminio nazis. Y le preparó una muerte más monstruosa que la aplicada por los hitlerianos, pues no sólo le arrebató la vida sino también el honor». [\[440\]](#)

Por Uribe sabe también Líster la muerte violenta de Domingo Hungría, jefe del XIV Cuerpo de Guerrilleros en la guerra civil y de las guerrillas

españolas en la URSS durante la guerra mundial. «En 1945 llegó a Toulouse, de paso para España. Y Carrillo, que no quería hombres con prestigio ganado en la lucha, lo hizo matar por los mismos que Hungría creía le acompañaban hasta el lugar donde esperaba reanudar el combate».^[441]

Y Líster termina el espantoso capítulo del camino de cadáveres con los planes de Carrillo y Antón para eliminarle a él junto con el otro general soviético español, Juan Modesto; que fueron salvados por Stalin cuando se interesó por ellos en la famosa audiencia que concedió a la Pasionaria y Carrillo, como veremos, en 1948.

Mientras así transcurría entre el fango y la sangre la historia secreta del PCE, el Partido preparó un homenaje por todo lo alto a la Pasionaria en Toulouse, con motivo de sus cincuenta años. Allí peroró Carrillo entre toneladas de jabón a la mujer-símbolo, cuando proseguía la tremenda depuración —por el Partido— de los comunistas salvados de los campos nazis de concentración y de exterminio, a la que se refiere Jorge Semprún en su relato de 1977. Pero, a la sombra de la Pasionaria, Santiago Carrillo había logrado ya a fines de 1945 el control del Partido en Francia y en el interior de España.

CARRILLO, INQUISIDOR EN EL PROCESO DEL PCE EN MOSCÚ

Al frente de la escuela guerrillera de Toulouse y una vez eliminada la red de Monzón y Trilla y controlado férreamente el partido clandestino del interior por los militantes fieles a Carrillo, el todavía joven dirigente, rebasados ya los treinta años, se esforzaba en mantener la trama de partidas en el interior de España, que se organizaban en varios núcleos sobre todo en Asturias, Levante y algunas sierras centrales y meridionales. No

corresponde a estos grupos el nombre glorioso de guerrillas porque para ello les faltaba un elemento esencial, el apoyo popular. Vivían del terror y del atraco y degeneraban inevitablemente en agrupaciones de bandoleros cuya caza se encomendó, como en otras ocasiones de la Historia, a la Guardia Civil. Muchos de estos «maquis» como se les llamaba en España se habían dispersado hacia dentro tras su dramático fracaso en el valle de Arán y algunos habían montado un «servicio de pasos» en el Pirineo, muy vinculado, como vemos, a la dirección de Toulouse. Carrillo no se explaya mucho sobre esta guerra subversiva (que jamás perturbó la

convivencia española ni el impulso para la reconstrucción del país después de la guerra civil y la guerra mundial) porque fuera de algunas fechorías aisladas tiene bien pocas hazañas que contar.

En el mes de enero de 1946, una vez enterrado el proyecto de Unión Nacional, el Partido Comunista decidió incorporarse a la fantasmal Alianza de Fuerzas Democráticas creada por los republicanos exilados y a partir del mes de marzo Santiago Carrillo consiguió ser ministro (aunque fuera de un gobierno sin sede, sin entidad y sin contenido) en el llamado gobierno del doctor Giral, que tan tristes recuerdos había dejado en la historia de España al

presidir de julio a septiembre de 1936 el gobierno republicano del doble poder. Carrillo fue, durante un año, ministro sin cartera; los demás la tenían pero vacía. En febrero de 1947 le quitará el puesto Vicente Uribe en un gobierno Llopis, lo que no acrecentó la estima ya muy baja que Carrillo sentía por su compañero y jefe teórico. La única declaración que hace Carrillo sobre la actividad de aquel «gobierno» es donosa: «La libertad de España dependía de lo que fuéramos capaces de hacer los demócratas».^[442] Lástima que nos defina lo que en 1946 pensaba de la democracia, por lo que debemos quedarnos con la definición soviética

que nos ofreció en la conferencia juvenil de 1937. En cambio sí que conservamos uno de sus discursos ministeriales dedicado, naturalmente, a abominar de la monarquía. «Frente a las maniobras para imponer una monarquía el gobierno tocaba a rebato, convocando al pueblo a la lucha y no habrá paz en España mientras no haya república».^[443] Tan certera profecía no preocupó mucho a la Europa de entonces, que en cambio se conmovió con el resonante anuncio de la guerra fría hecho por Churchill en su célebre discurso de Fulton durante aquella primavera de 1946; «Desde Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático una cortina de hierro ha caído

sobre Europa.» No era una frase. El 1 de febrero de 1946 los comunistas avanzaban hacia el poder en Hungría, el 2 de marzo el revolucionario comunista Ho Chi Minh alzaba su bandera en Vietnam y regímenes rojos se habían establecido ya o se establecerían para siempre (eso pensaban) en Checoslovaquia, en Polonia, en Alemania Oriental, en Bulgaria, en Yugoslavia mientras jueces soviéticos participaban en el juicio a los criminales de guerra nazis en Nürenberg, donde naturalmente no se habló de los crímenes que había perpetrado y de los que tenía en reserva el gran demócrata Stalin. Desde su

puesto ministerial no prestó Carrillo atención alguna a la sugerencia de un dirigente comunista, Félix Montiel: «Existe un terreno común entre católicos y comunistas».^[444] Era la primera llamada roja al diálogo cristiano-marxista que ya se iniciaba en Europa y América pero Montiel quedó pronto apartado del PCE y la consigna de la hoz y la cruz no se aplicó por el momento a una España donde la Iglesia católica había salvado en 1945 al régimen de Franco del acoso internacional. Además Carrillo estaba entonces muy ocupado en trasladarse con sus compañeros de Buró Político a París, donde llevarían una vida relajada

y pantagruélica, fustigada en sus recuerdos por Líster, mientras sus subordinados del aparato clandestino se jugaban a diario la vida en España.

A principios de 1947 entra en la escena comunista de París un hasta entonces oscuro militante de base, Jorge Semprún Maura, hijo de un político católico y republicano. Era nieto de don Antonio Maura, se había comportado con valor y sacrificio en un campo nazi de exterminio y tras una intensa formación universitaria en la Sorbona se abrió camino entre la izquierda cultural francesa, donde logró la estima de medios literarios y cinematográficos. En 1977 no tiene reparos en descargar su

conciencia: «Yo he sido un intelectual staliniano». Creó después en París, en 1950, una revista efímera, «Cultura y democracia» y como no había desempeñado papel alguno en España hizo su primer viaje al interior en 1953. Me parece la figura clave para explicar el importante auge que desde entonces cobró el Partido Comunista en los medios culturales españoles, un influjo que permanece aún hoy muy vivo después de que Semprún abandonó el stalinismo; la siembra resultó más profunda de lo que generalmente suele creerse.^[445] Semprún era en 1947, muy sinceramente, intelectual y comunista de Stalin. Los dos términos me parecen

contradictorios pero Semprún no lo veía entonces. Algún día le estallaría en el alma la contradicción, gracias en buena parte a Santiago Carrillo. Pero en los años cuarenta sí que advertía con toda claridad y lucidez otra contradicción, cuando ya apuntaba el diálogo cristiano-marxista en algunos invernaderos cristianos: «El marxismo —pensaba Semprún— es ante todo, en su raíz y en su método, un ateísmo».^[446]

Evidentemente había leído a Carlos Marx, algo que no consta en muchos promotores y papagayos del tal dialogo.

En honor a Semprún, a quien estimo pese a las tremendas diferencias que nos separan, y como acto de gratitud por el

golpe mortal con efecto retardado que propinó a Carrillo con su premio Planeta de 1977, no transcribiré aquí los inicuos trenos que dedicó a la Pasionaria aunque sí reproduje su epitafio a Stalin por estrictas necesidades del guión. Precisamente en la primavera de 1947 Semprún, extasiado, hablo por primera vez en su vida con la Pasionaria en el local del PCE en la avenida Kléber, muy cerca del antiguo solar de Isabel II a quien la fondona dirigente comunista se parecía más cada año. Por entonces se celebraba un pleno del comité central comunista en el que Santiago Carrillo, cada vez más firme en su implacable camino hacia el

poder, jugó fuerte y sucio, como solía y ganó.

Vivía, por supuesto, fuera de la realidad. Empeñado en dominar a su redil rojo no advertía que los ramalazos de la guerra fría estaban descartando por igual a los gobiernos fantasmagóricos de la República y a las pretensiones del Pretendiente borbónico, don Juan, a favor de Franco cuyas predicciones sobre el enfrentamiento de la URSS con sus antiguos aliados se cumplían a ritmo mensual. Pero Carrillo pronosticaba la inminente caída de Franco y la seguiría pronosticando hasta la muerte del Caudillo, casi treinta años más tarde. Tampoco advertía Carrillo el acelerado

resurgimiento de Alemania Occidental en el marco de la libertad y el mercado mientras se estancaba la Alemania roja, nacionalizada y soviética por el dogmatismo económico de los comunistas, que empezaban a lograr algo imposible: que media Alemania olvidase lo que es el trabajo. Y precisamente como respuesta soviética a la guerra fría nació, en septiembre de 1947, la Kominform.^[447] Este invento de organización soviética, que venía a sustituir a la nunca desaparecida Comintern, era un centro de coordinación y control de los partidos comunistas de Checoslovaquia, Rumanía, Hungría, Bulgaria, Polonia,

Yugoslavia y Albania al que luego se sumaron los de Francia e Italia, no así el PCE, seguramente porque su servil subordinación al PCUS y a Stalin estaba más que asegurada; por eso cuando el PCE solicitó incorporarse se lo denegaron. La Kominform se presentó como un «movimiento por la paz» y de ella, cuantiosamente financiada por la URSS, emanaron innumerables movimientos pacifistas y antiamericanos que, por ejemplo, fundaron un centro muy activo en la localidad madrileña de Pozuelo de Alarcón al que pienso dedicar un esperpento. Fernando Claudín, que como Carrillo fue ardoroso kominformiano, dijo al final, contrito y

desengañado, que la K.I. era «un instrumento totalitario para embridar a las vías nacionales», esas primeras discrepancias que, animadas pronto por la rebelión yugoslava, empezaron a minar la monolítica unidad del comunismo internacional a fines de los años cuarenta, cuando ya los teóricos más puros preferían hablar de «movimiento comunista». La KI, siglas de Comité Internacional de Información, era una agencia de propaganda antinorteamericana que incluía duros ataques a la socialdemocracia, tal vez porque los estrategas políticos norteamericanos habían tomado la feliz decisión de crear un gran frente de

contención anticomunista mediante la resurrección de la extinta Segunda Internacional en forma de Internacional Socialista, con la ayuda efficacísima de la nueva socialdemocracia alemana. Por esa línea funcionaba el socialista español Indalecio Prieto, tan enemigo de Stalin y del PCE como el propio Franco. La Kominform conservó su vigencia más o menos hasta 1956, cuando fue arrastrada por el vendaval de la destalinización.

En 1947 Santiago Carrillo hace un viaje secreto a Moscú. Se le escapa revelarlo en sus memorias, mientras cuenta con detalle la entrevista solemne que, acompañando a la Pasionaria, tuvo

con Stalin en el Kremlin el año siguiente. «Yo estaba al corriente de ello porque en una visita a la URSS en 1947 tuve que hacer frente a las secuelas de aquel problema, lo que condujo a que el Buró Político decidiera a fines de ese año que Fernando Claudín se hiciera cargo de la dirección del grupo de nuestro partido allí».^[448] No hay referencias de este viaje de Carrillo a Moscú en Claudín pero sí en otras fuentes que voy a citar. El problema era Líster, cuya eliminación, según el propio Líster, se preparaba entonces. Ante este ejemplo resulta muy probable que Carrillo no nos haya contado todos los viajes que hizo a la URSS, los oficiales

y los secretos, ni lo que trató en esos viajes. Tal vez algún día aparezca algún secreto, sabroso o trágico, en la almoneda de los archivos soviéticos que con los restos de material radiactivo y toda clase de armas se monta hoy bajo cualquier pretexto en Rusia y fuera de Rusia

La publicación en México de las terribles críticas de Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado molestaron como una puñalada por la espalda a la Pasionaria y su amante Antón que exigieron la apertura de un gran proceso al modo staliniano contra dirigentes comunistas españoles que vivían en la Unión Soviética. El proceso de dirige

contra el «complot del Lux» por el hotel de Moscú en que vivían varios de esos dirigentes y para la «instrucción» del «sumario» la dirección del PCE en París envía a Santiago Carrillo, que viaja allí en el verano de 1947 aunque no dice una palabra sobre el auténtico objeto del viaje; es una ocultación típica de Carrillo.^[449] En funciones de gran inquisidor Carrillo prepara en Moscú el informe que de él se espetaba. Aprovechó el viaje para dar allí una celebrada conferencia sobre la ejemplar educación de los niños españoles en Moscú, sin decir una palabra sobre las espantosas calamidades que habían pasado en la guerra mundial y sobre las

necesidades apremiantes que habían impulsado a muchos de ellos a dedicarse al robo y al pillaje para sobrevivir. De paso define a Moscú en su conferencia con uno de sus disparates clásicos: «Moscú, corazón y centro de la democracia mundial». Cuando vuelve somete su pieza acusatoria al Buró Político en París y el Buró lo remite a los jueces encargados del auto de fe — así lo define Morán— que son Vicente Uribe y Fernando Claudín. Los que iban a ser condenados a muerte política, a la inhabilitación y al hambre, son, naturalmente, condenados en un proceso staliniano clásico; confesiones preparadas, autocríticas «sinceras»,

falsos testimonios.

Tal vez a la vuelta de este viaje tiene lugar la ejecución de un dirigente del interior a quien la dirección del Partido atribuyó la entrega del comité regional de Madrid. Carrillo relata el hecho sin dar el nombre del condenado, que «para purgar sus crímenes se ofrece a matar a Franco. Nosotros simulamos aceptar el ofrecimiento y le enviamos a una agrupación guerrillera donde finalmente es sancionado por sus crímenes».^[450]

Otra vez convicto y confeso el señor de horca y cuchillo, que juzga a sus compañeros y les envía a la muerte y además lo cuenta tranquilamente en 1993 ante el éxtasis de algunos cretinos

profesionales de la derecha española. En fin los procesos de Moscú, según el documentalista Morán, se prolongan de manera intermitente hasta 1956. El PCE se había incorporado a los métodos stalinianos de los demás partidos de la Europa oriental. Tiene razón Semprún: Carrillo no tiene por qué asombrarse del stalinismo cuando se le caiga la venda de los ojos en 1956. Porque el PCE venía practicando ya con aprovechamiento el stalinismo como estamos viendo con cierto detalle en este capítulo.

CARRILLO SE INCLINA SERVILMENTE ANTE STALIN EN LA CONDENA CONTRA TITO

En febrero de 1948 Stalin decide otro importante movimiento de la guerra fría y ordena a los comunistas checoslovacos que tomen el poder, ya muy minado y cuarteado por ellos. Santiago Carrillo, muy oportuno, estaba en Praga y ni se le ocurre formular protesta ni crítica alguna por el golpe comunista. Estaba muy próximo su contacto con Moscú, la capital de la democracia mundial y por eso justifica

en 1993 su actitud: «En aquel momento la expulsión de los partidos burgueses del gobierno checo me pareció hasta una lógica respuesta a la expulsión de los comunistas de los gobiernos de Roma y París».^[451] La cabeza de Carrillo no había variado desde 1939, cuando Claudín le veía como el perfecto staliniano. Pensaba como su amor y maestro Stalin, era un pequeño Stalin en Praga, la ciudad que desde entonces se iba a vincular tan estrechamente a la historia del PCE.

Pero antes de regresar a París por la oportuna escala de Checoslovaquia Carrillo había acudido a visitar a Josip Broz, Tito, el dictador comunista de

Yugoslavia, para solicitar de él ayuda logística a las partidas subversivas de Levante. La colosal experiencia táctica de Carrillo en la guerra civil, excitada sin duda por el recuerdo de la invasión de los paracaidistas alemanes en Creta o tal vez por la propia operación «Overlord» le impulsó a solicitar de Tito un disparate militar; lanzar en paracaídas hombres y armas sobre las serranías valencianas. Carrillo disponía de poca información sobre las partidas residuales que en aquellos momentos malvivían en España, acosadas por la Guardia Civil y en ocasiones por fuertes destacamentos militares que para entonces habían logrado ya

prácticamente eliminarlas. Tito, asombrado por la insólita solicitud de Carrillo y la delegación que le acompañaba, les preguntó si habían consultado este viaje con los hermanos soviéticos; y luego les reveló algo que Carrillo hubiera podido averiguar con la simple consulta a un mapa escolar; que sus aviones no podían realizar sin escalas un viaje de ida y vuelta a la costa española cargados de hombres y material. Resulta asombroso que a estas alturas Carrillo se atreva a reproducir el absurdo dislate en sus memorias.^[452] Por lo tanto Carrillo, a falta de ayudas más sustanciosas, ha de contentarse con reconfortar a sus decaídos guerrilleros

con la consigna mágica: «Aguantad. Ya vendrá Pasionaria».^[453] Pasionaria no vino.

Entre otras cosas porque durante aquella primavera se sintió enferma en París y decidió trasladar su residencia de nuevo a Moscú, donde permanecería ya, salvo viajes ocasionales, hasta su regreso a España para morir después de la muerte de Franco. Tenía 53 años, se sentía vieja y cascada. Tras su partida su amante Antón vio el cielo abierto y pudo presentarse en público con la nueva amante que se había agenciado dos años antes, una secretaria bellísima de 25 años que se fue a vivir ostensiblemente con Antón. Naturalmente la noticia le

llegó inmediatamente a Dolores que tronaba en Moscú contra el infiel y preparaba su depuración política.^[454]

No mucho después de su infructuosa visita logística a Yugoslavia, Santiago Carrillo y toda la dirección del PCE sufren una especie de conmoción cuando se enteran, en el mes de mayo de 1948, de que el mariscal Tito le ha plantado cara al mariscal Stalin quien reacciona al principio despectivamente; y declara a Kruschef que acabará con el rebelde sin mover más que el meñique. Pero la cosa va a mayores; se trataba de la primera rebelión formal de un partido comunista contra el PCUS y el 17 de mayo el PCUS truena contra el disidente

y llama a capítulo a la Kominform, que se había creado para impedir casos como éste. Reunida en Bucarest, la Kominform lanzó a los cuatro vientos el anatema contra el hereje. Desde aquel momento «titismo» se convirtió en el insulto soviético capital, en sustitución del «trotskismo». En sus memorias de 1993 Carrillo despacha su reacción servil contra Tito con excusas pudibundas:

FALSEDAD 60

«La condena de Tito y los comunistas yugoslavos «nos hizo el efecto de una bomba... Entonces

cometimos un error que no me he perdonado nunca: alinearnos con la URSS».^[455]

DOCUMENTO 110

«No fue un error sino una consecuencia, un acto de coherencia. Carrillo era entonces el staliniano perfecto. El PCE era tan staliniano que como dije no fue necesario incorporarle a la Kominform; su control directo y servil estaba asegurado. La alineación» de Carrillo con las decisiones de Stalin en el caso Tito no fue una excepción sino una regla jamás violada. Carrillo no

solamente se sumó ardorosamente a la condena contra Tito sino que se dedicó a la búsqueda, aunque fuera histórica, de titistas en el PCE y arremetió de nuevo, con este motivo, contra los cadáveres de Monzón y Trilla. Los textos de Carrillo que han revelado tantos años después Claudín y Morán son especialmente repugnantes.

«Inmediatamente después de la resolución adoptada por la Kominform en su reunión de Bucarest (junio de 1948) condenando al Partido Comunista de Yugoslavia, aparece en «Nuestra Bandera» un artículo de Carrillo con el siguiente título: «A la luz del comunicado de Bucarest. Las

tendencias liquidacionistas en nuestro Partido durante el período de la Unión Nacional en Francia». En primer lugar pone bien en evidencia cuál es el pecado capital cometido por los comunistas yugoslavos: «En la lucha los errores son posibles pero si hay un punto donde no existe lugar a error para un comunista honrado es en la aceptación sin discusión del papel dirigente del gran país del socialismo, del partido bolchevique y del camarada Stalin; en la adhesión y la fidelidad sin límites a quienes son nuestro ejemplo y nuestra guía». A continuación, iluminado por la resolución de la Kominform, revisa

con ojos más vigilantes el pasado reciente del PCE y descubre que Monzón y Trilla habían tratado de «liquidar» al Partido en los años que preceden a la victoria antifascista. Liquidarlo en el sentido de «rebajar» su papel dirigente, de «disolverlo» en el movimiento de Unión Nacional». Así intensifica Carrillo, a propósito de la herejía titista, su campaña para la aniquilación histórica de Monzón y Trilla, después de la liquidación política del primero y la física del segundo.^[456]

LA AUDIENCIA DE STALIN A LA PASIONARIA Y CARRILLO

En aquel verano de 1948 el stalinismo llegaba a su cenit. Con la caída de Checoslovaquia en la órbita soviética se completaba en Europa el Imperio de Stalin. La herejía yugoslava quedaba aislada y en cuarentena. Para reafirmar su poder Stalin decide el brutal bloqueo de Berlín que se prolongará hasta mayo de 1949. Occidente no se arredra ante estas ventiscas rojas de la guerra fría; el bloqueo de Berlín se neutraliza con un

asombroso puente aéreo, el 18 de marzo de 1949 se fundará la Organización del Tratado del Atlántico Norte, nueva versión del frente aliado sin la URSS y contra la URSS; se creaba la República Federal de Alemania, configurada pronto como gran potencia europea, terminaba con la prevista derrota del comunismo la guerra civil de Grecia en 1949 y el mundo entero veía a Stalin tras la máscara del Gran Hermano en la colosal profecía de Orwell «1984» que apareció precisamente en 1948. En octubre de este mismo año el «fallecimiento» de Zhdanov, segundo del fin de Stalin (después de Kirov asesinado por Stalin en 1934) y jefe de

la Kominform, salvador de Leningrado en la guerra mundial, marcaba ya el principio de la angustiada y paranoica decadencia del zar rojo que por entonces se atrevía ya a todo; asumió por ejemplo la orientación cultural y científica de la URSS, con intervenciones que sólo por la amenaza de nuevas tragedias ahogaban la carcajada general ante el ridículo. Los órganos oficiales del PCE, sin embargo, recibían de rodillas y con los textos sobre la cabeza, en señal de sumiso respeto, las geniales disposiciones de Stalin para el mundo científico y cultural. No debe extrañarnos que en medio de este apogeo staliniano

Santiago Carrillo ratificara el repudio a su padre biológico; como dirían los cursis de hoy, y a plena luz, en un artículo publicado en «Mundo Obrero» el 4 de noviembre de 1948. Nueve años después del primer repudio.

DOCUMENTO 111

«Santiago Carrillo, cuyo artículo «Desenmascaremos a los falsos resistentes» marcó un jalón en los procesos de depuración internos, se vio forzado a ir aún más lejos y repetir con furor renovado la denuncia contra su padre y sus antiguos compañeros «vulgares agentes del

imperialismo anglo-francés». Así evitaba que aquellos a quienes los dedos se les hacían huéspedes le buscasen las cosquillas como hijo de un traidor».^[457]

Entre la declaración servil contra Tito y la nueva declaración servil contra su padre, Santiago Carrillo estaba bien arropado para comparecer en capítulo ante el hombre por cuyo amor había renegado de su padre, el gran Stalin en persona. Nunca hasta ese momento Carrillo le había visto cara a cara. La audiencia se celebró en el Kremlin durante el mes de agosto de aquel año 1948 tan preñado de servilismos. Carrillo acudió con la Pasionaria y

Antón; el «ménage á trois» de la política comunista española. Las audiencias de Stalin se montaban para impartir y recibir órdenes, no para hablar de la mar y sus peces. Estamos en 1948. Stalin les recibió con guerrera y botas militares, flanqueado por una troika de lujo: Molótov, Voroshílov y el ideólogo Suslov, custodio de las esencias.

Stalin preguntó al trío español — dirigiéndose a la Pasionaria— por la salud de Uribe y de Mije y luego se interesó por Líster y Modesto. Líster, que consiguió hacerse con una versión de la audiencia más sincera que la de Carrillo, estima que el interés de Stalin, acompañado por un elogio a los dos

militares que Carrillo convierte desmañadamente en reproche, salvó la vida de los dos, contra quienes, como dijimos, se tramaba una conspiración por parte de Carrillo y el Buró Político.

Luego entraron en materia. No se puede negar la fuerza del relato de Carrillo como testigo presencial pero como ya conocemos su inclinación a la falsedad, al enmascaramiento y a la manipulación de los hechos tendremos que contrastar sus palabras con otras fuentes. Dijo Stalin que «debíamos trabajar en el interior de los sindicatos verticales y en general en las organizaciones de masas del régimen. Se extendió en el relato a las experiencias

del partido ruso en el período del zarismo...» Luego Carrillo se atreve a decir que la delegación española polemizó con Stalin lo cual es evidentemente falso; ante Stalin no rechistaba nadie y menos ellos. Carrillo dice que subrayé las dificultades de combinar la lucha guerrillera con el trabajo en los sindicatos y entonces Stalin redujo el papel de las guerrillas a la «protección de los órganos de dirección del partido instalados en el interior del país más que para realizar en ese período operaciones de combate». Es decir que Stalin ordenaba terminar la lucha de partidas y pasar a la infiltración en los organismos del

régimen.

Es conmovedor cómo Carrillo acaba por reconocer quién daba allí las órdenes. «Cuando se agotaron los argumentos y cedió la polémica —dice— estaba claro que Stalin debía tener razón». Acabáramos.

La entrevista terminó en un ambiente de euforia y a la mañana siguiente Stalin envió a los españoles una maleta con medio millón de dólares en concepto de ayuda,^[458] que depositaron en la caja del partido checo a quien costó lo indecible obligar a que devolvieran el dinero.

Claudín se reunió al día siguiente con la delegación y confirma más o

menos la versión de Carrillo. Morán cree que la audiencia se celebró no en agosto sino en octubre y que el motivo fue el recelo de Stalin después de los contactos de Carrillo con Tito poco antes de la rebelión yugoslava. Morán se muestra muy crítico y escéptico contra el presunto «viraje táctico» del PCE tras la audiencia con Stalin pero creo sinceramente que la versión transmitida por Carrillo —anular las guerrillas y dedicarse a la infiltración dentro de las organizaciones del régimen— refleja mejor la orden de Stalin aunque no se pudo poner en práctica como Stalin deseaba por una sencilla razón; la debilidad del PCE en el interior de

España, acosado por la policía, vigilado en las empresas, en la Universidad y en los sindicatos. El viraje táctico estaba claro y se quiso convertir en realidad. No se consiguió hasta la década siguiente cuando empezó de verdad la penetración del PCE en la Universidad, en el mundo cultural, en los sindicatos verticales... y en la Iglesia, aunque de ésta parece que no se habló en la audiencia de Moscú. En el artículo que escribió Carrillo para «Nuestra bandera» (noviembre-diciembre de 1948) no se citan las órdenes de Stalin pero se traduce con toda claridad la nueva estrategia española de Stalin.^[459] En cambio debo oponerme, con los

datos históricos en la mano, a la opinión triunfalista de Morán, Claudín y otros autores comunistas sobre la continuación de la lucha guerrillera después de la audiencia de 1948. Ya en el año anterior las partidas subversivas de inspiración comunista habían sufrido un golpe mortal que se repitió contra los restos de esas partidas en 1948. Pudieron quedar algunos retales sueltos pero acosados; sin embargo no cabe hablar ya de movimiento subversivo rural ni menos urbano a partir de 1949. La orden de Stalin había destruido la moral de unas partidas previamente desmanteladas por la Guardia Civil y, a veces, por la intervención de fuerzas militares en

grandes operaciones de cerco como la que tuvo lugar en Minglanilla donde fueron aniquilados muchos «maquis» de las serranías de Cuenca y de Levante. Por lo demás en 1950 España recuperaba su nivel económico de 1930, después de los traumas de la guerra civil y el aislamiento; e iba a empezar inmediatamente el «milagro español». No cabe negar a Stalin mucha mejor visión sobre la realidad española de la que podían ofrecer los desmedrados análisis del PCE.

DOCUMENTO 112

Cierro este análisis del «cambio

estratégico» del PCE en 1948 con un tremendo testimonio de Carlos Semprún Maura, que por entonces era alevín del PCE y confirma lo que — frente a los efugios de los historiadores comunistas— hemos concluido sobre el final de la lucha guerrillera ordenado por Stalin:

«La primera vez que vi a Santiago Carrillo fue en Budapest en 1949, en el marco de uno de aquellos festivales de la juventud. Llegó repentinamente con sombrero de «capo mafioso» acompañado de Ignacio Gallego — creo— también él con sombrero y Carrillo nos carraspeó un discurso bélico: la lucha antifranquista iba a

pasar a un plano superior y entre los rostros juveniles que tenía frente a él no podía elegir, no quería saber quiénes íbamos a morir en la gesta heroica y quiénes íbamos a sobrevivir, pero todos, de ello estaba seguro, todos seríamos voluntarios para continuar o reemprender la lucha armada contra Franco. Precisaré de paso que entre la cincuentena de chavales que le escuchábamos sólo había un puñado de militantes, los otros éramos simpatizantes, futuros tontos útiles y también, desgraciadamente, futuros militantes. Es lo de menos. Lo que interesa son las fechas porque un año antes —en

1948— Stalin había ordenado al PCE liquidar a sus «maquis» en España y era el propio Carrillo quien estaba personalmente encargado de su liquidación. Lo cual conllevaba el asesinato de los guerrilleros recalcitrantes. Una de cal y otra de arena. Por una parte la liquidación bestial de las pocas guerrillas comunistas en España y por otra la exaltación de la lucha guerrillera ante un grupo de jóvenes papanatas. ¿Por qué? Pues para cuidar su imagen de jefe revolucionario, de bolchevique indómito y crear un lazo personal místico-militante entre él y esos y otros jóvenes».^[460]

EL CASO COMORERA Y EL PROTOCOLO M

En el año 1949 la primera mujer de Santiago Carrillo, Asunción Sánchez, le abandona por un tal Muñoz y se va con él a Cuba. Carrillo se deshace de la porteña que le buscaba desde los días alegres de Buenos Aires y se casa con su secretaria Carmen que será desde entonces su pareja estable, como dicen los cursis de hoy.^[461] Alguna vez vuelve a Moscú para visitar a la Pasionaria enferma a la que dedican versos anfibios algunos gloriosos vates del Partido a quienes no citaré para no abochornar su

memoria. Pero Carrillo se preocupa mucho más en observar complacida y admirativamente al gran proceso de los comunistas húngaros, teledirigidos por Stalin, contra una de sus figuras mitológicas, Laszlo Rajk, ajusticiado el 15 de octubre de 1949. Se le había acusado de actuar como confidente de la Gestapo a partir de su estancia en un campo de concentración nazi en territorio francés. Jorge Semprún expresó sus dudas sobre la culpabilidad de Rajk —cuyo proceso fue amañado de principio a fin— y se las comunicó, como dijimos, al futuro historiador Manuel Tuñón de Lara quien se mostró seguro de esa culpabilidad después de

que los «servicios especiales» soviéticos se la demostrasen. Semprún reconoce que no usó su espíritu crítico ante el caso Rajk y se lo tragó. Carrillo, además de tragárselo, decidió imitar a checos y soviéticos y montar, en ese mismo año 1949, uno de los procesos internos más infundados y reprobables de la historia comunista: la acusación contra el líder comunista catalán Joan Comorera.^[462] Precisamente Semprún tiene conocimiento de la condena del Buró Político del PCE contra Comorera en la misma época en que acepta con repugnancia, pero sin crítica ni protesta, la condena y ejecución de Laszlo Rajk.

El proceso interno del PCE contra

Joan Comorera es el equivalente español al proceso Rajk, en la oleada de reacciones stalinianas contra la traición de Tito. Joan Comorera era un militante comunista histórico y vigente, secretario general del PSUC y miembro del Buró Político del PCE. Nadie podía tacharle de aventurero como a Monzón o de revanchista como al pobre Trilla. Comorera, abogado de 55 años, contaba con una capacidad intelectual, un valor físico y un sentido de la maniobra que superaban por todas partes a Carrillo y sus burócratas de París. Había figurado en el primer gobierno de Luis Companys en la Generalidad. Consiguió que el PSUC, fundado en 1936, fuese admitido

como sección catalana de la Tercera Internacional. En su campaña contra Comorera pretende Carrillo hacerse con el control político del comunismo catalán. El 8 de noviembre de 1949 el Buró Político del PCE en París declara a Comorera, entre otras lindezas, «traidor, perverso, degenerado, megalómano... e imitador punto por punto del camino seguido por la banda fascista de Tito». Debe notarse que Carrillo llama «fascistas» indiscriminadamente, a sus enemigos; los presos de la Modelo en noviembre de 1936, los militantes del POUM en 1937, su padre Wenceslao en 1939, Jesús Monzón en 1944/45, Tito en 1948

y ahora Comorera en 1949. Yo me incorporaré a la lista de fascistas de Carrillo en sus declaraciones públicas de 1993, lo que considero como un alto honor. Porque las víctimas de Carrillo y los insultados por Carrillo le han designado también, como estamos viendo a lo largo del libro y seguiremos comprobando en lo que queda, con una palabra que tan próximos testigos han repetido muchas veces. Una palabra única, rotunda, que todos ellos han pronunciado en los testimonios de este libro. Una palabra que bien podría ser la de fascista pero que resulta mucho más grave.

Los antecedentes del caso Comorera

los he tomado de la documentación imbatible estudiada por Gregorio Morán.^[463] Ahora dejaré que Enrique Líster formule la acusación.

DOCUMENTO 113

«En relación con Comorera, Uribe me contó: Tomemos, por ejemplo, el caso de Comorera. Tú conoces toda la parte política del problema. Pues bien, Carrillo y Antón propusieron al Secretariado la liquidación física de Comorera. La propuesta fue aceptada y Carrillo encargado de organizar la liquidación. Carrillo designó dos camaradas para llevarla a cabo. Pero

Comorera decidió marchar al país (España). A través del informador que tenía entre la gente de Comorera, Carrillo conoció la decisión de aquél y luego el lugar de su paso por la frontera y la fecha. Carrillo envió a sus hombres a ese lugar para liquidar a Comorera al ir a cruzar la frontera. Pero Comorera, que se sentía en peligro y vivía con una gran desconfianza, a última hora cambió de lugar de paso y conocimos que había cruzado la frontera (la noche del 31 de diciembre de 1949) cuando ya llevaba quince días en Barcelona.

«Ante la imposibilidad de la liquidación física Carrillo, como buen

especialista de las acusaciones y denuncias del más puro estilo policíaco y provocador, se dedicó a la destrucción moral por medio de calumnias infames. Dirigida por él se abrió en nuestras publicaciones y en nuestra radio una ofensiva de chivatería denunciando la presencia de Comorera en Barcelona».^[464]

Líster agrega el testimonio de un miembro de la banda encargada de la eliminación de Comorera y añade una antología de la campaña dirigida por Carrillo. Comorera fue detenido por la policía en junio de 1954. Tras cuatro años en el penal de Burgos murió allí el 8 de junio de 1958. Murió dignamente

sin renegar de su convicción comunista.

Causa escalofríos la versión de Carrillo sobre la eliminación de Joan Comorera. Hasta 1939 se ha referido en sus memorias varias veces a Comorera; la última cuando le describe como acompañante suyo (aunque en compartimientos separados) durante el largo viaje por el Transiberiano camino de América. Desde entonces nada. De 1949 a 1954 Carrillo se ocupó de Comorera —para perseguirle, para calumniarle, para acusarle, para denunciarle— más que de cualquier otra persona en el mundo. Pero en las memorias de 1993 ni una palabra, ni una autocrática. En la levísima y formularia

palinodia que le hemos registrado se refiere a Monzón, a Carmen de Pedro, a Antón. Dice que extremó la condena contra ellos. De Comorera no se atreve siquiera a mencionar el nombre. Comorera es uno de los fantasmas heridos e insepultos sobre el que no cabe, para Carrillo, ni esbozar una lágrima de cocodrilo.

Pero los años de Comorera en prisión representaron para él un martirio adicional y espantoso. Prefiero que lo relate una fuente comunista:

DOCUMENTO 114

«Sus parientes, siguiendo la

tradición abierta con los procesos de Moscú del 37 e hispanizada luego por Carrillo en 1939, denunciaron públicamente la perversidad de su propia sangre. Primero fue su hija Nuria, esposa del miembro del secretariado del PSUC, Wenceslao Colomer. Firmó en París el 21 de marzo de 1950 una declaración de principio, con una frase que era un epitafio: «El mismo día que nació el traidor Comorera, murió mi padre». Hasta un sobrino, desde la URSS, aportó su óbolo de insultos, pasando por los amigos. Apareció Rafael Vidiella, buscando los adjetivos más envilecedores y los improperios más

sucios, y Pere Ardiaca, volcando el resentimiento largos años acumulado...

«Pero quizás por esto mismo él (Comorera) percibe que lo ocurrido no es más que el ruido de trompetas que anuncia su liquidación y así lo escribe anticipándose a su destino y aportando un dato que sólo un hombre de la época de la Internacional Comunista podía conocer: el «protocolo M». Es decir, su eliminación física. «Sin escrúpulos de ninguna clase habéis agotado el diccionario de los bajos fondos, habéis agotado el almacén de injurias y calumnias, habéis removido el puñal venenoso en la herida

incurable de los sentimientos familiares más íntimos y profundos, lo habéis intentado todo... Ahora ¿qué os queda por hacer? ¿Un protocolo M? Es posible, pues los elementos técnicos no son difíciles de encontrar».

«El término «protocolo M» era utilizado entre los miembros del aparato de la Comintern en sentido «sentencia de muerte».^[465]

EL ATAQUE DE CELOS DE LA PASIONARIA EN MOSCÚ

A finales de los años cuarenta Vicente Uribe alumbra en París la idea de establecer una fuerte conexión del PCE con los intelectuales y hombres de cultura del interior. La idea no es de Carrillo aunque luego se la apropiará con el mismo entusiasmo que otras iniciativas a las que al principio se opone simplemente porque no son suyas. Las primeras conexiones se establecen por medio de Cirilo Benítez Ayala, ingeniero que fallece demasiado pronto, en 1950. Siguen ese camino otros intelectuales como Eugenio de Nora, poeta y crítico, que trabaja en León y conecta con Gabriel Celaya y los hermanos Millares en Canarias. Carrillo

advierde pronto el potencial político de la iniciativa y se reúne en París con Ricardo Muñoz Suay y Jorge Semprún; éste toma contacto pronto con el cineasta Bardem, el inquieto universitario Enrique Mágica, cuyas veleidades literarias nunca pasarán de veleidades; además de los actores Francisco Rabal, Fernando Rey y Fernando Fernán Gómez.^[466] Pero a fines del año 1949 toda la energía del PCE se vuelca en la servil celebración del septuagésimo aniversario del gran Stalin, en el apogeo del culto a la personalidad. «Nuestra Bandera» dedica al evento un número extraordinario que como reconoce hasta Claudín, uno de los inspiradores del

homenaje «representa la máxima impregnación de stalinismo en el PCE».

[467] Entre las alabanzas destaca, naturalmente, por sus hipérboles y su pésimo gusto, las de Santiago Carrillo. El cual, si bien no ha superado nunca, culturalmente hablando, la educación primaria, sí que se muestra muy amigo, como todos los incultos, de exhibir sus pinitos culturales que suelen degenerar en meteduras de pata más o menos cósmicas. Así desde finales de los años cuarenta se refiere con cierta exageración al excelente cartelista José Bardasano, considerado entonces como el paradigma del artista comunista y le llama «nuestro Velázquez». No hacía

Carrillo más que seguir el audaz ejemplo de su maestro Stalin, quien por entonces pontificaba sobre lingüística en «Pravda» (20.6.50) mediante un luminoso artículo reproducido en Mundo Obrero» con esta tesis: «El idioma es una superestructura sobre la base». Y los nuevos reclutas de la cultura comunista oían y callaban.^[468]

El 14 de febrero de 1950 Stalin reconoce el fulgurante triunfo de Mao Tse Tung que había proclamado en el anterior octubre la República Popular China tras su victoria contra el corrupto Chiang Kai Chek y sella en el Kremlin un pacto de amistad con el nuevo líder rojo de Asia. Medio mundo es ya

comunista y la amenaza comunista se dibuja sobre el llamado Tercer Mundo, lo que impresiona hasta los tuétanos a muchos medios cristianos e incluso vaticanos, cada vez más decididos a pactar con los nuevos bárbaros antes que dominen el planeta. El diálogo cristiano-marxista experimenta nuevos impulsos y pronto va a convertirse en uno de los métodos más importantes de la estrategia comunista mundial y del PCE en particular. Poco después del abrazo ruso-chino el alfil coreano de Stalin y de Mao, Kim Il Sung, invade la Corea del Sur con la intención de incorporarla al imperio rojo que parece cada vez más incontenible. Las dos

Coreas se habían dividido artificialmente en virtud de los acuerdos de Yalta; y ahora los Estados Unidos deciden hacer frente a la amenaza y neutralizan la invasión después de un eficaz desembarco en Inchon. El 24 de octubre las tropas del general MacArthur tocan la frontera de Corea del Norte con China pero entonces interviene el ejército comunista chino y al poco tiempo el presidente de los Estados Unidos releva al general MacArthur. La guerra de Corea es un típico conflicto de la guerra fría y terminará en tablas.

Pero como una consecuencia obvia de la guerra fría el gobierno francés de

René Plevén declara ilegal en Francia al Partido Comunista de España, por su servilismo staliniano, el 7 de septiembre de 1950. Los dirigentes del Buró Político se dispersan. Carrillo, Líster y Antón se quedan en París reducidos a la clandestinidad que entorpece mucho sus movimientos. Uribe y Mije se asientan en Praga. La Pasionaria dirige al grupo de Moscú pero al conocer los detalles de la «infidelidad» de Francisco Antón, unido ya de forma estable a su nueva compañera, entra en un trance de celos invernales (la dama ya había atravesado su otoño) que amenazan a la estabilidad del Partido. La Pasionaria reacciona contra Antón con todo su amor

transformado en odio y con todos los recursos del método staliniano. Exige que el Partido rompa con Antón, que investiguen a fondo sus veleidades políticas e incluso insinúa que pudo actuar como agente del enemigo, sin atreverse a fijar de momento al enemigo. Toda la vida de la dirección comunista gira en torno de este ataque de celos. Carrillo se suma a Antón pero luego se escurre y le deja solo ante las iras de la mujer brava. Carrillo lanza sus primeras fintas contra Uribe, afectado también por los amoríos del irresistible Antón en los tiempos de México. Un viaje de Antón a Moscú empeora las cosas sobre todo cuando (en el invierno de 1951)

reconoce ante la Pasionaria que se ha casado en París con su nueva y joven amante y que ya tiene de ella un hijo. La equilibrada Pasionaria, madre de todos nosotros, como le rezaban en ridícula letanía los comunistas de Valencia, se descompone y sentencia: «Se acabó Antón». Y se acabó. Le echaron del Buró Político y del Comité Central y le enviaron a un oscuro destino en Varsovia.^[469] Alguien habla de Kafka a propósito del caso Antón pero basta y sobra con el infante don Juan Manuel.

Es natural que por muy stalinianos que se sintieran los comunistas españoles clandestinos en París no pudieran evitar el desprecio por sus

dirigentes paranoicos. Carlos Semprún nos ofrece una perla ambiental acerca de este período:

DOCUMENTO 115

«Pocos años más tarde, en 1952, y tras haberse dispersado una vez más mi familia, mi hermano Paco y yo vivíamos solos en una gran casona de los arrabales de París. El PCE requisó dicha casa para ciertas reuniones confidenciales de Carrillo y su cuadrilla. Tardé algún tiempo en entender la jerga empleada por le élite clandestina del PCE. A menudo salía a relucir «la vieja puta» y «su

chulo Paco», se mofaban de un tal Vicente y de muchos otros. Se trataba, claro, de Dolores Ibárruri, de Francisco Antón, de Vicente Uribe y de muchos otros de los que con tanto cariño envenenado habla Carrillo en sus memorias». ^[470]

Pero la caída de Antón arrastró en un principio a Santiago Carrillo, su aliado. El centro de París se convertía, por orden de la Pasionaria, en una dependencia clandestina de los dos auténticos centros de poder, el de Moscú, regido por la Némesis roja y el de Praga, a las órdenes de Uribe. Carrillo se ve obligado a escribir una larga autocrítica que con destino al Buró

Político firma el 5 de junio de 1952. El lector no debe molestarse en buscarla en las memorias del interesado.

Lo primero que hace es reconocer el fracaso total de las guerrillas. Y admitir que muchos «guerrilleros» se dedicaban a la buena vida y a la corrupción. Reconoce no haber apreciado los cambios de la guerra fría que tanto habían favorecido a Franco. Elogiaba servilmente la clarividencia de la Pasionaria, y se gloria de haber leído recientemente varios trabajos del camarada Stalin donde todo está ya resultó. Reconoce también que sobre la situación real en la España de Franco sus deseos se han confundido con la

realidad. Nunca se había arrodillado Carrillo con tanta abyección; nunca había sentido tan incierto su porvenir. La autocrítica paralela de Francisco Antón es igualmente lastimera y repulsiva. Carrillo trató al principio de salvar a su amigo Antón; pero cuando advierte la furia vengativa de la Pasionaria se pasa al bando acusador y trata de salvarse a sí mismo descabellando al amante infiel. Así terminará Antón de hundirse pese a sus nuevas autocríticas cada vez más repulsivas; así se salvará *in extremis* Santiago Carrillo, que desde entonces sólo soñará con la venganza contra Uribe y contra la Pasionaria pero no emprenderá esa venganza hasta que

tenga seguras a sus presas.

Resulta casi explicable que ante estas complicaciones y peligros personales Carrillo y los dirigentes comunistas españoles no se preocuparán demasiado del proceso staliniano paralelo contra Rudolf Slansky, Artur London y el compañero de Irene Falcón, Geminder, que tuvo lugar en Praga a fines de noviembre de 1952 y se liquidó con once ejecuciones aunque London pudo salvarse. Eran las últimas ansias de sangre que contagiaba Stalin, ya en su ocaso, aunque en el XIX Congreso del PCUS, celebrado durante la primera quincena de octubre de 1952, los delegados-borregos le tributarán la

mayor ovación, la última ovación de su vida. Stalin parece tranquilo después de las depuraciones que ha logrado entre sus satélites de la Europa oriental. Proclama ante el Congreso un retorno al stalinismo de guerra y un aplazamiento *sine die* para la abolición del Estado, utopía marxista para la que Marx no había contado con el terrible cerco imperialista a la URSS. Sólo Jorge Semprún advertía entonces la enorme y brutal injusticia del proceso Slansky pero como confiesa noblemente en 1977 también él callaba y otorgaba.

Los comunistas españoles no habían levantado aún la cabeza por su ridículo proceso en torno a las faldas de la

Pasionaria y demás amantes de Francisco Antón cuando juraba el general Eisenhower en enero de 1953 como presidente de los Estados Unidos y el gran Stalin, el gran amor de Santiago Carrillo, moría entre desprecios, amenazas y tormentos el 5 de marzo de 1953. Fernando Claudín comenta que «después de Stalin las restricciones a la libertad han desaparecido de la URSS».^[471] Nada de nada. Después de Stalin y hasta nueva orden de Moscú, el Partido Comunista de España y sus dirigentes siguieron siendo fielmente, ferozmente stalinianos.

CARRILLO RESUCITA EN EL V CONGRESO DEL PCE

La agonía de Stalin ha sido también la agonía política de Santiago Carrillo que ha manoteado para flotar en las campañas y procesos contra Monzón, contra Comorera y contra Antón y así evitar a todo trance que alguien le configure como otro pequeño Tito español. No le ayudó nada ser el último dirigente occidental que acudió a Tito, inmediatamente antes de la rebelión de Tito, en busca de ayuda y consejo. La autocrítica de 1952, cuando Carrillo se arrastró ante la omnisciencia y la

omnipotencia de la Pasionaria, sólo pudo salvarle una vez que se desmarcó de Antón y se sumó a los acusadores de Antón, es decir hizo suyo, con la dignidad que el lector puede evaluar, el ataque de celos de la tremendona.

La muerte de Stalin desató la burda inspiración de los políticos, los plumíferos y los poetas comunistas, convertidos para la ocasión en poetastros de oficio. Ya vimos cómo Jorge Semprún, en el momento más bajo de su agitada vida, se llevaba la palma del epitafio con un osado cultivo del ripio fúnebre. Pero gozaba de excelente competencia, tan jaleada luego por la prensa derechista en España. Cantaba

Neruda:

«Camarada Stalin, yo estaba junto al
mar en la Isla Negra
descansando de luchas y viajes
cuando la noticia de tu muerte llegó
como un golpe de océano».

Nunca el Pacífico sin límites se
había encajonado tan suciamente, pero
Rafael Alberti prefirió el ripio puro y
duro:

«José Stalin ha muerto
Padre y maestro y camarada
quiero llorar, quiero cantar.
Que el agua clara me ilumine

que tu alma clara me ilumine
en esta noche que te vas».

Nadie se ha atrevido a elogiar al mayor criminal de la Historia por su «alma clara» mientras bajaba hacía el más sórdido rincón del Hades con el alma lastrada por treinta millones de cadáveres más los veintitrés millones de esclavos que le había contado en los gulags Valentín González el Campesino.

Fernando Claudín se dejaba llevar de la paranoia reinante en el PCE antes y después de la muerte de Stalin cuando estampó la memorable y la citada sentencia sobre los aires de libertad que limpiaron los miasmas de la tiranía a la

muerte de Stalin. Por el contrario, apenas cambió nada. De momento parecía tomar las riendas el llamado Presidium recientemente creado que puso la dirección de los asuntos a manos de una troika formada por Malenkov, presidente del consejo de ministros; Molótov, ministro de Asuntos Exteriores y Beria, el jefe de la NKVD a quien todo el mundo consideraba como asesino de Stalin, aunque ya vimos cómo seguramente Stalin murió víctima de su propio terror íntimo. Sin embargo los demás dirigentes se libraron pronto de Beria, asesino y torturador a las órdenes de Stalin, rehabilitaron a los médicos a quienes la muerte de Stalin salvó de la

suya y se enzarzaron en una sorda lucha por el poder supremo que acabaría con la victoria de Nikita Kruschef, un asesor y colaborador de Stalin que planteó como herencia de Lenin el nuevo principio de la «coexistencias pacífica» y preparó mesuradamente la desmitificación de Stalin. Pero tal cambio esperaría tres largos años; de momento nada sustancial cambiaba. El Ejército Rojo reprimió sangrientamente el levantamiento de los obreros en Berlín oriental tres meses después de la muerte de Stalin. Otros alzamientos populares por la libertad en Hungría y Polonia fueron ahogados en sangre para demostrar que nada esencial había

cambiado en el imperio soviético, que además anunció pronto que poseía la bomba de hidrógeno. Menos mal que en julio de 1953 se pudo anunciar el armisticio en Corea, ese conflicto típico de la guerra fría que sin embargo permanecía vigente. Obsesionados ante la observación de los nuevos movimientos que podrían notarse en Moscú los dirigentes comunistas españoles rindieron inmediatamente pleitesía a los nuevos amos del Kremlin —no sin esforzarse hasta el paroxismo para adivinar quiénes eran— y para evitar futuras autocríticas como la que sacudió todo el futuro de Carrillo en 1952 tuvieron que aceptar a

regañadientes la consolidación interior y el triunfo internacional del régimen de Franco con su «doble» del verano de 1953: el Concordato con la Santa Sede y los acuerdos bilaterales de alianza militar y asistencia económica con los Estados Unidos. Uno de los interlocutores de Santiago Carrillo en 1974, Max Gallo, calificaría este año de Franco como «la segunda victoria» que sancionaba el final del aislamiento, el reconocimiento de la solidez del régimen y preparaba, además, la entrada inminente de España en las Naciones Unidas, con el voto de los Estados Unidos y de la Unión Soviética.

Del 12 al 21 de septiembre de 1954

se celebró en Checoslovaquia, junto al lago Majovo, el V Congreso del Partido Comunista de España, primero desde el de 1932, hundido ya en la Historia. Gracias a su servil inclinación ante la Pasionaria mediante el apuñalamiento de su anterior aliado Francisco Antón, Carrillo había logrado salir definitivamente del peligroso túnel que atravesó entre 1949 y 1952 y, próximo ya a la madurez de los cuarenta años, preparó con tesón y habilidad este V Congreso que a fin de cuentas resultó hechura suya. La Pasionaria fue ratificada solemnemente, pero ya con un aire de símbolo más que de autoridad, como secretaria general del Partido,

cargo que venía desempeñando, de hecho y en funciones, a partir del suicidio de José Díaz en 1942. En el Congreso, para mantener el tipo, se criticó como debilidad del régimen de Franco lo que era notable prueba de su solidez, la vinculación americana; pero allí no interesaba mucho el régimen sino la nueva configuración del poder en el Partido.

Curiosamente en el V Congreso no se habló de Stalin. Carrillo había captado algunos rasgos importantes de la nueva situación moscovita, cuando el silencio sobre Stalin precedía ya a la tormenta que iba a arrasar sus estatuas. Condenado el pobre Francisco Antón al

ostracismo Vicente Uribe, como número dos, desperdició su oportunidad e hizo el ridículo ante el Congreso. En su aburrido informe sólo profirió vaguedades que denotaban más apego al alcohol que al serio trabajo de preparación estratégica. Allí termino Uribe y se afianzó Carrillo, que mientras los demás dirigentes vegetaban pendientes de las novedades de Moscú, había preparado concienzudamente no sólo el orden del día del congreso sino sobre todo la propuesta de renovación de los órganos. El V Congreso marcó el triunfo de Carrillo y de su antiguo equipo de la JSU que copaba los puestos de dirección. El teórico más significado

de la antigua JSU, Fernando Claudín, cumplida su misión en Moscú y ampliados allí sus conocimientos del clasicismo soviético, se incorporó a los trabajos del Buró Político en París. La sorpresa del congreso fue el brillante informe de la nueva estrella cultural del Partido, Jorge Semprún, presentado como Federico Sánchez, que desde el año anterior había comenzado ya una intensa labor de captación en los medios culturales y universitarios de Madrid y traía el aire fresco de la realidad española, aunque convenientemente aderezado «ad usum delphinis» porque en el idílico paisaje lacustre se perfilaba ya la silueta del nuevo delfín

de la Pasionaria. Hay un rasgo curioso en el informe de ese delfín, Santiago Carrillo, que naturalmente no ha pasado a las memorias de Carrillo; al plantearse el problema de la compatibilidad entre la masonería y el PCE Carrillo se inclinó a favor de esa compatibilidad tras aludir a una experiencia de la guerra civil durante la cual el PCE había aceptado la colaboración masónica. Es un precedente muy interesante, no simplemente anecdótico, que tal vez explique la consideración de que gozó Carrillo durante la transición española (y después de ella) en medios de comunicación clara u ocultamente vinculados a los Hijos de la Viuda. La

omnisciente Pasionaria cerró los debates con una de sus profecías famosas: «El franquismo no puede durar». Sólo le quedaban, en efecto, veintiún años.^[472]

A partir del V Congreso la dirección histórica del Partido radicaba en las lejanías de Moscú, en manos de la avejentada Pasionaria, satisfecha ya porque el Congreso había ratificado su venganza contra Antón. La dirección ejecutiva aparente seguiría en Praga con Uribe, Mije y Líster. La dirección real y el futuro estaban ya en la dirección de París, donde Carrillo se apoyaba, al parecer firmemente, en Claudín y Semprún. Para Carrillo, tras el gran

paso que acababa de dar a orillas del lago, el objetivo, el gran objetivo de su vida, se reducía a tomar por asalto la secretaría general del Partido.

LA KGB EXAMINA EL INFORME ABAD

En un rincón especialmente oscuro de sus malas memorias Santiago Carrillo alude a una misteriosa denuncia que alguien formuló contra él en la URSS durante esta época. No nos ofrece el nombre del denunciante ni el contenido de la información que pasó a

los soviéticos. Veamos el texto de Carrillo que se refiere a la primera mitad de los años cincuenta:

FALSEDAD 61

«Fue un período siniestro, en el que los mejores militantes estaban expuestos a sanción. Entonces hubo alguien en la URSS, ligado a los Servicios, que también presentó una denuncia contra mí. Afortunadamente no encontró ningún eco en la dirección del Partido; pero siguiendo las costumbres de la época que propiciaban la delación, el denunciante no sufrió ninguna molestia y es

curioso, la misma persona, que hoy ya no vive, estuvo apoyándome después cuando denuncié la invasión de Checoslovaquia. Sufría de un tumor en la cabeza y pensé que no estaba en sus cabales».^[473]

Seguramente Carrillo, cuando lea este libro que no va a leer, se llevará una cierta sorpresa al comprobar que ahora mismo voy a dar el nombre de quien le acusó a fines de 1954 y que puede recordar mejor el informe enviado por ese misterioso denunciante, un informe muy significativo, que Carrillo ha buscado durante décadas. Porque el tumor que padecía el denunciante en 1954 debió de ser

sumamente benigno si se tiene en cuenta que el extracto amplio de ese informe que tengo delante fue redactado por el denunciante en 1979, cuando ya había regresado a España para morir. No hubo tal tumor y el denunciante estaba perfectamente en sus cabales. Ahora veremos lo que le sucedió.

Se llamaba Francisco Abad Soriano, había nacido en 1914 en el pueblo almeriense de Albolondal y falleció, en efecto, en Gijón en el año 1979. Había luchado en el Ejército Rojo durante la guerra mundial, fue condecorado y obtuvo la graduación de teniente coronel, Poseía un reloj dedicado por la Pasionaria y estaba, en efecto, ligado a

los Servicios; trabajaba en la KGB — nuevo nombre de los Servicios que decidió Kruschef) y concretamente en los archivos del Centro Español de la calle Zdanova en Moscú, donde también había trabajado Claudín. A fines de 1954 decidió enviar un largo informe, más de cien páginas, al Buró Político del PCE para advertirles sobre los tremendos peligros que la ambición de Carrillo y sus maniobras para conquistar la Secretaría General podrían acarrear al partido. Entregó personalmente el informe a la Pasionaria pero se quedó con una copia. Estoy llenando, pues, desde la Historia, un extraño vacío de las memorias de Carrillo y corrigiendo,

documentos en mano, una de sus innumerables deformaciones de la verdad. Volveré inmediatamente sobre el tumor.

DOCUMENTO 116

«En 1954, en el informe presentado por el camarada Francisco Abad —dice el propio Francisco Abad en el documento resumen de 1979— señalaba este peligro: se advertía el trabajo y las maniobras de Carrillo; se señalaban los errores en la aplicación de la política del Partido; se preveía o se insinuaba que se estaba realizando un trabajo de protagonismo en la

persona de Carrillo; se señalaba que aspiraba por todos los medios a la secretaría general. Pero nada de eso se tuvo en cuenta. Es más, se condenó al camarada Abad, se le acusó de todo lo peor. Pero cuando el camarada Abad pidió que se convocara a los comunistas de la Unión Soviética (españoles) a una reunión y que se le expulsara, entonces se le contestó: «No, no es necesario; nosotros diremos que estás cumpliendo una tarea especial del Partido, seguiremos ayudándote económicamente; la Cruz Roja soviética también te ayudará económicamente hasta que encuentres colocación, pero no aparezcas por las

reuniones ni tengas contactos con los demás camaradas».

«La dirección del Partido lo que no quería es que los militantes llegaran a saber algún día cómo habían estado siendo engañados. En el informe se demostraba que el V Congreso había sido una farsa, que no había tenido representación porque en España no existía, en 1954, ninguna organización del Partido; en el informe se denunciaba el engaño a todo el Partido y a la opinión pública sobre la realidad del movimiento guerrillero en España; en el informe se apuntaban las intenciones de Carrillo que hoy vemos plasmadas en la realidad; en el

informe se señalaba cómo se había engañado al Partido con los grupos de trabajo en la tala de bosques en Francia; en el informe se señalaba la realidad de lo que había sucedido con Comorera y cómo Radio España Independiente había advertido a la policía de que éste había llegado a España; en el informe se denunciaba la injusticia que se había cometido con los camaradas José Antonio Uribes, Julio Mateu, José Juárez, Segis Álvarez, Luis Abollado, Moncho y otros; en el informe se denunciaba la conducta caciquil de Vicente Uribe; en el informe se denunciaba cómo en las comisarías y en las cárceles y penales

de España se estaba haciendo la apología personal de Carrillo; en el informe se denunciaba la hipótesis de que dentro del aparato pudiera haberse infiltrado algún agente del enemigo; en el informe se denunciaban las detenciones concretas de numerosos camaradas y la caída de numerosas organizaciones; en el informe se denunciaba la verdad de los sucesos de Barcelona en marzo de 1951 y se demostraba que Gregorio López Raimundo no había sido el dirigente de aquel movimiento de masas; en el informe se denunciaban o se trataban de advertir los peligros que el Partido corría si no se corregía

a tiempo la política y la actuación de Santiago Carrillo; en el informe se señalaba cómo Carrillo iba a por la Dirección del Partido».^[474]

Como puede observar el lector, en el informe Abad, además de estas críticas a la actuación de Carrillo en torno al V Congreso se presentaba una biografía resumida de Carrillo que corrobora muchos de los episodios ya relatados por nosotros desde otras fuentes.

Si Abad hubiera entregado su informe dos años o un año antes es posible que Santiago Carrillo hubiera sido depurado según métodos parecidos a los que él había aplicado a sus rivales, desde Monzón a Comorera. Pero Abad

no escogió el momento propicio, que pudo ser antes de morir Stalin. Ahora, en 1954, Carrillo había superado ya la noche triste de su autocrítica y había rehecho sus fuerzas gracias a su éxito en el V Congreso, preparado en buena parte por el trabajo secreto de Claudín en Moscú, donde convenció al PCUS y a los Servicios sobre las cualidades del ya casi preconizado líder. Al conocer que se había producido la denuncia la dirección del Partido tomó posición por Carrillo y no por Abad y comunicó a la KGB que Abad, por su exceso de trabajo anterior, estaba enfermo de los nervios. Entonces se le recluyó en un sanatorio psiquiátrico, con toda la carga

siniestra que esas instituciones mantenían en la época poststaliniana. Sin embargo Abad logró que su esposa se hiciera con la copia que había guardado del informe y que la entregara directamente a la KGB. Cuando los Servicios tradujeron y analizaron el informe sacaron a Abad del psiquiátrico, le rehabilitaron y le dieron trabajo en Radio Moscú y en la revista «Tiempos Nuevos». En su momento le concedieron una jubilación extraordinaria y reconocieron que sus previsiones sobre Carrillo se habían cumplido.

EL CAMBIO GENERACIONAL EN ESPAÑA

Los dirigentes soviéticos habían vendido su sorda lucha por el poder tras la muerte de Stalin como «el período de la dirección colectiva». Pero la Unión Soviética, desde su creación a su disolución, no ha podido subsistir sin un tirano al frente y cuando clareaba el año 1955, con la dimisión de Malénkov como primer ministro, se impuso la pareja Bulganin-Kruschef en la que el orondo y expansivo «K» era el secretario general del PCUS y por tanto

el nuevo dictador en la sucesión soviética. Lo comprendía perfectamente Fernando Claudín que después del V Congreso se incorporaba como representante de la Pasionaria y sombra de Carrillo al grupo de dirección en París después de «haber estudiado dogma» en sus largos años de Moscú, según acertada expresión de Morán. Claudín se vincula cada vez más a Carrillo, se identifica con él, suple los vacíos ideológicos y culturales del asturiano y se dejará utilizar como punta de lanza para el ataque de Carrillo contra Vicente Uribe, su gran obstáculo hacia el poder supremo. Muchos años después el espíritu crítico de Claudín se

impondrá a su inveterado dogmatismo y calificará al período 1955-1964 como «los años esquizofrénicos». Lo malo de estas descargas, más que descargos de conciencia es que sus autores nunca pagan daños y perjuicios a quienes engañaron y desviaron durante su locura.

El PCE contaba desde enero de 1955 con un poderoso altavoz emplazado sobre varias solemnes mentiras: Radio España Independiente, la emisora más dependiente del mundo, que emitía cada noche como «estación pirenaica» desde el Pirineo de Bucarest. Había empezado su actividad en Moscú tras el comienzo de la primera guerra mundial y ahora enviaba a España unas

farragosas peroratas sobre las que debería ilustrarnos uno de sus más distinguidos funcionarios, el futuro socialista, ministro y catedrático Jordi Solé Tura. Desde España se procuraba interferir las emisiones de la Pirenaica pero desde que la sintonicé un par de noches me pareció un error; aquello no había quien se lo tragase, porque los radiofonistas del PCE operaban sobre la convicción de que todos los españoles eran retrasados mentales y estaban tan mal informados como ellos.

Lograba resultados sin duda mucho más importantes el trabajo de proselitismo comunista y manipulación cultural que desarrollaba en Madrid

Federico Sánchez, es decir Jorge Semprún, sobre el que nos ofrece algunas viñetas en su benemérito, aunque algo plumazo, premio Planeta de 1977. Consiguió la incorporación de jóvenes intelectuales de dispar valía como Juan Antonio Bardem, Julio Diamante (no sé si se trata del mismo e importante testigo que depuso ante la Causa General) y otros que después citaré. Semprún y sus muchachos aprovecharon bien el clima de apertura que había logrado el ministro de Educación Joaquín Ruiz-Giménez con la colaboración de varios miembros de su equipo; Joaquín Pérez Villanueva, Manuel Fraga Iribarne, los rectores de

Madrid, Pedro Laín Entralgo y de Salamanca, Antonio Tovar. Desde una oposición democrática, pero todavía no muy radical al régimen, el escritor falangista desengañado, Dionisio Ridruejo, patrocinaba unos sonados encuentros entre la poesía y la Universidad y sobre todo un congreso de escritores jóvenes dentro de un movimiento general de renovación (y politización) universitaria que abortaría en febrero de 1956. Me parece que los trabajos de Ridruejo resultaron más determinantes que los de Semprún pero la eclosión político-cultural de aquel importante momento necesita aún el estudio desapasionado de que carece.

Lo que sí me parece cierto es que la siembra de Semprún fue muy profunda y consiguió una plataforma intelectual y cultural para el PCE que sigue viva después de la ruina del Partido. Santiago Carrillo apoyó estas iniciativas aunque la cultura en sí misma le importaba un rábano. Se dio también cuenta por entonces del potencial político contenido en el diálogo de cristianos y marxistas que ya cundía por Europa y las Américas y lo fomentó con éxito; tanto en medios cristianos como en la Universidad y la cultura los enviados de Carrillo reclutarían pronto en España enjambres de adheridos o de compañeros de viaje, mientras los

abanderados culturales del régimen se enfrentaban estérilmente en polémicas como la de si España era o no un problema.^[475] Por entonces Santiago Carrillo conoció al aspirante a poeta Enrique Múgica en una deliciosa escena transmitida por Carlos Semprún:

«En 1955 en París, puesto que Carrillo no viajó nunca clandestinamente a España hasta ponerse el peluquín, o sea, hasta que no hubo peligro, le presenté en un célebre piso del boulevard Saint-Germain a Enrique Múgica. Aquella tarde estuvimos charlando durante horas los tres solos. Después de que Enrique se hubiera marchado corriendo, porque

tenía miedo de llegar tarde a una cita con su madre, Carrillo me preguntó: «¿Qué te parece?». Si mal no recuerdo hice alguna reserva sobre los resultados maravillosos que Enrique esperaba de sus increíbles cambalacheos. Carrillo me miró con sorna y espetó: «¡Es un águila! ¡Este muchacho es un águila!»^[476] Para Múgica es un alto honor; la única vez que Carrillo llamó antes «águila» a alguien es a Lenin, como recuerda el lector. Pero lo importante es que los célebres cambalacheos del poeta insigne entran ya en la Historia.

Para oponerse a la OTAN la Unión Soviética crea el Pacto de Varsovia en

mayo de 1955, una alianza para preservar el bloque comunista europeo del «imperialismo» occidental. Kruschef era un político de gestos espectaculares y el 27 de mayo celebra su reconciliación con el mariscal Tito en Belgrado con lo que desaparece una de las obsesiones y de las pesadillas del stalinismo, que había costado tantas tragedias. Para celebrar el sexagésimo cumpleaños de la Pasionaria el 9 de diciembre de 1955 se había congregado, con algunas excepciones, la plana mayor del comunismo español en Bucarest. Santiago Carrillo, con Claudín, son dos de esas excepciones pero se quedaron en Paris tan sorprendidos como los

celebrantes del cumpleaños con la noticia de que, la víspera, España ha ingresado en las Naciones Unidas con el voto favorable de la URSS. Fue como una bomba que cuarteó la dirección del Partido. La Pasionaria y sus coribantes condenan el nuevo reconocimiento internacional de España; pero Carrillo, flanqueado por Claudín, obedece al mismo criterio staliniano que le hizo aceptar el pacto germano-soviético en 1939 y piensa que si la URSS ha aprobado el ingreso de España él también debe hacerlo y lo hace en un artículo publicado en «Nuestra Bandera» que sienta como un tiro a la Pasionaria, Uribe, Líster y Gallego. Para

templar gaitas Carrillo envía en misión de paz cerca de la Pasionaria a Jorge Semprún, a quien ella arrastra por un largo viaje en tren para mostrarle sus desdenes. Resulta bastante divertido ver con qué cinismo explicó Carrillo en su artículo el ingreso de España en el contexto de una gran victoria soviética y cómo en sus memorias trata de remendar el zurcido con un costurón.^[477] El incidente demuestra, sin embargo, que la ilustre sesentona ya se estaba convirtiendo en un tigre de papel.

Los brotes de rebeldía en la Universidad que ya habían apuntado en 1955 revientan en febrero de 1956 con varios manifiestos y correrías en Madrid

y un desgraciado incidente: la herida gravísima de un joven falangista en los bulevares. Algunos protagonistas han magnificado luego los sucesos, que provocaron una tremenda alarma en el régimen de Franco por falta de un análisis serio sobre su significado. La clave estaba en la llegada a la Universidad de generaciones jóvenes que se sentían cada vez más ajenas a la memoria de la guerra civil y no se inclinaban al llamado Movimiento porque éste no era más que una burocracia y una entelequia. Ni aquellos sucesos eran una revolución democrática como tal vez imaginaba Dionisio Ridruejo, que fue su principal

animador ni menos una protesta comunista como exageraban los comunistas de Madrid y de París. Franco aprovechó la ocasión para liquidar de un revés la controversia entre la Falange aperturista apoyada en Ruiz Giménez y los ideólogos tradicionales que trataba de pastorear un curioso político y profesor del Opus Dei, Rafael Calo Serer. Franco se refugió cada vez más en la indefinición del Movimiento, nombre con el que iba sustituyendo a la Falange y decidió dar paso al llamado equipo de los tecnócratas, un grupo de expertos en administración y economía que acertaron cabalmente a racionalizar los

impulsos del desarrollo que habían nacido en plena sociedad española como consecuencia del orden y la paz. Estos tecnócratas estaban vinculados al Opus Dei, la organización religiosa que buscaba su propia definición ante la Iglesia y ante la sociedad y pugnaba por ensanchar a otras naciones su fuerte base española. Ni que decir tiene que todo el conjunto de análisis catastrofistas y voluntaristas a que se entregaba Santiago Carrillo en París sobre la situación española nada tenían que ver con la realidad española. Lo cual no pretende minimizar el importante trabajo de penetración política y cultural dirigido por Jorge Semprún en aquella

época dentro de España. Cuando al calor de los sucesos de febrero se forma una agrupación socialista universitaria, la ASU, con sentido radical y marxista, Semprún ordena y consigue una seria infiltración comunista en sus filas.^[478] Entre los detenidos por la policía como participantes en la rebelión figuraba un falangista histórico, Dionisio Ridruejo, dos jóvenes brillantes que ocuparían cargos de gran importancia en la futura derecha democrática española, José María Ruiz Gallardón y Gabriel Elorriaga y una constelación de jóvenes comunistas coordinados por Semprún (que no fue habido) y dieron mucho lustre al PCE antes de desengañarse de

Carrillo y abandonar su militancia: el ya citado poeta y filólogo (lo digo por sus futuros alardes) Enrique Mágica, el economista Ramón Tamames, el complicado Javier Pradera y el imprevisible Fernando Sánchez Dragó. El hecho de que tales mozos se hicieran comunistas y luego renegasen del PCE al conocer los métodos de Carrillo explica muchas cosas sobre el auge y la caída del Partido Comunista de España.

XX CONGRESO DEL PCUS, REUNIONES DECISIVAS DEL PCE

Santiago Carrillo trata de adivinar las nuevas orientaciones de la sociedad española, tanto en la Universidad como en el mundo de la economía, la industria y el turismo pero seguramente no lo hace en esta época con intención de aportar soluciones a la situación española, que le desbordaba por todas partes, sino para aparentar un dominio del análisis sobre España ante los carcamales históricos del PCE, que cantaban cada vez más fuera del coro. Y en éstas llegó la colosal carga de profundidad que hizo estallar Kruschef en el seno del movimiento comunista por medio de su denuncia secreta contra Stalin y sus crímenes en el XX Congreso del PCUS,

a fines de febrero de 1956.

A principios de ese mes la Pasionaria invita a Fernando Claudín para que forme parte de la delegación española, presidida por ella, que va a asistir al XX Congreso del PCUS que se abre en Moscú el 14 de febrero. Componen la delegación Uribe, Mije y Lister además de la Pasionaria y Claudín. La misión de paz encargada por Carrillo a Semprún no ha resultado; Carrillo no ha recibido invitación para asistir al congreso soviético y Claudín aguanta, a su llegada, un broncazo descomunal por parte de la secretaria general y su equipo. Claudín reacciona con valor y firmeza y contraataca a

Uribe por ignorante y vago. Pero el XX Congreso apremiaba.^[479]

El 24 de febrero Kruschef desencadena su informe contra Stalin, contra el culto a la personalidad, los errores y los crímenes del tirano, ante los delegados soviéticos estupefactos y sumisos, aunque no se les permite tomar nota alguna. Las delegaciones extranjeras no asisten. Luego Kruschef convoca a los jefes de las delegaciones extranjeras y les entrega confidencial y reservadísimamente el informe escrito en ruso, que Líster traduce para la Pasionaria y los demás menos Claudín, que se entera después. En el informe de Kruschef se incluyen además algunas

bravatas como la puesta en explotación de las inmensas tierras vírgenes en la tundra y el seguro adelantamiento de la URSS a la economía de los Estados Unidos en diez años. Pero el secreto se guarda, increíblemente, durante algunas semanas hasta que el «New York Times» consigue, gracias a la CIA, una de las grandes exclusivas de la Historia y lo revela ante toda la opinión mundial.

La mejor prueba de que la Pasionaria se ha convertido ya en pieza de museo es que no se entera muy bien de la bomba Kruschef y tampoco se resigna a aceptarla más que formulariamente. Siempre han sido los comunistas españoles la grey más

conservadora, en el sentido rutinario del término, de la Tierra; el «Mundo Obrero» sigue colmando de elogios al defenestrado Stalin durante la primavera siguiente, por ejemplo. (Hoy, en 1994, todavía hay en España una cosa que se llama Partido Comunista, lo que no sucede ni en Rusia; y encima la derecha, siempre tan clarividente, le hace pactos y cucamonas). La Pasionaria, desde su nicho del museo, intenta continuar después del XX Congreso la bronca contra Claudín que hace extensiva a Carrillo ausente; pero el duro ideólogo marxista-leninista ha aprendido mejor la lección de Kruschef, aplica la doctrina contra el culto de la personalidad a

Uribe y a la propia Pasionaria, reafirma sus altos contactos soviéticos y se vuelve a París para preparar con Carrillo el aprovechamiento de la nueva situación.^[480]

Porque esta vez el viraje del Kremlin es muy serio. Kruschef afianza su doctrina de la coexistencia pacífica. El imperio de Stalin siente los tirones de la destalinización; quedan rehabilitadas las víctimas de varios procesos stalinianos, como Slansky, London y el polaco Gomulka; aunque todo tiene un límite y los motines polacos de Poznan son ahogados en sangre con el más puro estilo staliniano. La Kominform se hunde ante la denuncia de Kruschef;

pero cuando el líder comunista italiano, Palmiro Togliatti, se atreve a criticar no solamente a Stalin, sino al sistema totalitario que ha hecho posible a un Stalin, Santiago Carrillo le dedica uno de sus peores insultos, el de «derechista». Todo tiene un límite.^[481]

Aun así dentro de su lucha por el poder Santiago Carrillo no pierde onda. Advierte inmediatamente —ante los informes de Claudín—, tan vinculado al PCUS y la KGB —que los nuevos amos del Kremlin están por la renovación generacional y consideran impresentables tanto a la Pasionaria —que debe, sin embargo, conservarse momificada, símbolo y engañabobos—

como a Uribe. Respaldado por los informes de Claudín, que los soviéticos ratificarán silenciosamente en un tracto especialmente solemne, Carrillo ve abierto el camino del poder y se dispone a recorrerlo a marchas forzadas. En dos reuniones casi seguidas.

La primera es la del Buró Político en Bucarest, a partir del 5 de abril de 1956. La Pasionaria, muy resentida contra él por la insubordinación de Carrillo al publicar el artículo de «Nuestra Bandera» favorable al ingreso de España en la ONU va a acusarle abiertamente de «trabajo fraccional» una cursilada de la jerga comunista que en otros tiempos hubiera supuesto una

sentencia de muerte o de ostracismo. Ahora no. Ahora Carrillo tiene detrás al XX Congreso del PCUS y Claudín le ha allanado el terreno con los Servicios en Moscú.

Cuando llega al aeropuerto de Praga un funcionario del PCE, colaborador de Líster, le entrega las actas de la reunión celebrada en Moscú entre los delegados españoles al XX Congreso del PCUS, donde consta el alegato de la Pasionaria. Entonces, sabiéndose bien respaldado, decidió coger al toro por los cuernos y se enfrentó a solas, cara a cara con la Pasionaria, anciana ya y tambaleante después del XX Congreso. Carrillo se lo jugaba todo a esa carta y la ganó.

Convenció al viejo símbolo de que había llegado la hora de los jóvenes y de que Uribe era un estorbo. Carrillo tenía además mayoría en el buró político y la utilizó con habilidad. La Pasionaria entró ya domesticada en la reunión y se inclinó a ojos vistas a favor de Carrillo quien, envalentonado, atacó de frente a Vicente Uribe y le desbancó.^[482] Asegurada su victoria esencial en el campo del poder Carrillo se permitió el lujo de orientar al Buró Político sobre su siguiente campaña en pro de la «reconciliación nacional» que no era sino la mala traducción española de la «coexistencia pacífica kruscheviana. Ya iremos viendo en qué se concretaba la

tal reconciliación andando los años. Ahora comprobemos cómo ganó Carrillo el segundo «round» de 1956. [483]

Después de la victoria en el Buró Político Carrillo prepara como una especie de paseo militar su victoria ante el pleno del Comité Central que se celebró cerca de Berlín oriental, en el siguiente mes de agosto. Carrillo aparece ante el Comité Central como el nuevo jefe *de facto* del Partido, aunque cubre de jabón untuoso a la Pasionaria y restaura en su propio favor la secretaría de organización del PCE, que centralizaba todo el aparato del Partido en el interior y en el exilio. Más que

delfín ya actúa como regente, o mejor como autócrata. Lo testimonia el propio Claudín, que en 1956 había facilitado el ascenso de Carrillo aunque luego le repudiaría en 1964:

DOCUMENTO 117

«Pero muy pronto se vio que el nuevo jefe no podía tolerar que en la dirección del Partido prevaleciera en ningún tema una opinión divergente con la suya. Las opiniones de los otros podían influirle pero siempre que él no hubiera fijado antes una opinión contraria. Una vez formulada era incapaz de desdecirse y tenía que

imponerla. Era algo más fuerte que él. El tic de quedar siempre encima que yo había observado en el curso de nuestra amistad, tendría ahora la oportunidad de manifestarse plenamente».^[484]

En el pleno del Comité Central insiste en su nueva manía de reconciliación nacional y la llamo manía porque tal reconciliación se asentaba sobre un nuevo «aniquilamiento», en este caso de la monarquía y del franquismo, del que volvía a profetizar un inminente desmoronamiento. Ante el Comité Central Carrillo, dueño del terreno, lanzó una diatriba contra Uribe y demás miembros de la antigua

dirección y renovó los órganos directivos con gente de la JSU y algunos nuevos incondicionales suyos como Jorge Semprún. Claudín se permite el justo sarcasmo de que en las dos reuniones del PCE, la de Bucarest y la de Berlín, Carrillo actuaba como un pequeño Kruschef ante el PCUS. Pero con tono de zarzuela más que de ópera. El propio Claudín reduce a sus justos términos a la famosa reconciliación nacional:

FALSEDAD 62

«Años después se referirá (Carrillo) en numerosas ocasiones a la

política de reconciliación nacional como prueba de que, al menos desde entonces, el PCE se situaba plenamente en el terreno de la democracia. En realidad la democracia seguía siendo entonces para el PCE lo mismo que en la época del Frente Popular o de la Unión Nacional, una etapa hacia la revolución socialista según el modelo soviético, es decir hacia la dictadura del partido comunista».^[485]

Jorge Semprún ha trazado con acentos bíblicos el cuadro de esta reunión del Comité Central cerca de Berlín, en uno de los pasajes más profundos de su autobiografía. No citaré

sus descripciones, aunque las recomiendo; la abyección del pobre Uribe y demás abroncados por Carrillo queda también a la altura staliniana que se podía esperar del ya veterano discípulo de Stalin que les metía en cintura. Recomiendo también la feroz autocrítica que, más vale tarde que nunca, hace Semprún en 1977 sobre su corresponsabilidad en la actuación servil y totalitaria del Buró Poético al que acababa de ascender. Me contento con recordar un caso de aplicación inmediata del poststalinismo en el PCE recién estrenada la autocracia de Carrillo. El 24 de octubre de 1956 los patriotas húngaros, entre ellos muchos

comunistas, se creyeron de verdad las promesas de la destalinización y se alzaron contra la dictadura staliniana que les seguía oprimiendo. Derribaron la estatua de Stalin y pidieron auxilio a Occidente.

Pero el nefasto y suicida fantasma de Yalta volvió a la vida. Una semana más tarde Inglaterra y Francia, como si todavía mandasen en el mundo, se lanzaron contra el canal de Suez bien coordinadas con el ataque de Israel al presunto líder del Tercer Mundo, Gamal Abdel Nasser. Entretenidos con su guerrita imperialista los occidentales permitieron que los carros soviéticos aplastaran el grito de libertad de los

húngaros el 4 de noviembre. Al día siguiente los Estados Unidos y la URSS propinaron un frenazo en seco a ingleses, franceses y judíos y demostraron cuáles eran ahora las superpotencias mundiales. El 11 de noviembre se rindieron en Hungría los últimos patriotas. Santiago Carrillo había agotado su provisión de lágrimas de cocodrilo al escuchar de su amigo Artur London, ese mismo verano en Bulgaria, las calamidades a que le sometieron los stalinianos durante su proceso célebre. Pero Carrillo, el hombre de la reconciliación recién formulada, no apoyó a los patriotas húngaros sino a los carros soviéticos.

DOCUMENTO 118

«Al margen de las reuniones de la dirección, Santiago y yo tuvimos algunas conversaciones bastante vivas sobre este tema pero la cosa no llegó al enfrentamiento hasta que se produjo, en octubre de 1956, la insurrección húngara y su aplastamiento por el ejército soviético. Durante la discusión que poco después realizó el buró político sobre estos acontecimientos dramáticos, Carrillo hizo suya sin reservas la tesis oficial soviética de que aquello había sido una contrarrevolución organizada por el imperialismo y la reacción húngara (en

la que se incluía el partido socialista) aprovechando los errores cometidos por el partido comunista. ...En definitiva, se aprobó la posición de Carrillo, aunque a propuesta de Federico Sánchez y tal vez de alguien más se eliminaron del proyecto de declaración algunos elogios demasiado entusiastas al ejército soviético por haber salvado al socialismo húngaro».

[486]

CARRILLO SE NIEGA A
RECONOCER EL FRACASO
DE LA HNP

La actitud servil y antidemocrática de Carrillo contra los patriotas húngaros no fue producto de la casualidad sino prueba de que el discípulo de Stalin seguía fiel al stalinismo. En el verano de 1957 se celebró en Checoslovaquia un nuevo pleno del Comité Central del PCE. Con esa ocasión Carrillo vapuleó al poeta comunista Felipe Arconada por haber elogiado a los rebeldes de Hungría cuando el levantamiento de 1956.^[487] Y es que Carrillo no dejaba pasar ocasión de proclamar su adhesión incondicional, acrítica y rendida, al PCUS. Durante la conferencia de partidos comunistas que se celebró en Moscú en el mes de noviembre de 1957

el PCUS sufrió una regresión staliniana y exigió que se le proclamase de nuevo como partido-guía de la revolución mundial, contra la tesis kominformiana abandonada en el XX Congreso de 1956. Palmiro Togliatti, que ya era un campeón del «policentrismo», es decir de la pluralidad autónoma en el seno del movimiento comunista, se opuso a esa pretensión pero tanto la Pasionaria como Santiago Carrillo se inclinaron ante la imposición soviética y declararon de nuevo su subordinación al PCUS.^[488] No, el servilismo staliniano no era en Carrillo la excepción sino la norma durante años y años. Para alcanzar la soñada secretaría general del PCE, de la

que cada vez se sentía más cerca en vista de los síntomas de senilidad caprichosa que venía prodigando la Pasionaria, Carrillo necesitaba la aprobación de los soviéticos y estaba dispuesto a ganársela por todos los medios. En sus memorias se agarra como a un tardío clavo ardiendo a su posición de independencia que asumió a finales de los años sesenta, cuando el ejemplo autonómico de los comunistas italianos y el clamor de la opinión española hacia una salida democrática del régimen de Franco le obligaba a prescindir de los aspectos más groseros y serviles del stalinismo, aunque nunca ha dejado de ser un stalinista en cuanto a

configuración mental y política. Pero durante la época de su ascenso al poder no había en toda Europa un stalinista más fervoroso que el secretario de organización del PCE. Volvió a demostrarlo a principios de 1957, cuando llamó a capítulo a los comunistas españoles residentes en México, que interpretaban de forma muy laxa las directrices de la destalinización. Criticó «las interpretaciones deformadas del XX Congreso» y las «fuertes tendencias revisionistas» que alimentaban los comunistas españoles de México. Claudín, con el dogma en ristre, apoyó a Carrillo y los dos amenazaron a esos

españoles con disolverles el comité y hasta la organización.^[489] Y cuando Kruschef se salvó casi por milagro de un golpe de Estado que se organizó en el Presidium y logró recuperar totalmente el poder, Carrillo le apoyó con adhesión incondicional y ataque sincerísimo a los conspiradores. Todo esto en el año en que nacía la Comunidad Económica Europea, acontecimiento al que naturalmente Carrillo se mostró muy hostil aunque no le preocupaba demasiado por el momento; lo que realmente le importaba era rematar su carrera comunista hacia el poder.

El poder parece cada día más cerca y a fines de marzo de 1958 Santiago

Carrillo comprueba con satisfacción que su apuesta en favor de Kruschef ha caído en buena tierra; el antiguo colaborador y confidente de Stalin aparece ya claramente como número uno de la URSS al asumir la jefatura del gobierno junto a la secretaría general del PCUS. Sin el menor comentario Carrillo deja morir a Joan Comorera en la prisión de Burgos el 7 de mayo de 1958 y trata de borrar su huella con el ensalzamiento de Gregorio López Raimundo, un carrillista incondicional que carece de todo carisma pero trabaja con tesón en un proyecto capital del comunismo español, esbozado diez años antes por Stalin ante la Pasionaria, Carrillo y

Antón: la penetración en los sindicatos verticales del régimen mediante las Comisiones Obreras, un esquema de militantes caóticos en el mundo del trabajo que los comunistas hacen suyo hasta convertirse dentro de él en poder hegemónico hasta hoy.^[490] Los primeros brotes de Comisiones Obreras —dice López Raimundo, aunque sólo tiene en cuenta la experiencia catalana— surgieron en Barcelona en 1958 durante la preparación de la gran huelga de marzo de aquel año. Pero ya entonces aquellas Comisiones embrionarias se reunían en una iglesia, la del Buen Pastor, y aparecían al frente comunistas y católicos». La hoz y la cruz, la

consigna de Manuiski a Carrillo por fin empezaba a cuajar. En cambio durante aquel año 1958 en que el general Charles de Gaulle volvía al poder en Francia, fracasaban silenciosamente (por su escasísimo ruido) dos iniciativas políticas de Carrillo en España a las que el nuevo hombre fuerte del PCE atribuía extraordinaria importancia: la Jornada de Reconciliación Nacional el 5 de mayo y —en agradecimiento— la mágica Huelga Nacional Pacífica, la HNP, una obsesión de Carrillo que nació ya muerta el 1 de agosto del mismo año, cuando la propuso por vez primera ante el Comité Central.

Santiago Carrillo patrocinó la primera reunión sindical del PCE

durante el mes de enero de 1959 en París. Allí nace la Oposición Sindical, sistema de penetración del Partido en el sindicato vertical del régimen pero más inmediatamente en las Comisiones Obreras que ya hemos visto brotar poco antes en Barcelona y que luego surgirán también en Asturias durante los conflictos de 1962.^[491] Las Comisiones Obreras van a ser una importante aplicación de la estrategia comunista de la hoz y la cruz pero el gran artífice de esa estrategia para Iberoamérica e indirectamente para la propia España se llamaba Fidel Castro y el primer día de 1959 entraba victorioso en La Habana con el fusil en una mano y el rosario al

cuello. Su rebelión contra el régimen corrupto de Batista no hubiera alcanzado tal éxito sin la protección estúpida del Departamento de Estado, cuyos funcionarios «progresistas» se vieron seducidos por uno de los hombres más nefastos en la historia del periodismo mundial, Herbert Matthews del «New York Times» empeñado en presentar a Castro como un demócrata sincero de firmes convicciones cristianas. (El lector recuerda los dislates de Matthews durante su corresponsalía en la España roja). Cuando Castro se sintió afianzado en el poder, al que había llegado con otra complicidad importante, la de altos medios eclesiásticos de Cuba, tiró el

rosario y reveló su verdadera condición de ateo marxista-leninista. Pero gracias al impulso combinado de la URSS y de China comunista la Perla del Caribe, esclavizada por Castro y su banda, se convirtió muy pronto en plaza de armas para la conjunción —Castro la denominó alianza estratégica— de cristianos y marxistas a lo largo de toda Iberoamérica. Desde su corazón staliniano Santiago Carrillo ha sentido siempre debilidad por los dictadores rojos, los pequeños Stalin del poststalinismo. Esta es su opinión sobre el tirano de Cuba en 1974:

«Por otra parte he tenido la suerte de mantener relaciones continuadas con los camaradas cubanos, con Fidel; mi simpatía por él viene sobre todo del hecho de que tiene la dimensión de un gran jefe revolucionario. En él la talla del revolucionario sobrepasa evidentemente la del funcionario. Fidel es, para muchos, un hombre de «la otra época», la de los bolchebiques, Dimitrov, Chu-En-Lai...»^[492]

Sin embargo Fidel quedaba aún lejos de 1959, el año que escogió Santiago Carrillo para aplicar un revulsivo revolucionario a la España de Franco. Sus análisis torpones y

voluntaristas confundían casi siempre (a pesar de su autocrítica de 1952, demasiado pronto olvidada) las crisis de crecimiento inherentes a toda economía en desarrollo con brotes revolucionarios inspirados por la red española del PCE. Y para el 18 de junio de 1959 Santiago Carrillo anunció a toda orquesta su colosal proyecto: la Huelga Nacional Pacífica, la HNP que debía paralizar a España entera y hacer que se tambaleasen los cimientos del régimen.

Todo el aparato de la propaganda comunista, la Pirenaica de Bucarest, el «Mundo Obrero» y «Nuestra Bandera» que apenas tenían lectores en el propio

exilio, los tontos útiles y los amigos de la prensa europea, las consignas boca-oído dentro y fuera de España se movilizaron para asegurar el éxito de la HNP. Jorge Semprún consiguió que dos ilustres ancianos del Parnaso, el historiador Ramón Menéndez Pidal y el complicado poeta Vicente Aleixandre, muy propenso a dejarse enredar en manifiestos, firmasen, sin enterarse mucho, la gran convocatoria. Llegó el 18 de junio y ni sombra de huelga; algunos correteos en Madrid y Barcelona, algunas octavillas que nadie leyó, nada más. Jorge Semprún, que se siente estafado por Carrillo, dedica buena parte de su premio Planeta de 1977 a

mofarse, carcajearse y cachondearse de la HNP a cuyo fracaso él había contribuido con escasa ilusión. Claudín aprovecha el espantoso ridículo de la HNP para volcar no sé qué oscurísimos resentimientos contra su antiguo jefe e íntimo amigo, y le endilga un tremendo catálogo de errores para demostrar la absoluta falta de formación cultural, capacidad de análisis, de sentido de la realidad, de dotes estratégicas y tácticas en toda la actuación de Carrillo.^[493] Las morbosas prisas que le habían entrado a Carrillo para convocar la HNP se debieron, según Claudín, a su impresión por la modesta cena del hotel Menfis, donde Enrique Tierno Galván, Joaquín

Satrústegui y otros optimistas del antifranquismo habían lanzado una entidad fantasmagórica, Unión Española, con signo monárquico juanista sin mayores consecuencias, fuera de algún pequeño alboroto y algunas módicas multas.

El lector podrá desojarse si trata de encontrar en las memorias de Carrillo alguna referencia al horrible fracaso de la HNP. Nada de nada, se le ha olvidado, como todo lo que no le conviene. Pero la razón del fracaso no se le olvidó y según la acreditada marca de la casa dictaminó que la HNP había sido un gran éxito.

FALSEDAD 63

«Con arte de prestidigitador Carrillo se sacaba una y otra carta de la manga para convencernos de que todo lo que parecía negro era blanco. En conclusión, afirmaba Carrillo, como una evidencia inapelable, la fórmula de huelga nacional pacífica quedaba inscrita en la perspectiva como la única manera de derrocar a la dictadura».^[494]

DOCUMENTO 120

Fernando Claudín, a quien se debe la comunicación de la anterior

falsedad de Carrillo, estaba muy bien situado para informarnos sobre la HNP porque Carrillo le había enviado a Madrid para coordinar los últimos esfuerzos e informarle sobre el gran triunfo. Pero no hubo tal triunfo.

«La huelga resultó un fracaso total en Madrid y en todas partes salvo en algunos pueblos andaluces, donde hay paros parciales. Fallan también otras formas de movilización previstas, análogas a las que fallaron en la «jornada» de 1958. Es un desastre sin paliativos. Los observadores comunistas franceses que habíamos enviado a Madrid y diferentes capitales de provincia, regresan

diciendo que por mucho que se han afanado no han visto el más mínimo signo de movilización ni de huelga; la normalidad ha sido absoluta».^[495]

Al hablar de la «jornada» de 1958 Claudín se refiere al fracaso precursor de ese año en una «jornada de reconciliación nacional» donde no se reconcilió nadie. En las discusiones con Carrillo —empeñado en proclamar el éxito de la HNP— Claudín siente que se agravan desavenencias anteriores; son antecedentes de la ruptura de Carrillo con Claudín y Semprún en 1964.

ENTRE EL MINGITORIO Y LA PAELLA

Al recordar las consecuencias del tremendo fracaso de la HNP Carrillo se envuelve en una cadena de falsedades que supera a los muy acreditados ejemplos que nos viene dando en sus memorias. «Después de las discusiones de París —dice Claudín sobre los debates de la HNP, cerrados en falso por Carrillo— se decide que una delegación vaya a ver a Dolores para informarle». La delegación está formada por Carrillo, Líster, Semprún, Santiago Álvarez y Tomas García.^[496] Es

evidente que el motivo de la embajada era informar a la Pasionaria sobre la actuación del Partido en las grandes jornadas, es decir los absolutos fracasos, de la reconciliación nacional y la HNP. Pero Carrillo se tira en picado contra la verdad en sus memorias y escamotea por completo el problema de la HNP de la que, como acabo de decir, no dice una sola palabra en esas memorias. Con tan espantosa manipulación de la verdad pretende convencernos de que la versión de Claudín sobre las conversaciones de Moscú con la Pasionaria es falsa; claro que ha esperado, para lanzar esa acusación, a que Claudín ya no pueda

responderle.

DOCUMENTO 121

«La discusión con Dolores en la confortable dacha que ésta tenía en Uspiénskoe, cerca de Moscú, transcurrió normalmente hasta que en un momento dado Dolores sacó un papel que llevaba escrito y lo leyó: era su dimisión de secretario general. Sorpresa y emoción. Se acuerda interrumpir por unos minutos la sesión para reflexionar y en un aparte Santiago, muy nervioso, le espeta a Jorge: «¿Qué maniobra nos estará preparando?» No había maniobra

alguna sino la conciencia de la situación falsa en que se encontraba con la titularidad de una función que en la práctica no ejercía con responsabilidades que la sobrepasaban. Era un gesto que hacía honor a (la) Pasionaria, a su sentido de la dignidad. Sólo tenía sesenta y cuatro años y su sentido común de militante veterana le había dictado discrepar de la aventura propuesta por Carrillo. La práctica acababa de demostrar que tenía razón pero la delegación venía a decirle que todo el grupo dirigente daba la razón a Carrillo. ¿Fue ésta la gota que desbordó el vaso de su amargura?

«Reanudada la sesión y tras algunos requerimientos formales para que rectificara su decisión, o expresiones de condolencia ante la irrevocabilidad de la misma, todo adobado con los inevitables elogios a su persona y a su actuación, se pasó a las cosas prácticas. Líster quiso ser el primero en proponer lo que todos tenían «in mente»: Santiago Carrillo debía ser el nuevo secretario general. Alguien propuso que (la) Pasionaria pasara a ser presidente del Partido. En el VI Congreso, previsto para unos meses después, podrían modificarse los estatutos y crear el cargo. Porque eso sí, el PCE funcionaba ya muy

estatutariamente.

Culminaba ya el relevo de la vieja guardia y la promoción de Santiago Carrillo como nuevo jefe del Partido Comunista de España. La consagración oficial se efectuaría en el VI Congreso, pero todo estaba resuelto desde la reunión de Uspiénskoe».^[497]

Era un día de julio de 1959. Frente a los inútiles manoteos de Carrillo para desmentir a Claudín, Gregorio Morán confirma la versión de Claudín desde los archivos del PCE. Y añade algunos detalles sabrosos. La dacha de la Pasionaria era realmente propiedad del Comité Central del PCUS. La reunión

era para contar a la Pasionaria «el éxito de la HNP» de la que Carrillo no dice una sola palabra. La confianza de Carrillo a Semprún se produce en un lugar poco propicio a los grandes sucesos históricos; los lavabos de la dacha, a los que los dos habían acudido para desahogar la sorpresa de la súbita dimisión de la heroína. Terminado el cónclave los reunidos salen a comerse una paella con algunos amigos invitados, entre ellos Ramón Mercader, el asesino de Trotski, que comparte una sabrosa paella con la reestructurada dirección de PCE. Así, entre el mingitorio y los arroces, llegó Santiago Carrillo a su meta soñada, la secretaría general del

Partido Comunista de España.^[498]

CAPÍTULO 8

EL SECRETARIO TOTALITARIO «LA HOZ Y LA CRUZ»

EL ESPÍRITU DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Investido ya como secretario general *in pectore* por la dimisión aceptada de la Pasionaria, Carrillo y su equipo preparan con todos los ases en la manga el VI Congreso del PCE que se celebrará cerca de Praga en enero de 1960. El objetivo consiste en edulcorar la dimisión de la Pasionaria, pero ratificándola; confirmar la elección de Carrillo como secretario general y tapar la tremenda brecha de credibilidad que se había abierto con el rotundo fracaso de la HNP.^[499] Ni que decir tiene que

los tres objetivos se cumplieron como estaba previsto. Se dedicaron a la Pasionaria todas las endechas del mundo; Santiago Carrillo fue elegido secretario general del PCE y ostentaría el cargo veintidós años, hasta la crisis mortal de 1982. El triunfador impuso su programa de seis puntos de los que el primero era todo un trágala; la HNP se elevaba a dogma como recurso supremo del Partido para el futuro. Se exigía para España el restablecimiento de las libertades democráticas; aunque Carrillo no concretó si se trataba de las libertades defendidas por él en noviembre de 1936 o las que exhibió el PCE durante el sangriento acoso del

POUM o durante los años de hierro y sangre, de horca y cuchillo que desembocaron en el VI Congreso. El tercer punto reclamaba la amnistía total para uno y otro bando de la guerra civil; el cuarto pretendía mejorar las condiciones de vida de los obreros en España (lo que ya estaba logrando aceleradamente el régimen de Franco); el quinto proponía una política exterior española de coexistencia pacífica, es decir que España se uniese al carro de Kruschef; y el sexto la convocatoria de unas elecciones constituyentes, sin duda con la misma limpieza que había regido la selección de delegados al VI Congreso.^[500] Desde entonces el Buró

político se denominó Comité Ejecutivo, se creó, naturalmente, la presidencia del Partido —puramente honorífica— para consolar a la despojada Pasionaria y el secretario general abrió su mandato con el seguro pronóstico de que el régimen de Franco tenía las horas contadas.^[501]

El Congreso terminó con malos presagios; la policía española se había infiltrado en las sesiones y cuando los delegados del interior regresaron a España muchos fueron detenidos y encarcelados. Para Enrique Líster en el VI Congreso «se continuó el mismo método del escamoteo» ya aplicado en el quinto.^[502]

Hemos adobado la referencia del VI

Congreso con unos granos de sarcasmo pero no debemos perder de vista una cuestión esencial. Santiago Carrillo había llegado al poder supremo dentro del PCE y lo iba a conservar durante veintidós años. El camino hacia ese poder había sido, lo acabamos de recordar y documentar en el capítulo anterior, implacable. La conservación del poder se lograría sin variar de método; con actitud y recursos del más acendrado totalitarismo, es decir stalinismo. Hemos visto cómo quienes sufrieron esos métodos han acusado ya de ellos a Carrillo; y recogeremos testimonios fehacientes de totalitarismo para la etapa que se abría en 1960. Eso

es un hecho clarísimo, irrefutable; pero necesita una explicación. ¿Cómo fue posible? ¿Por qué sus compañeros permitieron el ascenso de Carrillo y su largo mantenimiento en el poder? ¿Por qué los brotes de rebeldía, que ya se habían producido desde muchos años antes y que se recrudecerían en los años sesenta y setenta no cuajaron en la eliminación política de Carrillo hasta los años ochenta, cuando la bocanada democrática española se combinó con los impulsos democratizadores en el seno del PCE? La caída de Carrillo, ya lo comprobaremos, fue, en efecto, una consecuencia y un triunfo de la democracia frente al totalitarismo. Pero

ahora no hablamos del final sino del principio de la dictadura carrillista sobre el PCE. ¿Cómo fue posible?

La historiografía ajena al comunismo evita generalmente los análisis sobre el fenómeno comunista en España. Parece como si nadie se atreviera a decir la verdad y ni siquiera a investigarla. La historiografía comunista analiza mucho mejor la trayectoria del Partido pero se orienta demasiadas veces por el resentimiento y la frustración de sus portavoces; quienes no abominan de Carrillo —Líster, Semprún, Claudín, Azcárate...— hasta que Carrillo les echa; por eso me parece tan importante el libro de Gregorio Morán, de quien no

sé si se movió por algún resentimiento pero en todo caso consigue un equilibrio de análisis y un aporte documental más que aceptable desde cualquier punto de vista. Sin embargo ni siquiera Morán nos ofrece un análisis sobre el espíritu del Partido Comunista, algo que todos reconocemos pero casi nunca definimos.

Por encima de sus disfunciones, sus luchas intestinas, sus navajeos sistemáticos, sus miserias, sus servilismos y sus crímenes, el Partido Comunista de España mantuvo, desde su creación hasta su implosión, un espíritu que todavía conservan, en medio de sus disfraces y complicaciones actuales, líderes comunistas como Julio Anguita o

Francisco Frutos; y muchos votantes comunistas de hoy, aunque numéricamente se hayan reducido y se hayan mezclado mucho. Enfoco esta realidad del espíritu comunista desde la orilla contraria; desde una posición no solamente ajena sino claramente enemiga, y lo reconozco con toda claridad. Pero tal vez pueda aplicarse también al análisis histórico aquello que recomienda del enemigo el consejo.

El comunismo español se inscribe en la gran oleada de la Revolución bolchevique transmitida a través de la Tercera Internacional. Aquella oleada consistía, por encima de todo, en una tremenda carga de odio, el alma de la

lucha de clases, el resentimiento por siglos de injusticia y sufrimiento capitalizados por un grupo de intelectuales de hierro que siguieron al profeta Lenin y luego al burócrata de la muerte, José Stalin. El odio no era simple protesta sino esfuerzo titánico que empezaba teóricamente por arrancar de un cielo falso la idea de Dios —«la crítica de la religión es el presupuesto de toda crítica», Marx dixit— para luego destruir a las clases dominantes con el fin de imponer la dictadura de una nueva clase, los pobres de la tierra, la famélica legión. Ahora nos produce una hilaridad insufrible oír lo de la famélica legión en labios de un Alfonso Guerra (o

de su hermano Juan) pero lo ridículo no debe impedimos valorar lo sublime. Esa carga de odio, que me parece consustancial al comunismo, se quería racionalizar, de Marx en adelante, con un formidable esfuerzo doctrinal que se ha hundido en el absurdo a partir de 1989 pero que iluminaba a las masas comunistas y fascinaba a los enemigos del comunismo hasta esa fecha no como doctrina, porque era algo ilegible y retorcido, sino como dogma, fuente de fe, fundamento indiscutible de una antireligión. Sin embargo el odio histórico y la doctrina de fe no hubieran sido suficientes sin una fortísima vivencia de idealismo. Los comunistas

que hemos conocido eran, en medio de sus miserias y sus absurdos, unos idealistas absolutos. Muchas veces creían de verdad que luchaban por la clase obrera, aunque sólo conseguían prolongar su esclavitud. Pretendían combatir la injusticia con una injusticia mayor; y destruían la libertad con el ansia de conquistarla. Estaban absolutamente equivocados y su error trágico ha causado a la Humanidad un siglo de retraso y millones de muertos inútiles. Pero muchos comunistas han ido conscientemente a la muerte por sus ideas, lo que convierte a esas ideas en ideales.

Todo este magma de odio, de

doctrina y de ideal los comunistas lo concretaban en el Partido. No me han impresionado mucho, como sabe el lector, los poemas de Jorge Semprún en su época comunista pero hay uno que me explica de golpe todo lo que estoy tratando de presentar como espíritu del Partido Comunista:

«Si mi sangre se llena de alegría
se lo debo al Partido
si mi palabra anuncia un nuevo día
se lo debo al Partido.

Si una bandera tiembla en la
alborada
se lo debo al Partido

si el mundo se agiganta en mi mirada
se lo debo al Partido.

Si ha de ser patria España resurgente
se lo debo al Partido,
si vivo en paz en tanta vida urgente
se lo debo al Partido». [503]

La identificación con el Partido se expresa aquí en ripios inocuos; pero el fondo de la identificación es tan alucinante como las descripciones del planeta colectivo Gaia en uno de los momentos más felices de Isaac Asimov. En los años treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta y setenta el Partido Comunista era un conjunto de hombres y mujeres

dispuestos a todo por su confuso, pero irresistible ideal; por su odio inextinguible, que dedicaron primero a la «reacción» y a la Iglesia y luego concentraron contra el franquismo; en su obediencia ciega, de cuño ignaciano (Lenin había sido un entusiasta lector de Ignacio de Loyola) «perinde ac cadaver» como decía en su latín pésimo el fundador de la Compañía de Jesús. Quizá por eso vamos a ver en este capítulo cómo un destacamento nada despreciable de jesuitas se sumó a la consigna de Carrillo sobre la hoz y la cruz.

Andando los años los mejores comunistas advirtieron que personajes

como Santiago Carrillo manipulaban la doctrina, el odio y el ideal del Partido al servicio de sus propias ansias de poder. Comprendieron que la doctrina marxista, pretendidamente fundada sobre la racionalidad del análisis histórico y sobre un giro a la izquierda del método hegeliano degeneraba realmente en irracionalidad y conducía al caos. Conocieron en su propia carne que el lenguaje marxista era el doble lenguaje del Gran Hermano revelado por un marxista desengañado, George Orwell. Comprobaron que la verdad en que habían creído era la mentira, la religión era el odio, la democracia era el totalitarismo. Y entonces reventaron al

Partido desde dentro, aunque algunos nostálgicos como los que acabo de citar traten todavía de aferrarse al ideal después de sublimar el odio y modernizar —sueño imposible— la doctrina. Cuando vi que Julio Anguita hacía una especie de señal de la cruz en la frente helada del pobre José María de Llanos comprendí un poco lo que ahora he tratado de expresar en un breve remanso de esta historia.

CARRILLO AMENAZA CON LA GUERRA CIVIL EN 1961

El epígrafe anterior resulta tal vez una introducción demasiado solemne para preguntarnos qué pretendía realmente Santiago Carrillo al tomar públicamente las riendas del PCE en enero de 1960. Evidentemente le faltaba entonces y le sigue faltado ahora la formación y la capacidad de reflexión necesarias para emprender, desde su punto de vista, un análisis semejante, aunque fuera contrario. Carrillo no funcionaba con análisis sino con tópicos, con lugares comunes, con sobreentendidos y con falsedades; acabamos de comprobarlo en los seis puntos absurdos del programa que hizo aprobar en el VI Congreso. Postulaba la

democracia pero ya vamos viendo lo que entiende en la teoría y en la práctica por democracia. Pedía para los españoles la libertad y las elecciones libres que negaba a sus propios compañeros de Partido. Lo que realmente deseaban en 1960 era convertir a España en una «democracia popular» como la checa, o la rumana, o la polaca, o la coreana del norte o la cubana. Esos eran sus modelos, los dictadores correspondientes eran sus amigos. La reconciliación nacional, nos lo ha dicho Claudín, que ahora deja de lado en el VI Congreso y luego retomará con fuerza, no pasaba de ser un proyecto soviético. Lo que le impresionaba en sus

viajes a Moscú eran los obreros con fusiles en la calle, y soñaba para España con una revolución bolchevique como la de Octubre de 1917. Ni se paraba a pensar que no eran obreros con fusiles sino burócratas de la represión. Realmente nunca se trazó un programa definido para España; todos los fundamentos y los rasgos de sus programas eran falsos. Lo que realmente quería era el poder personal; primero obtenerlo y luego retenerlo. El poder en sí mismo, el poder por el poder.

Se vio clarísimo en su reacción cuando conoció, ese mismo año, a Fidel Castro. La revolución cubana era para Carrillo «una improvisación

maravillosa» en 1993 sigue defendiendo la tiranía de Castro con el mismo fervor, cuando meses después media isla se juega la vida por huir del paraíso castrista.^[504] Unos años antes, en 1956, se había extasiado con la contemplación de la revolución china: «El Partido Comunista (chino) se esforzaba por unir a todo el pueblo, por desarrollar la democracia».^[505] La democracia china que revelaría muchos años después su rostro satánico en la matanza de Tian-an-men; ésa era la democracia con que Carrillo soñaba para España, a tenor de los ejemplos que nos ofrece en sus memorias.

DOCUMENTO 122

A propósito de Jorge Semprún. En la segunda parte de su autobiografía de Federico Sánchez nos ofrece un testimonio precioso para comprender lo que significaba la democracia de Carrillo. Se trata de una reunión de Carrillo, la Pasionaria y Semprún con el ideólogo-en-jefe soviético, Mikhail Suslov en agosto de 1960. Semprún reconoce que la orientación de Suslov fue, naturalmente, asumida por Carrillo lo que motivó decisivos conflictos interiores en el PCE; y que tal orientación hizo comprender al propio Semprún «la naturaleza real de

la burocracia soviética». Pero vamos a las palabras de Suslov, que contradijo fulminantemente a Carrillo cuando el flamante secretario general del PCE acababa de exponerle las conclusiones del VI Congreso:

«Sin embargo, en cuanto Suslov hizo uso de la palabra, apenas se hubo felicitado en breves frases estereotipadas de la justa política del PCE, comenzó a exponer y defender una línea política totalmente diferente. Durante cerca de una hora se esforzó en demostrarnos que un partido comunista no podía fundar su estrategia en una línea pacífica exclusivamente, en la única

perspectiva de un avance democrático. Que tendríamos que estar preparados —y no sólo en un plano teórico, materialmente preparados— a cambiar de montura en plena carrera, para cabalgar en una línea de lucha violenta, acaso armada. Manejando todos los tópicos leninistas sobre la lucha de clases, el imperialismo, la necesidad de destruir el aparato del Estado burgués, Suslov nos leyó la cartilla en un tono radical y perentorio».^[506]

El rapapolvo de Suslov explica bien las amenazas y las bravatas que después del VI Congreso y hasta las vísperas de su regreso a España prodigó Carrillo en

contradicción abierta con su «reconciliación nacional» y su «huelga nacional pacífica». Explica también el desencanto creciente de Semprún con el PCE. Pero el lector que acuda a las memorias de Carrillo para comprobar la huella de esta reunión de Moscú no encontrará nada. Nada de nada. Es otra de las omisiones flagrantes de Carrillo, cuando algún suceso importante no conviene a la falsa imagen que parece haberse forjado de sí mismo. Como tampoco se acuerda de que los groseros zapatazos de Kruschef en las Naciones Unidas, que tanta admiración le causaron, eran un gesto agresivo contra España.

A raíz del VI Congreso empezó Carrillo a sentir un clima de oposición y disidencia en la dirección y en los militantes más responsables del PCE. Acaba de explicarnos Semprún la raíz de su desencanto, al comprobar la entraña totalitaria de la burocracia soviética. Uno de los más significados reclutas de Semprún en España, Javier Pradera, no pudo tragarse por más tiempo las mentiras de Carrillo sobre el éxito de la Huelga General Pacífica y le envió una carta muy crítica, que presagiaba también su abandono, a la que Carrillo, con cierto sadismo, hizo que contestase Semprún en sentido stalinista.^[507] Ni por un momento se

paró Carrillo a pensar que estas actitudes críticas podían provenir de la irracionalidad del sistema comunista o de su propio comportamiento totalitario. Al analizar otra disidencia incipiente, la de Fernando Claudín, la atribuye Carrillo simplemente, literalmente, a falta de fe. Así de claro. Claudín y Semprún reclamaban la ampliación del horizonte del Partido hacia una alianza con otras fuerzas políticas. Esto es precisamente lo que Carrillo haría después, con el proyecto de Junta Democrática, por ejemplo, que englobó incluso a un sector del Opus Dei. Pero al interpretar la apertura de Claudín y Semprún después del VI Congreso la

explica como una aceptación, por parte de los dos, de la oligarquía del Opus como salida al franquismo; y piensa que los dos disidentes estaban ya buscando su expulsión.^[508] Me resulta imposible reducir a falsedades formales las afirmaciones de Carrillo para esta época; se me agotaría la serie de los números naturales. Pero la explicación de la gran crisis del PCE en 1964 resulta infinitamente más convincente en los detallados análisis de Claudín y Semprún que en las vaguedades ucrónicas de Carrillo. Por otra parte la disidencia española se plantea en un ambiente de disidencia universal contra el PCUS; se notaban cada vez más los

tirones autonómicos de algunos partidos comunistas, sobre todo el de China y el de Albania que se transformaban en herejes después de la conferencia de 81 partidos en Moscú durante el mes de noviembre de 1960.

No puedo registrar tampoco con detalle todas las omisiones y —como decía Líster— escamoteos de Carrillo en sus memorias pero tampoco encontrará el lector en ellas la más mínima referencia al muro de Berlín, ese espantoso reflejo staliniano que se alzó como una acusación permanente y sangrienta contra el bloque comunista, que trataba así de poner fin, inútilmente, al éxodo de dos millones seiscientas mil

personas que habían logrado huir del paraíso desde el término de la segunda guerra mundial. Los vaivenes de 1961 concretan muy bien las contradicciones de la política soviética en la guerra fría. Por una parte la CIA fracasa en su loca aventura de Bahía Cochinos, cuando una pésima información entrega a cientos de cubanos (20 de abril) a la venganza de Fidel Castro envalentonado; por otra Kennedy se reúne con Kruschef en Viena (3 de junio) y abre una esperanza de concordia mundial que volverá a cerrarse violentamente con los bloques de cemento del Muro en agosto. Carrillo no sabe a qué carta quedarse pero para mayor seguridad apuesta por la línea

dura que le impuso Suslov en la reunión que acabamos de citar y en marzo de 1961 tira por la borda su engañifa de la reconciliación nacional con una fría amenaza de guerra civil en España:

DOCUMENTO 123

Refiriéndose en marzo de 1961 a una carta de Gil Robles, Tierno Galván, Dionisio Ridruejo y otras personalidades liberales al presidente Kennedy, pidiendo su apoyo para un cambio pacífico de régimen en España, Carrillo escribió:

«Eso más que un cambio pacífico sería una simple permuta que

garantizaría a las clases dominantes el disfrute tranquilo de sus privilegios porque no significaría, ni mucho menos, el desarrollo pacífico de la democracia. Tal género de cambio pacífico podría incluso engendrar una nueva guerra civil».

«Esos grupos deben comprender que en España hay planteado un dilema: o se produce un cambio pacífico, que permita la democratización del país, sin guerra civil, o la guerra civil se reproducirá inevitablemente. O el país se democratiza por la vía pacífica, ahora, como nosotros proponemos, o la democratización del país sobrevendría

tras una lucha armada que en la época actual se resolvería indudablemente a favor de las fuerzas revolucionarias».

[509] Esta era la realidad encubierta bajo la reconciliación nacional. Y no se trataba de bravatas: en plena crisis por el Muro de Berlín el Comité Central y Santiago Carrillo encargan a Líster un plan para atacar violentamente a las bases norteamericanas en España. [510]

Carrillo no está aplicando aquí su proyecto del VI Congreso sino la doctrina Suslov pura y dura. Muy poco antes Líster había mantenido en Praga una larga conversación con el defenestrado Vicente Uribe que le proporcionó numerosos datos sobre las

represiones internas de Carrillo, tal como en su momento hemos citado. Y en el pleno del Comité Central del PCE que tiene lugar en el verano, Carrillo denuncia al imperialismo de los Estados Unidos pero no al Muro de Berlín; se alinea una vez más servilmente con la política exterior soviética de guerra fría; y vuelve a amenazar con la lucha armada en España.^[511] Se creía por lo visto las renovadas previsiones de Kruschef que en el XXII Congreso del PCUS pronosticaría otra vez el adelantamiento de los Estados Unidos por la URSS en la carrera económica para los años setenta. Con ello entonaba el propio Kruschef su largo canto del cisne.

Carrillo asistió enfervorizado al XXII Congreso soviético y a su vuelta lanzó una de esas falsedades irresponsables que jalonan su vida política sin que por supuesto asomen ni medio minuto por sus memorias:

FALSEDAD 64

«Quienes hemos presenciado las deliberaciones del XXII Congreso traemos de una manera unánime el convencimiento de que ese plan será realizado en todos los aspectos incluso en un plazo menor del previsto» Lo cual significaba, entre otras cosas, que en términos económicos cifrados, la producción por habitante de la URSS sobrepasaría en 1980 a la de los

Estados Unidos y en términos políticos se habría llegado a un grado de democracia y libertad sin precedentes».^[512]

Donde llegó en 1980 la URSS fue a la aventura de Afganistán, un desahogo totalitario que supuso para ella y para todo el movimiento comunista el principio del fin.

EL CASO GRIMAU; LOS «OSCUROS SECRETOS DE LA SANGRE»

Cuando aparece en Moscú, en marzo

de 1962 una gran antología histórica oficial sobre la URSS muchos observadores soviéticos y occidentales se asombran de que el mariscal José Stalin ni siquiera se mencione en ella; Carrillo tiene excelentes maestros para su método de olvidar todo lo que no le conviene, por importante que haya sido. Alarmantes, pero reales datos económicos y políticos que llegan de Rusia a Occidente demuestran a todos los observadores, menos a Carrillo, que las previsiones y euforias de Kruschef hacen agua por todas partes; los datos concretos de la economía sólo se pueden interpretar como desastrosos, retorna una amenaza de hambre general y el

dictador parece inclinado a renunciar nada menos que a la dictadura del proletariado y la lucha de clases. Kruschef se deteriora tan deprisa como la economía soviética y nadie le hace demasiado caso; ni siquiera Carrillo, que en 1962 observa con preocupación creciente el ahondamiento de las disidencias en la dirección del PCE y en los cuadros de intelectuales del interior. Los disidentes en potencia no pueden cerrar los ojos, como hace Carrillo, al avance cada vez más evidente del desarrollo español, que no es una simple mejora económica sino toda una transformación social; protagonizada no solamente por los llamados tecnócratas

del Opus Dei sino también por valiosos elementos del catolicismo político como Federico Silva Muñoz o del Movimiento aperturista como Manuel Fraga Iribarne y José Solís Ruiz. Javier Pradera llegó a París y comunicó informaciones más realistas sobre la situación de España que los anacronismos de Carrillo. Claudín sitúa ya el comienzo irreversible de la disidencia en una interminable reunión de cuarenta horas sobre política agraria, donde Carrillo se empeñó en resucitar la gastada consigna «La tierra para el que la trabaja» apoyado por Líster, muy inclinado a la insurrección armada en que inevitablemente habría de degenerar tan

insensata cantilena. Carrillo se situaba fuera de contexto pero por encima de todo sentía la necesidad de eliminar a los disidentes para luego abrazar la política que ellos preconizaban. Este realismo de Semprún y Claudín sería la causa de su caída y no la «falta de fe» que Carrillo les echaría en cara cuando se puso a escribir sus memorias.^[513]

Carrillo pensaba entonces que la única oposición al franquismo era la suya. Más o menos se dejó llevar por esa falsa obsesión hasta el batacazo electoral de 1977, aunque incluso entonces pensó que los electores se habían equivocado y no él. Pero a principios de junio de 1962 la reunión

de todos los grupos de la oposición (menos el PCE) en Múnich bien pudo sacarle de su error excluyente si hubiera gozado de una mínima capacidad de autocrítica. En Múnich se reunió al amparo del Movimiento Europeo el conjunto de la oposición española; democristianos, socialistas, socialdemócratas, juanistas, tanto del interior como del exilio, como daban a entender los dos jefes de filas: el liberal Salvador de Madariaga y el antiguo líder de la CEDA José María Gil Robles. Por supuesto que los reunidos de Múnich han sobrevalorado después su operación, que fue sin duda significativa pero no decisiva; y se

obstinaron en ignorar que el régimen de Franco contaba con grupos liberales de apoyo (los tecnócratas y el Movimiento evolucionado), grupos católicos como la gran mayoría de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ahora en 1994 ya no se llama nacional pero me aseguran que sigue siendo católica) y grupos monárquicos como los que desde hacia tiempo se empeñaban en la aproximación entre Franco y el conde de Barcelona. Pero el hecho de que en el «contubernio de Múnich» como le denominó la propaganda del régimen se hubieran unido por vez primera la oposición del interior y la del exilio representaba un importante factor de

futuro en la política española. El PCE se había autoexcluido de la convocatoria pero Carrillo, al observar el posible impacto, trata de sumarse después con una desmañada falsedad:

FALSEDAD 65

«Los comunistas no estábamos oficialmente en Múnich. Pero las cinco condiciones aprobadas allí, con cuya esencia coincidimos, han pasado por un proceso de elaboración en el que directa e indirectamente hemos estado presentes».^[514]

Gregorio Morán, a quien debemos la cita, la refuta a vuelta de correo: «Es

una forma de tratar de apoderarse del agua que fluía y que no estaba en su acequia porque difícilmente podía decirse que se aprobaban las conclusiones de Múnich, cuyo objetivo contradecía un punto básico del partido entonces, como era su taxativa objeción a ingresar en el Mercado Común europeo». ^[515] El comentario de Claudín resulta mucho más sincero y realista que el de Carrillo: «Seguíamos en el limbo».

La decadencia de Nikita Kruschef se pone crudamente de manifiesto cuando, apremiado por el presidente Kennedy, tiene que ceder a fines de octubre de 1962 a su ultimátum y ordenar la retirada de los misiles soviéticos

instalados en Cuba, a unos minutos de los centros vitales norteamericanos. Pero un grave incidente político viene como anillo al dedo a Santiago Carrillo para montar una campaña internacional contra el régimen de Franco y recuperar así la iniciativa opositora perdida por su ausencia de Múnich: el caso Julián Grimau.

El 7 de noviembre de 1962 la policía detuvo al activista y miembro de la dirección del PCE Julián Grimau García. Nacido en Madrid en 1911 Grimau había ingresado en el PCE a través de la JSU en 1936 y como reconoce Claudín estaba «quemado» cuando se produjo su detención. Había

intervenido en graves sucesos de la guerra civil como el asalto al cuartel de la Montaña y luego en la brigada de investigación criminal, es decir la policía política del Frente Popular tanto en Madrid como en Valencia y en Barcelona, donde actuó en la checa situada en la plaza de Berenguer el Grande. Su nombre apareció en el boletín de la Dirección General de Seguridad con fecha 16 de agosto de 1937 con motivo de una recompensa por haber logrado la detención de sesenta y tres personas que luego fueron fusiladas en su mayoría. Catorce testimonios le inculparon directamente en el proceso por sus actividades de represión. Ya

hemos visto cómo trató de cerca a Santiago Carrillo en Cuba. Desde 1944 actuó a las órdenes de Carrillo y a partir de 1954 era miembro del Comité Central, Entró en España para incorporarse al aparato clandestino del PCE en 1957; volvió en 1959 para asumir un puesto importante en la dirección del interior. Detenido por la policía se tiró por una ventana de la Dirección General de Seguridad. Investigada judicialmente esa caída Grimau declaró no haber sido objeto de malos tratos.

Ante el tribunal militar que según la ley española le juzgó tuvo un defensor civil además del militar, capitán

Alejandro Rebollo. Uno y otro hicieron lo imposible para evitar su condena a muerte. (Conocí algo al señor Rebollo en los avatares de la transición. Fue una lástima que se perdiera en las veleidades del indefinible CDS porque siempre me pareció persona muy seria, preparada y eficaz.) En el proceso se exhibió, entre otros, el testimonio de don Gabriel Avilés contenido en el libro «Tribunales rojos vistos por un abogado defensor» publicado en la editorial Destino el año 1939. El abogado de aquel proceso contó solamente con un día para examinar el caso contra Luis Villalta y cuarenta y tres encausados más, ante el tribunal de espionaje y alta

traición en que Grimau actuó como testigo de cargo.^[516] El tribunal militar del caso Grimau dictó sentencia de muerte el 18 de abril de 1963 que fue ejecutada dos días después.

En el proceso no se tuvieron en cuenta solamente los antecedentes de Grimau en la guerra civil sino también sus actividades clandestinas al frente del partido comunista en el interior de España. Con más de doce familiares próximos, y algunos íntimos, muertos en la guerra civil sin juicio previo y sin la menor culpa tengo tal vez alguna razón para lamentar profundamente la ejecución de Julián Grimau. La guerra civil estaba en 1962 demasiado

próxima. Además de las amenazas de guerra civil que acababa de comunicar Carrillo públicamente debe tenerse en cuenta otra que afectaba muy directamente a la seguridad nacional y que fue proferida en el mismo año de la detención de Grimau. «Unos meses antes de Múnich y antes de que le detuvieran, Enrique Múgica Herzog se desplaza a Madrid con instrucciones muy precisas que le ha dado Carrillo personalmente. Debe transmitir a Joaquín Ruiz Giménez y a Dionisio Ridruejo que las alternativas son «o incorporar al PCE en los planes de la oposición democrática o violencia» y le autoriza para que les informe de que el Partido está

estudiando la posibilidad de utilizar submarinos soviéticos que desembarquen armas en las costas españolas para unas hipotéticas guerrillas si la situación sigue deteriorándose y el Partido ha de encontrar vías en solitario. Parece que Ruiz Giménez se afectó bastante por la comunicación...»^[517] Nótese que esa noticia aparece en una fuente comunista basada en los archivos del PCE.

La policía española poseía todas las publicaciones del PCE y por tanto tenía a su disposición las amenazas que Carrillo había creído conveniente publicar. Carrillo y el PCE montaron una campaña de gran alcance como

protesta por el proceso y ejecución de Julián Grimau en la que intervinieron, a veces muy fuera del contexto, altas personalidades de todo el mundo. Los servicios del ministerio de Información publicaron un dossier sobre el caso que hemos citado en nota, con abundantes documentos y testimonios utilizados en el proceso. Por supuesto que la solución final adoptada por el gobierno de Franco contra Grimau me parece lamentable, como todas las muertes que tuvieron su origen en la guerra civil pero no sé si Carrillo estaba muy legitimado para la protesta cuando sus propios compañeros como Claudín reconocen la imprudencia de haberle mantenido a

Grimau tanto tiempo en España^[518] o concluyen, como Semprún, que Grimau fue «una víctima más del subjetivismo del PCE». Recuerda Semprún que Carrillo «le trataba con bastante dureza, no le perdonaba el más mínimo error». Intrigaba a Semprún «esa extraña sensación de dominio y sometimiento» entre ambos y la atribuía a «los secretos que todos esos hombres debían compartir desde la guerra civil. Los oscuros secretos de la sangre». Semprún se alarmó por el peligro que corría Grimau y así se lo advirtió a Carrillo. «Me dijo que habría que tomar medidas. Pasaron unas semanas, no se tomaron las medidas necesarias y en los primeros

días de noviembre de 1962 fue detenido en Madrid Julián Grimau».^[519] Sin embargo y a falta de concreciones más significativas sobre la responsabilidad de Carrillo ante el caso Grimau sí debo insistir en que la trayectoria de Carrillo en todo lo relacionado con la represión fuera y dentro del PCE no abonaba, desde luego, su legitimación para la protesta por las decisiones de la justicia y el gobierno de España. Quien haya seguido esa trayectoria a lo largo de este libro no necesita más explicaciones.

LA CRISIS DE LA DIRECCIÓN DEL PARTIDO EN 1964

En sus memorias Carrillo salta con demasiada agilidad desde su exaltación en el VI Congreso de 1960 al ataque retroactivo contra los dos notables intelectuales y prestigiosos miembros de la alta dirección del PCE —el Comité Ejecutivo— que fueron expulsados en 1964. Se ve que Carrillo tiene demasiada prisa en desautorizarles, como si reconociera que la crisis de 1964 fue el primer golpe mortal a la credibilidad del PCE y a su propia

capacidad de liderazgo desde que se había hecho con el cargo. Nosotros hemos tenido menos prisa y hemos señalado algunos acontecimientos entre 1960 y 1964 que Carrillo se salta; sobre otros hemos de volver dentro de poco porque conviene tratarles cuando lleguen a sazón histórica en años posteriores. Lo que sí está muy claro a estas alturas es que disponemos de los testimonios director y un análisis circunstancial de la crisis de 1964 de forma más que suficiente para enmendar las mendaces maniobras de Carrillo sobre tan importante asunto. Tengo la impresión de que Claudín escribe su antibiografía de Carrillo y Semprún su

premio Planeta para contar su versión sobre la crisis, que por supuesto me parece infinitamente más creíble que las manipulaciones de Carrillo en sus memorias.

La crisis de 1964, como vemos, se venía incubando a partir de la misma elección de Carrillo en 1960. Desde entonces, e incluso desde que se sintió virtualmente dueño del poder, Carrillo se comportó de forma autocrática y totalitaria, enteramente inadmisibile para los comunistas que además de serlo sinceramente poseían un fuerte sentido crítico por su condición de intelectuales. Para contrarrestar los tirones de disidencia Santiago Carrillo convocó

entre el 22 de julio y el 5 de agosto de 1963 un seminario de intelectuales del Partido en Arras, con la finalidad de «homogeneizarles» es decir de encajarles férreamente en la orientación y la disciplina del Partido. Acudió un grupo muy numeroso en el que destacaban la delegaciones de Madrid y de Barcelona; formaban en ésta Jordi Borja, Francesc Vallverdú, Francesc Vicens y el futuro ministro de Suárez Eduardo Punset. Se encargaron de adoctrinarles Semprún, Claudín y el comunista crítico francés Roger Garaudy, muy en boga entonces por su aproximación moderada a los cristianos. Hasta que Carrillo se hartó de aquellas

discusiones bizantinas y con toda la bastedad de su incultura se presentó ante la asamblea y les endilgó una bronca monumental. Rebrotaba en Arras la pugna clásica del movimiento obrero español entre trabajadores e intelectuales, entre Largo Caballero y Besteiro, y como siempre volvieron a perder los intelectuales que estaban allí para servir a la propaganda y a las consignas del Partido, no para entretenerse en juegos florales. Pero los intelectuales comunistas creían en la libertad y chocaron violentamente con el totalitarismo del secretario general, que se había permitido secuestrar dos escritos dirigidos al seminario por

Manuel Sacristán, excelente traductor de los clásicos del marxismo, profesor en Barcelona y filósofo ‘distinguido que disertaba en esos escritos precisamente sobre la libertad. Esta era la libertad de Carrillo, ahogarla. Fernando Claudín se enfrentó duramente con su amigo Carrillo que luego le achacaría falta de fe. El seminario de Arras fue un fracaso de alcance estratégico; allí se incubó la crisis de los intelectuales contra la dirección totalitaria del Partido y empezó una larga serie de abandonos. Sin embargo los desertores del PCE se mantuvieron firmes en el antifranquismo y continuaron adictos a la izquierda cultural que gracias a la desidia del

régimen y de las fuerzas de centro-derecha alcanzaría en España una posición prepotente en las décadas siguientes hasta hoy.^[520]

No resulta fácil seguir con precisión la crisis comunista de 1964, que se insertaba además en la profunda crisis soviética que desemboca ese mismo otoño en la caída de Kruschef y exaltación de Leónidas Breznev, un nuevo Stalin ceñudo que marcó para la Historia el principio del fin del comunismo, aunque nadie lo advirtió en aquellos momentos. La crisis del PCE no consistía solamente en el enfrentamiento de Semprún y Claudín — los únicos intelectuales auténticos del

Comité ejecutivo— con Santiago Carrillo y sus esbirros, entre los que desempeñó un papel no por oculto menos importante Eduardo García, empeñado en la expulsión de los dos disidentes y reconocido agente de la KGB en la dirección del PCE como indica un antiguo militante comunista y notable historiador y sociólogo, el profesor Sergio Vilar.^[521]

El 24 de enero de 1964 se reunió el Comité Ejecutivo para debatir un documento que Santiago Carrillo pensaba proponer en la reunión de partidos comunistas occidentales. Claudín y Semprún se oponen frontalmente a la visión estratégica de

Carrillo sobre España y afirman que la evidente mejora del nivel social de los trabajadores se debe al éxito del régimen. Carrillo trata de contemporizar e incluso de hacer suyas las posiciones de Claudín pero en la sesión siguiente Eduardo García y Enrique Líster, las voces duras de Moscú, atacan a los aperturistas y tratan de imponer la línea intransigente.^[522] La crisis se está planteando contra Semprún y Claudín en dos frentes. Los prosoviéticos, García y Líster, quieren imponer la línea dura que venía marcada por Suslov. A Carrillo le importa menos la línea; pero ve en la actitud de los críticos una amenaza a su poder totalitario. La conjunción de los

dos frentes terminará con la eliminación de Claudín y Semprún.

El choque siguiente tiene lugar en el palacio de Zbraslav cerca de Praga, donde se reúne el Comité Ejecutivo. Dolores Ibárruri preside la reunión de 13 hombres. Incorporada plenamente al carrillismo una vez que conoce la decisión de Carrillo, aplastar a los disidentes, parece rejuvenecida cuando se dispone a dirigir el linchamiento. Moscú, el PCUS y los Servicios, están con ella y con Carrillo. Pero los presuntos condenados no se dejan avasallar fácilmente. Claudín expone su tesis de fondo; la oligarquía, bajo fachada democrática, seguirá detentando

el poder en España cuando falte Franco. Esto no es una pérdida de fe como alega Carrillo sino una constatación de hecho tras un análisis certero y sin prejuicios. La posición de Carrillo, según Claudín, y de la mayoría del Ejecutivo, es contraria; la salida del régimen será revolucionaria para desembocar en una democracia como la que Carrillo propone. Claudín no está de acuerdo; la salida no será ésa. Claudín asume la posibilidad de que otras fuerzas democráticas ajenas logren actuar legalmente en España mientras el PCE siga en la ilegalidad. Durante cinco horas expone su tesis, la confirma con datos, la corrobora con hechos. Todo el

Comité Ejecutivo se revuelve contra Claudín a quien acusan de revisionista y socialdemócrata. Líster sube el tono de la crítica y le llama simplemente traidor.

Empieza a hablar Jorge Semprún. Pero Federico Sánchez, acostumbrado al papel de estrella, no encajó verse como víctima y se desfondó. La Pasionaria advirtió el nerviosismo del nieto de Maura, al que nunca había podido ver ni en pintura, y aumentó a sabiendas su turbación con interrupciones y alfilerazos.

La Pasionaria vio llegada su hora de venganza y atacó «ad hominem» a Claudín. Le acusó también de falta de fe, de hundimiento en sus convicciones por

el cansancio de la lucha. Pero fue Carrillo quien ajustó las cuentas a los disidentes. Por el momento reafirmó que el PCE estaría en condiciones de lucha armada luego de dos o tres meses. Descalificó a Claudín por descender de los libros a la realidad «rodando por las escaleras» Minimizó el saber económico de Claudín con un argumento descomunal: «La asistencia al fútbol ha bajado enormemente en estos últimos años». No me atrevo a catalogar esta tesis como falsedad; es una simple idiotez, eran los años de Di Stefano, del Madrid campeón de Europa. Pero Fernando y Federico, dice Carrillo magnánimo, pueden seguir en el Partido.

Lo que tienen que hacer es rectificar sus errores. Pero no lo hacen. Se ratifican en sus posiciones, Dicen salir de la discusión más convencidos que antes de entrar en ella.

Entonces Carrillo, con la venia de la Pasionaria, empieza el segundo asalto el 31 de marzo. Carrillo pide a Semprún que exponga su posición en el terreno ideológico y le fuerza a ello aunque Semprún dice que no ha preparado nada. La actitud de sus enemigos —ya lo son— es de sonrisa sarcástica, como si entonasen el «Que baile». A esto reacciona Semprún y recupera de golpe su aplomo y su brillantez. Ataca a Ignacio Gallego y sobre todo a Carrillo

por su intromisión en el seminario de Arras, sus obsesiones contra Javier Pradera, su secuestro de los papeles de Sacristán. Reconoce haber leído todas las obras de Trotski. Protesta por la condena de sus amigos en los procesos stalinianos de la postguerra. Y termina su duro alegato con una apelación al Comité Central. La Pasionaria se va por los cerros de Úbeda para defender las esencias de Moscú y hasta se permite zaherir a Togliatti. Carrillo acusa a Semprún de poner en discusión el sistema soviético y el leninismo; y propone, con éxito abrumador, suspender a los dos disidentes en el Ejecutivo hasta que decida sobre su

suerte el Comité Central. [523]

La eliminación política de Claudín y Semprún quedaba vista para sentencia en la reunión del Comité Ejecutivo. El 19 de abril Carrillo revela su versión de la crisis interna ante una asamblea de militantes convocada en un teatro a las afueras de París. Carrillo ha consultado por escrito sobre el caso de los disidentes a los miembros del Comité Central que envían sus respuestas muy negativas contra ellos. El 3 de septiembre varios dirigentes comunican a Claudín y Semprún la condena unánime que se deduce de las respuestas remitidas por los miembros del Comité Central. En una asamblea comunista

cerca de París Santiago Álvarez afirma que Claudín y Semprún todavía no están cobrando de Fraga porque siguen percibiendo el salario del Partido.

La expulsión de Fernando Claudín y Jorge Semprún se había consumado. Quedaban los trámites; la exclusión del Comité Ejecutivo en enero de 1965, la expulsión oficial del PCE en el siguiente abril. Ahora Carrillo, libre de ellos, podría asumir tranquilamente las tesis que ellos habían defendido sin el menor remordimiento, sin la menor excusa. La expulsión de los dos disidentes no provocó de momento una cadena de deserciones; aunque pronto incluso personas como Javier Pradera pensaron

que aquello era demasiado sectarismo y decidieron mancharse; Francesc Vicens fue expulsado. Pero la crisis de 1964 sería una bomba de efecto retardado que explotaría en sucesivas ocasiones con secuelas mortales para el PCE. Más aún pese a tan sensibles pérdidas, el flujo de militantes distinguidos seguía incrementando la nómina secreta del Partido clandestino en España, que Carrillo cifraba por entonces en unos cuarenta mil militantes aunque seguramente los multiplicaba por dos. Si varios intelectuales importantes desertaban, llegaban en gran número universitarios y profesionales entre los que muy pronto brilló Ramón Tamames,

que había colaborado con el Partido desde los sucesos de 1956. La adscripción comunista de Tamames no estaba clara pero todo el mundo más o menos la conocía. Tamames impresionaba a Carrillo por su joven y audaz magisterio económico, su capacidad de relación social y su prestigio entre las generaciones jóvenes. Pero Tamames no ocultaba su agudo espíritu crítico que durante unos años consiguió sofocar bajo las imposiciones de su espíritu de partido. Tamames no fue nunca un sectario en la secta comunista; porque no se puede comprender el talante y la disciplina y el fanatismo del PCE sin reconocer su

carácter de secta que Carrillo había sabido imprimirle.

LA HOZ Y LA CRUZ, POR FIN

La muerte de Togliatti y la de Thorez en ese mismo verano del 64 imponía relevos históricos en el movimiento comunista; y la herencia pluralista y autonómica de Togliatti ganaría muchos más adeptos en Europa que la fidelidad staliniana de Thorez. Por entonces Nikita Kruschef tiene ya a punto el nuevo sistema global de represión

política dentro de la URSS; la red de sanatorios psiquiátricos que cuando se supieron las primeras estadísticas (en 1980) albergaban a diez mil «pacientes» con otros cincuenta mil reclusos en campos de trabajo; las primeras cifras fiables sobre el conjunto de presos políticos en la URSS después de Stalin rebasan los tres millones de personas para 1980.^[524] Pero Kruschef, tan admirado por Santiago Carrillo (que en buena parte le debía su ascenso dentro del PCE) no gozaría por mucho tiempo de su modernizado sistema represivo. A lo largo de 1964 las cifras reales de la economía soviética —perfectamente conocidas a grandes rasgos por los

servicios de información occidentales—denotaban nuevas situaciones y perspectivas catastróficas y la alta dirección de la URSS decidió no tolerarlo más. El 14 de octubre de 1964 Nikita Kruschef era destituido de sus cargos y condenado al ostracismo en beneficio de Kosygin, que le reemplazaba al frente del gobierno y sobre todo de Leónidas Breznev, nuevo secretario general del PCUS y por lo tanto nuevo dictador de la Unión Soviética. La reacción de Carrillo, que acababa de superar la crisis de su propio partido con la expulsión de los dos disidentes, es típica. Primero cubre de elogios al líder soviético

defenestrado, por el que sentía, según nos dice Claudín, una extraña fascinación. Pero cuando se entera un poco mejor publica un memorial de agravios contra Kruschef que jamás se había atrevido a difundir mientras Kruschef ocupaba el poder.^[525] De momento, naturalmente, todo son adhesiones y elogios al nuevo dictador, Leónidas Breznev. Pero ni éste comprendía a Carrillo ni Carrillo tardó mucho en desengañarse de él. «Breznev, a mi juicio el bluff más grande que ha ocupado el liderazgo soviético» dice en 1993.^[526] Claro que en las varias ocasiones en que Breznev le hizo el honor de llamarle se guardó muy mucho

de manifestarse con esa sinceridad póstuma.

Durante el verano de 1965 se celebró en Choisy, cerca de París, el VII Congreso del PCE. Ya estaban expulsados los disidentes Claudín y Semprún y Carrillo tiene todo el campo libre para apropiarse en lo que convenga de las tesis que ellos habían expuesto. Pero la gran sorpresa que presenta Carrillo a sus compañeros es una inconcebible falsedad.

FALSEDAD 66

«Frente a las críticas que le habían hecho Claudín y Semprún centra el

subjetivismo y la Huelga Nacional Pacífica, (o Política) Carrillo se saca literalmente de la manga un documento «secreto» de la Secretaría General del Movimiento franquista que a todas luces es un hallazgo en el estilo de los que obtuvo en los años cuarenta para otros menesteres. Como se ve, su impronta a lo largo de los años no se había renovado. De creer en el documento del Movimiento Nacional, el régimen estaba aterrizado por la eficacia de la línea política del Partido, y ratificaba los trazos tácticos de Santiago tan bien como él mismo. «El PC —escribía la supuesta Secretaría General del

partido único franquista— no ha fracasado todavía. Por el contrario, aunque lentamente, continúa avanzando hacia la Huelga General Política y la Huelga Nacional. Lo que quiere decir que, paso a paso, el grupo de factores negativos del PC se van rehaciendo como consecuencia del grupo de factores positivos al Partido». Hasta el lenguaje parecía el del Comité Ejecutivo y fascinado ante su propia superchería Santiago afirmaba: «el documento de la Secretaría General es un reconocimiento de la eficacia de nuestra crítica y nuestra orientación».

Hasta el documentalista que trabaja en el archivo del PCE considera el «documento» de Carrillo como una falsedad. Se creía con tal dominio del Partido que proponía como prueba una falsificación tan burda.

Carrillo propuso y obtuvo la entrada en el Comité Central de Jaime Ballesteros, el escritor Armando López Salinas, el sindicalista Marcelino Camacho, el dramaturgo Alfonso Sastre y el tenaz miembro del aparato Manuel Azcárate. Ignacio Gallego, el flautista de la banda municipal andaluza, se convertía en el número 2 del PCE. El interminable informe de Carrillo al VII Congreso se publicó luego, sin

referencia a ese acontecimiento, en el libro «Después de Franco, ¿qué?».^[528] Esta era una moda adoptada desde entonces por Carrillo para difundir sus escritos fuera y dentro de España. El subtítulo era «La democracia política y social que preconizamos los comunistas». (Pero el título es un error tremendo, porque retrasa la llegada de una nueva situación hasta la muerte de Franco). No reclama «volver la tortilla» sino una amnistía para volver a la democracia de todos; pero fundada en «la Gran Revolución Socialista de Octubre, el soporte más sólido que todos los pueblos encuentran en su marcha hacia la liberación es la Unión

de Repúblicas Socialistas Soviéticas, nacida de aquella revolución». (p. 12). Es decir que la democracia exigida por Carrillo para la España de 1965, embalada ya en las transformaciones del desarrollo, en el «milagro español» era la República soviética, como venía diciendo desde 1937. Recuerdo que cuando compré este libro-informe en París, apenas salió a la luz, dejé en esta página 12 la lectura. No hacía falta más.

Ahora lo he completado. Después cita in extenso el falso documento de la Secretaría General del Movimiento a que nos hemos referido, (p. 21-22) y propone una crítica del régimen de Franco que parece referirse a un país

diferente; por ejemplo dictamina que la liberalización de Fraga era un simple pretexto, y no, como fue en realidad, un paso irreversible hacia la apertura democrática. Identifica al ministro Federico Silva, procedente de la Asociación de Propagandistas, con el Opus Dei, sin más (p. 41). Vuelve anacrónicamente a la obsesión de los años treinta, tan rebatida por Semprún y Claudín: «La tierra para quien la trabaja» (p. 64) y una vez que ha eliminado a Claudín y Semprún, promotores de la idea, propone «un acuerdo de las fuerzas democráticas» (p. 83) pero no renuncia a la insurrección armada, que presenta públicamente como

«una acción pueblo-Ejército» coordinada con su gran proyecto, la Huelga Nacional. (p. 87).

Sin embargo hay un epígrafe en este fárrago de Carrillo que sí me parece del máximo interés: la apertura del PCE al catolicismo falsamente llamado progresista.

Esta apertura, cuyas raíces deben detectarse en la consigna de Manuilski dada a Carrillo en 1936 o más probablemente en 1939 sobre «la hoz y la cruz» se mantuvo en estado latente durante décadas, tras la bestial persecución de los comunistas a la Iglesia y a los católicos desde el principio al final de la guerra civil,

como vimos; y luego por la reacción negativa del PCE contra la Iglesia por el apoyo que la Iglesia prestó al régimen de Franco cuando se vio en peligro a fines de la segunda guerra mundial. En el «pleno de la reconciliación nacional» celebrado en agosto de 1956 surgió la «idea de la colaboración con los católicos» en relación con «la evolución que se produjo en las HOAC y las JOAC (Hermandades y Juventudes Obreras de Acción Católica) y en las Vanguardias Obreras promovidas por los jesuitas». Los comunistas españoles atendían a la experiencia de los curas obreros en Francia y los escritos de Teilhard de Chardin.(Que maldito si

entendía Carrillo).^[529] De aquella orientación nacieron los contactos con dirigentes católicos de movimientos obreros revelados en 1958, como vimos, por Gregorio López Raimundo.

Ahora, entre 1962 y 1965 se había celebrado el Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII que desde su elección en 1958 había sido un abanderado del diálogo cristiano-marxista. Esta aproximación de marxistas y cristianos se había iniciado en Europa durante la guerra mundial, en los campos de concentración y bajo la persecución de los nazis; y se había prolongado cada vez con más fuerza durante la postguerra gracias a

publicaciones e instituciones muy diversas, algunas de ellas, como el movimiento polaco PAX, con claro sello de infiltración marxista-leninista de la NKVD en la Iglesia Católica. Tiene razón Carrillo en señalar a los jesuitas como adelantados de ese diálogo para España. El Concilio Vaticano II se había negado a condenar al comunismo (la última condena era del Papa Pío XII) por un acuerdo muy discutible y en mi opinión muy negativo con la Unión Soviética como he revelado en libros anteriores.^[530] Carrillo y el PCE no se mostraban precisamente originales en esta estrategia; la aprendieron de Fidel Castro a partir de 1959 y de los

comunistas italianos y franceses, especialmente Roger Garaudy, muy relacionado con el PCE en los años cincuenta.

Pero durante los años sesenta Carrillo sí que insistirá tenazmente en la consigna de la hoz y la cruz. Este ateo, aunque bautizado en su infancia, que había perseguido, «acosado y aniquilado» a miles de católicos y cientos de sacerdotes y religiosos cuando tuvo poder para ello, como vimos, ahora se nos presenta en el informe del VII Congreso y en sus memorias como un experto conciliar. Decreta que «a raíz del Concilio... la Iglesia ha dejado de identificarse con el

régimen» (p. 75 del informe) y extiende la acción reducida de un breve sector eclesiástico al conjunto de la Iglesia como institución. Luego suelta una falsedad indecible: «La política del Partido Comunista de España ha tendido a facilitar la evolución católica» (p. 76); ya no es sólo un experto sino un nuevo padre de la Iglesia. Se da cuenta de la enormidad y retrocede a la condición de modesto colaborador «del Papa Juan». Atribuye por ello una importancia decisiva de futuro a la Democracia Cristiana que como se sabe no se comió en España ni un rosco electoral en la transición, y sólo pudo sobrevivir como parásita en otros partidos y

movimientos. Luego se alinea con el Abad Escarré, el sacerdote vasco Alberto Gabicagogeascoa, mosén Dalmau, el canónigo González Ruiz, los jesuitas de «Razón y Fe». Califica como fenómeno curioso al profesor Ruiz Giménez (p. 80) y a fe que no le falta razón. Y elogia a la revista «Cuadernos para el diálogo».

La extraordinaria extensión que concede Carrillo a esta aproximación a la Iglesia no era simple fantasmagoría. Por supuesto que la Iglesia le importaba un comino como institución espiritual; sólo pretendía aprovecharse de su crisis conciliar para introducir en ella una cuña política. El Papa Juan XXIII había

muerto en pleno Concilio cuya segunda etapa fue presidida por un Papa inteligente, dubitativo y muchas veces desorientado, Pablo VI, que condujo a la Iglesia hasta su muerte en 1978 con directrices esquizofrénicas. En 1965, cuando terminaba el Concilio, dos terribles tirones contrarios desarbolaron íntimamente a Pablo VI. Primero su amigo el filósofo Jacques Maritain, que le había servido como fuente de inspiración, abandonaba el progresismo para retornar desencantado al tradicionalismo en su libro admirable y silenciado «Le paysan de la Garonne» jamás traducido al español, no faltaba más. Segundo, el sector progresista de

los jesuitas, guiados por el teólogo conciliar Karl Rahner, entraba en abierta rebeldía contra la Santa Sede y elegía como general al vasco Pedro Arrupe, que durante las dos décadas siguientes llevaría, o permitiría que otros llevaran a la ruina interna a la Compañía de Jesús. En 1965 llegaba a la parroquia Virgen del Pilar de Cornellá, junto a Barcelona, el jesuita Juan García Nieto, que había trabajado en Inglaterra con el movimiento obrero y revitalizó las Comisiones Obreras de signo católico y comunista que ya habían surgido en el cinturón de Barcelona desde 1958 como vimos. El padre García Nieto formó parte del grupo Bandera Roja,

incorporado al PSUC, con militantes como Jordi Borja, Jordi Solé Tura y Alfonso Carlos Comín, empeñado en introducir en España un marxismo semejante al de Emmanuel Mounier, discípulo desviado de Maritain. El padre García Nieto (muerto en julio de 1994) fue uno de los fundadores del movimiento comunista «Cristianos por el Socialismo» cuyo adalid en Madrid fue otro jesuita, el padre José María de Llanos, que bien entrados los años cincuenta se desengañó del totalitarismo fascista al que había servido durante tantos años y se aproximó al totalitarismo comunista desde su abnegada residencia en el Pozo del Tío

Raimundo, un barrio pobre del extrarradio madrileño donde muchas veces le acompañaba otro jesuita famoso, el padre José María Díez Alegría, hermano de dos tenientes generales y orientador durante años de los jesuitas jóvenes en formación filosófica. El padre Llanos llegó a ser miembro del Comité Central del PCE; y como su amigo Díez Alegría actuó como interlocutor preferido de Santiago Carrillo. Lo que nunca ha comprendido Carrillo es que esos sacerdotes, hombres de gran virtud personal y acendrado idealismo, vivían en plena alucinación política y no representaban a la Iglesia sino a un sector marginal y

entreguista de la Iglesia. Por supuesto que la influencia comunista dominó bien pronto a la influencia católica en las Comisiones Obreras. Muchos católicos se hicieron marxistas en los años sesenta de España; no conozco ningún marxista que se haya hecho católico.^[531] De acuerdo con esa realidad Carrillo se atribuye (exageradamente) la paternidad de Comisiones Obreras como impulso comunista en 1962^[532] y el periódico comunista «Mundo Obrero» lanza como propio el movimiento de Comisiones el 1 de agosto de ese mismo año. Se trataba, sin embargo, de la infiltración y el rapto comunista en un proyecto de obrerismo católico.

Otra importante maniobra, ahora de tipo cultural, tramada por el partido comunista, es el inicio de la actividad de Manuel Tuñón de Lara como profesor de Historia en la Universidad de Pau a partir de este mismo año 1965. El sentido de esta maniobra ha sido un secreto celosamente guardado hasta el homenaje que los discípulos de Tuñón han tributado a su maestro en 1993, cuando parece que un matrimonio otoñal y la buena vida han conducido al protagonista a un bien ganado remanso. [533] Nacido en Madrid en el mismo año de Carrillo, 1915, en una familia profesoral y republicana, el joven Tuñón curso Derecho durante la República y se

mostró muy activo en la FUE y en las Juventudes Comunistas a partir de 1932. Al estallar la guerra civil viene a Madrid desde el extranjero, ingresa en el Quinto Regimiento y «pegó unos tiros» en el Puente de los Franceses durante la defensa de la ciudad en noviembre de 1936. No luchó más en los frentes pero actuó como profesor en la escuela de cuadros de la JSU. Detenido después del golpe de Casado se escapó pero volvió a caer preso en los muelles de Alicante el 1 de abril de 1939. Libre en el verano de 1940 se exilió a París en 1946 y allí permaneció hasta su llegada a Pau en el 65. En París se diplomó en Historia y participó en la actividad del

PCE tal vez en relación, como sugiere Semprún, con los Servicios especiales soviéticos. Fue desvinculándose de la militancia comunista hacia 1957 pero no consta su baja; seguramente su alejamiento fue cosa convenida para convertirse con mayor credibilidad en «historiador objetivo» como dice con sarcasmo el propio Semprún.

Actuó en Pau, centro filial de la Universidad de Burdeos y organizó allí desde 1970 unos coloquios estivales por los que pasaron numerosos estudiantes superiores de Historia que luego han ido desplegando su formación marxista en muy diversas cátedras de la Universidad española. Personalmente creo que el

término «historia marxista» envuelve una contradicción pero Tuñón y sus discípulos no parecen muy afectados por ello. Lo cierto es que ni Tuñón ni sus discípulos han publicado, que yo sepa, obra histórica de importancia; pero sí han producido ladrillos indigestos de historia social y económica tan cargados de prejuicios que no han obtenido más favor que de los previamente convencidos. La obra de Tuñón de Lara, con quien personalmente no me he llevado mal, me parece un notable intento de manipulación histórica que no dejará huella alguna en el futuro pero ha producido muchas desorientaciones e incordios en el presente. Y sea lo que

sea de la militancia de su promotor me parece un proyecto comunista de tomo y lomo.

UN ALARDE DEMOCRÁTICO DEL EXPULSO JORGE SEMPRÚN

La aproximación de Santiago Carrillo a los católicos no era una broma después de 1965. Durante el siguiente mes de enero de 1966 Carrillo y Manuel Azcárate, el experto del Partido en relaciones internacionales,

participaron en el XI Congreso del Partido Comunista de Italia, una formación que ya desde antes inspiraba con fuerza las ideas y las actuaciones de Carrillo. En Roma se entrevistó Carrillo con el jesuita José María Díez Alegría, que ya era profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, desde donde mantenía contactos con otro importante clérigo intelectual del marxismo cristiano, Giulio Girardi.^[534] Pero el diálogo tenía un límite. En el proceso montado por Breznev contra los disidentes soviéticos Sinyavski y Daniel, que alcanzó gran resonancia en aquella época, por el corte staliniano de las actuaciones, Santiago Carrillo, que

luego hurgará en su vida remota para encontrar antecedentes de liberalismo, se comportó como el staliniano que nunca dejó de ser; y este caso, como tantos otros, tampoco aparece ni por asomo en las memorias del secretario general,^[535] lo mismo que el comportamiento prosoviético y totalitario de Carrillo en el caso Kravchenko. Mientras tanto Jorge Semprún había vuelto con mayor intensidad a sus actividades con la izquierda cultural de Francia y se convertiría en uno de los animadores del extraño y animoso boletín oficial del antifranquismo, que eran los Cuadernos de Ruedo Ibérico y las publicaciones de

esa interesante editorial, cuyo establecimiento en el bajo de la *rue* Latran de París frecuenté bastante durante aquellos años. Semprún era, políticamente hablando, un antifranquista en estado puro; pero aún estaba lejos de dar el salto a la plataforma del PSOE que le llevó a uno de los gobiernos de lo que llama Jiménez Losantos «La dictadura silenciosa». Pero en 1966 Semprún nos ofreció una perla cubana que naturalmente no aparece en la Autobiografía de Federico Sánchez y que voy a presentar aquí, ya que me estoy dedicando a completar la mala memoria de algunos importantes

personajes.

En 1965 Ernesto Ché Guevara, apoyado por varios partidos de inspiración soviética, creó la Solidaridad con los pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAL). Esta entelequia procastrista se reunió en la Habana en enero de 1966 con delegaciones de numerosos movimientos revolucionarios del mundo. Todos los Frentes de Liberación Nacional acudieron a la cita.

Entre grandes ovaciones Fidel Castro presentó a los reunidos un proyecto para exaltar «la necesidad de la violencia y la lucha armada» en vista de que los objetivos previstos no

podrían alcanzarse «por una vía pacífica y parlamentaria». El congreso aprobó la resolución castrista en un salón decorado con lemas como éste: «Hay que crear uno, dos, tres, muchos Vietnam». Simultáneamente se reunían una cuarentena de escritores invitados al congreso quienes suscribieron por unanimidad las conclusiones y fustigaron a los partidos que favorecían «los métodos de la democracia parlamentaria». Entre los firmantes de tan democrática propuesta figuraban Juan Goytisolo, Marguerite Duras, y Georges Semprún.^[536] El texto francés añade un admirativo «sic» al nombre del escritor que había criticado a Carrillo y

ahora exaltaba a Castro. Este libro incluye un catálogo de las falsedades de Carrillo pero bien podría adornarse con un apéndice con las falsedades y contradicciones de los demás comunistas que se movieron en la órbita de Carrillo. Semprún, por ejemplo, acababa de firmar un entusiasta y violento manifiesto castrista que se propuso en un acto calificado por uno de los principales asistentes el editor Maspero, como «la concreción de la vocación continental de la revolución cubana». Pero en su premio Planeta de 1977, página 166, dice de sí mismo: «Bueno, tal vez convenga que digas que nunca te ha convencido Fidel Castro, ni

como orador ni como dirigente político; la primera vez que le oíste hablar fue en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1967». Pues no; era la segunda porque Fidel Castro se dirigió a los delegados de la convención de la Habana en el año anterior, cuando Semprún firmó su manifiesto, a no ser que lo hiciera por poderes, que sería peor.

LOS DISPARATES DE CARRILLO SOBRE LA IGLESIA

El 12 de marzo de 1967 la hija de

Stalin, Svetlana Alliluieva, escogió la libertad y huyó a Occidente al regreso de un viaje a la India. En España el triunfo de los planes para el desarrollo económico era tan evidente que los aperturistas del régimen, desde López Rodó a Fraga, Silva y Solís, habían montado una ofensiva convergente en toda regla para convencer al almirante Carrero Blanco, hombre fuerte de la situación, de que España necesitaba un avance institucional para asegurar el futuro. La apertura informativa de Fraga demostraba la madurez del país y de la opinión pese a la resistencia de los ultras refugiados en lo que desde todas partes se llamaba «el bunker». Las

nuevas generaciones no vibraban con el recuerdo ni el peligro de la guerra civil y cada vez comprendían menos cómo España podía regirse por un sistema político anacrónico mientras los demás países de su ámbito cultural y estratégico vivían tranquila y prósperamente con sistemas democráticos que se basaban en un consenso para la convivencia y un esquema serio de elecciones libres. La función del turismo, del cine y de la televisión era determinante aunque en las alturas del régimen no siempre se aceptaba su influjo.

En aquel contexto Santiago Carrillo lanzó en la primavera de 1967 un

alegato colectivo contra el régimen español, contra su historia y contra las realidades del desarrollo económico y social en forma de libro cuyo título era «Un futuro para España: la democracia económica y política»^[537] Compré ese libro en la librería española, rue de Seine, aquella misma primavera y supe a mi regreso a Madrid que se trataba de una obra colectiva inspirada y prologada por Carrillo pero cuyo coordinador y principal autor era el joven profesor comunista Ramón Tamames.^[538] Tamames sabe la estima que me merece como persona y como intelectual pero este libro fundamentalmente suyo no es un estudio

económico sino un alegato político comunista contra el éxito del desarrollo, que el libro se empeña de presentar como fracaso. Parte de una base política errónea: «Vivimos en la época del ascenso del socialismo» pero el socialismo real, el socialismo soviético, al que se referían Tamames y Carrillo, entraba ya en estado preagónico aunque casi nadie se había enterado en Occidente; sí que lo adivinaban los generales del Alto Estado Mayor soviético que se lo advertían una y otra vez inútilmente a Breznev; y es que Occidente y en especial los Estados Unidos, se distanciaban cada vez más de la URSS en tecnología nuclear,

informática y electrónica, mientras el sistema soviético para la regeneración económica se hundía cada vez más en la frustración y la rutina. La tesis capital del libro consistía en demostrar el fracaso de un plan de desarrollo que ya contaba con diez años de vigencia, formalismos aparte, y que había logrado en esos diez años la transformación positiva de la economía, la sociedad y la cultura española más importante en toda la historia moderna. Esta era la realidad y resultaba cada vez más inútil empeñarse en dar coces contra el agujón. Evidentemente que la época del desarrollo encerraba numerosas disfunciones pero en España existía el

pleno empleo y el crecimiento de aquellos años ni se había logrado antes ni se ha conseguido después. También es cierto que los máximos responsables del régimen —Franco y Carrero— se mostraron muy estrechos de miras al cifrar la panacea política del futuro en la Ley Orgánica del Estado, aprobada en referéndum a fines de 1966 y frustrada después por los golpes de regresión impuestos por Franco en 1967. Entonces los aperturistas del régimen volcaron todo su esfuerzo en cuajar cuanto antes la sucesión de Franco en la persona de don Juan Carlos, lo que conseguirían dos años después. Y ése era realmente el camino.

En junio de 1967 una nueva victoria de Israel contra las naciones árabes en la Guerra de los Seis Días consolida definitivamente al Estado judío y sirve además como banco secreto de pruebas para la confrontación de la tecnología militar norteamericana con la soviética. El mundo se queda con el espectacular triunfo del ejército y la aviación de Israel pero los Estados Mayores de Occidente y del mundo comunista valoran mucho más la clarísima superioridad occidental en tecnología informática y electrónica. Los dirigentes de la URSS tratan de salvar su imagen con sus éxitos en el espectáculo espacial y balístico y de mantener la expansión

revolucionaria de su sistema en el Tercer Mundo; se vuelcan sobre todo en la conquista política de África y de Iberoamérica, gracias a una cada vez más amenazadora infiltración del marxismo en los ámbitos religiosos. La confrontación en uno y otro campo — tecnológico y religioso— se prolongará hasta el principio de los años ochenta y quien se empeñe en enfocar los dos campos de enfrentamiento por separado se condena a no entender una palabra sobre la historia profunda del siglo xx. Santiago Carrillo sabía mucho, incluso demasiado de política. Ignorante en economía, pensaba que el voluntarismo político y la propaganda podrían suplir

al juego implacable de las realidades económicas; por eso se estrellaba contra el desarrollo español. Pero su vacío más importante era en el terreno científico y tecnológico, del que no tenía ni la más elemental idea. Por eso, aun cuando inició al año siguiente un presunto alejamiento de las posiciones soviéticas en cuanto al dogma, no se apartó jamás de la estrategia soviética y estaba radicalmente incapacitado para comprender los planos más profundos y decisivos de la confrontación entre marxismo y Occidente, tanto en los ámbitos religiosos como en la competencia tecnológica. En 1967 Carrillo ya era hombre de otro tiempo,

un revolucionario artesanal, un político que no disponía de la suficiente carga de verdad para paliar aunque fuese someramente sus mentiras constituyentes.

Bien lo demostró en el engendro que produjo para la opinión pública española después del pleno del Comité Central del PCE (fechado falsamente en mayo) que celebró el 16 de septiembre de 1967. El engendro se publicó en forma de libro cuyo título era «Nuevos enfoques a problemas de hoy».^[539]

Lo que sí es cierto es que el autor del libro y del informe es Santiago Carrillo; un estilo tan ramplón y tan pedestre no puede colgarse con

facilidad a otra persona. Carrillo reconoce la fuerza del sí en el referéndum de la Ley Orgánica; (p. 23) pero quienes entonces vivíamos en España no podemos motejar más que como falsedad que para arrancar ese sí «se creó una atmósfera de terror» (p. 23). Es cierto que no se permitió la propaganda contraria pero la gente votó libremente y sin coacciones. En su libro-informe Carrillo no estaba en vena de aciertos y se equivocaba tanto como en su negativa ciega a la realidad del desarrollo. «No hay una tercera vía liberal —añadía— partiendo del régimen mismo» (p. 26). Pues sí la hubo; ésa fue precisamente la única salida, la

Reforma que proclamaba el pueblo español frente a la Ruptura que pretendían la izquierda y muy especialmente Carrillo. En su nuevo libro, en sus «nuevas» directrices, Carrillo vuelve a aferrarse a su obsesión de la Huelga Nacional Pacífica, la fementida HNP, la Huelga Nacional a la que ahora quita la P; p. 89) como si no hubiera fracasado irremisiblemente en 1959. Y como parece que algunas personas y algunos sectores marginales de la Iglesia han picado el cebo rojo ahora vuelve a pontificar sobre la Iglesia, con la única intención de dividirla e instrumentarla. Y lo hace, como habitualmente, a través de una

cadena de falsedades. Dentro del capítulo de su libro-informe, titulado «Un nuevo enfoque de las relaciones entre las fuerzas progresistas, la Iglesia y el catolicismo».

FALSEDAD 67

«Uno de los más candentes para toda la izquierda es el problema de la Iglesia y del movimiento católico. Aquí las tradiciones están vivas y se resisten a ceder. Hay toda una historia negra detrás. Desde que la nobleza y la Iglesia se unieron para expulsar a los árabes y realizar la reconquista, el catolicismo ha sido un instrumento de

la política de Estado. Primero con la aristocracia feudal y más tarde, cuando esa clase y la burguesía hicieron el compromiso, la Iglesia ha contribuido decisivamente a estrangular todas las empresas renovadoras. La enfeudación de la Iglesia al Estado reaccionario continúa hasta el día de hoy, después del Concilio Vaticano II». ^[540]

En efecto, se trata de un «nuevo enfoque»; es la primera vez que Santiago Carrillo se nos presenta como historiador de la Iglesia. Y se remonta al siglo VIII, menos mal que no desciende todavía más. El asturiano nacido en la tierra de Covadonga nos dice que la

reconquista fue un contubernio de la Iglesia y la nobleza «para echar a los árabes» cosa que naturalmente le parece reaccionaria. La evangelización de América, el despliegue monástico, la salvación de la cultura occidental, el movimiento de las Universidades, la inspiración del arte y la literatura europea y española en la Edad Media y en la Edad Moderna, la consagración durante siglos y siglos a la caridad y a la enseñanza, la ciencia moderna y el pensamiento moderno nacidos en dos mentes geniales y católicas (aunque Carrillo no sepa quiénes son Galileo y Descartes) la filosofía de Suárez, el ímpetu misional y el Derecho

Internacional todo eso le parece al genial historiador Santiago Carrillo «estrangular todas las empresas renovadoras». La capilla Sixtina, la Divina Comedia, el Greco y Velázquez, tres estrangulamientos. Pobre hombre.

FALSEDAD 68

«El último de esos trágicos choques fue la guerra civil del 36-39. Los obispos, con excepción de monseñor Múgica y monseñor Vidal y Barraquer, vasco uno y catalán el otro, levantaron al clero y a las masas católicas contra la República, apoyando a Franco. En carta colectiva

tristemente célebre se bautizaba «la guerra de los ricos contra los pobres como cruzada en defensa de los cristianos contra el comunismo»... Esto explica el anticlericalismo del campo republicano, las manifestaciones extremas que tomó en muchos casos».^[541]

Ahora el ensayista de altos vuelos, digno de figurar entre los profesores Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro, se erige en catedrático de Historia Contemporáneo. Lo malo es que no fueron los obispos quienes lanzaron al clero y a las masas contra la República sino que fue la República quien quemó los conventos el 11 de

mayo de 1931, echó a la Iglesia de la enseñanza en el bienio Azaña, declaró a la Iglesia fuera de la ley apenas iniciada la guerra civil, permitió el asesinato de trece obispos, ocho mil eclesiásticos y decenas de miles de católicos por serlo; entre ellos figuraban las víctimas de la represión en Madrid, sobre la que Carrillo debería hablar con algún mayor respeto.

El texto que Carrillo atribuye, en cursiva, a la Carta Colectiva de 1937 es pura invención, como ya hemos adelantado. No se menciona en esa carta la lucha de ricos contra pobres entre otras razones porque ése no fue el planteamiento de la guerra civil; ricos y

pobres convivían en la «media España que no se resigna a morir» y que se alzó contra el Frente Popular. No es la primera vez que Carrillo atribuye a la Carta colectiva de 1937 una mención a la Cruzada que no se encuentra en ese documento.

El falso levantamiento de la Iglesia no explica el brote del anticlericalismo; es exactamente lo contrario. Fue el anticlericalismo, el «laicismo agresivo» y la «persecución religiosa» como la denomina monseñor Montero lo que dio origen a la posición de la Iglesia en favor de lo que la Iglesia llamó —ahora sí— «el movimiento cívico-militar». Ni Carrillo, especialista en falsedades, ha

acumulado muchas veces tantos disparates en media página. Pero no terminan aquí esos disparates de Carrillo contra la Iglesia en 1967.

FALSEDAD 69

«Es indudable que la coexistencia entre una Iglesia integrista y el socialismo es un problema arduo y difícil. Esa es la causa principal de muchos de los conflictos que surgen entre la Iglesia y el Estado en algunos países socialistas...»

Arremete Carrillo contra los cardenales Mindszenty de Hungría y Wyscinski de Polonia como

«instrumento principal de los grupos sociales que aspiran a una restauración capitalista» y concluye:

«Pese a esas posiciones la Iglesia funciona en dichos países con libertad y goza de subvenciones por parte del Estado».^[542]

Para Carrillo la brutal persecución contra la Iglesia en el bloque soviético, el intento de aniquilación de los uniatas ucranianos, la confiscación y profanación de los templos, la vida en catacumbas de la que se llamó durante décadas «la Iglesia del silencio» se reduce a una convivencia pacífica y encima subvencionada. Los grandes cardenales de la persecución son

simples reaccionarios al servicio del capitalismo revanchista. Y pensar que jesuitas cultos como Llanos, Díez Alegría o García Nieto, que sin duda conocieron este libro, se aproximaron a semejante deformador de la Historia y de la realidad... Les atraerían sin duda las dotes teológicas que inmediatamente exhibe Carrillo:

FALSEDAD 70

«Las corrientes de renovación teológica cobran nueva fuerza. El Dios simplificado y primitivo del catecismo, el Dios de la resignación en la tierra y de las bienandanzas en el cielo,

presentado durante siglos por la Iglesia, no podía satisfacer a los creyentes de una época en que el hombre va al cosmos y puede realizar lo que antes se consideraba milagro». De esta forma «toda una serie de esquemas dogmáticos... se han venido al suelo» porque «según las decisiones del Concilio Vaticano II el capitalismo y la sociedad dividida en clases explotadas y explotadoras ha dejado de ser considerada por la Iglesia como el orden cultural inmutable, contra el que era pecado alzarse».^[543]

¿Cómo se olvidaría Pablo VI de nombrar a Santiago Carrillo perito del Concilio? Porque en el párrafo anterior

propone una cita conciliar que no se encuentra en un solo documento conciliar; y después de demostrar su conocimiento dogmático define la transformación del pensamiento de la Iglesia sobre el orden social y una audaz teoría sobre el pecado. Que todo esto provenía de alguien que perdió la fe durante la infancia y que se ha declarado ateo durante toda su vida resulta particularmente edificante ... y grotesco. Todo remata en una nueva acusación contra la Iglesia de 1936, cuando los fascistas escondían las armas en los templos y tiraban desde las iglesias contra el pueblo.

FALSEDAD 71

Realmente este libro-informe de Carrillo en 1967 podría presentarse como su nueva antología del disparate. Después de su brillante lección de historia eclesiástica y dogmática vuelve a lo suyo, que es la política y se atreve a definir a Lenin, primer dictador soviético, que borró y ahogó en sangre el primer ensayo democrático de Rusia, como un ferviente demócrata:

«El curso democrático y pacífico que Lenin y los comunistas deseaban ver tomar a la revolución socialista de Rusia resultó imposible por la actitud

de las clases dominantes». [544]

FALSEDAD 72

Y como colofón orwelliano de tan luminosas propuestas nos demuestra Carrillo que la dictadura del proletariado, el gran dogma marxista-leninista, no es más que una forma avanzada de la democracia:

«La característica de la dictadura del proletariado no es, pues, ni la restricción de las libertades políticas para los adversarios de clase, ni la violencia contra las personas integrantes de esas clases». [545]

Orwell puro: la dictadura es la

libertad, la violencia armada con la que Carrillo amenazaba, como acabamos de ver, poco antes a los demócratas españoles no es la violencia sino la libertad. Y aunque algunos intelectuales huían ya de Carrillo como de la peste, otros le escuchaban y se apuntaban en sus filas. Para el 50 aniversario de la Revolución de Octubre, ese apogeo de la libertad y la democracia en 1917, Santiago Carrillo acompañó a la Pasionaria en las conmemoraciones de Moscú, naturalmente.

EL PCE CONDENA SUPERFICIAL Y TÁCTICAMENTE LA INVASIÓN SOVIÉTICA DE CHECOSLOVAQUIA

En febrero de 1968 Santiago Carrillo visita la Cuba comunista y reflejará en un folleto, «Cuba hoy» su identificación con Fidel Castro, el gran demócrata del Caribe y su admiración, tantas veces expresada, por la obra titánica de la revolución cubana.^[546] En esas efusiones nunca asoma una crítica por la dictadura férrea de Fidel ni por

sus intentos de exportación revolucionaria al resto de Iberoamérica, ni por los campos de concentración, las torturas y los crímenes políticos del tirano marxista-leninista. De Cuba vuela Carrillo directamente a Moscú, donde los soviéticos quedarán muy satisfechos por el comportamiento servil de la delegación española en la conferencia de partidos comunistas celebrada en Budapest el 26 de febrero, como indica la misma fuente comunista. Aquella será una doble primavera muy atractiva para Carrillo. El mayo de los universitarios parisinos, entre la anarquía y la utopía, suscita la aprobación del líder comunista español, que critica a los

comunistas franceses por no apoyar al movimiento juvenil. Y sobre todo la primavera de Praga, donde un sector del partido comunista, bajo la dirección de Dubcek, propone con hechos la síntesis de libertad y socialismo real, sin advertir que se trata de una contradicción insoluble. Pero la implacable realidad del comunismo vuelve inmediatamente por sus fueros y pone en práctica lo que luego interpretará Leónidas Breznev como la «soberanía limitada» es decir el sometimiento completo a la URSS de que gozan los miembros del pacto de Varsovia y en general los partidos comunistas satélites. Bajo la dirección

del Estado Mayor soviético seiscientos mil soldados comunistas del Pacto de Varsovia irrumpen en Checoslovaquia a partir del 20 de agosto, aplastan al brote de libertad socialista propuesto por Dubcek y establecen la disciplina política del bloque comunista. La tremenda noticia sorprende a Santiago Carrillo durante sus vacaciones en Crimea. Las interrumpe, corre a Moscú y pide más explicaciones porque no le convencía la burda comunicación oficial soviética según la cual las tropas comunistas habían entrado en Checoslovaquia llamadas por el propio partido comunista checoslovaco. En Moscú Carrillo había conferenciado con

Zagladin, estratega ideológico del PCUS a las órdenes de Suslov, quien a partir de este momento adquiere un papel relevante en las relaciones del PCUS con el PCE y más adelante con el PSOE antes del aburguesamiento acelerado de Felipe González. En vista de la insatisfacción de Carrillo el propio Suslov trata de convencerle sin éxito y Carrillo le anuncia que el PCE criticará la intervención soviética.

Carrillo voló entonces a Bucarest junto a su amigo el dictador rumano Nicolae Ceaucescu. Allí, tras lograr el acuerdo del comité ejecutivo, condenó la invasión soviética de Checoslovaquia en Radio España Independiente y en

«Mundo Obrero». El editorial de «Mundo Obrero» fijaba bien su posición:

«No podemos concebir ni admitir la hipótesis —que ahora nuestros enemigos pueden formular— de que el día en que nuestro Partido llegue al poder en España en alianza con las fuerzas del trabajo y de la cultura, otra potencia socialista cualquiera que sea, nos dicte su política y menos aún, intervenga militarmente en nuestro territorio sin nuestra más enérgica resistencia». De vuelta en París fija su oposición ante el Comité Central y acepta por fin abiertamente la tesis italiana de que existe una crisis profunda en el

movimiento comunista y que es necesario adoptar el pluralismo de los partidos comunistas para no someterse a la razón de Estado —del Estado soviético— a que sirve el PCUS. «La realidad del movimiento comunista actual es la diversidad».

La discrepancia de Santiago Carrillo con el PCUS y la URSS a partir de la invasión de Checoslovaquia es real, pero, como detecta Fernando Claudín, cuyo certero análisis estoy siguiendo para este conflicto, es una discrepancia forzada, superficial e insuficiente. Porque Carrillo no va a romper con el movimiento comunista ni va a discutir la supremacía soviética. Va a seguir

inscrito en el cuadro estratégico general de los bloques y dentro del bloque soviético. Se limita a proponer como causa de la invasión la «razón de Estado» por parte de los soviéticos, Pero no explica ni remotamente que ese Estado soviético «no será en realidad representante de los trabajadores soviéticos sino de una clase o capa privilegiada, dominante, que ejerce un poder absoluto en su propio beneficio. No pone en duda, ni siquiera en duda metódica la supuesta naturaleza socialista del Estado soviético. Más aún, insiste expresamente en que «los partidos comunistas que han desaprobado la intervención y desde

luego el nuestro, subrayan simultáneamente que nada ha cambiado en su actitud hacia la gran revolución socialista de Octubre, hacia el partido de Lenin y hacia la Unión Soviética».

[547]

»Nada ha cambiado», lo dice Carrillo y tiene razón. En el documento siguiente, tomado de Claudín, se interpreta la discrepancia del PCE con la URSS en un plano puramente circunstancial y táctico. De esta forma:

DOCUMENTO 124

«El líder del PCE se encuentra en un atolladero, que se hace aún más

angosto cuando intenta dar respuesta a la siguiente pregunta puesta en boca de los adversarios del PCE. «Bien, aceptemos lo que tiene de específico el ejemplo de la URSS. Pero entonces, ¿cómo se explica que las democracias populares en el este de Europa hayan ido viniendo al sistema de partido único, cómo se explica el «golpe de Praga?»» La inconsistencia de las explicaciones de Carrillo resulta aún más flagrante que en relación con el caso soviético. Los culpables, en definitiva, de que no haya democracia en esos países —viene a decir— son la guerra fría y el imperialismo. Año y medio después de estas

«explicaciones» el ejército soviético invade Checoslovaquia para aplastar la democracia socialista que el pueblo y los comunistas checoslovacos comenzaban a edificar. Entonces Carrillo no tuvo más opción, so pena de perder toda credibilidad dentro del antifranquismo democrático español, que condenar el hecho y marcar más claramente sus distancias frente al comunismo soviético. Pero nunca lo bastante como para llegar a las elecciones de 1977 habiendo conseguido que la opinión democrática española dejara de asociarle con las dictaduras del Este.

«Es indudable que la insistente

propaganda franquista durante cuarenta años identificando al PCE con la «dictadura comunista» tuvo importante impacto en la sociedad española. Propaganda interesada, pero basada en hechos reales».^[548] Y tan reales; basada en las propias palabras de Carrillo que unos meses antes, como acabamos de ver, reafirmaba el concepto y el término de dictadura del proletariado.

DOCUMENTO 125

Pero no hace falta recurrir al análisis del expulso Claudín para comprender la simple superficialidad

táctica del distanciamiento entre Carrillo y la URSS a propósito de la invasión de Checoslovaquia. Unas semanas después de la invasión y la presunta condena Carrillo elogiaba en bloque a la Revolución soviética, al Estado soviético y a todas sus consecuencias:

«No se puede discutir al PCUS el «milagro histórico —ahora que se habla tanto de milagros— de haber hecho, mantenido y consolidado las revolución más grande y más difícil que conoce la Historia... En definitiva, la realidad es que el PCUS, por haber hecho la revolución antes que ningún otro partido, en un país enorme, que

tiene un peso decisivo en la esfera internacional, se encuentra emplazado automáticamente a la vanguardia de las fuerzas de la revolución mundial.» Lo cual significa que «debemos ser conscientes de que recíprocamente esto nos crea también deberes ineludibles de solidaridad para con la Unión Soviética».^[549] Solidaridad a las pocas semanas de que la Unión Soviética consumase la invasión de Checoslovaquia. No cabe mayor prueba de la simple superficialidad táctica que movía a Carrillo en su «condena».

POR SUS AMIGOS LOS CONOCERÉIS: CARRILLO Y LOS DICTADORES COMUNISTAS

Fernando Claudín acaba de sugerirnos, intuitivamente, que la opinión pública española nunca se tragó la condena de Carrillo a la URSS por la salvaje invasión de Checoslovaquia porque, entre otras cosas, siguió siempre asociando a Carrillo con las dictaduras comunistas. Es una gran verdad; por sus amigos los conoceréis. En sus entrevistas, en sus artículos, en sus memorias, Carrillo nunca se encuentra

más a gusto que en compañía de los tiranos comunistas de Europa, Asia y América; el discípulo de Lenin y de Stalin no desmiente los elogios a estos pequeños Stalins de nuestro siglo ni siquiera a la hora de hacer balance crítico de su vida. Porque no hay tal crítica en el balance, desde luego.

FALSEDAD 73

«El sistema rumano fue durante un tiempo el más liberal y abierto de los regímenes de Europa del Este»

«Se le ha colgado a Ceaucescu la fama de ser un hombre sanguinario, creo que injustamente».^[550]

El encuentro con el dictador de Rumanía, Nicolae Ceaucescu a raíz de la invasión soviética de Checoslovaquia da pie a Carrillo para entonar un cántico a su gran amistad con el monstruoso jerarca de Bucarest, que facilitó la entrevista entre Carrillo y François Mitterrand a orillas del Mar Negro y también le aproximó al líder laborista británico Harold Wilson. Trata Carrillo de defender al tirano de las acusaciones que le presentan como sanguinario aunque tiene que reconocer entre líneas el hambre espantosa a que fue sometida Rumanía por una absurda política industrial megalómana, edificada sobre la represión y el sufrimiento del pueblo.

Se atreve a reprochar a Ceaucescu su «escasísima formación cultural» pero no dice una palabra sobre su decisión no sólo de expropiar sino de arrasar las iglesias de Rumanía, que por fortuna se libraron en muchos casos de la destrucción por la muerte del dictador. Como eran tan amigos, Carrillo registra que al comenzar los años setenta se dio cuenta de que Ceaucescu se estaba volviendo loco; pero como siguió durante veinte años al frente de los destinos de Rumanía puede imaginarse el lector lo que pudo hacer con Rumanía, hasta su rapto de locura final, quien daba ya signos paranoicos ante sus amigos al comienzo de los años setenta.

Cuando cayó el Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 el dictador loco de Rumanía trató de afianzarse en el poder gracias a su sanguinaria policía política, la Securitate, calcada sobre la Gestapo y la KGB, aunque a Carrillo no le gusta el adjetivo. Pero fue inútil y ante la amenaza popular que se encrespaba contra él se fugó con su no menos tiránica esposa el 22 de diciembre y luego fue habido, juzgado y ejecutado por el Comité de Salvación Nacional una de cuyas primeras medidas fue la abolición de la pena de muerte. [551] Santiago Carrillo inició entonces la publicación en fascículos de sus ejemplares relaciones con Ceaucescu,

en la misma revista que incluía un exacto reportaje sobre los esfuerzos del pueblo rumano para borrar la pesadilla que le había oprimido durante décadas.

[552] El nuevo hombre fuerte de Rumanía, Petre Roman, hijo de una española y un voluntario de las Brigadas Internacionales, opositor a Ceaucescu y amigo también de Carrillo, declaraba en ese mismo número sobre los «actos criminales» de Ceaucescu, con mayor proximidad y credibilidad que Carrillo, quien se extasía con el «Conducator» aunque abomine del Caudillo. La espantosa deuda rumana de quince mil millones de dólares provenía en gran parte de una no menos espantosa

corrupción. Cuarenta familiares del dictador ocupaban altos puestos en el Estado. En su palacio de Bucarest el tirano seleccionaba valiosos incunables robados de la Biblioteca Nacional.

Ceausescu se hacía traer la comida desde París. Disponía de un catador oficial, como los potentados de la Edad Media. Murió en virtud de la propia locura que había desencadenado, a manos de sus propias criaturas políticas. Era, ya lo ven claramente los lectores, todo un liberal.

En fin, el propio Carrillo se encarga de contradecir en sus fascículos rumanos al Carrillo que pretende librar a Ceausescu del estigma sanguinario:

«Nicolae Ceaucescu —escribe— respondía a las manifestaciones ciudadanas con la represión y el fuego de las armas. La Securitate abrió una guerra civil sangrienta contra el pueblo, tratando de contener la avalancha por el terror».

No hace falta que reproduzcamos la admiración de Carrillo por otro tirano de su tiempo, Fidel Castro, a quien hemos visto que colma de elogios. Cuando se escriben estas líneas miles de cubanos se juegan la vida, y muchas veces la pierden, al escapar del paraíso rojo y criminal en que Castro ha convertido a la última provincia española de América. Pero Carrillo

alcanza el colmo de la impudicia histórica cuando trenza una y otra vez los agradecidos elogios a otro dictador enloquecido y amigo íntimo suyo, el Gran Líder de Corea del Norte, Kim Il Sung.

FALSEDAD 74

«En Occidente no se conoce a Kim Il Sung; la versión que se da sobre él, un tirano sangriento, no corresponde en absoluto a la realidad; no es así como le ve su pueblo ni como le he visto yo».^[553]

Así nos presenta Carrillo la figura de otro gran político liberal del

comunismo. Carrillo le conoció en 1969, gracias a la mediación de Ceaucescu. El profesor Antonio Elorza, tras aludir malévolamente a «ciertas concesiones comerciales o a la satisfacción que a nuestro secretario general le procuraban los recibimientos con honores de jefe de Estado» concluye: «El grado de deificación alcanzado por el culto a la personalidad prestado a y exigido por el fallecido dictador a sus súbditos encuentra raíces propias, amén de la influencia maoísta... Con razón apuntaba Carlos Marx que en este tipo de relaciones comunitarias, aparentemente idílicas, se hallaba la raíz del despotismo oriental;

mal podía imaginar que acabarían fundiéndose con su legado político». [554]

El déspota oriental a quien Carrillo quiere también librar de la fama de sanguinario quiso despedirse de este mundo con un acto de barbarie inigualado por los demás tiranos comunistas: someter al mundo libre a una amenaza nuclear. Kim estaba empeñado en conseguir su bomba atómica desde 1992 cuando fue descubierto por la vigilancia de la Agencia Internacional para el Control de la Energía Atómica. El presidente Clinton declaró que el proyecto norcoreano planteaba «la crisis internacional más grave desde la guerra

del Golfo» y el diario ABC titulaba a doble página: «Tres ejércitos se movilizan en Corea bajo la amenaza atómica de un dictador loco».^[555] En plena amenaza atómica Georgina Higuera recordaba que el ejemplar líder que nos presenta Carrillo «se fue elevando a los altares de una nación sometida y adoctrinada hasta límites sólo imaginables por George Orwell y su novela casi profética «1984». Kim, cuyo nombre no es el suyo, ha impuesto en Corea del Norte una biografía que tampoco es la suya, al más puro estilo staliniano. Gobernaba con mano de hierro a la República Popular de Corea desde 1948. No hay en el mundo una

nación mas cerrada, más aislada. La doctrina «zuche» que Carrillo toma tan en serio, no es más que la manipulación de Kim sobre una tradición nacional. «Los servicios de espionaje surcoreanos —prosigue la periodista— aseguran que no existe oposición al régimen de Kim Il Sung porque fue barrida del escenario político, exterminada en gélidos campos de concentración».

Además de las loas repugnantes de Santiago Carrillo, único político de Occidente que se ha atrevido a elogiar al déspota, cuarenta mil bustos, estatuas y monumentos recuerdan obsesivamente en Corea la omnipresencia del Gran Hermano. Desde 1967 el culto divino de

Kim, inigualado tras la desaparición del imperio romano, se extendió, como en Roma, a la familia del genio creador, del dios hombre. Georgina Higuera, periodista con experiencia en China y Extremo Oriente, cita con asombro unas manifestaciones de Santiago Carrillo que nada tienen que ver con la verdad de Corea y el despotismo del Gran Líder.

[556]

Pero Carrillo ha tenido muy mala suerte con sus elogios desmesurados y absurdos al tirano nuclear de Corea. El 7 de julio de 1994, en plena alarma mundial por sus desvaríos atómicos, falleció el jefe inmortal y dejó por heredero de la primera dinastía roja a su

hijo Kim Jong Il. El espectáculo fúnebre que dio al mundo un país de 22 millones de habitantes con el cerebro lavado redujo a polvo ridículo los elogios de Carrillo que suscitaron un inmenso asombro en España si alguien pudiera ya asombrarse de las ocurrencias de Carrillo. El cual, al menos, no editó en cómodos fascículos la historia de sus relaciones con el déspota de Corea, el hombre que además de sus crímenes, ha logrado según parece arrebatarse el alma a sus 22 millones de compatriotas.

LAS OSCURAS ADMIRACIONES DEL PCE POR LA ETA

Poco antes de la invasión soviética de Checoslovaquia, el 2 de agosto de 1968, la organización terrorista y separatista vasca ETA asesinaba al comisario Melitón Manzanas. En el pleno ampliado del Comité Central del PCE que se celebró en septiembre y confirmó el distanciamiento táctico de Carrillo respecto de la URSS el propio Carrillo aprobó el asesinato del comisario con palabras que años después desearía no haber pronunciado:

DOCUMENTO 124

«El atentado a Manzanas es, desde todos los puntos de vista que se mire, una acción justa, una acción que nadie, ningún antifranquista, puede condenar... Nosotros estimamos que en este momento todavía el Partido no debe comprometer las posibilidades de crecimiento del movimiento de masas, de la unidad, convirtiendo esa táctica en su táctica. Pero eso no significa, camaradas, que en determinados momentos, sin comprometer directamente al Partido, buscando otros medios, buscando otras formas, nosotros mismos no consideremos

necesario y justo liquidar, hacer desaparecer a tal o cual enemigo jurado, a tal o cual verdugo, a tal o cual monstruo fascista... Se trata de salir al paso de una cierta concepción que pueda desprenderse cuando se habla del ETA (sic) Esa no es nuestra táctica esencial, pero tampoco podemos renunciar en algún momento a utilizarla.». Y el exegeta del PCE que nos proporciona esta importante cita subraya que vuelve al pensamiento y al lenguaje de Carrillo la lucha armada; «cada vez que surgen dificultades se recupera ese guiño histórico».^[557] Y volvía también, desde los días de la represión en la

guerra civil, ese terrible verbo, «liquidar» que podría aplicarse a cualquier enemigo jurado, a cualquier monstruo fascista.

Esta es, por tanto, una versión profunda de la famosa reconciliación nacional; el endoso y la aprobación de la actividad terrorista y la amenaza de seguir ese mismo camino en casos que merezcan la pena. Pero Gregorio Morán se equivoca cuando añade que «hasta la muerte de Melitón Manzanas él (Carrillo) no sabía siquiera que existiera (el ETA). Porque dos años antes, en 1966 y en las páginas de «Después de Franco ¿qué?» Carrillo había mencionado

positivamente a la ETA (llamándola así, la ETA) en términos de excepcional elogio:

«Tampoco me referiré en detalle a otros grupos progresistas como el FLP o la ETA, que han agrupado en sus filas militantes valiosos y cuya perspectiva es, por el momento, difícil de trazar».^[558] **La ETA, por tanto, era un grupo progresista para Carrillo en 1966; y en 1968 ejecutaba, con el asesinato de un comisario de Policía, una acción encomiable que podría servir, para ocasiones señaladas, como ejemplo al propio PCE.**

No se trata de una alusión fugaz. En el pleno ampliado del Comité

central del PCE celebrado en el verano de 1970 «va a ser Sastre el que se muestre fascinado ante el fenómeno de ETA en éste su último discurso en el Central y en el Partido, preludiando la que sería su nueva opción política. «Creo que tenemos que aprender algo los comunistas de los compañeros revolucionarios de ETA... Han demostrado cómo el problema nacional es un problema profundamente de las masas... Ellos han sabido tirar a su medida de lo que sienten las masas, de lo que piensan las masas, de lo que quieren las masas».^[559] Estos tres antecedentes, que luego Carrillo tratará de sepultar

en el olvido, y de los que por supuesto no se jacta en sus memorias, me parecen interesantes para comprender algunos trágicos acontecimientos posteriores, como en su momento se verá. Aunque debo anotar ya que en el informe de 1970 (documento 126) Carrillo ratificó su admiración incondicional por ETA y que en el VIII Congreso del PCE celebrado en 1972, (pág. 34) Carrillo trata de desmarcarse de la estrategia de ETA, aunque sin desmentir formalmente sus consideraciones anteriores.

SILENCIO DE LAS MEMORIAS SOBRE LA SUCESIÓN

Durante el año 1969 se producirían acontecimientos fundamentales para la historia de la Humanidad y para la historia de España. En el admirable libro-testimonio de López Rodó, «La larga marcha hacia la Monarquía»^[560] se reflejan autorizadamente las vacilaciones del Generalísimo Franco ante la sucesión, las tensiones entre la pequeña corte del conde de Barcelona en Estoril y los Príncipes en el palacio de la Zarzuela, el esfuerzo clarividente y

convergente de todos los aperturistas del régimen, preocupados por la decadencia personal de Franco, para conseguir que no se retrasara más la decisión sucesoria. Alfonso Osorio, que como López Rodó posee y comunica una información de primerísima mano sobre ese delicado período, recuerda que «todos los delitos, cualesquiera que fuesen sus autores, su gravedad y sus consecuencias, cometidos antes del 1 de abril de 1939, se habían declarado prescritos por ministerio de la Ley en marzo de 1969 cuando Franco preparaba ya la declaración de don Juan Carlos como sucesor a título de Rey».^[561] Es decir que, como hemos adelantado, fue

Franco quien amnisti6 a Carrillo, como a todos los participantes en la guerra civil, en relaci6n a los posibles efectos penales de lo que sucedi6 durante ella.

Poco antes la tensi6n y la discrepancia pol6tica entre las dos grandes potencias comunistas, la URSS y China, degeneraba en guerra abierta a lo largo de la frontera marcada por el r6o Usuri lo que sin duda contribuy6 a enrarecer el ambiente de la conferencia de partidos comunistas celebrada en Mosc6 en junio del mismo a6o 1959.

Carrillo y la Pasionaria participaron en esa conferencia convocada por Breznev a toque de rebato ante el conflicto ruso-chino y los tirones

autonómicos, cada vez más perceptibles, de los comunistas italianos que se enfrentaban con el mismo problema de credibilidad democrática que Carrillo. El cual haría aprobar en el Comité Central (10 enero 1982) cuando ya estaba en su agonía política una tesis histórica falsa:

FALSEDAD 75

«Ya en la Conferencia Internacional de 1969 de los Partidos Comunistas quedó claro que el PCE abandonaba toda relación privilegiada con el PCUS y de esa trayectoria no se ha separado».^[562]

Como esta es una tesis repetida obsesivamente en las memorias de Carrillo conviene que la atajemos de inmediato.

DOCUMENTO 125

Lo va a hacer el mismo miembro de la dirección del PCE que durante años se ha encargado de las relaciones internacionales del Partido, Manuel Azcárate quien cita la resolución anterior y comenta:

«Creo sin embargo que es totalmente erróneo decir, como se ha hecho en la resolución presentada por Carrillo (incluye la que hemos

reproducido como falsedad anterior)
Es muy peligroso dar por logrado algo
que aún hace falta conseguir...

«No quiero rebajar la importancia
de lo que se hizo en 1969. Pero ello no
liquidó la etapa histórica de las
relaciones «privilegiadas» con el
PCUS y más en general con los
partidos comunistas en el poder.

«Bastará un sólo ejemplo para
demostrar que existen aún en la
actitud del PCE —doce años después
de 1969— cuestiones a resolver. En
Praga se publica una llamada «Revista
Internacional» que es un triste
instrumento de propaganda soviética
de permanente ataque contra los

comunistas chinos, presuntamente editada por 50 o 60 partidos comunistas aunque en manos totalmente de los funcionarios del PCUS. Desde hace bastante tiempo el PCE no tiene delegado permanente en su redacción. Pero seguimos figurando en el consejo editorial. Nos sentimos obligados a acudir a una serie de reuniones en Sofía, en Berlín este etc. etc., que sirven sobre todo para propagar las posiciones soviéticas. Y aunque nuestra actitud haya sido crítica, nuestra presencia misma crea ambigüedad y es un residuo del pasado...

«No se trata de un problema

terminológico. Si un partido se considera a sí mismo como parte o miembro del movimiento comunista internacional, es evidente, en mi opinión, que acepta de hecho una «relación privilegiada» con la Unión Soviética y con el PCUS, que se encuadra de una u otra forma, incluso de forma crítica, en la estrategia soviética tendente a imponer su hegemonía entre las fuerzas obreras en el mundo».^[563] Lo cual no quita para que en la citada conferencia Breznev se mostrara grosero con Carrillo; al PCUS ni siquiera la posición superficialmente crítica que no excluía al PCE de la gran

estrategia soviética le parecía intolerable y por eso se produce poco después la primera escisión importante en el PCE, protagonizada por Enrique Lister, que publicará, como sabemos, su tremendo alegato «¡Basta!» contra Santiago Carrillo y sus métodos.

Pero en la última decena de julio de 1969, casi a la vez que los Estados Unidos vencían a la URSS en la carrera espacial al plantar su bandera en la Luna, y en nombre de toda la Humanidad, Franco daba por fin el paso decisivo para asegurar la sucesión y designaba ante las Cortes a don Juan Carlos de Borbón como sucesor a título de rey. En sus memorias Carrillo no se

ocupa de este acontecimiento pero como veremos ha dejado en otras fuentes claras huellas de su desprecio y su hostilidad hacia don Juan Carlos hasta que el comportamiento democrático del sucesor de Franco puso a Carrillo en fuera de juego. En cambio nos explica que precisamente en este año 1969 mantuvo un primer contacto, luego muy frecuente, con José María de Areilza. Como Carrillo concreta que este encuentro se produjo tras la dimisión de Areilza al frente de los consejeros políticos de don Juan de Borbón cabe pensar que los dos se reunieron después de la aceptación por don Juan Carlos de la sucesión que Franco le ofrecía.

Aquellos eran tiempos muy complicados y el horizonte político de España se cargaba de nubarrones inciertos que no terminó de despejar la designación del Príncipe. Los españoles, incluso los políticos de gran envergadura, como era el caso de Areilza, carecían casi siempre de una información cabal sobre las tendencias soterradas de los demás grupos. Areilza, hombre cultísimo y dotado de gran experiencia y amplias relaciones interiores e internacionales, era —ha sido siempre— una personalidad conciliadora y tenía ya entonces muy claro el esquema de una transición con objetivo democrático que los Estados Unidos y las demás

potencias occidentales deseaban y procuraban activamente para España. La información que los medios políticos y militares poseían entonces sobre la trayectoria y las intenciones de Santiago Carrillo era a todas luces muy insuficiente (en parte por insuficiencia de los servicios de información) aunque todos estaban impresionados por la decisión y la propaganda del PCE, que se veía a sí mismo como el Partido por antonomasia, la única fuerza seria e importante de la oposición al régimen. Esto no era cierto y la trayectoria de Carrillo era mucho mas oscura de lo que imaginaban los observadores españoles pero explica que Areilza quisiera

conocerle personalmente y que muchos políticos españoles siguieran su ejemplo. Incluso, después de unos años, el propio Príncipe sucesor. Por supuesto que también tienen razón Claudín y Semprún cuando a propósito de estos contactos comentan que Carrillo, según el patrón de Stalin, hiciera suyas las ideas fundamentales de sus adversarios políticos tras deshacerse de ellos.^[564]

Eso sí, cuando relata su entrevista con Areilza en la alcaldía de Aubervilliers Carrillo se equivoca al referirse a la «dimisión» de su interlocutor en el consejo de don Juan. El conde de Barcelona, decepcionado por la desacertada información que le había

proporcionado ese consejo, se limitó a disolverlo y pasó abnegadamente a un segundo plano histórico en beneficio de su dinastía. Aunque no se mostrase precisamente feliz con el acontecimiento de la sucesión.^[565] También conviene notar que el interés de Areilza y los demás políticos importantes de la oposición democrática, además de algún importante mando militar y el propio Príncipe por conectar con Carrillo infundieron en el secretario general una convicción de su propia importancia decisiva para el futuro que luego se estrellaría violentamente con el rechazo del pueblo español, menos confiado que sus mentores, en las primeras y las

segundas elecciones generales.

CARRILLO ANTE LAS VACILACIONES DEL RÉGIMEN DE FRANCO

A partir de 1969 la tensión histórica de las memorias de Carrillo decae bruscamente. Su impulso ideológico se adultera y se desconcierta, después de todos los vaivenes contradictorios que han agitado su vida. Ha sido durante gran parte de esa vida, a partir de 1935, un instrumento de la Unión Soviética, forjado por el ejemplo y el magisterio

de Stalin. Ahora, en los años setenta, cuando la transición democrática se precipita en España, Santiago Carrillo sueña obsesivamente en una carrera política española. Se ha referido en dos ocasiones a su insuficiente y efímera condición de ministro; una especie de ministro delegado para la represión en el Madrid rojo de 1936; un ministro fantasma de un gobierno republicano fantasma en los años cuarenta, del que encima le echaron desde el propio PCE. La etapa final de su vida sólo empieza en la página 571 de sus memorias. Se salta años enteros, pasa por alto sucesos de primordial importancia. Pero deja muy claro que se ha convertido en un

político pragmático, que exagera hasta el paroxismo su independencia (más que relativa) del PCUS y no digamos su talante democrático, que perdió para siempre en 1934, y lo perdió de forma muy extraña porque nunca lo había tenido. Ahora, en lo que él llama «pretransición» tratará de instrumentar al Partido Comunista en servicio de su propia carrera política. Hasta que los comunistas se hartaron de advertirlo y le arrojaron por la borda. Entretanto el Carrillo político de la transición fue una creación artificial de la derecha, de los escapados del Movimiento en quiebra y por qué no decirlo, de la propia Corona. Ante esta actitud inesperada de sus

enemigos políticos, a los que acababa de llamar en su enésimo reflejo de guerra civil «monstruos fascistas», Carrillo se creció y se ilusionó con que la transición iba a realizarla él. Ignoraba por completo quienes eran los verdaderos promotores de la transición: la estrategia norteamericana expresada a veces directamente, a veces a través de los gobernantes de Alemania, Francia y Bélgica (y algo también el Reino Unido); el despegue de la Iglesia pero no de la Iglesia marginal a la que él cultivaba sino de la Iglesia institucional inspirada atropelladamente por el Vaticano; y por supuesto la Corona antes y después de que su titular la ciñese.

Todo ello alzado sobre la garantía de las Fuerzas Armadas y la voluntad reformista, prácticamente unánime, del pueblo español. De todo esto no se enteró Carrillo hasta que se estrelló en 1977; y a tenor de sus memorias me temo que sigue todavía sin enterarse.

Inmediatamente antes de su primera entrevista con José María de Areilza Carrillo desconfiaba mucho de los nuevos demócratas (ellos se decían demócratas de toda la vida) que aconsejaban a don Juan de Borbón. «Yo no veía —dice— ninguna voluntad clara en el exilado de Estoril y en sus seguidores del interior, de enfrentarse activamente con la dictadura. En el

fondo esperaban que fuese ella misma la que un día les llevase al poder». [566] He mostrado muy pocas veces mi coincidencia con los análisis de Carrillo; ésta es una de ellas.

Cuando empieza a difundirse, de forma no oficial, el término «eurocomunismo» que primero rechazará Carrillo y luego, cuando tome carta de naturaleza, asumirá Carrillo, las relaciones entre comunistas españoles y soviéticos entran en una fase de ambigüedad que resulta difícil no interpretar como calculada. En marzo de 1970 la España de Franco y la URSS abren relaciones diplomáticas y poco después, durante una conmemoración de

Lenin en Moscú, Carrillo y la Pasionaria conferencian con los ideólogos y estrategas soviéticos Suslov y Zagladin. Por una parte los soviéticos alientan la disidencia, cada vez más agresiva, de Líster contra Carrillo; por otra firman un comunicado conjunto con Carrillo que mantiene así el cordón umbilical con el partido-guía. Para mí la clave de la relación maquillada, pero nunca interrumpida, entre el PCE y los soviéticos radica en la posición estratégica fundamental. Carrillo criticará la estrategia de bloques pero se inscribirá en el ámbito del bloque comunista mientras éste exista. Mostrará su desacuerdo con acciones soviéticas

concretas como la invasión de Checoslovaquia pero jamás cancelará su referencia esencial y negativa contra el imperialismo norteamericano y nunca mencionará al imperialismo soviético.

En agosto de 1970 se celebra cerca de París un nuevo pleno ampliado del comité central del PCE, donde se va a consumir la expulsión de Enrique Líster y a promover la renovación del Partido con dirigentes del interior. Ingresan en el Comité Central el aristócrata y promotor de Comisiones Obreras Nicolás Sartorius, antiguo alumno de los jesuitas, el sindicalista catalán doctor Antonio Gutiérrez, la activista Pilar Brabo y el cineasta Juan Antonio

Bardem. El interminable y plúmbeo informe de Santiago Carrillo se publicó después en forma de libro cuyo título fue «Libertad y socialismo».^[567] En este caso Carrillo rompe el secreto y reconoce en la introducción que el libro se basa en el citado informe.

Carrillo dirige ante todo un ataque frontal al Opus Dei. «Ha aumentado el poder de la secta religiosa, político-financiera del Opus Dei» (p. 12). Pero sobre la tesis general del informe —la descomposición del franquismo— el PCE mantiene su política sobre la conjunción de la hoz y la cruz. «Uno de los méritos de nuestra política —sigue— consiste en haber captado a tiempo

los cambios que se han introducido en el seno de la Iglesia, en habernos liberado de todo el sectarismo tradicional de la izquierda española, provocado por el integrismo clerical y en haber apreciado justamente el valor positivo de esos cambios para el porvenir de la lucha por la democracia y el socialismo. Así nuestro Partido demostró que en su política dominaba la preocupación del futuro por encima de las heridas del pasado, el mañana sobre el ayer...» (p. 25). Es importante comprobar cómo Carrillo marca así el doble tiempo en que debía desarrollarse la acción de la Iglesia contra el régimen; primero como adelantada de la democracia y luego

como vanguardia para el socialismo. Por supuesto que Carrillo confundía la parte marginal con el todo institucional y que la marcha de la Iglesia no iba a regirse por las consignas del PCE. Pero cuando se iniciaba la época del cardenal Tarancón conviene recordar que un importante asesor político del cardenal coincidiría objetivamente con los dos tiempos marcados por Carrillo al considerarlos como programa político de la Iglesia en España. En mi ya próxima historia de la Iglesia en el siglo XX profundizaré como es debido en tan significativa coincidencia; porque entretanto la Iglesia española seguía manteniendo en los años setenta el

dudoso privilegio de ser la única Iglesia europea que no condenó al marxismo y al comunismo desde la Carta colectiva de 1937. La hoz y la cruz no era solamente ya una lejana consigna sino una sorprendente coincidencia estratégica, aunque finalmente se hundiera en la frustración, por el fracaso del comunismo y por el fracaso de la Iglesia postconciliar en España. Pero en 1970 ese fracaso no parecía inminente sino todo lo contrario. Por eso Carrillo utiliza la tribuna de «Le Monde» (4 nov. 1970) que era una especie de evangelio de la progresía española del momento, para repetir formalmente la consigna de Manuiski:

«Nosotros hemos dicho a menudo que el socialismo español avanzaría con la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra».

Desde la incorporación de núcleos intelectuales y culturales del PCE a partir de los años cincuenta Santiago Carrillo sustituía la mención dogmática de la lucha de clases por la «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura». Ahora amplía esa alianza al Pacto por la Libertad, un antecedente claro del proyecto que se llamaría en 1974 Junta Democrática. Resulta sarcástico que el hombre de la represión en Madrid, el joven político que había entregado las juventudes socialistas a Stalin, el hijo

resentido que había renegado de su padre por amor a Stalin, el director de la estrategia comunista en los años de hierro y de sangre, el secretario general que con tanta furia amenazaba al régimen y a la oposición con la revuelta armada, el patrocinador, durante décadas, de una democracia soviética para España, se presentara ahora como el abanderado de la libertad (p. 32). Pero en este mismo informe, para que no hubiese dudas sobre la exacta localización del comunismo español en la escena mundial, viene Carrillo a dar la razón a Manuel Azcárate cuando insiste en que con el PCUS «es mucho más lo que nos une que lo que nos

separa» (p. 74) por lo que expresa una vez más su plena identificación y solidaridad con las «democracias» soviéticas:

DOCUMENTO 126

«Por eso nos consideramos parte inseparable del movimiento comunista internacional, del conjunto de fuerzas que en el mundo lucha por la paz, la liberación y el socialismo...

«Somos plenamente solidarios de los países que construyen el socialismo; de los pueblos que, como Vietnam, Camboya y Laos, o los de los países árabes, combaten por su

libertad, somos solidarios de la lucha de las masas trabajadoras y oprimidas en todas las naciones de la Tierra...

«Apoyamos los esfuerzos de la Unión Soviética por lograr el mantenimiento de la paz mundial».

Y en una cadeneta final para subrayar la identificación del PCE con diversos núcleos españoles rebeldes al régimen los miembros del Comité Central dedicaron una ovación especial a estas palabras: «Es la Euzkadi obrera y la nacional que por la voz del Partido Comunista vasco y de los jóvenes luchadores de ETA grita su odio a la opresión social y nacional».^[568] Así quedaba reconfirmada la adscripción

estratégica de Carrillo y el PCE en favor de la subversión española interior y del bloque soviético, de la ejemplar democracia soviética. Hay que reconocer que Carrillo no engañaba a nadie; y que los sectores de la Iglesia y de la burguesía española que empezaban a apoyarle se entregaban al enemigo conscientemente, con actitud suicida o nihilista.

A fines de 1970 el régimen de Franco quiso montar en Burgos el gran proceso contra la ETA pero le salió el tiro por la culata: porque el acontecimiento se convirtió ante la opinión pública mundial, absurdamente, en el proceso de un régimen que, salvo

el acierto histórico de fijar la sucesión personal, ya había dejado de creer en sí mismo después del espantoso y ridículo escándalo MATESA de 1969. Esta vez el análisis del Comité Ejecutivo comunista sobre el desmoronamiento interior del régimen se acercaba mucho a la realidad.

El 23 de marzo de 1971 una de las mejores periodistas de España, Pilar Narvió, corresponsal en París del diario de los sindicatos verticales «Pueblo» dirigido con mano maestra y gran aceptación popular por Emilio Romero, presentaba a «los nuevos comunistas» como ella les llamaba y especialmente a Santiago Carrillo, con

quien se entrevistaba frecuentemente, a la sociedad española. Esta crónica es una demostración de que la propaganda de Carrillo sobre la reconciliación nacional y la vocación democrática del comunismo renovado penetraba seriamente en muchos líderes españoles de opinión. La propaganda del régimen persistía en los viejos tópicos y desaprovechaba lamentablemente la abundante munición que el propio Carrillo se encargaba de ofrecer en sus libros y en los artículos de la prensa comunista. Nadie parecía advertir en España que precisamente entonces Carrillo estrechaba sus relaciones con el brutal dictador rumano Ceaucescu,

aunque veintidós años después dice haber detectado ya entonces en él los primeros síntomas de su degeneración paranoica. Nadie valoró que el PCE, tras haberse alineado durante tantos años a favor de las condenas soviéticas contra China, ahora, con motivo del 50 aniversario del partido comunista chino, felicitaba a los hombres de Mao como prólogo para el viaje cordialísimo emprendido por el propio Carrillo a la República Popular china. Después de la crisis MATESA a la vuelta del verano de 1969 el frente franquista del Opus Dei había convencido al almirante Carrero para que eliminase al sector evolucionado del Movimiento (Fraga)

con lo que la defensa cultural e intelectual del régimen de Franco quedaba a la deriva, entregada a las reacciones desorientadas del llamado «bunker» que sólo pretendían la supervivencia sin horizonte. Tampoco la oposición podía ofrecer en contra nada parecido a un frente cultural e intelectual; pero se aglutinaba en posiciones tan negativas como agresivas, con el PCE como punta de lanza y sabida es la capacidad de arrastre que han tenido siempre en la España contemporánea las actitudes negativas en bloque. Por otra parte la Iglesia de los años setenta insistía en su antihistórico despegue del régimen y se

sumaba a ese bloque de actitudes negativas mientras las llamadas familias del régimen se despedazaban entre sí. En medio de tanta confusión sólo las Fuerzas Armadas mantenían una actitud serena como garantía del futuro. Y esa actitud era irrevocablemente anticomunista, sin dejarse impresionar en lo más mínimo ante los torpes intentos de aproximación esbozados por Carrillo desde París.

Pero Santiago Carrillo, que captó con innegable oportunismo el despegue de la Iglesia respecto del régimen e incluso logró el apoyo del sector marginal y alucinado del catolicismo «progresista» no comprendió nunca la

firmeza de las posiciones militares en España ni mostró la más mínima capacidad para un análisis global de esa transición que ya apuntaba por todas partes. Sustituyó ese análisis con la repetición machacona y voluntarista de sus tics de propaganda: la reconciliación nacional, la marcha común hacia la democracia, la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura. Él mismo llegó a creerse la solidez de su posición ideológica, que no era más que aprovechamiento barato de la incertidumbre del contrario. Pero siempre que chocaba con la realidad, Carrillo dejaba muy claro cuál era su verdadero pensamiento, su verdadera

finalidad. No olvidemos que ésta era la década de su gran idilio con Castro, con Ceaucescu y con Kim Il Sung, los tres supervivientes más descarados, junto a él mismo, del stalinismo después de Stalin. Los observadores del régimen acumulaban las hojas informativas sobre las burdas soflamas de Radio España Independiente pero ninguno de ellos se paró a analizar el disparatado viaje de Carrillo al Chile dominado por la dictadura roja de Salvador Allende en 1972. Allí disertó el secretario general del PCE a sus anchas. Ni una palabra sobre la entrega cada vez mayor de Allende a la estrategia marxista-leninista de Fidel Castro. Ni una crítica

a la profunda instrumentación de una parte de la Iglesia chilena en favor de esa dictadura roja, porque no era otra cosa; si bien la propaganda de la Internacional Socialista —con la colaboración de varios medios informativos de la estúpida derecha española— sigue empeñada desde entonces en precintamos a un Salvador Allende como ejemplar portavoz de las libertades democráticas en Chile. En su viaje de 1972 a Chile, Santiago Carrillo señaló a la gran culpable de las dificultades de aquel régimen marxista, que naturalmente era la CIA, contraria al «impecable respeto a las libertades democráticas» demostrado a diario por

un político que estaba hundiendo a Chile en la frustración y en el caos.^[569] Pero como Carrillo no pudo menos de advertir el caos, recomendaba sin rebozos el remedio: «preparar al pueblo para una defensa armada del sistema».^[570] He ahí la versión chilena de la reconciliación nacional y de la democracia perfecta según Carrillo. Aunque el sueño de la razón apenas duró un año en Chile después de tan democrática visita.

CARRILLO INSULTA AL PRÍNCIPE Y AMENAZA CON LA VIOLENCIA

Sin embargo el acontecimiento más importante para el PCE en 1972 fue la celebración de su VIII Congreso a la vuelta del verano; «el último —dice Claudín— bajo el franquismo y el último de la sempiterna unanimidad en torno al secretario general.» Esta vez el libro con las actas del Congreso se presentó abiertamente como tal y alcanzó una difusión dentro de España muy superior a la de anteriores asambleas.^[571] Este Congreso marca el

apogeo del totalitarismo carrillista, cuando ya se habían alzado las primeras voces reclamando a Carrillo que implantase en el Partido la democracia que reclamaba para la convivencia española.^[572] Pero Carrillo no hizo el menor caso a esas reclamaciones. No hubo, para el congreso, el más mínimo debate previo.

DOCUMENTO 127

«Según la versión oficial (Mundo Obrero 13 de octubre de 1972) en el congreso no hubo enfrentamientos entre fracciones o tendencias opuestas... sino un verdadero debate, con análisis críticos y autocráticos, con aportaciones, con contraste

efectivo de ideas. Tan verdadero que todo fue aprobado por unanimidad, los informes, a cargo del grupo de París (Carrillo, Juan Gómez, Gallego) y las resoluciones. Ni un voto en contra, ni una abstención».^[573]

Queda así demostrado una vez más el totalitarismo del secretario general del PCE. Pero la amplia difusión del libro del VIII Congreso por España (se podía encontrar fácilmente en la trastienda de muchas librerías, y no solamente las pro comunistas) demuestra que Carrillo creía a esas alturas tener ya suficientemente fascinada a la opinión y no engañaba a nadie. Por eso se atrevió a plantear una llegada violenta al

régimen democrático después de expresar una vez más la plena solidaridad del PCE con las dictaduras comunistas del mundo. Parece mentira cómo Carrillo cometió el increíble error de quitarse la máscara ante toda España en vísperas de la transición democrática. Su informe del el VIII Congreso, muy difundido, como vengo diciendo, por toda España, fue más eficaz contra el PCE que toda la propaganda del régimen. He aquí un extracto de sus tesis principales:

FALSEDAD 76

«Pero un dato alentador es que en

la competición histórica entre los dos sistemas, el socialista y el capitalista, el sistema socialista va aumentando su peso específico, al tiempo que se agudiza la crisis del capitalismo.

«El Partido Comunista de España se siente profundamente solidario con los catorce países que viven ya en régimen socialista».^[574]

Se lució Carrillo con el pronóstico, cuando ya la URSS y los regímenes comunistas de Europa se hundían en el fracaso económico, camino del caos político y la desaparición del comunismo por el que Carrillo apostaba. No incluyo el detalle del análisis sobre los éxitos inmensos de cada país

socialista —la Cuba de Castro, el Chile de Allende, los satélites africanos— porque éste es un libro de historia y no de humor negro, aunque las disquisiciones históricas de Carrillo desembocan siempre en el mas afrentoso ridículo en cuanto el lector puede cobrar un poco de perspectiva.

DOCUMENTO 128

Tras esta falsedad fundamental, que evidencia un completo desconocimiento sobre la evolución real de la confrontación de bloques, Carrillo impone un viraje a su anterior negativa contra el Mercado Común y

declara que aceptaría la aproximación de España al MCE una vez liquidado el régimen de Franco. Inmediatamente después arremete contra el centrismo, al que considera disfraz de la derecha española para perpetuar el régimen tras la desaparición de Franco. Luego copia a Tamames y se equivoca al asumir la tesis de que el reciente acuerdo preferencial de España con el MCE es un «pésimo negocio» cuando realmente ponía a España en situación mucho más favorable que la que ahora «disfruta» tras su integración en la CEE (p. 25). Revela después una primera aproximación a su próximo socio del Opus Dei Rafael Calvo Serer

al aceptar la tesis del delirante libro del antiguo integrista «Franco frente al Rey» (p. 29). Y a continuación dedica su primer insulto al príncipe Juan Carlos:

«Juan Carlos es una criatura de Franco, educada bajo su control, que ha jurado los principios del Movimiento, es decir los principios fascistas. Sin duda ha prometido en secreto a unos u otros que cuando reine hará de su capa un sayo y olvidará su origen y sus juramentos. Sin duda está ya borboneando a diestro y siniestro, lo que viene muy acorde con las tradiciones familiares. Pero la oposición no puede dejarse

trastear por ese tipo de promesas y guiños, métodos políticos del siglo pasado totalmente desplazados hoy».
[575]

FALSEDAD 77

«Nosotros no tenemos miedo a la libertad. La necesitamos como el oxígeno para llevar adelante la lucha por el socialismo. En España la causa de la libertad y la democracia la personifican hoy los partidos que están en oposición radical a la dictadura. Y de una manera particular el Partido Comunista».[576]

Acabarnos de ver en la falsedad 76

la identificación del PCE con las dictaduras marxista-leninistas; y vamos a ver inmediatamente en el documento 129 el nuevo despliegue de amenaza violenta como vía a la democracia. Esa era la libertad que Carrillo proponía, según sus propias palabras.

DOCUMENTO 129

«¿Qué realismo es ése que se imagina el paso de una dictadura fascista a una democracia sin que medie una verdadera revolución política?...

«Cualquier cambio revolucionario, por incierto que sea, exige la

anulación del orden anterior y esto no es posible sin una mediación de coerción y de fuerza».

«En este camino siempre hemos dicho que el momento de cambio se produciría cuando se realizase una ruptura, es decir, una revolución política que arrumbara a la dictadura e instaurase la democracia...

«Esa revolución política que necesita España no tiene por qué ser una guerra civil, ni siquiera una insurrección de corte clásico».

Por tanto Carrillo dice que no quiere guerra civil, pero sí revolución política con recurso a la violencia. ¿Dónde está la diferencia? En el recurso supremo,

que es la Huelga Nacional que ya ha dejado de ser «pacífica». Que es, como interpreta Claudín, «febrero de 1917», la primera fase de la revolución soviética. Con participación de la Iglesia, de sectores empresariales, del pueblo y del ejército, aunque no dice cómo.^[577] Pero esa revolución de febrero sólo sería un prólogo para la siguiente fase, la de Octubre. «El PCE —concluye Carrillo— estima que la concepción de la dictadura del proletariado como periodo de transición del capitalismo al socialismo no ha sido superada por el desarrollo histórico moderno». (p. 81) En vísperas del hundimiento de Allende, década y media

antes del derribo del Muro de Berlín y del comunismo en la propia URSS. Por si quedaran dudas en 1972 Carrillo vuelve a insistir en la violencia:

«Nosotros no renunciamos a la violencia revolucionaria pero se trata de la violencia de masas, apoyada en las masas que en determinados momentos puede ser necesaria, indispensable».^[578]

Las amenazas no eran vanas; en ese mismo año Carrillo, con ayuda del acreditado demócrata Ceaucescu, crea en Roma, según los archivos del PCE, una escuela de cuadros para cumplir sus objetivos en España.^[579]

Por tanto las cartas estaban echadas para el PCE desde el VIII Congreso en

1972. Los comunistas avanzaban por dos frentes: la proclamación de la ruptura identificada por Carrillo como revolución política violenta; y la ratificación, contradictoria, del «pacto para la libertad» para el que confiaba en la indudable fascinación que el PCE ejercía sobre figuras y medios de la oposición al régimen.

Lo malo para Carrillo es que durante su informe al VIII Congreso había prescindido en la práctica de las Fuerzas Armadas; carente de un análisis serio sobre la situación interior de los militares españoles se limitaba a aconsejarles que se mantuvieran al margen de la Revolución, de lo que

ellos, naturalmente, no hicieron el menor caso. Ese era el gran fallo en los proyectos revolucionarios de Carrillo, que se creía, según parece, su propia falsificación de la Historia y sus propios análisis superficiales sobre la realidad española.

En 1973 tuvo alguna resonancia en medios intelectuales la traducción, por la revista «Cuadernos para el diálogo» del libro del ya ex comunista francés Roger Garaudy «La alternativa». Entonces no se sabía aún que el destino de Garaudy era convertirse en ex de todo; dejó el cristianismo, el comunismo y hasta el horizonte occidental, para aproximarse luego al Islam y abrazarle.

Garaudy se mostraba oportunista y acrítico al asumir la denuncia juvenil derivada del 68 y luego proponía una especie de teología de la libertad que otros llamaban con menos remilgos teología de la revolución. Postulaba una tercera vía entre el capitalismo y el stalinismo burocrático; y seguramente impresionado por la moda yugoslava (que estuvo muy en auge entre los incultos y desinformados «progresistas» españoles del momento) optó por un vago sistema autogestionario que nunca acertó a definir. El relativo éxito del libro, prologado por Gregorio Peces-Barba. demuestra, desde nuestra perspectiva, el sorprendente vacío

cultural y político de la izquierda española en 1973. Pero resultaba cada vez más necesario encontrar nuevos moldes para verter las avejentadas ideas marxistas. Justo por los días en que el superburócrata Leónidas Breznev viajaba a los Estados Unidos para reclamar trigo con que calmar el hambre generalizada en la URSS, el líder comunista italiano Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo lanzaban en su reunión de Livorno el llamamiento eurocomunista ante un selecto auditorio rojo al que se habían incorporado algunos españoles: el crítico Jordi Solé Tura, el millonario Teodulfo Lagunero, «fan» de Carrillo, la inquieta joven

Belén Piniés y el inasequible al desaliento López Raimundo.^[580]

El 6 de octubre de 1973 una oleada de comandos del ejército egipcio sorprenden al ejército de Israel que celebraba imprudentemente la gran fiesta del Yom Kippur con descuido de su vigilancia en las posiciones a lo largo del canal de Suez y desencadenan una ofensiva que produce muchas bajas al enemigo. La reacción del ejército israelí es muy vigorosa y el 22 de octubre, destruida la principal masa egipcia de carros, las fuerzas anfibias judías cruzan el Canal y amenazan al Cairo. Las grandes potencias amortiguan el choque y congelan la guerra pero los principales

Estados Mayores constatan, de forma casi definitiva, la superioridad de Israel, es decir de Occidente, en tecnología militar sobre la URSS, que es la base logística de los árabes. Sin embargo las consecuencias de este conflicto no son simplemente regionales. Esta es la fecha que los especialistas marcan para la gran crisis del petróleo y otras materias primas fundamentales, que va a abatirse sobre todo el mundo tras el cierre en falso de la nueva confrontación de árabes y judíos. Una crisis económica mundial en la que va a inscribirse fatalmente el proceso de la transición española.

CAPÍTULO 9

EL AMIGO DEL REY

CARRILLO ANTE EL ASESINATO DE CARRERO BLANCO

A primera hora de la mañana del 20 de diciembre de 1973 una mina potentísima colocada bajo la calle Claudio Coello, detrás de la casa profesa de los jesuitas, hizo saltar por los aires al pesado automóvil del presidente del gobierno, almirante don Luis Carrero Blanco. El almirante, sin atender a su propia seguridad, venía de su habitual misa en la iglesia de la Compañía, situada en el mismo edificio, con entrada por la calle de Serrano, y

fue proyectado dentro de su coche hasta la terraza de la casa profesa donde le encontraron destrozado y agonizante. La confusión en Madrid, en el gobierno y en toda España fue indescriptible. Primero se atribuyó la voladura a un escape de gas; Franco y el gobierno reaccionaron lentamente, como si no quisieran admitir la realidad del atentado; hasta que el vicepresidente Fernández Miranda se hizo cargo de la situación después de varias horas, comunicó la verdad al país y consiguió un restablecimiento inmediato de la normalidad, por más que en ningún momento se había alterado. El príncipe don Juan Carlos, muy afecto al almirante, acudió con notable valor, con

uniforme de Marina, a su entierro y movido por presiones familiares apoyadas por el «bunker» Franco decidió, ante la general sorpresa, encargar la jefatura del gobierno a don Carlos Arias Navarro, quien como ministro de la Gobernación era el responsable principal —junto con el propio Carrero— de la seguridad de la víctima y había tomado, según su propia afirmación, todas las medidas.

Con la eliminación violenta del almirante Carrero Blanco, única personalidad del Estado y del régimen que estaba situada, junto a Franco, al máximo nivel de decisión y posibilidad de orientación para el futuro, se inicia

formalmente el proceso histórico que denominamos transición democrática por reforma, aunque como ya hemos visto, los síntomas y antecedentes de esa transición se venían manifestando ya en medio de la acelerada decadencia de Franco que dejó estupefacta a la nación entera cuando al comentar con dolor y frustración la muerte de quien había sido su gran colaborador desde 1941 incluyó de manera expresa esta frase: «No hay mal que por bien no venga».

Empezaba pues, el 20 de diciembre de 1973, la transición pero los dos capítulos finales de este libro no tratan de ser una historia de la transición. Esa historia es un proyecto en el que llevo

trabajando bastantes años y sobre el que poseo ya informaciones sorprendentes pero que no podré rematar hasta que se haga la luz sobre dos episodios todavía muy oscuros; el asesinato de Carrero Blanco, precisamente; y la génesis, desarrollo y desenlace del pronunciamiento militar del 23 de febrero de 1981. He avanzado bastante en uno y otro problema, sobre los que se han acumulado versiones superficiales y lastimosas. Pero no he llegado todavía a la luz. Por eso en este capítulo no voy a enfrentarme directamente con esos dos problemas. Fiel al propósito de este libro trataré de enfocarlos desde una observación crítica de las memorias y

las actuaciones de Santiago Carrillo.

De los innumerables testimonios que nos han dejado los contemporáneos del magnicidio resulta que todo el mundo se llevó la sorpresa de su vida, menos los promotores del acontecimiento, naturalmente. Santiago Carrillo se enteró de la noticia en París, muy preocupado por la conclusión del llamado «proceso 1001» contra los dirigentes de Comisiones Obreras capturados un año antes en una casa religiosa de Pozuelo y, como él dice, temeroso «de una noche de los cuchillos largos contra la oposición».^[581] Yo recibí en mi casa poco después del atentado a la señora de Marcelino Camacho, principal

encartado en ese proceso, que venía acompañada por las esposas de otros procesados y les comuniqué, porque era la verdad, que en mi última conversación con el almirante, dos o tres días antes de su muerte, le había expresado mi preocupación por el caso y me tranquilizó: «He hablado con la Fiscalía y creo que no van a imponerles más que penas leves». Mis visitantes se lo dijeron a sus abogados, que citaron ante el Tribunal esta opinión del almirante, confirmada después por el coronel San Martín en el libro de 1983 que vamos a citar.

Esa misma tarde un interesante y mal conocido político de la transición (yo le

traté mucho entonces) Antonio García López, conocido por sus excelentes relaciones con medios norteamericanos y militares, habló desde Madrid con Carrillo, al que ya había conocido desde que quiso poner en marcha un partido socialdemócrata que al final no cuajó. «Por teléfono —dice Carrillo— sin ningún disimulo, dijo que me llamaba en nombre del jefe del Estado Mayor, general Díez Alegría, para tranquilizarme; sabían que el Partido no tenía nada que ver con el atentado y no habría represalias ni «cuchillos largos». Luego Carrillo se refiere sin más detalles a «un intento de la Brigada político-social para complacernos,

deteniendo en Madrid a Simón Sánchez-Montero». Impresionado por la impunidad con que los etarras habían preparado su atentado, Carrillo estima que «sin protecciones importantes y muy altas los etarras hubieran sido arrestados mucho antes de realizar sus propósitos». Carrillo hace vagas alusiones a la CIA y a la policía española, que según él habían peinado el barrio de Salamanca con motivo de la visita del secretario de Estado Kissinger, inmediatamente antes; y se hace las preguntas que muchos españoles nos hicimos ante las extrañas circunstancias del suceso.

Se abrió sumario por el atentado

pero no se celebró el juicio. Las semejanzas con el asesinato del general Prim en 1870 son hirientes. (Carrero tenía en su antedespacho un retrato de Prim). El sumario Prim, que implicaba a altísimas personalidades de la nación — entre ellas a quien era jefe del Estado en aquel momento— fue archivado después por razones de Estado; entre ellas porque la infanta Mercedes, hija de otro encartado principal, el duque de Montpensier, tío del Rey, iba a casarse con el Rey. Hasta que un siglo después el gran jurista don Antonio Pedrol Rius desenterró e investigó el sumario Prim no hemos sabido la verdad de aquel magnicidio; e incluso después de la

investigación de Pedrol han desaparecido del sumario bastantes páginas que se refieren, curiosamente, a esas altísimas implicaciones. He evocado el caso con algún detalle en mi reciente libro «La otra vida de Alfonso XII». [582]

La amnistía con que el Rey don Juan Carlos y su gobierno quisieron asegurar —muy generosa y acertadamente— la transición pacífica provocó también el archivo del sumario Carrero y el cese de las investigaciones sobre el caso por parte del Estado. Carrillo sospecha que tal vez no sepamos nunca lo que realmente sucedió y es probable que tenga razón. Pero en sus memorias

Carrillo no trata a fondo el asesinato de Carrero. Y recuerda que «en la misma mañana hice llegar una declaración a la prensa en la que hacía constar que el PCE era totalmente opuesto al terrorismo individual y no tenía nada que ver con el atentado».^[583] Me parece que exagera las prisas y la repulsa, como luego veremos. Pero con esto y la conversación de García López Carrillo da por zanjado en sus memorias el asesinato de Carrero y se explaya luego en la creación de la Junta Democrática.

Pero las cosas no son tan sencillas. Por lo pronto las Fuerzas Armadas garantizaron la tranquilidad del país de forma que no fue necesario declarar el

estado de excepción. Algún amago personal de reacción militar destemplada fue cortado de raíz. El ministerio del Ejercido, desempeñado en funciones por el ministro de Marina, (almirante Pita da Veiga) hasta el rápido regreso de su titular, teniente general Coloma), el Alto Estado Mayor (Diez Alegría) y el Servicio Especial de Documentación de la presidencia del gobierno (teniente coronel José Ignacio San Martín) actuaron en coordinación perfecta y todo el mundo lo supo inmediatamente, incluidos los líderes de la oposición.

En aquellos momentos el general Gutiérrez Mellado recomendaba que las

Fuerzas Armadas tendrían que tutelar la transición (San Martín); y tenía razón, ya lo venían haciendo y ahora redoblarían su vigilancia. El trabajo de coordinación e información de doble vía que realizaron en momentos tan críticos el Alto Estado Mayor y el Servicio Especial de San Martín fue decisivo.

José Ignacio San Martín me ha parecido siempre todo menos un ultra. Dirigía con reconocida competencia el SECED que Carrero Blanco había puesto a las órdenes de la Presidencia. Había montado una red de información admirable y eficaz con militares jóvenes y contactos civiles. Algunos miembros del equipo han desempeñado puestos

vitales en la transición; algunos ostentan cuando se escriben estas líneas cargos militares de la máxima importancia. San Martín dejó la jefatura del Servicio Especial poco después del asesinato de Carrero y se incorporó, con idéntico espíritu de patriotismo y servicio, a un mando militar en África. Luego creyó necesario participar en el golpe del 23 de febrero de 1981 que cierra una época de pronunciamientos abierta en 1808, en el motín de Aranjuez. Entre las cinco personas que saben realmente lo que sucedió ese día y durante su preparación el testimonio que más me interesa, y espero que algún día lo comunique, es el de José Ignacio San Martín, de quien he

admirado siempre, sin excepción alguna, la inteligencia, la formación, el patriotismo y el equilibrio. Fui víctima de ese golpe en el Congreso pero debo insistir en mi estima por quien era jefe del SECED el 20 de diciembre de 1973.

Carrillo atribuye a «la brigada político-social» el intento de implicar a los comunistas en el asesinato de Carrero a través de la detención de Simón Sánchez Montero, el líder clandestino del PCE en Madrid. En el importantísimo libro de San Martín, publicado en 1983, se contiene una acusación apenas velada:

«¿A quién favoreció su muerte? En el concierto de las naciones, España, en su posición inquebrantable, era una amenaza para el comunismo y sus «compañeros de viaje». Carrero les estorbaba. A Carrero le mató la ETA pero recibió la inspiración y la ayuda de algunos que se limitan a declarar su «repulsa» ante la creciente ola de atentados a los que venimos asistiendo. Son los hombres del Kremlin cualquiera que sea su ropaje»

«De Carrero un miembro del Comité Central del PCE había dicho: «Carrero es más peligroso para el Partido que veinte Francos. Es el

hombre fuerte con el que habría que contar en el futuro. Por ello no tenía nada de particular que fuese el objetivo número uno que habría que abatir, para desmantelar el régimen»

«No pensábamos que ETA hubiera llegado a la capital de España; lo que no hubiera logrado de no contar con apoyos en la clandestinidad de algún partido político. Quizá haya alguien que tenga que explicar por qué los terroristas vascos tenían el número de teléfono de una vivienda en la que se encontraba Simón Sánchez Montero cuando fue detenido por la policía, pocas horas más tarde de producirse el atentado contra el almirante. En la

calle Mirlo número 1 de Madrid (refugio del comando etarra) se encontró en un envase de Buscapina la anotación del teléfono 215 55 70. Correspondía una extensión de dicho número a una vivienda sita en Alonso Heredia 4 dcha. Allí estaba Simón Sánchez Montero».

«Y una gran incógnita. ¿Quién mató a Carrero Blanco? Sin más convicción que mis deducciones propias... para mí siempre ha estado claro que ETA fue el instrumento, el brazo armado que puso trágicamente fin a su vida. Quien señaló el objetivo, quien inspiró el crimen, hay que buscarlo bastante lejos de España.

Quienes dieron su apoyo: los mismos que lo dieron para la realización del atentado de la calle del Correo. Lidia Falcón probablemente lo sabe».^[584]

Lidia Falcón probablemente lo sabía; porque dos años antes lo había insinuado en otro libro de primordial interés. En él se refiere a una información publicada en «Le Monde» sobre el proceso de Carero Blanco.

DOCUMENTO 131

«Esta última (Eva Forest, esposa de Alfonso Sastre y detenida después del crimen de la calle del Correo en 1974, como veremos) aparte del hecho

de que está acusada de ser comunista, mantiene, según la información recibida, relaciones muy seguidas con los miembros del frente militar de ETA desde 1972. En 1972 ella fue informada del proyecto de raptar y secuestrar al almirante Carrero Blanco, entonces vicepresidente del gobierno. Ella aceptó colaborar en este proyecto y proporcionarles detalles sobre el empleo del tiempo del almirante. Es ella igualmente, según el documento policíaco, quien le pidió a Antonio Durán, miembro del Partido Comunista, que preparara un «refugio» donde permanecería secuestrado el almirante, y al que se

dio el dinero para el alquiler de un apartamento».

Lidia Falcón ofrece datos que relacionan el asesinato de Carrero Blanco y el crimen de la calle del Correo y concluye que «por la muerte del dictador y las sucesivas amnistías jamás se llegó a celebrar ninguno de los juicios en los que estaba implicada (Eva) ni el de la calle del Correo ni el de Carrero Blanco y por ello todos nos quedamos con las ganas de saber muchas de las cosas que se nos habían ocultado... por parte de todos». Lidia Falcón señala a Eva Forest como la persona que «con un pañuelo negro en la cabeza, cumplió a la perfección su papel

de beata madrugadora e informó puntualmente al comando etarra de los movimientos y horarios del almirante».

[585]

Pero debemos documentar y profundizar más en la reacción de Santiago Carrillo ante el asesinato de Carrero. El vacío dejado por el almirante se colmó inmediatamente por una enorme confusión política dentro del régimen. Al preparar el correspondiente capítulo de mi historia de la transición me encuentro con problemas enrevesadísimos; trayectorias personales inciertas, golpes de mano semiocultos, cruzamientos ideológicos muy extraños. Yo vivía entonces junto al

ojo del huracán y la transición de Carrero a Arias Navarro me parece complicadísima, aunque no hayan faltado intentos de simplificarla. Una parte muy sensible de la familia Carrero atribuyó inmediatamente (y sigue hoy, según creo, en la misma actitud) la inspiración del atentado a la masonería. En mi conversación con el almirante pocos días antes de su muerte quiso hablarme extensamente sobre la masonería; me enseñó una larga lista con masones andaluces y me comunicó su convicción de que un jesuita muy versado en masonería pertenecía a la secta, ante lo que le expresé mis dudas, que hoy siguen sin despejar. Carezco de

pruebas sobre la inspiración masónica del atentado pero no dejé de observar extraños indicios de signo masónico en esa complicada transición de Carrero a Arias Navarro. En ella también se notó de forma inmediata la eliminación del frente franquista del Opus Dei una vez desaparecido su gran promotor; con que se puso en acción el frente antifranquista de la misma institución. El gobierno de Arias Navarro destituyó al teniente coronel San Martín (que siempre fue un profesional sin adscripción política de partido ni de grupo alguno) a mediados de enero de 1976. Pero vayamos a algo más tangible, la reacción de Carrillo ante la muerte del almirante.

DOCUMENTO 132

La primera reacción de Carrillo consiste en atribuir a los servicios secretos del régimen de Franco, o bien a la «oligarquía» y otros núcleos duros del régimen la inspiración decisiva para el asesinato de Carrero. Esta reacción se documenta en dos fuentes.

«(Carrillo) se lanza sobre Radio España Independiente haciendo que ésta inunde las ondas con mensajes en los que se pregona la desaparición del jefe del gobierno achacándola a grupos derechistas intransigentes dispuestos a iniciar un golpe de Estado». ^[586]

Fernando Claudín coincide sustancialmente con esa información:

«La reacción inmediata de Carrillo es atribuirlo (el atentado) a servicios secretos que buscan provocar una represión drástica contra la oposición, en primer lugar contra el Partido Comunista ... Carrillo se queda casi solo en la atribución de la autoría».

[\[587\]](#)

FALSEDAD 78/ DOCUMENTO 134

Carrillo se quedó solo pero reincidió en esa falsedad con motivo de su entrevista con José Luis de Vilallonga publicada en la revista

«Lui» en enero de 1975:

«Carrero Blanco fue liquidado por el capital español, que no quería a ningún precio una sucesión tranquila —de la que el almirante era la garantía— porque no ignoraba que tan pronto estuviera en el trono Juan Carlos sería desbordado por la izquierda de modo irreversible. Había, pues, que asustar a la gente, demostrando que los comunistas seguían ahí, a la vuelta de la esquina, capaces de lo peor, como por ejemplo matar al almirante. La policía habría cooperado por omisión».^[588] El propio Claudín se burla de esta interpretación disparatada e

infundada, naturalmente.

Ya tenemos otra vez a Carrillo suministrando versiones distintas y contradictorias de un suceso confuso. Hemos visto cómo lo ha hecho con la represión de Madrid y en otros casos, lo cual nos impulsa a dudar nuevamente de su credibilidad. Pero es el propio Carrillo quien de manera pública y oficial, como declaración propia y llamamiento del Comité Ejecutivo del PCE, comunicó su versión del atentado cuando tuvo, una semana después, una primera perspectiva:

«Cuando hemos dicho que el atentado contra Carrero Blanco era

obra de profesionales y no de aficionados no lo hacíamos con ninguna intención peyorativa hacia ETA. Queríamos subrayar que ese atentado lleva la marca de servicios especializados más que de una organización cuyos medios y posibilidades son limitados.

«Estamos contra el atentado individual porque consideramos que puede ser un obstáculo al desarrollo de la lucha del pueblo, de las masas, en las que está la posibilidad de solución.

«La violencia en la lucha de clases puede llegar a imponerse como una necesidad y si la lucha se plantea en ese terreno, si no hay otro camino,

tomaremos ése. Será más duro, más doloroso y más largo. Estamos haciendo lo posible por evitarlo. Y llamamos a todos sin excepción a evitarlo».^[589]

En el lugar que he citado en nota anterior Fernando Claudín confirma esta declaración.

El teniente coronel San Martín, en el último informe que dirigió al Alto Estado Mayor con destino a los jefes de los tres ejércitos (29 de diciembre, la misma fecha en que se publicaba la declaración de Carrillo) concluía:

«Nuestro país es víctima de una agresión del comunismo internacional que pretende el cambio radical de

nuestro orden institucional.» Pero no proponía el golpe de fuerza sino todo lo contrario:

«Se trataba en definitiva de cerrar el paso a una situación que pudiera desembocar en la intervención directa de las fuerzas armadas».^[590]

La declaración oficial de Carrillo reincidía en la amenaza de insurrección y violencia que ya hemos registrado (ver capítulo anterior) en otras intervenciones suyas. No era, desde luego, el método más oportuno para tranquilizar a la opinión pública sino para aterrorizarla. ¿Dónde estaba la vía pacífica, la reconciliación nacional?

Los servicios especiales del Estado

habían comunicado al alto mando de las Fuerzas Armadas su convicción de que el atentado contra el almirante Carrero, aun ejecutado por la ETA, respondía a una estrategia del comunismo internacional. En el informe oficioso que difundieron al empezar el año 1977 proporcionaron muchos más detalles con los que se quiso concretar la actuación de Sánchez Montero y sus colaboradores del PCE. Toda esta información pasó, sin duda, al sumario abierto tras el magnicidio y allí sigue archivada hasta que sin que podamos determinar la fecha surja tal vez un nuevo Pedrol que pueda aclararnos todo. El teniente coronel San Martín nos ha ofrecido sus

convicciones, algún indicio y sus conclusiones. De momento es todo lo que tenemos, pero como el lector ha comprobado tenemos mucho más de lo poquísimo que ofrece Santiago Carrillo en sus memorias.

PRIMER CIRCO DE LA TRANSICIÓN: LA JUNTA DEMOCRÁTICA

Carlos Arias Navarro escogió un gobierno aperturista que se movió durante un año en medio de una contradicción palmaria; junto a algunos

ministros liberales (Pío Cabanillas, Carro, Antonio Barrera de Irimo) y otros simplemente incondicionales del presidente, el propio presidente, de remotos orígenes liberales, era un franquista autoritario que pretendía cambiar un poco para que nada cambiase.

Como la gran mayoría de los españoles deseaba una apertura democrática sin traumas, don Carlos Arias trató de proponerla en su célebre discurso del 12 de febrero de 1974, que se interpretó como un «espíritu» nada menos; pero fue cediendo inexorablemente a las presiones del «bunker», que eran más bien

movimientos reflejos de rutina histórica y a fines de octubre despidió a sus ministros aperturistas y se enquistó en el reaccionarismo político justo cuando el Generalísimo Franco iba a entrar en su larga agonía desde mediados de octubre. No sirvió de aviso el grave ataque de tromboflebitis —su enfermedad mortal— que había sufrido Franco a mediados de julio; aunque renunció durante el verano sus poderes en el Príncipe en virtud de la Ley Orgánica el «bunker» al que pertenecía su yerno, el marqués de Villaverde, le convenció con demasiada facilidad de que había recuperado su salud y debería asumir de nuevo, como en efecto hizo, la plenitud del poder. El

espectáculo fue bochornoso y el futuro inmediato de España, no sólo del régimen, se adentró desde el mes de julio en una gravísima crisis.

Santiago Carrillo y el PCE entraban en la transición, después del asesinato de Carrero, sin una idea clara sobre el futuro, sin un programa viable, sustituido por una serie de «tics» y de obsesiones revolucionarias que no podrían conducir al caos porque se estrellarían irremisiblemente contra la firmeza de las Fuerzas Armadas y contra la sorda, pero profunda voluntad popular. La única idea-fuerza que movió a Santiago Carrillo durante toda su vida política, desde 1934 a 1982, fue la Revolución

de Octubre (sobre la que históricamente sabía bien poco) al servicio de su promoción política personal. Eso lo traducía en 1974 con una consigna que en el fondo era una vaciedad: la «revolución democrática» que en realidad consistía en buscar una alianza de fuerzas democráticas que abriera paso a la hegemonía del PCE. Fernando Claudín, tantas veces penetrante, capta con toda claridad estas carencias de Carrillo y su partido en momento tan importante:

«El PCE entró en la transición democrática y se movió en ella — porque no fue capaz en ningún momento de superar sus carencias— sin

conocimiento cabal del terreno que pisaba». [591] Carrillo, en efecto, no se enteraba de nada. Despreciaba a los jóvenes socialistas del interior, que durante ese año 1974 encuadraron a masas juveniles y medias que les afluían y ganaron definitivamente la partida a las estantiguas del PSOE histórico en el congreso de Suresnes, celebrado junto a París en octubre de 1974. Interpretó el brote, muy localizado y aislado, de jóvenes militares socialistas, comunistas y democristianos —la Unión Militar Democrática, desprestigiada de nacimiento— como una escisión en el seno de las Fuerzas Armadas capaz de neutralizarlas como garantes de la

transición. Pensó que todo el franquismo era «bunker» y que la grey —en sentido etimológico— de políticos y personalidades más o menos oportunistas que acudían a París entre 1973 y 1975 para rendirle pleitesía (Jesús Polanco, Pío Cabanillas, Mariano Rubio, Juan Tomás de Salas, los políticos catalanes Trías Fargas y Molíns, el príncipe Carlos Hugo de Borbón-Parma, eran la demostración viva de que la opinión española se rendía al PCE. Y entonces, envalentonado con su presentida victoria, montó dos circos políticos de carpa espectacular. El primero fue la Junta Democrática.

Creo que para el montaje de este circo principal, y los demás circos menores de Carrillo en la transición, fue significativa la asistencia técnica de un asesor de imagen, cuya llegada nos revela Gregorio Morán.^[592] Si acabo de mostrar mi preocupación por las tragedias y las dificultades que habrá de sortear mi futura historia de la transición en 1973, en cambio la de 1974, que viví intensamente —aunque dedicada casi todas las noches a preparar un enérgico barrido a Javier Tusell en mis oposiciones a la cátedra universitaria de Historia— me saldrá un capítulo relajado y divertido, montado sobre el circo comunista de Carrillo y el circo

bunkeriano cuyo animador fue el marqués de Villaverde. Voy al primero, cuya somera descripción es propia de este libro.

Carrillo empezó las sesiones de circo con su visita a Vietnam, a principios de 1974, en vísperas ya de la retirada norteamericana debida a la deserción, que no al idealismo, de su retaguardia juvenil. Los vencedores comunistas del Viet Cong y el Viet Minh planificaban ya los campos de concentración y adoctrinamiento donde pronto encerrarían a miles de disidentes para su reeducación totalitaria. Pero Carrillo, cuya amistad con Ceaucescu y Kim Il Sung llegaba por entonces al

cenit, no se para en tales minucias. Y describe la victoria comunista de Vietnam —sin imaginarse que iba a ser la última de la Historia— con estos trazos:

FALSEDAD 79

«El espíritu democrático de libertad e independencia».

«Uno de los hitos *más* gloriosos del ascenso del ser humano hacia la libertad».^[593]

Cuando viajaba en busca del hito ya tenía en marcha su gran circo de la Junta Democrática. Había conocido en París al notario Antonio García Trevijano, un

personaje de viva e incluso vivísima inteligencia, colosal capacidad de relación, ambición política inextinguible, conectado con medios judíos y redes financieras internacionales y decidido a emprender una carrera política de primera magnitud. Gregorio Morán (op. cit. p. 94) nos revela que fue Carrillo quien buscó el contacto con Trevijano, a quien visitaron Sánchez Montero y López Salinas para pedirle que acudiera a visitar a su jefe. Cuando se escriben estas líneas el señor García-Trevijano anda en los periódicos con motivo de una denuncia histórica que acaba de desatar contra él, en pleno verano de

1974 y en «La Vanguardias» (22 ago. 94 p. 13) su antiguo amigo José Luis de Vilallonga, en 1974 portavoz de la Junta Democrática, de la que García Trevijano fue promotor y coordinador, con Santiago Carrillo como mentor y principal beneficiario. ¡Qué trio tan descomunal! Pero no era trío sino cuarteto.

Vilallonga, en este verano del 94, acusa a Trevijano de pretensiones a la presidencia de la República, nada menos; pero entonces prefería, al menos tácticamente, las coronas, y anduvo ofreciendo sus servicios democráticos a don Juan Carlos en el palacio de la Zarzuela y a don Juan de Borbón en

Villa Giralda de Estoril. A la sombra de la Corona debió de conocer al profesor Rafael Calvo Serer, quien completa el cuarteto.

De Calvo Serer, con quien me he divertido tanto en mi vida que no le guardo rencor alguno, sino inmensa gratitud, he contado casi todo en mi libro de 1993 «Franco y don Juan, los reyes sin corona» editado por la revista «Epoca» donde se publicó por capítulos. Era uno de los primeros discípulos del hoy beato José María Escrivá; un inquieto joven de Acción Católica que se enroló como miliciano de la cultura para librarse del terror rojo en Valencia, se pasó a las filas

nacionales, estuvo al borde de que le fusilaran hasta que consiguió un aval salvador y luego hizo brillante carrera universitaria hasta conseguir las cátedras de Filosofía de la Historia e Historia de la Filosofía en Madrid, gracias al singular aprecio que el ministro don José Ibáñez Martín sentía por los jóvenes intelectuales de la Obra de Dios. Saltó a la fama —una fama más bien ramplona— cuando trató de enfrentarse, desde posiciones de franquismo integrista, con el profesor Pedro Laín Entralgo en la polémica de los años cuarenta: España como problema. (Calvo Serer creía que no tenía problema alguno). Mientras ejercía

como ideólogo del régimen jugaba también la carta de don Juan de Borbón, hasta que Franco le desenmascaró al ocuparle una carta de don Juan a la dirección juanista del interior (se me ha pegado el lenguaje clandestino de Carrillo) en un episodio que la censura del Opus Dei trató inútilmente de desvirtuar en mi citado libro, pero consiguió arrancar de otros. Como en las cumbres del franquismo no se le hacía mucho caso se abrió a una especie de oposición curiosísima que le llevó, según dijo, al «exilio» y a publicar unos centones absurdos sobre el régimen y la monarquía aunque terminó como teórico de la Tercera República. A fines de los

años sesenta el Opus Dei decidió propiciar la creación de un frente político antifranquista, tal vez a imitación de lo que venían intentando los jesuitas desde quince o veinte años antes. Carrillo trata de decirnos que la Junta Democrática era un proyecto serio pero se traiciona cuando nos cuenta que Calvo Serer creía ver mucha semejanza entre el Opus Dei y el Partido Comunista^[594] y lo más curioso es que decía la verdad, la suya y la de su fundador. Imagínese el lector lo que podría salir de aquella conjunción; Trevijano y Calvo Serer confiados en que don Juan podría encabezar el movimiento democrático y hasta la Junta

Democrática; Carrillo enviando a don Juan un mensaje en el mismo sentido con su amigo el millonario Lagunero; y Vilallonga, marqués y grande de España, escritor y actor cinematográfico de azarosa vida, futuro biógrafo de don Juan Carlos y ahora denunciante de los manejos de Trevijano en pro de la Tercera República que había profetizado Calvo Serer.

En septiembre de 1974 Carrillo habló con Claudín diez años después de expulsarle del PCE y le contó la génesis de la Junta Democrática, que databa del encuentro entre Carrillo y Trevijano en la primavera de 1973. Trevijano se presentaba como representante de

sectores capitalistas y los dos concertaron la creación de un organismo cuyo primer nombre era semejante a una marca de preservativos; el circo sigue irremediablemente. Luego las dos altas partes contratantes iniciaron su aproximación a don Juan que finalmente frustraron Pedro Sáinz Rodríguez y Luis María Anson, Dios les bendiga. (Carrillo, en venganza, pone verde al gran periodista monárquico). Pero tanto Anson como Pedro Sainz Rodríguez como Areilza no solamente se negaron a ingresar en la Junta Democrática sino que impidieron que don Juan aceptase poner el engendro a la sombra de la Corona. Con ello probablemente

salvaron a la Corona o por lo menos a don Juan.

En las memorias, que aparecieron diez años después de la antibiografía de Claudín, Santiago Carrillo confirma ese enfoque pero añade muchos detalles; se extiende desmesuradamente en contar la aventura de la Junta Democrática en 1973 y 1974 porque nunca en su vida se había sentido tan triunfante sobre la izquierda (que creía totalmente dominada por el PSOE) el centro (que se debatía en media docena de proyectos, todos llamados al fracaso hasta que apareciera la UCD) y hasta la derecha, que para Carrillo era todo un sueño. Luego esa izquierda, ese centro y

esa derecha resultarían ficticios por lo que el batacazo de Carrillo fue mucho peor. Al reencontrarse con Carrillo en 1974 Claudín describe despiadadamente la euforia de su amigo:

«Lo encontré en plena forma y con más seguridad que nunca en sí mismo, en su partido y en el viento de la historia. Era el de siempre pero más. Su travesía del desierto había terminado. Firmeza, tenacidad, inteligencia política iban a encontrar la merecida recompensa. Pronto sería uno de los más descollantes ministros del gobierno provisional como jefe de un gran partido, el más aguerrido del país. Después de Thorez y Togliatti llegaba en la Europa latina la hora de

Carrillo». [595]

Se lo creía de verdad; la derecha y el centro acudían a París para que él les legitimara, la gran prensa europea —«Le Monde», «Lui», Oriana Fallaci tan poseída de sí misma, la izquierda divina de Francia— hacían cola para entrevistarle. En el doble capítulo que sus memorias dedican al período de la Junta Democrática rezuma esa felicidad infinita. Pero no era más que un circo regido por la banda de los cuatro en versión celtibérica. Los prodromos del batacazo.

Y es que la Junta Democrática no era más que un revoltijo de individuos políticos con varios pelajes y casi nula

representación en torno al Gran Hermano, el Partido Comunista de España. Carrillo presentaba aquello como un irresistible frente de agrupaciones democráticas pero allí no había más agrupación que la suya. Además de la banda, que actuaba en funciones de empresaria del circo, asistían a las reuniones en el hotel Loti, sede provisional de la carpa, el galleguista Paz Andrade, el republicano histórico catalán Josep Andreu Abolló, el carlista Zabala, partidario de don Hugo, el adjunto del profesor Tierno Galván, Raúl Morodo, el simpático sevillano Alejandro Rojas Marcos, el liberal canario José Joaquín Díaz

Aguilar, el liberal valenciano y futura víctima del terrorismo, Broseta, el original pensador Pepín Vidal Beneyto, procedente del Opus Dei que se presentaba entonces como único exegeta posible de la Obra.^[596] Personas interesantes todas ellas por motivos diversos, muy mal informadas sobre lo que realmente ofrecía Carrillo, y que se representaban a si mismos y tal vez a parte de sus familias nada más.

Pero en el mes de abril de 1974 el panorama político empezó a animarse con diversas sesiones de fuegos artificiales. La revolución de los claveles en Portugal, que también presentaba caracteres de circo, arrancó

a Franco un comentario (me lo contó entonces mismo un íntimo del Caudillo) que desmentía por un momento su declive: «¿Y qué se puede esperar de una revolución militar encabezada por la Intendencia?». La figura del general Spínola con su famoso monóculo se hizo legendaria para la oposición española, y se dijo que muchos de sus miembros inundaron de monóculos la correspondencia del general don Manuel Díez Alegría. Los dos iban a durar poco. A Spínola le echaron de una patada sus subordinados radicales y utópicos; nuestro general decidió aceptar una invitación del amigo de Carrillo, el dictador Nicolae Ceaucescu, para una

cacería de osos en Rumanía. Obtuvo permiso, más bien tácito, del presidente Arias Navarro y en el país de los osos le tendieron, según parece, una trampa que no se aclaró, si no me equivoco. Por las altas esferas se corrió que Santiago Carrillo se había acercado a los cazaderos rumanos pero él no dice una palabra en sus memorias. A Franco, según parece, le basta el rumor para destituir de manera fulminante al presunto Spínola español, que aceptó su cese en el Alto Estado Mayor con la disciplina y la serenidad de que siempre hizo gala. Esa fue al menos la versión que se difundió por entonces desde medios próximos al Servicio Especial.

Pero el bombazo que esperaba Carrillo después de tragarse las eufóricas promesas de Trevijano y Calvo Serer era el manifiesto que don Juan de Borbón iba a comunicar en «Le Monde» el día de su santo, 24 de junio, poniéndose al frente de la Junta Democrática. Aquello sí que hubiera sido más importante que las tertulias del hotel Loti y para asegurarse Carrillo viajó en persona a Lisboa, donde consiguió el fichaje del profesor Tierno Galván para la Junta. Entonces fue cuando Sáinz Rodríguez, Areilza y el «pollo Ansón» como le denominó indignado Rafael Calvo Serer, se cerraron en banda y frustraron el

proyecto. Necesitábamos «quien nos abriera la puerta desde dentro» reconocía cínicamente Carrillo, cuando atribuía tan desairado papel nada menos que al conde de Barcelona.^[597]

Los tres insignes monárquicos abrieron la puerta a Trevijano y Calvo Serer, pero para darles con ella en las narices. Oído lo cual la Junta Democrática, reducida a la tertulia del Loti y con la banda de los cuatro al frente, presentó su encantador circo en París sin más tardar. Carrillo resumía por entonces la importancia de su circo con una falsedad conmovedora:

FALSEDAD 80

«Lo que le molesta al gobierno español de forma notoria es que entre Calvo Serer, que representa indiscutiblemente a la derecha, y yo, que represento a la izquierda, el haz de fuerzas políticas que se pronuncia por una solución de tipo democrático es muy vasto».^[598]

Este disparate cómico marca el apogeo de la paranoia política de Carrillo en relación con el futuro inmediato. No se daba cuenta de que la realidad de entonces está mucho mejor descrita por su amigo Claudín:

DOCUMENTO 135

«A finales de 1974 está ya suficientemente claro que ni el PSOE ni las democracias cristianas ni los nacionalistas vascos y catalanes ni tampoco grupos de extrema izquierda como la ORT van a sumarse a la junta. Y ningún sector de la derecha se considera representado por Calvo Serer».^[599]

No se puede resumir mejor. Calvo Serer no representaba a fuerza alguna. Había intentado crear, cuando le echaban del franquismo, una entelequia precursora de la Junta Democrática, la Tercera Fuerza, amasijo democrático-

totalitario que sólo existía en su excitada imaginación. Ahora incitaba con su ejemplo a un grupo antifranquista del Opus Dei que se entregaba a merced del gran enemigo histórico, el marxismo-leninismo comunista y ateo. Trató, con Trevijano, de arrastrar a don Juan de Borbón a tan loca aventura. Cuando se estrellaron el inquieto profesor empezó a promover una ideología republicana no menos curiosa, no menos estrambótica. Conviene cerrar este episodio, este nuevo cuadro del circo, con la noticia que nos proporciona Gregorio Morán (p. 494s): quien convenció a su padre para que no consumase el disparate de sus

declaraciones previstas para el 24 de junio fue el propio don Juan Carlos, alertado por Sáinz Rodríguez y Anson.

Una vez presentada la Junta Democrática en París Santiago Carrillo se marcha de vacaciones a Livorno, invitado por los comunistas italianos. Allí le viene a buscar su amigo y enlace Teodulfo Lagunero para pedirle que vuelva unos días a París, donde le esperaba una importante visita de dos personajes españoles; otra escena del despampanante circo de Carrillo en 1974. Carrillo accede y se reúne en París con el abogado internacional José Mario Armero y el sobrino carnal de Franco, hijo de Nicolás Franco y

procurador en Cortes, Nicolás Franco y Pascual del Pobil. No entonces sino después se enteraría Carrillo de que Nicolás «junior» acudía a él como parte de una misión de encuesta entre líderes de la oposición que le había encomendado el príncipe don Juan Carlos. José Mario Armero es una de las personalidades más inquietas y significativas de la transición. Creador de un gran bufete de negocios multinacionales, próximo al Opus Dei y presidente de la agencia de noticias Europa Press, inspirada también por el Opus Dei, montó un sistema de relaciones políticas de alto nivel en la sombra, hablaba con todo el mundo,

lograba la estima de todo el mundo y pronto tendería puentes entre Carrillo y un personaje clave de la transición, Adolfo Suárez. Carrillo no supo en el verano del 74, cuando Franco se debatía ante el primer asalto de su enfermedad mortal, que la pareja de Madrid venía en misión encargada por el Príncipe. Pero sí adivinó que en las alturas del régimen y los medios de enlace predemocrático se observaba con interés al PCE y a su líder. Esto acabó de convencerle de que había llegado su hora histórica.^[600]

DOCUMENTO 136

La santa alianza de Carrillo con el

sector antifranquista del Opus Dei y los complicados intereses representados por Antonio García Trevijano pudo fascinar a unas docenas de incautos en España, no mucho más, pero en el fondo encantó a los estrategas soviéticos, quienes advirtieron inmediatamente que la tal Junta no era más que una pantalla del PCE; y creyeron también que llegaba la hora histórica de Carrillo en España. Claro que antes de revestirse con la piel del oso había que cazarlo, lo que ni un militar tan experto como el teniente general Díez Alegría había logrado en los bosques rumanos. Entonces los soviéticos organizaron en

octubre de 1974 una reunión conjunta PCUS/PCE que dejó las cosas en su sitio.

«Suslov, Pelshe, Ponomariev y Zagladin en representación del PCUS se reunieron con Carrillo, (la) Pasionaria, Gallego, Azcárate, López Raimundo y Federico Melchor. En el comunicado conjunto cada partido declaraba su aprobación a la política del otro, en contradicción flagrante con sus propias declaraciones anteriores... Contrariamente a lo que creía Carrillo esa imagen (del PCE) seguía asociada a las dictaduras del Este en grandes sectores de la opinión pública española».^[601]

SEGUNDO CIRCO DE CARRILLO EN 1974: «MAÑANA, ESPAÑA»

Lanzada con tanta fanfarria (aunque tan pocas nueces) la Junta Democrática, fascinada, según las apariencias, la opinión de las clases dirigentes españolas, vacilante el régimen del dictador casi agonizante frente a la ofensiva general del Partido Comunista, Santiago Carrillo creyó llegada la hora de presentar su figura, su historia y sus propósitos a la opinión europea y luego también a la española de la mano de dos agresivos intelectuales de la izquierda

divina francesa y consiguió que el hispanista (y no malo) Max Gallo, futuro asesor de Mitterrand, y Régis Debray, una especie de contrafigura de Malraux en vía estrecha, dedicasen horas y horas a conversar con él para su libro «Demain l'Espagne» que apareció en la prestigiosa editorial Seuil de París en octubre de 1974 y un año después, con el título «Mañana España» en la mucho menos importante y mucho más marcada colección Ebro del PCE en Francia. El libro, pese a ello, se difundió muchísimo en España, en las dos versiones; y perjudicó sustancialmente a Carrillo, aunque él no alcanzó a adivinarlo.

«Mañana España» (cito por la

edición española) es el circo dialéctico que monta Carrillo como complemento literario a su circo político de la Junta Democrática. Varias veces he rebatido ya en este libro los dislates de la conversación, asaeteada también por Jorge Semprún en su autobiografía de 1977. Ahora voy a limitarme a catalogar telegráficamente la serie de trolas más sugestivas que anoté al margen del librejo cuando llegó a mis manos.

FALSEDADES 81.1 A 81.17

81.1 «Hoy sabemos que hace unas pocas semanas se han reunido en Madrid los generales «ultras» Iniesta

Cano, G. Rebull, Pérez Viñeta, Campano, con el alcalde de Madrid que han examinado la posibilidad de un golpe de Estado; llegaron a la conclusión de que ni la Guardia Civil ni la policía municipal estaban dispuestas a participar en él» (p. 21). Es una lástima; hubiera sido el primer golpe de estado municipal en la historia de Occidente. ¿Quién tomaría el pelo a Carrillo con este delirio?

81.2 «Lo dije en Ginebra. Vamos a jugar el juego democrático pero si en el futuro una coalición de izquierdas que se proponga transformar la sociedad llega al poder con la mayoría del pueblo y las fuerzas reaccionarias

se sublevan, prepararíamos al pueblo para reñir la batalla. Estaríamos dispuestos para ello.» (p. 33) No lo dijo en Ginebra; le negaron el visado y envió una cinta. Vuelve la amenaza; y para Carrillo a fines de 1974 la democracia es un simple juego provisional de poder.

813 «Soy un dirigente de hoy».

«No, tú perteneces a otra generación. Vienes de la guerra civil.» (p. 78). Es la primera vez que alguien le dice a Carrillo, en su hora de plenitud, que su hora ya ha pasado y qué está anclado en 1939.

81.4 «Hoy la URSS y los demás países socialistas se hallan en

condiciones de hacer frente al mundo imperialista» (p. 106). Se vio muy claro en 1989.

81.5 «Si se dice que fueron las ideas de la Internacional Comunista las que han llevado la Revolución a la victoria allí donde ha triunfado, eso es exacto». (p. 108) No es exacto; en Polonia, en Hungría, en Rumanía, en Checoslovaquia, en Bulgaria, en Alemania oriental, en los tres países bálticos sometidos no fueron las ideas sino los tanques soviéticos los que implantaron la revolución.

81.6 «Entre todas las teorías, la única que conserva su actualidad es el marxismo. Porque el marxismo es tan

científico cuando se aplica de manera fiel, cuando contiene algo creador, que facilita el método para su propio desarrollo, que queda abierto a cada nueva aportación de la práctica y de la ciencia». (p. 110). ¿Qué entendería Carrillo por ciencia y por método científico en 1974? Pudo aprenderlo en 1989 cuando se hundió para siempre el marxismo que nunca fue una ciencia sino un retorcimiento de la realidad con método de izquierda idealista. Un churro, con menos circunloquios.

81.7 «En los descubrimientos de nuestra época hay más resultados prácticos que generalizaciones o

previsiones» (p. 111) Un nuevo alarde de Carrillo el científico. Nuestra época es la de la relatividad, la mecánica cuántica, la indeterminación, la construcción continua de teorías astrofísicas y microfísicas para cubrir los vacíos de las anteriores lo que indica un flujo de la teoría a la práctica completamente opuesto a la burda simplificación de Carrillo que no tiene la menor idea de teoría, ni de práctica ni de ciencia; que sólo sabe de pequeña política marrullera y falseadora. (Lo que se llama «una gran política»).

81.8 «Somos conscientes de la absoluta necesidad de la democracia

en el seno del Partido, de la clase obrera». (p. 143). El PCE fue tan consciente de esa necesidad democrática que en 1982 echó a Carrillo, su secretario general totalitario.

81.9 «Desde que se disolvió la Internacional el PCE no ha ido ni una sola vez a Moscú para consultar a los camaradas soviéticos antes de tomar una decisión, de efectuar un viraje político». (p. 171) Esta es una mentira flagrante y cínica. Los libros de Claudín y de Azcárate son pruebas vivientes de que el PCE, antes y después de la disolución de la Internacional Comunista en 1943, no

ha hecho otra cosa que ir a Moscú a consultarlo todo. En este libro tiene el lector docenas de ejemplos, desde el viaje de órdenes del propio Carrillo en la primavera de 1936 hasta la conferencia del PCE y el PCUS que acabamos de reseñar para este mismo año 1974. Desde la audiencia con Stalin en 1948, que marcó el nuevo rumbo del Partido al rapapolvo de Mikhail Suslov en agosto de 1960 como hemos registrado en el documento 122. ¿Qué hacían las delegaciones del PCE en los congresos del PCUS, como el famosísimo de 1956, sino captar directrices y recibir órdenes? ¿Es que pensaba Carrillo

que sus lectores de 1974 eran un conjunto de retrasados mentales?

81.10 «No le conocí en el pasado (a Soljenitsin), he oído decir que fue un valiente oficial en el ejército soviético. Pero es obvio que sus posiciones parecen hoy retrógradas incluso para la Rusia de Pedro I» (p. 180). Soljenitsin profeta de la libertad, denunciante de los gulags, le parece a Carrillo retrógrado en 1974. El retrógrado era Carrillo, y la URSS de quien recibía su orientación histórica y estratégica,

81.11 «Para que la paz sea real e irreversible el socialismo tiene que triunfar en los países capitalistas».(p.

185). Es lo que pasó en 1989 sólo que al revés; el comunismo tuvo que hundirse y desaparecer en los países comunistas para que fuera posible la paz.

81.12 «La revolución es para cada país el elemento clave de su liberación nacional y de la afirmación de su soberanía» (p. 183). Por eso hasta Carrillo tuvo que protestar en 1968 contra la invasión soviética que terminó con el brote de soberanía checoslovaca.

81.14 «Si hubiera una guerra contra los países socialistas habría una meta común para todas las fuerzas progresistas, independientemente de

las críticas que se le puedan hacer a tal o cual sistema. Yo combatiría sin vacilar por el socialismo» (p. 185). Todas las soflamas de falso patriotismo que lanzó Carrillo contra la invasión de Checoslovaquia adquieren ahora su dimensión auténtica. Vaciedades.

81.15 «Hoy posiblemente tengamos la Iglesia más evolucionada de Europa desde el punto de vista político y social» (p. 202). En 1974 (y hoy) tenemos la única Iglesia de Europa que no ha condenado al marxismo y al comunismo. A eso llama Carrillo evolución.

81.16 «Juan Carlos sería el

continuador del régimen. Además se ha desacreditado ante el pueblo español porque vendió a su padre por una corona y eso no se lo perdonan ni los monárquicos» (p. 206). Carrillo no sabe nada del pacto dinástico de 1968/1069 entre don Juan y don Juan Carlos. Y es la persona menos capacitada del mundo, con su carta de 1939 delante, para acusar a nadie de vender a su padre.

81.17 Sigue Carrillo disparatando sobre el PSOE —que ve como subordinado al PCE— y sobre la composición social de España, a cuya mayoría de clases medias sigue obstinado en llamar «proletariado» (p.

223). El PC tiene que ser «el partido de la libertad y de la democracia» (p. 225), tenía que serlo pero no lo fue y por eso hizo explosión. Cree de verdad que en España hay dos Iglesias, como si esto fuese Nicaragua (p. 229) y que el PCE es el gran partido hegemónico de la izquierda (p. 232). Las falsedades se le acumulan a borbotones en el tramo final de su entrevista circense. Aunque reconoce que el diálogo cristiano-marxista favorece a los marxistas (p. 232). Y rematará toda esta sarta de falsedades y veladas confesiones con la afirmación de que no fue Franco quien hizo el desarrollo; en la p. 264.

Pero no nos revela quién lo hizo; será que se hizo solo.

DOCUMENTO 137

Carrillo completa su circo dialéctico de 1974 con una múltiple advertencia que resultó muy oportuna. Primero porque reitera su amenaza. Segundo porque nos revela, una vez más, su horizonte de violencia:

«La toma del poder tiene que ser democrática, es decir que tiene que realizarse con el apoyo de la mayoría del pueblo, con una mayoría importante. En el transcurso de este proceso llegará un momento en que la

democracia formal será sobrepasada por la necesidad de profundizar la democracia en el sentido del socialismo» (p. 238). Es la amenaza más clara de Carrillo contra la democracia a la que no considera como fin sino como medio provisional.

«Restablecida ya la democracia en España podríamos efectivamente encontrarnos con un «Chile» es decir con una tentativa de golpe de Estado pero esta vez, se lo garantizo, el desenlace no se parecería al de 1939» (p. 239).

«¿Por qué no habríamos de tener un sistema político pluralista, con todos los derechos esenciales del

individuo, mejor garantizados, más amplios incluso que en una sociedad burguesa? Aunque la Historia no nos haya dado ejemplos de ello es posible imaginar que así suceda». (p. 249).

Lo imaginaron Dubcek en Checoslovaquia y Allende en Chile. No fue posible. Carrillo lo imaginó pero por fortuna no estaba en condiciones de intentarlo.

Y con estos dos circos de 1974, el político y el dialéctico, Santiago Carrillo se sentía preparado para dar su gran asalto a la Historia de España en 1975. El asalto al Palacio del Pardo, para decirlo en el lenguaje de 1917 que tanto le gustaba.

CARRILLO ANTE LA MUERTE DE FRANCO: EL PRÍNCIPE ENVÍA UN EMISARIO SECRETO A RUMANÍA

Me extrañó mucho, y sigo sin explicarme, por qué al comenzar el año 1975 una editorial hispano-americana muy propensa entonces a la propaganda comunista decidía publicar nada menos que la traducción de un libro de Stalin, «Los fundamentos del leninismo» escrito en 1924 y traducido antes al castellano en Moscú, el año de la muerte de Stalin.

El zar rojo exaltaba en ese libro a la dictadura del proletariado, el Ejército Rojo y la Internacional Comunista. ¿Se trataba de un acto reflejo de stalinismo en la posición del PCE ante la transición? Desde luego no se trató de una casualidad; y por supuesto Carrillo se presentaba ante la España de 1975 como defensor de las mismas tesis que Stalin bajo el engañoso ropaje de la Junta Democrática. Y por lo que se deduce de sus proclamas de aquel año aunque la visión se corrigió un tanto en sus memorias de 1993 Carrillo no se enteró entonces de los movimientos ocultos, pero detectables por cualquier observador serio de la estrategia

política norteamericana directamente y a través de sus colaboradores europeos para orientar la transición española sobre unas pocas directrices claras: apoyo a don Juan Carlos que ya había dado muestras suficientes, aunque discretas, de su proyecto democratizador; creación de un movimiento de centro aprovechando al sector más evolucionado de la clase política aperturista en combinación con el sector liberal y el democristiano de la oposición; y ahondamiento del foso, abierto ya por Indalecio Prieto desde 1938, entre el partido comunista y un partido socialista renovado, dirigido por jóvenes del interior, caras nuevas.

Carrillo no nos ha dado muestras de comprender entonces que por ahí iba el futuro de España. Don Juan Carlos sí lo comprendió muy seriamente. Como esos dos grupos sobre los que iba a fundarse políticamente la transición, los centristas y los socialistas, que cuando empezaba el año 1975 estaban aún en agraz; muchas personas pensaban en España que las dos fuerzas principales serían las que al fin resultaron marginales, es decir la clase política del régimen próxima a los poderes económicos y disfrazada de centrismo; y el prepotente partido comunista de Santiago Carrillo.^[602] El cual, en su máxima audacia democrática de 1975 no

pasa de extasiarse con el modelo del PRI mexicano, que hoy sigue siendo una dictadura encubierta pero entonces era una dictadura insolente y excluyente; viajó a México en ese año 1975 y volvió impresionado por «la profundidad del pensamiento progresista de muchos dirigentes del PRI».^[603]

A medida que pasaban los meses de 1975 aumentaba la preocupación de los españoles, y de los promotores extranjeros de una transición pautada, por el visible agotamiento de Franco que conservaba el reflejo del poder y algún reflejo político cada vez más espaciado pero que parecía cada vez más ajeno a la situación política y cada

vez más sometido a las presiones de su familia y del «bunker» que más o menos se identificaban. Recuerdo que por entonces me pregunté muchas veces por qué Carrillo había cometido el decisivo error de poner como título a su primer libro para el futuro «Después de Franco, ¿qué?». Era como admitir que mientras Franco alentase, aunque sólo fuera sombra de sí mismo, nadie movería un dedo en España, por lo que entonces llamaba muy acertadamente el profesor Amando de Miguel «poder disuasorio» de las Fuerzas Armadas; sobre todo cuando la operación de la Unión Militar Democrática se convirtió en globo pinchado. No es objeto de este libro

describir los sucesos políticos de aquel año, entre los que destacó un recrudecimiento del terrorismo y la reacción del gobierno al no indultar a cinco extremistas condenados a muerte. Una nueva campaña mundial de protesta se desató contra el régimen vacilante pero a nadie se le ocurrió constatar las acciones que habían motivado las condenas. El régimen se terminaba con Franco; todo el mundo sabía que el régimen no podría sobrevivir a Franco. El príncipe don Juan Carlos era el primero que lo sabía y guardaba un silencio distante, con muchos contactos militares y civiles. El único pronunciamiento que repitió sin pedir a

sus interlocutores que le guardaran el secreto es que si Franco, como parecía inevitable, volvía a recaer, él no asumiría el poder sin garantía absoluta de que ya no volvería a cederlo.

El 11 de julio de 1975 las direcciones del PCE (Carrillo) y del PCI (Berlinguer) conferenciaron en Livorno y convinieron en una plataforma nueva, que un avisado periodista italiano interpretó, con término que ya había empezado a correr en 1970, como «eurocomunismo», a la que se sumó también el PCF. El eurocomunismo resaltaba la independencia nacional de cada partido respecto del PCUS, más la identidad entre socialismo y

democracia. Los tres partidos comunistas occidentales trataban así de insertarse desesperadamente en el contexto político de las democracias occidentales; el eurocomunismo no era, como se comprobaría después, más que el último disfraz del comunismo clásico, es decir staliniano. Toda la maquinaria de propaganda comunista se volcó en conseguir que los intelectuales y los políticos de Occidente se tragasen ese enorme sapo del eurocomunismo, del que los propios comunistas parecían convencidos. Pero era imposible.

A partir de entonces se desencadenó en el mundo una polémica formidable sobre el eurocomunismo. Los sectores

duros, prosoviéticos, de los partidos comunistas, ya convertidos en eurocomunistas, provocaron escisiones y el propio PCUS, que trató de convivir con los partidos comunistas así renovados, acabó por considerarles con aprensión y rechazo crecientes. Pero toda la polémica eurocomunista hubiera podido zanjarse si se hubiera adelantado a aquellos momentos el luminoso análisis de un experto, Fernando Claudín, que demostró en 1983 la imposibilidad absoluta del eurocomunismo.

El inspirador de esta doctrina era el comunista italiano Antonio Gramsci, fallecido tras un largo período en las

cárceles de Mussolini y empeñado en proponer ya en los años treinta un tipo de comunismo apto para convivir con las democracias occidentales. No para convivir en paz sino para dominarlas por vías más sutiles que la brutalidad staliniana. Las doctrinas de Gramsci, que después de 1975 invadieron las librerías españolas, consistían básicamente en una estrategia para dominar la llamada sociedad civil a través de un trabajo previo e incansable de penetración y minado cultural, — inspirado en la preparación ilustrada de la Revolución francesa y en la tradición de la Iglesia como institución penetrante — para subvertir de esta forma, desde la

«hegemonía» sobre la sociedad, los aparatos del Estado e implantar así la revolución con métodos diferentes a los bolcheviques.

FALSEDAD 82/DOCUMENTO 138

Pero como señala Claudín el eurocomunismo naufragaba irremisiblemente en dos contradicciones, que acabaron con la propia posibilidad del comunismo. Primero, «la conservación del principio del centralismo democrático en las estructuras y el funcionamiento del partido... se revela incompatible con una auténtica democracia interna

del partido». En efecto, «al cabo de seis años de legalidad democrática todos los que plantearon la necesidad de un nuevo tipo de partido, coherente con la línea eurocomunista, fueron arrojados de sus filas. La democracia siguió brillando por su ausencia. Y la contradicción flagrante permaneció en pie: un partido que no funciona democráticamente y pretende nada menos que ser la garantía del avance hacia el «socialismo en la democracia».^[604]

FALSEDAD 83/ DOCUMENTO 139

La segunda contradicción del

eurocomunismo es igualmente clara. «Por un lado —sigue Claudín— el eurocomunismo de Carrillo o Berlinguer —no hablemos del de un Marchais— proclama que el socialismo es consustancial con la democracia tal como rezan las declaraciones comunes de 1975; pero por otro lado este eurocomunismo sigue reconociendo como socialistas al régimen soviético y similares, donde no puede encontrarse ni con lupa un átomo de democracia».^[605]

Por tanto el eurocomunismo descansa sobre una doble mentira documentalmente revelada en esas dos contradicciones. Lo demás sólo fue

estrépito.

En julio de 1975 Santiago Carrillo celebra en Arras la Seguida Conferencia del PCE como un pleno ampliado del Comité Central. Dos jóvenes promesas más que cuajadas, el economista Ramón Tamames y el católico profesional Alfonso Carlos Comín, promotor de Cristianos por el Socialismo, son elevados nada menos que al Comité Ejecutivo; Comín apenas puede contener la emoción cuando la propia Pasionaria le unge con un ósculo de paz y le asegura que no se ha equivocado. La Conferencia transcurre en un clima de euforia; el PCE toca poder y perfila su Manifiesto Programa en el que la Huelga

Nacional deja de presentarse como pacífica y se convierte en «levantamiento revolucionario», con lo que se va al garete la Reconciliación Nacional. Carrillo, ebrio de poder presentido, delira al asegurar que el PCE será «la fuerza decisiva para tender puentes entre el Ejército y el pueblo».

[606] Con el espaldarazo de la Conferencia Santiago Carrillo sólo esperaba la muerte de Franco para dirigir el asalto al Palacio del Pardo. No advertía que subordinar su llegada al poder a la desaparición de Franco era el mayor servicio objetivo que, muy a su pesar, estaba prestando a España... y a Franco.

El 12 de octubre de 1975 Franco hizo la que sería última salida de su vida para presidir un acto en el Instituto de Cultura Hispánica. No sé cómo ni dónde me encontré esa noche con José María de Areilza que me advirtió: «Franco ha regresado con una seria gripe al Pardo». Se lo transmití a Pío Cabanillas que descartó la idea; era de los muchos españoles que habían aceptado ya que Franco podría durar todavía muchos años. Hoy nos parece absurdo pero muchas personas lo creían así.

Sin embargo José María de Areilza había acertado. Esa misma noche del Pilar empezó el segundo asalto de la

enfermedad mortal a Franco, el definitivo. Carrillo no tenía de ello la menor idea cuando dos días antes, el 10 de octubre, la periodista italiana y fetiche internacional Oriana Fallaci, con tanta fama como falta de espíritu crítico publicó en «El Europeo» una resonante entrevista con el secretario general del PCE. Los ataques más feroces de esa entrevista se reservaban para el Generalísimo y el Príncipe Juan Carlos.

FALSEDAD 84/DOCUMENTO 140

Contra Franco Santiago Carrillo dejó que se desbordase su odio, con una completa falta de control que

reduciría mucho más sus ya escasas posibilidades de convencer al pueblo español, completamente alejado entonces del odio y sólo deseoso de la paz.

«Estoy entre los españoles —decía Carrillo— que piensan que ver morir a Franco en su lecho sería una injusticia histórica. Existen pocos pueblos en Europa que hayan luchado tanto por la libertad como nosotros y no nos merecemos verle morir con la ilusión de que su tiranía sea indestructible. No debe tener esa satisfacción. Debe ver con los ojos abiertos el fin de su tiranía... Yo no he esperado nunca que Franco muriese y he hecho todo lo

posible para echarle antes. Todavía cuento con realizarlo antes de que muera... La condena de muerte de Franco la firmaría».^[607]

El documento revela todo el odio frustrado de Carrillo en 1975. La falsedad consiste en afirmar que nunca había esperado a la muerte de Franco, después de resumir todo su programa de poder en el título «Después de Franco ¿qué?». Es decir que mientras viviese Franco, nada, fuera del circo de la Junta Democrática, las falsedades y las amenazas.

FALSEDAD 85/DOCUMENTO 141

En la misma entrevista con Oriana Fallaci Carrillo reincide en sus insultos contra don Juan Carlos:

«Es una marioneta que Franco manipula como quiere, un pobre hombre incapaz de toda dignidad y sentido político. ¿Qué posibilidad tiene Juan Carlos? Todo lo más ser rey por algunos meses».^[608]

Carrillo no parece muy afectado por la creación, desde unos meses antes, de la Plataforma de Convergencia Democrática, una agrupación distinta y rival de la Junta. El eje de la Plataforma es el PSOE renovado dirigido por el clan de jóvenes sevillanos cuyo jefe es Felipe González, protegidos por la

estrategia norteamericana a través del SPD alemán. Alrededor del PSOE se alinean grupos heterogéneos, como el grupúsculo rosado y democristiano de Ruiz Giménez, el Partido Nacionalista Vasco y otros que hubieran encontrado mejor acomodo en el circo de la Junta; la ORT, cristiano-maoísta, el Movimiento Comunista, staliniano-maoísta con algunas gotas de cristianismo violento. En septiembre de 1975 las dos agrupaciones de oposición radical, Junta y Plataforma, difunden un manifiesto conjunto de ruptura. Carrillo conoce a Felipe González, ha hablado con él y le desprecia olímpicamente. El 24 de octubre de 1975, cuando se agrava

la situación estratégica de España por el conflicto con el reino de Marruecos sobre el Sahara (con los Estados Unidos apoyando inicua y casi abiertamente al oportunismo del rey moro) Junta y Plataforma, que ya conocen los primeros síntomas de la agonía de Franco, emiten un nuevo comunicado conjunto para lanzar la «Acción Democrática Nacional» Para Carrillo «la solución no es el padre, ni el hijo, ni el espíritu santo. La solución debe darla el pueblo español». Junta y Plataforma se unen en un nuevo engendro, Alternativa Democrática el 31 de octubre. Carrillo insiste en que ahora va en serio: «No son frases». Pero mientras Franco

empieza a reñir su última batalla con la muerte allí no se movió nadie. [609]

Hubo una persona, la más interesada en el futuro inmediato de España, que sí se movió. El príncipe Juan Carlos había trasladado su cuartel general durante la agonía de Franco a la Quinta del Pardo, tan querida por don Manuel Azaña para sus ensimismamientos presidenciales hasta la víspera de la guerra civil, donde por poco le secuestran allí los oficiales comprometidos del regimiento de Transmisiones del Pardo. Vi al Príncipe por aquellos días, le encontré muy preocupado por la situación de la Iglesia (los turbios manejos políticos en torno al cardenal Tarancón), con el problema

del Sahara y naturalmente con los movimientos de los consejeros de su padre don Juan en vísperas de la muerte de Franco; tenía muy clara cuál debía ser su propia actuación cuando el gobierno le pidiese que asumiera los poderes del Estado. Pero ninguno de los que entonces hablamos con don Juan Carlos supimos una palabra de la aproximación del Príncipe a Santiago Carrillo justo cuando Santiago Carrillo arreciaba en sus insultos y descalificaciones contra él.

Se lo ha contado el propio Rey a su amigo José Luis de Vilallonga y éste lo sirve como uno de los platos fuertes, y a fe que lo es, de su conversación

biográfica con don Juan Carlos.^[610] Con este motivo aparece en toda su importancia la figura del embajador de Francia, Jean-François Deniau, hombre de Giscard d'Estaing en Madrid, futuro ministro y diplomático de primer orden, cuya esposa, además, deslumbraba entonces a todo Madrid por su belleza y su elegancia.

El entonces Príncipe, en vísperas de la muerte de Franco, estaba ya decidido a legalizar a todos los partidos políticos incluso al PCE. Al contarle la historia a Vilallonga el Rey tiene un momento de duda: «Hay gente que cuando se entere de que yo pensaba legalizar al Partido Comunista siendo todavía Príncipe de

España... dirán... no sé... Se dirá que me disponía a engañarlos... a traicionarlos».

Claro que se ha dicho pero sin razón. No fue don Juan Carlos quien engañó a los españoles. El nunca se había comprometido a no legalizar al PCE y sí se había comprometido ya, incluso públicamente, a la democratización de España y Franco lo sabía.

Poco antes de asumir los poderes supremos del Estado, en vísperas de la muerte de Franco, las conversaciones del Rey con Valéry Giscard d'Estaing eran diarias, y muy frecuentes las que también por teléfono mantenía con

Henry Kissinger, el rey Balduino de Bélgica y el príncipe Felipe de Edimburgo; los cuatro personajes formaban la trama exterior de la transición. Giscard veía muy clara la necesidad de legalizar al PCE para no otorgarle una aureola de mártir de la democracia, para conocer sin duda posible sus efectivos, su fuerza real. El trato del Príncipe con el embajador de Francia remachaba esa idea. Supongo que el Príncipe, aunque no lo dice, disponía de alguna orientación sociológica seria sobre esa fuerza real del PCE y por eso su aproximación a Carrillo, que mucho después, ya en 1977, siguió Adolfo Suárez (no antes,

aunque Suárez lo ha insinuado) se emprendió con cierta garantía; con un riesgo calculado. El PCE había conseguido, con su tenaz esfuerzo de propaganda, el liderazgo moral y político de la oposición radical. El Rey, y luego Suárez, decidieron correr el riesgo de legalizarle. La apuesta pudo acabar en tragedia pero les salió redonda; en junio de 1977 se comprobó que Carrillo era un bluff y en los años siguientes, al contacto con el aire democrático, el PCE se desintegró. Pero en el otoño de 1975 el riesgo del Príncipe era tremendo. Decidió correrlo.

Recordó que el bestial dictador

Ceaulescu había buscado su conversación en un festejo de las Mil y Una Noches organizado por el *Sha* del Irán en Persépolis. Ceaulescu habló a don Juan Carlos sobre su amistad íntima con Santiago Carrillo; era una especie de ofrecimiento. La gestión informativa le salió al revés, como sabemos, al teniente general Díez Alegría en 1974. El Príncipe repitió el intento, con mayor secreto, en vísperas de la muerte de Franco.

Envió a Rumanía a su amigo íntimo, Manuel Prado y Colón de Carvajal. (El Rey no da su nombre; pero fue él). Le entregó un mensaje verbal para el tirano de Rumanía; cualquier nota escrita

hubiera podido resultar fatal para la Monarquía y para el Príncipe. Al llegar le encerraron en un calabozo. Por fin le llevaron a presencia del dictador. «El mensaje —dice el Rey en 1993— consistía en pedirle que comunicara a su amigo Carrillo que don Juan Carlos de Borbón, futuro rey de España, tenía la intención de reconocer, en cuanto accediera al trono, al Partido Comunista de España, así como a los demás partidos políticos. Ceaucescu también debía pedir a Carrillo que tuviera confianza en don Juan Carlos. Si él estaba de acuerdo, todo saldría bien. En caso contrario, las cosas podrían resultar muy difíciles y complicadas en

España si había que contar con la oposición del Partido Comunista.»

Unas semanas después se presentó de incógnito un ministro rumano ante el Príncipe con esta respuesta:

«Carrillo no moverá un dedo hasta que seáis rey. Después habrá que concertar un plazo, no demasiado largo, para que sea efectiva vuestra promesa de legalización». Por lo que dice a Vilallonga el Príncipe estaba convencido de que fue esta gestión suya la que impidió que Carrillo «lanzase a su gente a la calle».^[611] Con todo respeto creo que el Príncipe se equivocó entonces en esa apreciación; en tolerar un ultimátum de Carrillo y en pensar que

su gestión fue la que impidió la salida a la calle de las masas comunistas. No fue el viaje de don Manuel Prado, sino la decisión absoluta de las Fuerzas Armadas y me asombra que en 1993 el Rey no lo reconozca. Con el conjunto de esta gestión Carrillo se sintió mucho más seguro. Ahora sólo cabía esperar a la muerte de Franco.

El 20 de noviembre de 1975, tras una agonía espantosa mantenida absurdamente por una parte de su familia, murió el general Francisco Franco Bahamonde. He descrito el curso de esa agonía y las circunstancias de su muerte en mi última biografía de Franco.

[612] Carrillo dice en sus memorias la

verdad sobre la reacción de los españoles; «En ese momento se produjo algo así como un gran silencio en España. Todo el mundo sentía que se entraba en el fin de una época... Y la noticia, esperada ya desde hacía semanas, me dejaba pese a todo un sabor agridulce: no habíamos sido capaces de impedir que Franco muriese en la jefatura del Estado».^[613] En sus Memorias, consciente del ridículo, no dice Carrillo una palabra sobre su estrambótica decisión inmediata; mancharse a Atenas con el circo de la Junta Democrática. Carrillo afirma en sus memorias que se enteró de la muerte de Franco en París. Claudín, que sigue

de cerca los pasos de Carrillo, dice que estaba en Atenas con la Junta. Trataré de conciliar las dos versiones; por eso supongo que se iría a Atenas en cuanto supo la noticia en París. Es lo de menos; lo que importa es que en una conferencia de prensa dada en Atenas el 21 de noviembre Santiago Carrillo flanqueado por sus dos aliados del Opus Dei (uno numerario y otro antiguo alumno) Calvo Serer y Vidal Beneyto, «declaran que la Junta Democrática no reconoce a don Juan Carlos como jefe del Estado español».^[614] La Acción Democrática (Junta y Plataforma) emite en Madrid un comunicado más prudente que el del circo; más acorde con el compromiso de

Carrillo con don Juan Carlos vía Ceaucescu y Prado. El comité madrileño del PCE, fuera del tiesto, intenta convocar a los madrileños a huelgas y manifestaciones que nadie sigue porque todo el mundo se había ido a las colas que rindieron el último homenaje a la figura de Francisco Franco.^[615] Gregorio Morán afirma que la misión Prado a Rumanía tuvo lugar inmediatamente después de la muerte de Franco y que la entrevista Prado-Ceaucescu, con Carrillo en la habitación de al lado, se celebró el 5 de diciembre. El Rey recuerda con mucha viveza que todo se convino antes de morir Franco. La discrepancia no es grave; y me

atengo al testimonio vivo del Rey en vista de que Carrillo no dice una palabra del asunto en sus memorias.^[616]

Morán es quien da el nombre de Manuel Prado como emisario de don Juan Carlos al dictador rumano. Lo que sí es cierto es que desde la muerte de Franco, seguro ya de la actitud del Rey hacia el Partido Comunista y hacia él mismo, Carrillo solamente pensó en volver a España.

EL REGRESO DE SANTIAGO CARRILLO

El 7 de febrero de 1976 Santiago Carrillo, tocado con una horrenda peluca, cruzó tranquilamente la frontera española en el Mercedes de su amigo Teodulfo Lagunero y se instaló secretamente en Madrid. Cerraba así un paréntesis de 37 años de exilio desde que escapó a Francia en febrero de 1939 después de sus heroicas defensas de Barcelona y de Gerona. Huyó con 24 años; volvía con 61. La humillante derrota de Carrillo y su partido en 1939 se habían transformado, en 1976, en confianza de una victoria decisiva. Según un documentalista del PCE, Gregorio Morán, Carrillo tomó como secretaria a la novia de un joven

comunista, Enrique Curiel y ella, una chica «progre» de buena familia llamada Belén Piniés, se consagró de lleno al trabajo de su nuevo jefe, cuya primera preocupación fue, muy según su acreditado estilo, desmontar el aparato clandestino del PCE en España y poner en la calle, sin pagarles atrasos, a muchos de sus miembros.^[617] En este período es cuando Carrillo sitúa un viaje suyo a Rumanía para que Ceaucescu le comunicara el mensaje enviado por el Rey por medio de Manuel Prado; pero debe de sufrir un lapsus porque tanto el Rey como los archivos del PCE, según vimos, describen este episodio como sucedido

o unas semanas antes o unas semanas después de la muerte de Franco, pero desde luego en 1975. Se ve que a Carrillo todavía le queda la costumbre de cambiar las fechas de sus actos, que había guardado celosamente en la clandestinidad.^[618]

Antes de salir de París camino de Madrid Santiago Carrillo hizo aprobar por el Comité Ejecutivo una resolución (fecha más o menos el 20 de enero) en que se abandonan todas las pretensiones maximalistas del Partido, es decir la Huelga Nacional y el asalto al poder para encuadrarle en una lucha de signo político para competir en la democracia que viene.^[619] Por las agónicas

presiones del «bunker» el Rey se ha visto obligado a confirmar a Carlos Arias en la presidencia del gobierno pero con un gobierno de apertura democrática urgente: Manuel Fraga en Gobernación, José María de Areilza en Asuntos Exteriores, el embajador Joaquín Garrigues en Justicia y un joven político ya experimentado, procedente de la Acción Católica, el Opus Dei y el Movimiento, llamado Adolfo Suárez González, a quien se encargó precisamente la liquidación del Movimiento, que él había pensado transfigurar en una asociación política de franquismo evolucionado que se llamó Unión del Pueblo Español. Suárez

había logrado la amistad del Príncipe cuando era director general de Radio y Televisión y parecía dotado de una ambición política de altos vuelos y una flexibilidad de maniobra que se correspondía con su capacidad de orientarse hacia los vientos dominantes, pero siempre hacia el futuro. La confirmación de Carlos Arias fue el duro precio político que tuvo que pagar el Rey por su decisión de entregar la presidencia de las Cortes al profesor Torcuato Fernández-Miranda, un hombre del Movimiento aperturista que diseñó, de acuerdo con don Juan Carlos, la estrategia para una transición democrática que partiese, sin rupturas,

de las Leyes fundamentales y las instituciones del franquismo; esa fue la condición absoluta impuesta por las Fuerzas Armadas. Era una especie de cuadratura del círculo pero la decisión del Rey y la sabiduría política del nuevo presidente de las Cortes lo consiguieron. En el gobierno las reticencias franquistas de don Carlos Arias chocaron muy pronto con el designio del Rey y con los tirones democráticos de los tres brillantes ministros, Areilza, Fraga y Garrigues. Los dos primeros, aunque coincidían en el objetivo del Rey, entablaron también entre ellos una competencia de incomprensiones. Areilza vendió admirablemente en todo

el mundo el proyecto democrático de la Corona y Fraga aseguró con vigor el orden público en momentos tan delicados. En aquella época su modelo era don Antonio Maura. Fraga tuvo la pésima suerte de que dos momentos críticos de aquel período, el extraño motín de Vitoria (con mucho trasfondo clerical de extrema izquierda) y la reyerta carlista de Montejurra, montada en circunstancias también extrañas, le sorprendieran en viajes al extranjero; le sustituía en Gobernación Adolfo Suárez que se reveló como un político prudente y de gran carácter. Por otra parte en las reuniones, no siempre gratas, de una comisión mixta formada por

representantes del gobierno y del Consejo Nacional del Movimiento se produjo un enfrentamiento constante entre el «bunker» y los aperturistas; y una competencia dialéctica entre el profesor Fraga Iribarne, que defendía un modelo mixto de democracia y el político Adolfo Suárez, mucho menos preparado pero mucho más decidido a defender el proyecto, plenamente democrático, de reforma política diseñado por Fernández Miranda. Lo inesperado fue que Suárez ganó por la mano a Fraga en aquella especie de oposiciones a la presidencia del gobierno (las primeras oposiciones que Fraga perdió en su vida) y se convirtió,

al avanzar la primavera, en el candidato del Rey para sustituir a Carlos Arias. En esta decisión regia influyeron además motivos generacionales, muy semejantes a los que elevaron a Manuel Godoy, a fines del siglo XVIII, a la privanza de Carlos IV de Borbón, que para ello hubo de apartar a otros dos políticos mucho más experimentados, los condes de Floridablanca y de Aranda. El paralelo histórico es profundo y me propongo estudiarlo despacio alguna vez. La decisión de don Juan Carlos se realizó por fin a primeros de julio de ese mismo año 1976, cuando forzó la dimisión de Carlos Arias y ante la estupefacción (y no poco rechazo) nacional hizo que el

Consejo del Reino forzase también la designación de Adolfo Suárez, que formó un gobierno joven, centrista, decidido a liquidar definitivamente al Movimiento y a acelerar la reforma política en sentido netamente democrático. Un democristiano liberal y conservador, Alfonso Osorio, era vicepresidente de ese gobierno; un joven político de raza y de pensamiento, José Manuel Otero Novas, pasó del equipo de Fraga al de Suárez. Los dos nos han dejado en libros esenciales los testimonios que me parecen más importantes y fiables sobre la trayectoria de la transición. Otero Novas favorecía netamente, desde meses antes,

la legalización del Partido Comunista con la que Fraga estaba de acuerdo. Adolfo Suárez, por el contrario, ni siquiera podía imaginar tal proyecto; el testimonio oral y escrito de Otero Novas me parece concluyente sin lugar a dudas, aunque no coincide con anticipaciones posteriores de Suárez.^[620]

El viraje político impuesto al PCE por Carrillo a principios de 1976 merece a Claudín el calificativo de «tacticista»; pero Claudín lo explica como abandono de las amenazas y del proyecto de insurrección una vez que Carrillo pudo comprobar que con la muerte de Franco se tambaleaba el régimen, pero se mantenía firme el

Estado y, sobre todo, bromas como la UMD no afectaban para nada a la solidez y la decisión de las Fuerzas Armadas, decididas a garantizar el testamento de Franco en favor de la unidad de España y la orientación que diera el Rey. A mí este reconocimiento de Carrillo no me parece simple táctica sino una auténtica decisión estratégica, respaldada, eso sí, por la promesa de legalización que el Rey, antes de serlo, le había comunicado. Esta nueva estrategia comunista, o mejor eurocomunista, no cancelaba sin más el proyecto revolucionario de Carrillo que en su libro de 1977 «Eurocomunismo y Estado» proclamó nuevamente su

concepto puramente instrumental de la democracia y la finalidad subversiva de su acción política. No podía ser menos so pena de romper con todo lo que había sido su vida. Sin embargo el choque con la realidad de España iba convirtiendo ese proyecto eurocomunista, semana tras semana, en una utopía. Lo que pretendía Carrillo desde principios de 1976, una vez comprobado que las murallas de Jericó no cedían ante las trompetas comunistas, fue simplemente una brillante carrera política dentro de la nueva democracia española; él sería, al frente del PCE, el líder indiscutible de la izquierda, con el PSOE como acólito y aprendiz a su lado. Pienso que,

sugestionado por su retorno y su propia propaganda, llegó a creerse que era verdad cuando decía: «El PCE actúa como el partido más democrático del país».^[621] No es que creyera que el PCE gozaba de democracia interna; él sabía más que nadie que no. Lo que pretendía decirse a sí mismo es que su propósito inmediato era aprovechar la plataforma y la potencialidad del Partido Comunista como pedestal político propio. Le salió al revés; porque el Partido Comunista, sobre todo sus bases y dirigentes jóvenes, sí creían en la democracia y se la exigieron apremiantemente a Carrillo; y por supuesto no se dejaron instrumentar por él. Sin embargo sería

injusto no reconocer que Carrillo, con el abandono, por el momento, de la violencia y de la amenaza (que alguna vez le rebrotó pero excepcionalmente) no rindiera un importante servicio a la Corona, a España y a los españoles. Sería obstinación no admitir que Carrillo cambió de estrategia a principios de 1976 y que el Partido Comunista contribuyó a la convivencia democrática. Eso era verdad, y los comunistas no se quedaron fuera de la España distinta que partía hacia el futuro después de la muerte de Franco. El error de Carrillo fue pensar que con esa decisión podía hacer borrón y cuenta nueva; y aprovechar la continuidad de su

centralismo democrático para transfigurarse en un líder democrático de la izquierda. Pasó por el Jordán de la amnistía y se aprovechó, como todos, de la decisión casi unánime del pueblo contra la guerra civil y en favor del futuro común, sin miedos y sin exilios. Pero la Historia no perdona ni olvida; la Historia, simplemente, está ahí. Y Carrillo chocó de frente con la Historia que le cerró el camino, le impidió el salto mortal y le condujo al batacazo no con la propaganda de Franco, como trataba de explicar Carrillo, sino con la implacable realidad de los hechos pasados entre 1934 y 1975. Por la lectura detenida de sus memorias de

1993 tengo la impresión de que Carrillo se obstina en no reconocer esa realidad histórica; porque él no se arrepiente de nada y para su orientación interior se queda anclado, ahora sí, en el tacticismo. El noventa por ciento de los españoles pensaba lo contrario que él y terminó en las urnas con todos sus ensueños.

FALSEDAD 86/DOCUMENTO 142

El momento más implacable contra Carrillo en la autobiografía de Semprún es aquél en que Federico Sánchez se refiere a este viraje estratégico de Carrillo que se traduce

en una «temprana», es decir tardía vocación de político abstracto. El texto no tiene desperdicio y resume cabalmente, a mi ver, el batacazo que acabo de describir:

«Así en 1975 la Hache Ene Ge, o Hache Ene Pe se denomina Acción Democrática Nacional, fórmula sin duda más acorde con el lenguaje de la izquierda civilizada que se agrupaba en torno a Carrillo en la meteórica y desdichada Junta Democrática... A finales de 1976, en efecto, cuando la historia ya ha demostrado que la transición de la dictadura despótica de Franco a la democracia burguesa de los franquistas se produce sin

intención de aquel levantamiento popular mitológico, cuando la Hache Ene Pe ya ha sido arrinconada por los tramoyistas de la clase política en un desván del teatro nacional, Santiago Carrillo sigue mencionándola como algo que hubiera sido posible, que ha estado a punto de realizarse... En su libelo «Qué es la ruptura democrática» dice Carrillo lo siguiente: «Si el azar hubiese hecho que la vida de Franco se prolongase unos años más, hubiéramos presenciado cómo la presión popular, probablemente acompañada de un «golpe de palacio», desplazaba, más o menos cortésmente, al dictador».

«No pienso que sea fácil encontrar en los escritos de un dirigente político que se proclamaba marxista un texto tan irreal o surreal como éste, tan henchido de deseo irrealizable y de frustrada ensoñación. Cabe preguntarse si la temprana vocación política de Carrillo no ha venido a truncar una posible carrera de escritor de ciencia ficción o de barata novela fantástica».^[622]

Semprún escribía en 1977. No cabe mayor urgencia en la adquisición de una perspectiva adecuada.

Carrillo, por tanto, llegaba al colmo de sus obstinaciones; para aferrarse al éxito de su proyecto subversivo, cuando ya había fracasado irremisiblemente, viene a desear que Franco hubiera vivido unos años más, es fantástico. Pero al reflexionar sobre el éxito de la transición pacífica incide en dos falsedades claras. Primera, y no la cito en concreto porque aflora constantemente en sus declaraciones y escritos de la época, atribuir el fracaso del PCE a la tenaz propaganda del régimen; la propaganda existió pero como recordaba Claudín se fundaba en hechos reales, que acabo de

interpretar como venganza de la Historia. En segundo lugar Carrillo niega a regañadientes como causa positiva de la transición lo que fue precisamente una de las claves de la transición:

«El que el cambio político haya podido hacerse sin una revolución, el que los instrumentos políticos de una dictadura se autoliquiden no puede explicarse solamente por la inteligencia política —y mucho menos por la abnegación patriótica— de los dignatarios del sistema anterior».^[623]

Pues se explica precisamente por esa inteligencia y ese patriotismo, que encarnaron en la sesión de Cortes que

aprobó la Reforma política Fernando Suárez, Cruz Martínez Esteruelas y Miguel Primo de Rivera, además, naturalmente, de Adolfo Suárez. Esa fue una clave; las otras dos fueron la Corona, asesorada por Fernández Miranda; y las Fuerzas Armadas como garantes de la transición. Carrillo se obstina en no entenderlo; por eso se estrella contra la Historia después de haberse estrellado contra la realidad.

Desde el fondo del futuro casi afloraba ya en 1976 la crisis final del sistema comunista. La Unión Soviética lanzaba ese año el décimo y último de sus Planes Quinquenales que exigía, más que preveía, un crecimiento anual del

6,5%, pero que se hundió en una regresión formal. La URSS demostró su espantoso fracaso volcándose en compras gigantescas de cereales en Estados Unidos y Canadá.^[624] Carrillo no se enteró; muchas gentes de aquel tiempo tampoco quisieron enterarse, porque los datos estaban ahí. Los estrategas norteamericanos sí se enteraron y forzaron la caída del gigante con los pies de barro. Quizá por tan dramáticas perspectivas la URSS advirtió a fines de enero de 1976 a los partidos comunistas occidentales en contra del aperturismo y de «la pluralidad de modelos de socialismo». Era un acto reflejo, convulso, para

hundirse todos o salvarse todos. Se hundirían todos, aunque los comunistas occidentales, que tal vez ventearan confusamente el desastre de la economía y la sociedad soviética, se aferraron a su invento del eurocomunismo, que no era más que un sálvese el que pueda.^[625]

Pero un observador excepcional, el historiador Ramón Salas Larrazábal, fue seguramente el primero que denunció en España la suprema contradicción del eurocomunismo cuando éste empezaba su fase de lanzamiento. «Dicen los comunistas que renuncian a sus cuatro fundamentos doctrinales; pero entonces no se concibe su existencia, salvo que sólo se trate de un destape ocasional».

[626] Sin esos supuestos —la voluntad revolucionaria, la dictadura del proletariado, la identificación del nacionalismo como cosa del pasado y la sumisión a la URSS— que son la esencia histórica del comunismo, el nuevo comunismo será ya otra cosa, pero no es comunismo. Y como siempre Ramón Salas tenía toda la razón. Los rifirrafes, cada vez más ostensibles, de los partidos comunistas occidentales y el soviético sólo demostraban que unos y otros entraban ya en su agonía histórica, aunque preferían no darse cuenta.

El 20 de marzo de 1976 Santiago Carrillo descafeinaba su anterior

propuesta de ruptura total y exponía otro invento: la «ruptura pactada» que no era más que un aprovechamiento dialéctico de la Reforma; aunque gracias a otro fracaso, el de la UCD y a la decisión del PSOE la ruptura pactada acabó por imponerse a la Reforma en 1982.^[627] En 1976 la conjunción de Junta y Plataforma alumbraba un nuevo pacto que se llamó Coordinación Democrática y se conoció como Platajunta; para mantener en ella la hegemonía Carrillo lanzó a fines de marzo todo un programa de ruptura pactada.^[628] Pero si la historia y el futuro le estaban ya fallando irremisiblemente, el secretario general del PCE proseguía, embalado, su

carrera de propaganda espectacular. Ya se había producido en España, a primeros de julio de 1976 el desahucio de Carlos Arias y su sustitución por Adolfo Suárez; casi nadie veía claro cómo el ministro secretario general del Movimiento y promotor de la Unión del Pueblo Español, acendradamente franquista, podía transfigurarse en el artífice de la Reforma. El Rey se empleó a fondo durante aquel verano en convencer a políticos y comunicadores destacados, en una serie de gestiones personales de las que casi nunca se ha hablado, hasta que después del libro de Vilallonga me pareció conveniente decir algo sobre ello en un libro de retratos

históricos.^[629] Suárez y su joven gobierno aguantaron la oleada contraria con frialdad serena y se pusieron a trabajar sin descanso para realizar el proyecto de Reforma política diseñado por Fernández Miranda, aunque muy pronto pudo comprobarse que Adolfo Suárez había decidido ser protagonista de tan importante proceso y no simple ejecutor.

El 28 de ese mes de julio de 1976 Santiago Carrillo montó, ante la expectación universal, un nuevo espectáculo político en Roma; un pleno ampliado del Comité Central del PCE con abierta presentación de sus miembros, entre los que destacaba el

profesor Ramón Tamames. Carrillo aseguró con este motivo que el PCE obtendría más del treinta por ciento de los votos en las próximas elecciones; en cuatro semanas Suárez había conseguido ya convencer a todo el mundo de que la Reforma iba a hacerse y las elecciones se iban a celebrar con todas garantías. Carrillo reveló en Roma que vivía en España desde seis meses antes, lo que mucha gente no se creyó aunque era verdad; descartó la estructura clandestina del PCE en forma de células secretas y «radios» para adoptar la de agrupaciones; clamó por la libertad y la democracia pero mantuvo a todo trance el esquema de centralismo democrático,

es decir de totalitarismo; y se opuso frontalmente a toda desviación socialdemócrata. Aquello era un lenguaje de Orwell enmascarado, sin embargo, por la impresión general de fuerza y audacia que provocó la reunión. Aquello no era el circo de la Junta Democrática; aquello podría ser el factor dominante de la nueva izquierda española. [\[630\]](#)

LA REFORMA POLÍTICA DE 1976

Pero la rapidez y la precisión con

que desde ese mismo verano de 1976 se movieron Suárez y su gobierno arrebató por completo la iniciativa política a Santiago Carrillo. En menos de seis meses Suárez y su equipo prepararon, propusieron y realizaron la Reforma con absoluta marginación de Santiago Carrillo y sin herir a la izquierda ni a la oposición, pero apelando al pueblo por encima de ellas. La Reforma consistía en una Ley, aprobada por el Consejo de Ministros el 10 de septiembre de 1976, que abría el proceso democrático de pleno acuerdo formal con las Leyes Fundamentales de Franco, y con expresa referencia a ellas. Todas las Leyes Fundamentales, había establecido la Ley

Orgánica del Estado desde 1967, podían modificarse de acuerdo con el mecanismo en ellas establecido: consulta al Consejo Nacional, aprobación de las Cortes y ratificación popular en referéndum. Este fue precisamente el camino de la Reforma política que instituía dos cámaras legislativas, Congreso y Senado, elegidas por sufragio universal. Nada más y nada menos. Suárez creyó necesario, porque lo era, consultar con los principales jefes de las Fuerzas Armadas el proyecto de reforma dos días antes de que el Consejo de Ministros lo aprobase. Y en esa consulta surgió, naturalmente, el problema del

Partido Comunista, cuya legalización parecía en todo el segundo semestre de 1976 y primeros meses de 1977 la cuestión más importante que debía resolverse para impedir el fracaso de la Reforma.

El 14 de julio, a las dos semanas de la designación de Suárez para la presidencia del gobierno, se aprobó en las Cortes una reforma del artículo 172 del Código Penal, por la que quedaban fuera de la ley los partidos y grupos «que sometidos a disciplina internacional pretendan instaurar un régimen totalitario». El teniente general y vicepresidente del gobierno Fernando de Santiago había pedido la exclusión

expresa al Partido Comunista pero el gobierno la evitó. El texto aprobado tranquilizó de momento a los militares, que por mayoría abrumadora se oponían a la legalización del PCE. La legalización de los demás partidos quedaba abierta. Y entonces se planteó con fuerza avasalladora el problema del PCE.^[631]

DOCUMENTO 143

El testimonio clave para el planteamiento de la legalización nos lo comunica José Manuel Otero Novas, entonces subsecretario técnico y, junto con Osorio, principal consejero

político de Adolfo Suárez, de quien luego fue ministro durante cuatro años. Dice así:

«En el mes de julio (1976) presenté a Suárez un plan de legalización gradual del Partido Comunista. Consideraba yo que era una operación clave, primero porque una democracia ha de legalizar a todos los partidos que acepten actuar dentro de su regla, aunque no crean en ella. Y segundo porque sólo con un PC legalizado el PSOE actuaría sensatamente ya que, en la clandestinidad, en aquel momento convertía al PSOE en un «colaboracionista» acomplexado que

no podía hacer su papel de oposición de izquierdas salvo con radicalismos extremos. No debe pensarse con esquemas de hoy, cuando la situación es bien distinta.»

«Suárez me rechazó el plan como imposible y por eso creo que cuando en septiembre aseguró a los mandos del Ejército que su límite de apertura no incluía al PC, era sincero. En el otoño de 1976 volví a mis intentos de legalización del PC, esta vez por otros caminos que acabaron demostrándose más eficaces».

«En esta labor yo obtuve la opinión favorable de la Iglesia Católica sobre la legalización del PC que me

transmitió una destacada personalidad de la misma, que no fue el cardenal Tarancón. (Seguramente se trata de monseñor Elías Yanes, hoy presidente de la Conferencia Episcopal, prelado muy seguro y muy abierto). En cambio los dos gobiernos que más peso indirecto tuvieron en la transición española, USA y República Federal Alemana fueron algo menos proclives a la legalización del PC. Mis contactos de la socialdemocracia alemana, el SPD en el gobierno, no se pronunciaban pero me decían y repetían que un sistema democrático puede serlo perfectamente excluyendo al comunismo de la legalidad y me

ponían el ejemplo de la propia República Federal tras la guerra. En cuanto a mis contactos americanos a título personal eran propicios a la legalización del PC, (no olvidemos que el servicio exterior USA tiene una densa presencia de lo que ellos denominan «liberals»). Pero la Administración distaba de sentirse emocionada con la idea. Tuvimos bastantes reuniones en las que yo les exponía las razones favorables a la legalización. Y ellos me daban su opinión que al final fue favorable. Siempre decíamos que hablábamos «a título personal» pero como recientemente nos confesábamos,

sabíamos el juego que nos traíamos entre manos».^[632]

El testimonio de Otero Novas me parece capital. Durante todo el año 1976, antes y después de su famosa reunión con los generales, Adolfo Suárez consideraba imposible la legalización del Partido Comunista. Durante aquel mes de agosto el conde de Motrico, que se había negado a continuar en el gobierno bajo la presidencia de Suárez, se entrevistó detenidamente con Carrillo en París y se mostró nuevamente favorable a la legalización del PCE. Poco después el abogado José Mario Armero, que había acompañado anteriormente, como

sabemos, a Nicolás Franco «junior», visitó a Carrillo en Cannes (por encargo de Suárez y de Osorio y respaldo del Rey) con propósitos de sondearle.^[633]

En esta reunión no se habló de legalización inmediata del PCE, que Suárez, como acaba de decirnos Otero Novas, no consideraba entonces. Pero se acordó que el propio Armero se convirtiera desde entonces en intermediario permanente entre Carrillo y el gobierno. Y de paso Suárez conseguía dar la impresión de que Carrillo estaba en París y no en Madrid, como había revelado en el pleno de Roma; eran ya demasiadas estancias fuera de España. José Mario Armero

volvió a París para seguir atando cabos (o dando largas) a Carrillo y estaba con él el 8 de septiembre cuando Suárez se reunió con los mandos superiores de las Fuerzas Armadas para exponerles la Reforma política que estaba a punto de aprobarse.

Parto del testimonio de Otero para confirmar que Suárez no engañó a los militares; porque cuando les dijo que no pensaba legalizar al PCE estaba convencido de ello. Sin embargo los militares, cuando llegó la legalización en la Semana Santa de 1977, se sintieron engañados por Suárez y le declararon desde aquel momento una guerra política a muerte, que terminaría con él en el mes

de enero de 1981 un mes antes del pronunciamiento que se había preparado fundamentalmente contra Suárez. ¿Qué había sucedido?

El teniente general Manuel Gutiérrez Mellado era entonces jefe del Estado Mayor central y asistió a la reunión. Dice en sus conversaciones biográficas que Suárez habló claro y rotundo, que «estuvo sensacional» durante varias horas y que los tres ministros militares, el vicepresidente de la Defensa y la veintena de altos mandos allí reunidos quedaron encantados. «Adolfo Suárez dijo que mientras el Partido Comunista mantuviera una actitud revolucionaria no sería legalizado».^[634]

Este testimonio no es suficiente para explicar por qué los reunidos (menos el teniente general Gutiérrez Mellado) se sintieron engañados cuando Suárez legalizó al PCE. (El propio Rey reconoció en su conversación con Vilallonga que al menos algunos se sintieron defraudados por Suárez). Yo no dudo de la sinceridad del general Gutiérrez Mellado en su testimonio; dudo mucho, en cambio, de algunas de sus apreciaciones políticas en torno al gobierno Suárez, dudo mucho de algunos de sus diagnósticos («Adolfo Suárez ha perdido ahora millones de votos de personas que antes le dieron su confianza, sus razones tendrán») y dudo

mucho de alguna profecía suya: («si sigue en la brecha es posible que le vuelvan a votar»).[635] Eso de dudar del acierto de los electores cuando votan contra lo que uno cree, y por millones, es un reflejo que se parece curiosamente a la reacción de Santiago Carrillo cuando los millones de votos que esperaba en 1977 se fueron a otra parte. El general Gutiérrez Mellado critica a quienes hablaron primero de Suárez con elogio y luego se le opusieron acerbamente. No se ha parado a pensar que Suárez venció brillantemente en las elecciones de marzo de 1979 con un programa antimarxista, antiabortista, con un ataque frontal al PSOE por sus ideas

colectivizadoras y contrarias a la libertad de enseñanza y dos años después, en 1981, se declaró formal y públicamente, en la célebre entrevista con Julián Lago, como situado a la izquierda de Felipe González. Otra de mis discrepancias con el general Gutiérrez Mellado sobre este asunto es que parece atribuir la decadencia política de Suárez a una «campana», como también hizo Carrillo tras su desastre electoral de 1977. Pero de las posiciones del general Gutiérrez Mellado, cuya política militar defendí siempre, ya hablaré en mi historia venidera de la transición. Ahora volvamos al hilo de la presente historia.

Me parece mucho más convincente el relato de Alfonso Osorio, que coincide con el de José Manuel Otero Novas. Los dos eran los consejeros más próximos de Suárez, los dos le oyeron inmediatamente describir la reunión con los mandos militares. Según Osorio Suárez estaba eufórico. La difícil prueba le había salido redonda. «Le pregunté — dice Osorio— si le habían planteado algún problema con las próximas previsibles legalizaciones de los partidos políticos y su contestación fue clara:

«Ninguna, porque desde el primer momento he dado por supuesto que las modificaciones introducidas

recientemente en el Código Penal no autorizan la legalización del Partido Comunista». Ni Otero ni Osorio recuerdan que Suárez asegurase a los generales que no legalizaría al PCE bajo condiciones de tiempo y modificación de actitudes o estatutos. El 8 de septiembre de 1976 era sincero al prometer que no iba a legalizar al PCE. En la Semana Santa de 1977 lo legalizó sin explicar suficientemente a las Fuerzas Armadas lo que había sucedido para que modificara su actitud. Poco después de la reunión dimitió, en actitud disciplinada pero con evidente aire de protesta política, el vicepresidente para la Defensa, teniente general de Santiago,

que luego publicó un duro escrito en «El Alcázar» al que se adhirió el teniente general Iniesta Cano. Suárez sustituyó al dimisionario por el teniente general Gutiérrez Mellado y el gobierno, con las reticencias de Otero y Osorio, decidió proceder reglamentariamente contra los dos militares, pero el expediente «terminó dejando en ridículo al gobierno» según Osorio, que era vicepresidente de ese gobierno. La peligrosa disensión entre Suárez y las Fuerzas Armadas se había planteado ya con ese desagradable episodio.

Dos días después del discutido encuentro de Adolfo Suárez con los mandos militares, el gobierno aprobaba

la Ley de Reforma Política que fue magistralmente defendida el 16 de noviembre en las Cortes por el propio Suárez, el duque de Primo de Rivera y dos espléndidos parlamentarios que la derecha española ha desperdiciado absurdamente en el resto de la transición: Cruz Martínez Esteruelas y Fernando Suárez González. Yo he hablado con numerosos procuradores que asistieron a aquella sesión histórica y puedo dar testimonio de que la inmensa mayoría de ellos votaron a favor de la Reforma con un patriotismo y un espíritu de sacrificio que la Historia debe reconocerles. No fue por miedo ni por coacción sino por sentido

histórico y sentido del deber. Ellos fueron el gran coro político que pudo hundir al proceso de Reforma y no lo hizo; en muchos casos prefirieron renunciar a su carrera política y a las ventajas de su ejecutoria en aras de la reconciliación nacional y del servicio a España y a la Corona. Desde la izquierda rupturista se denominó a esta sesión «el harakiri de las Cortes de Franco». En el sentido japonés de la caballeridad llevada hasta el sacrificio supremo la expresión me parece mucho más acertada de lo que imaginaron sus inventores.

Y el 15 de diciembre de 1976 Carrillo volvió a equivocarse, al frente

de toda la izquierda rupturista. El pueblo español en un referendun impecablemente democrático aprobó por mayoría decisiva la Reforma política y desautorizó con ello al griterío rupturista de la izquierda y la oposición mal llamada democrática, cuyas pintadas todavía pueden verse en muchas esquinas de Madrid. Era el momento estelar en la vida de Adolfo Suárez, el que desde entonces le reserva un importante lugar en la Historia. Había resuelto la cuadratura del círculo, había conseguido que cuajase una reforma de tal envergadura sin amagos siquiera de guerra civil. No se recuerdan muchos casos semejantes en la Historia, y menos

en la de España, tan dada a los bandazos. Suárez y su gobierno habían cumplido la principal misión encomendada por el Rey y habían arrebatado por completo la iniciativa política a la izquierda y a la oposición. A la oposición y en especial a Santiago Carrillo, pregonero de la democracia, no le quedaba otro remedio que entrar por el aro.

CAPTURA Y LIBERACIÓN DE CARRILLO

Ya desde antes del referéndum la

oposición democrática venteaba una posible derrota y por si acaso formó una comisión negociadora con el gobierno que después de su victoria en la consulta popular podía considerarse todavía más democrático que la oposición, a la que habían descalificado las urnas.^[636] La Junta Democrática recibió desde el PSOE un torpedo en la línea de flotación: el coordinador y financiero del circo, Antonio García Trevijano, fue destruido políticamente por un tremebundo dossier del PSOE sobre sus negocios guineanos y sus relaciones con el brutal dictador Macías por lo que tuvo que hacer mutis por el foro.^[637] La Platajunta se transformó en Plataforma

de Organización Democrática, otro de sus disfraces, de la que emanó una comisión negociadora que pidió conversaciones con el gobierno; se había incrustado en ella con un triple salto mortal, el político que más veces había jurado en los últimos tiempos las Leyes Fundamentales del franquismo, Francisco Fernández Ordóñez, quien además se ofreció como portavoz del PCE en esa comisión.^[638] El 28 de noviembre, aprobada ya la Reforma en las Cortes, Carrillo participó en una de las cenas políticas de alto nivel que entonces menudeaban y se reunió en Aravaca con Areilza, González, Tierno y Ruiz Giménez. En esa cena Carrillo

comenzó a revisar sus opiniones sobre el Rey. Ahora, con un quiebro cínico marca de la casa, ya no le llama «marioneta de Franco» sino piensa que «el hecho de que Franco le hubiera situado en ese puesto era un factor positivo».^[639] Carrillo empezó a sentir prisa para la legalización del PCE; los días 5 y 6 de diciembre se reunía el XXVII Congreso del PSOE —por primera vez desde antes de la guerra civil— con autorización del gobierno y con expresa reiteración del carácter marxista que Pablo Iglesias había impreso en su partido.^[640]

Hoy nos parece clarísimo que a partir de entonces Santiago Carrillo

buscó la legalización del PCE a través de un desafío al gobierno y al Rey: procurando su captura por la policía, después de burlarla una temporada. La promesa del Rey sobre la legalización seguía vigente. Los contactos con Armero que representaba a Suárez con conocimiento del Rey y de Fernández Miranda le concedían un amplísimo margen de seguridad. Cedió entonces una vez más a su pasión por el espectáculo político y convocó discretamente toda una rueda de prensa en Madrid, que se celebró el 10 de diciembre, cinco días antes del referéndum. En ella anunció abiertamente que pensaba votar no en la

consulta.^[641] Pero el espectáculo se le aguó ante la abrumadora victoria del sí; su recomendación le había salido al revés. No quiso enterarse.

La policía se afanó para superar cuanto antes la difícil situación en que Carrillo colocaba al gobierno y le detuvo en la calle, tocado con su horrenda peluca, el 22 de diciembre de 1976.^[642] Alfonso Osorio está seguro de que Carrillo buscaba la detección y refiere con detalle la polémica que el acontecimiento, que la opinión pública tomó generalmente a broma, produjo en el seno del gobierno. Madrid se llenó de pintadas que reclamaban libertad para Carrillo; era una parte del nuevo

espectáculo por él montado. Al día siguiente se presentó en el ministerio de Justicia un escrito en el mismo sentido, firmado por más de seis mil artistas, intelectuales y profesionales. Adolfo Suárez se inclinaba al extrañamiento; quería poner a Carrillo en un avión y enviarlo a Francia. Osorio, abogado del Estado, le convenció de que tras la amnistía de 1969 no se podía condenar a Carrillo por nada referente a la guerra civil y de que el extrañamiento era contrario a la ley. El gobierno no disponía de datos sobre actuaciones de Carrillo posteriores a la guerra civil, y eso que Enrique Líster ya había publicado hacía años la edición francesa

de su libro. Se preguntó a Santiago Carrillo si prefería la deportación a la cárcel y naturalmente respondió que la cárcel, donde por cierto fue adoptado por una comuna de la ETA.^[643] Se impuso el criterio de Osorio y el asunto se entregó al juzgado de Orden Público, que el 30 de diciembre decidió la libertad provisional de Carrillo. «A mi juicio —remata Osorio— había jugado con audacia y había ganado». Para sus desplazamientos en libertad su amigo Ceaucescu le envió un coche blindado. Carrillo ya había logrado su legalización personal; ahora le quedaba la del Partido Comunista.

SUÁREZ Y CARRILLO SE SEDUCEN MUTUAMENTE

A comenzar el año 1977 medios próximos al Servicio Especial de la presidencia del gobierno difundían, como se ha dicho, el detenido informe «Mañana, Carrillo» que sin duda es el estudio mejor documentado de cuantos aparecieron por entonces sobre el secretario general del PCE; con estilo moderado y nada truculento se trazaba una panorámica biográfica de Carrillo que no debieron de repasar suficientemente algunas altas personalidades de la situación,

obsesionadas con que los únicos puntos negros en la vida del hombre de la peluca se circunscribían a sus actuaciones en el Madrid de noviembre de 1936. Pero se echó encima la semana final de enero que ha pasado a la Historia como «semana trágica de Madrid» con toda razón.

Desde el 11 de diciembre anterior estaba secuestrado por una extraña organización, el GRAPO (Grupos Revolucionarios Primero de Octubre) también denominada Partido Comunista de España Reconstituido, nada menos que el presidente del Consejo de Estado, el ex ministro Antonio María de Oriol, medalla militar en la batalla del Ebro y

miembro de una insigne familia vasca, de ideas tradicionalistas y gran influencia en medios industriales y financieros. El 24 de enero de 1977 se acababan de producir atentados mortales del GRAPO a miembros de las fuerzas de Orden Público cuando Antonio Oriol seguía secuestrado y la misma organización raptaba esa misma mañana al teniente general Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar.^[644] Parece que el general Gutiérrez Mellado había convencido a Adolfo Suárez de que la identidad del GRAPO ocultaba algunas sorpresas pero el ilustre militar nunca las reveló; Osorio desengañó pronto a

Suárez al decirle que mirase para otro lado porque el GRAPO era una agrupación de fanáticos de extrema izquierda. Pero la misma noche del 24 de enero un grupo de extrema derecha irrumpió en un despacho laboralista situado en la calle de Atocha y ligado al sindicato comunista Comisiones Obreras y asesinó alevosamente a cinco de los abogados que allí trabajaban. Por unas horas, por una semana, el miedo de la guerra civil surcó de nuevo los tensos cielos de España. La reacción fue unánime contra el absurdo crimen pero la democracia naciente atravesaba por sus momentos de mayor incertidumbre. Con autorización oficial Santiago

Carrillo organizó un entierro multitudinario y silencioso de los cinco abogados comunistas que transcurrió sin incidentes pero impresionó de tal forma a Adolfo Suárez que en aquel momento volvió de su acuerdo y empezó a preparar la legalización del PCE. (Otero). Carrillo tiene razón cuando recuerda la tesis de un editorial de «YA» después de un acto tan impresionante: «El PCE había conquistado su legalización».[645]

Afortunadamente se restableció el ritmo pacífico de la transición y los señores Oriol y Villaescusa fueron pronto liberados por la policía. Pero muchas familias se encerraron en casa esos días

hasta que las aguas volvieron a su cauce.

La impresión sufrida por Suárez ante los informes y los documentos gráficos sobre el entierro de los abogados comunistas le movió a hacer caso inmediatamente a sus contactos con Carrillo, aunque con toda seguridad fue también a fines de enero cuando sintonizó con la idea del Rey sobre legalizar lo antes posible al PCE. Esos contactos eran, por una parte, el abogado Armero que actuaba como intermediario entre Suárez y Carrillo conjuntamente con el miembro de la dirección del PCE, Ballesteros. Pero había además otra conexión reciente y mucho más atractiva: mi bellísima prima

Carmen Díez de Rivera, hija de los marqueses de Llanzol, inteligente, culta, idealista e inevitablemente «progre» que había colaborado con Suárez en cargos anteriores del político y ahora era jefe de su Gabinete en el palacio de la Moncloa, donde se había trasladado el presidente con sus colaboradores más estrechos a fines del año 1976. Carmen Díez de Rivera se había sentido fascinada por Carrillo, le había saludado audazmente en una cuchipanda de las que organizaba en Barcelona el dinámico dueño de la revista «Mundo», Sebastián Auger donde sellaron su amistad con una frase de ella que pronto se hizo célebre: «A ver cuándo nos

tomamos un chinchón». Se lo tomaron a los pocos días, Carmen quedó encandilada por la simpatía, las ideas y la decisión de Carrillo, ella sabrá por qué y desde entonces se unía a Pepe Armero en su recomendación de que se celebrara cuanto antes la entrevista Suárez-Carrillo. Luego recibiría Suárez un dossier de la Inteligencia militar sobre su colaboradora, muy próxima también al profesor y político marxista Enrique Tierno Galván, y muy a su pesar hubo de despedirla por más que muchos militares añadieron el episodio al debe del Presidente.^[646] Creo que Claudín tiene razón cuando supone que Suárez y Carrillo se complementaban y se

necesitaban mutuamente en aquel momento; Carrillo tenía que legalizar urgentemente al PCE para participar en el juego electoral cada vez más próximo; Suárez, con tan largo pasado en el Movimiento-organización, como se decía entonces, necesitaba también la legitimación democrática para la que, como tantos políticos de todos los pelajes, atribuían a Carrillo capacidades misteriosas. El pueblo español acababa de legitimar a Suárez en el referéndum de diciembre; pero muchos políticos del régimen anterior, desde el cambiante Joaquín Ruiz-Giménez, experimentaron esa irresistible ansia de legitimación que sólo Carrillo podría concederles.

Era absurdo pero era así.^[647]

Carrillo da como fecha de su entrevista con Suárez, en el chalet que Armero poseía en Pozuelo, el 28 de febrero de 1977; pero fue el domingo 27 según Martín Villa y todos los demás autores serios. La referencia obligada y autorizada por los participantes es la de Joaquín Bardavío en un libro famoso que dedicó a la legalización del PCE.

^[648] Alguien ha dicho que los dos personajes se sedujeron mutuamente y creo que es verdad. Hablaron en secreto durante ocho horas. Se intercambiaron toda clase de finezas: «Nosotros dos somos los dos únicos políticos del

actual momento de España».[649]
(Ninguno de los dos imaginaba que Carrillo iba a estrellarse antes de cuatro meses y acabaría expulsado del PCE; el batacazo de Suárez y su abandono de la UCD, su partido, coinciden en el mismo tracto histórico). Lindezas y fruslerías aparte (hablaron de restablecer los tranvías en Madrid) lo que se convino fue muy importante. Suárez se comprometió a la urgente legalización del PCE según las pautas marcadas por don Juan Carlos ya antes de la muerte de Franco. Carrillo prometió que el PCE aceptaría la corona de don Juan Carlos y adoptaría la bandera de España como símbolo de la unidad nacional. Morán

cree que la entrevista representó una gran victoria para Carrillo. Suárez pensó que la victoria era suya. Los dos tenían razón pero ninguno de los dos imaginaba que sería, para uno y otro, una victoria mortal. Osorio y Fernández-Miranda se habían opuesto inútilmente a este contacto.

LA LEGALIZACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA

Como primer resultado de la entrevista secreta de Pozuelo, Carrillo pudo concelebrar en el hotel

Eurobuilding de Madrid los días 2 y 3 de marzo siguientes la cumbre eurocomunista con los líderes del PCF y del PCI, Marchais y Berlinguer. Se trataba de otro de los espectáculos —un tercer circo, como se vio por el desenlace— en los que Carrillo y su misterioso asesor de imagen eran tan expertos. El evento se preparó con la distribución amplísima de un libro de Berlinguer —«La cuestión comunista»— prologado por el profesor marxista Jordi Solé Tura, ex colaborador de Radio España Independiente y futuro ministro de Cultura en un gobierno Felipe González. Al bueno de Solé se le escapó una confesión estupenda; los «nuevos

«partidos comunistas», en el «nuevo» contexto democrático desarrollan «el meollo de la dialéctica marxista-leninista». Es decir que nada había cambiado; y que el eurocomunismo no era más que una engañifa según su profesoral presentador. Que volvió a apuntarse no sólo a la política de acuerdos sino a la de movilizaciones populares; porque, oh profeta, «el mundo capitalista no tiene capacidad para salir de la actual crisis» (p. 17). Con lo que deja en evidencia a su admirado Carrillo, que alardea en 1993 de haber previsto ya en 1977 la catástrofe del sistema soviético;^[650] otra de sus inefables anticipaciones desde el

cómodo futuro, como la de reclamar unos años más de Franco para que se cumpliera la estrategia de la HNP.

El circo eurocomunista había abierto, pues, sus funciones cuando la Junta Democrática había naufragado ya a la vista de las costas de Guinea. En la cumbre de los tres grandes no se dijo nada, no se trató nada (Martín Villa). Daba igual; la máquina de la propaganda eurocomunista se había puesto en funcionamiento. Pero lo importante es que Adolfo Suárez cumplió su promesa y cuando todo el mundo estaba en sus vacaciones de Semana Santa legalizó por sorpresa al Partido Comunista de España. El episodio ha sido descrito ya

suficientemente por sus protagonistas y resumido en el libro citado de Bardavío. En estrecho contacto con Suárez dirigió la operación el ministro de la Gobernación Rodolfo Martín Villa, un político joven y ya curtido, ingeniero industrial, inteligente y hábil que procedía del Movimiento evolucionado y sigue hoy entre las tramoyas de la política cuando Suárez y Carrillo llevan bastantes años en el ostracismo. En su importante testimonio^[651] nos dice que Carrillo no se había dejado detener (p. 58) lo cual me parece hartamente discutible; que Suárez, en su cónclave militar «se comprometió a no permitir que el PCE tuviera cabida en el marco del

pluralismo político que se avecinaba» (p. 61) lo que confirma los testimonios de Otero y Osorio; y que en su entrevista con Carrillo el seducido fue Adolfo Suárez (p. 61) como quiere Morán.

El 11 de febrero Carrillo había solicitado la inscripción del PCE en el registro de asociaciones políticas. El ministerio de la Gobernación pasó la solicitud a la sala cuarta del Tribunal Supremo. Todo el mundo quería quitarse de encima al muerto. El pleno del Supremo denegó al gobierno el 29 de marzo el placet para que el magistrado Juan Becerril fuese nombrado presidente de la Sala Cuarta y muy poco después la Sala se declaró incompetente ante la

legalización del PCE. El problema recayó sobre el gobierno; Adolfo Suárez quería la legalización urgente, Alfonso Osorio prefería retrasarla. En una reunión restringida de ministros se decidió pedir un dictamen al ministerio fiscal sobre la legalización. La junta de fiscales generales dictaminó el 9 de abril que los estatutos presentados por el PCE no se oponían al Código Penal; los estatutos se mantuvieron en secreto, fueron aprobados fuera de un Congreso y en secreto permanecieron hasta que los publicó la revista «Interviú». El mismo día 9 de abril el gobierno decidió, por decreto del ministerio de la Gobernación en plenas vacaciones de

Semana Santa, autorizar la inscripción del PCE en el registro de asociaciones políticas, es decir legalizarle.^[652]

El vicepresidente Gutiérrez Mellado había comunicado a los ministros militares la posibilidad de que el gobierno legalizase al PCE si el dictamen judicial resultaba favorable. Antes de salir de viaje a Canarias les reiteró la condición del informe y les dijo que para cualquier aclaración consultasen directamente al Presidente. Las Fuerzas Armadas reaccionaron con grave disgusto; Gutiérrez Mellado nos ha dejado un testimonio poco claro sobre la advertencia previa pero Martín Villa, que publica su testimonio al año

siguiente del de Mellado, reconoce que la legalización se llevó a cabo «a espaldas de algunos ministros y singularmente de los militares».^[653] El ministro de Marina, almirante Pita da Veiga, presentó su dimisión irrevocable y el del Ejército convocó a su Consejo Superior. A Suárez le costó muchísimo trabajo encontrar un almirante para Marina; todos los que estaban en activo se negaron. La crisis militar fue gravísima, Los altos mandos publicaron un comunicado de reprobación pero aunque muchos se sintieron engañados por Suárez, y razón no les faltaba, terminaron acatando por disciplina y patriotismo la decisión del gobierno.

Pero Suárez no se repondría nunca de la hostilidad militar.

El presidente había cumplido su promesa —que era la promesa del Rey— y Santiago Carrillo cumplió la suya. No había transcurrido una semana cuando el Comité Central del PCE aceptó la bandera bicolor, que es la de España, la Corona y la unidad de la nación.^[654] Y comenzó inmediatamente, como el resto de los grupos políticos, a preparar las elecciones generales, que el gobierno convocó para el siguiente 15 de junio. Adolfo Suárez optó por apoderarse de un proyecto previo tramado por Pío Cabanillas y otros políticos aperturistas del régimen

anterior y de la oposición moderada, que se llamaba Centro Democrático; y a comienzos de mayo decidió encabezarlo con el nombre de Unión de Centro Democrático, la UCD. Era un partido creado desde el poder, articulado electoralmente por la red de gobernadores civiles y la estructura del Movimiento. Más que un partido era un agregado de grupos políticos en torno al poder: el Movimiento evolucionado, varias personalidades sueltas y dispersas de la democracia cristiana (otras, como Gil Robles y Ruiz Giménez siguieron con sus partidos aparte y se hundieron con ellos), otros políticos socialdemócratas con Fernández

Ordóñez al frente, algunos liberales con Joaquín Garrigues y bastantes independientes. Aquel amasijo era una bomba de efecto retardado a la que sólo aglutinaba el poder, aunque muchos de los miembros de UCD confiaban en Suárez y le respaldaban frente a las ambiciones egoístas e irreductibles de los jefes de facción. La UCD fue una nueva clase política y además muy seria y valiosa. Nunca llegó a formar un partido. Quedó a la derecha, muy a la derecha, la Alianza Popular de Fraga. Se situó entre la UCD y el PCE el nuevo PSOE «renovado» dirigido por el clan sevillano de Felipe González, que contó con las bendiciones de la Internacional

Socialista y expresamente de la Masonería (testimonio de Pablo Castellano). Los partidos nacionalistas catalán y vasco completaban el panorama electoral al que animaron muchos grupos políticos de signo folclórico y peso nulo.

CARRILLO SE HUNDE EN LAS PRIMERAS ELECCIONES GENERALES

El lema electoral de Santiago Carrillo para barrer a todo el mundo, sobre todo al resto de la izquierda, en

las primeras elecciones generales de la democracia era una rotunda falsedad:

FALSEDAD 88

«Votar comunista es votar democracia».^[655]

No se lo creyó nadie fuera de los convencidos y los fanáticos. Porque votar comunismo era, en 1977, votar eurocomunismo; y dos jóvenes comunistas, uno de ellos antiguo miembro de ETA, responden a esa breve pero grave falsedad con breve pero grave documento con que definen al PCE de entonces:

DOCUMENTO 144

«Eurocomunismo de puertas afuera y burocracia (algunos dicen stalinismo) hacia dentro».^[656]

Si esto pensaban algunos comunistas, calcúlese lo que pensaría el resto de los electores españoles.

El recurso electoral más importante de Santiago Carrillo fue la resonante aparición a fines de abril o primeros de mayo de su libro «Eurocomunismo y Estado».^[657] Ya he descrito, con plena adhesión, anteriormente el análisis de Claudín sobre este circo dialéctico de Carrillo, que ahora se publicaba en forma de libro; el lector recuerda las

dos contradicciones fundamentales del eurocomunismo y por tanto del libro: la democracia allí propuesta no era tal democracia sino centralismo democrático es decir stalinismo «aperturista»; y en el libro no se niega el carácter de socialistas a las dictadoras totalitarias del Este. Carrillo en 1993 dice tales cosas sobre su libro de 1977 que me da la impresión de haberlo, tal vez, escrito, pero no leído. El libro está directamente inspirado en las tesis de Gramsci sobre la aplicación del leninismo a los contextos democráticos. La tesis más «original» es proponer en todos los tonos el dominio, la ocupación, la subversión de los aparatos

del Estado, todos: la Iglesia, considerada como aparato del Estado; las Fuerzas Armadas, la enseñanza, la cultura, la economía. Así se instrumentaría al Estado desde dentro para luego mediatizarlo y controlarlo. [658] Lo más increíble es que buena parte de la oposición moderada (J. Garrigues, Ruiz-Giménez, Satrústegui) expresó su admiración por el engendro subversivo, contradictorio y totalitario; Fraga lo presentó en sociedad en la gran tribuna de la derecha sociológica, el Club Siglo XXI de Madrid aunque escribió análisis muy contrarios a las tesis del libro; sobre el que se desató la última gran polémica del comunismo español e

internacional. El eurocomunismo se puso de moda; todo el mundo hablaba de él, escribía sobre él. Menos mal que la Pasionaria en persona, durante su nostálgica campaña electoral en Oviedo, le chafó el invento a Carrillo en el documento más breve y seguramente más certero que aparece en este libro:

DOCUMENTO 145

«No existe el eurocomunismo». ^[659]

Se alborotó hasta el paroxismo el cotarro del PCE. Carrillo callaba y los demás jefes comunistas pidieron a la Pasionaria una matización a la que ella se negó en redondo. Nunca en mi vida

me sentí tan de acuerdo con Dolores Ibárruri.

Las primeras elecciones generales de la democracia se celebraron, con normalidad ejemplar, el 15 de junio de 1977. A Fraga le aconsejó el último discurso por TVE su peor enemigo. Suárez se revistió de moderación y firmeza, como en sus mejores momentos. A Carrillo le falló también el asesor de imagen. Felipe González estuvo en el sitio que entonces le correspondía, Suárez obtuvo al frente de la UCD casi la mayoría absoluta y marginó a Fraga. Felipe González rebasó netamente los cien diputados, seis veces más que el PCE, que del treinta por ciento de los

votos esperados (que se fueron al PSOE) sólo consiguió menos del diez por ciento, un millón setecientos mil, un desastre total, sin paliativos y sin esperanzas. Yo hice la campaña en Murcia, con la UCD, y por allí aparecieron Fraga y Carrillo que dijeron tonterías insignes contra mí. Además de vencer al PSOE tuve la satisfacción de barrer a los dos grandes, que ya dejaban de serlo, que no obtuvieron por mi provincia un solo diputado ni senador.

DOCUMENTO 146

Conviene fijar, con testimonios del campo comunista o de la izquierda próxima, la magnitud política del desastre electoral de Santiago

Carrillo. Así lo ve el investigador y documentalista del PCE:

«En vez de primer líder occidental que construye un partido diferente en una situación diferente y con una militancia diferente, se transformó en dieciocho meses en el más grande pillo de la política, al que nadie podía negar el talento de los bribones, pero ni una pizca de credibilidad. Pronto esos mismos le retiraron hasta el título de maestro de perillanes y sólo le quedará un halo de funámbulo ideológico, al que todos descubren trampeando aquí y allá por algo tan poco importante como conservar el poder absoluto de un pequeño partido

en decadencia».^[660] Yo no he visto nunca un análisis más despiadado y más objetivo sobre las consecuencias políticas del batacazo de Carrillo.

DOCUMENTO 147

El antiguo amigo íntimo, el estrechísimo colaborador marxista-leninista de los tiempos de la JSU, de la consejería de Orden Público, del exilio en América y en París, el expulso de 1964, Fernando Claudín, nos ofrece un análisis no menos brutal y no menos objetivo de la noche electoral:

«En aquella larga noche del 15 al

16 de junio Carrillo conservó el optimismo hasta el último momento. No prestaba crédito a los primeros resultados desfavorables. El aparato montado por el Partido en la sede del comité provincial iba transmitiéndolos a la del comité central en la calle de Castelló pero aquí los colaboradores de Carrillo no se atrevían a decirle toda la verdad: ocultaban, tergiversaban, engañaban, dosificaban la fatal realidad, como suele hacerse con los parientes más próximos de un moribundo. A las tres de la madrugada el secretario general tuvo una reunión con los periodistas y se mostró optimista todavía. Les soltó su disco

habitual, sería necesario un gobierno de concentración».^[661]

Conocido el descalabro Carrillo trata de explicarlo con una sarta de falsedades. Es su método habitual para las situaciones desfavorables, como hemos demostrado tantas veces en este libro. Pero en esta ocasión las falsedades resultan especialmente patéticas.

FALSEDAD 89

«Califica el resultado electoral de francamente positivo para las fuerzas democráticas y de izquierda. El voto del PSOE... es un voto de aluvión. El

aluvión del PSOE estaba condenado a disgregarse... Atribuye el fracaso de Alianza Popular al PCE en primer término...»

Claudín, que resume esa primera falsedad, la deshace con un hecho: «El resultado de las elecciones del 15 de junio de la primera expresión libre de la voluntad popular, representó un verdadero trauma tanto para Carrillo como para todos los comunistas y habría de tener profundas repercusiones en la evolución posterior del PCE».^[662]

FALSEDAD 90

Abrumados por la catástrofe los dirigentes comunistas se refugiaron en las engañosas declaraciones de Carrillo, que nunca se atrevió a proponer un análisis serio de las elecciones. Su pretendida valoración global es simplemente falsa:

«Al fin y al cabo era un resultado honroso, un poco inferior al que preveíamos en las últimas jornadas de la campaña electoral... Por otra parte juzgar la influencia y el arraigo político del PCE por sus resultados electorales sería erróneo... en la campaña electoral había logrado movilizar alrededor de seis millones de personas».^[663]

Esto ya no es solamente una falsedad sino una negación de la democracia.

FALSEDAD 91

«Nuestra previsión política se ha confirmado en sus líneas generales aunque no en el detalle...»

Claudín ve abierto el portillo de la venganza histórica contra quien le expulsó del PCE e invade el campamento electoral de Carrillo con furia sarcástica:

«No había habido levantamiento popular y nacional ni derrocamiento revolucionario de la dictadura, ni

pacto de la libertad para organizar ese derrocamiento, ni unión del pueblo con el ejército, ni éste había visto en el PCE su interlocutor ideal sino todo lo contrario, su enemigo mortal. Juan Carlos no había sido el continuador de Franco sino uno de los protagonistas principales de la transición etc, etc... salvo esos pequeños detalles todo había sucedido de acuerdo con los análisis y las previsiones de Carrillo».

[664]

FALSEDAD 92

En sus memorias de 1993 Carrillo pasa como sobre ascuas por el

recuerdo de las elecciones de 1977. Pero se inventa donosamente una razón realmente peregrina para explicar la catástrofe comunista; fueron los jefes militares, con su nota contra la legalización, los causantes del descalabro:

«Lo cierto es que la reprobación militar intervino en la reducción de nuestros resultados electorales el 15 de junio. Los sondeos todavía nos daban peores resultados que los que realmente obtuvimos».^[665]

Sin comentarios.

FALSEDAD 93/ DOCUMENTO 148

En varias ocasiones atribuyó Carrillo su tremenda derrota del 15 de junio a la propaganda anticomunista mantenida durante cuarenta años por el régimen de Franco. Pero Claudín ya nos había dicho, como recuerda el lector, que desgraciadamente para el PCE esa propaganda se fundaba en hechos reales. Lo confirmó certeramente un diario nada enemigo del comunismo, «El País» en la víspera electoral, 14 de junio, del que luego se quejó Carrillo casi al borde de las lágrimas:

«Una palabra sobre el PCE — decía «El País»—. Su programa es casi indistinguible del resto de las

opciones y su viraje hacia la moderación y prudencia resulta evidente. Pero la imagen de sus máximos dirigentes continúa asociada a la guerra civil y en algunos casos a una obediencia soviética hasta 1968, difícil de olvidar. La opción comunista es una opción que existe en todos los países democráticos de Occidente y su voto es un voto de este género. Pero la perspectiva de un partido comunista con fuerte representación en la Cámara nos encaminaría, sin duda, hacia un modelo tan lleno de riesgos como el italiano».^[666]

Como en todos los momentos de su vida en que tiene que explicar una

actuación negativa o equívoca Carrillo espolvorea frenéticamente excusas no pedidas, falsedades en abanico, soluciones arbitrarias. Lo que acaba de decir Morán: funambulismo, pillería, bribonada, falta absoluta de credibilidad.

EL REY FASCINADO POR CARRILLO

Durante su entrevista con Suárez el 27 de febrero del año electoral, Santiago Carrillo comprendió que sería necesario y conveniente, una vez

normalizada la vida política española, un encuentro suyo con el Rey. El propio Rey había iniciado la aproximación a Carrillo cuando aún era príncipe de España, como sabemos, mediante la gestión de Manuel Prado. El intermediario de Suárez, José Mario Armero, lo era también indirectamente del Rey. En la conversación con Suárez le dijo Carrillo que no le gustaría ser tratado de tú por don Juan Carlos, que utilizaba el tuteo según la tradición borbónica.^[667]

A los pocos días de haber sido elegido diputado y en su calidad de presidente in pectore del grupo parlamentario comunista, Carrillo

recibió una invitación para la multitudinaria fiesta que solían ofrecer los Reyes por entonces con motivo del día de san Juan, a personalidades de la política, la cultura, la economía y la sociedad en los jardines del Palacio Real. Dice Carrillo que se exigía etiqueta, pero creo que se equivoca; para estas recepciones sólo se pedía traje oscuro a los caballeros. El Rey se dirigió a Carrillo nada más verle: «¿Cómo está usted, don Santiago?». Así se rompió el hielo.

Luego menudearon los encuentros entre el Rey y Carrillo. El Rey le confió sus historias sobre su estancia en España durante los tiempos de Franco

«cuando tuvo que hacerse el tonto» sobre lo que comenta Carrillo «Era y es muy listo. Tiene un indudable olfato para la política y un gran don de gentes. Y en ese momento —estoy seguro— ya estaba pensando en la necesidad de un período de gobierno del PSOE a fin de centrar y equilibrar la monarquía».

En alguna ocasión hablaron sobre la caída de Alfonso XIII que Carrillo atribuyó a razones harto discutibles, pero ahora no es ocasión de entrar en polémica por ello. «Él parecía convencido de que yo había rendido un gran servicio a la monarquía en la transición y me lo decía».^[668]

Las referencias de Carrillo a sus

contactos con el Rey que fueron frecuentes hasta 1982 me parecen discretas y correctas. ¿Y las del Rey sobre Carrillo?

Don Juan Carlos de Borbón había nacido entre la primera y la segunda batalla de Teruel, en el mes de enero de 1938. Por fortuna para él y para España la guerra civil no era para él un recuerdo personal. Para su padre don Juan sí lo era y pese a ello supo siempre elevarse sobre los bandos del conflicto, después de haber intentado participar directamente y por tres veces en la lucha dentro del bando nacional, en el que militaba su padre don Alfonso XIII, pero fue apartado previsoramente del

combate personal por el general Mola en su primer y segundo intento, por el general Franco en el tercero. Luego el conde de Barcelona trató de situarse sobre una y otra España y propuso una reconciliación nacional mucho antes y con mucha mayor sinceridad que Carrillo, cuya presunta reconciliación nacional había sido, como hemos demostrado, una engañifa.

Esto significa que desde el punto de vista histórico los contactos del Rey con Carrillo parecen justificados y la relación entre los dos, dentro del marco institucional, merece, según la divertida expresión que suele utilizar el diario monárquico para estos menesteres, el

calificativo de «impecable». No puedo evitar, sin embargo, algunas puntualizaciones menores.

El movimiento secreto del entonces Príncipe para asegurarse la actitud pacífica de Carrillo cuando se produjera la muerte de Franco resulta explicable en aquel contexto pero demuestra que don Juan Carlos, o alguno de sus consejeros, se había dejado influir excesivamente por la propaganda de Carrillo y creía realmente que Carrillo estaba en condiciones de armar un alboroto serio en aquella coyuntura. No lo estaba y tal vez don Juan Carlos no apreció en toda su fuerza el poder disuasorio de las Fuerzas Armadas,

auténticas garantes de la transición y no el compromiso pacífico de Carrillo mientras seguía borbotando amenazas revolucionarias.

En segundo lugar, si bien la relación institucional del Rey con el secretario general del PCE era necesaria y conveniente, la actitud y la expresión con que el Rey sentía y expresó después esa relación resulta, lo diré con todo respeto, por lo menos chocante porque no trató de esa forma a otro alguno de los líderes políticos y reservó (aunque jamás públicamente) para algunos de ellos, importantísimos por cierto, críticas muy amargas aunque seguramente no injustificadas. No fue así

con Carrillo según nos ha contado José Luis de Vilallonga en su entrevista biográfica con el Rey publicada en 1993 con gran éxito y repercusión. El libro de Vilallonga me parece muy interesante e incluso importante. El Rey puede elegir como confidente a quien desee pero si las confidencias se hacen con destino a la comunicación pública entonces los destinatarios podemos también considerarlas y discutir las con todo respeto y sinceridad. A ellas y al confidente.

Vilallonga, como expliqué en un capítulo anterior, estaba previamente fascinado y seducido por Carrillo desde 1974, cuando presentó a Carrillo ante la

sociedad europea y luego le representó como portavoz de aquel circo llamado Junta Democrática. La elección de Vilallonga por el Rey como confidente histórico, aunque se trata de un grande de España, no me parece solamente discutible sino lamentable, como muchos aspectos de ese libro. Pero no propongo ahora hacer crítica literaria sino resumir una posición histórica.

«A veces tengo la impresión —dice Vilallonga al Rey— de que sentís por Carrillo cierta, digamos... fascinación».

[669] El Rey trata de reducir el impacto de la palabra pero no lo consigue. De las confidencias a Vilallonga se trasluce con toda claridad que la actitud del Rey

hacia Carrillo es de una auténtica fascinación.

Me explico la relación impecable; me explico que el Rey considere, aunque sea exageradamente, como un éxito, haber «domesticado» (la expresión es mía) a Carrillo para la transición. La apuesta que el Rey y Suárez hicieron en favor de la legalización, ya lo dije, les salió redonda; integraron al PCE en el sistema democrático y con ello, lo pretendieran o no, provocaron su explosión interna.

Ni el Rey ni Suárez conocieron directamente la guerra civil lo cual fue, acabo de indicarlo, una gran ventaja para la transición. Ni el Rey ni Carrillo

habían tenido tiempo para profundizar en algunos aspectos históricos de la República, la guerra civil y la época de Franco y del exilio, lo cual puede haber sido también ventajoso para resolver esa cuadratura del círculo que fue el problema de la transición. Pero esa Historia estaba ahí, y quienes la han vivido, o la han estudiado con detenimiento no pueden evitar la expresión de su desagradable sorpresa por la «seducción» de Suárez por Carrillo, por la «fascinación» del Rey por Carrillo.

En la represión del Madrid rojo, del que Carrillo fue figura prominente, cayeron por sus ideales y su apellido,

además de los dos hermanos Borbón y León a que me referí en su momento, otros cuatro Borbones, parientes no lejanos del Rey. Sus nombres están en las listas del Santuario de la Gran Promesa. Son dos hermanos, doña Isabel y don Jaime de Borbón Esteban; don Luis de Borbón y Rich y doña Elena de Borbón y de la Torre. Dos señoras indefensas entre esos seis Borbones sacrificados en el Madrid rojo. Conozco la genealogía y las circunstancias de la muerte de estos cuatro Borbones, de la misma manera que comuniqué en su momento la de los descendientes directos del infante don Enrique y por tanto del Rey don Carlos IV. No daré

ahora los detalles porque no deseo aumentar más la tensión de estas consideraciones históricas. Comprendo y admiro que el Rey, al tratar institucionalmente con Carrillo, olvidara los estúpidos insultos que le había prodigado Carrillo. Pero me resisto a aceptar la «fascinación» del Rey ante la ejecutoria completa de un hombre a quien según el editorial de «El País» los españoles habían rechazado por millones en junio de 1977 porque su ejecutoria se hundía en las sombras de la guerra civil... y en tantas oscuridades del exilio, los años que he llamado de hierro y de sangre. El hecho de que la represión de Madrid se dirigiera salvaje

pero fríamente a la aniquilación en masa de muchos miembros de las Fuerzas Armadas, de muchos sacerdotes y monjas, de muchos profesionales y trabajadores, de mujeres y de niños, sin que ni uno solo de ellos fuera sometido a un proceso legal incrementa mi repulsa no por la relación del Rey con Carrillo sino por el evidente desbordamiento de esa relación. Con ese desbordamiento, con esa «fascinación» no sabe el Rey — que, insisto, nació felizmente fuera de la conciencia de la guerra civil, aunque en uno de los momentos más trágicos de ese conflicto— el terrible daño que ha hecho a miles de españoles entre los que me cuento, cuando hemos leído, sin

creernos algunas páginas, su conversación biográfica con su original confidente, que años antes se había tragado sin la menor crítica los groseros sapos de Carrillo sobre Paracuellos del Jarama.

Con todo respeto y toda comprensión: nos ha hecho un daño incalculable.

Los confidentes del Rey no están obligados a conocer con detalle los datos y los hallazgos de la Historia. Pero si se erigen en biógrafos del Rey tendrían que documentarse un poco más y no repetir falsedades rutinarias sobre problemas resueltos como el de la

hemofilia; y no es el único desliz de Vilallonga. Todavía menos pueden transcribir en 1993 un silencio del Rey sobre el nombre de su emisario de 1975 a Rumanía cuando ese nombre está publicado, con sus apellidos, en un importante libro de 1986. Dicen que grandes expertos han revisado el libro de Vilallonga. Pues se han lucido.

CAPÍTULO 10

LAS DOS MUERTES DE SANTIAGO CARRILLO

LA SOMBRA DE STALIN SOBRE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

Carrillo es, en el sentido ateniense de la palabra, una persona trágica. Sólo personas así pueden morir dos veces en escena; porque como en el caso de Edipo, no precisamente ajeno a Carrillo, estoy hablando de sus dos muertes políticas, por eso titulé hace bastantes años uno de mis artículos «Carrillo en Colono». Carrillo ha gozado, de un extraño privilegio; morir políticamente dos veces. Una en 1982 cuando los propios comunistas le echaron de la

secretaria general y tres años después le expulsaron del Partido. Otra en 1989 cuando, sepultado por los cascotes del Muro de Berlín, contemplaba el fracaso y la ruina del comunismo, el hundimiento histórico de la Revolución de Octubre que había sido toda su vida. Esa doble muerte política de Carrillo le llegó precedida por una larga agonía entre la que se debatió desde el 15 de junio de 1977, su catástrofe en las primeras elecciones de la primera democracia española, porque las anteriores no pasaron de ensayos equívocos. La democracia derribó primero a Santiago Carrillo y luego desintegró al Partido Comunista de

España.

Entre las primeras y las segundas elecciones generales, junio de 1977 a abril de 1979, Carrillo no hizo gran cosa al frente de su pequeño grupo parlamentario comunista pero intervino mucho en la vida política y en los medios de comunicación e incluso llegó a creerse que recuperaba su plenitud preelectoral como árbitro de la política española. El culpable de este nuevo protagonismo de Carrillo —artificial y efímero, pero muy aparente— fue el presidente Adolfo Suárez. Dice Carrillo:

«Al margen del debate sobre si UCD fue o no posible, volviendo a los años 77 y 78, lo cierto es que en el momento del cambio, Suárez necesita acreditar u voluntad democrática cooperando con quienes han estado contra la dictadura».^[670]

No es verdad. Suárez había acreditado más que de sobra su voluntad democrática en el referendum de diciembre de 1976 y en la victoria electoral de junio de 1977. La legitimación democrática la dan los votos del pueblo, no la propaganda predemocrática de Carrillo, a quien habían descalificado los votos del

referendum y el ochenta y uno por ciento de los electores de 1977.

Pero junto a esa falsedad básica Carrillo formula otras dos.

FALSEDAD 95

«Lo cierto es que UCD no es el único partido europeo hecho desde el Poder. ¿Acaso no fue muy parecido el proceso de creación de la democracia cristiana en Alemania Federal y en Italia?»^[671]

El proceso de creación de la CDU alemana y la DC italiana se parecen al de la UCD como un huevo a una castaña y la equiparación de Carrillo

sólo puede nacer de su ignorancia histórica abismal. La CDU se edificó sobre los cimientos del antiguo Zentrum cristiano creado en el siglo XIX contra Bismarck y que luego pactó con Hitler. La DC era un importante partido antes de Mussolini y luego luchó duramente contra Mussolini, como muchos democristianos alemanes se enfrentaron a Hitler. El Vaticano, respaldado por la estrategia política USA, no creó esos dos partidos desde el poder, sino que los suscitó desde la sociedad.

El Vaticano (Benelli, Dadaglio, Pablo VI) quiso hacer lo misma en España y fracasó en redondo. El

electorado español rechazó a todas las versiones de democracia cristiana en 1977 y después, hasta el definitivo fracaso del parasitario PDP. Los democristianos más vivos se fueron al PSOE (Peces Barba) o se enroscaron a la UCD. La CDU y la DC no se crearon desde el poder sino desde la sociedad. La UCD sí que se creó desde el poder sobre la trama del Movimiento. Como un huevo a una castaña.

FALSEDAD 96

«La operación de Suárez falló porque al faltarle decisión para

responsabilizar a la izquierda en el gobierno de la transición cargó a la UCD con todos los costos de un cambio hecho en condiciones de una larga y difícil crisis económica».^[672]

Otra equivocación grave de Carrillo, esta vez de signo político. La operación de Suárez falló porque Suárez se creyó la primera falsedad de Carrillo (que hemos marcado como 94) y en parte la segunda, la 95. Suárez quiso la legitimación de la izquierda minoritaria cuando tenía muy ampliamente la del pueblo. La operación UCD falló primero por las disensiones intestinas; pero sobre todo porque Suárez, que era el líder natural del centro-derecha en

España, se empeñó absurdamente en disputarle a Felipe González el terreno del centro-izquierda e incluso de la izquierda. Ese fue el fallo estratégico de Suárez que además trató de hacer tenaza con Carrillo contra Felipe González en ese mismo año 1977; en los Pactos de la Moncloa. Es decir que Suárez falló precisamente por lo contrario de lo que Carrillo apunta.

FALSEDAD 97

Pero además de equivocarse con los demás, Carrillo, en la primavera de 1977, se equivocó de modelo histórico.

«En declaraciones a «La Calle» el

líder del PCE se comparó a Lenin, sin consultar previamente con los otros dirigentes bolcheviques... El secretario general del PCE olvidaba otro detalle: en el partido bolchevique de entonces existía plena libertad de discusión, se permitían las fracciones y cualquier militante o dirigente podía enfrentarse públicamente con el jefe del partido como la cosa más natural del mundo. Carrillo confundía a Lenin con Stalin... Las tesis aprobadas por el comité central incluían, en efecto, modificaciones de los estatutos... pero estas modificaciones favorables a la democratización interna del PCE... quedaban fuertemente limitadas por la

citada reafirmación del centralismo democrático de tipo staliniano que implicaba prohibición de las tendencias, imposibilidad para los discrepantes de defender sus opiniones públicamente... y un mecanismo de elaboración de las candidaturas para las elecciones internas que aseguraba la intervención decisiva de las direcciones salientes...»^[673]

Es decir que el secretario general del PCE, pregonero de la democracia, cenaba el paso a la democracia en el interior de su propio partido. Con ello cargaba la mina que le echaría fuera del partido. La sombra de Stalin, que había

condicionado toda su vida política desde 1935, volvía ahora con fuerza imparable a condicionar sus decisiones.

CARRILLO EVOCA LA GUERRA CIVIL EN PLENAS CORTES

La primera intervención parlamentaria de Santiago Carrillo se situó al margen de la democracia. La democracia son los votos y nada más que los votos; pero en ese discurso del 27 de julio Carrillo afirmó que la influencia real del PCE iba mucho más

allá de los votos conseguidos y por tanto se creía con fuerza para exigir un gobierno de concentración democrática nacional, es decir un gobierno en que estuviera él con su nueve por ciento de votos.^[674] La opinión empezó a tomar a broma ese estribillo del gobierno de concentración, cuando Suárez contaba con una suficiente mayoría parlamentaria, y Carrillo llevaba muy mal que por vez primera nadie parecía tomarle en serio. El Diario de Sesiones del Congreso refleja cómo los discursos de Carrillo en esa época fueron apostillados, para su bochorno, con risas generalizadas del hemiciclo. Y se creía el árbitro.

Obsesionado por la transición política, Suárez no emprendió en 1976 una seria acción de gobierno para resolver los problemas de la economía cuando toda Europa se aplicaba a combatir la crisis. En ese contexto hay que inscribir a los demasiado famosos Pactos de la Moncloa, que se negociaron en octubre de 1977 para dar a la difícil situación económica una salida política que cerró en falso la crisis auténtica. Suárez intentó, en efecto, la tenaza con Carrillo contra Felipe González y el PSOE; González acusó a Carrillo de no comportarse democráticamente y Claudín reconoce que Carrillo «pretendía dirigir al PSOE desde la

secretaría general del PCE». Los partidos de la Moncloa casi llegaron a formar una especie de supergobierno que Carrillo deseaba ardientemente, porque era un remedo de las «democracias» del Este; el diario «Le Monde» lo reveló el 22 de octubre de 1977 (Claudín). Por eso Carrillo se entusiasma con los Pactos de la Moncloa en sus testimonios posteriores. Un nuevo triunfo político mortal de necesidad —tanto para Suárez como para Carrillo.^[675]

Los Pactos de la Moncloa merecerían un análisis detallado que abordaré en mi historia de la transición; ahora sólo anticipo unos datos tomados

de mis conversaciones con varios participantes. El primer gobierno Suárez, pese a la buena voluntad de los ministros del área económica, se dedicó obsesivamente a la política, y dejó la economía a la deriva, con una inflación propia del Tercer Mundo. En el gobierno postelectoral el vicepresidente económico profesor Fuentes Quintana, al que los grandes Bancos habían vetado para el gobierno anterior, trazó un plan económico serio cuya articulación fueron precisamente los Pactos de la Moncloa de los que Fuentes Quintana fue el artífice dentro de esa conjunción de Suárez y Carrillo. El prestigio de Fuentes Quintana (que se mantiene hoy)

era indiscutible ante todos los partidos y grupos, que nunca pusieron en duda sus datos y enfoques. Los Pactos no solucionaron la crisis económica pero al menos racionalizaron su tratamiento y responsabilizaron a la izquierda para que se integrase en el esquema de solución.

El aviso de «Le Monde» sobre el supergobierno era cierto. El entusiasmo de Carrillo por los Pactos se explica porque la oposición tomó parte muy activa en las comisiones de control que se establecieron en los ministerios inversores, donde comunistas y socialistas llegaron a controlar prácticamente algún departamento, por

ejemplo Obras Públicas, donde el malogrado Joaquín Garrigues se dedicaba al juego político y tenía prácticamente entregada a la izquierda radical la marcha del ministerio, que funcionó catastróficamente en aquella época; pero Garrigues gozaba de los favores de un grupo influyente de periodistas liberales que le reían todas las gracias y le presentaron como la gran figura para el recambio de Suárez. Pocas personas como yo, diputado con él en Murcia, sintieron tanto la muerte de Joaquín Garrigues pero más amiga es la verdad. Su envío a Murcia fue un fracaso que él me reconoció nobilísimamente en carta personal. Era

mal visto en la Zarzuela porque no había recatado sus tendencias republicanas. Era la simpatía misma, el don de gentes personificado y vivía poseído por una tristeza profunda como si adivinase su temprana muerte.

El ministro de la Presidencia, Otero Novas, criticó ante Suárez la congelación de salarios que imponía un decreto ley a consecuencia de los pactos de la Moncloa.» Durante la época de Franco —le dijo, más o menos— el freno a los salarios se acompañaba siempre por un freno a los beneficios empresariales». Suárez le contestó por toda respuesta: «Pues Carrillo ha aprobado la congelación». Carrillo era

realmente el árbitro del encuentro, y con su aprobación de un decreto antisocial demostraba su verdadero interés por los trabajadores. Pero el ministro volvió a la carga: «Medio gobierno cobra de empresas públicas y van a percibir sobres muy abultados mientras los trabajadores ven congelados sus salarios». Suárez se convenció e hizo aprobar el decreto sobre beneficios pero por lentitud burocrática demasiado casual no pudo entrar en vigor hasta el 2 de enero de 1978. Entonces el ministro de Hacienda, que era uno de los beneficiarios, adelantó el pago de retribuciones extraordinarias al día 1 de enero con lo que para el ejercicio 1977

eludió las consecuencias del decreto; y otros ministros recibieron también su sobre, muy legalmente por supuesto. Lo digo porque es un hecho comprobado; y porque cuando se dice que en la UCD no había ni sombra de corrupción conviene tener algo más de cuidado con las sombras. Hubo corrupción en las alturas, aunque la corrupción no fuera el signo dominante de aquella época. Por otra parte Felipe González exigió a Adolfo Suárez el cese del ministro de Trabajo, Manuel Jiménez de Parga, porque le creía entregado a Comisiones Obreras, el sindicato comunista. Suárez le cesó al poco tiempo; estaba claro que por entonces tanto el PCE como el

PSOE mandaban demasiado en el gobierno. Pronto, en 1979 y según las declaraciones posteriores del interesado, el PSOE contó con un submarino en el gobierno; el ministro de Hacienda Francisco Fernández Ordóñez. Carrillo cometió una de las equivocaciones más divertidas de su vida cuando dijo en sus memorias que el juramento de secreto impuesto en la jura de los ministros se debió a las llamadas de Fernández Ordóñez para contar a sus amigos de la izquierda algunos detalles. El juramento se venía prestando desde toda la vida; y desde luego Carrillo era uno de los destinatarios de las llamadas, no sólo González y algunos periodistas.

La situación económica y social de España, pese a los Pactos, se hundía por meses pero cuatro personas vivían el colmo de su felicidad política: Suárez, Carrillo, y sus dos respectivos asesores de imagen. La transición se había convertido en un torneo de imágenes, que luego se destrozarían contra la dura realidad. Carrillo vivió un nuevo apogeo de gloria política; nada menos que Fraga le presentaba —entonces fue— en el Club Siglo XXI, del que se dieron de baja varios militares significados; le llueven las invitaciones de grandes foros políticos extranjeros y Carrillo accede a todas.

Le sale al revés la de Moscú. Desde

que apareció «Eurocomunismo y Estado» la alta dirección del PCUS había reprobado, en la primavera de 1977, las fintas de Carrillo para independizarse de ella. Muchos pensamos entonces —y seguimos pensando ahora— que el eurocomunismo no era sino una diversión estratégica más o menos convenida entre los dirigentes comunistas occidentales y los soviéticos; la explicación que después de hundirse el Muro ha dado Carrillo sobre su genial previsión de la ruina soviética suena a camelo gigantesco con la acreditadísima marca de la casa. El 2 de noviembre del mismo año 77

Carrillo, que ha acudido a Moscú para la conmemoración del 60 aniversario de la Revolución de Octubre, recibe una grave humillación cuando los dirigentes soviéticos le niegan la palabra.^[676] Entonces ejecuta ante el general asombro uno de sus grandes saltos mortales y se va al corazón del capitalismo, el gran circuito universitario del Este de los Estados Unidos. El gobierno Suárez facilitó los trámites para el viaje; Carrillo demuestra en sus memorias que no lo supo.

Los imponentes e infelices mentores de la Ivy League reciben al «comunista rebelde español» como a un héroe y

Carrillo dedica a su viaje americano — tan distinto del de 1940, que nadie recordaba— un capítulo delicuescente de sus memorias. Carrillo vive su sueño americano; se extasía con la acogida que le hacen los grandes centros del saber y la influencia intelectual, con la anuencia, dice modestamente, del Departamento de Estado. Y se emociona de tal forma que en su conferencia de la universidad de Yale renuncia al leninismo por sí y ante sí, sin haber dicho una palabra a los dirigentes ni a los órganos del PCE.^[677] Harvard, Johns Hopkins, la gloria de la revista «Time». Es su dulce venganza contra los desdenes soviéticos, que se han vuelto mieles a la hora de acoger a

Felipe González y la dirección del nuevo y prometedor PSOE, durante un viaje más que equívoco que hace las delicias de Alfonso Guerra, naturalmente. Sus admirados oyentes creen a pies juntillas una de las grandes falsedades de Carrillo, a la que ya ha respondido, como acabamos de ver, la sombra de Stalin:

FALSEDAD 98

«En España no hay partido que funcione más democráticamente que el Partido Comunista de España».^[678]
Y eso que su líder renunciaba a un fundamento esencial de ese Partido, el

leninismo, sin haberse dignado conseguir previamente el acuerdo de un congreso, o al menos de un órgano del PCE.

Pero si Carrillo seducía a los universitarios de los Estados Unidos los comunistas y ex comunistas de España empezaban a rebelarse contra él. Ya antes de las elecciones los comunistas asturianos se habían opuesto a la candidatura de la Pasionaria para el Congreso y los abogados comunistas de Madrid se quejaban seriamente: «Debemos lamentar no un crecimiento de los criterios democráticos sino todo lo contrario».^[679] Eran los primeros temblores del terremoto democrático

que acabaría con Carrillo y con el Partido Comunista. Pero la bomba estalló el 15 de octubre, en plena euforia de Carrillo por los Pactos de la Moncloa, cuando Jorge Semprún ganó el premio Planeta con su «Autobiografía de Federico Sánchez». Ya nos hemos referido muchas veces a este libro esencial, que redujo a la nada los denodados esfuerzos del asesor de imagen contratado por Carrillo. El libro, publicado a mediados de noviembre, fue un éxito enorme. Estaba bien escrito, con técnica de un acreditado guionista de cine, y de contenido tan interesante que el lector se olvidaba a veces de la farragosa jerga comunista en qué

consistían tantas páginas. A mí no me pareció una autobiografía de Semprún, como no sea «por líneas exteriores» que decía el maestro Pabón. La personalidad y la trayectoria de Semprún quedan en el misterio o todo lo más entre líneas. Pero el libro es una auténtica antibiografía de Carrillo, donde queda destrozado el dogma de la infalibilidad de Carrillo, donde se alude veladamente a los «oscuros secretos de la sangre» durante la guerra civil, donde se descubren los métodos stalinianos del secretario general y su tortuosa vía hasta lograr el cargo. Cada vez creo ver más claro que con ese libro, que Carrillo fingió no haber leído, Jorge Semprún destruyó la

imagen de Carrillo y contribuyó más que nadie (con excepción del propio Carrillo) a la muerte política del secretario general.

El año de las elecciones termina mal para Carrillo. En la víspera de Nochebuena Fraga, desde su corta minoría de Alianza Popular, increpó al ministro de la Gobernación, Martín Villa, por unos incidentes de orden público. Miguel Roca tensó el ambiente con una equiparación de la invectiva de Fraga con las de Gil Robles en la primavera trágica de 1936. A Carrillo le estalló el pasado en el alma y se atrevió a decir:

DOCUMENTO 149

«Y yo quería decirle también al señor Fraga que nunca segundas partes fueron buenas y si aquella política llevó a los cuarenta años que el señor Fraga parecía lamentar aquí la repetición de esa política hoy podría llevar a consecuencias muy diferentes, señor Fraga: a consecuencias en las cuales los que ganasen no fueran los que ganaron entonces».

Era una provocación en toda regla, Carrillo agradecía así la presentación de Fraga en el Club Siglo XXI; en cierto sentido Fraga se había merecido el revés. Y Fraga replicó como de él se

esperaba:

«No vengo de partidos que todavía están exaltando la guerra revolucionaria del 34 en Asturias y que pretenden haber renunciado hace poco, pero sólo hace muy poco, a la dictadura del proletariado, ni de grupos políticos cuyos fundadores hayan dicho en esta Cámara cosas que dijo de amenaza personal algún compañero suyo de banco que hoy nos honra con su presencia; ni tampoco que haya dicho que en el presidente del consejo de ministros se justificaba el atentado personal. Lo que sí digo es que para dar lecciones de democracia o de culto a la bandera hay que haber practicado todas

durante más tiempo. Lo que hoy hemos aprendido es que la piel de cordero al final nunca acaba de tapar ciertos pies negros o rojos de sangre que efectivamente algunos no los pueden negar». [680]

La guerra civil, con toda su crudeza, con la expresa mención a la sangre, había vuelto a las Cortes de la transición. Carrillo había actuado de provocador y Fraga no aprovechó la ocasión de darle la gran lección de convivencia; prefirió abrumarle con el recuerdo de la sangre y por supuesto lo consiguió. Pero las Cortes y España entera se estremecieron; las guerras civiles duran más de cuarenta, más de

cien años. Carrillo salió desmañadamente del embrollo pero salió. Luego Fraga y él, con profundo sentido de la realidad y del patriotismo, se buscaron públicamente y se dieron explicaciones. Para Carrillo la evocación de la tragedia de 1936 se volvió contra él, como un nuevo golpe mortal. No era un reconciliador sino, con sus propias palabras, un revanchista.

LA SOMBRA DE STALIN LLAMA DE NUEVO

Desagradables problemas de familia se le plantearon a Carrillo después de su viaje triunfal a los Estados Unidos. «Las relaciones con su esposa —dice Gregorio Morán— han convertido su casa en un lugar incómodo donde los hijos huyen como pueden, ella no acaba de comprender que un hombre como él necesita libertad para moverse y para actuar y para vivir, porque al fin y al cabo tiene sesenta y tres años y existen ya pocas oportunidades de gozar. Desde el viaje a los Estados Unidos con su secretaria Belén Piniés su mujer lo lleva muy mal y recibe tratamiento psiquiátrico. Las ausencias nocturnas de Santiago crean tensiones familiares».

[681] No ahondaré en ese terreno. Desde el principio he planteado este libro dentro de la actuación pública de Carrillo. Podrá reaccionar como guste ante las posiciones históricas de este libro. Sólo si persiste en los insultos y descalificaciones personales que antes de este libro me ha dedicado me vería obligado a reconsiderar mi actitud aséptica. En el sentido amplio, político y rojo, de la familia —la familia comunista— Carrillo se llevó en el año 1978 el grave disgusto de tropezar en una segunda edición ampliada del despiadado ataque del general Enrique Lister, el libro «¡Basta!» ahora publicado en España para sorpresa de

muchos lectores y no pocos comunistas. Al final de esa segunda edición Líster recuerda las amenazas de Carrillo contra Semprún (pese a que según se hartó de repetir, no había leído el libro de Semprún) y sobre otros acusadores, que podrían según él sentarse en el banquillo.

DOCUMENTO 150

«En relación con el libro de Semprún Carrillo habla de que lo que éste dice sería motivo de «juzgado de guardia». Lo publicado en «¡Basta!» hace siete años y lo agregado en esta segunda edición son denuncias mucho

más claras y directas. Yo desafío a Santiago Carrillo a que me lleve al juzgado de guardia. Sé que no lo hará porque él conoce cuál sería el resultado».^[682]

No lo hizo.

La toma de posición de la alta Administración norteamericana y de los analistas políticos más prestigiosos a raíz del viaje universitario de Carrillo por los Estados Unidos le aguó la fiesta a vuelta de correo. El 10 de enero de 1978 el presidente Jimmy Carter repudió el engaño eurocomunista en tonos muy graves. «Carter se define abiertamente contra el eurocomunismo» titulaba ABC a toda plana, e

inmediatamente transcribía la firme posición del Departamento de Estado contra una posible entrada de los comunistas en el gobierno de Italia.^[683]

Un intelectual y político de tanto prestigio como Henry Kissinger se sumaba enérgicamente a la misma repulsa. El mismo día en que se publicaba en España la reacción de Carter el comunista expulso Francesc Vicens afirmaba: «Lo que está en discusión es la pervivencia de métodos stalinistas en el PCE».^[684] Carter era un socialdemócrata, un «liberal» en el sentido americano del término, un progresista convencido. La tramoya universitaria de Carrillo en los Estados

Unidos se vino abajo. Sobre todo cuando en la sesión del Comité Central del PCE, celebrada el 21 y 22 de enero siguiente, Carrillo presidió una disputa bizantina sobre el leninismo (al que había renunciado unilateralmente en su viaje) pero reafirmó el centralismo democrático, es decir el stalinismo; y se hartó de negar nuevamente que el PSOE fuese alternativa de gobierno. Estaba ya completamente fuera de juego.^[685]

FALSEDAD 99

El año 1978 iba a ser el de la nueva Constitución. Carrillo proclama en las solapas de sus memorias la

importancia de su intervención constituyente:

«Carrillo, elegido diputado por Madrid en tres legislaturas, tuvo una participación activa en la elaboración de la Constitución».

DOCUMENTO 151

No fue así. Su amigo Claudín, el hombre que mejor le ha conocido jamás, dice lo contrario:

«Su contribución concreta a la elaboración de la Constitución o de otros problemas de Estado fue poco relevante, tanto en el marco del Parlamento como en las discusiones

internas de los órganos dirigentes del Partido. Carecía de los mínimos conocimientos de derecho político y constitucional y no hizo ningún esfuerzo por adquirir algunos. Tampoco era su fuerte la economía, la sociología u otras materias que le permitiesen opinar con conocimiento de causa en la mayor parte de los debates parlamentarios. Ni siquiera conocía a fondo los problemas obreros y sindicales y no hablemos ya del feminismo, del ecologismo etc. Su única especialidad era «la política en general» que suele traducirse en hablar de todo un poco sin profundizar en nada y la maquinaria del Partido en

la que desde luego nadie podía disputarle la competencia».^[686]

No me extenderé aquí en el comentario a la Constitución. Fui vicepresidente de la Comisión Constitucional en el Senado y algo conozco del tema pero como Carrillo casi no hizo nada no creo que sea objeto de este libro entrar en la génesis y en el análisis de la Constitución, en la que seis artículos llevan mi firma y en la que, junto con el profesor Marías, me cabe el honor de haber introducido el término «nación española» que figuraba en todas las Constituciones españolas desde la espúrea de Bayona en 1809 y, curiosamente, se le había olvidado al

Congreso en el primer texto constitucional que elaboró. Pero eso es otro asunto.

En cambio Carrillo estaba a sus anchas en el IX Congreso del PCE, primero celebrado legalmente en el interior de España desde el de 1932, aquel que fue tramado y dirigido por los emisarios soviéticos en el Partido. El IX Congreso, según el prólogo a sus actas, «se inscribe en el proceso de democratización del Partido» —un proceso que nunca cuajó— y aunque decidió abandonar el leninismo proclama contradictoriamente en el mismo proemio: «Mantenemos la herencia de Lenin». En su informe

presentó Carrillo una ardiente defensa de los Pactos de la Moncloa y reincidió en sus desdichadas profecías sobre la crisis del sistema imperialista: ya entonces iba a desencadenarse la crisis del Imperio soviético, no del otro, al que Carrillo se refería. Carrillo hizo que el Congreso aceptara la Monarquía, la bandera, la alianza con los cristianos, pero afortunadamente no escondió los verdaderos fines del Partido:

DOCUMENTO 152

«El PCE proclama su finalidad de lograr la transformación socialista de la sociedad... Marcha hacia el

socialismo y posteriormente hacia la sociedad comunista verdadera».^[687]

A esto se reducía, pues, el eurocomunismo. A trabajar por la sociedad comunista verdadera. Sobre cualquier comentario. Por primera vez Carrillo fracasaba ante la opinión pública y ante la opinión comunista en un congreso. En el primer congreso celebrado al aire de la democracia, que resultó mortal para el PCE.^[688] Simbólicamente, el mismo día en que terminaba el IX Congreso del PCE los soviéticos asestaban un golpe de Estado al gobierno de Afganistán y se implicaban con ello en el proceso que precipitaría inexorablemente la ruina

de la URSS y el final del comunismo. En el IX Congreso la delegación soviética pataleó desesperadamente contra el relativo abandono del leninismo y el señor Ivanov, futuro embajador democrático de Rusia en España, repartió a todo el mundo hermosas efigies de Lenin.^[689]

Los comunistas empezaban ya a desengancharse de Carrillo pero había un político español que le conservaba toda su admiración: Adolfo Suárez. En sus memorias, Carrillo nos deja atónitos al confirmarnos que durante el otoño de 1978 su compenetración con Suárez era tan estrecha que llegó a sugerirle nombres para que les incluyera en un

gobierno más progresista: Ruiz Giménez, Tierno Galván, Raúl Morodo, a quien después Suárez incorporó a su lamentable aventura del CDS. Pero en las conversaciones de Suárez y Carrillo durante esa época hubo tres asuntos mucho más graves. Primero, la identidad de puntos de vista sobre impedir la entrada de España en la OTAN. Segundo sus coincidencias sobre la situación de las Fuerzas Armadas. Y tercero la oferta que, por otras personas, y luego directamente, hizo Suárez a Carrillo de establecer un pacto de gobierno con el PCE. No sé si el capitán general Gutiérrez Mellado, tenaz defensor de Suárez, ha meditado seriamente sobre

estas revelaciones de Carrillo, que ha hecho en sus memorias, aunque la del pacto de gobierno se la soltó a Suárez durante los agrios debates de la moción de censura en mayo de 1980. Suárez lo negó, me temo que con la boca chica. Claudín no cree del todo a Carrillo. Yo no creo del todo a ninguno de los dos interlocutores de aquel momento. Pero esos tres puntos de coincidencia o al menos de aproximación me acaban de convencer de que Carrillo y Suárez iban ya decididamente a la ruina política al acabar el año 1978.^[690]

EL SEGUNDO DESASTRE ELECTORAL

Según Carrillo las conversaciones entre el PCE y la UCD para un pacto de gobierno a finales de 1978 se interrumpieron porque Suárez decidió apelar de nuevo al pueblo en elecciones generales una vez aprobada la Constitución en diciembre de ese año. El PCE desarrolló su campaña electoral con las orejas gachas y ya seriamente minado por la disensión interna; la generación de dirigentes jóvenes quería democracia en los órganos de dirección y Carrillo se aferraba al centralismo

democrático, es decir al stalinismo. La campaña electoral del PCE fue muy floja y desangelada y muy agresiva contra el PSOE a quien pretendía arrebatarse los «votos de aluvión.»

La antevíspera del 1 de marzo de 1979 contemplé por televisión los esfuerzos desesperados de los líderes para rebañar votos en la última comparecencia de la campaña. Recuerdo que estábamos en el precioso pueblo huertano de Santomera, que por nuestras gestiones se convirtió en el municipio independiente número 44 de la provincia de Murcia. Los sondeos habían anunciado un vuelco electoral a favor del PSOE y Felipe González

parecía seguro de que iba a gobernar. Pero en aquella comparecencia final Adolfo Suárez dio un golpe de mano por televisión, un medio que siempre había dominado. Con esa encantadora facilidad que siempre le distinguió en sus cambios de frente se olvidó fulminantemente de la aproximación a los comunistas, de sus veleidades progresistas y de su disputa del centro-izquierda con Felipe González y asumió de golpe todas las antes desechadas tesis no ya del centro-derecha sino de la derecha democrática, sí, pero tajante de la que era líder natural. En una breve alocución que jamás ha sido luego publicada, si no me equivoco, Suárez

arremetió contra el PSOE por ser un partido abortista, enemigo de la libertad de enseñanza, intervencionista, inclinado a la colectivización, un partido marxista en suma, todo lo cual era rigurosamente cierto; estaba en los estatutos y en el programa electoral del PSOE. Apeló, por tanto al voto del miedo y consiguió un gran vuelco electoral. Volvió a ganar por mayoría suficiente aunque no absoluta; congeló los resultados del PSOE, cuyo líder juró eterna venganza contra Suárez por lo que consideraba una puñalada traperera; y dejó en el mismo sitio al PCE, que lograba 23 diputados en vez de veinte y algo más del diez por ciento de los

votos.

Para Carrillo era el segundo batacazo electoral. Pero trató de envolverlo, según costumbre, con un abanico de falsedades.

FALSEDAD 100

Ante el Comité Central Carrillo declaró que los resultados eran «francamente satisfactorios» y desvió su frustración en tremendas críticas contra el descalabro del PSOE, por no haberle hecho caso. Anunció que un gobierno del PSOE sería imposible en el futuro, a no ser en coalición con el PCE y los sectores más progresistas

del centro. En cuanto al estancamiento electoral del PCE decidió simplemente escamotearlo.^[691]

La consecuencia de las elecciones fue múltiple. Suárez quedó a la deriva; se olvidó inmediatamente de su victorioso reflejo derechista y buscó de nuevo la batalla por el centro-izquierda y el consenso con las fuerzas «progresistas». Felipe González comprendió que la acusación de marxismo le había derrotado, renunció al marxismo en el primer congreso socialista de 1979, con enorme valor y acierto a costa de una dimisión provisional; y recuperó la jefatura del Partido en el segundo congreso del

mismo año, un partido ya liberado del lastre dogmático marxista aunque no de su programa máximo que seguía siendo, y sigue siendo hoy, expresa y formalmente marxista. Y las falsas explicaciones de Carrillo no convencieron a nadie con lo que su dominio absoluto sobre el PCE empezó a resquebrajarse por todas partes. Unas semanas después funcionó el pacto municipal del PSOE y el PCE para las elecciones locales, con las que la izquierda (PCE/PSOE) logró apoderarse de los principales ayuntamientos, desde los que el PSOE se fabricó una estupenda plataforma de poder para próximas confrontaciones. El PCE no.

Los comunistas, guiados por un Carrillo surrealista, entraban casi en barrena, seguidos no muy lejos por la UCD en plena crisis de liderazgo y de horizonte. Carrillo además de disimular su derrota en las generales se permitió duras críticas al PSUC, los comunistas catalanes, por su descenso de votos (ligero) frente al ligero aumento del PCE; por sus inclinaciones catalanistas y por sus mayores avances en democracia interna. El PSUC le mandó al cuerno; se había abierto otro importante frente de disensión comunista interna.^[692]

En una entrevista con el incisivo Julián Lago en octubre de 1979 y en la

revista de gran tirada «Interviú» Carrillo, cuando ya se gestaba el golpe del 23-F sentencia: «No hay peligro de golpe». No tenía, desde luego, vocación de profeta este discípulo de Stalin. A fines de año fracasaba una campaña de afiliación por el 60 aniversario del Partido; los abandonos superaban ya netamente a los ingresos y además resultaban mucho más significativos. El «Mundo Obrero» diario del PCE se quedaba en papel de envolver; no se leía fuera del Partido y no mucho dentro, hasta que hubo que suprimirlo en junio del año siguiente. Los informes de Carrillo ante el Comité Central, con la misma técnica de interminable monólogo

totalitario, sonaban cada vez más a disco rayado, tanto que su amigo Claudín no tiene más remedio que comentar «Se ha quedado sin brújula política».^[693] Para colmo la agresión política de la URSS a un centro neurálgico del mundo, Afganistán, tropieza con tan tenaz resistencia popular, alentada secreta y eficazmente por la CIA desde el vecino Pakistán, que el Ejército Rojo tiene que lanzarse a la invasión abierta del país montaraz y fanático en diciembre de 1979 lo que produjo un nuevo cisma entre los comunistas españoles; los que con Carrillo criticaban, sin exagerar demasiado, la invasión del Gran

Hermano (a esto se vio reducido el eurocomunismo) y los que seguían fieles al PCUS, llamados prosoviéticos o «afganos». La opinión pública empezaba ya a no enterarse de quiénes eran, cómo se llamaban y qué pretendían las diversas banderías del comunismo en España.

TAMAMES PREPARA UNA ENCERRONA A CARRILLO

Más de una vez he sentido la tentación plutarquiana y he estado a punto de escribir unas Vidas Paralelas; la última vez fue en la Salle des Imprimés de la Biblioteca Nacional de

París hace unos meses, cuando buscaba datos sobre la Casa de Borbón. Algún día cederé y la primera de mis vidas paralelas será de alcance colectivo; la UCD y el PCE de la transición democrática española, Suárez y Carrillo, naturalmente, sólo para ese tracto de sus vidas.

Y es que los dos líderes y los dos partidos irrumpieron con fuerza avasalladora en la transición. Una grave divergencia separó en las urnas su paralelismo pero Carrillo volvió al camino a fuerza de seducción y pillería. En 1978 los dos hicieron tenaza al PSOE y tramaron un pacto de gobierno. En 1979 empezaron a vacilar y a

tambalearse, los dos a la vez. A Suárez se le insubordinaban los «barones» y a Carrillo la generación joven de sus dirigentes, que también sufrió Suárez a manos de sus «jóvenes turcos». Unidos contra la OTAN los dos experimentaron el rechazo del Imperio: los Estados Unidos les descalificaron casi a la vez. En 1980 entraron en barrena y sus respectivos adversarios internos agrupados les montaron sendos complots (La cursilada de «El País» dice «complós») en reuniones subversivas y contestatarias que se organizaron en el mismo período y las dos en una casa de campo; a Suárez en el embalse de Santillana, a Carrillo en el chalet que

poseía Ramón Tamames en Aravaca. Como resultado de todos estos forcejeos Suárez fue eliminado políticamente en 1981, Carrillo en 1982. Los dos quisieron resucitar y crearon de su frustración un partido efímero cada uno, que se hundió irremisiblemente. Si mi maestro Plutarco hubiera vivido en nuestro siglo el primer relato de las Vidas Paralelas ya estaría en la imprenta. Yo me he contentado con el índice, de momento.

Al comenzar el año 1980, del que puedo decir algo, aunque no voy a extenderme, porque lo viví desde el consejo de ministros, el PCE se había convertido, como el fenecido

Movimiento-organización, en una burocracia al servicio del secretario general; ya sabemos que Stalin, además de un tirano, había sido sobre todo un burócrata.^[694] En este año de Afganistán es cuando Manuel Azcárate, comunista más que veterano y director de relaciones exteriores del PCE pierde la fe en la Unión Soviética por dos razones: la hegemonía militar en su seno y la instrumentación de los partidos comunistas al servicio del PCUS y del Estado soviético.^[695] Del propio Azcárate, en el mismo libro (p. 17) es la descripción de la estructura staliniana del PCE: un hinchado Comité Central con más de cien miembros elegidos por

el Congreso; un Comité Ejecutivo muy numeroso (45 miembros) elegido por el Comité Central, pero realmente por el secretario general; un secretariado de diez a veinte miembros elegido de igual forma; y una Comisión Permanente de 18 miembros elegidos desde el IX Congreso pero realmente seleccionados por el secretario general entre los dirigentes más manejables del ejecutivo. La creación de nuevos órganos colegiados afectó también a la UCD para contentar a los «barones» que reclamaban la colegiación de decisiones, es decir la institucionalización de su poder personal. Para acabar con el extraño

paralelismo de UCD y PSOE cabe también recordar que en 1980 la ofensiva contra los respectivos jefes supremos, Suárez y Carrillo, la llevaron dos dirigentes jóvenes, brillantes e incisivos: Ramón Tamames en el PCE, Joaquín Garrigues Walker en la UCD.

La crisis de liderazgo de Carrillo en el campo comunista se vivió en 1980 ante el telón de fondo de la protesta de Comisiones Obreras, el sindicato comunista. A lo largo del año Comisiones Obreras reclaman cada vez mayor autonomía respecto del PCE, mayor radicalismo político-social y mayor distanciamiento de Santiago Carrillo. En una reunión del Comité

Central del PCE celebrada en aquella primavera Carrillo aceptó la autonomía de Comisiones Obreras pero no la de los militantes del PCE afiliados al sindicato, entre los que figuraban Marcelino Camacho y casi todos los demás dirigentes. Aquello, naturalmente, parecía una broma y ahondó las diferencias entre Camacho y Carrillo, un nuevo frente de disensión interna.^[696] Se recrudecía también en aquellas semanas el ya viejo contencioso entre los comunistas catalanes del PSUC, muy condicionados por su numerosa militancia prosoviética y «afgana» y el centralismo, democrático y estatal, de Santiago Carrillo, que reaccionó con

destemplanza y prepotencia. Pero ya no eran los tiempos en que podía apartar de un manotazo a Comorera; el PCE presentaba cada vez más claros signos de desintegración.

En mayo de 1980 Felipe González defendió en el Congreso una moción de censura contra Adolfo Suárez que marcó públicamente la decadencia irreversible de Suárez. El famoso «consenso» que Suárez ofreció como panacea para su primer gobierno y luego prometió cancelar, pero no canceló, en el segundo saltó por los aires ante los ataques implacables de González, Fraga y Carrillo. El ministro Rafael Arias Salgado defendió enérgica y

brillantemente a su presidente y atacó a Carrillo con dureza; Carrillo replicó revelando ante la cámara estupefacta la propuesta de pacto de gobierno que Suárez le hizo a fines de 1978, como dijimos. Abril y Suárez lo negaron con escasa convicción y según Carrillo, que entonces trataba frecuentemente al Rey, éste pensaba ya en la necesidad de un gobierno socialista.^[697]

A Suárez le asediaban sus enemigos, sus críticos y sus émulos. Joaquín Garrigues había planteado la dimisión de Suárez poco antes en el pequeño motín de los barones de UCD en la Casa de la Pradera, junto al embalse de Santillana, auténtica jornada de los

cuchillos largos contra el artífice de la transición, que desde entonces sólo pudo avanzar a bandazos, sin rumbo. Le acosaban los socialistas y los comunistas después de la moción de censura. La prensa se volvía contra él. Los militares aguardaban la hora de pedirle cuentas por el engaño de la legalización del PCE. Suárez enseñaba a sus colaboradores íntimos una lista con una docena de personas que aspiraban a sustituirle. Una de ellas, Joaquín Garrigues, murió ese mismo verano tras una gravísima enfermedad que soportó con humor y sangre fría admirable. Pero no faltó quien tomase el relevo en uno de los capítulos más sórdidos de mi

futura historia de la transición.

Pero Carrillo tuvo también su verano de acoso y derribo, un movimiento interno que ya no se interrumpiría hasta que consiguió terminar con él. Todo empezó el 31 de julio de 1980 en la cena convocada por Ramón Tamames en su residencia de Aravaca. Expulsado el escritor Jorge Semprún por Carrillo en 1964, Ramón Tamames era la figura más rutilante y atractiva del Partido Comunista. Catedrático de estructura económica, autor de un libro célebre sobre esta materia, rebosante de información y que hoy se sigue reeditando con éxito, personalidad cultísima, moderada, mucho más capaz

que Carrillo de un dialogo serio con las demás fuerzas, apoyado por su bellísima mujer, arquetipo del «glamour» en la transición; sin rastros de sangre ni sombras vengativas en su vida anterior, Tamames era hasta entonces la credibilidad democrática del Partido Comunista cuando la de Carrillo se cuarteaba. Por entonces ya se le consideraba jefe de filas de los llamados «renovadores», un grupo de personas jóvenes (con algunos veteranos) y heterogéneas, del Partido y de Comisiones Obreras, que aspiraban a plantear de una vez seriamente la democratización del Partido, estaban absolutamente hartas de los fárragos

indigestos que solía largar el cada vez más aburrido y autocrático secretario general y le prepararon en esa preciosa casa de Aravaca una encerrona en toda regla.

Pedro Vega y Peru Erroteta abren su muy sugestivo libro sobre la crisis del PCE con la cena de Aravaca. Fernando Claudín la trata con precisión. Santiago Carrillo la «olvida» en sus malas memorias; resulta irritante cómo escamotea, para general irrisión, episodios significativos de su autobiografía.

Los comensales eran la plana mayor de los «renovadores»; además de Tamames, Carlos Alonso Zaldívar,

Manuel Azcárate, Pilar Brabo, Eugenio Triana, Luis Larroque, Enrique Curiel y Manuel Castells. Carrillo acudió con un convidado de piedra, Francisco Romero Marín, próximo a la KGB y representante de la línea durísima del Partido. En un ambiente de gran tensión los renovadores presentaron a Carrillo un memorial de agravios que se resumían en el distanciamiento cada vez mayor de la sociedad y el estancamiento cada vez más ostensible de la democracia interna. Carrillo lo negaba todo, lo minimizaba todo, replicaba con duros contraataques al flanco débil de los reunidos, especialmente contra Pilar Brabo. Sin rematar el debate Carrillo y

su escolta se levantaron y se marcharon. Estaba claro que no quedaba posibilidad seria de diálogo democrático en el PCE. [698]

El 14 de agosto el sindicalista católico Lech Walesa dirigía a los trabajadores de los astilleros polacos de Gdansk, la Dantzig por la que se desencadenó la segunda guerra mundial, a una huelga general democrática contra el gobierno totalitario y satélite. No era sólo una protesta política; eran los obreros, que tanto encandilaban a Santiago Carrillo, los que se alzaban contra la tiranía comunista. Aquella huelga marcó ya el principio del fin para el imperio soviético, para el comunismo

y para el marxismo; la insurrección polaca dividió todavía más a los comunistas españoles y si bien el PCE declaró su simpatía por los obreros en huelga siguió considerando como comunistas y socialistas a sus represores y al Gran Hermano que respaldaba a los represores. En el informe que pronunció ante el Comité Central en noviembre de 1980 Carrillo no mencionó el problema de Polonia ni permitió un debate sobre las dictaduras comunistas del Este europeo, aunque seguía alardeando de independencia respecto del PCUS.^[699] A fines de octubre y primeros de noviembre la rebeldía contra Carrillo se planteaba ya abiertamente no sólo en una

cena privada sino en los órganos dirigentes del PCE. Carrillo trató de dormir al Comité Ejecutivo con un informe clásico y kilométrico, en que hablaba de todo un poco y nada de nada; pudo acallar las sordas protestas de muchos asistentes porque controlaba al organismo. Le fue mucho más difícil repetir la faena de aliño ante los 180 miembros del Comité Central reunidos el 1 de noviembre. Se opuso frontalmente a críticas que por vez primera eran implacables, como las del líder de Comisiones Obreras Marcelino Camacho, aunque el joven dirigente comunista de Asturias, Gerardo Iglesias, apoyó a su jefe asturiano y se acreditó

como su posible delfín. Los críticos, llamados ya públicamente renovadores, atacaban a Carrillo desde los postulados del eurocomunismo que Carrillo no aplicaba —o mejor, aplicaba demasiado— al funcionamiento interno del Partido.

[700] Como sucedía por entonces en la UCD los problemas de España quedaban en segundo término ante la salvaje lucha interna por el poder. También Suárez se había visto obligado a incorporar en septiembre anterior a los «barones» en pleno dentro del que calificó como «el mejor gobierno de UCD de todos los posibles». El mejor gobierno posible le tiró por la borda antes de cuatro meses.

LAS PROFECÍAS DE CARRILLO EN TORNO AL 23 DE FEBRERO

El año 1981 se abrió para Carrillo con la rebelión de los comunistas catalanes y se cerró con la de los comunistas vascos. El año 1981, cuando Ronald Reagan tomaba posesión de la Presidencia de los Estados Unidos y se disponía a asestar el golpe de muerte a lo que llamó «El Imperio del Mal», es decir la URSS y el comunismo, el PCUS organizó contra él una campaña agónica de propaganda descalificadora, seguida servilmente por los innumerables

terminales, colaboradores y tontos útiles situados en los medios de comunicación mundial con nutrida presencia española; que trataron de ridiculizar a Reagan y a su gran ofensiva tecnológica, la Iniciativa de Defensa Estratégica, presentándola como «guerra de las galaxias». Pero no era la guerra de las galaxias, una famosa película de ciencia ficción, la que el famoso actor y sindicalista, anticomunista histórico, se disponía a plantear sino que, perfectamente informado por sus servicios secretos, trataba de perder de vista al poderío militar soviético con un decisivo avance en electrónica e informática que los soviéticos no

podieron contrarrestar. En la invasión del Líbano por Israel que tuvo lugar al año siguiente, 1982, la tecnología norteamericana aniquiló a los más modernos cazabombarderos soviéticos de Siria y destruyó casi sin pérdidas la barrera de misiles instalada por Siria en el valle de la Bekaa. Aquel fue el momento en que el Estado Mayor soviético informó a Breznev que la URSS había perdido sin remedio la carrera estratégica contra los Estados Unidos, aunque nadie se enteró hasta la caída del Muro. La decisión de Reagan y la resistencia de Juan Pablo II, el tercer Papa de 1978, en Polonia son los dos factores que terminaron con la

URSS y con el comunismo, después de las vacilaciones de la era Carter y la era lamentable de Juan XXIII, Pablo VI y el cardenal Casaroli. De todo esto Carrillo no se enteró entonces y no tiene, aun hoy, la menor idea; pero era necesario recordar lo que ya he explicado en otros libros y me dispongo a profundizar en mi ya próxima historia de la Iglesia en el siglo XX porque sin ese marco histórico-estratégico no se puede comprender nada de lo que sucedió en las profundidades de los años ochenta, durante los que Carrillo sufrirá sus dos muertes políticas. Al menos por este motivo fúnebre Carrillo haría bien en repasar un poco lo que acabo de

insinuar.

A principios de enero de 1981 el V Congreso del PSUC se puede considerar como la venganza póstuma de Joan Comorera contra Santiago Carrillo porque los comunistas catalanes desautorizan a Carrillo, le propinan una patada en salva sea la parte y aunque pasaban por ser el grupo más eurocomunista de todos, renuncian solemnemente al eurocomunismo en un ataque de regresión prosoviética que fue otro palo a Carrillo. En nombre del PCE asistió el flautista Ignacio Gallego, también prosoviético, para acabar de arreglarlo. Carrillo reaccionó de manera típica; desautorizó a los catalanes, se

ratificó en su política eurocomunista y se sacó de la manga otro elemento esotérico en los que era experto; todo ocurría por la intervención oculta de una «mano extraña» que había movido los hilos en Cataluña.^[701] A fines de ese mes, en los nuevos locales del PCE inaugurados en la calle de la Santísima Trinidad, excelente rótulo para un partido ateo con tantos cristianos, los intelectuales supervivientes del PCE cubrieron de denuestos a las dos grandes figuras históricas, la Pasionaria y Carrillo. El asesor de Comisiones Obreras Héctor Maravall, tenido por carrillista, fue tajante:

DOCUMENTO 153

«Carrillo no se ha enterado de la situación de emergencia existente en el Partido, no ha sabido valorar que de los tres mil profesionales con que contábamos en el Partido en 1977 ahora sólo quedan 400 y después de este discurso mucho me temo que la cifra disminuya todavía mas».^[702]

Y es que estos chicos de buena familia, como le había sucedido a los Semprún, no pueden enfrentarse a un exceso de irracionalidad y grosería y cuando chocan con él reaccionan con la honradez y el señorío que han aprendido en casa. En actitud

parecida, poco después abandonó el PCE el profesor Ramón Tamames y Carrillo pudo presentir, si le quedaba la más mínima capacidad de autocrática, el principio del fin.

No había pasado una semana desde que los intelectuales y profesionales del PCE descalificaran a Santiago Carrillo cuando el 29 de enero de 1981 dimitía irrevocablemente Adolfo Suárez de la presidencia del gobierno y de la presidencia de la UCD. Creo poseer ya todas las claves de esa dimisión pero no es ahora el momento de exponerlas. Me lo negarán airadamente pero el Rey, las Fuerzas Armadas, los barones de la UCD, los estrategas políticos USA y

varios prelados importantes estaban ya hartos de Suárez, quien a su vez estaba harto de varios estamentos que acaban de citarse. Carrillo debió sacar alguna lección de la caída de Suárez, a la que yo me he resistido siempre a calificar como muerte política porque no lo fue; sólo los errores siguientes de Suárez han permitido que cunda la imagen de esa muerte aparente. Pero ya digo que el asunto no es propio de este libro, sino del que ya he mencionado más de una vez.

Carrillo, como de costumbre, hace sobre la caída de Suárez el diagnóstico exactamente contrario a la verdadera causa; pero dejémosle en sus trece.

Luego se refiere con parecida superficialidad al pronunciamiento del 23 de febrero durante el cual Carrillo, Suárez y el teniente general Gutiérrez Mellado se portaron valerosamente. Por desgracia anuncia Carrillo en sumario del capítulo correspondiente: «Calvo Sotelo es gafe» y luego no desarrolla tan sugestiva frase que tampoco comentaré como se merece porque ya lo he hecho en uno de mis epílogos (el del libro «Misterios de la Historia») y seguramente tendré que ahondar, todavía con mayor seriedad, en esa historia de la transición que tanto temía don Leopoldo cuando me invitó a cenar en Casa Ciriaco la última noche de su estancia

en la Moncloa. Carrillo registra bien su asombro cuando observó que las masas de España no se levantaban contra los pronunciados del 23-F como habían hecho el 18 de julio de 1936; claro que con ese absurdo paralelo histórico lo confunde todo y lo embrolla todo pero tampoco me corresponde ahora extenderme sobre el caso. En octubre de 1979 Carrillo habían pronosticado: «No hay peligro de un golpe, no hay motivo para preocuparse hasta ese punto.» En mayo de 1980 repetía la predicción: «En las condiciones de nuestra sociedad, pensar en golpes militares es propio de gentes que no han asimilado los cambios históricos».^[703] No se encuentra

Carrillo, desde luego, entre los mejores discípulos de Isaías.

Un mes después del pronunciamiento el escritor comunista Manuel Vázquez Montalbán describe, con mayor sentido profético (me refiero al ámbito político, naturalmente) la muerte de Carrillo en su difundida novela «Asesinato en el Comité Central». Carrillo ya preparaba la excusa para la tercera catástrofe electoral del PCE en 1982: los efectos del 23-F.^[704] Pero en mayo de 1981 seguía en vena profética y pronosticó la derrota del PSOE en las siguientes elecciones generales, donde obtendría más de doscientos diputados.^[705]

LA PURGA DE LOS RENOVADORES

Los renovadores del PCE llevan a los medios de comunicación durante el año 1981 su ofensiva para desbancar a Carrillo. En «La Calle», revista comunista, en «El País» y «Diario 16», en «Nuestra Bandera», antaño portavoz sumiso del secretario general varios renovadores, de César Alonso de los Ríos a Manuel Azcárate le expresan su protesta por los métodos totalitarios que utiliza en el PCE. Ya he anticipado el abandono de Tamames, al que siguieron otros intelectuales y profesionales del

Partido sin esperar al X Congreso que convocó Carrillo a toque de rebato.

El X y último Congreso del PCE (los fragmentos del Partido celebraron otros de política-ficción después del estallido final) se abrió el 22 de julio de 1981, cuando la UCD y el gobierno Calvo-Sotelo navegaban también a la deriva. Desde los días de esperanza en 1977 el PCE había perdido a sesenta mil militantes y casi todos sus cuadros intelectuales y profesionales. Azcárate, el fiel carrillista de tantas décadas, piensa que el mayor error del X Congreso fue no echar a Carrillo.^[706] No merece la pena dedicar un análisis al X Congreso, que fue una farsa pero

además ahora se notó. La «discusión previa» no pasó de parodia. El ritual informe de un Carrillo desacreditado resultó el peor de toda su vida. Cuando se abrió un poco la mano en la libertad de elección Carrillo resultó elegido para el Comité Central pero sólo en quinta posición lo cual equivalía a un auténtico voto de censura. Tuvo que aceptar como vicesecretario general, junto a su fiel Jaime Ballesteros, al aristócrata renovador Nicolás Sartorius, procedente de medios católicos y dirigente de Comisiones Obreras. Un tercio de los delegados al X Congreso pertenecían al sector de los renovadores. Carrillo, que desde el libro de Semprún había

perdido la infalibilidad, ahora se parecía cada vez mas a un patético muñeco de pim pam pum. Pero se aferraba frenéticamente a la secretaria general de un partido en ruina.^[707]

La contraofensiva de Carrillo en el resto del año 1981 respondió a sus incurables reflejos stalinianos y consistió en una purga de renovadores. (También Adolfo Suárez y su sucesor en la presidencia de UCD, Agustín Rodríguez Sahagún, se permitieron purgar a algún crítico antes de abandonar a la UCD esquizofrénica y apuñalarla desde fuera mediante un sucedáneo indefinido y errante, el Centro Democrático y Social). El PCE,

como la UCD, actuaban como si la libertad de expresión proclamada en el texto constitucional no fuera con ellos; con lo que sólo consiguieron ahuyentar a sus mejores militantes. Se acercaba ya el final del año del pronunciamiento cuando se produjo la escisión de los comunistas vascos, el EPK, que se fusionaron con un grupo radical, Euskadiko Eskerra. Para el 3 de noviembre de 1981 se organizó en Madrid la comparecencia pública de los fusionados, que se convirtió en un mitin contra Carrillo, que había tratado de prohibir el acto por todos los medios. Varios renovadores del PCE habían patrocinado la convocatoria del acto y

fueron expulsados por el Comité Central; entre ellos los concejales comunistas del Ayuntamiento de Madrid y el dirigente histórico Manuel Azcárate que reaccionó al poco tiempo con un libro-denuncia entrecortado y patético. El 22 de noviembre nada menos que 5478 firmas en protesta por la purga aparecieron en el diario «El País» encabezadas por la del poeta comunista Rafael Alberti. Cuarenta y un alcaldes y concejales comunistas de la provincia de Madrid dimitieron en solidaridad con los expulsos. Los partidos comunistas de la URSS y varios satélites reaccionaban con satisfacción ante el desmoronamiento del PCE y los

eurocomunistas manifestaban su apoyo a los renovadores supervivientes de las purgas. Las organizaciones provinciales del PCE se rebelaban contra Carrillo y comunicaban a Madrid su protesta y su repulsa. Carrillo se estaba quedando solo entre los escombros de su partido.

[708] El lector que trate de encontrar el relato serio de esta crisis en las memorias de Santiago Carrillo pensará, ante tantos vacíos, que está leyendo las de otra persona.

TERCERA Y DECISIVA CATÁSTROFE ELECTORAL DE CARRILLO

Otra vez salta el paralelismo irresistible entre Suárez y Carrillo en 1982 al frente de dos formaciones fantasmagóricas, el CDS y el PCE. Pero ante los que iban a morir reapareció en ese año un muerto viviente, Rafael Calvo Serer, el florero del Opus para la ya enterrada Junta Democrática, que cuando naufragaba el eurocomunismo publicó una nueva síntesis delirante con el título «Eurocomunismo, presidencialismo y cristianismo»^[709]

que nadie leyó y por eso nadie ha comentado; yo hice las dos cosas, porque siempre he sentido debilidad por las ocurrencias del alfil político del futuro beato José María Escrivá. Preocupado, cual nuevo Spengler, por la decadencia de Occidente, el profesor Calvo proponía como síntesis universal el «materialismo cristiano» (p. 15) sin la menor idea de que la confrontación libanesa de los Estados Unidos y la URSS (Israel y Siria) sentenciaba ya en ese mismo año el final del materialismo. Cuando ya agonizaba el marxismo el profesor Calvo Serer apostaba por la pervivencia del marxismo (como el profesor Tusell haría cuando años más

tarde ya se resquebrajaba el Muro) y aparecía como el único español, comunistas incluidos, que creía en la evolución democrática de Carrillo al frente del PCE. Apostaba al final por la nueva síntesis en que trabajaban los teólogos contestatarios Küng y Metz, es decir la Teología de la Liberación. Un numerario del Opus Dei, válganos Dios.

El 9 de enero de 1982 revienta el enfrentamiento soterrado entre eurocomunistas y prosoviéticos. Dos comunistas catalanes históricos, Ardiaca, cofundador del PSUC, y Serradell, colaborador de Carrillo en los años de hierro y sangre, fundarán a poco el partido prosoviético de los

Comunistas Catalanes con el que sintonizaron desde Madrid el flautista Ignacio Gallego y el celeberrimo sacerdote Paco García Salve, inmortalizado por Fernando Vizcaíno Casas en su novela célebre «La boda del señor cura».^[710] Al día siguiente Carrillo hizo aprobar en el Comité Ejecutivo del PCE una resolución mendaz por la que el PCE se distanciaba históricamente del PCUS; Azcárate se encargó pronto de desmentirle.^[711] Los renovadores responderán al nuevo partido comunista prosoviético con la creación, en el mes de abril, de una «Asociación para la renovación de la Izquierda», germen de la futura

Izquierda Unida.^[712] El desastre de Suárez al frente de su nuevo «partido centrista progresista» y sobre todo cómodo para él, el CDS, se presentía como el de la UCD (a la que Suárez aplicó la conocida copla «La maté porque era mía») y como el del PCE que ya tascó el primer anticipo cuando en las elecciones autonómicas de junio en Andalucía el PSOE ganó la mayoría absoluta y el PCE perdió la mitad de los votos recibidos en las generales de 1979. Ante el Comité central el 7 de junio, Carrillo recurrió a su lenguaje orwelliano para demostrar que la derrota había sido una victoria pero Sartorius y Camacho, dos generaciones

en la misma protesta, se le enfrentaron y le pusieron en evidencia. Carrillo amagó con una dimisión de boca chica y se volvió a agarrar al cargo en cuanto alguien musitó un ruego de que lo hiciera. Marcelino Camacho abandonó entonces el Comité Ejecutivo y Nicolás Sartorius la vicesecretaría general. Algo había cambiado; en la cumbre del PCE se empezaba a dimitir, aunque fuera de mentirijillas.

Durante el verano de 1982 la UCD ya se había desintegrado pero el grupo parlamentario conservaba artificialmente la unidad. Gracias a ello había logrado el presidente del gobierno, Leopoldo Calvo Sotelo, la

entrada de España en la OTAN, a la que el PSOE se opuso irresponsablemente y Carrillo consecuentemente. Pero el desafortunado presidente del gobierno temía, con razón, que en cualquier votación importante parte de sus diputados se le rebelasen y le echasen así de mala manera. Por eso proseguía en su inocua e inútil «política de gestos» y meditaba en la convocatoria de elecciones generales, lo que al fin decidió en el peor momento y el peor contexto posible. Pero este libro tampoco debe referirse más que como hitos del camino a la trayectoria del señor Calvo Sotelo. Debe referirse a las afirmaciones disparatadas que profirió

Santiago Carrillo en su tercera gran campaña electoral.

DOCUMENTO 154

«El hombre del largo pasado staliniano, que seguía vinculado a los partidos de las dictaduras totalitarias, que acababa de «limpiar» su partido aplicando el principio staliniano del «centralismo democrático» acusaba de «totalitarismo» y de «monolitismo» al partido de Felipe González. Y con estos métodos pretendía atraer, según decía, votos de la izquierda socialista, de la extrema izquierda, de la izquierda ética...

«El líder socialista comentó: «Es un hombre tan capaz y tan inteligente que ha conseguido en siete años lo que Franco no consiguió en cuarenta, acabar con el partido comunista. Y sin embargo está dándonos lecciones todos los días, nos dice lo que tenemos que hacer y cómo protestan nuestras bases y no sus bases, porque al parecer no las tiene».^[713]

Antes de la doble muerte de Carrillo, Felipe González había adelantado su más cabal epitafio.

Los resultados electorales del 28 de octubre de 1982 demostraron a Carrillo la razón de Felipe González. El candidato de la UCD, Landelino Lavilla

había sido el mejor presidente de las Cortes en el siglo XX y tanto su categoría jurídica como su calidad política estaban fuera de toda duda. Pero la UCD era un muerto viviente y según parece el candidato había encomendado la dirección dialéctica de su campaña a un experto en fracasos, el profesor y político Javier Tusell, que le impuso el famoso lema «Ni la derecha dura ni la izquierda inmadura» con el que redujo los casi ciento setenta escaños del ex partido de Suárez a menos de una docena; y por primera vez en la historia de Occidente un presidente del gobierno que convoca unas elecciones generales en el día que desea no sale elegido

diputado en ellas. Fraga rompió al fin, aunque insuficientemente, su techo y rebasó los cien diputados con votos procedentes del deshielo de la UCD, que era un partido de centro-derecha y no de centro-izquierda. Los electores castigaron a Suárez por sus errores trágicos de orientación política y por su apuñalamiento de la UCD; ellos sabían por qué, aunque el teniente general Gutiérrez Mellado no se lo explicase. Le redujeron a dos escaños en otro retroceso electoral sin precedentes. La catástrofe de Suárez se emparejó, las vidas paralelas, con la de Carrillo al frente del PCE, que perdió un millón de votos respecto a las elecciones

anteriores de 1979, obtuvo el 3,7 por ciento de los sufragios y se quedó con cuatro escaños. Las paralelas se juntaron en el infinito del grupo mixto, a donde fueron a dar con sus huesos Suárez y Carrillo, al fin solos.

FALSEDAD 101

Carrillo tampoco pudo reprimir ahora su tendencia al escamoteo pero no le valió. Extracto solamente dos de las muchas tonterías falsas que dijo al saber la hecatombe.

El 2 de noviembre: «Yo sigo».

El 3 de noviembre: «No va a haber cambios».^[714]

No siguió. Hubo cambios, el gran cambio. Dimitió como secretario general del Partido Comunista de España ante el Comité Ejecutivo y luego ante el Comité Central. Nadie le pidió en serio que retirara la renuncia. Y el 6 de noviembre de 1982, exactamente cuarenta y seis años después de su admisión en el PCE, el 6 de noviembre, la víspera del aniversario de la primera saca de Paracuellos en 1936 y del triunfo de la Revolución bolchevique en 1917 Santiago Carrillo se asomó a las pantallas de televisión, como había hecho Suárez el año anterior y leyó, en frase de su íntimo amigo Claudín, «su renuncia al poder absoluto que había

ejercido en su partido». ^[715]

Empezaba su soledad camino de las tinieblas exteriores.

EL EPITAFIO

Santiago Carrillo relata su «dimisión» como secretario general del PCE en la página 736 y antepenúltima de sus memorias. El resto de su vida pública hasta 1993, año en que aparecen esas memorias, le lleva menos de dos páginas; es un simple epílogo. El resumen de ese período será para nosotros, por tanto, una especie de

epitafio, que significa breve discurso sobre la tumba, la doble muerte de Santiago Carrillo tras los golpes mortales que sufrió en las tres elecciones y la dimisión aceptada de mil amores en noviembre de 1982. Ese día terminaba realmente la vida pública de Carrillo, a la que se refieren sus memorias y nuestro libro. Lo demás son estertores.

Atribuyó ahora de nuevo la catástrofe electoral del PCE al anticomunismo de Franco, que llevaba siete años enterrado; es decir que le reconoce como el nuevo Cid Campeador. Dictamina sobre el fracaso de Adolfo Suárez; seguramente

hablarían de eso en sus coincidencias del Grupo Mixto. Exalta la democracia interna del PCE y la supresión, por él realizada, del centralismo democrático; nunca lo suprimió pero los atisbos de libertad y las ansias de democracia, Carrillo tendría que reconocerlo, fueron la causa del estallido y la desintegración comunista. Todos se unieron, dice, renovadores y leninistas, contra él; y en eso dice la verdad. Cuatro días después de la dimisión de Carrillo murió Breznev a quien sustituyó el jefe de la KGB Andropov; ya se despeñaba la URSS. En la sesión necrológica del Comité Central el flautista Gallego achacó la derrota electoral a «la lacra del

eurocomunismo: le echaron del Partido, del que se hicieron cargo los renovadores. Gallego fundó pronto un partido prosoviético que se unió al de los comunistas catalanes; el PCE se fragmentaba como la antigua Falange, de la que se conocieron en la transición media docena de versiones. El sucesor de Carrillo como secretario general fue el joven minero asturiano Gerardo Iglesias, propuesto por Carrillo como presuntamente dócil y sin ambiciones, aunque pronto se convenció el dimisionario de su error. El 6 de junio de 1983 el ministro socialista de Cultura Javier Solana se lució inaugurando una exposición sobre Carlos Marx, vaya

intuición de futuro. Carrillo publicaba ese mismo año su libro «Memoria de la transición» que no suscitó el más mínimo eco.

FALSEDAD 102

Pero hasta en su epitafio hay que proseguir el catálogo de falsedades. En ese libro Carrillo volvía a entrar en vena profética; una de sus tesis es la «extinción ineluctable del capitalismo en los países desarrollados».^[716] Sucedió al revés: la implantación ineluctable del capitalismo en Rusia, no en la URSS porque dejó de existir la URSS.

En junio de 1983, ya todo perdido, Carrillo deja de asistir al Comité Central. Sí que acude al llamado XI Congreso del PCE, a mediados de diciembre de 1983, que no he incluido en la relación canónica porque ya había por entonces tres partidos comunistas; Carrillo se revolvió contra Gerardo Iglesias, y los dos continúan el intercambio de insultos que habían iniciado en una conferencia anterior («El País» 4 nov. 83). Iglesias se acerca a los renovadores y mantiene su puesto. En 1984 la única declaración comunista importante es la del ángel cinematográfico del franquismo, Marisol, casada con el bailarín

comunista Antonio Gades: «Antonio y yo nos sentimos marxistas leninistas». Ante tan tranquilizadora aseveración el PCE sólo descendió en ese año de 86 000 a 43 000 afiliados.^[717]

DOCUMENTO 155

«En 1985 fuimos «autoexcluidos» del Partido en total una veintena de miembros del Comité Central. Se buscó esa fórmula para disimular nuestra expulsión».^[718]

Era un acto de justicia poética; el purgador purgado en virtud de una falsedad del secretario general; eso de «fuimos autoexcluidos» es toda una delicia gramatical e histórica. Y el epitafio personal de Carrillo a su

primera muerte política, cincuenta años después de que la Internacional Comunista le tirara los tejos en la cárcel Modelo de Madrid.

Poco antes se había hecho cargo de la Unión Soviética en decadencia el último de los dirigentes comunistas, Mikhail Gorbachov. En ese mismo mes de marzo Gerardo Iglesias y su equipo ponen a su nombre los bienes del PCE para evitar que caigan en manos de Carrillo; no cabe mayor humillación. Ya autoexcluido Carrillo siente por primera vez en su vida la necesidad apremiante de decir la verdad y la dice al semanario alemán «Der Spiegel»:

DOCUMENTO 156

«Creo que ha sido imprudente apresurar el paso del Partido desde la ilegalidad a la democratización. Debía haber mantenido por más tiempo los valores tradicionales del Partido. El dirigente comunista portugués Álvaro Cunhal fue con este punto más prudente. Nosotros, los españoles, hemos criticado muy duramente a Moscú. Sobre este tema soy actualmente mucho más prudente».

[719]

Es una maravilla. Carrillo por fin se coloca contra la democracia, retorna al stalinismo y a la órbita soviética.

Tampoco ahora catalogo una toma de posición suya como falsedad sino como documento auténtico y verídico. Una maravilla. Suárez, el político que había ganado las elecciones de 1979 con una condena del marxismo, ahora andaba abriendo el CDS a los marxistas. Otra maravilla paralela. Suárez, además, era duque.

Mikhail Gorbachov iba acumulando todos los poderes y cargos superiores de la URSS, se reunía con Ronald Reagan, desencadenaba la perestroika. Jordi Solé Tura, uno de los últimos de Filipinas, «hace las maletas para el PSOE» según la irreverente expresión de Sergio Vilar.^[720] En las primeras

elecciones sin Carrillo, las de 1986, el PCE disfrazado de Izquierda Unida obtiene algunos votos más que Carrillo pero no rebasa el cinco por ciento. La famosa operación Roca, a la que dedicaré un capítulo espeluznante en mi historia de la transición, consigue un resultado democrático digno de Ruiz-Giménez: cero diputados.

Julio Anguita, uno de los dos «ayatolás» de la política española, sucede a Gerardo Iglesias al frente del PCE al comenzar el año 1988; ofrece buenos modales, suavidad de hierro, sin desmentir el comunismo puro y duro que lleva en el alma. Carrillo ya no sabe, no contesta, aunque habla y habla cuando

Gorbachov descalifica a su admirado Ceaucescu, cuando los regímenes comunistas totalitarios del Este se tambalean ya ante las presiones populares en favor de la democracia y de la soberanía, en contra del hambre y la miseria dictatorial, en busca de la libertad. Ronald Reagan había pedido ya a Gorbachov que derribase el Muro; el líder soviético intenta algo más difícil, democratizar al PCUS, que era esencialmente la negación de toda democracia.

Y amaneció el año para mí más alegre de la historia humana después de la batalla de Lepanto, por lo menos: 1989. Las democracias totalitarias tan

admiradas por Santiago Carrillo se resquebrajan una tras otra; la sombra de Orwell vence semana tras semana a la de Stalin que huye. Solidarność, el ariete contra el comunismo, consigue ser legalizada en Polonia. La URSS dice acatar las resoluciones del Tribunal de La Haya sobre derechos humanos; nadie se lo cree pero es bueno que lo diga.

Carrillo acababa de declarar su arrepentimiento por haber criticado a la URSS totalitaria, en 1989 tendría que tragarse de nuevo tan imprudentes palabras. Pero no tenía tiempo. Optó, junto con José María Ruiz Mateos, a un escaño en el Parlamento Europeo y además declaró que si Ruiz Mateos

resultaba elegido se marcharía de España. Esa amenaza de Carrillo nos impulsó a muchos a votar por Ruiz Mateos, que obtuvo más votos que Jordi Pujol y salió elegido con un par de sus familiares; Carrillo, naturalmente, no salió y no se marchó de España. Renuncio a transcribir la lista pública de españoles que recomendaron el voto a Carrillo porque en ella figuran algunos amigos a quienes no quiero aguar la gran fiesta de 1989 que se avecinaba. Con un prólogo de sangre. Los comunistas chinos habían iniciado la apertura económica pero no pudieron aguantar a una estatuilla de la Libertad en la plaza de Tian-an-men y cargaron contra los

estudiantes que reclamaban democracia; la plaza quedó sembrada de cadáveres el 3 de junio. En las primeras elecciones libres de Polonia Solidaridad humilla a los comunistas polacos. Miles de alemanes orientales escapan a Occidente por todos los rodeos imaginables en agosto. Carrillo calla pero su íntimo Ceaucescu declara que no permitirá el mercado libre; ya es el 6 de octubre. Tres días después una enorme manifestación reclama libertad en Leipzig. El 22 del mismo mes termina en Hungría el régimen comunista implantado en 1948. Alemania oriental entera se echa a la calle por la libertad; medio millón de personas sólo en Berlín

Este el 4 de noviembre. La primera muerte política de Santiago Carrillo fue un seis de noviembre. El 9 de noviembre de 1989 ocurre la segunda y definitiva; le cae encima el Muro de Berlín, derribado por la libertad y la democracia de verdad, no las que él había proclamado con lenguaje de Orwell. Dos días después los Estados bálticos sometidos declaran nula la anexión a la URSS forzada en virtud del pacto germano-soviético de 1939. El Imperio de Stalin se caía a pedazos. El corazón agotado de la Pasionaria no pudo resistir tanta convulsión y dejó de latir unos días después; el 17 de noviembre los comunistas dedicaron a

su ídolo uno de los entierros que sólo ellos son capaces de organizar pero ahora nadie sintió miedo en España. El 1 de diciembre Gorbachov celebra su encuentro histórico con Juan Pablo II en Roma. Las divisiones del Papa habían vencido al Imperio del Mal.

El dictador comunista germano-oriental Honecker, responsable por tantas muertes de la libertad sobre el Muro ahora derribado, es expulsado de su partido, El justísimo final del pequeño Stalin alemán le parece muy mal al discípulo español de Stalin:

«Debo confesar —dice Carrillo— que cuando he visto a Honecker y a alguno de sus compañeros sentados en el

banquillo de los acusados... me ha hervido la sangre. ¡Qué tremenda injusticia!»!^[721] No podía reaccionar de otro modo el amigo íntimo de Ceaucescu y de Kim Il Sung, el admirador de Castro, el hombre que repudió a su padre por amor a Stalin.

FALSEDAD 103

Carrillo tenía que despedirse con una falsedad. Desde su «presencia marginal» que describe Fraga en su agenda de memorias Carrillo tuvo que decir una barbaridad sobre Sadam Hussein, nada menos:

«Sadam Hussein desarrollaba una

línea progresista».

En su segunda visita al Irak, Carrillo le alaba como «el líder árabe más progresista». Cómo serán los demás.

Como rúbrica, la derrota de Sadam Hussein, el gran demócrata progresista, en la guerra del Golfo «es una tragedia de las fuerzas progresistas».^[722]

No me gusta mucho ese enclave medieval, multinacional y estrambótico de Kuwait. Pero que un lunático como Sadam Hussein se convirtiera en árbitro de la energía mundial no me parece tan «progresista» como a Carrillo. Me

encantó el circo de los dos simpáticos gorditos españoles, Almeida y Villapalos, cuando lograron rescatar a algunos rehenes de Sadam. Me horrorizó ver en televisión las caricias de Sadan a los niños ingleses que había secuestrado de forma tan democrática. Pero llamar a ese personaje líder progresista me parece la mejor prueba de la capacidad de falseamiento verbal y político propia de Santiago Carrillo.

El 18 de marzo de 1991 aparecía en la revista «Epoca» una conversación de Carrillo con su generosa entrevistadora Pilar Urbano, que tituló su trabajo con otra maravilla: «El comunismo ha

fracasado». Históricamente es una gran verdad pero no olvidemos que en España sigue alentando una cosa que se llama Partido Comunista de España y que bajo su último disfraz, Izquierda Unida (los anteriores se llamaron Frente Popular, Unión Nacional, Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, la hoz y la cruz, Junta Democrática, gobierno de concentración nacional) ha conseguido recientemente el porcentaje de votos más alto de su historia y la derecha de Andalucía pacta tranquilamente con ellos para fastidiar al señor Chaves. Carrillo se fue por vías muertas, no sé qué partido de los trabajadores, no sé qué retornos hasta

los portones del PSOE, de nada de eso dice una palabra en sus memorias. Como tampoco ha llegado a tiempo para referirse a la pervivencia del comunismo en China, al aferramiento al marxismo por parte de movimientos de liberación, subversivos y clericales, en América desde Brasil a Chiapas, con sus cerebros, a veces, en California y en Texas, con su retaguardia en medios católicos progresistas —tan progresistas como Sadam Hussein— en la vieja Europa, donde los comunistas, después de su hundimiento, vuelven o continúan disfrazados en varios países del antiguo Imperio de Stalin, donde Gorbachov vuelve a hablar de resucitar la URSS.

Serán quimeras, serán fantasmas pero son noticia. Cuando veo a la nueva derecha española pactar con esos comunistas ampliados me pregunto si la Historia sirve para algo. Creo que debe servir y por eso me he puesto a escribir este libro.

Jorge Semprún recomendaba, en su autobiografía, que Carrillo se las entendiera con su conciencia. No sé si como hizo con el arrepentimiento Carrillo considera a la conciencia como un prejuicio pequeño-burgués. Confieso que me estremece, después de sus dos muertes, verle avanzar inexorablemente hacia la muerte rodeado por tantos fantasmas del pasado que no le harán

muy llevadero el camino, aunque no se arrepienta de nada más que de haber sido demasiado demócrata y demasiado crítico con la URSS. Esas sombras provienen de las colinas de Madrid, de los pasos fronterizos entre Francia y España, de algunos misterios de Moscú o de México, de los años de Toulouse y de París, de las purgas con las que terminó su mandato en Madrid. Me dicen las religiosas del Sagrado Corazón, antiguas maestras de la niña Dolores Ibárruri, que la Pasionaria recordó en sus momentos finales su formación cristiana y llamó a un miembro del Comité Central del PCE para hablar con él en aquellos momentos

en que se acercaba la verdad; era el padre José María de Llanos y acudió a la cita, quiera Dios que sea verdad. Él se lo creerá o no pero después de recorrer su vida ante la Historia no deseo para Santiago Carrillo Solares más que ese reencuentro con la luz.

FIN

BIBLIOGRAFÍA:
DOCUMENTACIÓN Y
FUENTES

La documentación y fuentes utilizadas directamente en este libro se detallan, página a página, en las notas al pie. La primera vez que aparece una fuente se da la referencia completa, luego se abrevia con el autor y el comienzo del título.

Sin embargo, para mejor orientación del lector añadiré ahora un resumen de fuentes agrupadas según los períodos a que se va refiriendo la obra, y según los grandes temas que en ella aparecen.

ARCHIVOS Y DEPÓSITOS DOCUMENTALES Y DE FUENTES

— Archivo y biblioteca personal del autor, que empezó su colección cuando acababa de cumplir diez años en 1936.

— Archivo Histórico Nacional, fondos de la Causa General allí trasladados en 1980.

— Como avance y selección de los fondos de la Causa General se publicaron dos ediciones del libro «La dominación roja en España» en 1944 y 1961, que se citan en el análisis de fuentes del capítulo 4.

Biblioteca Nacional de Madrid, fondo llamado Comín Colomer y fondo procedente del Ministerio de Información y Turismo, reunido por el autor a partir de 1963 cuando ganó por oposición una plaza de técnico en ese Departamento. Este fondo, importantísimo, fue trasladado a la Biblioteca Nacional en 1980 por orden del autor que era Ministro de Cultura en aquel año. En ese fondo se contienen numerosos impresos de carácter público y restringido, sobre el Partido Comunista antes y durante la guerra civil.

Archivo Histórico Nacional,
Salamanca, fondos de la antigua

— Delegación Nacional de Servicios Documentales de la Presidencia del Gobierno, procedentes de sedes de partidos políticos y otras entidades declaradas fuera de la ley por el régimen del general Franco.

— Hemeroteca Municipal de Madrid, Hemeroteca Nacional y Hemeroteca del archivo de Salamanca que acaba de citarse.

Los archivos del PCE no se han abierto al público. Ha suplido en gran medida esa carencia el documentalista y antiguo comunista Gregorio Morán, en su libro «Miseria y grandeza del PCE».

— Barcelona, Planeta, 1986. Muchas cosas me separan del autor pero

debo reconocer que su esfuerzo de documentación y análisis histórico en ese libro resulta tan objetivo como impagable para los historiadores.

OBRAS FIRMADAS POR SANTIAGO CARRILLO

«Actas pro frente único». Rarísimo folleto publicado en 1934 por las Juventudes Socialistas de Vizcaya con las reuniones de las directivas juveniles socialista y comunista.
Santiago Carrillo es el protagonista

del encuentro.

Discursos durante la guerra civil.

Conferencia de la JSU en enero de 1937 e intervención en el Pleno

— ampliado del PCE en marzo del mismo año. Los dos discursos se comentan ampliamente en el capítulo 5.

— «Después de Franco, ¿qué?» París, Ed. Sociales, 1965.

— «Un futuro para España: La democracia económica y política» (obra colectiva) París, col. Ebro, 1967.

— «Libertad y socialismo». París, Ed. Sociales, 1971.

«Demain L'Espagne». París, Seuil,

— 1974. Versión española «Mañana, España», París, col. Ebro, 1975.

«Qué es la ruptura democrática».

Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976.

«Eurocomunismo y Estado».

Barcelona, Grijalbo, 1977.

«Memoria de la transición».

Barcelona, Grijalbo, 1983.

«Memorias» Barcelona, Planeta

1993.

Figuran además textos de Carrillo en las actas publicadas de reuniones y congresos del PCE, cuya sucesión se detalla en el texto.

BIOGRAFÍAS (ANTIBIOGRAFÍAS) DE SANTIAGO CARRILLO

Es muy curioso que los ensayos biográficos sobre Carrillo sean, o bien autobiográficos (como sus memorias, la «Memoria de la transición» o los «Mañana España» o bien anfibiográficos, como todos los demás. La Pasionaria tiene alguna biografía que sintoniza con ella. Stalin también. Carrillo, que yo sepa, no; tiene que defenderse personalmente contra el coro de sus enemigos.

Enrique Líster «¡Basta!» París 1971 y Madrid, Gregorio del Toro ed., 1978. Esta segunda edición está muy ampliada. Se trata de una acusación formal, con testimonio propio y — ajeno, casi todos de fuente comunista, sobre la vida pública de Carrillo, que nunca ha contestado más que como de pasada y superficialmente a su gran contradictor.

«Mañana, Carrillo». Biografía difundida por medios próximos al Servicio Especial de la Presidencia — del Gobierno a principios de 1977. Muy negativa aunque de tono sereno y moderado.

Fernando Claudín «Santiago

Carrillo, crónica de un secretario general». Barcelona, Planeta, 1983. Obra de exhaustiva documentación — tomada de fuentes comunistas y dedicada a probar la arbitrariedad y el totalitarismo de Carrillo, de quien Claudín fue amigo íntimo durante tres décadas.

Jorge Semprún «Autobiografía de Federico Sánchez». Barcelona, Planeta, 1977. Es tanto una autobiografía de Semprún como una antibiografía de Carrillo. Supuso para un Carrillo todavía prepotente — un golpe mortal. Carlos Semprún Maura, hermano de Jorge, publicó en ABC un artículo-protesta contra las

memorias de Carrillo en 1994; lo hemos citado muchas veces porque es una terrible antibiografía condensada.

— La obra documental, ya citada, de Gregorio Morán es también una antibiografía de Carrillo.

OBRAS DE FONDO SOBRE LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

El autor de este libro ha publicado una «Bibliografía general sobre la guerra civil española y sus antecedentes

históricos» (Barcelona, Ariel, 1967) que sigue sin ser superada en cuanto a amplitud y localización de fuentes. Por tanto no incluirá ahora una exposición detallada de las fuentes sobre esos períodos. Pero sí debe citar algunas en las que se ha apoyado para el marco histórico de este libro.

— M. Azaña «Obras completas»

México, Oasis, 1955-68.

Indalecio Prieto: todas sus obras editadas por Oasis en México son esenciales para comprender el marco histórico de España desde el — reinado de Alfonso XIII a la muerte de Prieto en 1962. Sobre todo las

«Convulsiones de España» (tres vols. 1967s).

R. de la Cierva «Historia de la guerra civil española, antecedentes». *Madrid*, San Martín, 1969. Se trata de una historia de la República con muy amplia bibliografía y documentación. Creo haber establecido en ella la verdadera génesis del Frente Popular.

R. de la Cierva «Nueva historia de la guerra civil española». Madrid, Epoca, 1986. Una puesta al día de las investigaciones más solventes sobre la guerra de España en su cincuentenario.

Burnett Bolloten «La guerra civil española. Revolución y

contrarrevolución». Madrid, Alianza Editorial 1989. Sobre una

- documentación absoluta, éste es, junto con el siguiente, el libro más importante jamás escrito sobre la guerra civil en zona roja. Muy especial atención al PCE.

Ramón Salas Larrazábal «Historia del Ejército Popular de la República». Madrid, Editora

- Nacional, 1971 cuatro vols. El libro que rompió todos los esquemas de prejuicio histórico sobre la guerra de España.

Ramón Salas Larrazábal «Los datos exactos de la guerra civil». Madrid, Drácena, 1980.

R. de la Cierva «1939, agonía y

victoria». Análisis histórico documentado sobre el período final de la guerra civil. Barcelona,

— Planeta, 1989, premio Espejo de España. Obra fundada sobre miles de documentos inéditos que aclara definitivamente el desenlace de la guerra.

Sobre la represión en Madrid y la responsabilidad de Carrillo en la consejería de Orden Público puede

— volver el lector sobre el epígrafe inicial del capítulo cuarto de este libro, que no es del caso repetir aquí.

José María Gil Robles «No fue

— posible la paz» Barcelona, Ariel 1969.

Juan-Simeón Vidarte «El bienio
— negro y la insurrección de Asturias»
Barcelona, Grijalbo, 1978.

En prensa este libro se anuncia una
«Historia de la República» del
— eminente hispanista Stanley G.
Payne. Será fundamental, como todas
sus obras.

HISTORIAS DEL COMUNISMO

Jane Degras (ed.) «The Communist
International Documents» vol. III
— 1929-1943. Oxford University Press
1965. Obra documental definitiva

para el marco histórico internacional del PCE.

E.H. Carr «Historia de la Rusia soviética». Madrid, Alianza Universidad 1972 y siguientes, varios vols.

L. Trotski «Lenin» Barcelona, Ariel, 1972.

G. Walter «Lenin» Barcelona, Grijalbo, 1967.

L. Trotski «Histoire de la révolution russe» París, Seuil, 1950 dos vols.

Albert Menarókov «Historia ilustrada de la Gran Revolución Socialista de Octubre» Moscú, Ed. Progreso, 1987.

Jean-Jacques Marie «Staline» París,

— Senil, 1967.

— Jean B enoit «Stalin» Barcelona,
Dopesa, 1974.

— John Barron «KGB» Londres,
Hodder and Stoughton, 1974.

— F. Claudín «La crisis del movimiento
comunista» vol I, (y  nico) Paris,
Ruedo Ibérico, 1970.

— Libros de Orlov y Krivitsky, cfr.
análisis de fuentes al principio del
capítulo 4.

— A. Padilla «El movimiento
comunista español» Barcelona,
Planeta, 1979.

— Pelai Pag s «Historia del Partido
Comunista de España»(1920-1930)

Barcelona, Ricou, 1978.

D. Ibárruri (dir) «Guerra y
— revolución en España» Moscú,
Progreso, 1966 y sig. 4 vols.

J. Díaz «Tres años de lucha» París,
— Ebro, 1970.

J. Gorkin «El proceso de Moscú en
— Barcelona» Barcelona, Aymá, 1974.

Obras de J. Hernández y Enrique
— Castro Delgado y Valentín González,
analizadas en capítulos 3 y 4.

G. Bocca «Palmiro Togliatti»
— Barcelona, Grijalbo, 1977.

A. Mayayo et al. «Nuestra utopía,
— PSUC» Barcelona, Planeta, 1986.

Diversos ensayos en «Nuove
— questioni di storia contemporanea»

Milano, Marzorati, dos vols. 1968.

— J. Bullejos «La Comintern en España» México 1972.

ÉPOCA DE FRANCO 1939- 1975

R. de la Cierva «Historia del — franquismo» dos vols. Barcelona, Planeta, 1975 y 1977.

R. de la Cierva «Jesuitas, Iglesia y — marxismo» Barcelona, Plaza y Janés, 1986.

R. de la Cierva «Oscura rebelión en — la Iglesia» Barcelona, Plaza y Janés,

1988.

R. de la Cierva «Franco, biografía — histórica» Barcelona, Planeta, 1982
Seis vols.

R. de la Cierva «Franco y don Juan, — los reyes sin corona» Madrid, Epoca, 1992-1993.

(Pido perdón al lector por citar mis libros pero he estudiado intensamente el período 1931-1993 durante muchos años y debo referirme a ese marco histórico y de investigación)

Desgraciadamente no puedo citar demasiadas obras serias sobre la biografía de Franco y la historia de la época de Franco. El hecho de que

— la reciente y lamentable biografía de Paul Preston haya tenido tanto éxito dentro y fuera de España me parece alarmante aunque no grave; se trata de un producto esencialmente efímero.

Las numerosas publicaciones de la Editorial Ruedo Ibérico, fenecida en cuanto entró en contacto con la libertad, representan, casi sin excepciones, la visión de la extrema izquierda sobre la época de Franco. Las publicaciones de la Fundación Francisco Franco representan, casi — sin excepciones, la visión de la extrema derecha, a la que Franco no pertenecía; carecen de toda crítica, que Franco aceptaba mucho más de

lo que se cree. Un testimonio esencial sobre esta época sigue siendo el de F. Franco Salgado en que reproduce sus conversaciones con el Caudillo.

Todos los libros de Fernando Vizcaíno Casas, los de ficción y los de Historia, merecen ser consultados porque en todos hay una magistral recreación de ambientes. Sus últimos libros «anuales» (Ed. Planeta) sobre 1975 (la muerte de Franco) 1973 (la muerte de Carrero) y 1969 (la elección de don Juan Carlos) son excelentes crónicas muy bien documentadas y trabajadas. Hay quienes desprecian cuanto ignoran pero desde un punto de vista

histórico despreciar a Vizcaíno sería una estupidez.

EPOCA DE LA TRANSICION 1973-1994

Laureano López Rodó «La larga marcha hacia la Monarquía».

Barcelona, Noguer, 1977. Sin este libro (completado en cuatro más de memorias) no se puede comprender la Segunda Restauración.

Vicente Palacio Atard, discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia. Una explicación

originalísima, cabal y audaz sobre el papel de don Juan Carlos en la — transición, como «motor del cambio» (Areilza). El Manual de Historia Universal del profesor Palacio Atard (Espasa Calpe) nos ofrece un marco histórico imprescindible para los acontecimientos del siglo xx.

Juan Velarde Fuertes: escritos y artículos de historia económica. Es imposible citarlos con detalle en este resumen de fuentes. Algunos se han publicado en forma de libro; otros en colecciones de artículos como sus famosas «libretillas», sus artículos de la revista «Epoca», el — diario «ABC» y las revistas

especializadas de economía. El conjunto, que debería editarse de forma conjunta y completa, es absolutamente imprescindible para comprender la trama económica (y no sólo económica) de la España contemporánea.

Amando de Miguel «Estadísticas básicas de España 1900-1970, Madrid, Conf. Española de Cajas de Ahorros, 1975. Como todos sus análisis sociológicos, de los que los últimos son «La sociedad española 1992-93» y «La sociedad española 1993-1994, son absolutamente necesarios como infraestructura para cualquier estudio histórico. (Alianza ed.)

José Manuel Otero Novas «Nuestra democracia puede morir».

— Barcelona, Plaza y Janés, 1987. La mejor historia de la transición hasta ahora escrita, pese a su brevedad.

Alfonso Osorio «Trayectoria política de un ministro de la Corona». Barcelona, Planeta, 1980.

— Importante testimonio de primera mano, desde una posición liberal-conservadora muy inteligente.

Rodolfo Martín Villa «Al servicio del Estado» Barcelona, Planeta, 1984. Esencial para la legalización del PCE.

José María de Areilza «Diario de un ministro de la Monarquía».

— Barcelona, Planeta, 1977.

Interesantísima historia casi sobre los mismos hechos.

Salvador Sánchez Terán «De Franco a la Generalitat». Barcelona,

— Planeta, 1988. Análisis original y profundo de la transición vista desde Cataluña.

José Ignacio San Martín «Servicio Especial» Barcelona, Planeta, 1993.

— No cuenta aún todo lo que sabe pero es un libro imprescindible.

Lidia Falcón «Viernes y 13 en la calle del Correo». Barcelona,

— Planeta, 1981. Un testimonio estremecedor, divinamente escrito.

José Ramón Saiz «El Presidente»

— Editorial Madrid 1981. La mejor visión histórica de Suárez y la UCD, que necesitaría una urgente continuación hasta el desenlace.

Manuel Gutiérrez Mellado «Un soldado de España». Barcelona, — Argos Vergara 1983. Testimonio interesante aunque a veces muy poco crítico.

Pedro Vega y Peru Erroteta «Los herejes del PCE» Barcelona, — Planeta, 1982. Una combinación apasionante de historia inmediata y periodismo de investigación sobre la ruina de Carrillo y el PCE.

Sergio Vilar «Por qué se ha destruido el PCE» Barcelona, Plaza — y Janés, 1986. Un análisis

documentado y penetrante, con gran sentido histórico e informativo.

José Luis de Vilallonga «El Rey»
Barcelona, Plaza y Janés 1993. Un libro esencial, polémico, imprudente, muy en la línea de las conversaciones del padre del Rey con don Pedro Sáinz Rodríguez, pero con un ameno tinte rojo por parte del biógrafo.

Federico Jiménez Losantos «Las dictadura silenciosa». Madrid, Temas de Hoy, 1993. El libro más influyente de la época socialista; y el que más ha socavado sus pies de barro.

José Díaz Herrera y Ramón Tijeras «El dinero del poder». Madrid,

— Cambio-16 1991. El análisis más independiente y demoledor sobre los entresijos de la alta corrupción en España.

Notas

[1] Santiago Carrillo «Memorias»,
Barcelona, Planeta, 1993. <<

[2] Alfonso Osorio, «Trayectoria política de un Ministro de la Corona». Barcelona, Planeta, 1980 p. 256. <<

[3] Cfr «El Mundo» 26 de abril de 1994,
pág. 24. <<

[4] Félix Schlayer, «Un diplomático en el Madrid rojo» trad. por la Hermandad de Paracuellos, p. 56. <<

[5] Cfr. «El Mundo» 15 de junio de 1994
p. 17. <<

[6] ABC 16.6.94 p. 37. <<

[7] C. Semprún, art. cit. «ABC» 9.4.94.

<<

[8] Gregorio Morán, «Miseria y grandeza del Partido Comunista de España» Barcelona, Planeta, 1988. <<

[9] Reportaje en «ABC» 24.6.94, p. 40.

<<

[¹⁰] Santiago Carrillo, «Memorias» (En adelante SCM) Barcelona, Planeta, 1993, p. 9. <<

[11] SCM. p. 11. <<

[12] SCM, p. 10. <<

[13] SCM. p. 9. <<

[14] SCM. p. 9. <<

[15] SCM. p. 10. <<

[16] SCM. p. 11. <<

[17] SCM. p. 10-11. <<

[18] SCM. p. 9. <<

[19] SCM. p. 11. <<

[20] SCM. p. 9. <<

[21] SCM pág 16-18. <<

[22] SCM. p. 32. <<

[23] Por ejemplo en mi libro «Historia del socialismo en España» Barcelona, Planeta, 1983, págs. 23 y 65. <<

[24] SCM. p. 11. <<

[25] SCM. p. 29. <<

[26] F. Claudín, op. cit. p. 12s. <<

[27] Santiago Carrillo, «Memoria de la transición» Barcelona, Grijalbo, 1983 p. 173. <<

[28] SCM. p. 173. <<

[29] SCM. p. 33. <<

[30] R. de la Cierva, «Historia del socialismo en España» Barcelona, Planeta, 1983, p. 99. <<

[31] SCM. p. 42. <<

[32] «Crónica del siglo XX» de Editorial Plaza y Janés, Barcelona 1986 p. 341.

<<

[33] SCM. p. 34. <<

[34] SCM. p. 28. <<

[35] SCM. p. 40s. <<

[36] SCM. p. 44. <<

[37] Miguel Maura, «Así cayó Alfonso XIII» México, Imp. Máñez 1963 (ed. posterior de Ariel en Barcelona). <<

[38] SCM. p. 64. <<

[39] R. de la Cierva, «Los años mentidos» Madrid, Ed. Fénix 1993. <<

[40] SCM, p. 64. <<

[41] J. Pabón «Siete relatos de tres días»
en «Días de ayer, Barcelona, Alpha,
1963, p. 370. <<

[42] SCM. p. 48. <<

[43] SMC p. 51. <<

[44] J. Arrarás, «Historia de la Segunda República española», Madrid, Editora Nacional, 1956, p. 170 s. <<

[45] J. Arrarás, op. cit. p. 105. <<

[46] J. Arrarás, op.,. cit. p. 106. <<

[47] R. Garriga «El cardenal Segura y el nacional-catolicismo» Barcelona, Planeta, 1977, p. 165s. <<

[48] SCM. p. 55. <<

[49] Saturnino Gallego, «Sembraron con amor» San Sebastián 1978 pág. 799s. <<

[50] A. Montero, «Historia de la persecución religiosa en España» Madrid BAC 1961 p. 322. <<

[51] A. Montero op. cit p. 330. <<

[52] Antonio Montero, *op. cit.* p. 503s.

<<

[53] SCM, p. 56. <<

[54] M. Maura, op. cit. ed. Ariel de 1966,
p. 240. <<

[55] M. Maura, *op. cit.*, p. 246s. <<

[56] SCM. p. 57. <<

[57] En la editorial Planeta de Barcelona.

<<

[58] G. Morán, «Miseria y grandeza del partido comunista de España, 1939-1985» Barcelona, Planeta 1988. <<

[59] F. Claudín, op. cit. p. 13n. <<

[60] SCM. p. 69. <<

[61] SCM. p. 70. <<

[62] S. Carrillo, «Mañana España» (Ed. 1975) p. 51. <<

[63] F. Claudín op, . cit. p. 105. <<

[64] La Internacional Comunista, creada por Lenin en 1919 sobre las ruinas desacreditadas de la Segunda Internacional (socialista) se conoce abreviadamente como «Comintern» o bien por sus siglas IC. Muchas veces Comintern se escribe con K. <<

[65] S. Vilar «Por qué se ha destruido el PCE» Barcelona, Plaza y Janés, 1986, p. 79. <<

[66] SCM. p. 78. <<

[67] Ver por ejemplo SCM. p. 18. <<

[68] Cfr. F. Claudín op. cit. p. 15. <<

[69] SCM. p. 86. <<

[70] SCM. p. 85. <<

[71] SCM. p. 81. <<

[72] SCM. p. 79. <<

[73] M. Tagüeña, op. cit. págs. 34-39. <<

[74] SCM. p. 82. <<

[75] José María Gil Robles «No fue posible la paz» Barcelona, Ariel, 1968; y José R. Montero «La CEDA: el catolicismo social y político en la II República», dos vols., eds. de la Revista de Trabajo, 1984. <<

[76] SCM. p. 87. <<

[77] SCM. p. 84. <<

[78] «El Socialista» 3.1.34. <<

[79] S. Carrillo, «Mañana...» (ed. esp.)
p. 64. <<

[80] S. Carrillo, «Mañana...» (ed. esp.)
p. 61. <<

[81] SCM. p. 80. <<

[82] SCM. p. 96. <<

[83] Cfr. R. de la Cierva, «Historia de la guerra civil...» 1969 p. 346s. <<

[84] J. Arrarás, «Historia...» op. cit. vol II p. 404 s; «PCE «Guerra y Revolución en España» Moscú, ed. Progreso, 1966, vol I. p. 54. <<

[85] SCM. p. 88. <<

[86] F. Claudín, «Santiago Carrillo...»p.
44. <<

[87] SCM. p. 82. <<

[88] SCM. p. 91. <<

[89] SCM. p. 88. <<

[90] Claudín, «Santiago Carrillo...» op. cit. p. 22. <<

[91] «Actas de alas reuniones celebradas en Madrid Pro Frente Unico por las delegaciones del comité central de la UJC y del comité ejecutivo de la FJS los días 20 y 30 de julio de 1934». Ed. Fed. Prov. de JS de Vizcaya s.d. <<

[92] «The Communist International 1919-1943 Documents», vol III, ed. by Jane Degras, Oxford Univ. Press. 1965 p. 285. <<

[93] SCM. p. 92. <<

[94] SCM. p. 112. <<

[95] SCM. p. 98. <<

[96] Juan Simeón-Vidarte «El bienio negro y la insurrección de Asturias». Testimonio del quien fue vicesecretario y secretario del PSOE. Barcelona, Grijalbo 1978 p. 185 s. <<

[97] S. Carrillo, «Mañana...» ed. esp. p.
47. <<

[98] SCM. p. 33. <<

[99] Juan S. Vidarte, «El bienio negro...»
op. cit. p. 232. <<

[¹⁰⁰] SCM. p. 100. <<

[101] Revisé detalladamente la historia de la rebelión catalanista y la guerra civil asturiana en mi citado libro de 1969 «Historia de la guerra civil española, antecedentes» donde dediqué un largo capítulo al acontecimiento. <<

[102] J.S. Vidarte, «El bienio negro...»
op. cit. p. 241-243. <<

[¹⁰³] SCM. p. 111. <<

[¹⁰⁴] S. Carrillo, «Mañana... ed. esp. op.
cit. p. 46-47. <<

[¹⁰⁵] SCM. p. 116. <<

[¹⁰⁶] SCM. p. 127. <<

[¹⁰⁷] SCM. p. 129. Claudín, «Santiago Carrillo» p. cit. p. 33. <<

[108] He analizado el folleto «Octubre, segunda etapa» en mi citada Historia de la guerra civil, 1969, p. 594s. <<

[¹⁰⁹] «Octubre, segunda etapa» cfr. nota anterior. <<

[¹¹⁰] SCM. p. 128. <<

[¹¹¹] SCM. p. 110. <<

[¹¹²] S. Carrillo, «Mañana...» ed. esp. p.
52. <<

[113] Manuel Azaña, Obras Completas
(ed. Oasis) vol III p. 592s. <<

[¹¹⁴] SCM. p. 140. <<

[115] Editora Nacional, 1939. <<

[116] SCM. p. 146. <<

[117] SCM 143. <<

[118] «Diccionario básico Espasa»
Madrid 1980, vol. 2 ad vocem. <<

[119] SCM. p. 142. <<

[120] SCM. p. 150. <<

[121] Claudín, «Santiago Carrillo...» op. cit. p. 37. Claudín pone en labios de Manuiski la consigna de «con la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra». Son demasiados emblemas para sólo dos manos; en otras fuentes se habla, con más verosimilitud, de «la hoz y la cruz» en lo que algunos vieron el signo de la futura Teología de la Liberación cristiano-marxista. <<

[122] «Claridad» 9.4.1936. Cita en B. Bolloten, «La revolución española» ed. Grijalbo, Barcelona, 1980, p. 61. <<

[123] S. Carrillo, «Mañana...» ed. esp. p.
63. <<

[124] J. Semprún, «Autobiografía ...» op.
cit. p. 172-3. <<

[125] F. Claudín «Santiago Carrillo...»
op. cit., p. 47. <<

[¹²⁶] SCM. p. 166. <<

[127] S. Carrillo, «Mañana...» ed. esp. p.
61. <<

[128] Cita de Líster en C. Fernández, «Paracuellos, cómo fue» Barcelona, Argos Vergara, 1983 p. 180. <<

[129] SCM. p. 169. <<

[130] F. Claudín, «Santiago Carrillo...»op. cit. p. 41. <<

[131] SCM. p. 179. <<

[132] E, Castro Delgado «Hombres made in Moscú» México 1960. <<

[133] SCM. p. 178. <<

[134] SCM. p. 179. <<

[135] SCM. p. 179s. <<

[136] E. Lister «¡Basta!» op. cit. p. 173s.

<<

[137] C. Fernández «Paracuellos...» op.
cit. p. 181. <<

[138] Oriana Fallaci, entrevista a S. Carrillo en «El Europeo», oct. 1975, transcrita por C. Fernández, op. cit. p. 179. <<

[139] E. Líster «¡Basta!» op. cit. ed. Madrid p. 173-4n. (Esta ed. de Líster corresponde también a las citas inmediatamente anteriores). <<

[¹⁴⁰] S. Carrillo, «Mañana...» ed. esp.
op. cit. p. 194. <<

[141] Correspondencia de Stalin y Largo Caballero reproducida en R. de la Cierva, «Nueva y definitiva historia de la guerra civil» EPOCA 1986 p. 426s.

<<

[142] J. M. Gil Robles, «No fue posible...» op. cit. p. 682. <<

[¹⁴³] S. Carrillo, «Mañana...» ed. esp. p.
195s. <<

[144] M. Azaña, «La Velada en Benicarló» en «Obras Completas», México, Oasis, 1967, vol III, p. 426. <<

[145] La obra clásica sobre el terror de Stalin es la de Robert Conquest «The Great Terror. Stalin's purges of the Thirties». New York, Macmillan, 1968. Un análisis general sobre el terror soviético en John Barron «KGB» Londres, Hodder and Stoughton, 1974, a partir de la p. 63. Hay traducción española reciente. <<

[146] G. Bocca, «Palmiro Togliatti»
Barcelona, Grijalbo, 1977 p. 222. <<

[147] G. Bocca, *op. cit.* p. 223. <<

[148] J.J. Marie, «Staline» Paris, Seuil,
1967 p. 129. <<

[149] S. Carrillo, «Libertad y socialismo» París, Eds. Sociales, 1971 p. 107. Se trata del informe presentado por Carrillo ante el Comité Central en septiembre de 1970. <<

[150] A. Menarókov, «Historia ilustrada de la Gran Revolución Socialista de Octubre» Moscú, Ed. Progreso, 1977.

<<

[151] N. Berberova, «Les franc-maçons russes du XXe. siècle», Paris, Les édit. Noir sur Blanc, 1990. <<

[152] John Barron, «KGB» op. cit. p. 65.

<<

[153] A. Orlov, «Historia secreta de los crímenes de Stalin» Barcelona, Destino, 1955 (ed. inglesa 1953). <<

[154] A. Orlov, op. cit. p. 70. <<

[155] G. Bocca, *op. cit.* p. 247s. <<

[156] Detalles y testimonios sobre los hombres de Stalin en España en B. Bolloten, «La guerra civil española» Madrid, Alianza ed. 1989 p. 241. <<

[157] ed. NOS 1945. <<

[158] M. Koltsov, «Diario de la guerra de España» París, Ruedo Ibérico, 1965. <<

[159] B. Bolloten «La revolución española» Barcelona, Grijalbo, 1980, p. 101n. <<

[160] La matanza de Katyn figura ya en todos los manuales serios de historia, como en la notable «Crónica del siglo XX», ya citada, de la editorial Plaza y Janés. Uno de los biógrafos mejor documentados de Stalin, Jean-Jacques Marie, eleva la cifra de oficiales polacos eliminados en el siniestro bosque del Dnieper a catorce mil; cfr. «Stalin», op. cit. p. 232. <<

[161] Para las purgas de postguerra cfr. J.J. Marie, op. cit., p. 246s. <<

[162] Cfr. reportaje testimonial en ABC, 4 de marzo de 1993, p. 37s. <<

[163] J. Semprún «Autobiografía...» op.
cit. p. 146 s. <<

[164] J. Aróstegui y J.A. Martínez «La Junta de Defensa de Madrid», Madrid, 1984, ed. Comunidad de Madrid. <<

[165] Burgos, Editora Nacional 1939. <<

[166] Berlín, F.A. Herbig, 1938. <<

[167] Buenos Aires, Ed. Vasca Ekin,
1945. <<

[168] Zaragoza, Lib. General, 1937. <<

[169] Madrid, Gráfica administrativa,
1939. <<

[170] Madrid, Victoriano Suárez 1939. <<

[171] Barcelona, Planeta, 1977. <<

[172] Barcelona, Planeta, 1979. <<

[173] S. Carrillo, «Mañana... op. cit., p.
196. <<

[174] «La dominación roja en España»
ed. 1961 p. 82. <<

[175] «La dominación roja...» op. cit. p.
127, 132. <<

[176] Schlayer, op. cit. p. 72. <<

[177] «Dictamen...» apéndice I, op. cit.
láms. post p. 190. <<

[178] «La dominación roja...» op. cit. p.
82. <<

[179] Cfr. «La dominación roja... ed.
1961 p. 62. <<

[180] «La dominación roja en España»
op. cit. p. 97. <<

[181] «La dominación roja...» op. cit. p. 101. El duque de Hornachuelos era el hermano mayor de mi madre. <<

[182] R. Alberti, «La arboleda perdida»
Barcelona, Seix Barral, 1987 p. 69 d. El
lamentable estudio de Javier Tusell
«Franco en la guerra civil» se editó en
1992 en la ed. Tusauets de Barcelona,
muy adecuadamente encuadrado en la
colección «Andanzas» que se refiere,
supongo, a las del autor. <<

[183] Ed. Tebas, 1978, p. 106s. <<

[184] «Claridad» —diario socialista—
11 de agosto de 1936 p. 4. ¿Qué sería
«ir al fondo del asunto» después de
«liquidar»? <<

[185] «Claridad» 12.8.36 p. 1. <<

[186] «Claridad» 14.8.36. <<

[187] «Claridad» 19.8.36. <<

[188] «Claridad» 20.8.36. <<

[189] «Claridad» 21 de agosto de 1936,
«Una carta de José Bergamín y Rafael
Alberti». <<

[190] M. Vázquez y J. Valero, op. cit. p. 109. <<

[191] M. de Iriarte, «El profesor García Morente, sacerdote». Madrid, Espasa-Calpe 1956 p. 36. <<

[192] C. Fernández, op. cit. p. 12s. <<

[193] I. Gibson op. cit. p. 75. <<

[194] SCM. p. 182. <<

[195] «La dominación roja en España»
ed. 1961, op. cit. p. 220s. <<

[196] M. Azaña, «La Velada en Benicarló». Obras completas Oasis, tomo III p. 429s. <<

[197] Schlayer op. cit p. 56. <<

[198] Cita en B. Bolloten. «La guerra civil...» op. cit. p. 372. <<

[199] Documentos comentados y publicados in extenso por R. Salas en «Nueva Historia», (5 jun. 1977)p. 29s.

<<

[200] F. Schlayer, *op. cit.* p. 114. <<

[201] De Koltsov hablaremos luego. La estadística de Schlayer en su obra citada p. 114. <<

[202] Cfr. R. Salas, «Nueva Historia» op. cit. p. 31. <<

[203] M. Koltsov, «Diario...» op. cit. p.
167. <<

[204] M. Koltsov, «Diario...» op. cit., p.
168. <<

[205] J. Aróstegui y J. Martínez «La Junta...» op. cit. p. 279. <<

[206] J. Díaz, «Tres años de lucha» París, col. Ebro, 1969 p. 436. <<

[207] R. Salas en «Nueva Historia op. cit.
p. 32. <<

[208] I. Gibson o. c. p. 164. <<

[209] Cfr P. van Kerrebrouck «La maison de Bourbon» 1987 p. 378s. El segundo apellido de don Enrique y don Alfonso, León, es también el de Diego de León y el segundo apellido de mi abuela materna. Dos nuevos parientes míos asesinados por el terror rojo en Madrid; comprenderá el lector que la redacción de este capítulo me está resultando una auténtica tortura, sobre todo cuando veo los comentarios absurdos de Carrillo y los de las personas decentes que creen en Carrillo. El marqués de Balboa era capitán de Caballería; el de Squilache capitán de aviación y diplomático. <<

[210] Madrid 1986. <<

[211] Tuve el honor de disponer esa publicación cuando era director de Editora Nacional. <<

[212] Cfr. Gibson op. cit. p. 168s. <<

[213] Miguel Martínez, personaje ficticio, desdoblamiento de la personalidad de Koltsov según unos; personificación del general Gorév, según otros. <<

[214] 214 M. Koltsov, «Diario...» op. cit.
p. 176 y 178. <<

[215] Cartas de don Félix Pareja Muñoz, 23 y 24 de febrero de 1983; 22 de mayo de 1986. «Memorias (inéditas) del teniente de Oficinas militares Jesús Sánchez Posadas «Memorias de un superviviente de la cárcel de Porlier» Madrid 1936. El autor fue secretario de Franco después de su liberación. En la p. 61 de las memorias inéditas de Sánchez Posadas se nos da la importante noticia de que para la saca de la madrugada del 5 de noviembre los milicianos de vigilancia procedentes de la FAI (anarquistas) fueron sustituidos por comunistas, lo que corrobora la

versión del señor Pareja. <<

[216] E. Castro Delgado, «Hombres made in Moscú» op. cit. p. 430. <<

[217] Portes Alcalá, op. cit. p. 96. <<

[218] cfr. Gibson op. cit. p. 137. <<

[219] «El Diario Montañés» 1993, op. cit.
p. 28. <<

[220] Causa General, «La dominación roja en España». Madrid, Ministerio de Justicia, principios de 1944, p. 77. <<

[221] S. Carrillo, entrevista con Pilar Urbano en EPOCA n. 460 (20.12.93) p. 32 s. <<

[222] J. Bardavío, «Sábado Santo rojo»
Madrid, eds. Uve, 1980 p. 13. <<

[223] J. L. de Vilallonga «El Rey»
Barcelona, Plaza y Janés, 1993 p. 150.

<<

[224] J.L. de Vilallonga La nostalgia es un error» Barcelona, Planeta, 1980 p. 152. Siendo ministro de Cultura me opuse a toda acción contra este libro; conservo el expediente. <<

[225] «El País», año 2 n. 16, 16 de enero de 1977: «Cambio 16» n. 266. Ver cita 226. <<

[226] R. Salas en «Nueva Historia» op.
cit. p. 39 s. <<

[227] S. Carrillo, «Mañana...»op. cit. p.
69. <<

[228] SCM. p. 262s. <<

[229] SCM. p. 224. <<

[230] J. Aróstegui y Martínez, «Actas...»
op. cit. p. 267 <<

[231] Manuel Gutiérrez Mellado «Un soldado de España». Barcelona, Argos Vergara, 1983 p. 153. <<

[232] J. Aróstegui y J. Martínez, «La Junta... op. cit. p. 228. <<

[233] I. Gibson en «Cambio 16» 21.2.83
p. 19. <<

[234] «La Actualidad Española» febrero de 1978; reproducido en el libro de Carlos Fernández, op. cit. p. 226. <<

[235] Situación militar de Madrid el 6 de noviembre y días siguientes en J.M. Martínez Bande, «La marcha sobre Madrid» nueva ed. Madrid, San Martín, 1982; R y J. Salas Larrazábal «Historia general de la guerra de España» Madrid, Rialp, 1986. Obras de consulta obligada para todo el resto del presente capítulo.

<<

[236] Schlayer op. cit. p. 157. <<

[237] J. García Oliver «El eco de los pasos» Barcelona, Ibérica de Eds. 1978, p. 306. <<

[238] «Dictamen sobre ilegitimidad...»
op. cit., Ap. I p. 188. <<

[239] Schlayer, *op. cit.*, p. 87. <<

[240] SCM. p. 186. <<

[241] E. Castro Delgado, «Hombres...»
op. cit. p. 438s. <<

[242] Andrés Suárez «El proceso contra el POUM» Paris, Ruedo Ibérico, 1974 p. 27. <<

[243] Krivitsky, op. cit. p. 145. <<

[244] Koltsov, op. cit. p. 191 s. <<

[245] I. Gibson, op. cit. p. 69s. <<

[246] SCM. p. 190. <<

[247] J.G. Oliver, «El eco...» op. cit. p.
348. <<

[248] SCM. p. 191. <<

[249] R. Salas, «Historia del Ejército Popular de la República» vol. I. p. 620.

<<

[250] R. Salas «Pérdidas de la guerra»
Barcelona, Planeta, 1977 p. 348s. <<

[251] SCM. p. 192. <<

[252] Ian Gibson op. cit. p. 192. <<

[253] Lista y comentarios en Bollofen,
«La guerra civil...» p 472. <<

[254] El asunto de Miaja y la UME se documenta en la Causa General y se resuelve afirmativamente por Bolloten. op. cit. p. 466. El retrato de Miaja trazado por Aróstegui y Martínez es una lamentable caricatura. <<

[255] R. Salas, «Historia del Ejército Popular...» I. p. 581 <<

[256] S. Carrillo, «Mañana...» p. 69. <<

[257] «La dominación roja en España...»
1961 p. 253. <<

[258] SCM. p. 190. <<

[259] Jesús de Galíndez, «Los vascos en el Madrid sitiado» Buenos Aires, Ed. Vasca Ekin 1945 págs. 66-68. <<

[260] Declaración de Manuel Rascón ante la Causa General transcrita por Gibson, op. cit. p. 44s. <<

[261] Gibson op. cit. p. 49. <<

[262] Parece que la Consejería de Orden Público se trasladó después a la misma casa de Serrano 37, en el edificio que había ocupado el ministerio de Industria. Cfr. Causa General (ed. 1961) p. 253.

<<

[263] Decl, de Torrecilla en la Causa General reproducida por Gibson op. cit. p. 260. <<

[264] Gibson, op. cit. p. 202. <<

[265] Gibson, op. cit. p. 207. <<

[266] Gibson, op. cit. p. 209. <<

[267] Gibson, op. cit. p. 213. <<

[268] Gibson, op. cit. p. 215. <<

[269] Gibson, op. cit. p. 219 <<

[270] Gibson op. cit. p. 232. <<

[271] Lister a Gibson 3 de nov. 1982. <<

[272] J. de Galíndez, op. cit. p. 69. <<

[273] SCM. p. 20. <<

[274] Cfr. Gibson op. cit. p. 71. <<

[275] Declaración de R. Torrecilla en Causa General, transcrita por Gibson op. cit. p. 262. Todo encaja mucho mejor si ésta es la primera saca de la Modelo, que sale en la mañana del 7 de noviembre para ser sacrificada a primeras horas de la tarde. La conversación telefónica de Galarza —en la noche del 6 de noviembre— se refiere a la saca para la cual había dejado la orden al director de la Modelo el director general de Seguridad por medio del subdirector Giraute. <<

[276] Declaración de A. Marasa ante la Causa General, transcrita por Gibson, op. cit. p. 256. <<

[277] Schlayer op. cit. p. 79s. <<

[278] A. Montero, «Historia de la persecución... op. cit. p. 336. <<

[279] Gibson, op. cit. p. 173. <<

[280] «Dictamen sobre ilegitimidad...»
ap. I op. cit. p. 189. <<

[281] C. Fernández, op. cit. p. 61. <<

[282] C. Fernández, op, cit. p. 47. <<

[283] Schlayer op. cit. p. 84. El diplomático se refiere a la saca nocturna del 7 de noviembre y a la del día 8. <<

[284] Schlayer, op. cit. p. 84 a 93. <<

[285] Reproducido en ABC, 18 de enero
1977 p. 44. <<

[286] SCM. p. 30. <<

[287] SCM. p. 198. <<

[288] R. Salas «Historia del Ejército...»
op. cit. I p. 610. <<

[289] S. Carrillo, «Mañana...» op. cit. p.
84. <<

[290] Cfr. Gibson op. cit. p. 117. La conversación con el pastor en p. 16. <<

[291] Resumen de situación militar en R.
y J. Salas, «Historia general...» op. cit.
p. 154s. <<

[292] Gibson, op. cit. p. 235. <<

[293] Declaración de R. Torrecilla ante la Causa General, reproducida en Gibson, op. cit. p. 264. <<

[294] Antonio Montero. op. cit. p. 495. <<

[295] R. Salas en «Nueva Historia» op. cit. p. 2s. Salas facilitó a Gibson el texto completo de los <<

[296] Boletín Oficial de la Junta de
Defensa, 13 de noviembre de 1936. <<

[297] Boletín de la JDM, núm. 1,
13.11.36. <<

[298] J. Aróstegui y J.A. Martínez «La Junta de Defensa de Madrid» op. cit. p. 295s. <<

[299] Nota transcrita en «La dominación roja en España» ed. 1961 p. 239. <<

[300] SCM 212-217. <<

[301] Datos de la Causa General
extractados por Gibson op. cit. p 136.

<<

[302] J. Aróstegui y J. Martínez, «La Junta...» op. cit. p. 149. <<

[303] Documentación de la Causa General
en Gibson op. cit. p. 157s. <<

[304] Documentos de la Causa General en
Gibson, op. cit., p. 170s. <<

[305] Testimonio de Rafael Luca de Tena en Carlos Fernández, op. cit. p. 202s. <<

[306] Gibson op, cit. p. 145s; C.
Fernández op. cit. p. 198. <<

[307] Caso Arturo Soria en Gibson op. cit., p. 18. <<

[308] Barcelona, Planeta 1975. <<

[309] J. de Galíndez, «Los vascos...» op. cit. p. 68. <<

[310] «CNT» 18 de marzo de 1937. <<

[311] SCM. p. 228. <<

[312] Antonio Montero, *op. cit.*, p. 328.

<<

[313] «La dominación roja en España»
op. cit. págs. 64 y 73. <<

[314] R. de la Cierva «Historia y vida»
57 (dic. 1972) 6. «La historia se
confiesa» (Barcelona, Planeta 1978) p.
24-28. <<

[315] R. Salas, «Nueva Historia» op. cit.,
p. 37 s. <<

[316] R. Salas en «Nueva Historia» op.,
cit. p. 35-36. <<

[317] Gibson op. cit., cap. 14,
«Responsabilidades» p. 223s. <<

[318] C. Fernández, op. cit. p. 304. <<

[319] R. Salas, en «Nueva Historia» op.
cit. p. 40. <<

[320] *ABC* 8.12.93 p. 64. <<

[321] «Guerra y revolución en España»
Moscú, ed. Progreso, 1966 I p. 187. <<

[322] D. Ibárruri «El Partido Comunista por la libertad y la independencia de España» Valencia, 1937 p. 96. Las palabras citadas se pronunciaron durante un discurso en Murcia el 20 de diciembre de 1936. <<

[323] F. Schlayer op. cit. p. 163. <<

[324] Pleno Ampliado del PCE. Valencia, eds. PCE 1937. Intervenciones encuadernadas conjuntamente en el ejemplar de la Biblioteca Nacional (donado por mí en 1980). <<

[325] S. Carrillo, «En marcha hacia la victoria» Conferencia Nacional de Juventudes, Valencia 1937 p. 10. <<

[326] Reproduzco la carta en mi «Historia de la guerra civil», Epoca, 1986 p. 426. Creo que el autor que publicó primero la correspondencia entre Stalin y Caballero fue Salvador de Madariaga.

<<

[327] Cfr. mi citada «Historia...» p. 428.

<<

[328] J. Díaz, «Tres años de lucha» op.
cit. p. 377s. <<

[329] S. Carrillo, «Mañana España» ed.
esp. op. cit. p. 74. <<

[330] S. Carrillo, «Mañana...» op. cit.
(ed, esp) p. 84. <<

[331] SCM. p. 279. <<

[332] E. Líster «Nuestra guerra» París col. Ebro 1966 p. 204s. Vicente Rojo, «España heroica» Barcelona, Ariel, 1975 p. 153. <<

[333] E. Lister «¡Basta!» ed. esp. op. cit.
p. 74. <<

[334] J. Modesto, «Soy del Quinto Regimiento». París col. Ebro 1969. Hay una mención de una brevísima visita de Carrillo al frente en 1937, de la que ni Carrillo se acuerda. <<

[335] R. Salas, «Historia del Ejército...»
vol. II p. 1617. <<

[336] Cfr. B. Bolloten, «La guerra civil...» op. cit. p. 243s. Sigue la continuación del testimonio de Escribano, muy extenso. <<

[337] SCM. p. 234. <<

[338] «El PCE por la libertad y la independencia de España». Homenaje. Valencia, 1937. <<

[339] F. Claudín, «Santiago Carrillo...»
op. cit. p. 52s. <<

[340] F. Claudín, *ibid.* p. 56. <<

[341] Cifras en Bolloten, «La guerra civil» op. cit. p. 229. <<

[342] M. Azaña, «Obras completas»
Cuaderno de la Pobleña, IV p. 755. <<

[343] Este informe se publicó al frente del vol. II de las obras de Prieto «Convulsiones de España» México, Oasis, 1968. <<

[344] L. Araquistáin «Sobre la guerra civil y la emigración» Espasa Calpe, Selecciones Austral, 1983, p. 167s. <<

[345] W, Krivitsky, op. cit., p. 146. <<

[³⁴⁶] SCM. p. 239s. <<

[347] Julián Gorkin, «El proceso de Moscú en Barcelona», Barcelona, Aymá, 1973 p. 97. <<

[348] SCM. p. 240s. <<

[349] Barcelona, Planeta, 1939. <<

[350] S. Carrillo, «Mañana...» op. cit. p.
170. <<

[351] S. Carrillo, «Mañana...» op. cit. p.
65. <<

[352] J. Semprún, «Autobiografía...» op.
cit. p. 126. <<

[353] J. Semprún, *ibid.* p. 128. <<

[354] Pleno ampliado de marzo de 1937,
disc. de J. Díaz. <<

[355] F. Claudín, «Santiago Carrillo...»
op. cit. p. 51. <<

[356] Krivitsky, op. cit., p. 156. <<

[357] J. Gorkin, *op. cit.*, p. 94. <<

[358] R. Salas, «Historia del Ejército...»
op. cit., I, p. 1060 n. 51. <<

[359] J. Gorkin, *op. cit.* p. 87. <<

[360] J. Díaz «Tres años...» op. cit. p. 356, 432s. <<

[361] Carrillo tiene la memoria tan soviética que utiliza el término «Servicios», como todavía hacen hoy los stalinianos residuales, en cuanto sinónimo de NKVD y luego KGB. <<

[362] SCM. p. 265. <<

[363] Me parece definitivo el documentado análisis de Gorkin sobre el martirio de Nin en «El proceso de Moscú...» op. cit. p. 168s. <<

[364] F. Claudín, «Santiago Carrillo...»
op. cit. p. 58. <<

[365] M. Koltsov, «Diario...» op. cit. p.
425. <<

[366] B. Bolloten, «La guerra civil...»
op. cit. p. 493. El obseso instigador de
los crímenes de Paracuellos no había
sobrevivido por demasiado tiempo a sus
víctimas. <<

[367] <<

[368] «El proceso del POUM»
Presentación y notas de Víctor Alba y
Marisa Ardévol. Barcelona, Alerna,
1989 <<

[369] I. Hidalgo de Cisneros, «Memorias
2. La República y la guerra de España».
París, Globe, 1964 p. 445s. <<

[370] SCM. p. 280. <<

[371] SCM. p. 285. <<

[372] SCM. p. 286. <<

[373] SCM. p. 290. <<

[374] SCM. p. 297. <<

[375] SCM. p. 297. <<

[376] S. Carrillo, «Mañana España...»
op. cit. p. 90. <<

[377] S, Carrillo, «Mañana España...»
op. cit. p. 87. <<

[378] E. Líster, «¡Basta!» op. cit. p. 169s.

<<

[379] B. Bolloten, «La guerra civil...»
op. cit. p. 938. <<

[380] Madrid, Drácena, 1980. <<

[381] S. Carrillo, «Mañana...» op. cit. p.
82. <<

[382] S. Carrillo, «Mañana...» op. cit. p.
74. <<

[383] S. Carrillo *ibíd.*, p. 31. <<

[384] SCM. p. 299s. <<

[385] La carta de Carrillo se publicó el 3 de junio de 1939 en «Correspondance Internationale» y tres días después en «Jeunesses du monde». En España se ha publicado en el libro citado de Carlos Fernández, p. 188s. <<

[386] M. Tagüeña, «Testimonio de dos guerras» Barcelona, Planeta, 1978 p. 236. <<

[387] F. Claudín op. cit., p. 60 s. <<

[388] C. Semprún Maura en *ABC*, 9.4.94
p. 72. <<

[389] J. Semprún «Autobiografía...» op.
cit. p. 162. <<

[390] J. Semprún, *ibid.* p. 123. <<

[391] SCM. p. 311. F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p. 62. Gregorio Morán retrasa la expulsión hasta fines de 1939 y apunta que Carrillo vino de Moscú para la batalla. <<

[392] SCM. p. 310. <<

[393] Gregorio Morán «Misericordia y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985». Barcelona, Planeta 1986. En este magnífico y documentado análisis, realizado en los archivos del PCE, se ve clarísima la miseria pero no aparece la grandeza por parte alguna. Cita indicada en p. 25s. <<

[394] S. Carrillo, «Mañana...» op. cit. p.
96. <<

[395] G. Morán «Miseria...» op. cit. p.
30. <<

[396] Tagüeña, «Testimonio...» op. cit. p.
219. <<

[397] G. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 25. <<

[398] F. Claudín «Santiago...» op. cit. p. 107. SCM. p. 337. <<

[399] G. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 25s. <<

[400] SCM. p. 319. <<

[401] Valentín González, «Yo escogí la esclavitud» Barcelona, Plaza y Janés 1977. <<

[402] SCM. p. 319. <<

[403] SCM. p. 338. <<

[404] SCM. p. 345. <<

[405] Cfr. «Crónica del siglo XX» ed. Plaza y Janés, op. cit., fecha indicada.

<<

[406] G. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 32. <<

[407] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
116. <<

[408] SCM. p. 353. <<

[409] Cfr. G. Morán, «Misericordia...» p. 83s.

<<

[410] G. Morán «Miseria...» op. cit. p. 38-52. Claudín reivindica a Quiñones en op. cit. p. 71. <<

[411] Morán «Miseria...» op. cit. p. 62;
V. González «Yo escogí...» op. cit. p.
249. <<

[412] SCM. p. 358. <<

[413] S. Carrillo solapa de las Memorias,
1993. <<

[414] Morán se ríe de estas invenciones guerrilleras de Uribe-Carrillo en 1942. Ver «Miseria...» op. cit. p. 71. <<

[415] Morán, «Miseria...» p. 71. <<

[416] SCM. p. 363. <<

[417] Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
73. <<

[418] Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
75. <<

[419] Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
68. <<

[420] Morán «Miseria...» op. cit. p. 79.

<<

[421] Cfr. G. Morán «Miseria...» op. cit.
p. 86-90. <<

[422] SCM. p. 368. <<

[423] S. Carrillo «Mañana...» p. 123. <<

[424] Cfr. un resumen de la invasión, con la pertinente relación de fuentes, en R. de la Cierva «Historia del franquismo» vol I, Barcelona, Planeta, 1975 p. 280s.

<<

[425] SCM. p. 384. <<

[426] E. Lister «¡Basta!» op. cit. p. 124.

<<

[427] SCM. p. 84. <<

[428] Morán, «Miseria...» op. cit. p. 98.

<<

[429] E. Lister «¡Basta!» p. 124s. <<

[430] SCM. p. 415. <<

[431] G. Morán «Misericordia...» op. cit. p. 106. <<

[432] SCM. p. 393s; Morán «Misericordia...»
op. cit. p. 104. <<

[433] SCM. p. 414. <<

[434] Artículo de Carrillo en «Nuestra bandera» junio de 1948. <<

[435] E, Lister «¡Basta!» op. cit. p. 235.

<<

[436] J, Semprún «Autobiografía...» op.
cit. p. 122. <<

[437] Morán, «Miseria...» op. cit. p. 100-102. <<

[438] asesinato de Trilla en Morán op. cit.
p. 107. <<

[439] E. Lister «¡Basta!» op. cit. p. 239n.

<<

[440] E. Lister, «¡Basta!» op. cit. p. 241-245. <<

[441] E. Lister, «¡Basta!» op. cit. p. 244.

<<

[442] SCM. p. 393. <<

[443] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
85. <<

[444] Morán, «Miseria...» op. cit. p. 211.

<<

[445] Cfr. Morán, op. cit. p. 223. Morán cree que Semprún sucedió en cuanto «comisario de cultura» del PCE a Félix Montiel. <<

[446] J. Semprún, «Autobiografía...» op.
cit. p. 142 <<

[447] Escribo «Kominform» aunque antes escribí «Comintern» porque son los dos términos más usuales. Sobre la Kominform o K.I. ver Morán, op. cit. p. 126 y F. Claudín «Eurocomunismo y socialismo» Madrid, siglo XXI ed. 1977 p. 33. <<

[448] SCM. p. 419. <<

[449] Morán, «Miseria...» op. cit. p.
130s. <<

[450] SCM. p. 408. <<

[451] SCM. p. 418. <<

[452] SCM. p. 416s. <<

[453] Morán op. cit. p. 131. <<

[454] Cfr. Morán op. cit. p. 189. <<

[455] SCM. p. 418. <<

[456] Asunto Carrillo-Tito en F. Claudín,
«Santiago...» op. cit. p. 89s. <<

[457] Cfr. Morán, op. cit. p. 160. <<

[458] SCM. p. 418s. <<

[459] Cfr. Claudín, «Santiago...» op. cit.
p. 96s. <<

[460] C. Semprún Maura en ABC, 9.7.94
p. 72. <<

[461] Morán «Miseria...» op. cit. p. 142s.

<<

[462] J. Semprún «Autobiografía...» op.
cit. p. 125s. <<

[463] G. Morán «Miseria...» op. cit. p.
169-179. <<

[464] E. Lister «¡Basta!» p. 228s. <<

[465] Cfr. G. Morán, «Miseria...» op. cit.
p. 178 <<

[466] Cfr. Morán, op. cit. p: 250s. <<

[467] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p. 99-100. <<

[468] Cfr. Morán, op. cit. p. 217, 222. <<

[469] Morán «Miseria...» op. cit. p. 190;
SCM. p. 432s. <<

[470] Carlos Semprún Maura, ABC,
9.4.94 p. 72. <<

[471] F. Claudín «Santiago...» op. cit. p.
190. <<

[472] Datos sobre el V Congreso en Claudín, «Santiago...»op. cit. p. 104 y Morán, «Misericordia...» op. cit. p. 237s. <<

[473] SCM. p. 415. <<

[474] Informe Abad, resumen de la copia entregada a la KGB. El autor de este libro —tras dar cuenta del resumen en palabras del propio informante— mantiene el texto completo del informe como reserva junto a otros documentos y testimonios, por si Carrillo o alguno de sus acólitos intentan no una defensa lícita sino una descalificación injuriosa.

<<

[475] Cfr. Morán op, cit. p. 280s para la actividad cultural comunista; y «Resoluciones del Noveno Congreso del PCE (1978)» p. 61 para fechar el comienzo de la aproximación comunista a medios cristianos. (Ed. Crítica, Barcelona, 1978). <<

[476] C. Semprún, ABC 9.4.94 p. 72. <<

[477] SCM. p. 442; Morán, Miseria...»
op. cit. p. 133; Claudín, «Santiago...»
op. cit. p. 109. <<

[478] G. Morán «Misericordia...» op. cit. p. 284. <<

[479] G. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 259s. <<

[480] G. Morán, *ibíd.*, p. 259 <<

[481] Cfr. Morán, op. cit., p. 286. <<

[482] Las circunstancias y contenido de esta reunión han sido reveladas por Claudín, op. cit. p. 111s. <<

[483] SCM. p. 446. Como en tantas ocasiones Carrillo se limita en este episodio a seguir casi al pie de la letra el libro de Claudín, para el que había suministrado mucha información al autor. <<

[484] Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
117. <<

[485] F. Claudín «Santiago...» op. cit. p.
130. <<

[486] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p. 126; SCM. p. 458. <<

[487] G. Morán «Miseria...» op. cit. p.
314. <<

[488] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
129. <<

[489] Morán, «Miseria...» p. 303. <<

[490] G. López Raimundo, «En el buen camino» ediciones del PSUC 1967 p. 29s. <<

[491] G. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 322. <<

[492] S. Carrillo, «Mañana...» op. cit. p.
79 <<

[493] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
134. <<

[494] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
139. <<

[495] *ibíd.*, p. 138. <<

[496] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
142. <<

[497] F, Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
142. <<

[498] Detalles en G. Morán, «Miseria...»
op. cit. p. 332s. <<

[499] Estos objetivos del VI Congreso no se toman de fuentes enemigas sino de los archivos del PCE; cfr. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 334. <<

[500] SCM, p. 476 <<

[501] Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
143. <<

[502] E. Líster, «¡Basta!» ed. París p.
190. <<

[503] J. Semprún, «Autobiografía...» op.
cit. p. 130. <<

[504] SCM. p. 527. <<

[505] SCM. p. 410. <<

[506] J. Semprún «Federico Sánchez se despide de ustedes» Barcelona, Tusquets, 1993 p. 214s. <<

[507] Cfr. Morán, op. cit. p. 341; Claudín, op. cit. p. 145. <<

[508] SCM. p. 477s. <<

[509] S. Carrillo en «Nuestras ideas» 11 abril 1961, cita en Claudín, op. cit. p. 147 y más extensamente en Morán, op. cit. p. 346. <<

[510] Líster, «¡Basta!» ed. París p. 195.

<<

[511] El pleno se fechó en octubre pero se celebró en verano. Cfr. Claudín op. cit. p. 149. La intervención de Carrillo se publicó en folleto aparte. <<

[512] Claudín «Santiago...» op. cit. p.
158. <<

[513] Cfr. F. Claudín, op. cit. p. 151. <<

[514] Santiago Carrillo, «Mundo Obrero»
junio 1962. <<

[515] G. Morán, op. cit. p. 353s. <<

[516] Datos sobre el caso Grimau y la campaña internacional de prensa en su favor en «Crimen y castigo. Documentos inéditos sobre Julián Grimau García. Madrid, Servicio Informativo Español 1963. <<

[517] Morán, op. cit. p. 356. <<

[518] Claudín, op. cit. p. 155. <<

[519] J. Semprún, «Autobiografía...» op. cit. p. 200-207. <<

[520] G. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 368s. <<

[521] Sergio Vilar, «Por qué se ha destruido el PCE» Barcelona, Plaza y Janés 1986 p. 135. Todo el libro de S. Vilar, antiguo comunista e historiador muy independiente y documentado, es digno de estudio como contraste a las memorias de Carrillo. <<

[522] Cfr. Semprún, «Autobiografía...»
op. cit. p. 212; Morán op. cit. p. 381. <<

[523] He resumido la versión de Morán sobre las actas de la reunión. Creo que esa versión está más cerca de la verdad que las desmañadas memorias de Carrillo y los circunloquios literarios de Semprún, seguramente muy influido por el barroquismo del escenario y naturalmente, por quedar bien en su reconstrucción. Morán, «Miseria...». op. cit. p. 384-392. <<

[524] S. Vilar, «¿Por qué se ha destruido...?» op. cit. p. 43. <<

[525] La cínica y voluble actitud de Carrillo ante Kruschef aparece en la misma página de G. Morán, op. cit. p. 398. <<

[526] SCM 498. <<

[527] Extracto de la Secretaría General del Movimiento en Morán, op. cit. p. 471. <<

[528] París, Ed. Sociales 1965. Claudín (op. cit. p. 178) identifica a este libro como el informe de Carrillo ante el VII Congreso. <<

[529] SCM. p. 455. <<

[530] Cfr. «Jesuitas, Iglesia y marxismo» (Barcelona, Plaza y Janés 1986) y su continuación de 1987 en la misma editorial «Oscura rebelión en la Iglesia». Vuelvo sobre este problema, con mayor perspectiva y documentación, en mi proyecto para 1995 «Asalto y defensa de la Roca», que prepara Editorial Fénix. <<

[531] Sobre García Nieto, cfr. El País, 23.7.94 p. 33. Sobre Llanos, ver R. de la Cierva, «Misterios de la Historia» II, Barcelona, Planeta, 1993 p. 345s. <<

[532] SCM. p. 483. <<

[533] J.L. de la Granja y Alberto Reig Tapia «Manuel Tuñón de Lara, el compromiso con la Historia. Su vida y su obra». Universidad del País Vasco 1993. <<

[534] Cfr. Morán, «Misericordia...» op. cit. p. 439. <<

[535] Pero sí en los archivos del PCE:
cfr. Morán op. cit. p. 433. <<

[536] Jeannine Verdes-Leroux, «La lune et le Caudillo» Paris, L'Arpentier 1990 p. 466s. <<

[537] París, col. Ebro abril de 1967. <<

[538] Claudín confirma la autoría de Tamames. Ver «Santiago...» op. cit. p. 181. <<

[539] París, ed. Sociales, 1967. Claudín y Morán identifican este libro como el informe de Carrillo ante ese pleno de 1957, para el que dan fechas diferentes. La fecha de impresión del libro es mayo pero según explica Morán seguramente también es falsa. <<

[540] S. Carrillo, «Nuevos enfoques...»
op. cit. p. 116. <<

[541] S. Carrillo, *ibíd.*, p. 117 <<

[542] S. Carrillo, *ibíd.*, p. 121. <<

[543] Carrillo, *ibíd.*, p. 124s. <<

[544] Carrillo, *ibíd.*, p. 143. <<

[545] S. Carrillo, *ibíd.*, p. 165. <<

[546] Cfr. G. Morán, op. cit. p. 437. <<

[547] Todo el análisis de Claudín sobre la invasión de Checoslovaquia me parece históricamente asumible. Lo tomo de Claudín, op. cit. p. 190s. <<

[548] F. Claudín, *ibíd.*, p. 191. <<

[549] Claudín op. cit. p. 192. <<

[550] S. Carrillo, «Mis relaciones con Ceaucescu» en «Cambio 16» 15.1.1990, portadilla. La negación del calificativo de «sanguinario» en SCM. p. 522 <<

[551] Cfr. ABC 2.1.90 p. 28. <<

[552] Cfr. «Cambio 16» 947 (15.1.1990).

<<

[553] SCM. p. 552. <<

[554] A. Elorza en «El País» 18.6.94 p. 8.

<<

[555] *ABC* 19.6.94 p. 44s. <<

[556] Georgina Higuera en «El País» 19 de junio de 1994, p. 26. <<

[557] G. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 446. <<

[558] S. Carrillo, «Después de Franco ¿qué?», op. cit. p. 83. <<

[559] G. Morán, op. cit. p. 460s. <<

[560] Barcelona, Noguer, 1977. <<

[561] Alfonso Osorio, «Trayectoria política de un Ministro de la Corona»
Barcelona, Planeta, 1980 p. 256. <<

[562] Cita en M. Azcárate, «Crisis del eurocomunismo» Barcelona, Plaza y Janés, 1982 op. 49. <<

[563] M. Azcárate, *ibíd.*, p. 49-51. <<

[564] Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
185. <<

[565] Entrevista con Areilza en SCM. p.
571. <<

[566] SCM. p. 576. <<

[567] París, Ed. Sociales, 1971. <<

[568] S. Carrillo, «Libertad y socialismo»
op. cit. p. 93s. <<

[569] SCM. p. 564. <<

[570] *Ibíd.*, p. 565. <<

[571] «VIII Congreso del Partido Comunista de España» 1972. Volumen editado en Bucarest. <<

[572] G. Morán, op. cit. p. 472. <<

[573] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
212. <<

[574] «VIII Congreso...» op. cit. p. 12.

<<

[575] «VIII Congreso...» op. cit. p. 29s.

<<

[576] «VIII Congreso...» op. cit. p. 31.

<<

[577] «VIII Congreso...» op. cit. p. 40-43. <<

[578] «VIII Congreso...» *ibíd.*, p. 64. Cfr. Claudín *op. cit.* p. 214. <<

[579] Cfr. Morán, op. cit. p. 488. <<

[580] SCM. p. 549. <<

[581] SCM. p. 576. <<

[582] Madrideojos, editorial Fénix, 1994.

<<

[583] SCM. p. 576. <<

[584] José Ignacio San Martín, «Servicio Especial» Barcelona, Planeta, (diciembre) 1983 págs. 88, 86, 90, 105.

<<

[585] Lidia Falcón «Viernes y 13 en la calle del Correo» Barcelona, Planeta, 1981 p. 209-211. <<

[586] E. Portell (seudónimo), «Mañana Carrillo» extenso apunte biográfico difundido entre diversas personalidades de la vida política y cultural española al empezar el año 1977 por una fuente oficiosa próxima al Servicio Especial del que había sido destituido un año antes el teniente coronel San Martín. (p. 47). <<

[587] F. Claudín, «Santiago Carrillo...»
op. cit. p. 216. <<

[588] Referencia en F. Claudín, op. cit. p.
216. <<

[589] «Mundo Obrero» 29 de diciembre
de 1973. <<

[590] J.I. San Martín «Servicio...» op.
cit. p. 108s <<

[591] F. Claudín «Santiago...» op. cit. p.
385 <<

[592] G. Morán op. cit. p. 492. <<

[593] SCM. p. 586. <<

[594] SCM. p. 581. <<

[595] F. Claudín op. cit. p. 217s. <<

[596] SCM, p. 582. <<

[597] SCM. p. 592. <<

[598] Santiago Carrillo, entrevista con José Luis de Vilallonga en «Lui» enero de 1975. <<

[599] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
223. <<

[600] SCM. p. 586s. <<

[601] «Mundo Obrero» 30 de octubre de 1974. F. Claudín op. cit. p. 210s. <<

[602] En sus memorias (SCM. p. 607) Carrillo da algunas muestras de haber comprendido algo de ese planteamiento, pero cuando ya era tarde. <<

[603] SCM. p. 604. <<

[604] F. Claudín «Santiago...» op. cit. p.
230. <<

[605] *ibíd.*, p. 230. <<

[606] Cfr. Morán, op. cit. p. 502; Claudín op. cit. p. 224. <<

[607] La biografía de Carrillo difundida desde medios próximos al Servicio Especial incluye este fragmento de la entrevista en su p. 53. <<

[608] Párrafo reproducido en Claudín, op.
cit. p. 226. <<

[609] Movimientos de Junta y Plataforma
en G. Morán op. cit. p. 504. <<

[610] J.L. de Vilallonga «El Rey». Barcelona, Plaza y Janés, 1993 p. 194s.

<<

[611] J.L. de Vilallonga op. cit p. 108. <<

[612] Barcelona, Planeta, 1982, vol 6. <<

[613] SCM. p. 613s. <<

[614] Claudín, op. cit. p. 231. <<

[615] Claudín, *ibíd.*, <<

[616] Morán op. cit. p. 513s. <<

[617] Morán, «Miseria...» op. cit. p. 506.

<<

[618] SCM. p. 617. <<

[619] F. Claudín, op. cit. p. 232s. <<

[620] José Manuel Otero Novas nos ha dejado la que hasta ahora es, con mucho, la mejor historia breve de la transición en su libro «Nuestra democracia puede morir» Barcelona, Plaza y Janés, 1987.

<<

[621] S. Carrillo «Memoria de la transición» Barcelona, Grijalbo, 1985 p. 80. <<

[622] J. Semprún, «Autobiografía...» op. cit. p. 88. El libro de Carrillo citado se publicó en Barcelona, ed. La Gaya Ciencia, ese año. <<

[623] S. Carrillo, «Memoria...» op. cit. p.

37 <<

[624] S. Vilar, «¿Por qué...?» op. cit. p. 40. <<

[625] Noticia de Tass en el diario «YA»
21.1.76 p. 7. <<

[626] R. Salas en «YA» 26.2.76 p. 7. <<

[627] SCM. p. 622. <<

[628] «Mundo Obrero» 24 de marzo 1976. Cfr. Morán, op. cit. p. 514. <<

[629] R. de la Cierva, «Retratos que entran en la Historia» Barcelona, Planeta, 1993, semblanza de don Juan Carlos. <<

[630] El Plano de Roma está descrito en Claudín, op. cit. p. 237; Morán, op. cit. p. 520s; y Pedro Vega y Peru Erroteca, «Los herejes del PCE» Barcelona, Planeta, 1982 p. 25s. <<

[631] Alfonso Osorio «Trayectoria política de un ministro de la Corona»
Barcelona, Planeta, 1980 p. 144. <<

[632] J.M. Otero Novas, «Nuestra democracia...» op. cit. p. 28. <<

[633] SCM 621s; Morán op. cit. p. 522.

<<

[634] M. Gutiérrez Mellado «Un soldado de España» op. cit. p. 148. <<

[635] M. Gutiérrez Mellado, *ibíd.*, p. 156.

<<

[636] SCM. p. 634. <<

[637] G. Morán op. cit. p. 525. <<

[638] Cfr. Morán op. cit. p. 532. <<

[639] SCM. p. 635. <<

[640] Cfr. Morán op. cit. p. 533. <<

[641] Cfr. Morán op. cit. p. 534. <<

[642] SCM. p. 637. <<

[643] SCM. p. 637. Osorio, op. cit. p.
256s. <<

[644] SCM. p. 648. Carrillo le hace erróneamente «jefe del Estado Mayor».

<<

[645] SCM. p. 648. <<

[646] Claudín, op. cit. p. 245s. <<

[647] Claudín, *ibid.* p. 246 y 300. <<

[648] J. Bardavío, «Sábado Santo rojo». Claudín acepta la versión de Bardavío en op. cit. p. 246. SCM. p. 652. <<

[649] G. Morán op. cit. p. 581. Relato detallado y sabroso de la entrevista en la p. 537. <<

[650] SCM. p. 656. <<

[651] Rodolfo Martín Villa, «Al servicio del Estado» Barcelona, Planeta, 1984.

<<

[652] R. Martín Villa, op. cit. p. 64-67.

<<

[653] R. Martín Villa, *ibid.* p. 67. <<

[654] F. Claudín op. cit. p. 250. <<

[655] Morán op. cit. p. 545. <<

[656] Vega y Erroteca, op. cit. p. 9. <<

[657] Cfr. Morán op. cit. p. 548. <<

[658] SCM. p. 552; Claudín op. cit. p. 273. <<

[659] «Diario 16» 25 de mayo de 1977
pág 20. <<

[660] G. Morán, «Miseria...» op. cit. p. 552. <<

[661] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
259s. <<

[662] F. Claudín, op. cit. p. 261. <<

[663] Claudín, *ibíd.*, p. 262. <<

[664] Claudín, *ibid.* p. 202. <<

[665] SCM. p. 660. <<

[666] Referencia a la propaganda del franquismo y editorial de «El País» en Claudín, op. cit. p. 262s. <<

[667] SCM. p. 222s para las especiales relaciones de Carrillo con el Rey. <<

[668] SCM. p. 726. <<

[669] J.L. de Vilallonga, «El Rey» op. cit.
p. 127s. <<

[670] S. Carrillo «Memoria de la transición» op. cit. p. 50. <<

[671] **Ibíd.** p. 49. <<

[672] **Ibíd p. 49s.** <<

[673] F. Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
291. <<

[674] Discurso en Claudín, op. cit. p. 272.

<<

[675] Pactos de la Moncloa en SCM. p. 978; Claudín op. cit. p. 275; Carrillo, «Memoria...» op. cit. p. 53. <<

[676] Morán, «Miseria...» op. cit. p. 557.

<<

[677] G. Morán «Miseria...» op. cit. p. 557. Claudín, op. cit. p. 281. <<

[678] Cita en Claudín op. cit. p. 281. <<

[679] F. Claudín, op. cit. p. 287. <<

[680] Textos del Diario de Sesiones en
Morán, op. cit. p. 561s. <<

[681] Morán, «Miseria...» op. cit. p. 576.

<<

[682] E. Líster, «¡Basta!». Madrid, G. del Toro ed. 1978 p. 319. <<

[683] *ABC*, 12.1.78 p. 19. <<

[684] «El País» 12.1.78 p. 13. <<

[685] Cfr. Claudín, op. cit. p, 290s. <<

[686] Claudín, «Santiago...» op. cit. p.
303. <<

[687] Noveno congreso del PCE 12-23
abril 1978. Barcelona, ed. Crítica 1978.
La última proclama en p. 83s. <<

[688] Claudín op. cit. p. 297s. <<

[689] SCM. p. 698. <<

[⁶⁹⁰] SCM 690-696. Carrillo, «Memoria de la transición» op. cit. p. 57. Claudín op. cit. p. 303. <<

[691] He resumido el análisis de Claudín
op. cit. p. 308s. <<

[692] Claudín op. cit p. 319. <<

[693] Claudín, op. cit. p. 311, <<

[694] Vega y Erroteta (op. cit. p. 21) son quienes sugieren esta burocratización del PCE y además la identifican como stalinismo tardío. <<

[695] M. Azcárate, op. cit. p. 15. <<

[696] F. Claudín «Santiago...» op. cit. p.
322. <<

[697] SCM. p. 709. <<

[698] Claudín, op. cit. p. 323. Vega y Erroteta op. cit. p. 11. <<

[699] Claudín, op. cit., p. 316 <<

[700] Claudín, op. cit. p. 323. <<

[701] Claudín, op. cit. p. 328. <<

[702] Vega y Erroteta, op. cit. p. 148. <<

[703] «Interviú», entrevistas con Julián Lago en 11 de octubre de 1979 y 1 de mayo de 1980. <<

[704] SCM. p. 722, <<

[705] F. Claudín, op. cit. p. 334. <<

[706] M. Azcárate, op. cit. p. 186 <<

[707] Claudín, op. cit. p. 341; Morán op. cit. p. 600. <<

[708] Descripción dramática de la crisis comunista en Vega y Erroteta, op. cit., p. 263s. <<

[709] Madrid, Unión Editorial, 1982. <<

[710] Sergio Vilar, op. cit. p. 204. <<

[711] M. Azcárate, «Eurocomunismo...»
p. 49s. <<

[712] Claudín, op. cit., p. 366. <<

[713] Datos en Claudín, op. cit. p. 376.
«Interviú» 13 de septiembre de 1982.

<<

[714] Claudín, op. cit. p. 271s. <<

[715] Claudín, op. cit. p. 277 <<

[716] S. Carrillo, «Memoria...» p. 16. <<

[717] S. Vilar, op. cit. p. 224. <<

[718] SCM. p. 738. <<

[719] Sergio Vilar, op. cit. p. 246s. <<

[720] Op. cit. p. 266. <<

[721] SCM. p. 563. <<

[722] SCM. p. 559s. <<